SHOUT
SHARE
IT

972.02
M856c

BOOK 972.02.M856C c.1
MOTEZUMA # CORONA MEXICANA

3 9153 00046463 8

WILBUR L. CROSS LIBRARY
UNIVERSITY OF CONNECTICUT

COLECCION HISPANO-AMERICANA

CORONA MEXICANA O HISTORIA DE LOS MOTEZUMAS

POR

EL PADRE DIEGO LVIS DE MOTEZUMA DE LA COMPAÑIA DE JESUS

MADRID MCMXIV

HISPANIA

MOYA DEL PINO

CORONA MEXICANA

F
1219
.M68
1914

CORONA MEXICANA

Ó

HISTORIA

DE LOS

NUEVE MOTEZUMAS

POR EL

P. DIEGO LUIS DE MOTEZUMA

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

EDICIÓN Y PRÓLOGO

POR

LUCAS DE TORRE

Capitán de Infantería, diplomado.
C. de la Real Academia de la Historia.

BIBLIOTECA HISPANIA
CALLE DE SAN LORENZO, NÚM. 10, MADRID
1914

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

Imprenta de Prudencio Pérez de Velasco, Campomanes, 4.

PRÓLOGO

Al morir el emperador Motezuma, entre los varios hijos que dejó de sus mujeres y concubinas, solamente tres fueron considerados como legítimos (1); aunque, como decía López de Gomara, "bien hay que averiguar cuáles hijos y cuáles mujeres de Motezuma eran legítimos„. Hernán Cortés que, en sus *Relaciones*, nos dijo detallada noticia de la conquista de la Nueva España, refiere que dejó Motezuma tres hijos varones y muchas hijas; y que, de aquéllos, el mayor murió con otros muchos españoles al retirarse éstos de México, otro era loco y otro perlático. Añadía López de Gomara que aun vivía en su tiempo un hijo de Motezuma llamado don Pedro, "el cual, porque se da mucho por vino, no le han hecho mayor Señor„.

Fruto del casamiento de Motezuma y de Miyahuaschochitl, hija del Señor de Tula, quien después de bautizada llamóse doña Isabel, fué Tlacahuetpautzin, el cual, escondido por su madre cuando la conquista, fué bautizado más tarde por los frailes de San Francisco tomando el nombre de don Pedro. Felipe II, por cédula de 11 de Septiembre de 1570, refrendada por Antonio de Eraso, le concedió armas muy honrosas.

---

(1) Además de don Pedro Motezuma, de quien hacemos mención, tuvo Motezuma dos hijas, una de las cuales casó con Alonso de Grado, y la otra, casada primero con Cuetlavac, sobrino ó hermano de Motezuma, fué bautizada tomando el nombre de doña Isabel, y, muerto su marido, casó primero con Pedro Gallego, uno de los conquistadores, y de quien tuvo un hijo, y viuda nuevamente, casó con Juan Cano de Cascaes, del que tuvo varios.

Cuetlavac fué el sucesor de Motezuma en el Imperio, pero murió muy en breve atacado de viruelas, contagiosa enfermedad que se extendió por todo México y causó muchas víctimas.

Hijo de este don Pedro fué don Diego Luis Ihuitlemoctzin, el cual casó con doña Francisca de la Cueva, de la que tuvo, además de otros hijos, á don Pedro Tesifón Motezuma de la Cueva. Hijo de éste fué don Diego Luis, menino de la Reina, quien casó con doña Luisa María Jofre Loaisa y Carrillo, hija del Conde del Arco, naciendo de este matrimonio doña Jerónima María, mujer que fué de don José Sarmiento de Valladares, hermano del Virrey de Nueva España, Marqués de Valladares (1).

De esta nobilísima familia descendía el P. Diego Luis de Motezuma, de la Compañía de Jesús, autor de la obra que publicamos y de quien sólo conocemos las escasas noticias insertas en la *Biblioteca de escritores de la Compañía,* en donde se dice que nació en Madrid el 14 de Marzo de 1536; fué recibido como novicio en la Compañía el 14 de Marzo de 1636, profesando humanidades, filosofía y teología, y que murió en Valladolid el 4 de Octubre de 1699.

Además de la *Historia de los Motezumas,* que, según parece, se conservaba original en el Colegio de San Ignacio, de Valladolid, escribió otras varias obras, que también se quedaron manuscritas, entre ellas:

Parallela ad Conciones sacras Adventus et Quadragesimae, fol.

Sol justitiae Christus Dominus, 4.°

Die ab..... Maria illustratus, 4.°

La serie de reyes mexicanos, según nos la refiere el P. Diego Luis de Motezuma, es algo diferente de la que nos presentan otros autores. Comienza aquélla con Vitcilipuztli ó Hijo del Sol, cuya misteriosa desaparición dió lugar á que los mexicanos lo venerasen como Dios. Sucedióle su hijo Acamapich, el cual, según el P. Acosta (2), era hijo de un noble mexicano y de una hija del rey de Culhuacan; pero, según otros historiadores, entre ellos fray Agustín de Vetancurt, fué hijo de Huitzililhuitl el viejo, entrando á reinar "el 3 de Mayo de 1361, según otra cuenta el de 68„. Casó Acamapich, según dice Vetancurt, con una hija del rey de Coatlychan llamada Illancucitl, y, por haber sido estéril, volvió á casar con Tez-

(1) Fray Agustín de Vetancurt, *Teatro mexicano.* México, Viuda de Juan de Ribera, 1698. Segunda parte, pág. 50.

(2) Padre José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias,* Sevilla, Juan de León, 1590.

catlamiahuatl, hija del rey de Tetepanco, de la cual tuvo á Huitzililhuitl, llamado por otro nombre Tlatolzaca, que le sucedió en el trono, á Chimalpopoca y á Izcoal (1), que reinaron sucesivamente. Ya en esto no va conforme nuestro autor con los demás historiadores, pues que llama Taudellan ó Taudallen, indistintamente, al sucesor de Acamapich, hijo de éste y de la emperatriz Ecatapeca, así como sus hermanos Quilon y Gaibacin, éste último gemelo de Taudallen.

Después de Huitzililhuitl, Chimalpopoca é Izcoal ó Izcoual, que, según la mayor parte de los historiadores, reinaron sucesivamente, subió al trono Motezuma I, llamado por otro nombre Ilhuicamina, nombre que significa *el que tira al cielo flechas*, hijo de Huitzililhuitl, en cuyo tiempo sucedió la gran inundación de la laguna de México y la rebelión de los chalcos que fueron sujetados.

Nuestro autor hace suceder en el trono al emperador Otoy, hijo de Taudellan, y después á Guegue, hijo de Otoy. A la muerte de Guegue sube al trono la emperatriz Tlotapec, la cual, deseosa de mantener el mando en sus manos, se casó con el rey de Tescuco llamado Tozocic (2), quien "sobre ser monstruo de muy feo [rostro] y de muy ruin disposición, tenía gran pieza de simple„. A la emperatriz Tlotapec sucedió su hijo Axaiaca. Según fray Agustín de Vetancurt, Axaiaca, llamado por él Axayacatl, fué hijo de Tezozomoctli y de Matlalalatzin, hija del emperador Izcohuatl, cuyo aserto no concuerda con el de Gomara, quien coloca tras el Motezuma V (llamado Guegue por nuestro autor), "una su hija, ca no había otro heredero más cercano, la cual casó con un su pariente y parió de él muchos hijos, de los cuales fueron reyes de México tres, uno tras otro, como habían sido los hijos de Acamapich„.

Sucedió á Axaiaca Autzol, llamado Ahuitzotl por Vetancurt, y á éste Motezuma, si bien Vetancurt, Gomara y otros historiadores, colocan en la serie de los reyes entre

---

(1) Izcoal, según el P. Acosta, era hijo de Acamapich y de una esclava, y según Vetancurt de una hermosa señora principal.

(2) Dice el P. Acosta que á la muerte de Motezuma I (Ilhuicamina), eligieron los mexicanos á Tlacaellel, sobrino de Izcoalt y valeroso general, vencedor varias veces de sus contrarios, pero rehusó la dignidad, eligiéndose entonces á Ticocic, hijo de Motezuma, al que los mexicanos, enfadados de su flojedad, le mataron el año cuarto de su Imperio. Quizás este Ticocic sea el mismo que nuestro llamado Tozocic.

Axaiaca y Autzol á un hermano de ambos, Ticozica ó Tizoc, que "murió hechizado en 1 de Abril de 1486„.

La segunda parte de la obra está dedicada, exclusivamente, al último Motezuma, y á referir algunos de los hechos de la conquista hasta la muerte de aquél por los mexicanos en el cuartel de los españoles.

El estilo del P. Diego Luis de Motezuma es el propio de la época en que escribía, siendo muy contados los escritores que, en los finales del siglo XVII, estuvieron libres del contagio del culteranismo. Así hay frases y períodos enteros de pésimo gusto, y un deseo desmedido de poner en boca de los personajes mexicanos que intervienen en la historia largos discursos relativos á materias de Estado, en los que, á pesar de su ampulosidad, se notan algunos aciertos.

Al transcribir la obra hemos seguido fielmente la copia que de ella se conserva en la Biblioteca Nacional, tan fielmente, que hemos dejado los nombres de algunos personajes tal y como están escritos; y así se ve que al Motezuma III se le llama en unas ocasiones Taudellan y en otras Taudallen, y á la emperatriz Tlotapec la denomina también Titlapec; igual sucede con otros muchos. Hemos hecho esto siguiendo el precepto que recomendaba Francisco López de Gomara en su *Historia general de las Indias* refiriéndose á los *traducidores,* como el los llamaba: "Yo ruego mucho á los tales, por el amor que tienen á las historias, que guarden mucho la sentencia, mirando bien la propiedad de nuestro romance, que muchas veces ataja grandes razones con pocas palabras; y que no quiten, ni añadan, ni muden letra á los nombres propios de indios ni á los sobrenombres de españoles si quieren hacer oficio de fieles traducidores; que, desotra manera, es certísimo que se corromperán los apellidos de los linajes„.

L. DE T.

CORONA MEXICANA

CAPÍTULO PRIMERO

NOTICIAS DE LA AMÉRICA QUE CONDUCEN PARA LA HISTORIA DEL IMPERIO MEXICANO

§ 1.°—*Juicios erróneos de los antiguos en la demarcación del Universo, antes de descubrirse el Nuevo Mundo.*

1. Componiéndose, en cuanto á lo de más aprecio y sustancia, la universal América de dos monarquías inmensas y éstas de infinidad de provincias y varias islas, dentro de cuyos vastos límites dominaban príncipes y caciques, tributarios ó dependientes de los Ingas en las regiones meridionales y de los emperadores Motezumas en las septentrionales, para tomar la derrota á México fuera como navegar sin farol, á no dar primero luz de cómo, cuándo y quién rompió primero la valla de impenetrables golfos y mares que por tantos siglos habían quitado de la vista, y aun del pensamiento, tan dilatados países poblados de innumerables gentíos; y cómo en el descubrimiento de aquel tan inopinado Nuevo Mundo se descubrió también un mundo entero de ignorancias y errores que habían padecido por muchas edades nuestros cosmógrafos más peritos, los filósofos más sutiles y los ingenios más célebres en las líneas descabales de sus mapas y en sus falidas demarcaciones de las esferas. Así juega la sabiduría de Dios echando las pigüelas de ignorancias á las humanas altanerías.

2. Nuestros antiguos, pues, antes de descubrirse aquel nuevo orbe, dividían al mundo en sólo tres partes: en la Europa, Africa y Asia. Esta comprende, cuanto

hay de tierra y agua desde el Mediodía por el Oriente hasta el Septentrión; Europa se dilata desde el Septentrión hasta el Occidente; la Africa ocupa lo que resta desde el Occidente hasta el Mediodía, quedando sin conocer toda la banda Meridional, pensando que el mundo, hacia aquella estancia incógnita después de los mares y golfos interiacentes, se remataba en un caos ó abismo confuso y espacios imaginarios, al tenor que se concibe la superficie exterior del cielo empíreo, que se termina y lude con la nada.

3. Ellos se ideaban la fábrica de este mundo conocido en forma de una casa, cuyo techo no tiene más vuelo que se alarga de espacio el edificio. Así discurrían que el cielo no alargaba más su cuerpo que á ser techumbre de la Africa, Europa y Asia, sin admitir antípodas, ni globo celeste esférico; solo fijaban la frente de estas tres partes del mundo y los últimos cimientos de la tierra sobre la nada, y sobre basas imaginarias.

4. Y era de tan común autoridad aquesta errada opinión, que San Crisóstomo hacía donaire de los que sentían ser el cielo de forma circular y esférica, y Lactancio se reía de los filósofos peripatéticos y académicos, que se figuraban el cielo redondo, y aun San Agustín, con entendérsele mucho de todo, se mostró en este punto corto. ¿Y habrá quien presuma saber cuantas cosas hay en el mundo cuando un Agustín ignoró un mundo de cosas? Este sentir, pues, tan autorizado, se vió desmentido con la experiencia notoria de haber descubierto los españoles los dos polos Artico y Antártico, cuando pasando sus bajeles la línea equinoccial se trueca el Norte en el Sur; y la célebre nave *Vitoria* dió giro y entero torno á todo el mundo, rodeando toda la inmensidad del mar Océano, con observaciones exactas de que, componiendo el agua y tierra un globo, se ciñe toda su redondez del cielo, que la contiene en cerrado círculo.

5. Pues aun hubo más que vencer y más yerros que desclavar, porque otros graves cosmógrafos, si bien concedían que el cielo era esférico, y que del agua y de la tierra se torneaba una como bola, ceñida del globo celeste, pero testareaban en que todo aquel espacio que corría por la acera Meridional, le ocupaban las aguas, y que no habían en aquellos sitios tierras. Este parecer se manifestó ser también error con tanta evidencia como es notorio

haberse descubierto en la América tanta inmensidad de tierras que forman un Nuevo Mundo.

6. Y como no hay desaciertos á que no se exponga el discurso humano, aunque confesaban otros autores que había tierras bajo del polo Antártico y en las regiones que yacen al Mediodía, mas no se podían presumir que se pudiesen habitar; juzgando que estos antípodas habrían de andar pies arriba y cabeza abajo, y que las lluvias surtirían hacia el cielo y no hacia la tierra, opinión bien sin cabeza ni pies.

7. Con más juicio lo dudaban los que tenían por imposible haber pasado algún hombre desde nuestro antiguo orbe al Nuevo Mundo, siendo innavegable la inmensidad del Océano en las distancias de uno á otro polo; y esforzaban su parecer con que el calor ardentísimo de aquella región, llamada por su ardimiento *La Tórrida* ó *La Quemada*, no permitiría en su abrasado seno ningún género de vivientes, cuyo destemple fogoso aventando lluvias se negaría á los pastos por tener de fil al sol, que con su suma cercanía la hiere con sus llamas, reduciéndola á cenizas.

8. Desvanecióse el crédito desta razón filosófica con la experiencia de los que habitan en aquellos países; pues sobre haber vencido los imposibles del pasaje, contrastando la resistencia de tantos golfos y mares, contestan uniformes que, "cuanto los poetas fingen de los Campos Elíseos, de la famosa Tempe y todo lo que Platón fantaseó de su imaginación, se halla realmente y con ventajas de benignísimos temples, fértiles climas, delicias y amenidades, en varias y muchas partes de aquel nuevo orbe„.

§ 2.°—*De cuándo y cómo se pobló de hombres la América.*

9. Al tiempo que descubrieron los españoles las Indias Occidentales hallaron aquellas espaciosísimas regiones pobladas de infinitas gentes, así hacia el Mediodía como á la banda del Norte, y siendo así, que aun en este nuestro orbe antiguo, con ser tan culto y erudito, es tan confusa é interminable batalla entre sus historiadores el aclarar los primeros pobladores de los reinos, provincias y ciudades, ¿no es maravilla sentir más confusión y dificultad en descubrir cuándo y quiénes poblaron todo aquel Nuevo Mundo? Ni cómo, pintándose tan bárbara aquella gente, se pudieron erigir y establecer aquellas dos inmen-

sas monarquías de los Ingas y Motezumas en México y en Perú, de cuya opulencia, cultura y policía tocan en encarecimientos los cronistas de América y los testigos tantos de vista.

10. La dificultad desta población se extiende á dudar también si fué poblada la América antes del Diluvio de Noé. ¿Como en una y en otra constitución de tiempos, no sólo pasaron hombres, sino que tantas especies de otros vivientes se trasladaron á sitios tan distantes desde el Arca de Noé, y se distribuyeron por aquellas vastas tierras, según los climas que pedían sus naturales? En aqueste laberinto, los más sutiles y noticiosos ingenios mientras más discurren más se enredan; impúgnanse unos á otros, con que añaden confusión y oscurecen más la verdad, siendo en semejantes cuestiones tan fácil el refutarse, como difícil el defenderse. No presumo, pues, que Ariadne reservase á mi pluma el hilo para salir de este caos, mas, porque es incumbencia del que escribe, siquiera insinuar el juicio que hace, se reducirá á tres conclusiones lo que sentimos:

11. Verosímil es que en los tiempos de Adán estrenase la América población, y la razón es, porque Adán, á quien Dios constituyó monarca del universo, y le infundió noticia comprensiva de todo el orbe, habiendo vivido novecientos treinta años, tuvo tiempo y sucesión bastante para que su política y económica providencia diese principio á la población de la América, cuyas regiones, por lo inmensas, ricas y fértiles, le merecían tal cuidado y le ponían en tan debido empeño. Era su gran idea el más bien delineado mapa de todos los pasajes, y le sobraba inteligencia para encaminar á los pobladores. No era punto de menos monta en la Providencia divina, cuando sacaba á luz esta fábrica universal, servirse de ángeles para poblar de hombres á tan gran parte, ó la mayor de toda la redondez de la tierra, que valerse de aquellos espíritus soberanos para llevar á Abacú con el socorro de comida á la necesidad de Daniel; en que escrupulizan nimios á lo filosófico, los abandonan estos celestes recursos, sin dar de sí sus filosofías más que unos expedientes fútiles, y confiesan ellos mismos que andan á ciegas tentando sombras.

12. Verosímil es también que después del Diluvio universal, restándole á Noé trescientos cincuenta años de

vida, así por las memorias de lo pasado como por las noticias con que Dios le ilustraría de presente, proporcionadas al segundo autor y padre de todo el linaje humano, cuidaría, como Adán, de que se poblase también la dilatadísima América, ó ya de sus conferencias tomando sus cercanos descendientes enteras noticias, trasplantarían colonias en aquellas Indias, tomando también Dios á cargo de su alta Providencia, el que de varias naciones se derrotasen con las borrascas algunas naves, que por diferentes cabos fuesen llenando tan espaciosos vacíos, como para su descubrimiento dispuso el que se derrotase aquel célebre vizcaíno á quien se le debieron los primeros diseños de aquel Nuevo Mundo, incógnito é encubierto por tantos siglos.

13. Por última conclusión, sentimos ser lastimosas las angustias y estrecheces á que se reducen para portear con discursos varios autores á la América desde el Arca de Noé tantas diferencias de frutos, fieras y aves propios de aquellas regiones. Ellos gastan el calor natural en buscarles estrechos por donde naden los golfos; á unos encaminan con bajeles derrotados, á otros hacen llegar despeados por raros istmos á tierra firme; tómanles las medidas á los vuelos de las aves y las dan donosos itinerarios de islas en islas; y siendo así que sus cartas de marear no tienen más ser que sus entes de razón, hacen empeño y aun alarde hacen, de que les ajustan bien las posadas, desatendiendo á que, aun en los imaginarios modos que fantasean, han de recurrir á las disposiciones divinas; pues no pudo ser acaso el distribuirse tantos y diferentes vivientes á sus naturales climas; sobre que, siendo común sentir el que se sirvió Dios de ángeles para conducir de todo el Universo todas las especies de animales y aves al Arca de Noé, así también, pasado el Diluvio, por ministerio de los mismos conductores, los restituiría á sus nativos albergues, empresa que era imposible á operaciones humanas.

§ 3.º—*Qué naciones de nuestro orbe fueron las que antes del descubrimiento poblaron el Nuevo Mundo.*

14. Nueva confusión ocurre sobre qué gentes del Orbe Viejo poblaron aquel Nuevo Orbe. Tomándoles en este artículo sus dichos á los indios más ladinos, dispara-

taban diciendo: "Que su primitivo solar era fundación de unos héroes nacidos del mismo sol y de las aguas del mar„, como si hubiese llegado á la América la fábula de Prometeo; mas, aunque ridículos y fabulosos, eran, para ser de bárbaros, muy heroicos pensamientos, y así piensan no pocos vanos de sus solares; ni hay que extrañar tal ficción, pues no ceden los errores y fingimientos de sus orígenes primitivos en los romanos y otras naciones muy cultas, y Estrabón tiene por quimeras cuantas memorias se refieren de los primeros principios en los indios orientales.

15. Los más de los que escriben de las Indias han tropezado en esta duda, confesando los prudentes que no la alcanzan, y aun insinuando los presumidos que la ignoran. Porque ¿cómo se sabrá quién fué el primer Colón de la América, cuando no se aclara aún cómo y quiénes poblaron á Europa y Africa? Con que se juzga por desvariados y prolijos discursos de los que se han molido á sí, y cansan á los demás, con libros enteros investigando las primeras cunas de estas gentes, inventando cada uno á su arbitrio colonia destas ó aquellas naciones con los ligeros motivos de la asonancia de lenguas, en cuales que pocas voces, ó semejanza de ritos.

§ 4.°—*De la tierra firme de la América y de la situación en ella del Imperio mexicano.*

16. Conduce para inteligencia clara de adonde cae y de lo que llena el cuerpo de la América el Imperio mexicano el delinear uno como mapa de Indias. Póngase, pues, la mira en Cádiz ó Gibraltar, puertos últimos de España hacia el Occidente, donde los antiguos creían que se terminaban las regiones de su orbe y ártico Polo, de cuya persuasión eran señas las columnas que asentó Hércules sobre las basas de los opuestos ó afrontados montes el Caspe y Abila, con la célebre inscripción del *Non plus ultra*. Desde Cádiz, á distancia de unas trescientas leguas por el Océano, se viene á dar con las islas Canarias ó Fortunadas, que poco antes descubriera Betancor Francés. De aquí, continuándose el discurso por novecientas leguas hacia el Mediodía, se toca en otras islas llamadas la Dominica, las Vírgenes y la Beata con otras de

este paraje, que van corriendo por su orden hasta las islas de Barlovento, cuyos nombres son Cuba española y Borriquen, nomenclatura de los españoles, y ellas son las que á Colón le dieron célebre nombre, no siendo más que unas como aldeas ó burgos de las Indias Occidentales.

17. De aquestos lindes distará por varias partes trescientas leguas, según se alargan ó encojan los cabos y picos de sus riberas el Continente y tierra firme del nuevo mundo, donde las dilatadas regiones que han llegado á descubrirse desde el Mediodía al Septentrión se alargan á más espacios que ocupan juntas el Asia, la Europa y Africa juntas. Aqueste gran continente se divide en dos desmedidos cuerpos, los cuales, cerca de Panamá, se estrechan en tan ceñido istmo ó lengua de tierra, que su ensanche es de solas dieciocho leguas, sirviendo como de pasador ó de puente á los dos mares del Norte y Sur, que en dos frentes le baten los dos costados. Destas dos partes inmensas de tierra firme, la que desde aquel istmo ó estrecho de tierra tira al Norte y se llama la América Septentrional, es la que da asiento á los muchos reinos y provincias del imperio Mexicano, sus dependientes y confinantes; la otra parte que se espacia hacia el Sur, se nombra América Meridional, se incluye la gran monarquía del Perú, el Brasil y reino de Chile hasta el estrecho de Magallanes, extendiéndose ambos trozos, aun en sólo lo descubierto, al pie de cuatro mil leguas, con que se cierra y llena el globo terrestre.

§ 5.º—*Varios nombres que les dieron á aquellas nuevas regiones.*

18. A los visos de inmensa ó casi infinita, aquella nueva parte del Universo no dejaba definirse ni comprenderse con sólo un nombre, con que precisó á que le pusiesen muchos. Regio y muy debido era el de *Ferisabélica,* compuesto de los de don Fernando y de doña Isabel, en tiempos de cuyas Majestades Católicas se dió principio á su descubrimiento y conquista, por ser respetuoso y común estilo que las provincias y reinos de nuevo conquistados sorteen el nombre del Príncipe que con su triunfo les coronó de más gloria. También comenzó á llamarse el Orbe Carolino, que así se condecoraban los Imperios

mexicanos y peruense con el augusto y cesáreo nombre del emperador Carlos V, que dió los más esclarecidos llenos á su dominio. Ello se suele decir por vulgaridad: que los reyes no dan nada á los que lo merecen, y son más veces el no darles á los reyes lo que les deben.

19. Son, pues, tres nombres los que en aquellas tierras han hecho con el uso más asiento: el primero es de *Indias Occidentales,* que se le puso Colón para publicar cómo su descubrimiento pasaba de competencia á ventaja en oro, plata y grandeza á lo de la India Oriental, de que tan dignos blasones vertían los portugueses. Y porque muchos, á quienes se les entiende poco de mapas, confunden unas Indias con otras, distando unas tres mil leguas las Occidentales de las Orientales, destas se les dará una vislumbre para sacarles de su ceguera.

20. A los confines del Asia aplicaban los antiguos aquellas largas regiones de la India Oriental, que en la Escritura se dicen *Hebilaht*, voz originada de Hebila, hijo de Jacián, el primero que habitó aquellos países; y tomaron voz de India de Indo, hijo de Go y rebiznieto de Noé, ó, como dice San Isidoro, del río Indo, que los divide la Persia y los riega desde el Occidente al Oriente. El apellido de Oriental le toma esta India del extender sus términos por la mayor parte, no sólo hacia el Oriente del Asia, sino aun respecto de todo el globo terrestre hasta llegar al mar que los griegos llaman Evo. Y por el Septentrión la cierran los collados del monte Tauro, y por el Mediodía el Océano que dicen Indico. Y aunque desta India Oriental descubrieron y conquistaron alguna parte Baco, Hércules Egypcio, Alexandro, Sesosmo, Antioco, Anon, cartagineses y los romanos, fueron descubrimientos y conquistas muy cortas para la inmensidad que restaba por descubrir. Y aun esas confusas noticias se vinieron á perder casi del todo en Europa, hasta que en nuestro siglo los célebres portugueses, con sus asombrosas navegaciones, descubrieron su ámbito y conquistaron gran parte; con que si bien dista unas tres mil leguas la India Oriental de la América, á ésta le pusieron también el nombre de India por parecerse las dos en los tesoros y preciosidades que de unas y otras se traen en continuas y ricas flotas á España.

21. El segundo nombre que de ordinario se le da también á estas nuestras Indias Occidentales es el de

Nuevo Orbe ó *Nuevo Mundo,* de que se usa con propiedad por ser medida ajustada á la estatura de su inmenso cuerpo, y en cuyo círculo cabe este mundo antiguo; y padece agravio en computarla ó adherirla por parte entre las otras tres, Asia, Africa y Europa, sin tantearla á solas por Nuevo Mundo; pero los usos suelen atropellar los derechos.

22. Su tercer nombre, y más usado, es la voz de *América,* aunque menos propio. Derívase este apellido de Américo Vespucio, florentín, gran geógrafo, el cual, acompañando al capitán Alonso de Ojeda en las primeras navegaciones, se atribuyó á sí, con falsedad, haber sido el primero que descubrió la tierra firme hacia Paria, persuadiéndoselo á los del vulgo por simples, y más á los extranjeros, de suyo ansiosos de disminuir á los españoles sus glorias, esparciendo por varias partes tablas geográficas y cartas de marear, que él delineaba á todo primor, y dando en ellas su nombre á las tierras y regiones Meridionales, sobre caer más en gusto común la brevedad y precisión deste nombre sustantivo *América,* y hacer más juego con las otras tres partes del globo, Africa, Europa y la Asia, logrando también las plumas y las imprentas, en el ceñido nombre de América, no poco ahorro de caracteres.

§ 6.°—*Breve inspección de las calidades de la América en general.*

23. De la América acopian los escritores en común y en particular tantas prerrogativas y excelencias de sus benignos climas, feracidades y riquezas que incluye en su inmenso seno, cuanto precioso se reparte por todo el resto del orbe. Con que aun el mal intencionero Botero confiesa, que haciéndose reflexión al tiempo presente, se aventaja con gran exceso el Nuevo Mundo á nuestro orbe antiguo en todo género de comodidades, delicias y conveniencias; porque á los animales, árboles, frutos y semillas que la América tenía de suyo antes, con suma copia y de gran aprecio, se le han recrecido cuantas hay en Europa, Africa y Asia, que allí prenden, producen y se multiplican con admirables mejoras.

24. Y para formar siquiera cualque rasgo de concepto

en las preciosidades de América, sería cansancio ir á ver desentrañar de sólo el cerro de Potosí más de quinientos millones de plata, en lo que se quinta para el Rey, ó las ricas minas de México, ni por la imaginaria tantear las infinitas sumas de plata y oro que se han transportado sin registro; pues más de cerca puede ajustarse el tanteo, por los cursos regulares de flotas y galeones interesados, á treinta y cuarenta millones cada viaje.

25. De tan inmensos tesoros, aunque se dejan ver en España un asombro, es de más bulto lo que encubre el político recato, siendo así que España parece sólo una puente ó mera garganta, por donde las venas de plata y oro corren al cuerpo de los demás reinos y provincias extrañas, que se hacen de oro con extracciones perennes destos preciosos metales. Y como los españoles se reían de los indios, porque con unos dijes de vidrio les estafaban tejos de oro y barras de plata, así los extranjeros, con fútiles bujerías, les despojan á los españoles de los tesoros que costaron tantas hazañas y vidas, tan heroicas navegaciones y famosos descubrimientos, á cuya causa cierto Rey de Francia hacía fiesta de un ministro que le instaba sobre empeñarle en la conquista de la América, facilitando mucho tan rica empresa, y le respondió: "Dejadle á España el cansancio, pues Francia coge su fruto„.

26. En fin, se puede hacer juicio lleno de lo que es la América con haber merecido el más honorífico epígrafe de su aprecio, grabándola por blasón colateral de su España el señor rey Felipe II en aquel tan envidiado título de su corona: *Hispaniarum et indiarum Rex: Rey de las Españas y de las Indias*, sin dar lugar en el trono de tan augusta inscripción á los otros poderosísimos reinos y provincias de su monarquía.

§ 7.°—*La primera población de la América septentrional antes de erigirse el Imperio mexicano.*

27. Participa la América septentrional (llamada ahora Nueva España) la misma confusión y falta de luz que padece todo aquel continente del Nuevo Mundo en orden á la ignorancia de quiénes fueron y cómo aportaron sus primeros pobladores. A lo que más se han estirado sus noticias es á memorias de unos ochocientos años, más ó

menos oscuras y enredadas, según las revoluciones y accidentes de los tiempos antes que las descubriesen los españoles. Olvidos son excusables en gentes de pocos libros y menos letras; las turbulencias de guerras, los vuelcos de dominios barajaron las especies que pudieran excitar sus caracteres de hieroglíficos, de que surte el mezclar sus relaciones con cantares de los niños y consejas de las viejas, en tanto grado, que, á no ser fábula ó travesura de holgada idea, será parábola apócrifa cierta salida de tropas indias que inventaron, de cuálque soterráneos á tenor de enjambres, gastando en una muy prolija jornada unos ochenta años, en que remedaba el Demonio la salida israelita de Egipto; siendo de más maravilla que escritores de buen juicio den á tal veleidad crédito, y que sobre todo tan leve basa asienten la suntuosa fábrica del Imperio mexicano hasta elevarle á la magnitud de la mayor majestad.

28. Y desatendiendo á la patente inconsecuencia de pintar los exordios destas primitivas gentes con colores de salvajes, sin abrir sus plumas puertas por donde, á tan informe y ruda barbarie, entrase rayo de luz que, con principios de pulimento esclareciese tan poderosa brutalidad, introducen aquestos historiadores de repente en el teatro del mundo, como apariencia de perspectiva, el Imperio mexicano con todos los constitutivos de la monarquía de más cultura y magnificencia. En ella pone Solís Consejos de Estado y Guerra y Hacienda, diferencias de Tribunales, ordenada jerarquía de todo género de ministros, las etiquetas más advertidas de un palacio, el político lustre de una corte y el esplendor del más cultivado imperio. Y aun se alarga á decir fray Hierónimo Román, hablando en sus *Repúblicas* de la de México y de sus Emperadores, que "la autoridad con que se servían y se trataban, excedía á la de los turcos y á la del Preste Juan ó Emperador de la Trapisonda ó á otro cualquiera monarca„.

29. En semejante implicación estalló el gran juicio del P. Acosta, que hablando generalmente de todos los primeros pobladores de la América, dice: "Tengo por cierto en las más naciones y provincias de las Indias, que los primeros fueron salvajes como fieras, sin casa ni techo, ni sementera ni ganado, ni ley, ni rey, ni Dios, ni razón„. Esto dice, y sin entretejer en su narración algún expediente ó medio por donde á estos fundamentales salvajes que su-

pone pudiese comunicárseles cualque pulimento ó cultivo, pasa de golpe á pintar las dos monarquías mexicana y peruense, con la cultura y policía más clásica, y no ya brutos, sino tan repúblicos y políticos que toca en el encarecimiento siguiente, diciendo: "En las más sabias Repúblicas como fueron la romana y la ateniense, vemos ignorancias dignas de risa, que cierto si las Repúblicas de los mexicanos y de los ingas se refirieran en tiempos de los romanos y griegos, fueran sus leyes y gobierno estimados„.

30. Discerniendo pues, y entresacando lo más verosímil de los cuentos que tales historiadores creyeron y publicaron, y estableciendo más á lo sólido el fundamento del Imperio mexicano en las tradiciones, memoriales é instrumentos que conservaron los descendientes del último emperador Motezuma (que, por más interesados, procedieron en tan importantes observaciones más cuidadosos) se dispondrá la planta ó mejor luz en la forma siguiente.

CAPÍTULO II

DE LA ERECCIÓN DEL IMPERIO MEXICANO Y DE SU PRIMER EMPERADOR MOTEZUMA I

§ 1.°—*Noticias más constantes de los primeros pobladores del Imperio mexicano.*

1. Sin percibir los oídos noticias fijas de cuándo, cómo y adónde dieron solamente los ojos inmemorial testimonio de haberse poblado aquellas provincias septentrionales de América, con distintivo de nombres y especificación de términos entre tanta variedad de naciones, lo que hay de cierto es que México, desde su cuna y exordio, por su magnitud y situación, fué siempre la ciudad y corte capital en toda la América. Debióle el nombre á un insigne varón llamado *Mexi,* que con tan gran fundación eternizó plausible memoria, y á su acierto le correspondió la fama. Los mexicanos, ó por revelantes influencias de aquel clima, ó por el ventajoso asiento de su población en el centro de aquel tan célebre lago, que boja su ámbito treinta leguas, se reputaron siempre por gente de superiores espíritus y por la nación dominante.

2. Después, por el espacioso círculo de aquel breve mar ó lago, también poblaron otras naciones los suchilmicos hacia el Mediodía, con quienes confinaron los chalcas; al Occidente las populosas estancias de tapanecas formaron la provincia de Azcapulzaco, y les hicieron lado los tezcuanos, cuyos acrescentamientos dieron título de reino á su ciudad de Tezcuco. Dejando á espaldas á la laguna, y venciendo las cumbres de la sierra dieron los

tlatluvias principio á su provincia de Cuanavaca. Y los tlascaltecas penetraron hacia el Oriente, atravesaron la Sierra Nevada, donde se ofrece á la vista un eminente volcán interpuesto entre México y Tlascala, y parece que de sus ardientes venas comunica opuestas llamas, según fueron de continuo inextinguibles sus odios y encontrados sus ardimientos. Viéndose en todas partes por experiencia que la contextura de sitios suelen influir las amistades ú oposiciones de los pueblos, y aun entre sí la situación de las casas.

3. Fuera echarse á adivinar, sin conducencia al designio de la Historia, el referir las guerras ó paces, los progresos ó desmedras, que se barajaron por los siglos primeros destas gentes, sólo en materia asentada en la persuasión común de la América Septentrional; que como los mexicanos, por el exceso de policía y eminente forma de república, sobresaliesen en aliento y en fortuna, daban largos ensanches á sus dominios tiranizando los ajenos; achaque antiguo y trascendental de los principados librar sus acrecentamientos en violencias é injusticias, con sólo la diferencia, que, lo que entre los bárbaros se acrimina por injusticia y maldad, en las regiones políticas se palía con la señora razón de Estado, y se celebra en la Historia por valor y por ardid.

4. Pues como avive el cuidado en los confinantes y dé celos á los más remotos una nación ambiciosa, que, confiada en su poder y desvanecida con la prosperidad de unas empresas, anhela á nuevas conquistas, trataron varias potencias de aliarse contra la soberbia y desenfrenada audacia de México, como contra enemigo común. Fueron los promotores y artífices de la liga los tlascaltecas, impacientes de aun imaginarse súbditos de los que blasonaban ser émulos, y como las ondas del mar que primero rompen los diques en los ataques de la borrasca convocan las demás aguas para inundar el país, así Tlascala, al romper la presa de su ira, ofreció brecha al represado coraje de tantas gentes que arrebataron contra México las armas: unos con el ansia de los despojos, otros por librarse de sustos, muchos por despicarse de agravios, no pocos por desobligarse de beneficios, los más por desahogarse del cruel aprieto de pechos; que un caballo, oprimido con demasía, suele sacudir el peso sacudiendo de sí al amo. Y todos por acabar con los mexi-

canos, que, por más poderosos y sobrepuestos, los envidiaban y aborrecían, siendo en todo género de hombres á una fortuna, por lo feliz hermosa, común azar que la envidia la haga mal de ojos y la maquine su ruina.

5. Rompió el nublado de tan general sublevación por todas las fronteras en diluvios de ejércitos, granizando en vez de plomo balas de pedernales, que se aceraban en las espadas y cuentos de las picas. El gran lago se miró, con tanta sangre vertida, convertido en un mar rojo, y tembló la tierra á tanta conmoción de combates. Había México vestídose con los sacos y robos de otros dominios, y desnudáronla arrebatadamente de cuanto había usurpado por mucho tiempo. Al casco de su corte recogida llegó á verse toda la República mexicana, abrasadas sus poblaciones, cadáveres sus ciudades y reducida á cenizas su amenidad y esplendor, con el enemigo á las puertas, ansioso de coronar con la toma de México, la reina de la América, las glorias de sus conquistas, que sólo retardaba el profundo foso de su gran lago, á quien debió México varias veces librarse de invasiones, como Venecia, con sus asientos sobre el mar, se ha resistido al poder más arrestado de confederadas coronas. Y en ésta, con la demora, sobrevino otro accidente, que alteró la materia de semblante en tanto grado, que sobrepuso México, elevándose de República cadente al poderío y título de Imperio, como lo irá refiriendo la Historia.

§ 2.°—*Quién fué y de dónde vino el que dió socorro á México.*

6. En tan ruidosa constitución de tiempos y apretado sitio de México, asomaron por aquellas septentrionales regiones de la América unas peregrinas y numerosas tropas de gente muy extraña, bajo de la conducta de un Capitán insigne, que, no dejando memoria de su primitivo nombre, ó suprimiéndole por haberle mejorado, lo apellidaron los mexicanos, en honor de sus ilustres procederes, *Hijo del Sol*; eso significa en lengua mexicana *Vit cilipuztli*, escabrosidad de voz que alisaron después los españoles, trocándola en *oycholohos*. Hijo del Sol le llamaron con especialidad, porque como dice Acosta, "hubo entre aquellos indios una opinión que un gran Príncipe

que vino de la parte de Oriente les había dejado y prometido que volvería„. El se hizo luz, entre lo oscuro de su destierro, y rayó en la más cerrada niebla de su fortuna; él descubrió Imperio cuando se refugiaba á escondrijo; con sus esclarecidas hazañas y lustrosas prendas de ardimiento y cordura, de ferocidad, agrado, sagaz, cortés, generoso y comprensivo, que supo labrar de la espada cetro, y de la guarnición corona; que vinculó á su sangre fundando á su descendencia la gran monarquía de México con el apellido de Motezuma, como César y Augusto el de Césares y Augustos, con la ocasión que adelante se dirá, que así suele Naturaleza prevenir de excelencias á los que destina para fundar y establecer imperios y monarquías.

7. Su gente, en la ingenuidad de rostros, en la gentileza de talles, en el garbo de las galas, en la pericia militar y en la cultura civil, de que dejaron impresas muchas señales que no borraron bárbaros siglos, desmiente á cuantos los juzgaban enjambres de los que, no cabiendo en los rústicos extremos de la América, volaron con las armas á buscar sitio en que hacer asiento. Que no se les había aún pegado la vanidad de estimar más fabulosas cunas forasteras más que solares propios de su patria.

8. Reliquias de una armada inglesa que trasegaron borrascas á las costas del América, quieren algunos que fuesen como nación que, arrojada y diestra, le registra los senos de más desvío al Océano, y en quien late una innata propensión al dominio de las Indias Occidentales (y aun al presente las acecha desde nuestra usurpada Jamaica); pero sus cronistas no hacen mención de tan considerable frangente, si no es que se recurra al deseado Rey Arturo.

9. Otros los traen de Fenicia, de Cartago, de la Tartaria, de Italia; hebreos los juzgan graves autores. Y de los que así discurren, unos los pintan de los trasladados á los asirios, conduciéndolos por los confines del Asia, y los pasan por un golfete ó algún istmo de tierra; otros los embarcan en las flotas de Salomón, cuando navegaban por oro á tierras de Ofir; entendiendo por Ofir las regiones que hoy se llaman Nueva España y Perú; donde, en la notable variedad de opiniones, se ven sus desvariados discursos.

10. No es menos extraña la especie de los que imaginan que fué un gran trozo de armada, en que después

de haber perdido á España el rey don Rodrigo, se perdió él también, y corriendo él, por mar y tierra fortuna, aportó al seno mexicano, como en la ruina de Troya Eneas con muchos troyanos surgió en las marinas de Italia. No pudo fantasear más una holgada fantasía; y sólo podía fundarse en que tan cordial cariño como los mexicanos y el último emperador Motezuma mostraron á los españoles siendo él de genio sañudo y grave, sólo se podía fraguar de un parentesco de voluntades y simpatía de sangre que aún les latía en sus corazones. Mas, ¡cómo de esas fábulas acumularon al desaparecimiento de don Rodrigo en su fuga!

11. Alusiones ó ilusiones son también que hace Gomara, historiando una navegación de españoles, que huyendo la esclavitud de los moros en tiempo de don Rodrigo, se embarcaron en el Océano y vinieron á arribar á las provincias de Cozumel, y Yucatan en la Nueva España, donde pusieron sobre sus sepulcros y en otras partes cruces hermosas, dejando instruídos á sus descendientes en el culto y ritos católicos. Lo mismo afirma (mas no sin visos de fábula) otra historia de la isla llamada *Siete Ciudades*, que los portugueses y otros conquistadores, sin efecto muchas veces, han buscado por haber oído; que siete obispos y mucha gente de España huyeron de aquel su común catástrofe, dieron acaso en aquella isla y poblaron siete ciudades, señalando á cada Obispo la suya por catedral; conque estos conquistadores padecieron el engaño también del Dorado y del Paititi, burlas de que jamás escarmienta la codicia.

12. Con más tenues fundamentos suelen enramar árboles genealógicos, los que, ingeriéndose en troncos de cetros griegos y encabezándose en coronas góticas, hondan hasta la misma raíz de Adán, y guiados de su desvanecimiento topan con el desengaño, dando en un origen común buscándole singular. A la descendencia y casa de Motezuma honor le será aun la duda en originarse de la regia sangre de godos, ó del real tronco británico, ni le sería mancha la de Salomón retirada del disfame por tantos siglos y mares. Y si es majestad del Nilo la ignorancia de su fuente, con que nunca deja de mirarse grande, gloria será también de la casa que se le ignora el principio, cuando por tantas edades no vió en su curso sino imperiales coronas en todos sus ascendientes; como de los

Baltos dijo Saavedra: "Continuada hasta estos tiempos la familia de los Balthos, tan antigua en los reinos de Escandia, que de ella y de sus cetros se ignora su origen„. Que es decoro de la magnitud no permitirse á registro en su pequeñez.

§ 3.°—*De cómo se dió el socorro á los mexicanos.*

13. Haber marchado por páramos ó entendídose con las guardias de las costas, si no fué en todos descuido, por tener todos en el sitio de México el cuidado, franqueó sin embarazo el que se introdujesen, introdujo á los extranjeros muy adentro y tan de súbito, como no se reparan los vapores que suben de la tierra hasta que se ven ejércitos de nubes en el aire; y era en el lance en que estaba México á pique de perderse. La milicia forastera entró en recelo viendo á punto de batalla tantas naciones belicosas, no fuese que su llegada desviase las diferencias, y la codicia de repartir sus despojos hiciese las amistades. México ofreció á Motezuma un muy interesal partido porque siguiese su bando. La liga de los rebeldes, confiada en su muchedumbre y desvanecida con sus victorias, le envió á hacer unas ofertas con fondos de amenazas, trasluciéndose entre los ruegos su presunción y ferocidad.

14. Al extranjero no sólo le pareció poco honroso el adherirse á los más pujantes en las estrenas de sus facciones, sino también juzgó por menos seguro incorporarse con los que podía sospechar insolentes después de la victoria, habiéndoles sentido tan arrogantes antes de la batalla; sobre que, en socorrer á México, interesaría celebridad su valor y labraba con la más noble república las más cortantes basas á la fábrica de una eminente fortuna.

15. Capitulada, pues, la confederación, se declaró el Motezuma por los mexicanos con un muy plausible arrojo, porque avanzó una noche en escuadrón cerrado por el cuartel principal de los tlascaltecas á la sazón que lo profundo del sueño le cierra más los ojos al cuidado, con que sintieron antes las heridas que sospecharon el ataque. Habíase pegado fuego á sus reparos, y á los que huían del acero los abrasaba la llama; todo era confusión hasta ponerse en arma todo el campo de los coligados á tiem-

po que el General extranjero, dejando millares del enemigo pasados á cuchillo en la campaña, metió, con ricos despojos, gran número de prisioneros en México, sin perder de los suyos más que unos pocos, empeñados con el calor de la pelea por la corta noticia de los puestos.

16. Con tales accidentes muda la guerra semblantes; fué el de aquel descalabro á los rebeldes de sustancia en el daño y de más consecuencia en el efecto. Un compuesto de varias mezclas se sujeta á muchas alteraciones; siempre fueron achacosos efectos de varias causas. Empezaron á desazonarse entre sí los coligados, formaron del miedo quejas, desviando toda la nota de su punto, se recargaban los unos á los otros la culpa de la rota; de las quejas y cargos nacieron desconfianzas, y de las diferencias resultó el deshilarse las tropas á sus casas cuando más adelantada tenían la conclusión de la empresa.

17. El mexicano no les inquietó la retirada porque no reuniese el despecho á los que dividía la discordia, antes la celebró con públicos festejos, aclamando toda aquella gran corte con alegres aplausos á la milicia extranjera como columnas de su subsistencia y restauradores de sus glorias; y para agradecer á sus dioses tan feliz suceso, sacrificaron impiamente supersticiosos á todos los prisioneros, barbarie bruta que estilaron los alemanes en la rota de Varo, y los turcos en la de Tamagosta.

§ 4.°—*Corre peligro Motezuma y su gente en el Senado de México.*

18. Ni hasta cesar la pelea suele sentirse la herida, ni en México, hasta salir del ahogo en que les pusieron los sublevados con tan apretado cerco, advirtieron el empeño en que Motezuma y sus tropas les había metido con el socorro. El Senado, pródigo en ofrecer en la ocasión de la necesidad, en resfriándose el beneficio, sintió embarazos y desganas al tiempo de cumplir; que una elevada, en siendo grande ella misma, se dificulta la paga. Y como es desgracia del sol un sembrar luces y coger eclipses, así suele ser desdicha de un capitán que con nobles arrestos de la vida y prósperos efectos de prudencia, cuanto adelanta los méritos enciende más los odios, ó por despintarle el premio ó por dárselos su mucho brío; mas siempre

los que ofrecen de cumplimiento rehusan la prueba, como la moneda falsa huye la piedra del toque.

19. Parecer hubo en el Senado de México de que se diese de improviso con las armas sobre aquella milicia forastera. Así discurrían los que, agravados con el peso del beneficio, le quisieran enterrar con el agravio, arrebolando tan horrorosa fealdad con el color de no admitir novedades de extranjeros, que turban las repúblicas, alteran las costumbres, apolillan las haciendas, se introducen en los puestos, se levantan con los tratos, son sospechosos en la guerra, y suelen ser espías inevitables, contrarios á las creencias de sus dioses, de que surten continuas inquietudes, pues ni en un reino cabían dos reyes, y menos opuestas divinidades; sobre imprimir temores, multiplicando ejemplares de varias gentes, que, apellidadas para el socorro, se señorearon de los mismos que socorrieron. "¿Y en qué cordura, exclamaban, cabe abrigar la víbora en el pecho ó dar alas á la sierpe? O que nos suceda lo que á los animales, que atraídos á la fragancia del buen olor y de los bellos visos de la piel, mueren entre las garras del tigre pardal, y si nuestro discurso incluye especie de ruin, la razón de estado sobredora toda ruindad„.

20. Interrumpió el hilo de discurso tan vil un prudente senador, diciendo: "La falsía de fundamentos ha desplomado fábricas suntuosas, y la falta de lisura en los senados ha sido justa ruina de no pocas repúblicas. Rica joya de la prudencia fué siempre el disimulo, y aborto abominable de la malicia el fingimiento. Nadie más necesita en su trato de crédito como un gobierno público; si se infamase México de que así premia los más heroicos obsequios ¿de quién podía esperar en adelante socorros? Procédase con verdad y con rectitud, que son los dos polos de los aciertos y las columnas que con más constancia sustentan los edificios de los imperios. No necesita el león, coronado rey, de las raposerías que usa la vulpeja vil. Prémiese y castíguese á que se vinculan seguridades y aumentos. La venida de estas gentes nos sacó de indignos riesgos, y nos ha laureádosle con el más glorioso triunfo. Donde hay forma de república y no de monarquía, se pueden recibir por socios los forasteros; incorporados éstos con la nuestra serán injerto de que broten frutos de dos orbes, dando cabal pulimento á nuestras artes, que eran como á media luz, á nuestra política, que

en su comparación parece de media talla y á nuestra cultura que es como de medio relieve. Es estéril nuestro ingenio, cuando se priva de aquellas novedades que le fecundan. Envilécense los entendimientos en las cosas ya conocidas, y esclarécense á la luz de tantas ignoradas, debiendo á la novedad el que no envejezca el mundo con las mismas cosas que comenzó. Y vanos son los celos de que aspire á principado nación de tan remoto país y tan distante de los socorros que requieren unos tan arduos designios„. Así razonó, y

21. El corte que dió el Senado fué el esparcir por varias provincias, con estipendios y cargos honoríficos, á todos los que se hallasen en las tropas de Motezuma eminentes en sangre ó en algún arte, á los soldados por diferentes fronteras con buenos sueldos, instruídos los generales de empeñarlos en los riesgos, fullería de consumir con honores; señalar á los oficiales de guerra heredamientos, en que hiciesen asiento desunidos, y al Motezuma y cabos de primera plana, detenerlos en México, como encarcelados, con oficios de honor y comodidades de la paz, para que, en las delicias del ocio, hiciese el valor de aquel Aníbal vicio. Así juzgaban, que, sin ofensa del pie, cogerían de entre las zarzas la flor y disfrutarían del extranjero cuanto floreciese en él, de esfuerzo para la guerra, de ingenio para las artes y de prudencia para el gobierno, dejándole en la apariencia bien premiado, como si imitasen el primor de un gran pincel en el reparar un error con tal arte que parezca que aquello fué lo que se quería pintar.

22. El Motezuma, dándose por desentendido de la falsía, por evitar que no pasase aquel decreto á violencia, aunque veía que el Senado más tiraba á consumirle que á premiarle, rindiendo gracias por aquellas disposiciones en que se adensaban tantas mercedes, pidiendo pública audiencia habló á los senadores en esta sustancia:

23. "Mi gente y yo, ilustrísima República, trasladados en brazos de la mar de uno á otro mundo, no estamos despedidos de dar la vuelta á la Patria, para que hagamos parada tan de propósito en México. La edad en que los más nos hallamos, desdice de las blanduras en la corte y nos conduce á los rigores de la guerra en la campaña, sobre ser ya arrestado pundonor de mis banderas no contentarse de haber vencido, á pesar de tan común conjura-

ción, con vuestros estandartes, sino de tremolar aún sus insignias en las almenas más altas de los rebeldes, habiendo antes pretendido vuestro agrado en el aprieto con el socorro, y lisonjeado después á vuestra ira en el despique con una ejemplar venganza. Muy de vuestra generosidad es el ofrecernos descansos, pero deuda nuestra es el merecerlos con más sudores. La oferta de los solares aceptamos; sea un noble estímulo ó soborno á nuestros afectos con que arraiguen en vuestras tierras, dorada espuela para concluir los lauros de la campaña, teniendo en qué recoger los frutos de las victorias, vinculando, en las finezas de serviros, más fomentos para amaros.„

§ 5.°—*De cómo se casó este Motezuma I con la sucesora de los primitivos Reyes de México.*

24. Acrecentáronse los celos y los sustos del Senado con las noticias de vivas diligencias que hacían reyes y provincias sobre atraer al Motezuma á su parcialidad con ofertas de gran estado y gran casamiento. El sabía que le espiaban aún los semblantes y con redobles de político, sin dejar de hacer mérito de su constancia con México, no se desprendía de correspondencias con las demás facciones, tirando á sortear mejoras en tan rica feria de competencias; aunque enterado de que cualquier conveniencia en México conduciría más á sus designios, con que paraba su mayor duda, á qué bando se ladearía de dos, en que andaba dividida la primera nobleza mexicana, que ambos con emulación le hacían partidas de primera magnitud. Y, mientras se resolvía, sólo trataba de entender á los demás y no dejarse entender.

25. El Senado discurría en que, con las bodas en México, crecerían las inquietudes internas de la República y los bandos de los nobles; que si bien en la discordia, como en el cuerpo, con sus contrarios humores consiste la sanidad del bien público, al contrario es mortal dolencia si predomina con exceso algún humor; sobre que enramándose el Motezuma en parentesco con los próceres de primera clase, se haría no menos formidable en la corte que en la campaña, y evitarían tales riesgos con ofrecerle más noble y más rico dote en una señora, que, por desemparentada, le desviaría de facciones; por su real san-

gre era de más punto; por de singular belleza le caería más en agrado, y por sus raras habilidades y virtudes la apreciaría por la más digna de su delecto.

26. Mujer que pudo ser ejemplar de los más raros vuelcos de estado, pues estando para extinguirse en su vida la postrer centella de los primitivos Reyes de México revivió en su sangre la llama de su real casa, y entronizada al imperial trono hizo que la grana regia de su familia, desteñida con los deslustres de sus pasados, se refinase encendida púrpura sobre los hombros de muchos Emperadores, sus descendientes, pudiendo las primeras gradas de sus ascensos ser á otras sienes coronas. Y aunque cubrió el tiempo y el odio los sucesos, como sucede en los caminos nevados, dejando apenas notas de huellas, todavía quedaron unas memorias, á modo de los fragmentos antiguos, que de la mole de sus ruinas se divisa la soberbia de la fábrica.

27. Fué el caso, que habiéndose continuado en el solio mexicano una seguida serie de Reyes que, como los treinta y ocho de los asirios, no dejaron de sí fama por la dicha de no tener enemigos, á no haber comprado la paz, por desliciarse sin inquietud, siendo como la duración de los metales sin mérito de observaciones, durando mucho, porque más duermen que viven. En lo estantio, pues, de tanta calma, nacieron vicios que trocaron á los príncipes de legítimos en tiranos, y su violenta altivez levantó por todo el reino tal tempestad de rebelión que dió con todo el solio regio al través.

28. No les cogió la borrasca á dos hijos del último Monarca, refugiados en la fuerte guarida de Tlascala. Allí, en la lobreguez de un porte particular, les rayaron algunos relámpagos de esperanza; moviendo á veces los tlascaltecas á los mexicanos guerra, con el color de restituir su trono real á los príncipes despojados, siendo así que como los intereses de su República eran el primer móvil de sus empresas, no se movían más las armas de lo que duraba el curso de sus designios, sirviéndose de los príncipes para torcedor de sus enemigos en sus ajustes y paces.

29. El hermano menor, en una batalla que perdieron los tlascaltecas, quedó prisionero de los panucos, ó empeño de su arrojo ó traza de los que deseaban aliviarse de pensiones; no hay vileza que no quepa en las razones de

estado. Indultóse de la prisión para negociar por sí canje á su libertad, y no aguantando á la cuantiosa suma de la talla, se volvió á la esclavitud; tanta fuerza hizo la religión á un gentil, respetando el juramento que les había dado en fianza. Y fué célebre hecho en el católico Guidon conde de Flandes, que por tal motivo volvió á la prisión de Filipo rey de Francia; Renato duque de Anjou, á la de Filipo duque de Borgoña, y Juan rey de Francia, á la de Eduardo rey de Inglaterra. En nuestros siglos no debe la religión del juramento tales finezas á turcos ni á cristianos, según se ven romperle y violarle en treguas y paces.

30. A tenor de héroe de fama, dió aquel joven entre los bárbaros fundamentos ó fábulas y consejas, como son, que, despicando los panucos en él los muchos golpes que les había dado su valor, le arrojaron en su anfiteatro á los leones, y habiendo muerto á uno y acobardado á otro, le cargaron con un dragón formidable, y concluyendo la empresa al primer choque de maza, representó como en prueba de los psilos, la majestad de su sangre. Así le debió á su esfuerzo muchas veces la vida y mereció de sus enemigos, con el crédito de valiente, la comodidad de un poderoso estado. Mas no se hallan memorias de que dejase herederos de sus riquezas y hazañas: debe de ser porque raros heredan de sus padres el valor, y así tampoco el esplendor y caudal.

31. A la posteridad del hermano mayor con la distancia del tiempo y desdoro del porte, más le confundían que enarmonaban memorias de regalías, que, como la vejez encorva al cuerpo más alto, la caída envejecida de Fausto encoge espíritus altaneros. Volteándose así los casos, vino el último sucesor á poder de los mexicanos, cuya República, apiadándose del fracaso, le desapareció, como desterrado, en retiradas montañas, con acostamientos cortos, y fué una muerte civil. De aqueste restó una sola hija, fundición de toda majestad, de especioso parecer y de tan plausibles prendas y habilidades, que haciendo ruido su fama en México, la trasladó el Senado del retiro de las sierras al Ministerio de las Artes, en uno como Monasterio de sus monjas, donde las hijas de las más tituladas noblezas ejercían función de sacerdotisas hasta pasar al estado de casadas. Así procedió en Roma Amulio con la hija de Numitor, aplacando la debilidad de las mujeres el cruel genio de los tiranos.

32. Mas salió vana la traza con que tiró el Senado de México á obviar inconvenientes, siendo así que este casamiento amasó todos sus daños, infundiendo, con la sangre regia de la esposa, en el Motezuma, aquel alto pensamiento de la corona imperial que, con arte y fuerza, vino á ponerse en ejecución, y fundó á su posteridad en el derecho de su mujer, el título legítimo de Emperador; aconteciéndole á la línea de aquellos Reyes expulsos lo que á la piedra imán, que unida al hierro y comunicándole su virtud, levanta y atrae más peso que por sí sola podía. Y estaba él muy lejos de pensar que en los derechos de recobrar coronas hubiese leyes ni edades que pusiesen prescripciones.

§ 6.º—*Nombra el Senado á Motezuma por General de las armas.*

33. Iba la fortuna, muy como diestro piloto, sirviéndose aún de los vientos contrarios para los rumbos por donde conducía al Motezuma á la corona. Acababa de haber perdido México, en tantos golpes de guerras, los capitanes más hechos y de más nombre. Consumió el castigo á muchos, que por temerosos malograron ocasiones, ó por cobardes dieron al enemigo avilanteces; había arrimado á no pocos de los que se sobrescriben su insuficiencia con nombre de desgracia. ¡Oh República digna de prósperos sucesos la que aun entre los triunfos residenciaba los procederes de sus capitanes! A los que quedaban con pretensión al bastón de General, más los proponía la eminencia de su sangre que graduaciones de guerra, y que si del primer salto montaban á la cumbre, no restando premios para sus méritos, ó aflojarían sin el estímulo de esperar ó aspirarían á esperanzas que diesen en qué entender, sobre de ser de gran despecho á los beneméritos que haga más representación un recibir noble sangre en las venas, que un dar por la república la sangre en las campañas.

34. Los Reyes de Tescuco y Coiobazán, capitanes de fama y versados en la guerra, reducidos ya á la obediencia de México, y con experimental desengaño en el ahorro de desembolsar el tributo que en tener la puerta franca al comercio, haciendo de su conveniencia mérito, pre-

tendían con instancia el manejo de la guerra. Agradecióle la República la fineza y significóles que se daría por bastantemente beneficiada con que se estuviesen quietos, poco segura de sujetos que andan mudando casacas, y cautelando que fuese ardid de los coligados la reducción destos Príncipes para lograr con inteligencias lo que no esperaban de las armas.

35. Encendida la competencia, ardía en México la discordia. La corte se confundía en bandos, desbordando de las ocultas industrias en públicas violencias; y cuando más caliente andaba la porfía (no se sabe si por boca de oculta mina ó porque méritos eminentes consigo traen recomendaciones) corrió una voz por la corte apellidando: "sea Motezuma General de las armas„, y esforzándose en rumor de motín, concurrió el pueblo al Consistorio, y mandando ya más que proponiendo, compelieron al Senado á que diese á Motezuma aquel cargo supremo de la guerra, nombramiento que también sosegó con gusto á los competidores, por aquel común achaque de sentirse menos al verse preferido el extranjero, que sobrepuesto el paisano.

36. Halló á Motezuma la nueva del generalato fuera de México, ó haciendo vanidad de que á sus méritos no le había la pretensión de costar pasos, ó que los oficios debían buscar á los méritos y no los méritos á los oficios, sobre quebrar los fueros de punto en humillarse á las indignidades de pretendiente. Habíase él alojado dos leguas de la corte en Istapalapa, península del gran lago, cuya amenidad de sitio, con el agrado del temple, adelantó con muchos recreos el arte, un tiempo para deporte de los primeros ministros, después, con más majestad, palacio ameno de emperadores, con que creció su población á ciudad de diez mil vecinos. Puesto fué que marcó Motezuma para fortificarse contra los vuelcos de la fortuna, ayudando á las operaciones de manos Naturaleza con los varios fosos de los canales. Y fué estancia de su mujer con bastante guarnición, mientras la República le ocupaba en las conquistas, saliendo con arresto de que su valor desmintiese á los que le notasen haber sido electo al cargo por haber falta de capitanes.

§ 7.°—*De cómo fundó este Motezuma I Ordenes militares para asegurar sus empresas.*

37. Muchas señas de europeo dejó aqueste Motezuma, especialmente con la novedad de erigir Ordenes militares para emprender las conquistas y para ampliar el Imperio, que es la esencia y sustancia de la política, dando así nervios á la milicia mexicana, y atrayendo con aquel señuelo de honra á la nobleza de espíritu, por ser los nobles los espíritus vitales que corren por el cuerpo de los ejércitos animando con su valor y socorriendo con su caudal. Sobre ser traza que suplió la penuria de sus erarios á Roma con las guirnaldas de hierbas, á la Africa con sus tocas, á la Persia con sus cydares y á España é Inglaterra con las insignias honoríficas de sus hábitos.

38. De las Ordenes militares de México hace especial mención el doctor don Joseph Márquez Miqueli en su *Teatro militar de caballería,* diciendo: "Los Emperadores de la India Occidental, que fueron los Motezumas, en premio de los servicios hechos al Imperio y por timbre de nobleza, daban una hoja de oro, la cual llevaban pendiente de las orejas. En esta milicia no se admitía á nadie si no fuese gran señor. Llamábanse Auriculares, porque ellos solos podían negociar y tratar negocios graves con el Emperador„.

39. Hablando el mismo autor del Orden militar de los Teuclides, añade: "Los mismos emperadores Motezumas, viendo el progreso en la guerra de sus vasallos, que cada día iban engrandeciendo su Imperio, á más de las grandes remuneraciones que daban á quien valerosamente había peleado y le asistía en las guerras, instituyeron la noble caballería teuclídica. Su insignia era que el Rabbi, ó sumo sacerdote de ellos, agujereando la nariz de una parte al caballero, le ponía en una parte un hueso de tigre, y en la otra un pico de águila, y unos arillos de oro de que pendía una perla, símbolo de que en la guerra habían de ser veloces como el águila y feroces como el tigre„.

40. El padre Acosta, que, como los más escritores, confunden la serie de la historia, encabezando en el último Motezuma casi toda constitución de la monarquía

mexicana, refiere otras instituciones de Ordenes militares, diciendo: "Motezuma puso en más punto la caballería, instituyendo ciertas Ordenes militares, como de Comendadores con diversas insignias; los más preminentes destos eran los que tenían atada la corona del cabello con una cinta colorada y un plumaje rico, del cual colgaban unas borlas de lo mismo al cabo. Estas borlas eran tantas en número cuantas hazañas habían hecho„. La invención fué útil á los principios; mas con la malignidad de los tiempos, que desmoronan y desfiguran los primeros estatutos, se dieron después á los hijos de los senadores en las cunas, y aun llegó el desorden á ponerlos en venta la codicia, conque les pareció más barato á los mexicanos el comprarlos á peso de oro que merecerlos á punta de lanza; sobre ser de mejor aire usar de sus insignias en los paseos de México para gala, que entre los choques de la guerra, para empeñarse á riesgos de la vida.

§ 8.°—*Los primeros sucesos de Motezuma en su generalato.*

41. Entró á campear Motezuma con un ejército real de más de cien mil combatientes, y con sobreaviso de que el crédito en el trato de la guerra, más que en ningún otro trato, importa al logro de los empeños, y que de los sucesos en los principios se toma el horóscopo de los fines en la campaña. Afianzó esta diligencia, no sólo con la viveza del semblante, que profetizaba en las centellas de los ojos la victoria, sino también cumpliendo con las atenciones de general y con los arrojos del soldado. El contrahacía su genio y lenguaje al de tan diferentes naciones, y, abandonando prerrogativas de su puesto, se adelantaba á los peligros por ser sólo superior en méritos. Parco en el sueño y mesa, introducía, con la fuerza del ejemplo, la parsimonia y paciencia tan necesarias en la milicia. Así les aplacó á sus soldados la sed, dando de mano al agua David.

42. Marchaba, pues, su campo, y su General, ya usando las máximas severas de Atila y del Tamorlán, á fuego y sangre infundiendo espanto, ya practicando los dictámenes de César y Alejandro, venciendo con afabilidad y perdón, siendo la discreción llave maestra de los aciertos, y no todas las fieras se doman de una suerte. Con que

después de haber recuperado cuanto México había perdido á costa de varios choques y de sangrientas batallas, inundó con sus tropas el reino de Tlacopan, tomando cuenta á aquel Rey de las talas que sus gentes, tan sin reverencia, hicieron en las quintas y cármenes de México, despicando con lamentables estragos las injurias que habían hecho á las plantas de sus jardines, pareciendo mal á los mismos bárbaros las barbaries de mala guerra.

43. La corte de Tlacopan se miró infausto teatro, donde disputaban las armas el derecho y el dominio de aquel orbe septentrional, y se vió centro adonde, de varias rayas, concurrían las fuerzas de todas las repúblicas y reinos confederados, juzgando, y bien, que si tan numeroso y triunfante campo y tan célebre caudillo los acometiese á la deshilada, no hallaría en sus países resistencias, sino triunfos y despojos.

44. Reunida, pues, y engrosada la liga, le dió á sus campos alegres estrenas el General de los mechoacanes, porque fingiendo en tres mil de su nación lenguaje, divisa y armas de México, tocando al mismo tiempo por varias partes sus cajas, sopresó un fuerte de consecuencia para ventaja de la batalla, y dejando con gran guarnición el puesto, volvió al real con despojos, banderas y prisioneros, de los cuales hubo quienes, por no verse víctimas de los ídolos ajenos, se quitaron las vidas á sí mismos, superstición despechada, con que también se mataron en Alemania Varo romano, Bruto en Filipos y Catón en Utica.

45. Los tlascaltecas, como habían sido los promotores de tantos movimientos, ya por el punto de ser también primeros en los arrojos, ya por el recelo de ser á quienes amenazaba México con más coraje, se avanzaron por el mismo cuartel de Motezuma, vertiendo sangre, ya de los que se retiraban, ya de los que resistían, hasta mostrar su osadía por los desgarros del pabellón real, peleando como los andabatas á oscuras, y experimentando en el mexicano el descuido que ocasionó acaso la confianza propia ó el desprecio ajeno, siendo así que los recatos nunca en la guerra se juzgan por superfluos. Y es así que aquella noche los tlascaltecas lograron una cumplida victoria, si lo que conducía á coronar la empresa, no atrasara la fortuna, revolviendo como relámpagos los ojos contra la herrería de armas de los que se persuadieron

cortarles por las espaldas; y siendo así que era socorro de su mismo campo, unos y otros paralogizados y enfurecidos entre sí mismos, se despedazaron antes que se conocieron.

§ 9.°—*Prosigue la materia del pasado.*

46. La audacia de los sublevados con el ataque de los mechoacanes y tlascaltecas pasó á insolencia, blasonando con la confusión que habian causado al Motezuma en su cuartel real, que no les era ya asombro á quien ponían ellos espanto; y los cabos de la liga, aprovechándose de aquel nuevo ardimiento de su gente, antes de que se resfriase, trataron de dar luego la batalla, proponiendo el Rey de Tacuba su voto al consejo de guerra en semejante forma:

47. "Hoy ha de ser el día, ilustres capitañes, en que acabemos con la República de México. Hasta agora nuestra discordia y sus astucias, mantuvo y acrecentó su dominio, siéndole á tantas provincias por largos tiempos pesado yugo y á los demás reinos costosos sustos; si poco ha, habiéndonos confederado la indignación de su tiranía, desmontando selvas de sus ejércitos y demoliendo embarazos de sus plazas, llegamos llenos de triunfos á poner cerco apretado á su corte, distribuyéndola en estancias para el saco, hoy que nos ha reunido el ruido de sus armas dentro de nuestras tierras, como resaca de mar, los reduciremos al postrer ahogo. En las muchas rotas que dimos á sus armas les apuramos de la milicia de alientos y consumimos los capitanes de maestría; la gente de que se compone ahora su campo, ó son los que se escaparon por pies de vuestras manos como viles, ó serán bisoños que aun no saben armar los arcos; su escuadrón extranjero y su General tan de expectación, llenó su expectación mal, que aun corre sangre de fresco su descrédito de valor y pericia militar con uno y otro seguido descalabro. Démosle, pues, luego la batalla á un ejército resquebrajado á recios choques, y, demolido tan flaco muro, nos apoderamos de México á paso llano. Si se difiere el combate, con facilidad, de los achaques que suele adolecer una muchedumbre varia de juicios, resultará otro accidente, que, siendo por de reincidencia más grave, no sólo nos precisará, como en el azar pasado, á retirarnos con desaire,

sino también rendirnos á una vil y perpetua servidumbre, siendo de presente yunques á su cruel venganza y en adelante ultraje de su continua insolencia.

48. Había el Motezuma, con la serenidad del semblante, de donde se insinúa la impresión del golpe, deslumbrado la turbación de su campo; sólo las grandes montañas tienen á un tiempo las nieves y los verdores; así sólo los magnánimos saben unir el pesar con el valor. Quedo se estaba en sus reales de adonde, ventajoso de sitio y cubierto de sus fortificaciones, castigó con prudente espera la temeridad de los que, avanzando á los reparos, cegaron casi los fosos de muertos y los demás dejaron mal heridos. Ni con asaltos ni escaramuzas podían sacarle á campaña rasa, que hacía reputación de pelear cuando le estuviese bien, y porque al tiempo, más que á la espada, pertenecía arruinar el edificio de aquel ejército muy amontonado de gente y mal argamasado de juicios.

49. Trató el Rey de Tlacopan de apurar á Motezuma la espera y, ó que aceptase la batalla ó que saliese con él á desafío cuerpo á cuerpo, reduciendo todos los intereses de aquella guerra al arbitrio del que de los dos quedase con la victoria.

50. Y quedaron aún memorias de que se plantó aquel Rey en medio de ambos ejércitos, armado de punta en blanco con armas de plata bruta, sembradas de esmaltes de oro, sandalias de pedrería, el casco de algodón colchado se emboscaba en una vistosa selva de ricas plumas. La estatura, de agigantada, era una especie de torre viva ó castillo animado, con las almenas de la corona, que se hacía respetar á largas distancias, correspondiendo á la altura la fortaleza, ni faltando á tal desmedido bulto su género de garbo. Parecía haber encorvado un árbol para su arco, sin agobiar el hombro con el peso; blandía la mano en vez de lanza un leño, poco menos que mástil de una nave, siendo de ver crugir el basto tronco á un ademán del brazo. Aquella proceridad y vigor hacían más respetable la majestad de aquel Rey, que, suspenso los dos reales, hizo llamada y envió dos heraldos á intimarle á Motezuma el desafío de campo á campo ó de cuerpo á cuerpo.

51. La respuesta de Motezuma fué: Que en la instrucción que traía del Senado no se le ordenaba salir á desafíos personales, sino castigar con su ejército rebel-

des, y que si se encontrasen en la batalla, le respondería entonces su valor, como persona particular.

52. Barajáronse réplicas, moviéronse pláticas de una paz universal, tratados que se admitían, más por incomodarlos con largas que por arrostrar ajustes, y por dar más tiempo al logro de sembrar semillas de industrias, que produjeron frutos de grandes sucesos. Porque de los congresos trabó Motezuma inteligencias con unos, destejió alianzas de otros, llegó á imprimir sospechas mutuas entre los cabos de la liga, ya excitando recelos en la desigualdad de estimaciones ó infundiendo disidencias con el artificio de secretos. Pero el más rico empleo destas políticas ferias fué atraer á su facción al mismo Rey de Tlacopan, entendiéndose los dos en sus intereses comunes y particulares, siendo la principal capitulación rescatar el Rey el saco de su corte, ofreciéndose á descomponer los sublevados con suspenderles los víveres y socorros; pervertir y participar los misterios de sus juntas y declararse por México en el lance de más logro. Así, por soplar este corrupto aire suelen inficcionarse los consejos de guerra, perecer los más sanos cuerpos de ejércitos y malograr las más bien dispuestas empresas.

§ 10.—*De la llena felicidad con que Motezuma concluyó esta empresa.*

53. Como espiados los secretos les volvía de punta las armas de sus designios y les hacía salir con descalabros en todas las invasiones Motezuma, se les disminuía el campo á los coligados, y como el doble Tlacopan les desaparecía los bastimentos, surtían de la penuria, en tan inmenso gentío, dolencia y motines, ni podían dar la batalla sin riesgo claro de una total rota, trataron de retirarse los rebeldes con buen orden. Ibales Motezuma con su campo pisándoles la sombra, extraviándoles de los alojamientos regulares y haciendo importantes suertes, ya en las tropas deshiladas, ya en el tren de la campaña, ya en el bulto del ejército, sobresaltándolo en las estrechuras y más en los esguazos de los ríos, tomándoles de paso las plazas de defensa, hasta que, obligándolos á declarada fuga, los llegó á encovar en grutas ó á esconderse á sombra de los bosques, dejándoles en las manos

las vidas de unos, las libertades de otros, armas, fortalezas, ciudades y provincias con todo el interés y reputación de la más célebre victoria, y quedando los rebeldes y potentados enemigos solamente con el espantoso eco del nombre del vencedor en los oídos.

CAPÍTULO III

CÓMO ESTE PRIMER MOTEZUMA ESTRENÓ EL TRONO DEL IMPERIO MEXICANO.

§ 1.°—*En qué forma el Senado le ofreció á Motezuma el Imperio.*

1. La corte de Tlascala fué aquí la Babilonia, donde el Alexandro de aquel orbe, tan laureado de triunfos como lleno de espíritus reales, fué recibiendo á la obediencia de México los reinos y provincias rebeladas, pues aunque cien plazas perdidas no hacen perder una batalla, empero una batalla perdida suele hacer perder cien plazas. Con la afabilidad que les franqueaba la amicia con el perdón conquistaba más los ánimos, que los había vencido con el acero; y como en las primeras guerras el valor brota las palmas, y en las demás la fama sólo basta á producir los frutos de los laureles, otras vanas naciones y señoríos vinieron á ofrecer parias con título de amistad y de protección. Entonces fué cuando la América á este Capitán extranjero le dió el nombre *Oychilovos,* que significa *Hijo del Sol,* aludiendo á tan nueva luz y esplendor de hazañas y proezas.

2. Aquí ascendió la fama deste primer Motezuma á tan alta cumbre, que la perdió de vista la emulación y la envidia, venerándole en esfera de planeta. Aquí los pensamientos remontados de aquel hombre, á quien Naturaleza dió ingenio y ánimo para labrarse por sus manos el solio de un Imperio, fué haciendo tiempo en qué fijar con firmeza la corona, con las artes que cautivaron á todos los afectos y que con universal aclamación le mu-

daron el bastón en cetro, y de la banda (roja con la sangre enemiga) le ajustaron púrpura, solidándose el aplauso cuando se funda en merecimiento.

3. El Senado de México, ó escondiendo sus celos con el asombro de tan generales aclamaciones, ó adelantando con lisonja lo que miraban se les arrebataría presto con violencia, le enviaron á Motezuma una magnífica embajada con los plácemes y congratulaciones de sus hechos tan heroicos, y con ciertas insignias de presidencia en las juntas de la República, para que diese ya leyes quien dominaba con armas. Viéndose Motezuma ya con la esencia del principado, no hizo punto en aquella voz disminutiva de Presidente, como Cromwell en Inglaterra se reía del Parlamento que le sufriese Rey con llamarle Protector, y Julio César en Roma, intitulándole Dictador, siendo aqueste Emperador y aquél Rey en la sustancia y en la realidad.

4. En unos trozos de ricos paños, tejidos de pluma y oro, que Hernán Cortés reservó de la recámara del último Motezuma, y presentó entre otras preciosas joyas á Carlos V, se reconocían estampas del triunfo con que entró en México este Motezuma I. Siéndole de admiración al César que hubiese podido el arte de los que llamaban bárbaros, con sola la disposición de plumas de diferentes matices y sutiles hilos de oro, representar tan al vivo los sucesos sobresalientes del Motezuma en aquella guerra; expresado á lo terrible el ejército en las batallas, tan vivos los constitutivos del triunfo, los rostros de los prisioneros tan melancólicos, y entre el mapa de reinos conquistados relevada la gran corte de México, con los adornos que la hermoseaban, con el más ostentoso recibimiento y raras demostraciones de alborozo en un gentío inmenso del pueblo.

5. Era la pieza de más imán á los ojos, y pudiera ser envidia al primor de la pintura, la imaginería del paño que retrataba á este Motezuma sobre andas de oro con resaltos de pedrería, cayendo sobre los hombros de reyes con majestad de rostro y agrado de señorío. Entre los reconocimientos de más decoro se erigía una estatua de jaspes del propio Príncipe, armada á industria de esmaltes, con una copia de la corona guardada de los primitivos reyes, bajo de cuyas plantas se dejaban ver las efigies de los jefes de la liga debelada.

6. Levantábase esta obra sobre una hermosa pilastra de cuatro haces, y en la cartela del primer claro se veía la ciudad de México pidiendo á su Senado la corona imperial para Motezuma; en la segunda, doce senadores se la ceñían á la par (que en tal función los llama Francia *Pares);* en la tercera frente de la pilastra, se dibujaba la Emperatriz con dos diademas en las manos, la del Imperio que debía á su esposo y la del primitivo reinado que heredaba de sus mayores, y en la cuarta, se estampaban los dos como injertos en el tronco de un granado, que cuanto sus ramas se dilataban en frutos iba brotando tantas coronas.

§ 2.°—*De las artes con que este Motezuma se fué afirmando en el Trono.*

7. El pueblo suele sufrir al tirano á quien se rinde con gusto y se gobierna con modo y arte. Así toleraron los corintios á Cyselo, los sicilianos á Dionisio, los atenienses á Pisistrato, los argivos á Fidon, los agrigentinos á Falaris y los romanos á César, mientras en la tiranía procedieron con prudencia. Pero los más, con el desalumbramiento de la soberanía, ó perdieron los estribos á los corcovos que suele dar un indómito y mal arrendado vulgo, ó rayando sólo como relámpagos coronados apenas dejaron rastro de luz en su posteridad.

8. Este Motezuma, que arraigó el cetro en su sangre por muchos años, zanjó la fábrica de su monarquía sobre buena razón de Estado, continuando después de Emperador aquellos procederes que le hicieron deseable cuando particular; útil política más no fácil, porque de ordinario hace muy otro semblante la luz del hacha que la del sol á la altivez del hombre. Connaturalizado al hábito, á la lengua, á todos los estilos y ceremonias de México, endulzó aquella agrura que aceda á los vasallos en la sujeción á un Príncipe extranjero. Aunque se hallaba con las riendas del Imperio, se las fió al Senado en lo que conducía á la reserva de sus particulares dependencias y prerrogativas, y como los magistrados se veían con los mismos títulos y nombres y sin disminución de interés ni autoridad, se complacían en aquel depender de uno, sin

andar sirviendo á tantos, en que excede el dominio monárquico al repúblico.

9. A los capitanes y soldados que en la campaña vió sobresalir en méritos, y que miraba como acreedores de su elevación al trono, basas de su dominio y columnas del Imperio, ajustó premios que sirviesen de espuela dorada á todos para merecer honores, fundando con generosas mercedes vínculos perpetuos de obligaciones que le redituasen á su corona siempre servicios. A los que no les saciaran los erarios, les satisfizo con altas preeminencias, señalando al Rey de Coyobazan el estandarte del Imperio cuando saliese á campaña el Emperador en persona; al Rey de Tescuco, el primer lugar y más próximo á las andas imperiales; al señor de Tula, voto primero en Cortes, y es rara providencia, que, con señuelos de honores, en todas partes se den por llenamente remuneradas las más costosas hazañas.

10. Imitando en la liberalidad al reloj, que siempre da, pero es un dar á sus horas, con tales pesas de su cordura siempre tuvo que dar, y dádivas á beneméritos nunca apuraron las cajas Reales ni precisaron á añadir tributos, con que se perdieron los dominios más arraigados, y no dejan arraigarse los señoríos nuevos. El ladearse más á lo generoso le grangeó el que, aunque adolecía de vicios, sobredorados parecían excelencias.

11. Idolatraba el pueblo en su nuevo Príncipe, con la rectitud suave de su gobierno, con los frutos de la paz sin desprevención de guerra, con el alivio de pechos y con la festiva institución de varios juegos públicos, con que ejercitaba la juventud en muestras de valor, y todos tenían cebo en la curiosidad; invención fué suya el correr en el coso leones desarmados de los dientes y aserrados de las uñas, dejando bastante campo á las pruebas de los bríos y á los premios de las suertes, é impidiendo (como sería forzoso) á quedar con zarpas y colmillos, el celebrar festejos de fieras en que aprendiesen á huir y volver los mexicanos las espaldas.

12. Y porque del estado de la nobleza le son al Príncipe tan de cuidado los empobrecidos, por lo que anhelan á revoluciones del Reino para algún vuelco de su fortuna, como los poderosos que en el ocio apestan con vicios á la República, y con máquinas de orgullo suelen inquietar al Imperio, acomodó á los unos de oficios y de empleos en

lo civil ó lo militar, según su inclinación y aptitud; á los demasiado ricos los sangró de la vena del arca con tiento de sacar no más onzas de sangre de las que por nimia abundancia suelen causar aquel género de dolencias en cuerpos de la República excesivamente llenos; y aunque con puestos de honor suelen enjugarse aquestos malos achaques, torció á otro medio el designio con una novedad que da materia al párrafo siguiente.

§ 3.º—*De una gran inundación que padeció México en este tiempo.*

13. Al tiempo de practicar Motezuma los medios con que asentar el estado de su Imperio, se interceptó la ejecución de sus ideas con una desaforada exorbitancia de aquella gran laguna, que, arrasando reparos y rompiendo diques, desbordó á un tiempo por noventa millas que bogan sus circunferencias y se sorbió más de cien mil embarcaciones de canoas y piraguas, pueblos, villas y ciudades, sintiendo el mayor estrago la magnificencia de México, á quien suele ser este lago en un dia de más perjuicio que en muchos tiempos de emolumentos. Mas no le mira tanto como espejo de su inconstancia, sino para componer con mejoras su exaltación, sirviéndose de sus ruinas para renovarse en más pulidas y magníficas fábricas.

14. Entre otras causas de aqueste continuo riesgo, suelen ser las más comunes, la una en los años lluviosos tener soberbias crecientes las aguas, que corren por los llanos de Pachuca y de Apa, descaminándose de los canales de Guegue por la otra banda de las vertientes de las sierras (obra insigne de los primitivos Reyes), pero reforzadas las aguas con venidas atropellaron los artificios y continuaron sus primeros cursos. Creció con furia el río de Guatitlan, el más caudaloso que desemboca en el lago; parecían piélagos los arroyos de Tepopula y Tlamanales, que, entrando en la laguna de Chalco, la hicieron verter mares á la de México.

15. De la banda de Occidente los dos ríos que con más caudal de aguas entran en la laguna de México, llamados el Alcapuzalco y el Coyvacan, sobraban á causar la inundación con la pujanza de sus crecientes.

16. La segunda causa de aquel fracaso, es ser el lago de México receptáculo de aguas vertientes por treinta leguas de su ámbito, que de ordinario descienden envueltas con broza de lama y tierra, y haciendo asiento y poso en el suelo del lago, remonta el agua hasta saltar por las albarradas, calzadas y diques, entrándose por las calles y por las casas de México, y, en llegando á emparejar los planos de los pavimentos, no queda más remedio que levantar más las fábricas, como lo hicieron los mexicanos antiguos, de que se ven tristes señas en los edificios que yacen debajo de las ondas, ó procurar desguaces como han hecho después los españoles, sin fruto, en descomunales crecientes.

17. El juicio de más fondo es el que tan inmenso lago se corresponde por subterráneos con el mar, como se ve en las consonancias de sus crecientes y menguantes, y que, recibiéndose tantas y tan continuas aguas de caudalosos ríos, arroyos, fuentes y lluvias, por el vuelo de treinta leguas que gira, á no desaguar en la mar, siglos ha que estuviera cubierta de agua toda aquella Nueva España, y no es posible que el sol y el aire consuman tantas aguas que de tan varias partes concurren en aquel centro. Conque las inundaciones de México más que de ningún otro origen surten de embarazarse la comunicación de su lago con el mar, ó por las corrientes deste, á veces opuestas, ó por otros embarazos de sus menguantes que, dificultándoles los expedientes, sube en la laguna el agua cuanto más ó menos dura el estorbo.

CAPITULO IV

DE CÓMO SE SIRVIÓ ESTE MOTEZUMA DEL AZAR DE LA INUNDACIÓN PARA SUS RAZONES DE ESTADO

1. Con ocasión de las ruinas trató Motezuma de gastar y divertir á los poderosos, empeñándolos en el pundonor y vanidad de que tocaba al crédito de ellos y al decoro de su Príncipe no quedasen en tan gran corte señas de aquel descalabro á los venideros siglos, que serían feos padrones de su miseria ó desidia, sino que acrecentasen su fama con tan revelantes fábricas que fuesen instrucción á la posterioridad de un alentar más los ánimos en los reveses de los más graves infortunios, y un eterno memorial de haber sido Padres de la Patria, y no fatales sus tiempos para el Imperio; y es así, que se eternizaron aborrecibles los Atilas y los Totilas, despoblando reinos, talando monarquías y arrasando ciudades, y los amables Augustos fueron los que se preciaron de que en su dominio y tiempo se mejoraron, en espaciosas y ricas obras de alabastros, jaspes y mármoles, las fábricas que toparon en sus reinos de tierra, lodo y ladrillo.

2. Logrósele al Emperador el designio, y de dos suntuosidades, por eminentes, duraron su subsistencia y memoria. La una fué de un grueso muro que aun á los españoles, cuando lo vieron, les mereció notable reparo, y por lo maravilloso hace dél mención Argensola diciendo: "Prosiguió Cortés su viaje por un valle que por cada lado le cerraba una sierra, y atravesaba de la una á la otra un muro de veinte pies de ancho con sus pretiles, fabricado de piedra sin cal, al tenor de la famosa arquitectura de la puente de Segovia. Tenía sólo una entrada y en lo alto

se podía pelear. Supo que le había edificado un indio poderoso„.

3. La otra obra célebre fué la Plaza Mayor de México, que describe Solís diciendo: "Entre diferentes plazas de Terraplén la de Tlatelulco (así la llamaban) era de admirable capacidad y concurso, á cuyas ferias acudían ciertos días en el año todos los mercaderes y comerciantes del Reino con lo más precioso de sus frutos y manufacturas, y solían concurrir tantos, que siendo esta Plaza (según dice Antonio de Herrera) una de las mayores del mundo, se llenaba de tiendas puestas en hileras, y tan apretadas, que apenas dejaban calle á los compradores. Conocían todos su puesto y armaban su oficina de bastidores portátiles cubiertos de algodón basto, capaces de resistir al agua y al sol. No acaban de ponderar nuestros escritores el orden, la variedad y la riqueza de estos mercados. Había hileras de plateros, donde se vendían joyas y cadenas extraordinarias, diversas hechuras de animales, y vasos de oro y plata labrados con tanto primor que algunos dellos dieron que discurrir á nuestros artífices, particularmente unas calderillas de asas movibles, que salían así de la fundición, y otras piezas del mismo género donde se hallaban molduras y relieves, sin que se reconociese golpe de martillo ni impulso de cincel. Había también hileras de pintores con raras ideas y países de aquella interposición de plumas que daba el colorido y animaba la figura, en cuyo género se hallaron raros aciertos de la paciencia y prolijidad. Venían también á este mercado cuantos géneros de telas se fabricaban en todo el Reino para diferentes usos, hechas de algodón y pelo de conejo, que hilaban delicadamente las mujeres, enemigas en aquella tierra de la ociosidad y aplicadas al ingenio de las manos. Eran muy de reparar los búcaros y hechuras exquisitas de finísimo barro que traían á vender, diverso en el color y en la fragancia, de que labraban con primor extraordinario cuantas piezas y vasijas son necesarias para el servicio y adorno de una casa, porque no usaban de oro ni de plata en sus vajillas, profusión que sólo era permitida en la mesa real, y eso en días muy señalados. Hallábanse con la misma distribución y abundancia los mantenimientos, las frutas, los pescados, y, finalmente, cuantas cosas hizo venales el deleite y la necesidad„.

4. "Hacíanse las compras y ventas por vía de permutación, con que daba cada uno lo que le sobraba por lo que había menester, y el maíz ó el cacao servía de moneda para las cosas menores. No se gobernaban por el peso ni le conocieron, pero tenían diferentes medidas con que distinguir las cantidades, y sus números y caracteres con que ajustar sus precios según sus tasaciones„.

5. "Había casa diputada para los jueces del comercio, en cuyo tribunal se decidían las diferencias de los comerciantes, y otros ministros inferiores que andaban entre la gente cuidando de la igualdad de los contratos, y llevaban al tribunal las causas de fraude ó exceso que necesitaban de castigo. Admiraron justamente nuestros españoles la primera vista de este mercado por su abundancia, por su variedad y por el orden y concierto conque estaba puesta en razón aquella muchedumbre, aparador verdaderamente maravilloso en que se veía la grandeza y gobierno de aquella corte.„ Hasta aquí Solís.

CAPÍTULO V

DE OTRAS ACCIONES MEMORABLES DE ESTE MOTEZUMA I

§ 1.° — *Cómo dispuso un ejército aprestado con pretexto de guardias de su persona.*

1. Aquel labrar los egipcios los cetros de sus príncipes sembrados de ojos, fué instrucción de vigilancia en sus reyes, como de guardas de vista, para que no se los arrancasen de los puños, y así, aunque conocía Motezuma que la mayor seguridad de un monarca es ser buen príncipe (como la coronada rosa, aunque se arma de candores en sus hojas, trae consigo en su cerco de espinas otros tantos arqueros de su guarda) atendió al asegurarse de los enemigos con quienes se hicieron paces desiguales, y de los que, por fuerza conquistados, gimen en la servidumbre, y en sintiendo en el descuido ó flojedad ocasión, éstos aspiran á restituirse á su libertad, y los otros aspiran á cancelar la infamia de los pactos, ya porque ni los de fuera ni de dentro osen inquietar el estado que miran siempre prevenido,

2. Ya para establecerles á sus sucesores (que no todos serán como debieran) milicia pronta y seguridad de regalía, dispuso las guardias de su persona, compuestas de quinientas plazas en que incorporó sus soldados extranjeros. La otra, de diferentes naciones del Imperio, con gran arte, repartiendo los doce meses del año en doce provincias, las más leales y más briosas de sus dominios, de suerte, que en el mes que le tocase á cada provincia, plantase tres mil hombres en México para asistir de guar-

dia al imperial palacio, y píntalos tan lucidos como bien armados Gabriel Laso de la Vega, diciendo:

"Los tres mil de su guardia van lozanos
en escuadrón, gallardos y arrogantes;
las diestras, de arcos, picas, ocupadas,
de pedernal sargentas embastadas.„

3. Todo el mes se sustentaban estas guardias con los relieves que se les sacaba de la mesa imperial, como Bernal Díaz, cap. XCI, dice así: "Y cuando el gran Motezuma había comido, luego comían todos los de su guardia, y me parece que sacaban mil platos de aquellos manjares que dicho tengo. Pues jarros de cacao con su espuma más de dos mil y fruta infinita„.

4. Logróle, pues, esta disposición á Motezuma el que en todas las provincias hubiese ejercicio de armas; el tener prontos, para cualquier fortuito lance, treinta y seis mil soldados hechos sin gastos; el evitar celos de los cabos, que suelen en los ocios apurar los erarios y aun levantarse con los ejércitos; el que con el trato de la corte los soldados comunicasen á sus países policía; ni era de menos interés el que, con la asistencia á su Príncipe, cobrasen más cariño á su persona. Gravamen fué que se introdujo con suavidad y corrió voz de merced, alborozada la juventud de aquel Imperio de ensayarse en una campaña sin riesgos y ver la corte con galas. Porque asientan sin violencia en los súbditos las cargas, aunque sean graves, cuando las sienten con mezcla alguna de gusto y de conveniencia propia.

5. Con todos los de profesión militar, sobre tenerlos muy ganados la puntualidad de los pagamentos y su prerrogación de los donativos, encendió más los afectos con el plausible hecho que se sigue:

6. Había vacado en las fronteras de Tescuco un puesto de honor y de interés. Pidióselo á Motezuma un gran soldado á título de muchos años y aun de más méritos. Tomóle de la mano é introduciéndole en su gabinete, donde tenía uno como archivo en que guardaba los apuntamientos de los años y hechos de los soldados, le mostró el mismo Emperador al pretendiente, cómo otro capitán, que por entonces militaba con creces del Imperio en descubrimiento de muy distantes regiones, había comen-

zado antes á servir y merecer, y añadió: "A este soldado, por la presente justicia, la toca la provisión del oficio. Cuando os tocare la vez el mismo cargo os irá á buscar„.

7. Salió de Palacio el pretendiente, no con la repulsa quejoso, sino con nuevas ansias de arrestar mil vidas en servicio de un Príncipe que tenía tan exacta cuenta de premiar á cualquiera que se lo llegase á merecer; corriendo por la milicia de todas las fronteras y ejércitos la voz de que "con su Rey no se necesitaba de memoriales, sino de hazañas; no de brazos, sino de puños; que no tenía el corazón más volante informe de cómo obra cualquier parte de cuerpo, que su Emperador noticia de cuantos merecen ó desmerecen sus soldados. Ya no pudren y gastan en México las pretensiones; sin los ascos de andar besando á ministros manos, sin la superstición de doblar rodillas, sin falaces esperas de secretarios, sin los despechos de ver los premios en almoneda, sin las sacaliñas y torcimientos de intercesores y sin haber de hurtar en un oficio lo que se ha de verter para otro ascenso, se nos vendrán los puestos á las manos si en la guerra los merecemos bien contra los enemigos„.

§ 2.°— *La ocasión con que le dieron el nombre de Motezuma.*

8. Pórtase el pueblo con su Rey como el aire con la luz; por más siglos que le ilumine, si de presente no le esclarece, todo el resplandor pasado se le borra de la memoria. Requiérese cebar de continuo la reputación con asuntos ó hechos célebres. Fué, pues, de celebridad y de aclamación, el castigo que ejecutó Motezuma en cuatro caciques de primer esfera, origen del nombre de Motezuma, que quedó como esculpido desde entonces en su descendencia y casa. Y el caso fué que:

9. Había quedado viuda en la corte de México una india que, en las prendas de señora, la había mirado de buen aire la fortuna con los realces de la discreción y modestia, con que imprimió ansias de pretenderla por esposa en un hijo de los mayores ministros del Senado. Mas, aunque se le dió muy cortés repulsa, montó en un rabioso duelo, nada sufridor de desaires por connaturalizado en la cuna senatoria á rendidas adoraciones, convirtió los

extremos de galanterías y finezas en una de las más indignas y facinerosas venganzas, como fué escalar la casa, y, no contento con ultrajar el honor de mujer tan principal, instigó á que también la violasen otros tres que le hacían lado.

10. Hubo de romper la nema al secreto, el que, al resentido no le parece que queda desagraviado, si no da luz del despique, y, llegando la noticia al Emperador, disimuló por un tiempo, haciendo del descuido cuidado, dejando dormir las leyes mientras se maduraban los lances; y, sintiendo la materia tan en sosiego diéronse á pensar los reos que, por su mismo decoro, la viuda recataría tan fea injuria con sellos del más profundo silencio. A sazón, pues, que deslumbrase el pretexto al más cauteloso, sin que supiese uno de otro, en intervalos de tiempo, les llamó á todos el Motezuma á Palacio.

11. Entró el primero el autor de aquella infame maldad, y mostrósele en el salón real, sobre un elevado trono con dos bandas de Senadores y en dos hileras á los capitanes de sus guardias, el Emperador, siendo de suyo apacible, tan sañudo y grave, que le pusieron entonces el nombre de *Motezuma,* voz que en la lengua mexicana significa un formidable, por lo respetoso, semblante.

12. Siguióse el presentarse al majestuoso tribunal la mexicana, no con tristes lutos de viuda, sino con ricas galas de novia, con quien obligó el Emperador á que se casase su infamador, y, en pronunciado su asenso, retiraron al infeliz desposado á otra sala donde le cortaron al punto la cabeza. Por las mismas ceremonias de casamiento y por los mismos filos de cuchillo, pasaron los otros cómplices, y las haciendas de los cuatro, como á heredera de sus maridos, adjudicó Motezuma al dote de aquella dama desagraviada, dando asombros á su Imperio de rectitud, piedad y discreción, y con una general aclamación de ser aun corto el inmenso orbe de su corona para la capacidad de su gran cabeza.

13. Hizo también tanto ruido con su aplauso otro hecho deste Motezuma, que duró su eco hasta los postreros siglos; y fué, que habiendo dado principio á la institución de que se criasen hijos de Reyes vasallos y de los primeros caciques en el palacio imperial de México con superficie de honor para rehenes de lealtad, para anatomía de su aptitud desde la raíz, y también para que

se amorasen á México, que en la ternura de la niñez se imprime á la cuna amor, siendo juntamente de conveniencia á los hijos del Emperador el aprender fácilmente en tal edad, con el mutuo trato, las varias lenguas de diferentes naciones. Sucedió en esta ocasión un considerable desmán.

14. Era como la flor de tan noble juventud el joven Pinoia, heredero del cacique más poderoso de Juaxaca, que, conquistando con generosas artes el afecto de una dama de la Emperatriz, negoció con llaves de oro introducirse al sagrado más entredicho de su posada en palacio, escondiéndole unas lavanderas y cerrándole en unas petacas de ropa blanca. No hay poder ocultar el humo adonde hay fuego; súpose con escándalo la osadía, y entendiendo en la causa el Senado, por decreto del Emperador, fué parecer de unos el hacer al mozo eunuco y que sirviese después de guardadamas. Pena fué de que dió ejemplar el rey Wamba, según refiere Saavedra, diciendo: "Porque algunos soldados habían desflorado vírgenes y cometido adulterios les mandó cortar los prepucios". Género notable de destierro en que se da á sentir una común enajenación de uno y otro sexo.

15. Otros senadores que juzgaron, y con razón, que un noble antes escogería perder la vida que vivir con tan afrentosa nota, le condenaban á muerte. El Emperador, juzgando lo uno por desdoro de la nobleza, y lo otro por rigor en reo de tan poca edad, avocó así la decisión de la causa y le declaró por loco, y que, como á falta de juicio, le recluyesen en la casa de los Orates. Y es así, que siendo todas las desordenadas pasiones ciegas, le añaden á la del amor la venda para atarle como á loco, y de locos trató Platón á todos los amantes.

§ 3.º—*Máximas de su política, que dejó este Motezuma I cifradas en geroglíficos.*

16. Suelen ser de más relevantes prendas que comunmente los reyes, los que, sin más título que su esfuerzo é industria, llegan á ceñir corona, pues se supone singular vigor de ingenio, alteza de pensamientos y espiritoso entusiasmo para erigir por su mano, para mantener

con arte y perpetuar con firmeza en sí y en su posterioridad un reino. Al Motezuma I los mexicanos, no sólo le temieron valeroso, sino que les respetaron por muy discreto y muy sabio, excelencia para el dominio de sumo crédito. Celebráronse sus dichos por sentencias, y duraron como proverbios algunos de sus geroglíficos, en que desembozó algunos dictámenes de su gobierno.

17. El pintó el árbol Maguey con corona é insignias imperiales, significando que un príncipe debía condecorarse con gran variedad de prendas y talentos para sostener la corona, y ser de fruto y utilidad á tantas diferencias de vasallos como el árbol Maguey, de quien Solórzano dice: "que rinde él solo cuanto se coge de todos; pues dél se saca agua, vino, aceite, vinagre, miel, jarabes, hilo, agujas, vigas y tejas para los edificios y otras muchas cosas„.

18. En el segundo pintó una águila real, no con las alas en equilibrio, sino la una muy elevada y la otra como cadente, y por desniveladas trastornándole la corona de las sienes, significando que príncipe que no gobierna con igualdad en la administración de la justicia, le apeligra á su corona la consistencia.

19. En el tercero pintó, alargándose entre nubes, manos con tajantes hachas amagando golpes á un cedro, significando el odio fatal del pueblo contra ministros, que no son de fruto al bien público, y sólo tratan de crecer con la dignidad y de hacer sombra á sus allegados, ó ahondando á su fortuna raíz, aprendiendo de lo incorruptible del cedro á no pudrirse jamás por el mal común, y sólo con atención á su bien particular.

20. En el cuarto pintó sobre la cesa de un monte de oro una gran corona, ceñida de mares y golfos, dando á entender que las aguas, como fosos, la guardaban en cuanto la ceñían, y aquellas ricas regiones, el ser incógnitas por los intermedios de tantos piélagos, las defendía, de que, codiciosas de sus tesoros, no las invadiesen y dominasen otras partes del mundo más poderosas. Persuación que se fijó en los mexicanos, pues como Bernal Díaz dice: "Tuvo por cierto (habla del último Motezuma) que éramos del linaje de los que les habían dicho sus antepasados que vendrían á enseñorearse desta tierra„. Punto que les tenía con miedo, pues aun Roma se asustaba de que el Rhin menguase porque las invasiones de

Alemania no creciesen, y el río Eufrates era velo que quitaba de vista la Siria al enemigo.

21. En el quinto pintó el árbol Granadilla, plantado entre la corte de México y el principal palacio, por donde hacía á la corte frente muy poblado de hojas y frutos, y por la banda que caía á palacio se veía desnudo y descortezado tronco, entallando una corona muy á lo natural al corazón, significando que para desahogarse las coronas de los príncipes se descortezasen las nimias ramas y varas que asombran las casas reales, ó con excesos de gastos ó con superfluidad de gajes. A mejor luz interpreta las flores y hojas de este misterioso plantel la piedad católica, como nota Solórzano diciendo: "La Granadilla, que, dejado el color y sabor de su fruta en hojas y flores, traslada al vivo todos los instrumentos que intervinieron en la dolorosa Pasión de nuestro Redentor„.

22. Pintó en el sexto un río caudaloso, detenida su corriente al herirle por el costado el ímpetu de un torrente que se despeñaba de un monte, pero que á corto tramo se reducía á seguir el curso del río, significando que un superior y príncipe de espera y detenido, cuando al accidente de cualque nube de ira se le precipita el súbdito ó vasallo, puede con el reporte ganarse á sí y no perder al que arrebataba un ciego furor.

23. Pintó en el séptimo una concha, corriendo las cortinas de sus veneras sobre la flor de las ondas al relucir del relámpago, para cuajar con su luz la perla, significando que no se han de abrir los secretos del corazón sino á quien, con alto consejo, dé muy sana y segura luz para el acierto de las dudas.

24. En el octavo hieroglífico se dejaba ver un león cebándose en un tigre, significando que un generoso príncipe se ha de cebar, no en la sangre de los pobres que tienen débiles las venas de las arcas y suelen ser de menos consecuencia sus excesos de sustancias, sino en la de aquellos poderosos que con fiereza de tigres tienen conocidas manchas de altiveces é injusticias, sacándoles de las garras muchas inocentes presas.

25. Ocupábase el noveno con una espada, cuya vaina listaban líneas de letras á su modo de caracteres, y en la guarnición sus puntas se retorcían hasta formar arqueadas una corona, significando: que convenía al príncipe aquellas letras que conducen á las armas, y que, como las

plumas dan alas á las saetas, así las letras acicalan los filos á las espadas. Siendo en los mexicanos su mayor punto el tener Emperador de gran brío, de animosidad é inclinación á progresos de la guerra en tanto grado como nota Acosta, diciendo: "Los mexicanos, descontentos de tener Rey poco animoso y guerrero, trataron de dar fin de su Rey con ponzoña„.

26. Con otras varias ideas de gerogíficos significó cómo sin desprecio de la vida no habría soldado de monta, que sería envidiado el valeroso; comparaba al pavón por vistoso y tímido al cobarde apreciado de lindo y dado á galas. Solía decir que los primeros yerros del gobierno podían ser ignorancia ó malicia de los ministros, pero que, repetidos, ó eran insuficiencia ó culpa de los príncipes. Y es maravilla que con poder ser maestro de políticos y repúblicos dejó en duda si lo supo ser de sí como lo pensó ser de los demás; siendo á todos su fin muy perpleja admiración, como en el capítulo siguiente se verá.

CAPITULO VI

DEL DUDOSO FIN DE MOTEZUMA I Y NOTABLES CONSECUENCIAS DEL SUCESO

§ 1.°—*Notable desaparecimiento deste Motezuma I.*

1. Convienen las historias mexicanas de sus pinturas y los anales de sus cordones en que, cuando más entendía y se aplicaba este Motezuma á dar forma de monarquía á su corona, se desapareció de repente con estupor del palacio, asombro de la corte y universal espanto del Imperio. En el modo y motivos de tan desusado rapto discrepan sus memorias y tradiciones; siendo lo más común en las catástrofes de los poderosos, siniestros y torcidos los juicios de sus éxitos, especialmente cuando fueron ó violentos ó extravagantes sus exordios, mirándolos á tenor de nubes, que, remontadas de los vapores á esferas altas, hicieron horroroso ruido en los truenos, fatal estrago con rayos, deslumbraron con relámpagos y se desvanecieron en el aire.

2. Una voz vaga corrió de haberse perdido en una caza de montería con el empeño de dar alcance á una fiera, y sin dejar señas de sí en muchas leguas de varios bosques, en que no hubo mata que no se registrase, ni sombra de hoja que no se requiriese. Otros dejaron rumor poco acreditado de que en unas fiestas solemnes, arrebatado de un remolino, se había en su profundidad sepultado. Creían no pocos que era fuga por virtud del ánimo enamorado de la quietud en la soledad, ó cautela para no llegar á perder grados de la estimación con las menguas

de la vejez, ó resguardo de su continuada dicha; que suele hacer la fortuna solemnes burlas á los que ha exaltado á soberanas altezas.

3. Las malicias de más arte y reflexiones de mayor fondo discurrían haberle hundido el Senado, impaciente ya de servir á quien él solía mandar; ingratos los senadores vertían la voz imprimiendo el parecer providencia de los dioses el que los tiranos, por ciegos, se enredan en los peligros cuando más solicitan sus seguridades; que hubo de causar la retirada algún humor melancólico mareado en la alta cumbre del trono, sintiendo desigual el peso de dependencias y trabajo de negocios; cada achaque del Imperio le sería de sobresalto, echando de menos la innata veneración del príncipe hereditario con sólo el rapto del cetro y con difidencia de afectos en gente extraña, que habría reconocido que tanta máquina mal fundada sobre ideas imaginarias de su política á cualquier aire de la osadía se desplomaría, y sería á un tiempo desengaño y sepulcro con su ruina. Así discurrían aquellos Zoilos, juzgando que la exaltación de aquel extranjero había sido un reflejo de la luna que, midiéndola con su sombra, se ve que es mucho menos de lo que luce en su trono.

4. Los que con auténticos testimonios de muchas experiencias estaban enterados de la profundidad de aquel Emperador en sus designios, sin haber sonda que le marcase sus fondos, imaginaban que este paréntesis era cualque eclipse hechizo, conque proseguían suspensos en la espera de los efectos, para asegurar sus juicios y no perderse por temerarios.

5. Pero en el raudal de todos los estados nunca corrió por aquella América más hondo sentimiento, ni más descabellada pesadumbre, tan desconsolados llantos, ni tan lúgubres demostraciones. Era el clamor común que perdía un padre cada vasallo en perder tal Príncipe; que le había investido Naturaleza todos los dotes de majestad, destinándole para Emperador: gallardía de talle, señorío de rostro, afabilidad de trato, generosidad de pecho, ardimiento de espíritu en el emprender y en ejecutar; agradecido á los que le coronaron y benéfico aun á los que le resistieron; que sus procederes habían legitimádole la posesión del Imperio; siempre el mismo en la variedad de sucesos, con una mezcla de severidad que imprimía respeto, y de afabilidad que engendraba agrados.

Crecía la pena en el pueblo con el peligro de recaer en el dominio del Senado ó en los inconvenientes de un Rey niño.

§ 2.°—*De un notable accidente que dió á las materias de Estado buen semblante.*

6. Hace tan gran conclusión á la fábrica política del gobierno, y más en un reciente dominio, la mudanza fatal de príncipe, como hiere y descompone un terremoto á los más firmes edificios; observando los astrólogos que, al nacer el astro que llaman ellos *corona,* soplan muy recio y á lo borrascoso los aires. Así, luego que desapareció este primer Motezuma y que el Imperio mexicano echó ménos las riendas y los pulsos de aquel héroe que les había puesto freno, sacudió Tlaxcala el yugo; que las arañas en tiempo ñublo es cuando osan á tejer sus telas.

7. A los Reyes de Testuco y de Coyobazán, á los agentes de las repúblicas Mechoacana y Coantepeca, cogió la novedad en México; á éstos les costó caro la fuga; á aquéllos les estuvo bien la espera. Los demás potentados y caciques empezaron á inquietarse y discurrir sobre sus intereses, armándose todos para ver por dónde abría brecha al accidente para crecer ó asegurar su fortuna, habiendo de ser las novedades precisas y los sucesos dudosos. Entre los cortesanos de México, y especialmente entre los ministros de primera suposición en el Senado, que miraban con ojos secos el disturbio del Imperio, aspiraban, ó á la exaltación de la corona los de elevados espíritus, ó á la libertad de la república los recelosos de la patria. Porque entre las turbaciones de estado y las vacantes de reino, lucen los príncipes particulares, como los luceros del cielo en viendo el sol en su ocaso. Y mientras está en equilibrio la edad ó elección del Rey, sobresale el poderío particular.

8. Hallábase la Emperatriz en palacio con más valor de lo que se esperaba de mujer, con tres hijos y una hija de Motezuma; el que más tenía ocho años y el que ménos tendría tres. Asistíanla las guardas de forasteros y mexicanos, y otro golpe de nobles, hasta tres mil; cortas fuerzas para subsistir en el solio si se inquietase el Imperio, pero oportuno presidio para enfrenar arrebatados movi-

mientos de la novelera plebe, que á veces crecen de muy débiles principios á no sentir muy prontas las resistencias.

9. Habíase negociado esta Princesa mucha autoridad y benevolencia de todo el Imperio con cierta visita que habia hecho por las provincias á título de recreo, siendo instrucción del marido, que, con disimulo y arte, hiciese anatomía exacta de los corazones, descerrajando las cerraduras de bronce con llaves de oro, y que, con los hechizos de agasajos y favores (aunque amainase la majestad), familiarizando á las cacicas y señoras, sonsacase los más ocultos designios y genios de sus consortes. De aquí granjeó, que en aquel frangente conocía ella muy bien cómo de los señores y caciques, unos eran sediciosos y cobardes en guerra justa é insolentes en los tumultos civiles; que otros sólo anhelaban por un sosegado gozo de sus haciendas, hombres que seguirían al que prevaleciese, y conque lo pasasen ellos con quietud, no tenían cuenta con otro Rey. Y le daba pena conocer pocos finos y leales, cuyo valor y punto no eran bastantes áncoras para fijar el bajel del reino en la borrasca que se movía.

10. Entre las reflexiones destas noticias y conferencias de medios para asentar en sus hijos la corona, sobrevino un tan casual como feliz accidente, que influyó inopinada seguridad á la Emperatriz, firmeza en el trono del Príncipe heredero, grata resolución en los dudosos, espanto en los estadistas y un supersticioso concepto en todos; y fué el aparecer y rayar por entonces en la región del aire un cometa de mucho cuerpo, mostrándose al ocaso con luz benigna. Fuese, pues, astuto ardid de los áulicos, ó invención autorizada de los bonzos, apenas se vertió voz de que aquel cometa era su desaparecido Emperador, que, trasladado al cielo entre los astros, resplandecía con inauguración de deidad, cuando, imprimiéndose en común tan vana y ciega persuasión, le aclamaron todos por Dios, y colocando una rica estatua en las aras del templo mayor de México, le ofrecieron sacrificios y señalaron para su culto ministros. Luego, continuando el popular alborozo, concurrieron á palacio aclamando por Emperador de México á Acamapich, hijo primogénito de Motezuma I, que fué el Motezuma II, cuya vida se sigue en la serie de Emperadores de México.

MOTEZUMA II, LLAMADO ACAMAPICH

CAPÍTULO VII

GOBIERNA EL IMPERIO LA EMPERATRIZ AXAIACA EN LA MINORIDAD DE SU HIJO

§ 1.° — *Líneas primeras de esta tutoría.*

1. Como le debiese aquesta Emperatriz madre á la real sangre de los primitivos reyes espíritus majestuosos, mantuvo en sí la veneración de la majestad en las funciones de la tutoría, y como la Naturaleza le había prevenido de capacidad y genio varonil, habíala el Emperador á tan dispuesta materia dádole forma, participándola sus máximas de Estado, confiriendo con su buen juicio los misterios de sus designios, siendo para este lance acertada providencia haberla enseñado é introducido á los más graves despachos y negocios, conque en la minoridad de su hijo se valió de los ministros como de instrumentos y no de pautas, y evitó aquel fatal disturbio de bandos, monipodios y tiranías, que las más veces produce la tutela del príncipe, recayendo en manos de los caciques. Que casi es de igual trabajo para los vasallos un príncipe muy niño como un príncipe ya decrépito, un sol flaco en el Oriente como un sol decaído hacia su ocaso.

2. Aun no había hecho asiento en la casa del Motezuma la corona. No era firme fianza la benevolencia del pueblo, camaleón que mude en el aire de colores. Las hechuras del Emperador muerto, no seguras, por ser frágil el hilo de la obligación con que ata el agradecimiento,

porque quiebra al tope de un disgusto ó al torcedor de más logro. Los que tenían que perder sólo aprenden conveniencias y no saben pundonores; sobre ser en todo reino excesivo el número de malcontentos y de desacomodados, que sólo aspiran á mejor suerte con el mudar de baraja.

3. Ni tampoco se fiaba la tutora de los que, introducidos en palacio con oficiosidades de finos, suelen ser espías dobles á los arquitectos de máquinas políticas, y traía sobre ojos á los que retirados hacen gente, levantando el pendón de independencia, donde se alistan las quejas de sediciosos, las brújulas de los mal intencionados, y unos rebozados celos del bien público, graduando, á lo de un areópago, sus censuras del gobierno en la universidad de sus malicias. Llegó al gobierno imperial el soplo de que decían que se habían enredado á ciegas en el yugo de monarquía, sujetándose á esperar de un niño Rey los riesgos de los años y las dudas de cómo pintan sus prendas, sin heredarse la aptitud como se hereda la majestad, y sufrir que lo que México ha adquirido con los aciertos de un Senado, lo pierda todo la Emperatriz, que, por más capaz que sea, su capacidad es de mujer.

4. Pero con el tiempo vieron en esta mujer procederes de varón. Ella dió el primer paso en el gobierno, como el piloto que amaina velas hasta el desembocar la barra; y, conociendo que no sobra ningún tiento cuando el gobierno se muda, como en la nave cuando insta el mudarse el velamen, entró, pues, sin inmutar un ápice del gobierno pasado; solo adelantó las máximas que habían entonces sido de agrado, ciñendo los dictámenes, que fueron en su acepción de escabrosidad, sin demasiarse al uno ni al otro extremo. Que no se desmoronan las riberas porque los ríos continúen las aguas, sino porque extravían las corrientes rompiendo nuevos canales; rumbo que imitan ministros nuevos, que, á lo de artífices ingenieros, por variar las trazas de los pasados, inventan artificios menos seguros y más costosos.

5. Y porque la blandura en relevar tributos, en donativos y premios, en abundancia de víveres y regocijos del pueblo, no pasase de aplausos á insolencias, atribuyéndose á temor femenil, que con tan suaves artes compraba la quietud, quiso mostrar su valor en una empresa, no de capricho, sino muy de punto suyo y decoro del Imperio.

§ 2.°—*La guerra de Tlascala.*

6. Había el tlascalteca reveládose así como sintió el gobierno de Méjico en manos de mujer; y desbocado en desprecios del peligro, se divertía en intestinas emulaciones de su república, hasta que, como el gusano de seda, cesaron de urdir más tramas civiles al ruido de los truenos militares, con que, á lo de borrasca, la Emperatriz regente fulminaba en sus armas rayos contra los rebeldes.

7. Ésta, para ahorrar de gastos que consumen los tesoros, para no poner el suceso en dudas con descrédito de las armas, haciendo con flojedad, con lentitud é interrupción la guerra, para el seguro del primer hecho, que suele ser el horóscopo de la dicha ó la desgracia al presente y en adelante, arrojó sobre el rebelión el peso todo de su gran poder, logrando, con tanta extracción de gente, lanzar afuera todos los contagiosos humores que, con el ocio, alimentarían en el reino desasosiegos.

8. Y desatendiendo á propuestas del Senado y á los clamores del pueblo, éste apellidando impiedad, aquél proponiendo se madurase más la resolución, hizo asistir á la empresa al niño Emperador, diciendo que los príncipes mejor se crían en los pabellones de la campaña que en los estrados de las mujeres, conocidos de sus soldados en la tienda, que encarcelados por sus áulicos con guardas de minotauros, á lo de monstruos, en laberintos de vicios; que endureciéndose en descomodidades sabría después remunerar los sudores, y no dependería de la fe de un general si aprendiese á manejar el bastón; que la vista del Príncipe empeña al ejército á salir con la victoria; y si no era niño el reino, su Rey había de mostrarse hombre, y, naciendo para Emperador, fuese la guerra escuela de su Imperio, pues la ciencia experimental da más aciertos que la especulación puede dar avisos; ni hay descomodidad para un Rey á quien le va pisando la sombra siempre un palacio portátil.

9. Maquinaron los agoreros con presagios lúgubres acobardar á la Emperatriz la resolución: fingieron muerta una tigre por el rapto de un cachorro; que una águila, paseando por el jardín del Emperador, le arrebató de la cabeza el birretico de plumas y le hizo en el aire piezas;

que el lago grande por el estrecho que encuentra con la laguna pequeña, habiendo, sin impulso de algún viento, alborotádose, formaba de las espumas diademas, y al choque de las ondas se deshacían las coronas. O baticinios de un mal suceso ó anuncios para prevenir resguardos.

10. Y ludió la Emperatriz los agüeros tristes y se los glosó por faustos, respondiendo que se preciaba de tan fina por el lustre de la patria que preferiría su gloria á la seguridad de su hijo; que aquella imaginaria águila añadiría á sus alas plumas para crecer á la fama del niño Príncipe vuelos; que el deshacerse las diademas de blanda espuma era haber de solidarse en sus hazañas coronas de oro. Despreciando, pues, pronósticos, cargó el cuidado en aprestar los ejércitos, siendo aún las tareas de sus damas hacer hilas y vendas, conservas y regalos para los soldados heridos, galante estímulo para que las heridas se pretendiesen ó envidiasen; y que lo que era venda para tomar al mexicano la sangre, fuese pica para abrirle al tlascalteca las venas.

11. No era ocios ningún apresto, siendo la empresa contra una gente de las más belicosas en la América, sobre el valor común, que, para defender sus casas, se infunde á los vivientes más cobardes, y ser la tierra montuosa y desigual, compuesta de frecuentes collados, originados de la montaña que agora dicen la *Gran Cordillera,* y en circunferencia de más de cincuenta leguas que tiene su provincia de Tlascala, las sierras que la rodean se espesan de fortalezas, con que Naturaleza y arte militan en su guarda y dificultan su conquista; y así, cada gota de su sangre costaba á México mares, y cada paso de tierra que el tlascalteca perdía no era bastante para sepulcros de los mexicanos que degollaban.

12. Mas no habiendo resistencia al antuvión de tan descomunal multitud, que se alternaba cuando descaecía, y de los descalabros en los choques hacía empeños de más coraje, trató de irse retirando el tlascalteca con buen orden á la fortaleza de su mayor confianza, con tan copioso tren de víveres y municiones que pudiese la guarnición de la plaza sufrir asedio de muchos años, esperando que en menos tiempo se desharía la máquina del ejército mexicano, haciendo ruina con su misma mole, como cuerpo que peligra de muy lleno, ó con cualque otro acci-

dente en que tuviesen su valor y ardides parte, á no llegar el socorro de las tropas auxiliares y levas de las naciones, que formarían suficiente campo para dar batalla, ó divertir al enemigo con empresas que le picasen á no perder lo propio por conquistar lo ajeno.

13. Decíase entonces *Quate,* aquella plaza de armas, ciudad que antes de los estragos de la guerra florecía lucida y populosa, célebre emporio de comercios, y como un modelo de Naturaleza de que copiase el arte inexpugnables fortificaciones; porque á los bordes de sierras altas dejó sobre eminencia con desahogo un llano, capaz asiento de hasta seis mil casas. La media luna con que se arqueaba la cesa de la montaña, corría formando tajados muros de gruesas rocas, en que hacían labor de almenas los claros de sus picos. Por frente á la llanura se torcía en semicírculo para atacar el recinto, como si le tiraran en lienzos y le distinguieran en baluartes y le guarnecieran de costados un peñasco levantado, dos picas de relieve hacia fuera y hacia dentro, como de terraplén á mano iba haciendo fácil caída á las entradas de las placetas y calles. Este cordón de peñas abría dos bocas, por donde en hondo cauce atravesaba un río, que servía él mismo de reparo á sus entradas, con que por trato ó hambre sólo podía tomarse la plaza. Enseñó el miedo á los cobardes á encovarse y á encerrarse en las cercas de plazas fuertes y los rebeldes se hicieron esta cárcel de donde saliesen como reos condenados al castigo.

§ 3.º—*Éxito de la guerra de Tlascala y cómo usó la Emperatriz de la victoria.*

14. La presencia del Príncipe, el interés de la toma, el anhelo de la venganza de tanta sangre vertida, no sólo arrestó el esfuerzo, sino sutilizó la industria á los mexicanos de abrirle nuevo canal al río, y, extraviándole de improviso la corriente, entraron á pie enjuto por las dos brechas las tropas imperiales, escalando, sin ser sentidos, las subidas de las riberas que se encrespaban de escamas por unas sendas torcidas, como gradas laboreadas á operación de cincel; todo lo vencía la intrepidez de los sitiadores, y todo lo licenciaba el sueño y la confianza de los cercados.

15. Tenían instrucción los generales de no quitar la

vida á los que no se resistiesen, á tenor de rayos que arruinan más á los que con tesón se les opone. Llevaban también orden de que se les franquease el saco á los soldados, debido fruto á la semilla de riesgos y de afanes; que se demoliesen las casas de los caciques para labrar de las ruinas á su posteridad padrones de escarmientos; que se trajesen á la corte de México prisioneros los supremos ministros del senado y principales cabos del ejército para más pompa del triunfo con que entrase el Emperador niño en la corte, y para tomar ocasión de encadenar con prisiones de beneficios á una República rebelde que nunca se domaba con violencias.

16. Pues temiendo como vencidos su fatal confusión el día del triunfo, les esclareció con honores y felicidades. Había la Gobernadora prevenídoles para la entrada tan vistoso como rico ornato; para el Senado tlascalteco vestiduras talares á su usanza, pero de más costa; á los nobles los trajes de palacio; á los soldados las armas y las galas de campaña. Venía acompañándoles el senado de México, los señores de primera posición, los embajadores de reyes y repúblicas, los cortesanos y guardias imperiales; esmerándose la nobleza en su cortejo, y el pueblo en todo aplauso, coronando la Emperatriz tantas demostraciones de favor con la merced de la libertad y suelta de casi todas las plazas fuertes de Tlascala, sin más gravamen, que, por rehenes, doce hijos de su primera nobleza, que se criasen en México con el Emperador en palacio, y en ocasión de campaña acudiesen á las banderas imperiales con dos mil lanzas, dos mil de flecha y dos mil de honda. Al oir y ver la majestuosa magnanimidad de la Emperatriz enmudeció el teatro, y quedando todos á lo de estatuas, sin tener voces en que cupiesen sus sentimientos, se advertían en los afectos de sus semblantes; los tlascaltecas, como doloridos de no haberse rendido antes, por lograr antes tan soberano dominio en que el vencido logra honores de triunfante; y en los semblantes de todos se leía el plausible juicio de que era digna de más imperio la que así usaba de la victoria.

17. Y aunque se censuró la acción de vana prodigalidad, habiendo sido de tanto gasto y en un lance tan á mano para decepar de raíz una provincia que siempre fué el taller de movimientos contra el Imperio, la Emperatriz procedió con política destreza de no irritar con rigores á

las reliquias de los tlascaltecas, que, esparcidos por los reinos, encenderían más inquietudes; que no se había dado poco al espanto y necesitaba la Monarquía de reposo, llevando la mano blanda con los que extrañaban leyes del cetro hasta olvidar la libertad de república; que las muestras de valor y beneficios de la piedad serían las dos basas en que con más consistencia se afirmase la corona, y sugerióle el Consejo de Estado este dictamen con refleja de que quedase en Tlascala algún vecino sagrado, á que se refugiase en la desgracia ó violencia del Príncipe un perseguido vasallo.

§ 4.°—*Cómo dispuso la Emperatriz la educación de sus hijos en el estado de tutoría.*

18. El rayo de la guerra que hirió á los de Tlascala, escarmentó á los desafectos, deslumbrando á los que ponían la mira en novedades, y aturdió el trueno á cuantos maquinaban hacer con su inquietud ruido, con tanta más firmeza, que nació el temor de amar la clemencia de la Emperatriz, temiendo enojar á la que amaban; y no fué temor nacido de violencia á que se suele seguir odio, y del odio renacer las ansias y conatos de tomar venganza.

19. Apagóse también otra centella que comenzó á prender hacia las rústicas montañas de Cinaloa, y llegó á traslucir el alboroto de México un embustero con la fingida representación de bonzo; y fuese embuste del falso solitario ó achaque innato del novelero vulgo, se imprimió en los ánimos de aquellos bárbaros, en supremo grado incultos, que el eremita hipócrita era su emperador Motezuma, y que, ó se hubiese retirado por evadir el lazo que le armaban los senadores, ó arrepentido de los fervorosos ímpetus conque por páramos empezó á darse á los dioses, le habrían de precisar que volviese al trono, en cuya restitución lo arduo de la empresa les acrescentaría la gloria.

20. El ermitaño astuto, dando por brújulas señas, avivaba más las dudas; la novedad tomaba ya vuelo y se iba armando un nublado, que á veces nacen de ligeros átomos en los reinos crecidas máquinas de inopinados sucesos. Vióse obligada la Gobernadora, para interceptar el tumulto, de echarle con tiempo encima algunas tropas

volantes con cabos de valor y de confianza, que, castigando con severidad á los autores del embeleco, plantaron al reo en la corte, y, aunque le afligieron con varios géneros de tormentos, no le dieron pena de muerte porque después no reviviesen en los discursos de la malicia, sospechas y aun juicios de que no había sido ficción, sino verdad, lo que del ermitaño había corrido. Con que de propósito le conservaron en la corte vivo para público desengaño y para llevar al pueblo, como á caballo espantadizo, á que topase en las sombras falsas de sus variadas imaginaciones é imaginarias malicias.

21. Aliviada la Emperatriz de inquietudes, adelantó su cuidado en la educación de sus hijos, aplicando los medios que conducían á sus tiernos años y delineando los esbozos de su edad por las reglas de rectitud, ansiosa de que saliesen las facciones de monarca, como se afina á primores del arte una pintura, y que excediese la crianza á la grandeza; que ésta suele en la cuna mecerse á uno y otro lado, y aquélla afirma en las reglas rectitudes.

22. Sin distinción de cuartos, por no quitar los ojos de sus hijos, sin clases de familias, ahorrando de discordias y de gajes, dispuso estancias en que la enseñanza se estampase en la real magnificencia. No había adorno de sala sin misterio, porque como los libros mexicanos eran, no formados de letras en imprentas, sino figuras de pincel ó imágenes de aguja á fuerza de colores, ó composición de plumas, las colgaduras ricas de las piezas les servían á los niños de cartillas. En el salón principal se dejaba ver, en artificiosa tela pintada al vivo, la historia de Motezuma I. Adornábanse otras salas con las crónicas de la ascendencia materna. Otras piezas exprimían los hechos célebres de mexicanos por su esplendor militar ó por su gran juicio en el senado, contraponiendo imprudencias y cobardías de otros, para que, careadas excelencias con infamias, encendiese lo loable á imitarlo y retrajese lo reprensible de seguirlo. Copias que estrenasen aquellas tablas rasas de las pueriles mentes, que se imprimen como indelebles entonces las primeras especies de las cosas.

23. Las liciones que al Emperador y sus hermanos daban sus maestros, eran imponerles en las historias que veían en las pinturas, descifrándoles aquellos hieroglíficos

y haciéndoles tomar de coro cuanto importaba para lo político del gobierno y de la guerra, con aquellas anatomías que hacían en los cadáveres de sus antigüedades; y como estuviesen en fija persuasión de ser lo más conducente para la conserva y acrecentamiento el arte militar, así á todo conato les infundían espíritus belicosos. Conque las galerías no tenían ociosos los corales en los escritorios, ni el cristal en los espejos, ni el oro y plata en las guarniciones, sino todo componían formas de armas, plantas de ejércitos, choques y batallas, tomas de plazas fuertes y pompas de los triunfos que producían las victorias. No se les hacía regalo que antes no les costase herirle con la flecha que tocarle con el dedo; no se les hacía gala que no les fuese premio, ó de ventaja en la carrera, ó de destreza en la lanza. Traía consigo y llevaba al lecho el niño Emperador un breve mapa de las hazañas de su padre, como dormía Alexandro con la *Ilíada* de Homero, Scipión con la de Ciro, y Selin con la del César, que acompañaron la especulación de la guerra con la práctica de la campaña, por ser el uso el maestro más eficaz de todos los maestros.

24. Artífices destas animadas hechuras eran dos autorizados bonzos, que cuidaban de enderezar los torcimientos á que les ladeasen siniestras inclinaciones. Dos capitanes les instruían en las materias militares, y dos sabios senadores les leían cátedra de política. Pareándoles en las facultades los maestros y los ayos, para que se emulasen más en las instrucciones que en ganarles las voluntades. Caro les costó á dos jóvenes, que sobre desautorizar con indignas familiaridades y ligerezas de trato el gabinete del Emperador mozo, por más galantear su gracia, le introdujeron atractivos de lascivia; mas extinguióse aquel fuego, ahogando á los que soplaron la llama en lo profundo del lago; demostración que á darle temple la cordura, pudiera ser cristiana; y ningún arte ni solicitud es superflua, para que un Rey niño salga como se debe cultivado; pues como la madre y el palacio, la corte y todo el reino dependen de aquella vida y su agrado, suelen desviarle todo desabrimiento y le adivinan el gusto, el esponjado en delicias y lisonjas, en soberanías y libertades, con que se enfurecen los apetitos y pasiones, será prodigio que no dé en monstruosidades.

§ 5.°—*Otra acción memorable de la Emperatriz siendo tutora.*

25. Empezó el plantel de los hijos, con el cultivo de la madre, á prometer en flor muy rico fruto. Suelen los juegos ser muy fiel contraste, en que va descubriendo los quilates de las pasiones y genios la niñez y la juventud; llenó, pues, de altas esperanzas al Imperio un hecho y dicho de su Emperador, tocando en los tres lustros porque como se divirtiese con sus meninos peleando á la galana en la laguna con pulidas escuadras de canoas y piraguas flechándose con frutas, se encendió la refriega, y al abordar unos con otros los bateles, un procerico, saltando de la piragua real á una contraria, cayó en el agua. Aquí fué muy de ver la bizarría y fineza con que se lanzó el Emperadorcico á nado, y no alzó mano del socorro hasta que los sacaron á ambos del peligro, y como se les quejasen los ayos de que les hubiese asustado con su arrojo, les respondió entre risueño y grave: "Un Príncipe como yo no se ahoga en tan poca agua„, teniendo aquella laguna apariencia de un Océano.

26. La madre, que, sin la pensión del susto, celebró el hecho y observó el brío, le reconvino con él en ocasión que insinuó el hijo algún asomo de cortedad. Fué el caso que por no tener sus joyas en la viudez ociosas, quiso de ellas artificiar un majestoso jardín á la fama de un primoroso platero, que había en la población de Escapuzales. "Este Escapuzalco (dice Berbal Díaz) era donde labraban el oro y plata al gran Motezuma, y solíamos llamar el pueblo de los plateros„.

27. Pues como rigiese el interés la mano y esforzase su crédito la idea, parece que el artífice hacía bullir el aljófar en las fuentes, deshojarse la plata en azucenas, amarillear el oro en las retamas; transformábanse los rubíes en las rosas, y las esmeraldas se revestían los verdores de las hierbas, sirviendo los esmaltes, en aquella representación de primavera, de distinguir matices y arreboles; manos, sin duda, antípodas de los poetas, que éstos componen su platería de flores, y aquellos de la platería contrahacían vergeles. Tuvo aquel jardín de pensil el suspender los sentidos con su asombro, primor equívoco de naturaleza y arte.

28. Lució el esmero en el cuadro que hacía á todo lo demás centro, adornado en las frentes de los viales con arcos, nichos y estatuas, en ademán de defender el paso, y á fuerzas de armas estorbar la entrada, siendo el alma de aquel recreo una fuente, cuya forma pudiera dar envidias á las inventivas de Dédalo con la viveza, al cincel de Policreto y al buril de Fidias en el bulto que copiaba la propia efigie del Emperador. Fingióle armado, y por entre las ondas del penacho surtiendo del cristal sutilizado hilos de agua; afirmaba el pie sobre la cerviz de la vencida Tlascala. A esta rica extravagancia de jardín aludiría Maluenda, cuando dijo: "*Ferunt hortum panxisse obletamenti gratia, cuius olus omne, flores, arbores, virgulta, frutices, hervæ, ex mundo auro artificio erant fabricatæ*„.

29. Pues como traveseando el Príncipe por la pieza llegase á abrazar su estatua, complaciéndose en su efigie, cual Pigmaleón con su retrato ó Narciso con su figura, y quebrase algunos delicados trozos del bulto, turbóse y creció la turbación con reprehenderle la travesura un ayo. La Emperatriz, que atendía al fracaso, volviéndose con mesura al maestro, le dijo: "No os suceda otra vez en tales frangentes el acortar y encoger el ánimo de un Emperador„. Y careándose con el hijo: "¿Sois vos, le dijo, el que blasonábades de no ahogaros en poca agua en el arrojo de la laguna, y os ahogáis agora en el desengarce de unas fruslerías? Venid y os enseñaré á tener un corazón Real„, é hízole descomponer y pisar lo más precioso de todo aquel artificio, reputando por fruto de la tabla infundir en el Emperador la magnanimidad.

CAPÍTULO VIII

LA CORONACIÓN DE MOTEZUMA II, ACAMAPICH

§ 1.º—*Tenor de la convocatoria.*

1. Como atribuye á grandeza propia el más bárbaro pueblo la eminencia de esplendor y majestad en su Rey, admitió México sin violencia las costosas ceremonias y magnificencias que inventaron sus emperadores en la celebridad de su coronación, de que trata Oviedo á lo difuso, Solís de paso, y Acosta toca, diciendo: "En México se hicieron las fiestas á la coronación de Motezuma con tanto aparato de damas, de comedias, de entremeses, luminarias, invenciones, diversos juegos y tanta riqueza de tributos traídos de todos sus reinos, que concurrieron gentes extrañas y nunca vistas ni conocidas á México, y aun los mismos enemigos de los mexicanos vinieron en gran número á verlas„. Esto que sincopó Acosta se explicará aquí por haber tomado punto en tiempo de este Motezuma II la inauguración de la corona y la solemnidad de su carácter.

2. Al llamamiento general del gran Señor de México concurrían á su imperial corte todos los reyes y potencias feudatarias, los diputados de las repúblicas dependientes, los embajadores de naciones y provincias aliadas, los cabos principales de la guerra, los presidentes de audiencias, procuradores de ciudades capitales, los ministros de los templos á su modo catedrales, los generales de sus bonzos, los maestres de sus Ordenes militares y de los caciques, los que á lo menos tuviesen diez mil

vasallos. Todos los que, por prerrogativa ó preeminencia, asistían á este cónclave ofrecían al Emperador un rico presente en nombre de su república y otro como donativo de su persona; materiales de que se componían remuneraciones, procediendo su Príncipe como se porta el aire con la tierra de quien recibe vapores y se los retorna en lluvias.

3. Publicábanse también salvoconductos para los príncipes y caciques de reinos enemigos, atrayéndolos con el señuelo de las fiestas reales, á que, admirando la incomparable majestad de aquel Imperio, ó se moviesen á buscarle por amigo, ó temblasen de tenerle por contrario. Así, al lustroso alarde de luces que el sol hace, el águila de aficionada se le intima, y el buho, si no le ama, le teme y le respeta.

§ 2.º—*Policía en las disposiciones.*

4. Nunca estaban las fronteras con más guardas, doblándose las guarniciones á las plazas; nunca los caminos más llanos y seguros, abasto en hosterías, franqueza en las entradas, despacho en los comercios. Desvelábase la providencia del gobierno en la quietud y provisión de la corte, teatro de asombro en tan desaforado concurso, distinguiendo por barrios los oficios, y señalando cuarteles á los ministros que cuidasen del castigo y que no permitiesen hacer el más mínimo agravio á forasteros; verificándose aquí la sentencia del estoico: "Que el rey era obra de Dios, la ley es del rey, la justicia de la ley, y la felicidad de la justicia que hace hermosa y afortunada la república„.

5. Estaba aquella Corte, aunque en predicamento de bárbara, con algunas vislumbres de política, brindando con variedad de delicias de naturaleza y arte; ayudaban las novedades y ficciones á la diversión de los genios que pican en curiosos, con diferencias de galas á su modo, haciéndolas pulidas la sobra de oro, plata, pedrería á que el artificio haría su poco de garbo; la extravagancia de trajes, por la mucha diferencia de naciones, traía á los ojos en continua travesura, y los deportes que se veían en el gran lago se competían con los festejos de tierra.

6. Tenía también su remedo á la malicia en parecer

también aquella corte un público hospital de muchos desventurados; una tramoya compuesta de apariencias sin sustancia, un bosque de doblados, un laberinto de simples, una esponja de caudales, una sentina de ocios y un surtidero de vicios. El pueblo se vertía en alborozos, por ser como el estómago, que más siente que disputa sobre las calidades del alimento, no discurriendo sobre disposiciones del gobierno, sólo siente la abundancia ó la penuria.

§ 3.º—*Estancias del paseo.*

7. Entre el palacio imperial y el templo mayor de México, donde se habían de hacer las ceremonias de la coronación, mediaban cuatro plazas tan desahogadas en ámbitos como vistosas en adornos; cada una aplazada para estancia de un día entero, que llenaba el orden de los festejos. Salía, pues, el Emperador de su palacio con la comitiva, cuantos personajes de primera calidad tenían derecho de asistir á la función; con los regimientos de sus Ordenes militares y con las guardias ordinarias y extraordinarias de la persona en número de tres mil.

8. Y para no hundirse entre las ondas del infinito y confuso gentío, ni embarazarse lo vistoso y respetable del acompañamiento, corría media vara de alto una valla espaciosa alfombrada de paños de algodón, matizada con alegres variedades de colores y guarnecidos los antepechos de soldados. Daban alma al majestoso aparato las andas ricas en que el Emperador iba, si preciosas por su materia y hechura, más autorizadas por los hombros de príncipes sobre que asentaban. De los dos hermanos del Emperador, el uno llevaba en mano el globo de oro y el otro el cetro; distribuyéndose, según las prerrogativas de señores, otras insignias; enarbolando los demás las armas de sus repúblicas en los lábaros ó blasones de sus familias en medallas. Las calles y ventanas correspondían con lustrosas invenciones y el pueblo hacía el aplauso con festivas aclamaciones al son de muchos instrumentos, parte bélicos, parte músicos.

§ 4.°—*Festejo y estancia en la primera plaza.*

9. En la primera plaza, que tocaba su adorno á la milicia y á sus jefes el cortejo, se abría á la entrada un arco que, afondado en varios semicírculos con desnivel de compartimientos, se terminaban con tal arte en una puerta que la alejaba la perspectiva á los ojos gran distancia. Entre los intercolumnios había fondos suficientes para representar lances de guerras, ejércitos trabados en batalla en lo más encendido de los choques, ó mares convertidos en selvas por lo poblado de embarcaciones. En lo macizo de las cornisas, dando el jaspe á las copas, el bronce á los perfiles y el mármol á mascarones, quedaba en la tarjeta claro para ingeniosos hieroglíficos. Sobre los parapetos de unos corredores que hacían rejas á las entradas se arrimaban en fieros bultos sus ídolos de la guerra, vertiendo de cornucopias despojos de campañas. Las haces de los arcos refajadas de plata hacían con distinción resaltos para las diferencias de volatería que animaba la viveza de la pintura. Y fué aclamado espectáculo, que, al asomar el Emperador, en vez de abrirse las puertas de los arcos, fueron hundiéndose hasta que los chapiteles sirvieron de pavimento á sus plantas.

10. En medio de esta plaza se había fingido de ricos materiales las provincias que había el Emperador conquistado, fundando aquella ley de que hace mención don Antonio de Solís: "de conseguir antes de la coronación alguna victoria de enemigos, ó sujetar algunas de las provincias de las confinantes ó rebeldes. Costumbre digna de observación, por cuyo medio creció tanto en pocos años aquella Monarquía mexicana„. Así Solís, y lo nota Acosta también.

11. Allí, después de representar un asalto general y una apostada resistencia, surtieron, á acompasado movimiento, dos tropas de mexicanas con armas á lo de amazonas; las dos caudillos sobresalían en garbo y gala con bastones coronados de laureles, y llegando sin desnivel al trono en que el Emperador había hecho alto, cada cual por su lado, batiendo á los pies el bastón, puso sobre la cabeza imperial el arco que traía, con que de los dos semicírculos se formó una corona militar. El Emperador dió dotes á las damas, donativos á los soldados y esparció

oro y plata al pueblo en medallones grabados con su efigie; con que, esforzados los aplausos, quedó alojado en aquella plaza, gastando el día en deportes y espléndidos banquetes.

§ 5.º—*Segunda estancia de la coronación.*

12. El día siguiente, continuando el paseo al tenor mismo de majestad, llegó el Emperador á la segunda plaza, que en novedad de adornos y artificios aspiraba á ser en todo la primera. Habíala tomado á su cuenta la nobleza de México, y para ejecutoria de ser la flor del Imperio formó de un espacioso teatro un laberinto ameno de jardines, suspendiéndose la admiración en la duda de si era más la variedad de los lazos ó las diferencias de las flores, pues como dice Acosta: "Son los indios muy amigos de flores, y en la Nueva España más que en parte del mundo. Y así usan hacer varios ramilletes con tanta variedad y pulicía, que no se puede decir más„. Interponíanse á proporción de tramos surtidores de agua, no sin formar labor, así al subir como al caer en las tazas.

13. Elevábase con método por el ámbito el plano á compás del centro, un precioso risco por guarnecerse con conchas de plata y copia de corales, acanalando en histrías de varios arroyuelos, en cuya sima, sobre pulida basa, inmoble á lo de estatua, esperaba una noble y preciosa doncella, representando, en el ropaje y guirnaldas de flores, á la deidad de la Primavera. Y como en reconocimiento á las influencias de su imperial planeta florecía la nobleza mexicana, coronó las sienes de su Príncipe con un sol de oro tan fino, que se dejaba ver ser oro, por dos títulos, del sol. En señas de su agrado acrescentó el Emperador á la nobleza mexicana sus preeminencias; dióle á la coronista en una esmeralda la esperanza segura de darla esposo de su mano. Al pueblo le arrojó ricas preseas, cambiando con las dádivas nuevos elogios.

14. El cortejo deste día fué á medida de tan magnífica corte, lográndose mejor que en las otras estancias los festines por ser aquella plaza de aquel inmenso espacio, de que hablando el historiador Oviedo, dice: "Entre otras plazas tenía una México tan grande dos veces como la ciudad de Salamanca, toda cercada de portales alrededor,

adonde ordinariamente hay más de setenta mil personas comprando y vendiendo„. Plaza en que feriará á su tiempo la historia más noticias.

§ 6.°—*Tercera estancia de la coronación.*

15. Al tercer día, en la tercera plaza, se dejó ver formado un gravísimo tribunal: unos estrados de justicia, tan ricos en ornatos, tan poblados de ministros y con insignias tantas de autoridad y poder, que ponían respeto al vulgo, y en atención á todo el regio acompañamiento del Monarca. Allí esperaba en pie todo el Senado de México, y adelantóse á recibir al Emperador, con mucha comitiva, una doncella que figuraba á la Justicia, vestida de plumería con divisas de ojos, con vara de oro en la mano que, á modo de junquillo, la dobló en círculo y coronó con ella la frente de su Príncipe. Lisonja digna de que tenía la rectitud del gobierno sobre su cabeza.

16. Este, agradecido al Senado, se mostró benévolo á las demostraciones de su lealtad, al celo de su rectitud, á los esmeros de su vigilancia y á la grandeza de su agasajo, siendo viva copia de fineza sus semblantes, que se vertían al rostro los afectos de sus corazones. y así les saludó con que los estimaba como gloria magnífica de su Imperio y la basa más firme de su corona. Añadió á las gracias dones; á las mercedes hicieron salva las alabanzas y congratulaciones de sortear tan soberano Señor, el cual, retirado á un suntuoso alojamiento, se le continuaron nuevas invenciones de pasatiempos.

§ 7.°—*Festejos de la coronación en el día cuarto.*

17. Al cuarto día, propio del planeta cuarto, halló el sol de México más ricas y espaciosas las calles, las ventanas, las torres y galerías: con extraordinarías joyas á su Príncipe y más exquisitas libreas á todos los de su séquito, y al descubrir el frontispicio del templo, dejó el Emperador las andas y el palio, y en muestra de su culto fué con los demás á pié. Hubo de ser también atención y urbanidad á los dos aparadores de señoras, que, costeando la valla, terminaban en las primeras gradas del atrio, ha-

ciendo de la una banda testera el solio de la Emperatriz madre, y tomando de enfrente la otra punta el de la Infanta hermana, que, según sus aderezos, y estando tan confinantes al templo, más parecían trozos ricos de altares que mujeres.

18. Ocupaban desde las gradas todo el espacioso atrio del templo, según los grados de su jerarquía, los ministros y sacerdotes de sus ídolos y varios bonzos á fuer de regulares con su ridícula especie de ornamentos para los ministerios de sus bárbaras supersticiones y sacrificios, y con ellas, para más autoridad de su estado, y más respeto de la coronación Imperial, salieron á recibir á su Emperador; que aun de unos bonzos rurales, que en un villaje salieron á cumplimentar á Fernán Cortés, dice Argensola: "Que llegando Cortés muy cerca de Cholula, salieron los sacerdotes con vestiduras blancas, parecidas á las sobrepellices castellanas. De la orilla de aquéllas pendían en torno diversas borlillas y flores de algodón que hacían labor„.

§ 8.°—*Funciones de la coronación Imperial.*

19. Al poner el Emperador el pie en la primera grada, sirviéndole de braceros dos bonzos, graves ancianos, le iban alternando documentos que aludían á los que los rabinos refieren cuando su Rey subía la primer vez al trono, y á cada grada (que señalan seis) le daban un aviso: 1.° "No tuerzas el juicio„. En la 2.ª "No repares en persona„. En la 3.ª No recibas cohecho„. En la 4.ª "No quieras plantar bosques que hagan sombra á los ladrones„. En la 5.ª "No erijas estatuas„, insinuándole que no se hiciese estatua sin espíritu gobernándose por otros. En la 6.ª "No mates al buey„, y era encargo de que no se diese al ocio, sino que afanase en la continua labranza de su Reino.

20. Dentro del templo, la primera ceremonia era ungir su supremo sacerdote (á quien llamaban Papa) al Emperador con cierto bálsamo negro, preciosamente fragante, y tomando un cetro de sauce y cedro le rociaba con agua supersticiosa, entonando á varios coros sus preces. Después le cruzaba el pecho con una banda como bordada de calaveras y huesos de difuntos, refajándole la cabeza dos cendales, uno negro y otro azul, y ambos

con símbolos sepulcrales, con que entre las glorias de la coronación le excitasen memorias de que se reducen á cenizas las llamaradas lúcidas de la mayor corona, desengaño que aun en aquellos bárbaros se hacía advertir y temer.

21. Al cuello después le echaban unas cintas carmesíes de que pendían una bujeta (según sus sueños) con polvos, consagrados contra muertes y traiciones. Entre su serie de ritos, incensaban á los ídolos y alternaban sacrificios, ofreciendo al Emperador dones, y dando como primicias á su Pontífice una esmeralda de aquellas célebres, de que hubo á las manos cinco Fernán Cortés, y las apreció por tesoro, según refiere Maluenda, diciendo: "*Notissimi sunt, ac fama celebres quinque illi, ac pretiosissimi smaragdi, quos nactus est Ferdinandus Cortesius Imperii mexicani eversor*„.

22. Y aunque la misma forma y concepto de coronación insinúa que el inferior ha de recibir de manos de superior la corona, como la recibió de Augusto el rey Herodes; de Tiberio, Tigranes, rey de Armenia; de Nerón, Tidatres; de Domiciano, Dezabalo; de Traxano, Bartamo, y los príncipes cristianos, religiosamente de mano de la Iglesia. Mas los emperadores de México, por bárbaros y altivos, desdeñándose de reconocer superioridad en la tierra, la tomaban de mano de una estatua del Emperador su padre. Luego acudía su Papa á echarle el manto imperial con el cetro y globo. Seguíase la solemnidad de hacer el juramento, homenajes y pleitesías del Imperio, y, concluídas estas ceremonias, estando con sumo silencio todos, desde un puesto eminente, el más literato bonzo le hacía semejante razonamiento:

23. "La soberanía de tu coronación hará larga su memoria, y deberá el ser eterna á tu mérito. Llegaste ya, excelso Príncipe, á ceñir la corona imperial por los grados de tres coronaciones, que celebraron la Milicia, la Nobleza y el Senado; pasos seguros por donde se debe ascender al cénit de la majestad. Empezóte á hacer feliz el cielo (en el sentir de nuestra política), porque entre las fortunas de los héroes, por dar más campo á sus hechos, se cuenta que se les desocupen los tronos sin prolijidad de esperas. Nunca te vimos niño, siempre te hemos admirado muy hombre, y como una fundición cabal de la justicia y prudencia. Cuando, pues, con tal vuelo de ex-

celencias se va escalando la cumbre del trono, ociosidad fuera dar luz á las obligaciones del mando, viéndolas practicadas antes de tiempo, que sería en vano disuadir el ocio á quien aprendió á andar arrimado al bastón de general en la campaña. Aguila que desde el nido traveaste con los rayos de la guerra, lleno de plumas, con armas tan lucientes cual resplandece el Orión entre inferiores astros. Aceleró la razón en ti su curso, atraída y aun ejecutada de tu gran fondo y del maduro juicio. Rendirte, pues, en nombre del Imperio, la libertad, es un solo añadir eslabones de cariño á las cadenas de afecto con que aprisionó nuestros ánimos tu gran padre y deidad nuestra; prisión y cadena rica de que hace y hará México gala siempre„.

24. "Ofrecerte las haciendas, las vidas y las honras tus vasallos, más es de peso á la cuenta que tienes de aumentarlas que celo de disminuirlas. El aplaudirte de detenido en tributos, cuando las guerras han apurado tus erarios, fuera más lisonjà que elogio, siendo en esa moderación discreta tu política, por interesar más la moderación en el agravar menos, y el usar de la poda más que de la tala. Mira, Señor, que á tu sombra acojas á los desvalidos y pobres, los cuales, como abejas, labran útiles y solícitos los panales, y se los descorchan los ricos más que los osos„.

25. "Mírase México en tu valor y en tu proceder á un espejo de armas, en que imitando los capitanes tus bríos, revisten sus aceros; luna tersa en que, viéndose los togados, se componen al nivel de tu equidad y rectitud. Todos los estados del Imperio se miran felizmente regulados, copiando en sí las máximas de tus acciones. Ni es maravilla que tengamos en ti perla tan neta, pues se cuajó en la perfecta concha de la Emperatriz madre; á quien no debe más su descendencia, en haberla restituído con crecidas usuras su primitiva corona, que México, por haber á su méritos debido la majestad, que se le ha recrecido con aquesta Imperial coronación„.

26. Entre tales vislumbres de razón, desbarraba después el gentilísimo con una tropelía de ceguedades: como era proseguir el orador en su razonamiento encomendando al nuevo Emperador, el que cuidase de la regularidad del sol en la carrera; que el aire no se ociase en las calmas, ni se enfureciese en huracanes; que diese punto fijo

á las regladas mudanzas de la luna, á cuyo influjo y séquito, la mar creciendo y menguando, loqueaba tanto con lúcidos intervalos.

27. Aquestos y otros yerros, sobredora á los mexicanos, Saavedra, en la empresa del eclipse de la luna, y descortezando aquella superficie de delirios, dice: "De donde se puede de alguna manera disculpar el bárbaro estilo de los mexicanos, que obligaban á sus Reyes, cuando los consagraban, á que jurasen administrarían justicia, que no oprimirían á sus vasallos, que serían fuertes en la guerra, que harían mantener al sol su curso y esplendor, llover á los ríos, y que la tierra produjese abundantemente sus frutos; porque á un Rey santo obedece el sol como á Josué en premio de su virtud, y la tierra da más fecundos partos reconocida á la justificación del gobierno„. Así lo moraliza también nuestro jesuíta Mendo en su *Príncipe perfecto*, diciendo: "Los indios mejicanos juzgaban que todos los bienes, aun los que penden del arbitrio humano, se derivaban de sus Emperadores, y así al coronarlos, les tomaban juramento, etc.„

28. Cuatro días veló la corona Imperial el Emperador en las aras de su templo, con que dió vuelta á Palacio, acopiándose á la pompa de su comitiva un como epílogo de toda la celebridad que había precedido á la coronación, sembrando en particular y en común dones, y aclamando el vulgo, como la antigüedad, en voz de pregonero: "Venid, venid á contemplar lo que no gozaron los ojos en otro tiempo, ni lo verán en adelante„.

CAPÍTULO IX

PARTICULARIDADES CURIOSAS EN LAS BODAS DESTE MOTEZUMA II

1. Aunque el tamaño de las estaturas suele medirse por la calidad de temples y climas, por la sustancia de alimentos ó herencia de complexiones en variedad de países, mientras los mexicanos observaron la ley de la continencia hasta cumplir veinte años, hay entre ellos tradición que fueron de corpulenta proceridad, mas, desde que en tiernos años se licenciaron á impurezas, fueron decreciendo aquellas gentilezas.

2. Aun debía de observarse aquella ley, pues á los veinte años de edad trató la Emperatriz de dar mujeres al hijo, siendo así que á la plebe se le permitía, y aun obligaba, á un matrimonio por evitar los perjuicios de adulterios, y á los nobles y ricos se les licenciaba la poligamia con el límite de no tener más mujeres de las que con decoro costeasen sus haciendas; pero el gineceo de los emperadores era numeroso con pluralidad de concubinas, y distinción de tres, que por la calidad y su parecer mereciesen ser reinas, y destas tres la superior en sangre y prendas era exaltada á Emperatriz, y en cuya sucesión se vinculaba la corona imperial, y cómo convenía fuese para que los vasallos de tan gran Imperio no se desdeñasen de respetarla por señora.

3. No pudieron muchos siglos interrumpir las memorias de las bodas de este Motezuma II, porque entrando, como en concurso, á oposición de la suprema dignidad de Emperatriz tres doncellas, ni en la alteza de la sangre ni en la especiosidad de los pareceres percibían desni-

veles los más apasionados y parciales. No era la joya para echarla á suerte; suele el más benemérito tropezar en su desgracia. Húbose de reducir la decisión de aquella perplejidad á tentativas de ingenio y pruebas de habilidad, juzgando que, en la que podía recaer el manejo de la corona, se requería por muy superior talento ser mujer de capacidad y de discreción. Fueron las pruebas tres.

4. La primera prueba fué traer en dos macetas dos ramas de romero, una natural y otra fingida á todo primor, con ley de que, sin tocarlas, á la que las discerniese y mostrase por qué las diferenciaba, se le apuntaría su acierto. Engañáronse las dos, temiendo por verdadero al romero hechizo. La tercera pidió que se trajese allí una colmena, y observando á qué rama acudían las abejas y que al otro no volaban: "Este, dijo, es parto del arte; aquel de Naturaleza„. Dando que extrañar á todos que con tan grande hermosura se uniese tanta agudeza.

5. La segunda prueba fué traer tres muchachos y tres muchachas, vestidos todos seis de mujeres, de un color, de una tela y de una gala; tenían la misma edad, la misma disposición, y en la diferencia de rostros ningún exceso de perfección. La propuesta, pues, del certamen, era que distinguiesen los varones de las hembras, dando razón de en qué los discernían.

6. Las dos que antes erraron, como piedra imán, atraían un hierro en pos de otro hierro; y como un triunfo anima á otra victoria, la que se había enarmonado ya con aplausos de ingenio, se graduó ahora de una como celeste inteligencia; porque, haciendo traer fuentes y aguamaniles, mandó á los seis instrumentos de la prueba que á un tiempo se lavasen los rostros y las manos; y volviéndose á los jueces, les dijo: "Estos tres que se lavan la cara con desgarro y con despejo, son varones; y aquellas tres que con tan blando tiento y femenil melindre tocan el agua, humedeciendo apenas la tez del rostro, son hembras„. Aquí el ansia popular de ver nueva discreción en la tercera prueba, puso entredicho al aplauso, más vertíalo por los semblantes festivamente estáticos el silencio.

7. Pasó á la tercera prueba la discreta (que ya las otras dos cedieron á la competencia y hacían sólo número en el auditorio), y siendo la pregunta: ¿Qué género de instrumento era de más agrado en su sonido?, dijo: "Que el sonido de las armas al soldado; que el susurro que

hace el huso cuando se hila, á las señoras caseras y hacendosas; y, en general, que el instrumento rey era la lengua humana, pues no siendo más que un harponcico de carne, forma todos los sones, templa con destreza los acentos, hiere los dientes á tenor de teclas. Ella, como mano de maestro de capilla, ya sube, ya baja, ya se retira, se alarga, y ella epiloga en sí todos los instrumentos de la música„; y añadir podía que su lengua había sido de tan sonora armonía, que no ya las piedras para fábricas, sino las voluntades de todos las había atraído para ensalzarla á Emperatriz de México. Esta Princesa se decía Ecatepeca, hija del Rey de Tescuco, y después madre de Motezuma III.

8. Guillermo Land, en sus escolios de "*Considerationibus Americæ*„, refiriendo estas tres pruebas, por los visos que hacen á las que los rabinos escriben de la Reina Saba, se empeña en seguir la opinión de haber sido hebreos, de los que navegaban á Ofir, los que aportaron de Asia á México con Motezuma I, como si no coincidiesen en unas mismas especies y conceptos varias naciones del mundo, aunque entre sí muy distantes.

CAPÍTULO X

ESTRENAS DEL GOBIERNO DE MOTEZUMA II

1. El emperador Acamapic, Motezuma II, estrenó el gobierno en viéndose casado, descartándose de algunos áulicos que había favorecido y hecho lado en los deportes de mozo, si de buen gusto para los pasatiempos del ocio, de no oportuno y maduro consejo para materias de fondo, más diestros en el bureo que cultivados de juicio, y que, hechos á la llaneza á que humaniza la familiaridad de la crianza, no se amañan al respeto debido á la soberanía del trono. Ya le rayaba la luz de que debían lograrse sus favores, no al impulso del afecto, sino al informe de méritos y actitudes, y que el crédito del que manda suele regularse por los procederes de los que sirven, á que conduce el que los ministros reales no nazcan, sino se escojan. Mas ninguna circunspección asegura en tales delectos, porque parece achaque ó plaga de los mismos puestos y oficios ó torcer las rectitudes ó doblar los torcimientos.

2. Con desaires, pues, en lo público, y con despejos en lo doméstico, retiró también de sí á la Emperatriz madre á sugestión de ministros y lados nuevos, imprimiéndole máximas políticas del decoro, como ser reputación de Príncipe el no gobernar por dictámenes de mujer, entristeciendo la alegre expectación de su capacidad, que las consortes den hijos, mas no consejos. Pues como le excitasen celos de la regalía (que son de más furor en la majestad) y los celos se hacen oídos, encendían más la llama, desautorizando la tutoría de la madre, prohijándola

desgracias y desaciertos en su dominio: que habían sido riesgo de imprudencia los que se celebraron méritos de próvida vigilancia; que la mucha continuación del mando la había acedado su dulce genio, y la acedía hecho ya odiosa; y para que no fuesen aborrecibles sus decretos y disposiciones, importaba que reconociese la monarquía cómo se fundían ya en otra turquesa, y que su Príncipe no estaba ya en pupilaje.

3. Ahondóse más la mina de la discordia en lo más interior del palacio, siendo los aventalles del incendio los corredores de chismes. Soplaban á todos lados y corrían de cuarto en cuarto los cuentos; y tanto más se creían, cuanto la verdad del cuento ó de la queja más picaba, teniendo aún señoras graves la condición de la mar, apacibles en bonanza y tempestuosos al viento de un chismecillo. Vino á brotar de lleno la munición y cizaña del hornillo, causando el mayor estrago entre las majestades de suegra y nueras, parentesco con calidad de volcanes, que la superficie de nieve cubre fuego en las entrañas. Como humean y lloran con el ardimiento las ramas verdes, así las nuevas esposas del Emperador, ardiendo con los chismes, humeaban altivez contra la suegra y enternecían sus quejas con lágrimas al marido, ni se abrasaba menos la Emperatriz madre, que más aprisa y con más vehemencia se enciende la leña seca.

4. Los ministros de la fortuna cadente, viendo en menguante su particular luz con el eclipse de su sol, y que, como hechuras suyas, pendían de aquel movimiento como los rayos de su planeta, pusieron en el oído de la Emperatriz, lo lastimado y resentido que estaba el Imperio todo, de que diese lugar el Emperador á sus lados de imprimir en su gran juicio las más inopinadas desatenciones, siendo lo de menos el desprecio de naturaleza, á cuya regia sangre debía su derecho legítimo á la corona, y lo más era el escándalo y ofensa general del no agradecer el beneficio más soberano que madre ha hecho á Príncipe ninguno, afirmándole en el trono en aquel paréntesis de su padre, pues dejándole en tan tierna edad y en la infancia también la monarquía, los peligros de perderse eran muy ciertos, y las esperanzas de mantenerse muy dudosas. Recapitulábanla con magníficas ponderaciones sus aciertos en la corte, sus triunfos en la campaña, y aquel gran arte de unirse el cariño y el asombro, con que

logró ser de todos amada y juntamente temida; y sintiendo que iban fomentando en la Emperatriz la inclinación innata de mujer al señorío, y más habiendo ya gustado la dulzura del Gobierno, reforzaron la batería, añadiendo:

5. "¿Pues hasta dónde ha de estirarse el reporte que no rompa en impaciencia? El sufrimiento en semejantes frangentes adormece más la atención y fomenta la avilantez. En violando el sagrado á la más debida reverencia, la ingratitud se empeña en colorir pretextos, para amontonar agravios. Aunque vuestro amor y piedad resista, nuestra lealtad y obligación nos precisa á que no os dejemos hecha terrero de indecencias é indignidades. Armas y fuerzas hay prontas para que obliguéis á que el Emperador venga en lo que es justo, y para que, los que resfrían y tiranizan su afecto, sean degradados de su privanza.„ Así dijeron y así turbaron la cordura de aquella gran matrona, que, con el furor se hubo de olvidar lo poco que un Príncipe debe creer á quejosos ó malcontentos, y menos fiarse de astutos y mal intencionados.

6. Llegóse á rompimiento, sentíanse ya asonadas de guerra en las provincias, levas de gentes; todo era estruendo de armas é inteligencias de alianzas, estrenando las iras en algunos choques, cuando á la madre se le resfrió el enojo, y el rubor de empresa tan mal quista pintó en el hijo, con que, echándose éste á sus pies, y dando aquélla los brazos, se soldaron las quiebras de los afectos, y quedaron burlados y perdidos unos y otros promotores de las discordias y guerras. Políticos bisoños que ignoraron cómo entre parientes tan íntimos no es tan poderoso el artificio para separarlos, como su misma sangre para reunirlos; y sucedióles lo que á las cimbrias y andamios, que sólo sirven de meter obra, y después los deshacen ó arrinconan.

7. Lo que no recabaron las violencias, pudo el desengaño; conque, dando repulsa á las ofertas del hijo, se retiró la Emperatriz á su Aranjuez de Istalapa, como corrida su prudencia de no saber sufrir un ceño de fortuna, habiendo disfrutádola sus risas. Dióse á fabricar templos á sus ídolos, corto empleo para olvidar el trabajo gustoso del gobierno; renovaba los ejercicios de sacerdotisa, y echaba menos el incienso de las dependencias y lisonjas. La amenidad del país le era martirio en lo solitario del ocio, siendo antes gran recreo cuando se alternaba con el

afán del bullicio. Abrevióla la vida el tedio y la tristeza, y murió sólo con el consuelo de no vivir muriendo; que se compone un mortal sentimiento con un gran desengaño. Las edades siguientes la veneraron por cosa más que humana. Es achaque común de la comunicación ó falaz perspectiva á la posteridad con personas de fama, que les sucede lo que á las pinturas, parecer mal cuando se miran de cerca, y parecer bien cuando se miran de lejos.

CAPÍTULO XI

DE CÓMO MOTEZUMA II ADELANTÓ EL PROGRESO DE SUS LETRAS Y DE SUS LIBROS

§ 1.º—*Qué forma de literatura tenían los mexicanos.*

1. De ordinario las repúblicas y monarquías grandes se fundan con las armas y se conservan con las armas y las letras; lo que conquistó el ímpetu de la fuerza lo mantiene la industria del ingenio. Un querubín, con la espada, en el Paraíso, fué más cabal hieroglífico que una Palas, para significar que el valor y la sabiduría expugnan y conservan los Imperios.

2. Como van las monarquías engrandeciéndose va adelantándose en policía y cultura; los dos imperios del Perú y México no fueran tan magníficos si no hubieran tenido su forma de letrados, que, con varias artes, le diesen pulimento á sus riquezas, arte á sus guerras y modelo á sus costumbres. Inspiración natural es recoger experiencias de sucesos, para componer las acciones á semejantes espejos; y, respectivamente, á todos, son los libros unas como anatomías de la antigüedad para descubrir los achaques de que expiraron muchos príncipes, y los preservativos y remedios con que florecieron por siglos otros reinos.

3. Era, pues, en los mexicanos su estilo de escribir por vía de hieroglíficos en vez de caracteres, que, como dice Solís: "No alcanzaron el uso de las letras, ni supieron fingir aquellas señales ó elementos que inventaron otras naciones, para retratar las sílabas y hacer visibles las palabras, pero se daban á entender con los pinceles, significando las cosas materiales con sus propias imáge-

nes, y lo demás con números y señales significativas; en tal disposición que el número, la letra y la figura, formaban concepto y daban entera la razón. Primoroso artificio de que se infiere su capacidad semejante á los jeroglíficos que practicaron los egipcios, siendo en ellos ostentación del ingenio, lo que en los mexicanos estilo familiar, de que usaron con tanta destreza, que tenían libros enteros deste género de caracteres y figuras legibles, en que conservaban la memoria de sus antigüedades y daban á la posteridad los anales de sus reyes„.

4. Argensola, también dice: "Tenían en todas aquellas provincias muchas letras, muchos jeroglíficos, con que escribían. El Obispo de Honduras, guardó libros de tiempo de la idolatría, llenos de sus antigüedades, notadas por indios estudiosos„. Nótalo también Acosta diciendo de los mexicanos: "Mostraron sus librerías y sus historias y calendarios, cosa mucho de ver„. Y duélese el cronista Oviedo de que unos religiosos católicos, de más celo que ciencia, hubiesen quemado una célebre y copiosa librería de mexicanos, cuya reserva diera más noticia para sacarlos de sus errores, como para conveniencias de estado, y dar luz á los sitios de sepulcros, en que, como Solórzano refiere, enterraban con los difuntos riquísimos tesoros, puestos de minerales de plata y oro, de que había cuenta exacta de sus libros.

5. Ellos tenían en el gobierno de su inmensa monarquía, su Política; en el regimimiento de sus familias, su Economía; en algunas ramas de virtudes, su Etica; en la cultura de la lengua, que llamaban reverencial, su Gramática y Retórica; en las supersticiones de los ídolos, su Teología; en las glosas de las leyes, su Jurisprudencia; y á este tenor la teórica y la práctica de otras artes liberales y mecánicas, que dieron materia de reparo á los escritores de Europa, notando tanta cultura en lo que corría voz de total barbarie.

§ 2.°—*En qué tenor adelantó el Motezuma II la literatura de los mexicanos.*

6. Él fué el Justiniano de México, dando método al confuso caos y desordenada copia de sus tratados y escritos, y reduciendo las materias principales con examen,

consultas y delecto á doce libros. El primero, contenía los nombres de insignes capitanes, toda hazaña sobresaliente en servicio del Príncipe ó en utilidad del Imperio. El segundo, apuntaba los solares de caciques que llegasen á tener seis mil vasallos, graduando mayorías de noblezas por las ventajas en hechos militares. El tercero, de sus Dioses y de la jerarquía de sus ministros. El cuarto, de materias tocantes á la milicia que ellos tenían por el cuidado de mayor importancia y consecuencia, cautelando todos los desórdenes de la guerra, y proveyendo de todas las atenciones debidas á la campaña con sumas individuaciones de los sucesos ruines y gloriosos, sus causas y sus premios ó penas.

7. El quinto, un inventario de las haciendas con que los senadores, virreyes y otros ministros estrenaban los oficios, y notábanse las penas que se habían dado á los que las crecían más de lo que los gajes pudiera darse de sobras. El sexto, de las residencias de virreyes, gobernadores, visitas de sus audiencias y otros ministros, con notas de las artes con que se entienden unos á otros, é iluden la eficacia destas visitas. El séptimo, de los matrimonios, dotes, repudios, aparatos y superfluos gastos, y las fórmulas de fiestas en las bodas de los príncipes. El octavo, era una matrícula de los extranjeros que se introducían en el Imperio, de qué talento, qué oficio, y con qué caudal entraba, para que no sacasen más, si es que saliesen.

8. El noveno de varias pregmáticas y decretos con glosas de que su pluralidad venía á ser su violación, y con sus retractaciones apresuradas se vilipendian sus legisladores. El décimo, de los tributos que se echaban, las causas que hubo para pedirlos, los lances en concederlos ó negarlos, los empleos y logros que tuvieron, qué tiempo duraron y todos los fraudes que se habían experimentado en sus administradores y oficiales. El undécimo, de los deportes y juegos que se habían de permitir á los pueblos; y el duodécimo era como un diario, en que se iba apuntando sucesos y accidentes extraordinarios del Imperio y aun de los reinos extraños, y los expedientes que se habían acordado, cuando eran arduos, con los efectos que habían surtido.

9. Señaló después el Emperador, en las ciudades capitales de las provincias primarias, estipendio á los maes-

tros de aquéllas sus facultades, con privilegios á sus escuelas; y, aunque juzgaba que el almacén de noticias políticas era una munición y arsenal muy de príncipes y de ministros de superiores esferas, bien quisiera desterrar aquellas artes que abren mucho los ojos á los pueblos, rayándoles con razones de estado y descifrando los ocultos misterios del gobierno; siendo de perjuicio al dominio hacer de sencillos astutos y á veces embolismar á los necios que disparatan con indigestas especies, siendo más simples cuanto más dan en políticos.

10. Pero advirtiendo que en la serenidad de la paz y con la prosperidad de la literatura mucho golpe de nobleza se le extraviaba de la guerra, huyendo las descomodidades de milicia, y hallando sumas conveniencias en los más ínfimos senados, trató de prohibir á los nobles cualquier otra profesión que la militar. Empero representáronle no ser de menos perjuicio el dejar á la nobleza sin pulimentos de ingenio, como unos diamantes brutos, y vincular en plebeyos los puestos y los cargos de que se hacían haciendas, vidas y honras, empleos de tanta soberanía, y como los genios de vulgo son ruines vasos, luego rebosan si dan en ellos tantos raudales de gloria; y que sería más acierto desviar la plebe de estudios, conque se poblaría la guerra de soldados, los obrajes de oficiales, los campos de labradores, los comercios de mercaderes, y se ennoblecería el estado de sus sacerdotes y bonzos, adonde volaban muchos del vulgo, no con celo de religión, sino para asegurar con más descanso el comer.

11. Perplejo con tales dudas el Emperador dejó correr las materias sin novedad, considerando también que no pocos nobles son ineptos para las armas y hábiles para los estudios, y que de los plebeyos, entre la esteva y la azada, salieron eminentes talentos y célebres capitanes de que logró México gloriosas utilidades. Y si se hace reflexión en aqueste orbe político, plebeyos fueron los insignes Platón, Aristóteles, Sócrates, Licurgo, Solón, Trimegistro, Demóstenes, Cicerón, Virgilio, Ovidio, Marcial y Horacio; y en siguientes siglos hombres de mínima esfera, pero de grandes ingenios y nobles espíritus ascendieron á las cumbres de los supremos honores, desmintiendo con la alteza de sus méritos la bajeza de sus cunas.

12. Y haciéndose cargo desta consideración obligaba á los gobernadores, al acabar sus oficios, á que le diesen una minuta de los sujetos de cuenta que había en aquellas provincias, de sus empleos, servicios, prendas y caudales, para premiar á unos, para servirse de otros, para moderar las demasías de muchos y para que ninguno que pudiese ser de utilidad á la República malograse por falta de hombre, ó por sobra de desidia el talento con el ocio; y confería estos informes con los avisos secretos que solicitaba de personas de toda satisfacción y verdad: conque unos y otros informaban con rectitud, sin doblarse á la pasión ó interés.

CAPÍTULO XII

CÓMO AJUSTÓ ESTE MOTEZUMA QUE EL IMPERIO MEXICANO JUNTAMENTE FUESE ELECTIVO Y HEREDITARIO

1. Por los inconvenientes que se atropellan de muchos y que congojan por graves en todo arte de gobierno, no ha habido naciones en los dos orbes, que, á lo de Proteo, no hayan variado formas de mando, no sufriendo persistencia ni sosegando en alguna especie de dominio. Ellos buscan alivio en el mudar cabeceras, y consiste su enfermedad, en que, habiendo de ser hombres los que se han de regir y ser muchos y varios los instrumentos del gobernar, son como cuerdas del arpa, que rara vez deja alguna de falsear ó desdecir, y muy presto se destempla por componerse de cuerdas tan diferentes y desiguales. Nunca tan á lo regular ejerce el piloto su primor, que no zozobre la nave ó se desnivele la destreza, siendo los súbditos y vasallos también de tan mudables genios como los aires, y con aquel innato suspiro de vivir con libertad.

2. El gobierno monárquico, por la experiencia de más fruto y más asiento, tiene más crédito. Aunque volteándose en los ejes de lo electivo y hereditario, espantan los daños y disturbios de si se elige, y asustan las contingencias del bien público si se hereda. Fatal riesgo exponer una monarquia al caso de si nace el príncipe apto ó inepto; y de notorio perjuicio en las elecciones una común turbación de los reinos á violencias ó á artificios de ambiciones con bandos y con sobornos; y en la vida del electo los miedos y las sospechas de que no incline á tirano el que hace papel personal de dueño, ó que se pase

de aguila real á neblí del Norte, que, porque allí anochece temprano, da al repelar aves prisa. Eterna batalla es ésta entre los políticos sin que del todo se declare la victoria.

3. Osó ajustar aquestas complicaciones este segundo Emperador de México, desatendiendo á que se hacía cargo de dar corte á dos nudos gordianos, y solución á dos opiniones ex diámetro encontradas. El vendió al supremo Senado por aumento de franqueza el designio de su ánimo, y tiraba á fijar más la corona de su Imperio en las sienes de su familia. Novedad fué de capricho. Y si son peligrosos los príncipes necios ó cortos, no son menos formidables los que desdeñan ser dóciles, por confiados de entendidos.

4. Había, pues, discurrido este Emperador mucho sobre que sus abuelos maternos fueron degradados de la corona, porque, siguiendo el común estilo de que el primogénito heredase el Imperio, fenecieron los heroicos, y sucedieron seguidamente tres reyes: uno con ferocidad soberbio; otro asimpladamente sincero, y el último, de mayor perjuicio por flojo y afeminado, conque, apurada la paciencia de los briosos mexicanos, desarraigaron de raíz tan costosa é inútil cepa, de que se extraviaban tan de continuo las guías; y ya que, por ingerirse en aquel tronco, la rama de Motezuma I reproducía más reales frutos, trató de conservarla florida, promulgando por ley fundamental que el Imperio mexicano fuese juntamente hereditario y electivo, en el tenor que se dirá en la vida del último Motezuma, y se tratará de propósito, como materia de las más graves de esta historia.

CAPÍTULO XIII

DE LOS FUNESTOS EFECTOS QUE CAUSÓ LA NOVEDAD DE LA SUCESIÓN

1. La Emperatriz Ecatapeca, mujer primaria deste Motezuma II, sintió hondamente que la nueva ley de la sucesión pusiese á contingencia de votos el natural derecho de sus hijos. En los efectos más encendidos de amorosos imprimen más sus iras las ofensas, ni es tan agudo el estímulo del amor como el de la venganza, por ser mucho más activa la sangre de las arterias que la de las venas; y el mismo amor se hace de banda de la ira para acriminar la injuria; y aunque el agravio es llave que suele abrir la puerta al más encerrado sentimiento, cupo en aquesta Princesa, amaestrada en las artes de palacio, un profundo disimulo y sufrida espera; que la mina que de apresurada aborta no hace efecto sino daño.

2. Adormecida, pues, á lo de áspid, dejaba pasar por alto los altivos espíritus que sus comblesas respiraban, y las negociaciones que urdían con presunción de coronar sus hijos. Toleraba también la afectada indiferencia del Emperador con los suyos, mientras se daba á conciliar aliados con la piedra filosofal de largas dádivas, y rendir gracias de quien tenía más quejas; que dar gracias por agravios suelen ser las mentiras de personas sabias. Eran sus hijos ya crecidos, y el primogénito, como de prendas eminentes, se indignaba de sujetarse al arbitrio de electores y á las indignidades de pretendientes, de lo que era tan propio por su sangre, y aun lo atribuía á artificio político del padre, como envidioso volcán que escupe fuego contra las flores que él mismo brota en sus cumbres, y la que más se descuella es la primera que se abrasa.

3. Ajustadas las inteligencias y las alianzas, efectuó la madre una poderosa liga, dando el bastón de General á su primogénito, que hacía el duelo en aquel punto, joven de más alientos que años, y que la majestad especiosa de su rostro y talle le publicaba electo de la misma Naturaleza para el trono. Al trueno deste nublado montó el Emperador en tal furia que, execrándose de hacer una demostración ejemplar en el hijo y la mujer, salió en persona á campaña con un poderoso ejército. Diéronse cuatro batallas, y dióle el padre al hijo cuatro sangrientas rotas. La madre (como la Tierra á su hijo Anteo) le reparaba al suyo las fuerzas, cebándole su campo con socorros, hasta que al quinto choque salió el joven de la pelea del todo derrotado.

4. Y siendo el postrero de su campo que volvió la espalda, era su padre el primero de los victoriosos que le seguía el alcance con ansia de quitarle la vida por su mano. El cual, viéndose apurado, revolvió de improviso con despecho, y atravesándose padre é hijo con las lanzas, cosidos con las astas, acabaron ambos de morir cuando el encuentro los llegó á abrazar. Así suelen en su refriega caer el neblí y la garza muertos en tierra asidos de los picos y las garras. Rota y triunfo, como victoria de Cadmo, en que vencedor y vencido perecieron en la batalla. Tan monstruoso parto abortó la novedad de un padre caprichoso y la ambición de un hijo mal aconsejado. Por ser inopinado el fracaso no quedaron ambos infamados de parricidas, sino padrones de infelices representando la prosperidad del mundo, como canal de agua dulce que va á morir en la mar amarga.

5. Al pasmo del suceso se les cayeron á todos las armas de las manos. Sosegadas las pasiones, en repetidas y unánimes conferencias se resolvió, de común consenso, que la Emperatriz, como promotora de tan infausta tragedia, tomase por destierro residir en Tescuco con el Rey su hermano, y que el Senado supremo reformase la ley de la sucesión imperial, ciñendo la elección á solos los hijos de las emperatrices; que si hubiese uno solo, ese sin elección fuese heredero, y á no haber hijos de las emperatrices corriese aquella ley en su latitud. Y en esta conformidad pasaron á elegir uno de los tres hijos que quedaban de esta emperatriz Ecatapeca y de Motezuma II.

MOTEZUMA III, LLAMADO TAUDELLAN

CAPÍTULO XIV

PARTICULARIDADES DE SU ELECCIÓN

1. De tres hijos que quedaron de la emperatriz Ecatapeca y del Motezuma II, el de más edad se decía Quilón. Corto de ingenio, contrahecho de talle, revesado de ojos, discorde de facciones y figura, más para excitar á risa ó mover á lástima que para idea de respeto y digno bulto de un trono, en cuya alteza más se dejan ver las faltas, como advertirse los cabales de las prendas. A este desconcierto de simetría en el cuerpo correspondían las cualidades ruines del ánimo, que Naturaleza á los de indigesto natural suele ponerles algunas señas en lo exterior, como el alfarero, que, á la vasija hendida ó mal acondicionada, al sacarla del horno la imprime alguna marca.

2. Y es de tan torcidas máquinas la idea de los políticos, que impedimentos tan horrorosos por manifiestos para excluirle de la corona, le negociaban al monstruoso Quilón votos muchos para el Imperio, de senadores ansiosos de elegir Emperador, que, contento en un retrete con disfrutar las delicias y soberanías del solio, cediese en un valido ó en el Senado, el manejo de la monarquía, dando color á la malicia de su designio, con que, el retiro y dejarse poco ver, les concilia á los príncipes autoridad y se ilude la censura necia del vulgo que califica las dotes del ánimo por la fisonomía del rostro. Ni convendría atropellar otra vez el derecho que tiene Naturaleza tan entablado en la mayoría, de que resultaron tantos

disturbios, y aun corrían sangre, de muy recientes, los escarmientos.

3. El mozo, con ser poco perspicaz, divisó el embeleco por de gran bulto y que querían echar mano de su persona para labrarse una estatua, conque escogió esconderse en una celda antes que vivir más humillado en el trono, y tomó el hábito ó profesión de sus bonzos, con sumo gozo y congratulaciones de aquellos bárbaros regulares, que, con el ingreso de tan gran Príncipe, se prometían franca introducción en palacio, escala real para puestos, dependencias del Imperio, veneración de la corte con varias prerrogativas é intereses de su estado. Aunque los celotes de aquel gremio, con más punto de lo que llevaba su vasta esfera, se condolían de que se juzgase por de lustre y logro en sus templos y casas de sus dioses los deshechos y los descartes del mundo. Digno y considerable reparo aun entre católicos.

4. Quedaban opositores á la corona Imperial, los otros dos hermanos Taudallén y Gaibancín. Eran gemelos y una como identidad en facciones y semblantes, en lo abultado de cuerpos y en lo garboso de talles, que, al tomar el espejo para verse, no acertaban ellos mismos á distinguirse. Tan parecidos en los genios, en los juicios, en las voces y en los gustos, que no se debían de diferenciar en la organización y humores, pues, al adolecer el uno de algún achaque, enfermaba también el otro del mismo accidente.

5. Probáronle los electores en varias juntas las habilidades, y si la prueba era á correr, corrían parejas; flechaban con el mismo acierto á un blanco; saltaban un mismo espacio, despidiendo las lanzas á un mismo término. Diéronle el voto al que nació primero (como se le daba al gemelico zará la partera hebrea en la cinta roja), pero la madre Emperatriz, sola lo sabía y lo disimulaba, recelando de quedar del uno aborrecida y del otro mal pagada, ó porque quisiese reinasen de compañía como los Zares de Moscovia, ignorando la fatal unión de Imperio entre los Polinices y Agatocles. El observarle á la madre, por indicio de primero, á cuál había mostrado más cariño, era poco firme seña, pues si unas madres aman más á los primogénitos, de otras son los benjamines, los últimos. Recurrióse á sus oráculos, y dijeron sus intérpretes que se eligiese Emperador al que de los dos, en un

estruendo hechizo, despertase del sueño echando mano á las armas, por descubrirse los afectos en los repentinos casos, y, cuando se hizo esta prueba, echaron ambos á un tiempo la mano al arco.

6. Y aun dificultábase más el punto con el amarse los dos hermanos tan á lo fino, que en esta controversia de la corona era el uno agente del otro, y una mutua pretensión de no salir con la dignidad, pasando ambos á temer se redujese el delecto á suertes, porque se juzgara por desgraciado al que la suerte le publicase dichoso. En amistad de tal ley celebraba entonces aquel Nuevo Orbe sus Focios y sus Piritoos, sus Démonas y sus Pitias, siendo en los dos mundos, por raros, muy célebres dos amigos verdaderos.

7. Redújose, en fin, la cuestión, según su ley fundamental, á decidirse por suertes, y dura todavía la fama, que precedió un convenio entre los hermanos de gobernar los dos, como si fueran uno sólo, juzgando que con sufrir un rey en su trono socio, el reino también sufriría dos reyes, y se harían practicables dos imposibles. Otra tradición duraba, de que, cayendo la suerte en Gaibancín, tuvo traza su fineza para apropiársela á su hermano Taudallén. Y si así fué, les aumentaron la infamia á los crueles Tolomeos, Nerones, otomanos y príncipes bárbaramente políticos, caínes de sus hermanos, por tiranizarles ó asegurarse en los reinos.

8. Lo que se apura con más probabilidades, [es] que el Taudallen salió electo Emperador, y que, prosiguiendo en la semejanza y fineza con su hermano, parecía haberse hecho de los dos cualque fundición de un rey, como si fueran un príncipe con muchos ojos á lo de Argos, con muchas manos á lo Briareo, con presencias dobles á lo de Jano, conque sin faltar al corazón de la corte diese vista á los progresos de la campaña; sin salir de palacio, visitase cuando quisiese su Imperio. Complicaciones que suelen ser afanes de los políticos, y se componían en los dos hermanos, así por la semejanza, que parecía poner el mismo en dos partes y por la mutua fineza que aseguraba los lances de más confianza. Ellos eran el Agamenón y Aquiles, el Gofredo y el Reinaldo de aquel orbe. Uno con el cetro lleno de ojos y otro con el bastón florido de palmas, y, entre ambos, con muchos logros repartidas, las funciones del Imperio en un mismo dominio.

CAPÍTULO XV

HECHOS MEMORABLES DE MOTEZUMA III

1. Rayando por entonces á México aquel signo de Géminis, y en aquellos dos hermanos las dos conchas que merecían el mote: *Non dirimit fortuna fidem*, se sintieron influencias de sucesos y hechos célebres. Para arrestar los bríos de los soldados, que era blasón principal destos Emperadores, el Motezuma III prohibió los canjes y cuarteles en la guerra; conque se escogiese morir en la batalla con valor antes que dejarse aprisionar en perpetua esclavitud. Promulgó pena capital contra los alcaides de fortalezas que entregasen las plazas á los enemigos, sin admitir excusas (que nunca faltan á la cobardía y al soborno); ley de bárbaro atropellar á veces con la justicia y con la inocencia por precaver codicias, miedos y deslealtades. Para asegurar los caminos de salteadores, ordenó que la población en que se hacía el robo, de pronto satisfaciese el hurto, conque todo pueblo limpiaba de aquella plaga su distrito. A los médicos ó curanderos (eminentes en conocer calidades de hierbas y piedras saludables) mandó que no se les pagasen estipendios si se les morían los enfermos, conque asistían con puntualidad á las visitas y estudiaban con solicitud las enfermedades.

2. Pudo turbar las disposiciones deste Príncipe una notable demostración de severidad que hizo, porque para poner en observancia sus estatutos, fabricó en la Plaza Mayor de México un espantoso cadalso. Su forma en cuadro con cuatro gradas de piedra, y sobre el centro del plano cuatro columnillas sostenían una mesa de jas-

pe, en que se dejaba ver una estatua que representaba en su hechura á un reo, y á sus dos lados sendos bultos de extrañas fieras, con posturas de hincar los dientes y clavar las garras en el delincuente. Cerca se erigía una sierpe de mármol, de tan diforme tamaño que no pareciese encarecimiento del arte el tener la boca abierta engulléndose otro bulto de un león. Lúgubre teatro de suplicios que, aunque mudo, pregonaba castigos y escarmientos, leyes y ajusticiados.

3. Mas, en vez de causar espantos, movió aquella feroz máquina á osadías, que suelen producir en los súbditos caprichos indiscretos de los príncipes, porque un día amaneció demolido aquel neroniano artificio, y los despojos de la ruina á las puertas de Palacio. A fuerza entonces del susto sintió el Monarca su yerro, siendo no poca que la soberanía ceda á los riesgos, y, asistido del disimulo, fingió que él mismo, á piadosas súplicas de la Emperatriz, lo había mandado quitar, con que desmintió la nota de cruel con aquella especie de docilidad.

4. Reparó también otra nota de fiereza á costa de un ingeniero feroz, encovándole en una sima de cárcel que él mismo había artificiado (el Perilo de aquel tiempo) más honda que las latomias de Sicilia; con menos respiradero que la de los Misesnos; más escura que el calabozo ó Báratro de Roma; más destemplada que el Domo de Atenas, y como el Decas de Esparcia, en que el suspiro de los presos era el desear morir. Mas aunque pareció bien el castigo de aquel malsín arbitrista, condenaban más á su Príncipe en el admitir el arbitrio. Este tiene la poderosa eficacia de ejecutar, aquél sólo la culpa de proponer.

5. Fué esplendor deste reinado una india yucatana, llamada Puxia por la admirable inventiva de su ingenio, de que dió célebre muestra en México delante de Motezuma III, con el útil é ingenioso artificio de un nuevo abecedario que compuso y dejó introducido en el Imperio mexicano; como de Nicrostrata ó Carmenta dice la Historia general, docta mujer en poesía, dejando á su patria Arcadia, vino á Italia, y, residiendo en el monte Palatino, con quince letras que inventó, diferentes de las griegas, dió acertado principio á la lengua latina, bien de todo el Universo.

6. Siempre será, pues, de admiración, que haciendo

aquesta india sólo nudos en cordones, y labrados los cordones de matices, rigiéndose por la variedad de unos y por las diferencias de otros, ajustó todas sus letras, juntó dicciones, formaba cláusulas y puso en cuenta los días, las semanas, los meses y los años; distinguía números, apuntaba las sucesiones de tiempos, la serie de los reyes y senados; anales de sus hechos é historia general de casos señalados como pudiera escribirse en los abecedarios y libros de Europa; y de las sartas destos cordones colocados por orden y á sus tiempos, en archivos, se hallaba, como en el de Simancas, razón de cualquiera antigüedad cuando era menester. Método de leer y escribir, que dieron en usar por ser más fácil que el del pincel y símbolos; y á estos archivos llamaban los mexicanos Tesorería de historia. El Emperador, aun viendo practicar tal arte, no lo creía, y de gozo casi salía de su seso, pues, ponderando ser una tirana injuria privar á las mujeres del pulimento que las letras dan á los ingenios, exclamaba ser envidia y no providencia el desviarlas de los estudios, y ejecutara el intento á no templarle el Senado. ¿Pues qué haría si oyera la celebridad de Zenobia en lenguas, de Cleobulina en poesía, de Aspasia en la retórica, de Areta en filosofía, de Hypatia en la matemática y de Juana Angélica en divinas ciencias? Mas semejantes monstruosidades de naturaleza no deben de la admiración pasar á mociones de novedad.

CAPÍTULO XVI

VICIOS DE MOTEZUMA III

1. Este Príncipe era de los que caminaban con las espaldas vueltas hacia donde quieren ir derechos. Aprendió de la lisonja serle lícito cuanto le fuese gustoso, máxima propia de bárbaros y es cultura de políticos. Muchas manchas le echaba en la púrpura el gentilismo y desaliñábale el solio, el descuido de su Palacio, la mala crianza de sus hijos, regirse por sus mujeres. De liberal cuando mozo, dió en codicioso cuando viejo, riéndose los enriquecidos con sus larguezas y gimiendo los pueblos con los tributos. El, á lo de Icaro desalado, que, sin tomar medio, pasaba de unos extremos á otros, de los fuegos á las aguas; para unos un mar de llanto lo que para otros un cielo. Hízole falta un Cleóbulo, que le sugiriese como al otro Rey una suma del gobierno en la breve cifra de tener en el mando modo y aborrecer en todo el extremo

2. Descendiendo á particularidades, ocasionó por la corte risa, y corrió por todo el Imperio el cuento, surtidero de chistes y de motes, de que su Emperador, habiendo de profesar á lo de mexicano lo guerrero, viviese divertido y ocupado en recoger á un gran palacio cuantas diferencias de aves se conocían por aquellas tan dilatadas regiones, y aunque trató de borrar la nota haciendo matarlas todas, pasó aquel deporte á sus sucesores en tanto grado, que ponderan los cronistas con asombro la multitud de hombres que se ocupaban en la asistencia y crianza desta volatería; y añade Acosta (lib. VI, cap. XXIV): "Cuando Motezuma veía que no era posible sustentarse algún género de pescado, ó ave, ó de fiera, había de tener

su semejanza labrada ricamente en piedras preciosas, ó plata ú oro, ó esculpida en marmol ó piedra„.

3. Presumido de discreto, dió también en suspicaz: á la sospecha despierta la curiosidad de certificar la imaginación; á cuyo fin abusó este Príncipe de una sutil traza para desentrañar los sentimientos más hondos de los que tenía por dobles y recatados. Tenía una copa ó jícara artificiosa para los brindis de los banquetes reales. Distinguíase el pie del copón con gruesos bollones de oro, en cuyos huecos se iba sumiendo todo el licor de la taza sin percibirse, con artificio de oculto muelle. Los convidados se precisaban á beber todas las veces que bebiese su Emperador. Este, aunque sus vinos eran muy fuertes, siempre estaba muy en sí, porque él sólo aplicaba á la copa el labio, y el vino se sumía todo al pie de la copa; los demás, bebiendo hasta rebosar, rebosaban también, á vueltas del vino, cuantos depósitos ocultos cerraban en sus pechos. Arte pernicioso de anatomía, que, así que se vino á entender, le enajenó al Príncipe la confidencia de muchos próceres, y se armaron de redobles para despicar sus engaños.

4. Mas lisa piedra de toque le fué, para conocer los quilates de condiciones reconcentradas, el observar con reflejo en los festines y juegos, donde con el descuido que trae consigo el recreo ó ocasiona la porfía, ya el gozo de la ganancia, ya la mohina de la pérdida, suelen rasgar las nemas del disimulo: la cólera, la ruindad, la escasez y otros defectos que, enfrenados en las veras, se desbocan en las burlas, les hacen á los áulicos descubrir la hipocresía de su mesura y metal de su proceder, y cómo su oficiosidad es capa de su doblez.

CAPÍTULO XVII

DE UNA FATAL TRAGEDIA, MUDANZA DE ESTADO Y MUERTE DE MOTEZUMA III

§ 1.º—*Efectos sangrientos de una conjuración contra Motezuma III.*

1. Había este Emperador acudido con socorro al cacique de Mazatlan, casi ya desposeído á violencia del cacique de Temepacheo, que, por de más poder (no habiendo entre bárbaros, y aun entre no bárbaros, más derecho) le tiranizaba su país. Y de lo que sirvió la asistencia del Imperio, fué de echarse sobre las provincias de ambos, del uno á título de castigo, y del otro por gastos de guerra. Así suele meter paz, cuando entra á terciar, un soberano poder.

2. Hallábanse en la corte de México los dos caciques más en rehenes del bien público, que con expectación de recobrar sus dominios, y, aunque los dos eran de reales prendas, nunca los divertían siquiera en puestos ó cargos, con máxima de no fomentar sus bríos, sino con cortos acostamientos para olvidar sus derechos. Eran á todos blanco de lástimas, refrescándoles sus quejas con las memorias de sus violentas fortunas. Crecían sus sentimientos con ver en los de inferiores clases, ó más lustre que encendía enojos, ó sus desaires, haciendo de su desdoro desprecios. Conque ya de resentidos pasaron á desesperados, abandonando las vidas en cambio de sus venganzas, en que influían hijos de gran espíritu, y criados de experimentada fineza. Esta fué la causa de su des-

pecho, y aguardaban sólo para ejecutarle, y como hecha á mano se la dió el tiempo,

3. Porque para estrenar una recreación, muy de su placer, en que naturaleza y arte habían como copiado los Campos Elíseos, habia convocado el Emperador á su hermano Gaybancín y á toda la parentela imperial, y al cortejo de la Emperatriz y de las reinas. Concurrían con varias invenciones de danzas y bailes los pueblos de los contornos, máscara que remedaron los conjurados para disfraz de su alevosía, formando también un muy vistoso sarao con pieles bien adobadas de leones, tigres y de otras fieras; y cuando más suspenso y divertido sintieron todo el Palacio, desarrebozan las armas y empiezan á esgrimir rayos, dando mortales heridas con primer destino en las personas reales, funesto frangente en que los más de aquella familia regia pereció á manos de los traidores.

4. Sólo escapó el Emperador á beneficio de juzgarle los agresores por muerto, viéndole caer de los primeros en tierra, y fué desmayo del susto, aunque la adulación lo publicó después por ardid de fingirse muerto para quedar vivo, como hace el hombre á quien sigue el toro. Los aleves, al ir cargando ya sobre ellos los guardias, como horribles fieras, intrépidos y desatinados en los arrojos, se atravesaban por las cuchillas, llegando al tiempo de expirar á herir de muerte á los que les quitaban la vida, vendiendo á mares de sangre cada gota de los que con ansia y furia les deseaban coger vivos, por arrancarles una vida con mil muertes.

5. En tan descabellada funestidad sobre la fortuna de su reserva le fué al Emperador de nuevo conhorte, que su hijo principal y de la Emperatriz, llamado Otoy, había también escapado de aquel fracaso por haber quedado en campaña en sustitución de su tío con el cargo de la guerra. Y como á la antigüedad le parecía que se consolaba la luna en sus eclipses, haciéndola varios sones con diferentes metales, así los mexicanos, en aquel gran eclipse de su sangre, trataron de conhortar á su Emperador haciéndole alegre ruido con gruesos donativos de plata y oro. Todavía quedó aquel Príncipe atónito, todo el Imperio asombrado, cundiendo el pasmo por toda América, eternizándose en la posteridad el aviso de las tragedias á que despeña un agravio inmoderadamente sentido y una injusta codicia con tiranía ejecutada.

§ 2.° — *De la mudanza de estado que hizo Motezuma III y de su muerte.*

6. Como había junta general de cortes y concurso pleno de embajadores para dar el pésame al Emperador, éste logró el concurso para publicar con más decoro la exótica resolución, que consultó con su sobresalto aprisa, y de que se arrepintió en su retirada despacio. Presidiendo, pues, al magnífico cónclave de los personajes de más suposición y de primera calidad, les dió cuenta de cómo quería renunciar la corona en su hijo Otoy y consagrarse al culto de los dioses, en vida penitente y retirada, motivando esta mudanza de estado en semejante sustancia:

7. "Aunque ha tiempo que no me inquietan guerras de monta, y aunque lo reciente de una traición promete larga seguridad, pues nunca está más asegurado un camino que cuando se acaba de [dar] á un estruendoso robo el debido escarmiento, siento dentro de mí continuas guerras de ánimo. Nadie vive en paz consigo; un desasosiego acaba, y muchos, como ondas tras ondas en mar alborotado, suceden; llegando la quietud tal vez á la realidad sin pasar al corazón, que si las espadas saben de treguas, no los afectos. En las armas son más fáciles las victorias, y por eso más comunes; y es de más codicia la paz en el ánimo que en el acero. De los elementos vivimos, de ellos es guerra la duración. Las ciudades más triunfadoras, reducidas á cenizas, hacen señas al desengaño de cómo las persiguió la inquietud hasta el sepulcro, y allí sólo yacen con asiento„.

8. "Luego será idea de discreción embalsamar la vida con la misma sepultura, buscando en el retiro sosiego. Con ocasión de guerras y paces, de descomodidades y delicias, hice de todo pruebas y en nada viví quieto; acudí por la serenidad á la virtud, pero, en la mar de un palacio, la nave de más porte, con tan continuos balances de negocios y cuidados, hace aguas con amenazas de ahogo. A espejos que empañan tantos vapores mal pueden los príncipes componerse; con la hondura de materias yo mismo no sondaba mis designios, siendo las intenciones las que, por torcidas y dobles, hacen impracticables las sendas al descanso„.

9. "Muchos años he dado ya al bien público, razón será siquiera partir del tiempo con mi bien particular. ¿En qué ley cabe expender toda la vida en disfrutar los beneficios que sobre mí los Dioses han llovido, y que no emplee aun el desecho de la vida en mostrarme agradecido? En los accidentes raros, un ejemplar sólo basta para la experiencia. Si la fortuna empieza á esgrimir reveses, no quiero yo que sus golpes pasen de las muertes de mis hijos y parientes á herir mi Imperio y vasallos; retiraréme de su ceño para que suspenda el brazo. Buen Emperador, os dejo en Otoy mi hijo, calificado con pruebas de valor en la guerra, y de cordura en la corte. En conclusión, lo que os ruego á todos por despedida es que, pues no podéis imitarme, no tratéis de proponer ni impedirme„.

10. "Tan infeliz azar como hoy lloramos (dijo un Senador respondiendo por los demás) ¡oh, excelso Príncipe!, cuando te hallara ya enclaustrado en el retiro debiera trasladarte segunda vez al trono. El Príncipe más es de los vasallos que de sí mismo. El sol, común ejemplar de un Rey, si por logro de quietud escondiera en algún claustro del zodíaco su luz, llenara al Universo de confusión, y desacreditara la providencia de los dioses, que coronaron sus rayos al que estimó más la conveniencia de su sosiego que la importancia de su corona„.

11. "No se vincula la paz del ánimo á la condición del sitio ni á la calidad del empleo, sino al dominio de sí mismo, sobreponiéndose á las ocupaciones, por más altas que sean. Inquieto estruendo va haciendo el río cuando más retirado por escondidas rocas; y no se mueve el polvo que se sobrepone al viento en el obelisco de un monte„.

12. "Solo el bisoño huye á la primera carga del enemigo; hasta ahora la fortuna, no habiendo hecho tentativa de tu ánimo con azares, no calificó de lleno tu valor, por ser más fina piedra de toque la desgracia que la dicha, para conocer los quilates de la constancia y prudencia. Haciendo tan grave agravio á tu Imperio y á tu oficio, ¿cómo te prometes paz, y no temes los escrúpulos y torcedores de tu obligación que te darán continua inquietud? Disfrutaste las adoraciones y delicias del Imperio, cuando en el exordio de gobernar tienen los vasallos mucho que sufrir, y quieres desaparecerles el fruto cuando le gozan maduros en años y en pruebas, y proceder á

modo de nube, que, cargando de noticias en el mar del gobierno y de palacio, tiras á malograrlas en los páramos y desiertos de los bonzos„.

13. "Y, en fin, te representamos, señor, que si no tratas de condescender con tan justas súplicas, irá tras ti la inquietud, porque seguirá todo el Imperio á su norte, á su centro, á su luz y á su gran Emperador, voceándote, que más se sirven los Dioses de que un Rey, su adicto en todo el Imperio, les fomente y les adelante su culto y su religión, que de que viva con devoto ocio en la soledad„.

14. Al rumor desta novedad en las turbaciones del pueblo, se barajaban los discursos de los áulicos y políticos, diferenciándose los afectos según las esperanzas ó los miedos de perder ó ganar en los vuelcos de fortunas que causaría tal mudanza. Los que con ésta se prometían medros, le arraigaban al Motezuma en su resolución, como plausible corona de su crédito que eternizaría su fama, habiendo sido insigne por lo que llegó á tener, pero más célebre por lo que supo dejar; que descendía de la mayor alteza, para ascender á superior Eclyptica, como la yedra que de la copa del cedro vuelve á bajar para tener otra vez á qué subir.

15. Los que con la renuncia del Imperio antevían la ruina de su grandeza y dominio, no había instancia que con astucia no hiciesen para desquiciar al Emperador del propósito que á ellos le sería tan de perjuicio. Y viéndole inclinado al Instituto de los bonzos (que eran sus regulares) para desamorarle de aquel estado, se lo afearon, representándole cuantos lunares de escándalos les habían desfigurado y la malicia sobrepuesto desde que hubo bonzos en México; los chistes que corrían dellos por la corte con todos los picantes de sus glosas; sus desahogos que estofaban con sátiras y cuentos. Ponderábanle que mucho más reprensible que loable hizo al infante Quilon su ingreso á esfera de regular, pues no cumplía con su instituto y se hallaba sin grandeza; que abandonando la elevación de Majestad para respirar el aire de lo divino, introdujo en las celdas el fausto de las cortes, y en el monasterio los achaques de los palacios; que trocó las abstinencias en destemplanzas, en limistes los sayales y las enajenaciones de siglo en introducciones de mundo.

16. Pero sacudió de sí con acedia el Emperador á los mordaces diciéndoles ser arañas que del néctar de las

rosas fabrican venenos, y suprimían ó maleaban todo lo bueno; que en los talleres donde se labran bultos de ilustres héroes, no se difama el primor del arte, por tropezarse en brozas de astillas ó en bastos leños, pues no se pueden de todo tronco pulir Mercurios.

17. La conclusión fué trasladarse el Emperador del solio al monasterio. Estado en que unos le pintan quieto, otros le infaman de arrepentido y brujuleando pretexto para restituirse al trono. Lo más verosímil fué, que le abrevió la vida el verse poco asistido y menos consultado del hijo Emperador nuevo, y así, sin aquel cortejo que tributa la dependencia; aire popular de que respiran los que señorean, y mueren en faltándoles esta dulce respiración.

CAPÍTULO XVIII

DE LA FÓRMULA QUE SE INSTITUYÓ PARA LOS FUNERALES DE LOS DEMÁS EMPERADORES EN EL DE MOTEZUMA III

1. Discurso fué de los que afectan malicias por el aprecio de sutilezas el que el nuevo Emperador quiso desaparecer toda su nota de ingrato con los realces de atento en la nunca vista pompa con que celebró el funeral de su padre, de donde quedó modelo para adelante, que se siguió en la sustancia, aunque de más magnificencia en los accidentes. El cadáver, pues, de Motezuma III, se pasó oculto del monasterio al palacio que se fabricara á este efecto y de que hace memoria Argensola, diciendo (libro II, cap. LXXVIII): "Escriben que divirtiéndose Motezuma en sus palacios (tenía muchos y varios en la magnificencia) en los que llamaban del llanto, cuyas paredes eran todas negras, etc.„.

2. Así que al día siguiente se abrieron todas las puertas y ventanas de aquel palacio del llanto, la corte á lágrimas, suspiros y voces lúgubres hizo el efecto en los ánimos que las campanas mueven cuando las tocan á doble por una persona real muy amable; y ellos porque se acordaban de lo mucho que perdían en su Monarca, pues no siendo así, las demostraciones fúnebres se reducían sólo á ceremonias, y la costumbre hace aún de la pena cumplimiento y compra de las plañideras el llanto, entrando á costa de lutos también las lágrimas.

3. Embalsamado el cadáver se colocaba en un salón real, más vestido que colgado de ricos paños de pluma y oro, expresando en la imaginería las hazañas de aquel

Príncipe. Gradas á tenor de altar, ó altos de aparador ceñían en torno la pieza que llenaban los adornos de sus blasones y timbres, entreverando variedad de armas, rodelas, flechas y lanzas, siendo la coronación muchos bultos de los ídolos, ó patrones de aquel pueblo ó devotos del difunto; que en todas partes se ven remedos de los demonios.

4. Antes del embalsamamiento le cortaron de la coronilla de la cabeza el cabello, y, juntándole en la caja en que se había depositado el que le cortaron recién nacido, tejían una garzota para la corona, superstición que si hubiera usado Grecia diera bien en qué filosofar á los cínicos y estoicos; una esmeralda ajustaban al hueco del corazón; en el rostro una mascarilla, y al ponerla quitaban la vida á un áulico de suposición, sacerdote de los ídolos, que partiese á componer el adoratorio á su Príncipe en el otro mundo; que, aunque gentiles, tenían fija su creencia de la inmortalidad del alma, y pudieran poner rubor á no pocos ateístas que se embozan con capas de cristianos.

5. Descansaba el cuerpo sobre las andas más ricas en que hubiese entrado en México con celebridad de triunfo; sólo que, en vez de trono, servía de lecho una caja como ascua de oro sobre madera olorosa, y las labores de los relieves con figuras de los dioses, arrimando á las columnas con oficio de Telamones las provincias del Imperio en varias estatuas, que, mudas en su silencio, significaban su duelo eterno.

6. Dentro de catorce días que había de plazo concurrían al funeral los príncipes, virreyes, capitanes y caciques que permitía el tramo de sus distancias. Era la función de noche y las luces artificiales suplían el día con las teas de las calles y faroles de galerías y ventanas; el concurso mudo, los trajes de sus lutos y los semblantes lúgubres crecían espanto á la muerte. Sus sacerdotes y bonzos, con preces desentonadas de tristes, subían de punto el asombro. Y es de dudar si los príncipes ponen en más costa con su nacer ó morir.

7. A las gradas de su templo mayor esperaban sus supremas dignidades, y recibiendo con prolijas supersticiones el féretro, metían el cadáver en la pila de leños aromáticos hasta reducirle á cenizas, juzgando por menos indecente sepultura la voracidad del fuego, que la corrupción de la tierra; y no sin especie de documento mos-

trando á los mortales qué poco dista la más lustrosa llama del carbón ó la pavesa. Los romanos estilaban también quemar sus muertos, porque no los desenterrasen sus enemigos. Heráclito los ponía en llamas, para que volviesen al fuego, como á su origen; y era más ruda barbarie la de los iberos, que echaban sus difuntos á los buitres; los partos á las aves y á los perros; los esedones se los comían con mixturas de otras carnes, y los scytas, los espetaban en unos palos. ¡Oh ignominias y miserias que seguís al hombre después de muerto!

8. En lo que causan más horror los funerales destos príncipes mexicanos, es en la cruel ferocidad de sacrificar á sus dioses muchos vivos por los muertos; porque, mientras se consumía el cadáver en la hoguera, se sacrificaban, no sólo muchos esclavos, sino también todo el número y calidad de personas que juzgaban conducir para poner casa real en la otra vida á su Emperador, donde, considerándole ocioso para su pasatiempo, sacrificaban también gran runfla de truhanes, músicos, farsantes, y de otras especies de diversiones; de sus mujeres, las más dilectas por agraciadas. Fuese fuerza del estilo ó de lisonja, no pocos aúlicos y ministros se ofrecían voluntarios por víctimas. De suerte que allí realmente expiraban con su Príncipe, los que por acá padecen muerte civil cuando se les muere su Rey.

9. No se excusa esta inhumana carnicería de sacrificar hombres á los dioses falsos, mas no se extrañe en los américos, tan desviados de las regiones políticas, cuando en las naciones más cultas de Europa, Africa y Asia se vieron practicadas estas crueles abominaciones en culto de sus ídolos, y aun hasta los hijos sacrificaban á los demonios, como afirma el profeta real David, diciendo: "*Immolaverunt filios suos, et filias suas demoniis*„ (Ps. 105, ver. 37).

MOTEZUMA IV, LLAMADO EL EMPERADOR OTOY

CAPÍTULO XIX

PRINCIPIOS DE SU IMPERIO

1. La valentía y astucia de Oichilovos, Motezuma I; el aliento y crianza de Acamapich, Motezuma II; la prudencia y razón de estado de Taudallen, Motezuma III, conquistando reinos y provincias, compusieron la monarquía mexicana, que, hallándola en el cenit de la prosperidad y reputación, entró á disfrutar su soberanía el Motezuma IV, emperador Otoy, á los dieciocho años de su edad, con algún esbozo de espíritu, que le apuntó en la campaña y muestras de buen juicio que diera en la estancia de palacio, en que la blandura de genio suele acreditar de gran seso la lisonja; recibido con aplauso, así por la benevolencia de sus mayores, como por la gallardía de su presencia y majestad especiosa del semblante, recomendaciones que, como dice Plinio, suele dar á los príncipes la Naturaleza.

2. Pero en subiendo al trono empezó á verificar ser común bajío de la más excelsa sangre resfriar en la descendencia aquel su primer vigor, é ir entibiando como va en la sucesión descendiendo. Así, en el aire coronado de irises ó arcos, se ve el primero de más viveza en colores, el segundo decae en lo vivo de matices, y en el tercero desmaya más aquel arrebol. Así suelen irse deslustrando los esmaltes de las coronas en la serie de los príncipes, oscureciéndose ya en algunos, que no son más de prove-

cho que añadir número, y en otros que vienen á dar con la corona en el suelo; siendo la causa que los que fundan imperios es á sudores y hazañas, más los que les suceden, criados en el floreo de la paz, en los vicios del ocio, en la soberanía del poderío, en la marea de la adulación y esponjados en delicadezas y delicias, á no salir destos nidos monstruos, pocas veces dejan de salir afeminados, para nada buenos y para todo malos.

3. Fué saboreándose Otoy con la dulzura de la paz. El reposo del sueño moderado acrecienta fuerzas reparando de cansancios, pero si es nimio, afloja los vigores y empereza los alientos. Son los cuerpos de las repúblicas como las aguas, que si golpeadas se turban, también estantías se dañan. No ha arruinado tantos reinos la más obstinada y prolija guerra, como ha perdido una larga paz que adormeció las hazañas y despertó las comodidades, notorios seminarios de vicios y afeminaciones.

4. Fuese, pues, porque el zanjado crédito de las armas mexicanas compelía á estar quedos los enemigos, ó porque los ministros del Emperador compraban á precio de punto y oro el reposo, no sonaba en todo el Imperio rumor de guerra con sumo aplauso de los que en particular cogen el grano de la quietud; y lisonjeros más que celosos repúblicos magnificaban con sofisterías áulicas el acierto de que se gastase en pensionar y sobornar los primarios nobles de enemigas potencias, lo que, si empleara en soldados propios, floreciera la milicia mexicana y se asegurara con reputación y solidez el Imperio.

5. Ibanse desguarneciendo con el ocio las fronteras, y teníase por ahorro de gasto y seguridad del cetro desmantelar las plazas interiores. La soldadesca, que vió en la corte los premios y en los togados las medras, trocó el arnés de acero, que le abrumaba en la campaña, por la gala de algodón que le peinaban en México. De más tono y menos peso les era esgrimir con la pluma que el disputar con la espada; y más segura la subida á un tribunal, dando desde los estrados la mano al pariente y al amigo, que la escalada á un torreón de donde despedazados vienen á morir antes de caer. La chusma de picas secas, insolente cuanto holgada, suplían los sacos con robos y ponían en contribución á sus provincias. En faltando el clarín y el cimbal ó tambor que son en las repúblicas, como los escardillos en las huertas, con que se entresacan

las malas hierbas, echan menos esta cultura las haciendas de los pueblos.

6. Puso Otoy el punto de soberanía en el amplificar la magnificencia de sus palacios; que fuese más esquisita la opulencia de su mesa; de raros artificios los recreos; inventó nuevos oficios para más número de familia; dobló gajes, siendo á medida de lo que se aumentaban los desperdicios lo que se recrecían los tributos. Apolillaban más la púrpura y carcomían más el cetro imperial los que, popándole el genio, doraban con adulaciones sus yerros de tan desaforadas superfluidades, y le feriaban las aprobaciones á precio de largas dádivas. El Senado, que interesaba propinas de las derramas, en vez de advertir á su Príncipe los excesos, le recitaba panegíricos á sus acertadas máximas, y le artificiaba magníficos renombres con risa de los Heráclitos y con llanto de los Demócritos.

7. De todo tienen sobra los príncipes, dice Séneca, y sólo tienen falta de quien les hable verdad. Cuando era, pues, preciso darle á Otoy noticia de alguna desgracia, como la daban según el estilo y caracteres de México á pincel, no con pluma ni con voz, dibujaban los pintores la nueva como suceso de perspectiva, que estando muy cerca el daño, le daban sombras de lejos; atenuábase lo adverso y abultábase lo próspero. Anídanse las lascivias en las delicadezas, regalos y blanduras, conque parecía México, arreglada á su Emperador, una corte de Chipre, un palacio de Venus, una isla de las Sirenas. Pues ¿cómo no se había de afeminar el valor, siendo así que un fiero león se amansó en el seno de la reina Berenice, y de los leones se dice que se humanan con el habla de las mujeres?

8. Sobre los dispendios exorbitantes en toda especie de cazas, fiestas, representaciones, banquetes, músicas, bailes y danzas, se ofrecían premios á quien ingeniase nuevos deportes y sainetes, enjambrando en todo el Imperio sus holguras y recreos. No sería tanto, mas era cualque reflejo aquella casa imperial de la casa de Oro de Nerón, el Alcázar de Sardanápalo y el Serrallo de Heliogábalo. En tal escuela se criaban unos caciques ó señores mientras más ruines en costumbres, más desvanecidos de nobles; encastillados en torres de aire en vez de ganar á los enemigos castillos; altivos se estrellaban con los astros,

cuando más se sumían en bajezas; remontándose á las nubes á ser borrascas, no escudos de la patria, rayos para los destrozos y vapores soeces en liviandades. Sólo procedían ajustados, en que, como eran sombras del Príncipe, se medían al cuerpo de sus acciones.

9. Como olvidado ya Otoy de la majestad, fué el inventor del sarao ó baile célebre llamado *Mitote,* introduciéndose él mismo, como el emperador Nerón, á bailarín y danzantes, ligereza con que eclipsó el nombre de Motezuma, conseguido de su bisabuelo por lo serio de su gravedad y ceño señoril de su semblante, dando en rostro á la gente de punto el ver con publicidad un instrumento músico en mano que empuñaba tan real cetro; pues aun para deponer los cuidados del gobierno debían tomarse diversiones decorosas con moderación y retiro. A este sarao del *Mitote,* dice Acosta (lib. VI, cap. XXVIII) que entre los mexicanos era solemne, y el P. Andrés Rivas, en su tomo de *Los triunfos de la fe* (lib. XII, cap. XI) le describe con prolija difusión.

CAPÍTULO XX

DESGRACIAS DEL EMPERADOR OTOY, MOTEZUMA IV

§ 1.°—*De cómo fué desgraciado en el delecto de ministros supremos.*

1. De vicioso, fuerza era que Otoy diese en desgraciado. Cada uno se hace su fortuna, y cuando sale hechura de la prudencia, como ésta tiene asalariadas las dichas, labra una fortuna dichosa; mas Otoy, que aun le faltaba el sindéresis y se regía de sus pasiones, que hacen dar á cada paso tropiezos, llegó á ser la misma infelicidad. Entre las instrucciones secretas le había dejado su padre, por el encargo más grave, que no usase de valido, y que tuviese por primeros ministros á los que presidían en sus Consejos, por los motivos que, si á los bárbaros ocurrían, á los ingenios cultos saltan de suyo á los ojos.

2. El Otoy quiso cumplir con su padre en no tener un primer ministro, mas no obedeció á la máxima de la pluralidad en los presidentes, sino en declarar dos validos que le propuso su afecto. Él empezó á engrandecer con iguales favores y mercedes á dos caciques, que, en sangre, genios y estados corrían parejas, y en vez de evitar los perjuicios de un valido, estalló en los escollos de dos privados, haciendo, como de dos naturalezas, un centauro. Tal era la monstruosidad de embarazarse las disposiciones con las discordias, ó malográndose los sucesos con las envidias, formando en la guerra bandos, y en el pala-

cio y corte facciones, y en la nobleza parcialidades; siendo el séquito, más que otro heroico servicio, el más estimado título para los premios. El gobierno, pues, con estos dos supremos ministros opuestos, andaba como el rostro con dos ojos atravesados, sobre ser más feo prodigio ver aquellos ojos sobre su cabeza.

3. No pudo el Popocac (así se decía el uno) tolerar en la privanza el consorcio de Anicot (así se llamaba el otro) y como á entrambos no les valiesen las artes de la política para descomponerse con el Príncipe, ni los mutuos lazos de virreinatos ó empresas de mucha gloria para alejarse de México, (que se arriesga á resfriarse la afición y la amistad en apartándola de la lumbre de los ojos) se resolvió el Popocac de apelar á un desafío, y que se alzase con todo el que quedase con vida, señalando con secreto una casa de placer para darse este pesar. ¡Oh, indios simples! ¡si cursárades las escuelas de la Europa, aprendiérades sin costa de desafíos á derribar los validos con especies de finezas y superficies de amistades!: aunque algo hubo de traslucírseles deste artificio, porque

4. El Anicot, que mostraba en el sosiego de su semblante grandeza de ánimo, y no tener menos eficacia en las razones que fortaleza en los pulsos. "Por cierto, dijo, que si el venir los dos á las manos, procediera de algún amago de injuria que me ofendiese, fuera noble empleo de mi brío hacer piezas á tan esclarecido contrario; y si yo te hubiera agraviado supiera mantenerlo, que, acostumbrado á cerrar con enemigos ejércitos, nadie me fuera de asombro. Pero querer matarnos, porque, habiendo la Naturaleza sobrepuéstonos en prendas, nos las aplaude el mundo de iguales, y el Emperador no acierta á diferenciarlas cuando más se empeña en favorecerlas, es fabricarnos las desgracias á tiempo que los dioses y los reyes se apuestan á labrarnos la más alta fortuna; y extraño de tu gran juicio que eches á la suerte, ó á un azar del desafío, la pérdida ó ganancia del valimiento, en que, si ambos nos matamos, ambos le perdemos, llenando de gozo á los que nos temen y envidian, y de llanto y luto á nuestras familias y parentelas; y si uno prevalece, ¿qué logra?, incurrir en la desgracia del Príncipe, en odio del Imperio, en la infamia de un cadalso, ó refugiarse, á la sombra de una fuga, en un perpetuo destierro. Fuera, pues, fina política, que ajustásemos fiel trato de compa-

ñía y partiésemos con amistad íntima la ganancia. Cesen emulaciones que nos zozobran las dichas; y si, como rémoras, hasta ahora mutuamente nos retardamos el curso en la navegación del gobierno, entren las rémoras dentro del vajel junto al timón á participar del mando, con que sin algún estorbo volaran las velas de nuestros designios á puerto„.

5. Quedó gustosamente concluído el Popocac, y abrazando el arbitrio y á quien le daba, trató de que la amistad (basa fundamental de su máquina) se trabase con lazos de matrimonios, que, aunque vínculos poco fuertes contra razones de Estado y que se rozan con intereses, todavía no quebraron César y Pompeyo hasta que la muerte rompió las ataduras de las bodas. El ajuste de dos artículos les gastó más tiempo en sus conferencias. El primero era cómo se había de proceder con su Emperador para la conserva de la privanza ó rapto de la corona. Batía el segundo en que se deslindasen los intereses y manufacturas, éstas para no barajarse en las disposiciones, los otros porque no se discordasen cuando partiesen.

6. Tenían por fácil dar á su Príncipe muerte, que le despreciaban por apocado, y con la familiaridad viéndole tantas veces, como en el vestuario, desnudo de la púrpura, miraban en su afeminación la dignidad imperial como una mera representación; que se parece el respeto de los príncipes á los fondos de los ríos, que si llegan á perdérseles les vadearán á pie enjuto. Mas no quisieran con su ejemplo dejar puesta la escala de la tiranía con que, subiendo por las mismas gradas otros, experimentasen ellos igual violencia; y dudaban si á su arrojo correspondería bien el pueblo, que aunque murmura de un Príncipe remiso, pródigo y blando, pero más le ama que satiriza, con aquel innato gusto de sentir la rienda floja. Y si á lo más pierde el dejar vivir sin ley, esta misma flojedad al desenfrenado vulgo le suele engendrar amor. Y discurrían estos bárbaros como si en Castilla vieran conservar la silla á un don Enrique remiso y caer del trono un don Pedro por cruel aborrecido.

7. Conque por menos difícil y más útil juzgaron, en el natural tan delicioso y dejado de su rey Otoy, el reducirle á forma de uno como bulto ó estátua de ídolo, contento con sólo incienso de las lisonjas y cantos de músicas, sacrificándole hermosuras á su lascivia y opulencia

de mesas á su gula, sin que viese, aunque tenía ojos; sin que escuchase, aunque tenía oídos; sin que obrase, aunque tenía manos; sin que se moviese, aunque tenía pies, siendo así que aun cuando un Rey sabe por muchos, son más los que tiran á engañarle. Y el que juzga por lo que oye y no por lo que entiende, ese no sería juez ni Rey, sino sólo oreja.

8. Lo segundo que ajustaron fué dividir lo civil y lo militar entre los dos, como si imitaran á Séneca y Burro en Roma. Al Anicot le tocó el bastón de general y la empresa de reducir á sucesión á los machoacanes, que, con otras provincias, según rugía un echadizo rumor, maquinaban sublevaciones. Y el intento dellos será de tener en la campaña con las armas las llaves del Imperio, y las esponjas del oro, procediendo en el manejo de la guerra á paso que durase y los enriqueciese; que muchas líneas de sus discursos en los malos ministros vienen á parar al centro de enflaquecer al Príncipe, y sacar con sutileza el oro de los vasallos para sus bolsico.

9. El motivo de más fondo en la invención de la guerra fué el recelo de que, aunque sea por diabólicas artes, suelen estas regias estatuas hacerse oráculos, y asombrar con el enigma de una respuesta, y aun matar con la preñez de una sola palabra. Y parecióles apuntalar bien su fortuna con más estribos, añadiendo al embeleso de Otoy tales fiadores, que, aunque el Emperador despertase, si quisiese abrir los ojos enajenado de los negocios que aborrecía, y tropezando en laberintos de cuidados, que enredaban en guerras, rebeliones, tropelía de gastos y faltas de medios, tendría á gran suerte el poder dar otro vuelco al ocio y regalo, dejando el peso de tantas dificultades en hombros de sus validos.

10. Quedaba Popocac al lado de Otoy en México con su asistencia en palacio, con el cargo de festejarle y divertirle, y con el gobernalle político del Imperio. El iba cebándole de vicio en vicio el genio del amo, sin tener rubor de ser instrumento de los más ruines atractivos por afinar más agrados. El, para apoderarse de su libertad, fué tripulando poco á poco los criados que había molestos á fuerza de desaires ó con color de honores, descartando del Senado los ministros de celo y entereza con acriminación de sediciosas acriminaciones los más justos sentimientos y más prudentes propuestas, no permitiendo

pieza que no fuese su hechura y confidencia. Y como cogiese los puestos para este género de bloqueo, acordonaba á su Emperador en palacio, sin dejar resquicio por donde le rayase luz de verdad, ni noticia que no pasase por su escrutinio. Introducía áulicos lisonjeros que le hiciesen creer á Otoy ser vigilancia su ocio; su negligencia, sosiego; generoso, cuando pródigo; discreto, cuando más simple, y en la mayor tiranía de gravámenes le aclamaban Padre de la Patria, y que jamás el Imperio había ascendido al cenit de gloria y magnificencia como debajo de su prudente dominio. Y el simple lo creía todo.

11. Continuábase la guerra á lo lento con sumo gasto, y tanto tributaba el pueblo con los triunfos como con las rotas. Bramaba México de que enemigos tan frágiles aguantasen contra el poder de un Imperio. Prevenciones tan tardías y órdenes tan desatentadas de continuo ¿cómo pueden trazarse sino á la malicia? Que no había haciendas para mantener las exorbitancias que los jefes habían introducido en los ejércitos y para el nuevo fausto de los ministros; que el Emperador, metido como gusano entre capullos de seda, atento á los instrumentos músicos con que le divierte la lisonja, no oía los truenos de la guerra ni los clamores del pueblo, que, á los que se arriesgaron á poner al oído tan justas quejas, los castigaban como á malsines, y se congraciaba con su valido Popocac de no admitir sus acusaciones, infamándolas de calumnia. ¡Oh, miserable México, si es mucho lo que padeces, más es lo que te amenaza! Pues como suele sentir en su daño el mundo los eclipses de los planetas, así los pueblos padecen cuando los ministros, con negras sombras, ofuscan las luces de sus reyes.

12. Iban haciendo tirano estrago en todo el Imperio el Popocac y el Anicot (venenosa Anfibisena de dos caras). Remitía el Popocac á la guerra á los que, haciéndole rostro en México, no los podía arruinar sin escándalo, y el Anicot, como Soab á Urías, les metía en empeños en que perdían las vidas; y él enviaba á la corte, á que detuviese allí Popocac con puestos, ó perdiese con otras artes, á los que en la campaña le eran estorbos, y de las ruinas de sus contrarios edificaban casas á sus electos; que en todas partes se artifician arcaduces, llenando á unos con verter á otros; y era aún más nocivo artificio, para deslumbrar perspicacias y para sondar intenciones, el que, siendo tan

íntimamente amigos, en lo exterior se profesaban opuestos, haciendo caravanas de emulaciones; nuevo género de escollos de que, en su carta de marear, no tenia la política observaciones, y estallaban las honras, vidas y haciendas, aun los más cautos.

CAPÍTULO XXI

DE LA CASUAL OCASIÓN CON QUE DESPERTÓ DE SU LETARGO EL EMPERADOR OTOY

1. Acabábase de perder la rica y populosa ciudad de Ecatliquapocheo, á vista del general Anicot, que dió por excusa en México un alto designio de encerrar en aquél como redil al enemigo, para consumirle de hambre ó precisarle á su fatalidad en batalla, pues que, deshecho aquel ejército, no le quedaba al rebelde resistencia. Celebró Popocac con el Emperador en el Senado el asunto, y sobre engrosarle con socorros de gente y oro, le decretaron honores á un General cobarde, como si lo mereciera victorioso; que no hay más méritos que tener en palacio brazos.

2. Y para más imprimir en el vulgo, con el filete de un festín á que tiene inclinación, la esperanza de un gran suceso, y como para celebrar vísperas á su solemnidad, empezó á correr el rumor de unas fiestas reales, dándoles también el color de que á la majestad de tan gran Monarca conducía poner á los extranjeros asombro de su grandeza, despreciando pérdidas, y haciendo á ese mismo tiempo ostentación de magnificencias. Dispuso, pues, en la hermosa península de Istalapa un teatro de espectación singular para representaciones, danzas, saraos, músicas, nuevas invenciones de juegos y habilidades. Artificiábase la máquina en la más vistosa playa del lago sobre las aguas, asistiendo desde las piraguas, canoas, góndolas y bateles adornados á lo rico y dispuestos con tal arte, que coronasen con hermosura el teatro, el Emperador, la Emperatriz, las reinas, el Senado y toda la flor

de México; y como aquellas selvas de embarcaciones ardían en ascuas de plata y oro, con los matices de plumería, y se empavesaban con infinidad de fuegos y luces, no se echaba menos el día, y hacía también su papel de día la noche.

3. A la más plácida sazón de los sainetes, cuando más embargadas las atenciones, no advertidos ó despreciados los prenuncios, de improviso turbado el aire, se hundía á tempestad el cielo, y como si falsearan los polos y se desafinaran de sus quicios, caían las estrellas á trozos en centellas, relámpagos y rayos; arrebatado de huracanes aquel noble teatro antes gimió deshecho en astillas que llegase á tocar las aguas; apagadas luminarias y faroles, las piraguas y canoas, que no fueron luego á fondo, corriendo recia tormenta, ó las sorbieron las ondas ó las rajaron las peñas; á algunas las arrojó el temporal á muy largas distancias. Muchas vidas, muchos tesoros y joyas se hundieron en aquel lago trocándose en llanto eterno las estrenas de una holgura interceptada de tan funesto accidente.

4. El Emperador, afondada su piragua, salió á la costa, braceando prolijo tramo del lago con el ímpetu de las ondas, á cuatro millas de México, atónito y estropeado, con movimientos de vivo y con desmayos de muerto; tanto golpe de agua se requería para irle despertando de su letargo. Gran dolor es sentir mucho, y gran enfermedad el no sentir nada. Esto es ya indicio de muerto, aquello todavía es señal de vivo. Recia apoplejía es la que se apodera del cerebro y juicio en algunos príncipes remisos; dicha es que á veces el cielo les apriete los cordeles y á garrotes de alguna infelicidad les haga volver en sí.

5. A poco trecho de la ribera fué recibido este Príncipe náufrago con lástima, y agasajado en la quinta de un cortesano, en que gozaba con buen sitio para el recreo un gran pedazo de hacienda. Era uno de los pocos que, por honrados ó poco activos, se pierden en los oficios. Había comprado caro en la corte un gobierno de que salió con empeños; pudiera, á ser advertido, ya que no había de dar en interesado, estarse acomodadamente en su casa con su dinero, y el escarmiento y las deudas le aconsejaron aquel retiro. Como el Emperador no se descubriese, y el accidente y desnudez le desfigurase, aunque la majes-

tad nunca se deja [de] traslucir, entre la asistencia que se le hacía con la representación de un hombre muy blanco, de una en otra plática se vino á la del gobierno, y á Otoy, que estaba tan ajeno de la verdad, le fué el plato de más sazón.

6. Comenzando, pues, el huésped por el mismo Emperador, se le retrataba así: "El genio de nuestro Príncipe es real. Yo en la campaña aplaudí muchas veces su valor. Comenzó á regir con espíritus altos; amainó, pero aprisa, con la acedia de los negocios; aflojó con las delicias; entorpecióse con vicios, y transformóse en estatua á hechizos y artes de sus privados; la ingratitud de Popocac, la maldad de Anicot, la alevosa liga de ambos tan en riesgo de su Príncipe, y perdición del Imperio, cuyas quejas y clamores, ya que no las oiga su Emperador, para satisfacerlas, sin duda el cielo las escuchaba para vengarlas, comenzando con el huracán de aquella lúgubre noche, con los truenos de la más recia borrasca y con los rayos de tan espantosa tragedia„.

7. Lengua fué la de este vasallo que le tundió á su Príncipe las motas de su púrpura. Arracada de gusanillo fué que le mordió con la censura las orejas; hasta entonces la nube del engaño apenas les permitían á los ojos especies de tan malvadas traiciones; ahora, batidas á hierro las cataratas, se espantó de sí mismo y de ver el estado en que se hallaba. Érale de algún consuelo el conocer su dolencia, siendo gran parte de su remedio la noticia y el conocer las causas para interceptar los efectos, pero suspiraba y se embravecía, sintiéndose atado de pies y manos por haber dado tanta mano á los que había entregádoles las llaves del Imperio, á los que mudaron á su arbitrio las guardas á las cerraduras y armádoles con sus tesoros y ejércitos contra su misma persona.

8. La dicha fué que ejecutó la tempestad con el naufragio lo que no podía concluir el Emperador con el deseo. Fué, pues, el caso, que entre los plácemes y congratulaciones de hallarle salvo, juzgándole perdido, supo de los palaciegos que le buscaban, cómo entre los muchos que habían fracasado había también Popocac perecido. Allá se fué á los abismos, aunque sin cursar escuelas de Maquiabelo, á graduarse por suficiencia del más aleve ministro, con los Seyanos, Cleandos, Eutropios, y la demás canalla de tan venenosas sierpes.

9. Con serle á Otoy de sumo gozo la reserva de sus hijos, le fué de mayor contento el sentirse libre del tirano Popocac. Aborrecen siempre los príncipes á los que temen, y, ó los arruinan ó se complacen en que otros los acaben. Respirando, pues, magnánimos alientos con ánimo de poner fama en su Imperio y de desarcir la quiebra de su decoro; aunque, como despertó tarde, es de temer le suceda lo que á los adormecidos de letargo, que tal vez vuelven en sí y presto vuelve á sartearlos el sueño con el último accidente.

CAPITULO XXII

SUCESOS DE MOTEZUMA IV EN LA REFORMA DE SU MONARQUÍA

1. No basta conocerse la dolencia si no se aplica remedio, ni basta que haya remedio si no se aplica con arte. Empezó el Emperador á remover de cargos, á trocar oficios, á extinguir plazas, á ceñir gajes, á tomar cuentas, residenciar tribunales. Atropellábanse, de muchas, las pragmáticas contra abusos. Y como mudar de repente en la nave las velas á contratiempo es de peligro, así novedades de golpe en la república inquieta son de riesgo. Aunque tenga podrida toda la sangre el doliente, no se le saca de una vez toda. Nunca se vió en más turbulencia México. El Emperador, dolorido de haberse fiado de aleves, ya no se fiaba ni de leales; y es tanta la indiscreción de creerlo todo, como la de no creer nada. Eran forzosos los desaciertos en un Príncipe que, criado en abstracción total de negocios, ignoraba sobre qué estambres iba fundada la tela del gobierno.

2. Pensó saborear al pueblo con exonerarle de casi todos los gravámenes, mas no se dió el vulgo por obligado, sintiéndose temido y atribuyendo la generosidad á flaqueza, con que se malogró el desperdicio y se recreció la congoja de la penuria de sus erarios, debiendo dejar en pie los tributos que son de menos penalidad, como las abejas sacan el jugo de la flor, sin que en la flor se llegue á sentir. Fué, pues, su repentino contento, como una efímera, revolviendo los humores que le causaron accidentes de más pesares.

3. Porque, los desposeídos de sus puestos, se arres-

taron al recobro ó al despique, pudiendo lentamente extinguirlos, y ceñir con leyes los sucesores. Los investidos sin discreción en los cargos, por dárselos con restricciones, se resentían, y como inexpertos todo lo erraban. La nobleza, quejosa de que los empleos de su eclíptica se deslutrasen en los de muy inferior esfera, crecían número y vigor á los malcontentos. Debiera empezar la reforma por el imperial palacio, y no se veía moderación en su exorbitancia, á que no aguantaban las minas de plata y oro, los mares con sus peces, el aire con sus aves, ni los bosques y los montes con sus carnes; tanta runfla de gente ociosa, tanta ración mal empleada y tanta superfluidad de bureo, que, sólo con los desperdicios, hubiera con qué sustentar muy numerosos ejércitos.

4. El Generalísimo de las armas, Anicot, segunda cabeza de aquella hidra de la privanza y segunda parte de aquel centauro del valimiento, viendo tirado el velo á sus maldades, y que ha de arrojar la vaina quien contra su Rey saca la espada, así que supo el naufragio de México trató de apuntalar su cadente fortuna, aceptando al punto la oferta de la corona que le hacían los mechoacanes y otras provincias rebeldes, apoderándose de las tesorerías regias, de plazas fuertes y atrayendo gran parte del ejército, con las demás industrias de que se vale la tiranía en sublevaciones; y fué de muy buen aire la de distribuir desde luego, entre los de su séquito, títulos, oficios ,dominios y honores, empeñándolos así á defender como cosa propia ya el principado y rey que habían elegido.

5. Estos dos validos, como el Efialte y el Oto, aquellos gigantes que, sobreponiendo máquinas sobre máquinas, en vez de montes sobre montes, para hacer guerra á su soberano dueño y tiranizarle el trono, ambos perecieron, el uno al rayo de la borrasca, el otro á industria y fuerza de más rayo; tal fué un valeroso cacique llamado Tulucanti, á quien nombró por general el Emperador.

6. Este hombre, que siendo por sangre y estado grande, por sus hechos ascendió al cenit de la gloria, fomentaba entre cenizas del disimulo altos designios, conteniendo dentro de su recato la llama de sus espíritus; y excusando demostraciones de prendas en tiempo que la envidia y la violencia hacía á las de más esplendor mal de ojo; cortesano que pudiera leer cátedra de política en la corte y que había hecho con sus hazañas escuela de mili-

cia en la guerra. Él se había retirado á sus dominios por no enredarse en las tramas de Popocac y Anicot, disponiendo de la indiferencia su fortuna; como los ríos, que si se esconden á trechos, corren después más crecidos.

7. Empuñó Tulucanti el bastón de general y procedió con madureza en el discurrir; con actividad en la ejecución; severo y generoso con los soldados, uniendo el ser amado y temido con la largueza y justicia; lince en sondar á los enemigos los fondos de sus designios, siendo de secreto inescrutable en los propios; despreciador de todo regalo y comodidad, artes que le aseguraban las victorias, pues á pocos lances les dió varias rotas á los rebeldes, debeló á los confederados, y hubo á las manos vivo á Anicot, mas él mismo se mató decaído de ánimo, por no verse en México como estafermo de oprobios, donde se había visto ídolo de adoraciones. Él no supo tener en su navegación la aguja ni la vela de la mediocridad, ni regular á la medida de su esfera los vuelos de su fortuna; olvidando que el mismo sol, que levanta de bajeza á los vapores, los deshace cuando la altivez los introduce á cometas; y que no hay que despreciar á un coronado león por la flaqueza de la cuartana, que siempre le queda fuérza para el castigo en la mano.

8. Diestro en todo Tulucanti y como buen estadista, refería todos sus triunfos á gloria de su Príncipe, á influencia de su vigilancia y á la gran capacidad de sus imperiales disposiciones, á los consejos de su Senado y á las advertencias de sus ministros. Con esta audacia acrecentaba á sus méritos en la soldadesca el aplauso, y conseguía con la lisonja de la corte más benevolencia, aclamando todos que á él se le debía únicamente toda la gloria; y él tiraba á alistar agrados para subir con violencia bien suave y quista al imperial trono. Pues como la crueldad de los príncipes causa movimientos con los agravios, así la poquedad de aquel Emperador excitaba audacias para degradarle de la corona y de entrar en persuación de que merecía más el Imperio quien con su valor le sabía añadir provincias, que el que por su afeminada flojedad sabía sólo perder reinos.

9. Viéndose, pues, Tulucanti lleno de triunfos, rico de aplausos, con universal estimación de espíritus y prudencia, con las llaves de toda la monarquía, amado de la milicia, bien visto en la corte; que en esfera de particular

no tenía más que crecer, que el depender de voluntad ajena era dedicarse víctima de un voltario arbitrio; todo esto le halagaba sus ansias de tiranía, y la ruina de Popocac y Anicot, corriendo aún sangre de fresca, ó se le deslumbraba á las muchas luces de la corona, ó su escarmiento sólo servía de aviso para zanjar más á lo firme el asunto; y lo que más le arrestó fué conocer que al Príncipe más corto le da celos un vasallo tan poderoso. Y en conclusión, que su intento, cuando no llegase á logro, no incurriría la infamia de traidor, por lo que tuvo de real.

CAPÍTULO XXIII

DE CÓMO FUÉ TULUCANTI ACLAMADO POR EMPERADOR DE MÉXICO

1. Fué avisado varias veces el emperador Otoy de la alevosía de Tulicanti, ya muy á las claras por confidentes, ya entre sombras con pasquines, aunque éstos no suelen ser nivelo ó aviso, sino también maligno reclamo al levantamiento, espías de los ánimos y veletas del pueblo. Echóse aquella noticia á envidia y á infelicidad de los que sirven bien el hacerlos con el Príncipe sospechosos, cuando no se pueden, por muy esclarecidos, anublar sus hechos; y por ser azar encanecido en los gobiernos humanos, creer las más veces las sospechas por verdades, y tripular las verdades teniéndolas por sospechas, de que se deben valer con discreción para la seguridad,

2. Poco faltó para que, aclamado ya del ejército emperador Tulucanti, no le diese él mismo la nueva al infeliz Otoy; el cual, así como la creyó, comprendiendo su peligro, por no arriesgar sin provecho la sangre de los leales, y no quedar en manos de los disimulados aleves, hallándose desarmado y desprevenido con el desengaño ya inútil de fiarlo á un general todo, se refugió con su imperial casa y tesoro al reino de Tescuco, cuyos reyes eran la segunda rama de Motezumas, desde que Axayacaci, hermano de Motezuma II, casó con la heredera de aquella corona, y ahora hirviendo la sangre, con ser común la injuria y el riesgo, ofreció aquel rey, á su primo el Emperador, en su defensa el reino y la vida.

3. Quedaba el presidente Xicotenga en México por virrey, y aunque sólo con el orden de acomodar en las

capitulaciones de rendición á los servidores del Príncipe despojado, él entró en animosa confianza de mantenerse en valerosa defensa: recobró al Senado del desaliento; infundió espíritu en los nobles y bríos en la plebe, representándoles á toda energía la infamia y formidables inconvenientes de sujetarse á la crueldad de un tirano que los miraba como despojos para adornar á los suyos de trofeos, asegurando la marcha y posesión del Imperio en aquella gran corte con los puñales y los venenos; no pudiendo proceder sin suma violencia al ocupar el solio con armas á fuer de saco, y en quien el mismo horror del descaro, y el desalumbramiento de su delito, provocaría más su fiereza.

4. "Pues no demos, exclamaba, tan baratas haciendas, libertades, vidas y honras, y más teniendo aún sanas las fuerzas incontrastables de México. ¿No tenemos á la vista lo arduo de su sitio sobre las aguas, la estrechura de sus calzados, los rastrillos levadizos de sus puentes, los fosos de sus canales, sus altos muros hacia el terreno, infinidad de gente de tomar armas, nunca bisoña para defender sus casas, tanto aparato bélico, tanta abundancia de víveres? ¿Y hemos de perderlo todo por no arrestarnos á nada?„

5. Viéndolos á todos enarmonados, empezó á formar cuarteles de los barrios y ciudadelas de las plazas, alistando los vecinos á las banderas de sus calles. Compuso una buena armada de piraguas y canoas para cubrir las riberas; plantó en campo un grueso de ejército volante para incomodar alojamientos y marchas al enemigo; y, como la guerra se alimenta de ficciones, esparcía nuevas y esforzaba los rumores de [que] su Otoy Motezuma, asistido de varios potentados, asomaría muy presto con poderosas fuerzas á su socorro; y á lo menos, si se resistiesen armados, al entregarse, capitularían condiciones honrosas y aventajadas, esperando en el ínterin, de los vuelcos de fortuna, que se mudase de estado con algún nuevo accidente. Y sucedió así,

6. Porque doce leguas de México hacia la ciudad de Guagocinco, sirviéndole de basas las sierras de Tlascala, sube á los cielos el espantoso volcán llamado Popocote, de más rolde que el Etna de Nicaragua, y de menos cumbre que el Mongibelo de Nicaragua; y aunque de ordinario tiembla toda la tierra que alinda, vomita llamas, escupe

peñas, graniza chispas y llueve espesas cenizas, al asomar el tirano Tulucanti con su campo tan ufano como insolente, hinchando aquel volcán la garganta y abriendo por su sima más desaforada boca, lanzó de la profundidad de sus entrañas tan ardientes como indigestas materias de metales mezclados con cenizas y pavesas. A cada arcada que daba salía un diluvio de incendios; á cada trueno una infinidad de centellas. Corrían las llamas por los contornos de sus vertientes como si fueran fuegos artificiales, que remedaban la caída de aguas con arte á la taza por la circunferencia de una fuente; y prosiguiendo adelante su abrasadora corriente, era un general estrago de los campos, pueblos y hombres, sepultando con sus cenizas lo que consumía con sus ardores. Argensola, refiriendo lo que le pasó con este volcán á un español en tiempo de Hernán Cortés, dice: "Quiso aquellos días el capitán Diego de Ordas reconocer en Popocate, monte ocho leguas distante de Tlascala, un sitio al cual, por las llamas altas y nubes de humo que vomitaba, nunca llegaron los de la tierra porque le tenían por boca de infierno. Subió á la cumbre, y es tan levantada, que señorea muchas leguas de Nueva España, y no paró hasta llegar al mismo horror del incendio, y descubrió, á pesar del humo, una abertura redonda y tan grande que tiene más de una milla de circuito. Vió hervir en lo profundo como una masa de vidrio. Descubrió desde allí aquella inmensa ciudad de México„. Hasta aquí Argensola (lib. I, cap. LXXXV, año 1519.)

7. Cuando, pues, desbocado aquel volcán, haciendo las partes del legítimo Emperador, parecía salir á campaña con ejércitos de llamas para tragar vivos á los rebeldes, fué tan feliz Tulucanti, que, aunque la fogosa avenida le retardó la jornada, maleándole los caminos y penuriando los bastimentos, no tocó chispa en sus tropas, antes sagaz, valiéndose del volcán para su superstición, blasonaba de que los mismos abismos, adhiriéndose á su bando, le ofrecían armas de fuego para tener parte en la gloriosa toma de México, ó le prevenía luminarias para celebrar á tan prodigiosa luz su coronación.

8. Fomentaban en México este juicio sus parciales, con haber el incendio desarmado las púas envenenadas que los mexicanos emboscaron para infestar los caminos, alcanzando también los sillares de las centellas á una co-

lina, que fuera para sus invasores duro padrastro, hechas trozos las tropas de su defensa y retiradas á México las reliquias de su presidio.

9. Menos requiere un pueblo voltario para las villanías de su inconstancia, y una república para atender á sus conveniencias y para abandonar sin rubor honrosos respetos. Desvanecióse en el aire la noble máquina que el Virrey habia erigido sobre tan ruin fundamento; como repente antuvión de un río arrebata la fábrica de más arte, así la novedad de un accidente suele desbaratar las trazas de providencia; siempre la palabra del vulgo fué vidrio que obra y quiebra un soplo de viento, pues apenas la del más fino cristal de roca resiste al buril de acero. Levantáronse luego por Tulucanti banderas, solicitando, con adelantarse en obsequios, desmentir su resistencia los que por Otoy habían señaládose en constancia, y, echando mano de Xicotenga, le pusieron á recaudo para hacer con el tirano mérito del aprisionado; estrella que á la mañana brilló elevada al cenit sobre sus cabezas y á la tarde se vió hundida en el nadir de aquellos aleves pies.

CAPÍTULO XXIV

ENTRADA DE TULUCANTI EN MÉXICO

§ 1.º—*De cómo fué recibido.*

1. Avisado el tirano Tulucanti de cómo la imperial corte tenía ya con publicidad su voz, viendo sin estorbo la entrada á su más deseada dicha, sin sangre el triunfo, y tan sin resistencia el trono, voló con todo su campo á México. Y es tan grande la fuerza de una próspera fortuna, que, al que justamente le tenía destinado para un patíbulo, con lisonjas y oficiosidades indignas salieron á recibirle el Senado y la nobleza, y después de cumplimentarle como á su Emperador, tomando la vez el más principal, y haciendo respeto del susto, dicen que le congratuló en esta forma:

2. "La primaria insignia de Monarca, en su hechura de corona, dice y publica relación al merecimiento más que respeto á la herencia. Tu sangre, más regia que la púrpura, esperó á que tus hazañas escalasen á la corona primero las almenas, siendo digno del Imperio antes de ascender al solio. Tus heroicos hechos, mucho ha que hacían á todos de tu elevación adivinos. Preparóte Naturaleza de excelencias majestosas á que dieron realces las adquiridas. Tal Príncipe se le debía al Imperio, que acopiase en sí las prerrogativas de toda una monarquía, y una monarquía de todas las eminencias. Tus mayores se preciarán hoy de verte, ya inferiores tuyos; fueron y son tu lustre, pero tú los coronas como el sol á su solar con la reflexión de tus rayos. Apláudanse por insignes de for-

mar en sus signos zodíaco al sol de tu dignidad. Habían las sombras de un príncipe afeminado anochecido el esplendor mexicano hasta que, esclareciendo tu valor y virtud, encerró en escondrijos y grutas á aquellas tímidas fieras, que se repastaban sin fruto y con gran perjuicio en las dehesas ricas de México. No le es de molestia al médico la memoria de las mortales dolencias que ha sanado; ni le es de enfado al piloto el recuerdo de las borrascas que en beneficio de sus navegantes ha vencido. Gracias á los dioses, que, estando para irse á pique la nave del Imperio por mengua de gobernalle, nos proveen del más diestro piloto, y casi expirando de una mortífera y lenta ética nos depararon tan sabio médico. Camina, pues, señor, que la corte toda arde en ansias de verte, y los afectos reprimidos de violencias, rompiendo ya las presas, corren en avenidas á besar tus imperiales plantas, ofreciéndose en tus huellas la más regia y segura pauta para estampar el valor, regla de la rectitud, modelo de que se copie magnanimidad en las empresas, prudencia en la elección de los medios, ardimiento en ejecutarlos, y, después de la felicidad en conseguirlas, una invencible constancia en mantenerlas; mas es el tiempo corto para elogio de quien ocupa al mundo con su fama, dando á la eternidad que aplaudir y á los anales que eternizar„.

3. El Tulucanti, que de aquellas repentinas y forzadas sumisiones sondaba la insubsistencia, á lo falso se dió por satisfecho. Sus palabras, con énfasis de oráculo, ponían miedo y daban esperanza; con tal arte lo grato, que mostraba hacerle beneficios en recibir obsequios. Vertía máximas de Príncipe legítimo y trasluciánsele ímpetus innatos de tirano. El entró en México á toda pompa de triunfo; coronóse de Emperador á toda majestad; llenó de mercedes á sus afectos y de favores á sus contrarios, refinando como premios á los amigos, y afianzando el perdón con los beneficios á los opuestos, sobre alegrar al pueblo con rica lluvia de dones, común filete con que se captan aclamaciones del vulgo.

4. Mandó levantar la estatua del emperador Acamapich Motezuma II, que la lisonja había derribado en tierra, y despedazar en cuartos á un mechoacan que le ofreció la cabeza del Príncipe despojado, preciándose de triunfar, no á lo aleve, sino á lo noble; antes le envió pronto aviso de dos asesinos mexicanos, que en Tescuco

acechaban su vida. Con que, además de plausible en tan ingenuo y real término, atendió á su mismo honor y salud propia, porque nadie maquinase alevosías, contra el Príncipe caído, en confianza de dar gusto y merecer premio del Príncipe sublimado.

5. Dió también muestras de pío en libertar innumerables esclavos que, en cárceles de redes y jaulas de maderos, los ponían á engordar, para ofrecer pingües víctimas á los ídolos; que, aunque el pretexto de superstición lo abonaba, con la misma luz natural llegarían á conocer los idólatras la bárbara inhumanidad de sus sacrificios, y así, en este punto como en otros, practicaba Tulucanti la política de prohibir él de presente lo que desagradaba en el gobierno pasado.

§ 2.°—*De cómo no le pudieron persuadir al tirano que hiciese la guerra desde la corte al Motezuma Otoy.*

6. No sentía aún Tulucanti con tanta soberanía lleno descanso, como no asentaba con rectitud en el trono. Erale la corona tormento más que adorno á sus sienes, apretadas de recelos y cuidados. Añadíasele por lastre de su arrogancia aquel tener á la vista los instrumentos de su grandeza y acreedores muchos de su fortuna, para quienes parecería corta paga todo el Imperio, presumiendo cada uno que á su acero y á su industria le debía la corona, y los ídolos no gustan de ver delante de sí á los escultores que los labran. Consideraba también á los caciques de primera clase tan desabridos como humillados, pues, siendo á lo menos iguales en calidad, le perdían de vista en la eminencia de tan alta exaltación.

7. Aún le espinaba más que no sosegaría mientras el emperador Otoy viviese y la sangre de Motezuma durase, con que era empeño de su pundonor y seguridad, extinguir aquella brasa, de donde podría prenderse incendio á su trono ó alejar la centella á tal distancia que espirase sin fomento. Persistía la desconfianza aún de los más confidentes, porque aleves nunca imprimen seguridades, sobre que esperarían más premio del despojado, si le sacaban de miseria, que de asistir al triunfante, insolente ya en su abundancia; con que se reducía ya su perplejidad, no en si concluiría la guerra de Otoy y de sus alia-

dos, sino si saldría él en persona á campaña, ó gobernaría la guerra desde la corte. Consultando, pues, este punto, con un político de su consejo, hay reminiscencias de que le respondió en esta sustancia:

8. "Aunque debes á tu valor el Imperio, no se le debes menos á tu prudencia; y aunque para conservar la corona se necesita de aliento, pero más necesaria es la cordura. Primero debe arraigarse el plantel en la tierra donde prende, que dilatarse en ramas y redondear copa. Echa, señor, raíz en el principado antes de extenderle por más provincias. Si gozas de lo más, ¿á que puede anhelar la mayor codicia, donde trata de alargarse más tu valerosa ansia? No midas con la amplitud de tu corazón los términos del reinar, que faltaran en el orbe Imperios en que quepan espíritus tan magnánimos. Tiempo es ya que premies tus mismos méritos, pues en tus súbditos coronas ya desiguales títulos. No ha de ser todo Octubres para sembrar granos; Agosto hay también para coger frutos. La corte es el corazón que más se debe guardar. El compás, sin perder el pie del centro, da con el otro vuelta á todo el ámbito de su término. No se ha de sacar el pie de la corte, ó no andará bien acompasado el gobierno de tan gran orbe. Con las ausencias del sol toman alas las aves nocturnas. Con la cobarde y errada resolución de dejarla, se perdió luego Otoy del todo. Ni es bien tentar tanto la constancia de tu fortuna, que á un vuelco de una batalla dé en tierra la sublime fábrica de tu dicha. El desastre de un capitán, puédele resarcir desde la corte su Emperador, más la rota del Monarca, ¿como topara reparo? ¿Adónde se ha de acoger? ¿Qué fe habrá firme? ¿Qué liga que no se desate? El vulgo, que, como espejo, no conserva en su luna al Príncipe más que mientras le hace rostro, solamente sirve á la presente fortuna. Si hubiera enemigo en la campaña ó asonadas de guerra hacia Tescuco, pudiera ejercitarse duda; mas cuando el desposeído tiene á suerte que le dejen por despreciado, ¿de qué sirve el apurarle, pues el viviente más tímido del despecho suele armar ánimo? Quien no tuvo actividad para mantener el cetro jamás pondrá en el bastón mano. ¿Pues para qué es revolver humores aplicando remedios al cuerpo sano? El Imperio está tan quieto como gozoso, aplaudiendo en tu valor su acrecentamiento, é idolatrando en sus felicidades tu soberanía. Atónita la América con tus victorias, preten-

den tus gracias sus mayores potencias. En escondrijos encovados los desposeídos tiemblan al eco de tus aplausos. Goza, pues, ¡oh, ínclito Príncipe!, de tantas glorias. Cesen ya de crecer laureles, y ofrézcante sus brazos para el descanso las palmas„.

9. "Tu parecer, replicó el tirano, más le dicta la pía afición con que me miras, que el maduro juicio con que otras veces discurres. Es un pincel de perfil el delinearme una fortuna sin lunar; ni es consejero seguro el que discurre á lo acomodado. Tus razones probarán bien el asunto, sobre quien, afianzando en el Imperio heredado de sus mayores la benevolencia y respeto de sus vasallos, gozase de la corona en la corte sin recelos, y fiase el peso de la guerra sobre los hombros de un súbdito sin cuidados, y aun falseó tal fundamento en Otoy por no conservar personalmente con progresos militares lo que sus primogenitores Motezumas adquirieron por sus puños. Pues ¿qué puedo pensar de mí, que, tan recientemente subiendo al trono, no sin violencia, di lección á los soldados de que aprendiesen á labrar cetros de los bastones y de generales pasar á emperadores? Nadie tiene más rígidos censores y espías de sus cuidados que los que suben de golpe á muy altos puestos, y ha de centellear de continuo el brío para que continúe el pueblo su obediencia al que conoció en su inferior esfera. Nada más presto envejece que la estima si no se ceba siempre con nuevos hechos la fama, sirviéndome de experiencia que conserva un triunfo su aplauso sino con otra victoria. ¿Ves este sumiso culto y veneración que se me hace? es aborto de violencia más que parto del afecto. De helada suele estar suspensa la tez del río, que en el fondo del corazón corre, como solía, á su primer dueño la voluntad. Mis enemigos más están atónitos que quietos, y mi sosiego despertaría su cuidado; quien ha perdido un Imperio no vivirá con reposo; pues, aunque suele haber el descuido en conservar la salud, en recobrarla no hay cuidado ni diligencia que no se ponga; mientras viviere será fomento de novedades, esparciendo con la lástima de su ruina ó con el miedo de mi potencia yesca, pedernal y eslabón para encender un incendio en que se abrase la América. Pocas incomodidades experimentan los reyes en las campañas; consigo llevan las conveniencias de los palacios; y la vez que estrenan el sufrimiento se lo endulza la lisonja

eternizando su fama„. Pagado, pues, Tulucanti de su discurso trató de hacer la guerra en persona, cuyo crédito de valeroso y experimentado sobraría á que ningún poder le osase á resistir; presunción que le aventuró sus glorias.

CAPÍTULO XXV

DE TRES FACCIONES QUE DISPUTARON LA POSESIÓN DEL IMPERIO MEXICANO

§ 1.º—*Entrada del tirano Tulucanti por el reino de Tescuco en seguimiento de Otoy, Motezuma IV.*

1. Así como los reyes, potentados y repúblicas sintieron en Tulucanti insaciable ambición que, cual hambriento dogo sin mascar engulle un bocado dejando la boca abierta con ansias de tragar otros, con celos de su poder y de su felicidad, tejieron una poderosa liga y confederación general con pretexto de restituir á su solio el Emperador despojado; encendióse la guerra por varias partes; diéronse muchos choques y batallas ganando y perdiendo plazas; humeaban las poblaciones con los incendios; multiplicábanse mares rojos con la sangre vertida en las campañas, obstinándose todos en un fiel al empeño y al coraje; campeaba el rey de Tescuco con grueso campo; las tropas del de Tacuba se componían de milicia selecta, veterana; los nobles de Coyobazán infundían en su Rey aliento para salir bien del más temerario arrojo.

2. Era el Motezuma IV Generalísimo de la liga, y cumplia con el cargo, siendo asombro sentir en él resucitado el valor, con las pruebas de su arresto en las ocasiones de más peligro, con raro olvido de las delicias de príncipe, y ejemplar codicia de las austeridades de soldado, y como si trasladase los ojos del cetro real al bastón, hecho un Argos en la perspicacia y prudencia de general. No así la naturaleza y los astros sacan debajo de la tierra el conocimiento de las raíces, como el tiempo y

la necesidad al valor y natural de los hombres, siendo logro las desgracias para sacudirse de ocios y vicios, y recompensando, con eminencia de hazañas, la bajeza de afeminaciones y flojedades. No fué de los que, caídos, yacen en su pusilanimidad sepultados; fué, sí, como torrente que, despeñado de la cumbre, al peso de la caída surtió otra vez á su primitiva alteza. Aplomado, pues, aquel vidrio, con el reverso de la fortuna, pudo ser espejo claro de capitanes; prendas que, descubiertas, fueron noble señuelo á infinita gente, que acudió al lábaro de su legítimo dueño; preservándose con su gran reputación de los accidentes que saltean á un general de una liga frágil, por el componerse de varios príncipes y naciones.

3. El Tulucanti era capitán más hecho, laureado de muchos triunfos, con plausible crédito de afortunado; tiraba á acrecentarse y no sólo á defenderse, con fuerzas independientes de otras voluntades, y así de más duración y de más seguridad. Manejaba un ejército hecho á mano en la escuela militar de su genio y su pericia, y cebado ya en repetidas victorias. Sus teso[re]rías que son nervios de la guerra, las más fecundas minas de plata y oro, próvido en los almacenes de las vituallas, y comprensivo en los itinerarios de alojamientos, y aún más de las calidades de sus soldados, desde los capitanes hasta los mochileros, de que pende el acierto de las órdenes y la seguridad de los sucesos. Este agregado de poderío y providencia elevaba el ánimo de Tulucanti á no volver á envainar la espada hasta poner grave yugo á toda aquella rica pieza de la América Septentrional, fundiéndola en un señor, en una ley, en una lengua y unos mismos fueros, sin acordarse que nunca el mar está más cerca de su menguante que cuando toca en la suprema línea de su creciente; y fué así que sobrevino una novedad que á todos dió en qué entender; porque en tanta tropelía de revoluciones hubo quien resucitó la voz de la libertad, reclamo siempre de buen sonido en las orejas del pueblo.

§ 2.° — *De cómo y quién movió la facción de la libertad.*

4. A los confines de la provincia de Guatimala, entre lo más sombrío de unos desiertos, se traslucía un magnífico templo de un ídolo á cuya impía devoción acudía

en procesión continuada gran muchedumbre de peregrinos. Tenía la superintendencia de tan supersticioso santuario un sacerdote, á cuya obediencia estaban más de quinientos bonzos, que, á remedo de regulares, vivían en comunidad; mas, con la soberbia del edificio, congrua de hacienda, ingreso de sacrificios y agencias de sus ministerios, mudaran las austerezas de su secta en porte de cortesanos. Era su superior persona que en la esfera de la milicia había corrido con celebridad los primeros puestos que renunció, ó quejoso de mal premiado, común suspiro de los que sirven por más que les remuneren, ó con algún entusiasmo de desengaño se retiró para aprender á morir, no sabiendo hasta entonces otra ciencia que matar. No había allí la docta Atenas ni la erudita Corinto, mas también en sus rústicas escuelas había sabios de fortuna, que, sin haber estudiado, eran tenidos por doctos. Pocos libros había revuelto este bonzo, y le aclamaban oráculo con la fullería de hablar poco, á lo ponderado, con pausas, poniéndoles á los períodos sus conteras de sentencias, á que asistía la autoridad de supuesto, el esplendor de su sangre y las memorias de sus experiencias y hazañas.

5. Presto le encomendaron á Otulpan (que así se llamaba) el cargo del Monasterio, que empezó á regir con aprobación; y voló la fama de que procedía tan á lo santo en la celda como se había portado modelo de valor en la campaña, con la igualdad de vida que tienen los días y las noches en los equinoccios. Hacía mucho caso de su consejo Tulucanti, y al mismo tiempo le consultaba Otoy hondas materias de estado y guerra, y el Otulpan era tan doble político que hacía cara á ambas facciones y tenía también inteligencias con los neutrales; y adonde se inclinaba el peso de su elocuencia le hacía dar vuelco á la balanza de otros cualesquiera pareceres.

6. No perdía tiempo su astucia: á unos los paralogizaba con máquinas, á otros los entretenía con expectativas, á los más emplastaba con sus ajustes, y de todos sacaba ferias con sus arbitrios. No puso el sagaz bonzo la mira sólo á insinuarse en la gracia del que prevaleciese, que de altivo tiró al blanco de llevarse á lo de recudida la corona, y, á no sortear la investidura del Imperio, restituirle al estado de república, siendo la medula de su idea, ó ascender á la soberanía de supremo Príncipe, ó

eternizarse con el memorable renombre de padre de la libertada Patria, dando apoyo á su designio la aborrecible tiranía de Tulucanti, la infelicidad del emperador Otoy, y confusa revuelta de todos los demás.

7. Los andamios de tanta obra fueron el entenderse Otulpan con poderosos caciques, enamorándoles con el hermoso color de la libertad y gloriosidad de la empresa, é imprimir, con las declamaciones artificiosas de sus bonzos, en populosas ciudades estos sentimientos, que simbolizan con los del vulgo y son especie de agrado, sin escarmentar de lo costosas que suelen salirles tales novedades; tuvo industria para aliarse con naciones extranjeras, que picaron en cebo de muy altas esperanzas, y, como acaece en guerras civiles, ó disminuyó con atractivos los ejércitos de los dos emperadores, ó apensionó con mucho oro á sus ministros para que pervirtiesen sus órdenes y le participasen los misterios de sus designios; y echó la clave á la obra, cuando un día, ceñido de mucha milicia y armas, desde un puesto eminente, se declaró á un innumerable concurso con semejantes razones:

8. "Esclarecidos y valerosos mexicanos: oid al que de muy corazón se duele de vuestras ruinas y anhela con ansia buscar reparos, fatigando en estas soledades el discurso para su remedio. Ya veis, y justamente también lloráis, á nuestra ínclita patria, despedazada en tantos trozos como la dividen tiranos. El gobierno en poder de la codicia é insolencia; los tribunales tan llenos de leyes como injusticias, altiveces y sobornos; la soldadesca en almoneda, vendiéndose al que más precio la pone; las costumbres á toda rotura, porque la barca de México va rota; el pueblo consumido y abrumado, ya al peso de los tributos, ya por la ligereza de sus vanos gastos; los delitos con carta de seguridad apoyados, y los méritos con duda de quien es el señor á quien se deben hacer; la borrasca de la guerra todo lo tala, y, empeñados todos en sus pasiones, van disponiendo nuestro Imperio mexicano para despojo de los que esperan, á que, hecho piezas con sus mismas armas, puedan dominarle después con pocos esfuerzos."

9. "Crecieron nuestras calamidades con los últimos disturbios; mas de acrecentarse el daño, se nos ofrece el remedio, como suele resultar á veces en el doliente de un exceso la salud; pues la pluralidad de tiranos, siendo á

sí mismos estorbos, nos dejan tiempo para sacudir el duro é infame yugo de esclavitud y cobrar nuestra antigua y deseada libertad. Muera Tulucanti, arquitecto de alevosías y promotor de los movimientos, indigno de que le doblen la rodilla los próceres de México; no tome el mando Otoy Motezuma, que el Imperio como el mar, arroja para siempre de sí los cuerpos inútiles; planta desarraigada después de crecida, ó no prende, ó es de poco fruto; sangre por línea materna es de reyes expulsos, y de la extremidad de la culebra nace el basilisco, como de los dejos de la víbora el dragón. Muy falaz es aquella su nueva especie de valor y de virtud; que una dolencia larga de vicios de ordinario deja achacosos hábitos; y hecho el gusto á sus socordias, ó si continuasen sus bríos, ¿qué se podía esperar de su indignación y quejas, sino tiranas venganzas, con resulta de nueva y más sangrientas inquietudes?„

10. "Nunca hubo más oportuna ocasión para restituir á México en su libertad; apenas se levantaran pendones con esta voz, cuando queden yermos los campos de aquesos monstruos. Yo, aunque mi profesión me enclaustra en la celda, cuando la necesidad pública, rompiéndome mis dulces cadenas, me toca al arma, no me he olvidado de manejar el acero, que, de sabido, le tengo como de coro. Ni es mi vejez de las que prendan para el descanso, sino de las que, mirando ya cerca el término, trata de coronar con más créditos sus glorias. Los triunfos y las victorias que voceó mi fama, pondrán de nuevo asombro á esas bisarmas de Emperadores Al eco sólo de nuestra general resolución se les caerán las armas de las manos, y si osaren á hacer rostro, los hallaremos tan gastados y poco socorridos, que más nos sirvan de trofeo que de embarazo„.

11. Interrumpióle al bonzo la ruidosa aclamación de aquel inmenso gentío, que, con ardimiento y alborozo apellidaba: *¡libertad, libertad!* Otulpan, aprovechándose de aquel militar fervor, tan pronto como activo, maduró las disposiciones, que, como si los produjera la tierra, al primer toque de caja armó un campo de cuarenta mil combatientes con ánimo de estrenar su aliento en empresa de reputación á sus armas, y de estupor á sus enemigos; pues, aunque la armada era nueva, los soldados eran viejos en el ejercicio y progresos de la campaña.

§ 3.º—*De tres célebres sitios que se pusieron á un tiempo en esta guerra civil.*

12. Después de llevarse en las uñas algunas plazas, había dado el emperador Otoy de improviso con el grueso de su campo sobre el afamado peñón de Tecuzcupez, frontera de Tescuco y el guarda joyas de Tulucanti, adonde había el tirano trasladado de México sus tesoros y sus hijos, avitualládole para largo tiempo, y presidiádole con gente en número y calidad muy de su satisfacción. Plaza que era el entivo y clavo de su fortuna, y así más incitamento á la codicia del enemigo, irritando en Otoy las ansias de probar llaves de acero para abrir cerrojos de oro, y desguarnecerle de armas, saqueándole los erarios, facilitando lo arduo con memorias y ejemplares de que suele ser más fácil lo que se reputaba por más difícil.

13. Y al parecer era inexpugnable el peñón, porque se levantaba en el centro de una espaciosa llanura con desmedida eminencia, tajada de las caídas por todas bandas, menos una por donde permitía entrada, y, á poca costa, cerraba un muro la puerta. El canal de la subida, sobre ser agrio, tenía á labor de manos tantas defensas, que los reductos y cortaduras del arte eran más impracticables que los que tajara naturaleza. Corría por los bordes del recinto sólo un sencillo pasamano de piedra, más para fianza del despeño á los que de su altura manejasen armas arrojadizas, que por necesidad de cubrirse por los antepechos los tiradores, pues ni á escala ni á tiro estaba sujeto el tramo, ni de la pólvora, si la hubiera, recelaran las rocas minas. Pues, como ni por hambre, ni por asaltos, ni por sobornos fuese posible la toma, valióse Otoy de un ardid que, para practicarle con más secreto, dió muestras de otro designio, comenzando á labrar máquinas de donde, á la iguala de su cumbre, atacase á los sitiados.

14. Tulucanti, confiado de su peñón, dió albricias por la nueva de que el campo imperial asentase adonde se consumiese, y complacíase con la ocasión de obligar al enemigo á batalla ó arrebatarle á su vista alguna importante plaza. Y así dió con su gran ejército sobre la corte de Tescuco, de cuya amplitud dice Argensola así (li-

bro I, cap. LXXXVII): "Es Tescuco ciudad dos veces tan grande como Sevilla, de altos edificios cuyos cimientos baña el agua salada de aquella gran laguna„.

15. Estaba Tescuco sita en llano y centro de un laberinto de canales de agua que, cruzando por varias líneas su territorio, formaban fosos á cada calle y cada barrio venía á ser isla. Dos calzadas tiraban puentes por tres millas á tierra firme, siendo en partes inapeables los intermedios por los fondos y por las balsas, y peligrosos los bajíos por la falsía de las lamas, como en las honduras los remolinos. Por los costados que la batían las aguas sin bancos, las casas se tiraban á nivel de muro muy alto, y cada casa como un castillo, necesitando cada una para su expugnación de un asedio.

16. Gobernábala un cacique, capitán muy hecho á pruebas de valor y pericia militar en memorables campañas. Asistíale el hijo mayor del Emperador con algunos regimientos de leales mexicanos, y un Infante de Tescuco con las guardias de su padre, todos gozosos de poder represar con su briosa resistencia el curso victorioso de Tulucanti. Este, que, como experto, comprendía las fortificaciones de aquella plaza, tocábales de continuo al arma por las calzadas, acordonándoles con infinidad de guarnecidas embarcaciones con ánimo de que, si no los apremiase á rendirse al hambre, los inundaría rompiendo al lago los diques.

17. Entonces, considerando el bonzo Otulpan á sus competidores tan empeñados, se fué entrando con su gente por el Imperio, á todo rigor con los que se les resistían y con benignidad mucha con los que luego se sujetaban, hasta dar vista á la imperial México, con cuya riqueza y soberanía brindó á la codicia de su ejército é hizo salva real tacimante á su alto designio; y aunque puso espanto con la ostentación de sus fuerzas, más pavor puso con el común concepto de sus astucias é inteligencias; y que en la corte sonaba bien aquella popular voz de la libertad, dando ya cuidado el que antes era desprecio á Tulucanti y Otoy, muy ajenos de que pasase tan adelante el movimiento del bonzo, amagando á la ciudad que era la reina de todas las ciudades de América.

§ 4.° — *Sucesos de los tres sitios y muerte de Otoy, Motezuma IV, con recobro de su Imperio mexicano.*

18. Ardía la guerra y en todo era igual el valor y el interés. Tentaron al Otulpan con magníficos partidos Tulucanti, y Otoy también, viéndole ya como árbitro de la guerra, y, al que se ladease, le daría la posesión segura del Imperio. El, teniendo las ofertas por nacidas de flaqueza, montaba en más osadía; ó, como hechas en ocasión de necesidad, no les daba entera fe, siéndole más sospechosas por demasiado crecidas. Con todo, daba á los dos señas de que se pondría á sus lados, por más divorciarlos, que, si se conviniesen á su ruina, no sentía en sí poder para su defensa. Demás que el Otulpan avivaba la expectación de que, si los dos se diesen batalla, quedaría el vencedor tan perdido que después sería señor de todo. Sobre que se perdería con los suyos si se declarase por algún bando, pues adhiriéndose á uno para fijarle en el trono, se desmentía cuando desarmaba todo su plausible artificio de la guerra para desterrar lo monárquico y restituir en México la libertad del gobierno republico, conque, para no dar lugar á sospechas, apretaba más el sitio.

19. A Otoy se le sazonó su ardid, porque, apretado el cordón del peñón con tan ciego ñudo que á los cercados ya no les rayaba luz de algún aviso ó noticia, fingió, con suma destreza y arte, que venía Tulucanti á darles socorros, introduciéndoles una espía doble, que, sobre darles la nueva, les traía orden de que al tiempo del avance, surtiese al choque la guarnición de la plaza á herir en el campo de Otoy. Este, pues, hizo contrahacer el socorro, remedando las insignias de Tulucanti y trajes de sus gentes, y trabóse una batalla fingida, como si fuese verdadera; pues como los sitiados se persuadiesen á que ya cesaban los imperiales, surten ardientes cegándose más con ver la fuga de los que estaban en los reales de guarda; y, al vocearse victoriosos, se sintieron cortados de los que salieron de una emboscada por las espaldas, revolviendo á hacerles rostro, los que disimularon la fuga, con que, sin necesidad de quitarles las vidas, rindieron todas las armas. Entróse el peñón, y entre las sumas riquezas del saco, fué el más útil despojo una hija de Tulucanti, que,

de prisionera, pasó dentro de poco á ser muy dignamente Señora de México.

20. Al mismo tiempo los tescuanos, conociendo que las operaciones de romper los diques sin poder impedirlo, se iban perfeccionando, y que, inundados, lo perdieran todo, rindieron á Tulucanti la ciudad, redimiendo el saco con inmensas cantidades de oro, plata, municiones de boca y guerra, y entregándoles para canje de la Princesa, su hija, á los dos herederos de México y de Tescuco.

21. Cuando, pues, estos coronados soles, estas voladoras llamas, y aquestas dos majestades daban más luz á la expectación del postrer lance de batalla, en que se había de arrestar la Imperial corona, no se sabe si del excesivo gozo de los triunfos, ó demasiada pena de las pérdidas, les salteó una dolencia mortal á un mismo tiempo al Emperador y á Tulucanti. Este, viéndose morir, teniendo como en embrión sus grandes conceptos, los sacó con felicidad á luz con la más discreta y plausible resolución, como fué, que habido salvo conducto, se hizo llevar en andas ricas con regia comitiva al pabellón Imperial, adonde, después de reconocer al emperador Otoy por su legítimo Príncipe, le dijo entre alegre y grave: que aquel reconocimiento lo hacía de grado, y sin especie alguna de fuerza, no habiendo jamás halládose en mayor fortuna con un ejército victorioso, laureado recientemente con la toma de Tescuco, y apoderado de casi todo el Imperio; pero que siempre había deseado un ajuste, en que se mostrase más vasallo agradecido, que rebelde é interesado; que en su poder estaba prisionera su hija, la cual, fuera de los estados y tesoros de que la constituía como padre por única heredera, por su persona merecía el trono de Emperatriz, siendo esposa del hijo del Emperador, y moriría él con el lleno de las más relevantes glorias, y esta su mayor hazaña dejarla con tan soberano empleo, y consiguientemente al Imperio con universal reposo.

22. El regocijo mutuo de tan felices ajustes y conveniencias, impresionando más los ánimos de improviso, apresuró la muerte á aquellos dos valerosos emperadores con la gloria de morir en la campaña, siéndoles los pabellones militares los más augustos lechos en aquel célebre teatro de la fama que con voces y plumas eternizó sus nombres. El de Tulucanti fué insigne por la heroicidad de su ánimo, por el señorío de su presencia, por su

valor ejecutoriado con las ilustres pruebas de labrarse á golpes de tantos triunfos la corona, manteniéndola á peso de batallas; prudente en afianzar los frutos de sus hazañas, enlazando con sus medras las armas y los títulos de su legítimo dueño; no siendo de los que desfiguran con ruines vicios las imágenes y estatuas de sus esclarecidos progenitores, sino de los raros, que, por sus hechos heroicos adquieren que repartir á sus mayores diademas, y vinculan á sus descendientes coronas.

23. Pues memorias aún más ilustres quedaron de este emperador Otoy Motezuma IV. El purgó la afeminación de su juventud y primer descuido de su gobierno en el crisol de la adversidad, en que fundió los vicios en excelencias; él dejó á su descendencia escarmientos de lo que le causó los escándalos; él vinculó la corona no sólo á herencia de sangre sino á ejemplares de hazañas: Príncipe que se perdió cuando próspero y se recobró cuando desgraciado. Cuando lució sol sereno, le anublaron los vapores de validos que él mismo elevó con demasiados favores; cuando se encogió en estrella, resplandeció más en las sombras de sus desgracias: reviviendo aquel ánimo imperial con el desasosiego, como la brasa que la sacude el soplo la ceniza, ó como la mar que con la borrasca crece á tenor de escarchadas diademas en espumas. Tan cabal cura hizo de la reputación, que no dejó en su decoro ni señal de cicatriz.

24. Sólo el eco de los ajustes y paces, con la aclamación universal de que recayese en un joven valeroso y afortunado la corona del Imperio, descompuso y arruinó al bonzo Otulpan; pues de improviso sintió á violencia de sus mismos confidentes, y de su ejército todo, que se le trocaban las insignias de sus generales en grillos y cadenas de prisionero; el pabellón real, en cárcel; los aplausos y respetos, en desobediencias y aprobios: siendo la creciente de su ignominia presentarle en forma de infame reo al nuevo Emperador por prenda y fianza de que le esperaba en México su mismo ejercito del rebelde para refrendar, con festivas demostraciones de afectos, su protestación común de leales. Y á Otulpan le condenaron á que sirviese toda su vida de esclavo en el templo de la Fortuna, que, en desprecio de tan voltaria deidad, le habían dedicádole en un muladar.

MOTEZUMA V, LLAMADO EL EMPERADOR CUEGUE

CAPITULO XXVI

PRINCIPIOS DE SU REINADO

§ 1.º—*Del estado en que halló á su Imperio,*

1. Halló este Príncipe á su Imperio reducido á un esqueleto de majestad, atormentado y casi demolido á recios golpes de movimientos civiles; vuelto su lustre en cenizas con el incendio de tantas rebeliones; sin la forma del estado en que consiste la monarquía; flaco el poderío de la corona, que le hace espantoso y respetable; desmantelado de leyes y con unos como cadáveres de tribunales; descorazonado de ministros celosos del bien común y sólo atentos á su conveniencia particular; ciego, sin ojos, limpio de senadores; cansado ya de brazos para las armas, y sin pies de erarios para dar paso en ocurrencias de guerras; que de los comercios sólo quedaban los de incentivo para el deleite, y de la negociación sólo relampagueaban los fraudes, y con ardor en todos la codicia y en nadie lucía la ganancia.

2. De la guerra habían los jefes y capitanes hecho contrato, siendo las levas de bolsa más que de gente; el número de las plazas cumplido para cobrar pagamentos y suprimidos ó cercenados al llegar á manos de los soldados. Las municiones de boca y guerra, por malicia de proveedores, saliéndole á las cajas reales caras; en las ocasiones ó hacían falta por mordidas ó eran veneno por malas; que más era la campaña una feria en que se merca-

deaba el oro para comprar en México puestos, que teatro de valerosas hazañas, corriendo los oficios por los que tenían brazos y no por los que los merecían con sus puños; con que, desesperado el valor de tener en qué medrar, ó asentaba la espada ó la empleaba en robos.

3. La agricultura, con cuya reja de arado se surcan las prosperidades de los pueblos, siendo sus más hondos surcos los minerales más ricos de la abundancia, veía sus instrumentos fundidos en armerías, y sus labradores, ó brumados de tributos ó arrebatados á los ejércitos, brotando las heredades, en vez de mieses, boscajes; gente incapaz ya de disciplina y plantada en la ocasión de improviso, al principio marcharon no sólo al degüello, sino es los muchos que desertaron los campos, ó sirvieron después sus levas de esquilmo á los oficiales de la milicia.

4. Como lo que más tiene en pie á las poblaciones sea el gobierno político, y éste basa en la observancia de buenas leyes, y con la exenta y libre confusión de las guerras civiles no hay ley, ni razón, toda es violencia de derechos y total rotura de costumbres, así todas las provincias de aquel tan emborrascado Imperio, sobre parecer unos páramos con tan voraz carnicería de continuados choques y batallas, amenazaban su ruina, habiendo hecho ya tanto vicio.

5. Las haciendas trasegadas con tiranía en variedad de dominios, sin más título que la violencia ó calumnia, con mercedes sobrepuestas ó subrepticias, con repartimientos del Príncipe y de los otros tiranos, que, en tan precisas urgencias hollaban á la justicia y á la inocencia para salir de sus empeños y ahogos, y era como impracticable desposeer de los bienes, en que se introdujeron los poderosos, cuando se cautelaba tanto el despertar alborotos á los principios de adormecerse las inquietudes.

6. No era de menos hechura la obra de dar forma y método á los tributos, que en las revueltas de estado se atropellaron de muchos, sin legalidad y con desigual proporción, cuya pluralidad brumaba sobre los que asentaba, y al Príncipe le empobrecía, porque apretaba de ellos menos, mientras trataba de abarcar más; y eran tantos los cobradores, que eran menos los tributarios; y como cesasen sus causas con la cesación de guerras, expulsión de los tiranos, y pacificación del Imperio, era uni-

versal suspiro de los súbditos, que les aliviase de gravámenes tan incomportables su nuevo Príncipe; y, aunque se oponía á tan justa súplica la falta de otros medios en la mayor penuria de los erarios y ahogo de acrescentados empeños, sería más insuperable la oposición de los ministros, que, por no perder sus grandes intereses en el manejo de los tributos, anhelaban á eternizarlos á todo arresto é industria.

7. Lo peor era que todos blasonaban de finos con la dignidad del Emperador, y raro quisiera verle con mucho poder. Estaban hechos á ser temidos los súbditos y apostaban á bravear, para hacerse más temer; comprabánse en aquel disturbio de guerras los obsequios que se debían; los desacatos que merecían más castigo se redimían con más oro, acopiando las mercedes á los que podían maquinar sublevaciones, y enriqueciéndolos porque no fuesen rebeldes. Las provincias, con un género de insolencia en extender y celar sus fueros, parecían reinos extraños y repúblicas libres. De todos modos estaba el reino perdido.

8. Aqueste era por entonces el estado de aquella monarquía mexicana. Cuerpos abultados con repleción de malos y complicados humores muy expuestos están á enfermedades fatales. Todos conocían el mal porque participaban de estos recios accidentes, y apenas había quien no discurriese medios y arbitrios. El conocer la dolencia en cuerpos políticos es más fácil que el ejecutar los remedios; si los que han de remediarlo son de ordinario las causas de las dolencias, imposible es la sanidad, no hay que esperar en ese cuerpo salud, de donde se originaron todos los fenecimientos de los mayores imperios y monarquías. Un sólo remedio tiene tanto mal, de que se hablará prácticamente en el párrafo que sigue.

§ 2.°—*De cómo fué este nuevo Emperador resarciendo las quiebras de su Imperio mexicano.*

9. Fué el único remedio de tantos males el darle Dios á México un perfecto Príncipe, como cuando Castilla llegó á estar rematada la reparó Dios, y elevó á la cumbre de más gloria, con aquel Rey de Reyes don Fernando el Católico. Y, respectivamente, le sucedió lo mismo al

Imperio mexicano con el Motezuma V, dotado de aquellas prendas y talento que requerían el trono y reino para su reparo: un Rey que fué Rey de sí.

10. Era, pues, el Motezuma V de tan gallarda estatura y de tan ingenuo semblante que infundía benevolencia y le calificaba digno de Imperio; lo afable con retén de majestoso le conciliaba, aun de los desafectos, agrado. Con muchas pruebas de acierto ejecutorió la madurez de su juicio, y, con la justificación de los medios, mostró la inclinación á la rectitud de sus fines. Mucho le importó la crianza en fortuna adversa para proceder con aprobación en la próspera, y, habiendo desde la cuna despedazado las sierpes, fué un Hércules en no dejarse después rendir ni de los dobleces de los áulicos, ni de las delicias de los palacios. Valíase de la refleja para discernir los informes de la adulación y de la verdad, que se parecen de rostro y se diferencian de mente.

11. Hallando con la revolución de Estado confusos los caminos de la antigüedad, ó desacreditados con los sucesos, rompió sendas de novedades, que, á sombra de los yerros, se aprobaron de presente por aciertos. Tienen las cosas del mundo varios períodos, y se ha de mover la proa del gobierno á los tiempos y circunstancias, que si vieran los antiguos alteradas en sus siglos, hubieran mudado de pareceres; ni quisieron que se adorasen por eternas supersticiosamente sus máximas, si que cuando sobrevienen contratiempos y muy considerables inconvenientes se sigan los oportunos dictámenes.

12. Dispuso, pues, este Príncipe la forma de su palacio (por donde comenzó la reforma) con método tan prudente, que ni se ajase la soberanía por ruindades del ahorro, ni fuese incitamiento de superfluidades al reino, á quien es común reloj que sigue en sus ademanes y procederes, en sus excesos ó moderaciones. Y, ó fuese por su templanza, ó por contársele con firmeza, no admitió más mujer que á la Emperatriz, hija de Tulucanti; conque, abandonando toda la runfla de concubinas, sumideros voraces de los erarios, pudo suplir los vacíos de muchos tributos que se quitaron; cegando también así hondas minas de sobornos y perjudiciales surtidores de chismes y de embelecos.

13. Cargó todo su conato en fortalecer los nervios de la milicia, que tenía por el espíritu y esencia de su

Imperio; y, aunque un mal afistolado pide rígidos remedios, aplicó primero los lenitivos, acariñando la soldadesca con donativos de presente y con situación fija y puntual de los sueldos para adelante. Desenterró del olvido méritos, vivificándolos con premios; y aunque disimuló insultos al común, en teniendo más asiento las materias, hizo espantosos castigos en cabos, cuya codicia había estancado las pagas y por cobardes habían perdídose fortalezas y batallas.

14. A los nobles, que son los espíritus vitales al cuerpo de la plebe, los que la animan á lo brioso y alimentan á despreciar lo más arriesgado, les acrecentó preeminencias, acomodándolos en puestos en que los ricos, á las dulzuras del fausto, se desengrasen con lustre; y los pobres, en la feria de hazañas y de servicios, negociasen medras y lucimientos. Y así por hacendar de tierras á los soldados veteranos, como por franquear nuevos indultos á los labradores, restituyó la cultura y fertilidad á los campos.

15. Halagó de los sujetos más versados en sus derechos á los tribunales de las provincias, alargándoles poder, para que tuviesen autoridad con que enfrenasen la desbocada tiranía y violencia de los caciques; que con la tropelía de las guerras y necesidad que de su séquito habían tenido los antecesores, habían montado en insolencia contra las leyes, y en injusticias y raptos contra los desvalidos y pobres; pero previno eficaces resguardos para que estos autorizados ministros no abusasen de los estrados, y, esponjándose en potencia y soberanía, no declinasen en más intolerables que los señores.

16. Con la moderación de su casa real, con la parsimonia de su persona, con la poda de tribunales, tala de oficios superfluos, y con atender con gran compresión por sí mismo á los gastos de la milicia, le fué muy fácil reducir aquella inmensidad y confusión de tributos á los primitivos y suaves situados. Esta fué la piedra filosofal con que hizo de oro sus cajas reales; aquesta fué su arte química, el encanalar las fuentes del imperial patrimonio á sus erarios por pocos arcaduces y enteros, y no por multitud de ministros, que son los mayores sumideros de las haciendas reales.

17. Escuchaba con agrado los arbitrios en orden á adelantar las materias de Estado, Guerra y Hacienda, pre-

miando la labor de sus discursos é ingenios, cuando podían practicarse con logro y sin perjuicio de la república; y tripulando con ceño ó castigo á los arbitristas de genios perjudiciales, aventaba de sus consejos esta plaza de langostas, y repetía un dictamen digno de verse en príncipes cristianos: "Que de un pernicioso arbitrio, no tanto se le había de echar la culpa al malsín político que le daba, sino á los consejeros imperiales que le aprobaban, y al Príncipe codicioso ó simple que lo admitía y consultaba su justificación sólo con lisonjeros ó con unas arpías de las haciendas de los vasallos, cebándose en el manejo de las derramas„.

§ 3.°—*De otras acciones que hicieron bien quisto y respetable el gobierno de Motezuma V.*

18. En la circunspección de sus palabras apuró este Príncipe á su cuidado hablando poco y con peso. El jugaba de la lengua como pudiera de la espada, sin descubrir el pecho, sin que el recato oliese á fingimiento. La hipocresía, siendo en lo moral reprensible, es á veces en lo político plausible. Nada se ha de mostrar en las razones menos que lo que se desea más. Este arte pide, no copia, sino una quinta esencia de palabras á tenor de monedas que una vale por muchas, y muchas aun no por una, según la ley del metal, y según el peso de decir, y como las aguas que de entre los celajes de las nubes salen cernidas para regar á sazón y oportunidad las mieses.

19. El crédito de cuidadoso y acertado, más que el terror de su gran poder ni otras máquinas ó inteligencias, concilió á los reyes y repúblicas feudatarias á aborrecer movimientos, y la fama de su inteligencia atrajo de los dos mares, Sur y Norte, los más remotos isleños á pedir su protección con el interés de parias, y que asentase México en aquellas islas colonias. Ampliaciones de dominios que no admitió por juzgar que se enflaquece más que se engrosa una monarquía con la exorbitancia de la grandeza, como la nave con nimia carga y como en la volatería se ajusta el sacre á la presa.

20. No le hizo tímido su prudencia, antes picó en arrojado, como lo mostró en un alentado empeño; porque

fiados unos senadores en la tolerancia que antes había ó en el convoy que los resguardaba, al que le perdió el decoro, hablándole con destemplada viveza, asiéndole de la melena, le tiró contra una pared tan recio, que, rompiéndole los cascos, enseñó á los conjurados á tener seso y á escarmentar en cabeza ajena; y aún les aterró más con la majestad que vertía entonces por el rostro aquel real corazón; que tienen los príncipes un no se qué más que de hombres en la soberanía de sus semblantes y en la eminencia que les influyen los astros, que ponen á la mayor audacia respeto.

21. No puso menor asombro apareciéndose de improviso largas distancias de México, siendo él mismo el que llevó la nueva de su venida, y obrando en el cuerpo del Imperio con la presteza que el alma acude igualmente á todas las partes de su cuerpo; tan veloz se dejó ver y sentir en el remoto estado del poderoso cacique Cuocalan, que, tirano con sus vasallos y confinantes ejercía desaforadas violencias, en confianza de que, tan lejos, no podrían los clamores de los agraviados hacer ecos en la corte, ó que se disimularían por no mover en la frontera inquietud, ó porque tenía en el palacio Imperial y en el Senado parientes é interesados que desvanecerían cualquier nublado. Todas aquestas nieblas, con que suelen no verse los delitos, como el sol con sus rayos deshizo el Emperador con su presencia, y, colgándole de un arbol al cacique, llenó á todo el Imperio de espanto y de alborozo, congratulándose los desvalidos de que, teniendo un Príncipe de tan grande vigor y perspicacia, segura viviría su inocencia de toda tiranía.

CAPÍTULO XXVII

DE LA MAGNIFICENCIA CON QUE ADELANTÓ EL CULTO DE SU IDOLATRÍA EL PRESENTE EMPERADOR

1. No alcanzan en el más perspicaz Príncipe los ojos de su prudencia, asistidos de ministros argos y linces, á prevenir los accidentes inopinados y extravagantes de una inmensa monarquía; y, dado que los anteviese en la teórica, la diferencia de circunstancias y variedad de pasiones ilude la previsión en la práctica. De donde nace en la cordura más corta y en la inteligencia más bárbara, si trata de asegurarse en las dichas y desviar de sí las desgracias, el recurrir á la protección y amparo del cielo.

2. No le pareció, pues, á este Emperador, para acrecentar el Imperio y restablecer su trono, bastante basa el ajuste que había dado al gobierno si no lo apoyaba todo en el poder y benignidad de los dioses; y para que mirasen como dominio propio aquella monarquía erigió uno como panteón ó templo tan suntuoso que dió que admirar á los españoles cuando lo llegaron, después de mucho tiempo, á ver, y á los historiadores no menos que ponderar. De su magnificencia hace memoria el padre Orlandino, cronista de la compañía de Jesús. De su amplitud nota Solís (lib. III, cap. XIII): "Que por la parte interior de su muralla estaban las habitaciones de sus sacerdotes y dependientes de su ministerio, con algunas oficinas que corrían todo el ámbito de la plaza, sin ofender el cuadro, dejándola tan capaz que solían bailar en ella ocho ó diez mil personas cuando se juntaban á sus celebridades„.

3. Y para quitar la prolijidad de describir el rico adorno de este adoratorio y mucho número de templos

que en sólo México había, servirá de muestra lo que Solís añade, diciendo: "El ornato de ambas capillas era de inestimable valor: colgadas las paredes y cubiertos los altares de joyas y piedras preciosas, puestas sobre plumas de colores. Y había deste género y opulencia ocho templos en aquella ciudad, siendo los menores más de dos mil, donde se adoraban otros tantos ídolos diferentes en el nombre, figura y advocación„.

4. Exclama aquí Solís católicamente la tiranía del demonio, que ensanchaba tanto su dominio y culto en los mexicanos; pero extraña con indiscreción la turba de tantos ídolos, que, habiendo él leido sobre este punto á Argensola, debiérase acordar cómo dice: "Dijéronle los indios á Cortés que también ellos alcanzaban que había un solo Dios; que los demás ídolos eran imágenes de varones señalados que por sus hazañas habían llegado á ser dioses„. Esto es, á ser hombres dignos de muy especial culto, supuesto que ellos decían y profesaban que había un solo Dios. Más genuina ponderación fuera cómo el demonio, en cuanto puede, remedaba entre los idólatras el culto que la Iglesia católica hace al verdadero Dios y á sus santos, notando el mismo Solís: "Que apenas en México había calle sin su Dios tutelar; no se conocía calamidad entre las pensiones de la Naturaleza, que no tuviese altar adonde acudir por el remedio„. Y era también aqueste, remedo con que la piedad de los católicos practica el recurrir á varios santuarios, imágenes célebres, diferentes santos, como tutelares y abogados en diversas especies de sus necesidades.

5. Ni menos muestra Solís su genio cétrico con los mexicanos, pues sólo les hace cargo de tantas supersticiones, sin tomarles en cuenta su casi invencible ignorancia de la verdadera deidad y católica Religión: y en suposición de que, ajenos de aquesta celestial luz, eran tan adictos, piadosos y liberales con los que por entonces tenían por Dios y por santos, mostraban ser en los supersticiosos loables; y en tal tenor, discurre el P. Acosta diciendo (lib. VI, cap. XXV), (después de haber tratado de los soberbios templos del Perú): "Pero sin comparación fué mayor la superstición de los mexicanos, así en sus ceremonias como en las grandezas de sus templos, con mayor cuidado, distinción y número de ministros que tenían por oficio enseñar al pueblo los ritos de su ley. Por donde le

dijo bien un indio viejo á un sacerdote cristiano, que se quejaba de los indios, que no aprendían la ley de Dios: Pongan (dijo él) tanto cuidado los curas en hacer los indios cristianos, como ponían los ministros de los ídolos en enseñarles sus ceremonias, que, con la mitad de aquel cuidado, seremos los indios muy bien cristianos, porque la ley de Cristo es mucho mejor, y, por falta de quien la enseñe, no la toman los indios. Cierto, dijo, verdad, y es harta confusión y vergüenza nuestra„. Hasta aquí Acosta.

6. De dos estatuas que tenía aquel templo catedral, hace especial mención Bernal Díaz, diciendo: "Estaban dos como altares con muy ricos tablazones, y en cada altar estaban dos bultos como de gigantes, y el primero que estaba á mano derecha, decían que era de Huicholobos su dios de la guerra, y tenía el rostro muy ancho y los ojos disformes, y en todo el cuerpo, tanta de pedrería, oro y perlas, y ceñido al cuerpo unas á manera de grandes culebras de oro y pedrería, y en una mano tenía un arco y en otra flechas. É otro ídolo pequeño que cabe él estaba, que decían que era su paje, le tenía una lanza larga y una rodela muy rica de oro y pedrería„. Hasta aquí Bernal, el cual juzgó espantables estas figuras, y con razón, porque así gusta el demonio de que saquen sus retratos, y está aún más asombroso copiado en las almas que están en pecado mortal. Con todo eso, como la idolatría era menos culpable en los mexicanos, por tan distantemente privados del conocimiento de Dios, se retrataba el demonio más feo y más bruto en los ídolos de otros gentiles, pues en los templos de los egipcios, debajo de cortinas de púrpura, adoraban al demonio en ratones y cocodrilos, y los más cultos romanos idolatraban en ridículos monstruos, con otras naciones en más espantosas efigies que le veneraba México.

7. Estando, pues, este bárbaro Príncipe persuadido de que, servir á los dioses con las riquezas, eran ponerlas á censos perpetuos de réditos muy crecidos, enriqueció sus aras con preciosos ornamentos de imaginería en algodón y pluma, oro y pinturas de sus fabulosos misterios, y les dotó las fábricas con heredades y dominios de poblaciones, cediéndoles porciones de sus tributos, y como en los Príncipes las muestras de su inclinación sirven á sus vasallos de ley, fué en aquel reinado cuando á los ídolos se les acrecentó sobre modo el culto.

8. Concierne al supersticioso culto de aqueste Príncipe con sus templos su invención de echar debajo de los cimientos ricos tesoros, ó como quien sembraba en tan hondos surcos para lograr frutos fértiles de soberanía, ó para que el depósito en tal sagrado pusiese á la tiranía y codicia en respeto, como observó Bernal Díaz diciendo: "Desde que ganamos á México y se repartieron los solares, luego propusimos que en aquel gran templo habíamos de hacer la iglesia de nuestro patrón y guiador Santiago. Y cuando abrían los cimientos hallaron mucho oro y plata, esmeraldas y perlas, aljófar y otras piedras„.

9. A la Emperatriz, mujer de este Motezuma y émula en el culto de sus ídolos á la magnificencia del Emperador, atribuye la fama aquella fábrica de un su adoratorio, tan célebre por imperfecta, como pudiera por acabada, en la metrópoli de los colutecas. Porque se sobreseyó en la obra, con un pasmoso nublado, que disparó dentro de aquel soberbio edificio, una disforme piedra en forma de sapo, con que la Emperatriz atónita alzó mano de su intento.

10. Renovóse en el mismo sitio mayor espanto en la entrada de los españoles, pues, colocando sobre las amontonadas ruinas de aquel fatal promontorio los PP. Franciscos una cruz muy hermosa, cayó de repente un rayo que hizo al sacro madero trozos. Enarbolaron otra cruz, y otro rayo la hizo cenizas. Iban escandalizándose los gentiles, y los cristianos pidiendo á Dios con instancias no castigase sus culpas con deshonor de su santa cruz. Tercera cruz levantaron, y tercer rayo con sus llamas la hizo pavesas. Aquí fué el insultar al bárbaro gentilismo de los católicos con clamores y escandecencias, y aquí fué el afervorizar la oración los seráficos religiosos, clamando á Cristo Señor Nuestro: *Non nobis domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam super misericordia tua, et veritate tua, ne quando dicant gentes: Ubi est deus eorum?* Volvió el Señor por su católica fe y manifestó al gentil la verdad; pues, por inspiración suya, hicieron aquellos siervos de Dios descubrir en aquel puesto estado y medio de tierra, y con inspección de la muchedumbre toparon una sentina copiosa de ídolos, sacrificios y ofrendas supersticiosas, y, purificando de tales impurezas el sitio, mereció ser firme trono de la señal de la cruz, y permaneciendo fija fué una cátedra perpetua de donde con tan

manifiesto milagro enseñó Cristo Señor Nuestro á los gentiles, que, si querían tener el verdadero Dios en sus tierras, habían de desterrar de sus términos la inmundicia de sus ídolos.

11. Con esta ocasión se acordaban los mexicanos de lo que refiere, hablando de la Nueva España, Argensola, diciendo (lib. I, cap. LXIII): "En la ciudad de Mini, populosa y rica en aquellos espantosos desvíos del orbe, un sacerdote indio, hombre nobilísimo, llamado Quilan, tenido por profeta, dijo que dentro de breve término acudiría á sus provincias, de hacia donde nace el sol, cierta gente blanca y bárbara que llevaría delante de sí la señal de la cruz. Y él fabricó de piedra la primera cruz, y pintó otras muchas en los patios de sus templos y adoratorios, para que de todos los indios fuesen vistas y reverenciadas„. Y es que, como á la América le tocaba una de las cuatro puntas, con que miraba la cruz á todas cuatro partes del mundo, previno á todas cuatro de su universal remedio.

CAPÍTULO XXVIII

DEL MODO CON QUE MOTEZUMA V SE HUBO EN LA PERSECUCIÓN DE SUS BONZOS

§ 1.° — *Causa y efectos de esta persecución.*

1. En parte se ha visto ya, y se verá después con más difusión, cómo los mexicanos, no sólo tenían ministros dedicados á sus ídolos, sino también una como hierarquía eclesiástica compuesta y formada de varios grados hasta un sumo sacerdote á que llamaban Papa; como lo dice Maluenda: "*Illud quoque est plane memorabile mexicanos habuisse quorumdam ecclesiasticorum ministrorum ordinem, quasi acolithorum, levitarum, ac sacerdotum, et statis, horis diurnis, pariter que nocturnis ecclesiastica officia persolvisse: atque ipsum supremum, summum que sacerdotem Papam nuncupasse*„. Añade también cómo tenían conventos de regulares y monasterios de monjas: "*Asceteria quoque, seu monasteria virorum, ac mulierum habuisse*„.

2. Con los disturbios, pues, de las guerras, y movimientos tantos de rebeliones, había sentido el estado de los bonzos y sacerdotes de los ídolos fieros destrozos en templos, casas y haciendas, agravándose los daños con las alternaciones de príncipes; y, ó fuese con el dejo de impiedad que influyen las armas, ó con la codicia que surte de los empeños y gastos, se les mostraban los ánimos de los seglares muy torcidos y con ceños de que se multiplicasen tanto aquestos sus eclesiásticos y creciesen tanto en temporalidades.

3. A las ordinarias censuras de su ocio y de su re-

galo, de su desahogo y de ser gremio que á la república le servía de poco y la consumía mucho, creció la persecución con la tempestad del nuevo rebelión que había movido el bonzo Otulpan, refundiéndose su odio sobre todos los de su instituto. Y así, como le vieron caído y aprisionado, ya por lisonjear al Emperador contra quien fraguó las sublevaciones, ya por colorir los robos que le habían hecho y los que maquinaban repetirles, á banderas desplegadas, todo el Imperio les perseguía en vidas, haciendas y honras, á todo arresto de artificios y calumnias.

4. Recurrieron al Emperador los bonzos representando la justificación de su proceder, para que, Príncipe tan de la razón y justicia, los amparase contra tan clara sinrazón y violencia, y confiados en que, monarca tan adicto al culto de sus dioses, procedería consiguiente en la protección de sus ministros y sacerdotes. Mas sus émulos alentaban la máquina de perseguirlos hasta acabarlos, demostrando al Príncipe, que, no sólo había sido Otulpan el arquitecto de tantas alevosías, sino que todos los bonzos habían sido artífices é instrumentos de aquellas ideas; y de secreto le proponían minas de ricos tesoros para llenar los vacíos de los erarios con cercenar las riquezas de aquel poderoso Estado.

5. Reforzóse el bando de estos recriminadores, concurriendo también al Emperador muchos diputados de las provincias con memoriales ajustados, en que pedían ó la extinción ó la reforma en la relajada vida de los bonzos, límite en sus casas, cota en su desmedido número, freno en su codicia, moderación en su altivez y apretada prohibición, para que no se introduzcan en las materias de Estado y gobierno público, que en todo metían la mano.

6. "¿En qué ley cabe (decían estos zopiros) que no se corte el arbol que se ve estéril, ó que la poda no quite ramas, que no sólo son ya de secas inútiles, sino que también de viciosas y extraviadas, son á las demás perniciosas? Muchas casas de los bonzos, á poco tiempo que fueron de fruto, ya se esterilizaron; otras de envejecidas hacen ya vicio; y es sin razón que sude y tirite el labrador todo el año para sustentar á los que dan ya más escándalos que ejemplos. No tienen qué llegar á la boca muchas virtuosas viudas, pupilos, huérfanos, y enjambres tantos de pobres; estánse arbitrando duros graváme-

nes de los pueblos para guarnecer las fronteras desmanteladas y engrosar los ejércitos disminuídos; gime el noble con ahogos, y vos, Señor, halláis exhaustas las cajas reales; y ¿será bien que las rentas y los frutos que sobran para tapar las bocas á tantas necesidades, se las embeban los bonzos y ministros de los ídolos, para vivir con suntuosidad de palacios y con opulencia de mesas, con abundancia de regalos, inventando artificios á las delicias, y añadiendo á los sainetes primores? Ellos ingeniaron comodidades en que exceden á los príncipes; ellos nos desentrañan á limosnas para fomentar sus pretensiones de dignidades, valiéndose de las minas de intercepciones y sobornos para dar asalto á sus puestos preeminentes; ni hacen tan ruidoso estruendo dos ejércitos empeñados en la batalla, como los bonzos hacen, cuando, divididos en bandos, se juntan á distribuir sus oficios, de que surte que los saquean los que más pueden y menos lo merecen„.

7. "El fin de nuestros mayores en franquear limosnas y hacerles mandas fué, de que tomando para sí lo preciso y decente á una profesión regular, dispensasen el residuo á los pobres de sus pueblos. Cumpliéndolo así los primitivos bonzos y sacerdotes que, dedicándose de corazón al altar con sus preces y virtudes, negociaban en el cielo beneficios universales. El desprecio de lo humano les conciliaba gran estima, y el retiro les atraía mucho séquito. Tenían los pueblos á logro poner su hacienda en tan buenas fincas, como en desustanciarse para el sustento de los que, con su ejemplar vida, les redituaban muchos favores de los dioses y largos socorros á los necesitados„.

8. "Degeneraron las plantas, y es ya erial lo que era jardín. Háse trocado lo solitario en bullicio, el retiro en entretenimiento, la austeridad en placer, lo más cándido en más político, la modestia en desahogo. Arrojos y tropiezos se ven en los de su profesión á que no igualan los del más distraído seglar. Asegurada la vida, y sin recelo de pena, se engendra audacia á cualquiera culpa. Sólo les queda á los más un velo de azul celeste. La luna, con la cercanía á la tierra, da á conocer más sus manchas; y más se impresionan los bonzos de nuestros humos con tanto trato, que nosotros participamos luces con su comercio„.

9. "Lo florido y acomodado de tan apacible senda pone á los nobles acíbar en el áspero rumbo de la guerra. A esta mesa franca acuden todos Estados, no por culto de las aras, sino por acomodar á poca costa á los hijos, y con mira de que los den á logro, para sacar de sus talentos crecidas medras, considerándolos desde las cunas con ricas ínsulas, con detrimento de la milicia y del matrimonio. Estáncanse en sus claustros las haciendas, sin que corran los remanentes por los linajes, con que se debilita la sustancia de un Imperio en posibles y gente para acudir á tantas incumbencias militares y civiles. Cuando se ven en los tronos de los puestos al tenor que los pretenden los manejan; y si no hubo rectitud en solicitarlos, ¿qué proceder tendrán al poseerlos? Insulas que se tejieron de marañas, ¿cómo podrán ser lazos de virtudes? ¿Cómo servirán de riendas al desenfrenamiento de los súbditos? Así como el orden armónico del mundo pende de las inteligencias que presiden al movimiento del primer cielo, así de nuestros eclesiásticos el que la república viva con concierto. Muy desconcertados andan estos relojes, y así en los pueblos se ven tan derregladas las costumbres„.

10. "Gemidos y clamores, gran Señor, dan las ciudades y reinos, porque el dia de hoy no se ven sino altos chapiteles de bonzos, ricos edificios de bonzos. En los campos, todos son heredades de bonzos; todo es ganados de bonzos. En las plazas, todo es bonzos; bonzos en todas las calles; traza tenía el Imperio mexicano de ser un mero Imperio de bonzos, y ya lo fuera á no haber reprimido, vos Señor, con la espada al bonzo Otulpan, que no tuvo otro designio aquel aleve alborotador sino que fuésemos todos bonzos, ó que los bonzos fuesen de todo absolutos señores. Poned, pues, gran Emperador, modo á tan desmedido exceso; y, pues su profesión los enclaustra en círculo de vida estrecha, obligadles á que ciñan la disciplina tan relajada. Será lisonja á los dioses que se descaspe la maleza de sus ministros; será lustre del Imperio que se despabilen sus luces, y gloria de vuestra imperial [corona] cumplir con tan propia obligación„.

11. Dió el Emperador muestras de que de aquella invectiva, aunque no todo, pero que la creía en parte, y haciendo seña de que perorase el diputado de su brazo eclesiástico, diz que razonó del modo siguiente:

12. "Gran Señor, ¿qué rosal, por más florido que fuese, parecería hermoso, si, desviando la vista de las rosas, la clavasen sólo en las espinas? ¿Y qué héroe merecería los lauros de la fama si se inventariaran sólo sus vicios? Por las secas ramas van la malicia y la calumnia tirando golpes y en agostadas hojas esgrimiendo sus aceros. Son las comunidades de los sacerdotes mexicanos, y las de los bonzos regulares, como el más cultivado vergel, que entre ramilletes de perfecciones tienen cualque matas y hierbas descompuestas. Vicio es de la Naturaleza en la multitud de plantas, no deshonor del jardín condecorado con pluralidad de flores„.

13. "Señor, la razón de Estado que se lee en la escuela de aquestos nuestros censores, no reconoce en su corazón otra deidad que su conveniencia, ni otro Dios que su interés, siendo ellos las sedientas esponjas de los erarios públicos y de la sangre de los pueblos, para vivir con más pompa que su Príncipe, y fundar Estados á igualda de los reyes; aquestos siempre calificaron de malogro cuanto al cielo es de servicio, con ansias de encanalarlo todo á su aumento. No pueden ver sin ceño la plata en las lámparas, de que quisieran labrarse más faroles; ni el oro en los vasos de los sacrificios, sino fundirlos en vajillas para sus aparadores. La riqueza de las aras, los aromas de los incensarios para sus camarines, los preciosos bultos de los dioses gustáran de que adornasen sus quintas por estatuas de sus fuentes; no cabiendo ya en majestosos palacios no pocos que nacieron en ruines chozas, y rebozan la llama de su codicia poniendo su misma infamia en rostro á los bonzos, y atropando sombras contra los que son la luz y esplendor de América; contra los que siempre fueron oráculos en las más oscuras dudas; contra los que en sus talleres de rectitudes, de parsimonia y modestia, formaron los más esclarecidos varones que, como sus semidioses, se veneran en las aras„.

14. "Siempre, ¡oh, gran Monarca!, nos fueron sospechosos de que creen muy templadamente en los dioses y en la inmortalidad del alma que profesamos; este linaje de gente que, á bulto y sin distinción, aborrecen y calumnian á nuestro gremio eclesiástico, que si su celo fuera ajustado, no tirara como tira á desarraigarle de la tierra, sino á que se ajustase á sus moldes. Es verdad que nuestras casas, algunas, entre muchas ruines, son muy suntuo-

sas; fábricas y fundaciones fueron de príncipes que honraron así á los dioses y á sus sepulcros; atendieron á eternizar sus memorias con la duración de constantes obras; empero á nuestras celdas de ordinario se miden con nuestras reglas; y es así, que están pobladas de nobles muchos, y de ingenios muy eximios, mas nuestra profesión no hubiera sido á la república de tan gran utilidad, si se compusiera de la plebe y de la ignorancia. Ni es indigno empleo de la nobleza el servir á las deidades, no teniéndose á malogro servir á los emperadores„.

15. "Débese á la parsimonia y razón con que vivimos el que tengamos en pie las poblaciones en que habitamos; que, con sus desperdicios y vana economía, los seglares se consumen y se convierten en páramos sus estancias. De los que somos aborrecidos por desemejantes en procederes, somos contados uno por ciento, como á la vela encendida le multiplican las sombras, cuantos á su oposición se interponen cuerpos opacos„.

16. "Confieso de plano que Otulpan era bonzo, y que fué rebelde. Había él tomado el primer tinte de los políticos en la escuela de los áulicos, y cursado poco tiempo en la Universidad de la Rectitud. Pero recio caso es, que por un Otulpan bonzo hayan sobrevenido á todos nuestros eclesiásticos tan apostados disturbios, ya con públicas invasiones, ya con secretas minas de calumnias y de tiranos designios. Desgracia muy común es de la tela rica el que disimule menos la mancha, y que sea escándalo á toda nuestra jerarquía un aleve Otulpan bonzo, no siendo en tantos senadores, caciques y grandes, con otros cincuenta mil hombres, que se alistaron á su sublevación y le aclamaron por capitán, la menor nota de traición; y que éstos mismos, habiendo sido con él reos, tan sin rubor ahora se hagan sus actores. Él fué agraviado en no permitirle ser oído, y, por honda, su política ha quedado en sí misma sepultada; pues fué su leal intención, con aquel pretexto de rebeldía, detener en otro asunto todo aquel gentío que volaba á las banderas de Tulucanti, y hubieran inundado al emperador Otoy. Mas, como se premian traiciones manifiestas se castigan lealtades escondidas„.

17. "Así que, Señor, vuestra Majestad, como sustituto en la tierra de las deidades del cielo, sea protector de sus ministros, y esté tan persuadido como asegurado que

son los más finos, los más desinteresados y los más adictos á su imperial servicio, los que sirven más de corazón al cielo. Todos blasonamos de que servimos á nuestro Príncipe, mas con esta diferencia: que los más en la navegación de este bajel sólo usan de la aguja de marear para su propio interés, que fija la mirada al cielo; mas nosotros, que nos guiamos por aquel único norte, ponemos sólo la presa á las utilidades del bien común y al servicio de nuestro gran Emperador„.

§ 2.°—*Resuelve el Emperador la causa de los bonzos é instituye el orden militar de La Flor.*

18. Habiendo juzgado el Emperador, de lo que había oído, que debía servirse de los calumniadores de los bonzos, como se valen los médicos de las sanguijuelas, no para sacar toda la sangre del enfermo, á que anhelan con ansia aquellas sabandijas, sino sola la que pida la dolencia, después de consultado el punto con los más cuerdos y desapasionados de su Imperio, tomó en la resolución un corte que fué plausible entre los bárbaros y de que fueron aprobadores los estadistas.

19. Decretó, pues, que se publicase por toda la monarquía un edicto de un sumo sacerdote, en que daba como dispensación general á todos los bonzos y sacerdotes de los ídolos que quisiesen mudar de Estado y de profesión. Al eco de este indulto mudaron de hábito innumerables, poblándose las campañas de soldados, los obrajes de oficiales, los comercios de mercaderes y aun los bosques y caminos de salteadores. Conque se despumaron aquellos sus monasterios de díscolos, de inmodestos y relajados, gente casi toda plebeya y que, por haber nacido con pocas obligaciones, no sabían arreglarse á aquel estado.

20. Perseveraban muchos nobles de los que, reservando desvanecimientos de sangre, introducían en sus claustros las delicias, las preeminencias y procederes más de señores que regulares; y los más destos cayeron en la red que les armó el Emperador, sacándoles de la celda á la campaña, con hábitos de sus órdenes militares.

21. Disminuída la muchedumbre de bonzos pasó á fundir muchos monasterios en uno, dando forma á que

sus templos fuesen á toda magnificencia suntuosos, y que las moradas de sus ministros á toda moderación decentes. Puso coto á pródigos ingresos de oblatas, limitando en los seglares las donaciones y mandas, y con método de que el residuo de lo preciso para su alimento se distribuyese infaliblemente á los pobres; con que aquellas casas no se relajarían por ricas y recobrarían la benevolencia de los pueblos, viéndolos como tazas de fuentes que perennemente dan de lo que continuo reciben sin quedarse con lo que rebosan.

22. Y como con la extinción de tantas casas de bonzos vacasen rentas, heredades, fábricas y poderosas haciendas, de todo dispuso el Emperador con tal arte, que sin disfame de avaro utilizase á su regalía. Tenía advertido que sus órdenes militares de los auriculares y teuclides, instituídas para nervios de la guerra, se habían trasladado á ejecutorias de sangre y á ilustre adorno de gala, y juzgó por menos arduo fundar una orden de nuevo que reformar los enviciados y envejecidos, y acaso la emulación despertaría en los dormidos los bríos para renovar sus heroicos hechos.

23. Erigió, pues, otra orden de Caballería, que intituló del Maguey, dándoles por insignia la flor de aquel árbol, que, por célebre de tantas y varias utilidades, le empeñaría su memoria en conveniencias maravillosas de la república. Y señalóseles por esfera de su instituto la guarda de los dos lagos y costas del mar del Sur con sueldos, encomiendas y privilegios, graduándose en los honores, no á título de antigüedades, ni por más nobles, sino por más número de cabezas que cortasen de enemigos. En el destrozo de su Estado, no sonaron clamores de los que suponían más entre los bonzos, que les cerraron las bocas con promociones á dignidades; y con la suave marea de puestos altos, ó curaron las heridas, ó adormecieron el celo de verdaderos pastores.

CAPÍTULO XXIX

GUERRAS CIVILES QUE INQUIETARON Á GUEGUE, MOTEZUMA V, EMPERADOR DE MÉXICO

§ 1.º—*De cómo los bríos de sus hijos prorrumpieron en movimientos de guerra.*

1. Para vincular sus aciertos y prosperidades tuvo este Motezuma V muchos sucesores. Dióle la Emperatriz su mujer, cuatro varones y una hija de tan reales prendas que cada uno era digno de la corona. Fueron en la niñez las delicias del Imperio, y, creciendo en años, fueron melancolía de la República.

2. No le estorbó al padre el cariño para tener tirante cuidado de ajustarles á sus obligaciones las riendas que con impaciencia sufren los príncipes jóvenes, ya enarmonados con la soberanía de la sangre, ya engreídos con las sugestiones de las lisonjas. Quiso el mismo Emperador ser el ayo de sus hijos por imprimirles mejor las debidas instrucciones en la crianza, que no tienen atención á maestros ó ayos vasallos; y porque la aplicación destos es sólo á galantear sus agrados para merecer en adelante ser sus favorecidos y rehusan exasperarles con las puntualidades de la entereza, inconveniente de más perjuicio. En el monarca que se cría sin padre y se cría con una educación libre, sin haber sabido jamás qué es freno, maravilla será que no gobierne á lo desbocado.

3. A los primeros esbozos de aquella numerosa juventud advirtió el Emperador cómo instaba ya un ordinario peligro (que, como el curso de los elementos, si se les

cierra una senda, tomarán otro camino); así, si les impedía travesuras de solteros, daría en el inconveniente de verlos tempranamente casados. Diérale también pesadumbre el sentirlos de apocados pensamientos, y ponianle en cuidado sus ánimos orgullosos. ¡Oh, hijos! ¡Oh, sucesores, que, si faltan, toda la vida es suspiro, y si los hay, sois continuos sustos y sobresaltos!

4. Apenas, pues, por orden del Emperador, declaró el supremo Senado por Príncipe heredero del Imperio al hijo de más edad, cuando le casó con la única heredera del Rey de Chiapa, á la cual sobraban Estados, y le bastaban por dote las excelencias personales para la elevación imperial; con que desvió de sí el Emperador al Príncipe, haciéndole asistir con su esposa en la corte de su suegro, y á los tres hijos infantes les ocupó en gobernar los tres Maestrazgos de sus ordenes militares, dándoselos en gobierno, no en propiedad; porque aquella espiritosa milicia tuviese más dependencia del Emperador que de sus maestres, con ser amovibles, y se quitase el fundamento de movimientos y orgullos, que influyen tan eminentes y poderosos cargos cuando son perpetuos.

5. Entre las ricas preseas que dió el Emperador en la despedida al Príncipe su hijo, dicen que le dió también por joyas semejantes advertencias: "Deberás á mi sangre y á mi delecto el derecho á tan amplia y poderosa monarquía como es el Imperio mexicano; y á mi prudencia deseo que debas el conservar la corona: siendo no menos arduo el conservar que el adquirir, y aun suele ser mucho más; pues en lo uno entra á la parte el acaso, y en el otro lucen el valor y el arte. Conque, por si no nos viéramos más, desde ahora te participo una pauta de mis aciertos„.

6. "Así como en el horizonte del mundo soplan cuatro vientos con varios colaterales, á ese tenor los cuatro vientos con que respiran y alientan los Estados son religión, honra, vida y hacienda, con otros accidentes que se ladean á estas sustancias. Cuando padece alguna destas partes, se turba y alborota la forma del gobierno. Los cuatro elementos también son idea que debe mirar un Príncipe. En la tierra te figurarás al pueblo; no le tales atributos, sino pódale á sus tiempos, y con destreza más que con codicia. En el fuego considerarás á la nobleza de alto espíritu é ilustre: despabílala y no la apagues. El agua te representará á nuestro brazo eclesiástico, sobre

cuyo Ministerio navegan los demás gremios. En el aire se figuran los tribunales y magistrados, que en la república purgan los malos humores: para conservar la salud influyeles vigor, pero no tanto que, con destrozo de los vasallos, monten en huracanes estimulados de avaricias, ambiciones, y tan intolerables como monstruosas altiveces„.

7. "La aguja para esta carta de marear en común es, que procedas siendo Príncipe como si fueras vasallo. Ten á dicha la dignidad por la ocasión de hacerles á muchos bien, y poder aprisionar con beneficios los corazones. Cuando castigues, no te olvides que eres padre de la Patria. Inclínate más á lo piadoso que á lo severo. La clemencia á solas licencia culpas; el rigor á secas mueve á despechos; la mezcla (como de granada agridulce) ha de medirse echando más cantidad de blandura que de dureza. El ser modesto en decir y escuchar tus alabanzas, te autorizará con los cuerdos y enfrenará á los aduladores, que son la más nociva peste de los palacios„.

8. "Una mentira en un Príncipe es de sumo perjuicio para su crédito, y nadie más necesita de crédito que el trato de los príncipes que tienen con los suyos y extraños tanto comercio. En sintiéndote una vez con falsías y redobles, aunque después te hagas el mismo candor y sinceridad, no harán de ti jamás confianza, y es el logro de un engaño el hacerlos á todos cavilosos. El guardar secreto es el alma del gobierno, como son necesarias las hojas para escudar cubriendo en los árboles los frutos. A los ingenuos rendirás con favores, como la cera se derrite en los rayos benéficos del sol, pero á los de villana ralea, como encinas, no les harás dar fruto si no es á palos. Sé generoso y serás, aún de los desinteresados, bien quisto, y la largueza es un manto ó sobretodo que palia todo defecto. No viene bien el ser ruin con ser señor; pero da como el reloj á sus horas y evita prodigalidades que después te precisen á codicias y á violencias. Sean las dádivas de lo que al presente tienes á mano, para que procedas con tiento, que en los libramientos de futuro se va con poco recato, por no doler entonces lo que se libra y dolerá después mucho„.

9. "Lo afable, lo humano, á todos les es debido; el exceso hace despreciable, la falta aborrecible. Unos días de niebla le hacen al sol deseable. Tu hablar sea á lo de estilo

geográfico, que ciñe á breve papel la univers[al]idad del mundo. No blandee tu entereza al soplo de lisonjas ó intercesiones para torcer de la rectitud y la obligación, sin hacer por eso caso del que murmura, ni de la pluma que satiriza, que enderezando el águila, fija siempre la vista al sol, lleva las alas y el vuelo en fiel„.

10. "No resuelvas sin consulta en materias de Estado y puntos de justicia, que, quejosos tus ministros, censurarán entonces de malos los sucesos buenos, y, en los desaciertos, apoyarán las excusas los que conformaron en pareceres. En las propuestas de los negocios, si insinúas tu voluntad ó tu inclinación, no es pedir, sino arrostrar los consejos. En dificultades graves da tiempo á los que consultas, si no es que quieras llamar á tus consejeros, como á poetas para hacer coplas de repente; la celeridad caiga en la ejecución de lo que se ha maduramente resuelto, y constancia en lo que se determinare, porque andar variando prenáticas y decretos, es de desdoro y de daño, comola variedad repentina de los climas es perjudicial á los cuerpos„.

11. "Sírvete de tus ministros y vasallos como del arpa, que para la armonía se han de tocar las cuerdas, no por de más bulto, sino las que son para el designio de la música más á propósito. En la desordenada distribución de los oficios consisten las fatales dolencias de los reinos, como las enfermedades del cuerpo humano provienen, las más graves, de la sustancia mal digerida del estómago, que va maleando como se va distribuyendo á todos sus constitutivos. No añadas leyes á leyes, sino haz guardar con exactitud las comunes del Imperio y municipales de los pueblos. Y, por no incurrir yo en lo que disuado, no añado más instrucciones, sino fundírtelas todas en que siempre acudas al decoro de tu persona y al bien y aumento de tu Imperio„.

12. Aun no habían concluídose las fiestas de las bodas, cuando ni el Príncipe cabía en el palacio del Rey su suegro, ni sus cortesanos de México en la corte de Chiapa, con ser entonces de esplendor y amplitud real. Era al ardimiento de aquellos áulicos suma melancolía encarcelarse en el ámbito de tan estrecha corona, mientras el Emperador (que aún no había encanecido) dominase siglos en el inmenso orbe del Imperio. Como fuesen todas sus pláticas de México, todas sus ansias de absoluto y

mayor dominio, atrevidos y aun premiados los lisonjeros encendían en el ambicioso joven los deseos, y licenciábanse á los discursos de las más temerarias trazas para cumplir sus deseos: siendo este linaje de consejeros como los malos médicos que matan con sus recetas, y salen de sus consultas con premios en vez de castigos.

13. Pensamientos tan veleros en juicios de pocos años, vienen á ser velas desmedidamente grandes en bajelillos pequeños, que dan con ellos á fondo en vez de acelerarlos al puerto. Y ya que les puso horror la enorme especie de quitar violentamente la vida al padre (que la juzgaban eterna, según les parecía larga) trataron de abreviársela á pesadumbres, inquietándole con guerras; teniendo más que hacer en buscar colores para pintar justificados pretextos, que en armar ejércitos y solicitar sublevaciones y alianzas. ¡Quién creyera que aun entre bárbaros cupiera la malicia ó sutileza de resolver sin razón, y después buscar razón para apoyar lo resuelto!

§ 2.º — *De cómo el Emperador procuró quietar al Príncipe su hijo.*

14. Tuvo noticias el Emperador de los designios y movimientos de Chiapa y de la prevaricación perjudicial de su hijo, y aunque le aconsejaron y ofrecieron desviar aquel ingrato estorbo de su quietud y prosperidad los de secta, que no reparan en la malicia é infamia de los medios con que tengan conducencia para sus fines, no les dió oídos el padre, apelando á los del cariño y de la prudencia, y si hubiese de venirse á las armas hacer la guerra antes al vicio que á la persona. Envióle, pues, al Príncipe, un senador de gran testa, y que solía ser al Príncipe grato (dos cosas que dan á los embajadores aciertos) para que le hablase de su parte y le pusiese en razón, ofreciéndole cuantos partidos quisiese, que á todo vendría su amor paternal; mas que, si se obstinase, le batiese con amenazas hasta fulminarle los extremos de los rigores.

15. Supo el experto enviado deslumbrar los ojos de los que guardaban al Príncipe los lados, y hablarle en esta sustancia á solas: "Vengo, Señor y Príncipe mío, de parte de vuestro padre á hablaros sobre materia á que su Majestad no acaba de dar crédito, aunque de ella tie-

ne muy bien fundada noticia, y que, llegando yo á palparla, aun no me arrojo á creerla. Porque ¿cómo cabe en tan bello juicio avanzarse por violencia á lo que os ha de venir de grado? El batallón de vuestra inquietud le arma sólo la impaciencia del esperar los términos de una vida, que os la pintáis en vuestro padre tan larga como la propia. Pero ¿de dónde os presumís el atajo de quitarle con la guerra la corona?„

16. "Mirad, Señor, que su Majestad tiene muy calificadas pruebas de su valor en muchas batallas, que le han laureado muchas victorias. Es notoria su pericia militar, su prudencia en lo civil, su gran fondo en las materias de Estado, que reposa sobre los embates del Imperio como los delfines sobre las borrascas del mar. A todas las plazas las tiene su providencia, no sólo bien guarnecidas, sino cerradas con sobrellaves de alcaides de finísimos aceros, los ejércitos á punto, nunca el Imperio más pronto convocaráse todo, á un golpe de su bastón, á campaña. A tantas luces no se deje V. A. cegar de los que hacen mercancía de la lisonja, gusano que taladra la medula de los cedros y quita el rubor á las púrpuras„.

17. "Vos, Señor, os halláis pupilo en un corto principado sin medios para mantener por largo tiempo las armas, mendigando unos socorros que mudaran casaca á los primeros azares. Naciones varias y pueblos determinados á un fin, no le buscan jamás con el mismo fin: como por un mismo camino corren todas las líneas á un mismo centro, y muchas veces están juntas y son contrarias; y si la fortuna os corriese bien, desangraréis con extrañas lancetas á vuestros mismos vasallos, y repartiréis vuestro mismo Imperio con los que son vuestros mayores enemigos, congratulándose de verter la sangre del padre, para revolver las puntas contra el hijo: como la zarza que, debajo de la flor con que regala, emboza las espinas con que hiere„.

18. "Vuestro asunto es de gran escándalo, y amenaza asombro el suceso, cuando aun podéis con reposo y aplauso poneros en el seno de vuestro padre, que os está ofreciendo el pecho con el cetro y con el solio. No apuréis su mansedumbre, que el manso cisne de paternales canas, en irritándole hará piezas en el aire al águila más valiente, y será mejor rendirse á la suavidad de un bocado, que á un cabezón duro y á un gatillo„.

19. Así razonó aquel ministro, mas en vano, porque connaturalizados los oídos del Príncipe á los encantos de la adulación, hízole disonancia la verdad; y los de su gabinete clavaron toda aquella artillería de razones con el hierro de mal aplicadas máximas como: "que un hombre sabrá perdonar ofensas como padre, mas no como Rey, contra quien, si una vez se desenvaina la espada, se ha de arrojar la vaina también; que, con el empeño de la noticia, no restaba acreditada fianza para que el Príncipe viviese seguro y el Emperador satisfecho; que esta embajada, entre muestras de caricias, envolvería el estratagema de dilaciones para resfriar el primer fervor de los aliados, y aun impresionarles con dudas si se olía trato de paz, y recargaría en ellos todo el peso y aparato de aquella guerra„. Tomó, pues, el Príncipe por expediente pedirle al Emperador partidos, como si vencedor ya le diera leyes, tratando luego de poner manos á las armas, enterado de que su propuesta era digna de repulsa, y que correría la voz de que por él no había quedado el ajuste de la paz.

§ 3.º—*De cómo la guerra que se comenzó con sangre, se concluyó con una general peste.*

20. Al primer toque de caja que publicó la guerra entre el Emperador y el Príncipe su hijo, toda la América Septentrional entró en sumo cuidado. Iba mucho en el acierto de escoger facción y no era segura la neutralidad. Todos conocían el desalumbramiento del Príncipe, pero en llegando al frangente del disturbio, no se examina la causa, sólo se pondera á qué balanza se ladea el riesgo ó el logro. Envidiaban y temían la soberanía del Imperio, y quisieran, sin entrar á la parte del dispendio, dar todo color á su cadencia; y en suposición de haberse de declarar, unos se inclinaban á la facción del padre, en quien veían más poder y respetaban su experimentado valor, otros propendían al hijo, prometiéndosele más agradecido feriándole socorros, cuando más necesitado. Hubo quien socorría al Emperador con oro y al Príncipe con gente, y aun repartía con gran arte en los dos campos sus hijos, por asegurar un arrimo y no aventurarlo todo, y en cualquier suceso tener al vencedor obligado.

21. Seis años duró la guerra civil sin que el Empe-

rador perdiese plaza ni el Príncipe aflojase en su temeridad; éste, impaciente con los términos regulares de un sitio, en que se perdía tiempo y gente y se resfriaban los aliados, anhelaba para reducir su pretensión á una batalla; su padre quería vencerle moliéndole con demoras más que destrozándole á toda ruina. A los coligados de ambas facciones les era paga de tantas costas tener así divertidas y gastadas todas las fuerzas de México, con que lograban el fruto de esperar más que temer.

22. Pues como las guerras continuadas por tantos años habían repetido talas por las provincias y estorbado la cultura de los campos, y como el cielo, parece que abominando tan impíos odios, hubiese negado sus lluvias, empezó el hambre á hacer camino á la peste, inficionándose tanto el aire que cada respiración era un veneno, y cundió con ardimiento tanto el contagio que no le resistían resguardos de sanos climas, ni retiros de soledades, ni preservativos de preciosas confecciones, ni poderosos que no embistiese, ni majestades que respetase: todo el Imperio parecía un teatro de la muerte.

§ 4.°—*Muerte de Guegue, Motezuma V, Emperador de México.*

23. No una, sino muchas veces, murió este gran Emperador, viendo morir antes á la Emperatriz y á sus cuatro hijos varones. Antes de herirle la landre nadie deseaba tanto la reserva de su propia vida como la de su Emperador, que por el conocimiento de sus majestosas prendas y por la experiencia de su admirable gobierno se pasaban de quererle á idolatrarle. De aquestas ansias movido el supremo Senado ingenió que se labrase en la gran laguna, sobre embarcaciones muy unidas y amarradas, un movedizo palacio con todos los aprestos que condujesen para antídotos contra aquel general veneno. Y aquí, con sumas instancias, le rogaron se retirase, pues de su salud pendía la universal.

24. El Emperador aceptó aquel artificioso defensivo para resguardo de la Princesa, su hija, única prenda ya y heredera del Imperio por muerte de todos sus hermanos varones, y él se quedó en su palacio cuidando del universal gobierno; de donde, después de haber socorrido á

México, como al corazón de la monarquía, con su asistencia, despreciando todo peligro, por dar á sus vasallos en tal conflicto común consuelo, salió á proveer por muchas provincias cuanto juzgó de utilidad al bien común, amparo de desvalidos y refugio de tantos necesitados, hasta morir entre las funciones de su piedad, más padre que Emperador, y herido del contagio como los demás.

25. La nueva de su dolencia fué como un parasismo á todo su Imperio; olvidados de sus males concurrían con víctimas á sus aras, ofreciendo sus vidas en sacrificios porque los dioses le reservasen la de su Príncipe. La pena de aquel gran riesgo les hundía las agonías de sus muertes, extáticos todavía con el asombro de su asistencia, cuando los más íntimos parientes huían de su vista, y que como benigno astro influía en todos salud. Sus finezas le granjearon, de presente las mayores demostraciones de amor, y para en adelante memorias que en duración compitan con la eternidad.

26. Príncipe que, sin duda, no sólo en la esfera de los américos bárbaros fué esclarecido, sino que pudo pasar á la clase ilustre de los europeos más cultos; y, á tener el carácter de católico, sus procederes lograran altos realces. El fué en las prosperidades, modesto; en los azares, constante; en la campaña, adelantado. Héroe de magnánimos espíritus, que los espaciara en el dominio de toda América á no haber sido sus hijos rémoras de sus ideas. El arrojarse al incendio del contagio para atender á sus pueblos, fué el más retórico epitafio de su sepulcro y glorioso epígrafe de sus hechos. Tendría como gentil sus vicios, mas alejó esas sombras con el mucho esplendor de sus acciones, y la benevolencia de todos sus vasallos puso los ojos en sus procederes, como se vuelven las espaldas á las sombras del ocaso los que fijan la vista á los rayos del sol en el oriente.

§ 5.º—*Cosas raras que se notaron en tiempo de este Motezuma V.*

27. En la era de este Emperador, hacia los países de Malinalco, siguiendo unos cazadores á un tigre herido, se empeñaron á entrar en cierta gruta, adonde descubrieron un tesoro sobre que yacía un bulto grande de piedra con

figura de hombre, con armas de oro y pedrería muy preciosa; vino á manos del Emperador, que, filosofando á lo político sobre la forma de aquella estatua, entabló en sus sucesores una muy útil razón de Estado, como el tener los Emperadores de México de repuesto gran tesoro, con que se hallarían siempre armados, que eso indicaba aquel bulto con su materia constante y con el tesoro armado, para no verse en ocasiones de empeño mendigando donativos, ó agravando de rebato á los súbditos con tributos, perdiendo lances con la tardanza de recogerlos, ya de reparar una rota, ya de socorrer una plaza, ya de proseguir alguna conquista.

28. Practicaron esta máxima los demás emperadores, y parte de este tesoro alcanzó á ver Bernal Díaz del Castillo (cap. 93) diciendo en su *Historia*: "Vió Hernán Cortés en una pared una como señal qne había de puerta que estaba cerrada y muy bien encalada; y secretamente se abrió, y cuando fué abierta, Cortés con ciertos capitanes, entraron primero dentro y vieron tanto número de joyas de oro, é planchas, é tejuelos muchos, y esmeraldas, y otras muy grandes riquezas, que quedaron elevados y no supieron qué decir de tantas riquezas„.

29. Este tesoro, ó parte de él, vino á parar en poder del rey Francisco de Francia, por el modo extraordinario que refiere Bernal Díaz, diciendo: "Llevaron la recámara que llamamos del gran Motezuma, y fué un gran presente al fin para nuestro gran César Carlos V, porque fueron muchas joyas muy ricas, y perlas tamañas algunas dellas como avellanas y esmeraldas; y ya que iba el Alonso de Avila con los dos navíos camino de España, topa con ellas Juan Florín, francés cosario, y toma todo el oro y navío; y entonces dijo el Rey de Francia, ó se lo envió á decir á nuestro Emperador: "¿Que cómo habían partido entre él y el Rey de Portugal el Nuevo Mundo sin darle parte?; que mostrasen el testamento de nuestro padre Adán„. Hasta aquí Bernal Díaz.

30. Fué también memorable caso de aquel reinado, el encuentro que tuvo una armadilla de piraguas mexicanas en las costas del mar del Sur con unos bajeles derrotados en que venían hombres gigantes, y escogieron morir antes que dejarse prender, con que no se supo su país; y en las guerras civiles Motezuma V envió algunos cadáveres destos gigantes á los rebeldes tlascaltecas y á su

aliado el Rey de Coyabazán, blasonando de que, quien tenía soldados que despedazaban jayanes, mejor acabarían con pigmeos.

31. Destos huesos de gigantes envió después Hernán Cortés á Carlos V, y lo escribe Bernal Díaz así: "También enviamos unos pedazos de huesos de gigantes, que se hallaron en un templo en Cuyuacan, que eran según y de la manera de grandes otros zancarrones que nos dieron en Tlascala, y eran muy grandes en demasía„; y el P. Acosta, (lib. I, cap. III) dice: "Nadie se maraville, ni tenga por fábula lo destos gigantes, porque hoy día se hallan huesos de increíble grandeza. Estando en México, año de 1586, toparon un gigante destos enterrado en una heredad nuestra que llamamos Jesús del Monte„.

32. Aunque la principal causa de la peste que trabajó á México imperando Motezuma V, fué la continuación de la guerra y la esterilidad del campo, en parte se atribuyó á que, habiendo un huracán afondado innumerables embarcaciones por las costas de Yucatán y Guatemala, un gentío de marineros fué entonces cebo de caimanes y tiburones, que encarnizados en los cadáveres salieron á tropas y salteando las marinas, y fueron tantos los muertos que inficionaron el aire. De estas fieras, escribe así Bernal Díaz (cap. 163): "Cargaron tantos tiburones á los tocinos, que á unos marineros que se echaron al agua, los tiburones apañaron á uno de ellos, y si de presto no se volvieran los demás á la carabela, todos perecieran según andaban encarnizados„.

33. Antes de embarazarse en las guerras civiles Motezuma V mostró gran primor en el arte militar, astucia, ingenio, valor y prudencia, con conocimiento de sus fuerzas y comprensión de las de los enemigos; espiábales los intentos, é interceptábales las excursiones, prevenía sus descuidos con logro de sus propios cuidados; él sazonó muchas dichas esperando á que se las madurasen los tiempos, con que feliz en conquistas, además de otras victorias, como de señaladas empresas hace mención de doce ciudades Ricardo de Alencastre, autor inglés, en sus opúsculos de la América, diciendo: "*Guegue Motezuma filius Otoy regnavit annis novem supra viginti, subjugavit Coyatlavacan, Mamaluax, Tepec*, etc„, con las demás que por su áspera nomenclatura se omiten.

MOTEZUMA VI

LA EMPERATRIZ DE LOS MEXICANOS LLAMADA TLOTAPEC

CAPÍTULO XXX

CORONACIÓN DE LA EMPERATRIZ Y ESTRENAS DE SU GOBIERNO

§ 1.° — *Posesión de la corona.*

1. Fué esta Princesa la mujer más feliz que tuvo jamás la América. Empezó su fortuna á labrarle de las desgracias las dichas (que tiene químico genio erigiendo á veces con el barro de las ruinas ricos alcázares de oro). Ella alivió la pena de quedar sola con el gozo de no sentir compañía en el mando. Cuanta benevolencia atesoró el Emperador su padre con heroicidades, y sus hermanos con las más plausibles prendas, fué como un sembrar sudores para que esta señora gozase el grano del cetro en los descansos del solio y disfrutase de todos sus súbditos fértil cosecha de agrados. Esta estrella de bien quistos es vínculo hereditario de la casa de Motezuma con la ingenua suavidad de naturales, que hay linajes que heredan las excelencias ó vicios de sus pasados; así lo observaron Roma y España en muchas de sus primarias familias.

2. Sería la Emperatriz como de veinte años cuando ciñó la imperial corona, que parece haber nacido como la abeja en la miel, ó como el ave de las islas Fortunadas, que vive de los aromas. A juicio común de aquellas gen-

tes, sus calidades de cuerpo y alma eran muy dignas del Imperio: majestad de aspecto con hermosura de rostro; en el modo y agrado, en las palabras fondo, en las acciones peso y en los ademanes casuales señoríos; parecida á la palma, así en la proceridad del talle, como en las ramas de partes, conque, asentando sobre el mérito la suerte, halló firmeza en el trono.

3. Observándola su padre muy hábil con un como innato instinto la había aplicado á estudios propios de un Príncipe heredero, que la aprovecharon después para que no la paralogizasen sus ministros en los negocios; y de su trato se le pegaron muchas máximas de Estado. Hablaba con soltura varias lenguas, adquiridas con la conversación de las damas y meninas que eran de diferentes naciones; y la lengua y estilo que por áulico y más pulido llamaban *reverencial* los mexicanos, la usaba con tal cultura que sus razonamientos en el Senado se aplaudían, así por las voces, como por los conceptos.

4. Tanta copia y excelencias de talentos allanó la suma dificultad de ser mujer y la coronación por Emperatriz, siguiéndose con las festivas demostraciones de su coronación el olvidar los lutos y funestidades de la peste. Complacíase el pueblo en que tuviese el cetro una mujer, en cuya blanda mano tendría débil impulso para el golpe; prometíase la milicia más licencia, los bonzos más cabida y el Senado más dominio, y todos más libertad y reposo. Pero la Emperatriz, representando paz en la boca, tenía como el más importante depósito en el pecho el cuidado incesante de la guerra, enterada de que el apresto pronto de las armas es en los reinos las más firmes visagras de las paces con los extranjeros, y asegura el debido respeto en los vasallos.

§ 2.°—*Su cuidado de acreditarse en los principios de su gobierno.*

5. No sólo conocía esta señora como de las primeras acciones se forma horóscopo de los demás procederes, y que observaban los vasallos los primeros esbozos del gobierno para delinear hasta las últimas rayas del reinado, sino que también estaba en la necesidad que tenía para suplir el corto concepto que suele hacer de

una capacidad femenil, de poner los exordios de su Imperio en punto relevante de valor y de prudencia: dos basas sobre que asientan la reputación y felicidad de los que gobiernan.

6. Dió muestras de su mucho arte entablando con los con-reyes y repúblicas afables correspondencias, haciendo negociación con la gran expectativa de sus bodas para ganarlos ó entretenerlos en competencia continua de darla agrados, por adelantar en su elección el merecimiento; pretextando con artificio las largas, y hallando siempre excusas para tenerlos suspensos. Con que sin costa de sangre, ni ruido de armas, desaparecieron algunas máquinas de enemigos, como cometas en el firmamento de su ambición ó en el aire de su credulidad.

7. Presto se le ofreció lance de desenvainar su brío; porque, tenida noticia de que amotinada contra su gobernador la populosa ciudad de Quatuqueo, le habian quitado la vida y saqueado la casa, echándoles encima un ejército, que según la inopinada presteza parecía haberse formado en el aire, mandó pasar á cuchillo el quinto de los varones de los de veinte á sesenta años, y arrasando la ciudad, prohibió su reedificación, para que el promontorio de sus ruinas fuesen padrón eterno de tan escandalosos atrevimientos; sin que ablandase su entereza á las representaciones de inconvenientes que le repitió el Senado, respondiendo: "Que no era aquella dolencia de las que se han de curar con lenitivos, sino con medicamentos resolutivos y fuertes, y que á veces un rigor excusa muchos castigos, cuantos produce escarmientos, y más á los principios del gobierno„.

8. También se acreditó de benigna, en que llegando á su Tribunal la acusación de un cortesano que sin cautela, como Endimión y Calígula, amantes ridículos de la luna, mostraba semejante devaneo de amor á la Emperatriz sombra continua á su vista, y le acumulaban á esta osadía el crimen *læsæ majestatis*, causa que decidió esta Princesa, sonriéndose con rubor y declarando que no tenía por agravio aquella falta de juicio, sólo le sentenció á destierro, diciendo que semejantes dolencias suelen curarse con mudanzas de climas y separación á largas distancias. Mas á lo serio mostró su clemencia en el decreto de que no se viese en los tribunales causa de viuda ó pupilo sin su asistencia, ó sin darle parte, para

abreviar su despacho y la gracia, en cuanto lo permitiese la justicia.

9. En el expediente de las consultas que subían de los consejos para los puestos y oficios, señalaba á veces uno de los que no venían con graduación en primer lugar, y tal vez los que no venían consultados, no alterando la regularidad por su capricho, mero árbitro despótico, ó por cualquier empeño de intercesión, sino por recto informe de los que juzgaban á los omitidos más beneméritos. Así les daba á entender á los senadores que sus propuestas no se habían de mirar como leyes, sino como previas disposiciones, y el juicio del Príncipe la forma que determinaba la materia, y poníales en cuidado de no consultar á tenor de monipodio, y compeler á la Emperatriz que en los despachos se hubiese sólo como una estatua.

10. Era suma su aplicación, y tenía bien en qué atender, ya en asistir en público, ya en secreto, á las juntas de sus Senados, pues como dice el P. Acosta (lib. VI, cap. XXV) "Tenía México varios Consejos y Audiencias, y dicen hombres expertos de aquella tierra, que eran tantos como los de España, y que había varios Consistorios con sus oidores, alcaldes de corte y corregidores„. Cuando asistía á estos Estrados para que se procediese á la verdad de que no se le pudiese brujulear su intención aun por algún ademán ó tono de la voz, y por eso hablaba la última, ó reservaba la resolución para mirar el punto despacio cuando era de monta, y lo confería de nuevo con sujetos, que, sobre ser de toda satisfacción, fuesen de experiencia en orden á aquel negocio. Costándole, como á la aguja en reloj de sol, no una, sino muchas vueltas el dar con el norte de la verdad.

§ 3.°—*De cómo descifró la Emperatriz en el Senado un hieroglífico político del gobierno.*

11. Una corona de espigas de oro dejó el quinto Emperador Motezuma al Senado de México, sumario ó cifra de sus razones de Estado, para pauta política del gobierno. Símbolo fué que afanó discursos. Los comunes eran: Que se vinculaba el asiento de la corona en sangrienta siega de descolladas espigas, por apretarse demasiado las sienes de los monarcas con los que, por muy granados,

tejen marañas á las coronas: que era paternal insinuación, de que no se desgranase á granizos de tributos el Imperio, pues no tendrá el Monarca granada su corona si no dejase grano en los caudales de los vasallos.

12. Muchos se imaginaron Edipos desta esfinge, mas nadie tuvo la inteligencia que la Emperatriz, embebida en las máximas de su padre, y que á este fin se la habría deletreado; sobre que no la faltarían para tal lance los susurros de sus Sénecas y Casiodoros para representar en los teatros de sus Consejos, bien decorados, papeles. Haciendo, pues, la Emperatriz materia del hieroglífico, hizo en Senado pleno un grave razonamiento en que les dió luz de sus dictámenes y muestras de su juicio, pretendiendo, con lo primero, darles leyes, y consiguiendo, con lo segundo, veneraciones, sin malograr las noticias con la concisión de las voces, y sin ofender al decoro con lo libre de las sentencias; dijo, pues, en este tenor, desde un majestoso trono:

13. "Esta corona de espigas de oro la miro como una cátedra donde el Emperador mi padre, está dándonos lección á todos de política, y una como quinta esencia de sus aciertos. Háse de cuidar de la corona como de la labranza, y, respectivamente, han de imitar los que rigen el método de los que cultivan. Si el labrador se criase delicado y el que gobierna fuese un embrión ó aborto de las delicias, ni sería de fruto la agricultura ni de utilidad el gobierno: heredades y provincias sólo brotarán malezas. Para coger de los reinos frutos se han de sembrar antes granos, negando odios al arbitrista, que sólo piensa en mieses de Agosto sin mirar á sementeras de Octubre„.

14. "Si cuando se siembra no se esparce el grano con proporción igual por los surcos, si cayese todo á una parte de la haza, ésta se ahoga con la demasiada semilla y la parte de tierra que no sorteó sembradura produce espinas. Así el distribuir con tanta desigualdad mercedes y oficios, que todos ó los más vayan á una banda ó á una familia, á ésta, las más veces es ocasión de perderla por arrogancia propia ó envidia ajena, y á los que no les cae un grano de favor ni de merced, brotan espinas de quejas, y en sus malezas no pocas veces se emboscan fieras ideas„.

15. "El labrador tiene varios instrumentos para su labranza; un instrumento solo no puede servir á todo. No

piense ningún ministro que es para todo bastante. Y yo, dando á tántos gajes, ¿por qué me he de valer solamente de uno? No puede el labrador soltar la mano de la reja del arado, de la azada, del escardillo, ni en una gran monarquía haber total cesación de armas, que las enmohece el ocio ó las despunta el descanso„.

16. "Sembrar en polvo es perder el grano. Sin agua no hay que prometerse cosecha. Imperio sin el dominio en el mar es tierra sin agua. Si cuando se siembra el grano no se cubriese en el surco, más es brindar con cebo á las aves que darlo á la tierra á logro. Y si no hay secreto en las materias de Estado, el misterio de las consultas sólo será de fruto al Embajador que, como público espía y buzo de profundidades, anda escarbando ó sondando noticias para refundirlas en nuestro daño. Sobre que, por lo que por misterioso se hace tener reverencia, tirado el velo acaso moverá á risa; siendo algunos secretos como pinturas, que si se miran de lejos son maravillas, y si se ven de cerca son unos confusos borrones„.

17. "Si las heredades no tienen guardas y las viñas están sin cercas, el labrador sólo afanaría para el pasajero y para el ganado. ¿De qué sirve descubrir nuestras minas de plata y oro si los extranjeros, con sus artes y fruslerías, como nubes cargan en este mar de riquezas para trasladarlas como llovidas á sus países?„

18. "No coge el labrador pan de los guijarros, que fuera inútil afán; sacar, pues, de las piedras mieses, es el moler á los pobres con pechos. Piedras y terrones hay en las heredades: de la tierra se saca el grano, de los que tienen jugo y sustancia debe arbitrarse el tributo, y aun peor maravilla fuera hacer piedras de los panes. Si se quitare el pan de la boca al pobre, y se labrasen con él, de sillería real, los poderosos y los ministros, casas y palacios regios„.

19. "Si no se escarda la mala hierba, se ahogarán las mieses por los robos de su sustancia. Extranjeros intrusos en los asientos de hacienda y plazas de mis senados chupan la sustancia de mis erarios públicos y particulares. La cizaña hace que no medre el grano, y el fingimiento de méritos ó disimulo de malicias se entrevera en los palacios y tribunales con tal arte, tomando tinte de rectitud y de verdad, que es difícil discernirlos para desarraigarlos. El aventar la parva y dividir de la paja el

grano, corona los sudores de la cosecha; y el apurar entre ministros y pretendientes los méritos verdaderos de los aparentes y hechizos, es el primor más discreto del que elige. Procuraré usar del soplo, no del que da el sobornado ó apasionado, sino como del viento en las eras; ayudaré á la discreción para conocer la verdad„.

20. "Al labrador que no tiene de repuesto en su silo grano para suplir un torcido Agosto en que se penuria el pan, y para entretener, con la sobra de la cosecha pasada, la mengua del año estéril, siempre le arrastrará el empeño; ni se deshará á sazón de sus frutos, teniéndolos de ordinario vendidos antes de verlos segados; y si un Príncipe no tiene de reserva con qué rehacer un ejército que le destrozó el enemigo, y para reparar una armada que se la derrotó un mal temporal, arrastrado su patrimonio de empeños, no verá jamás buen logro de todas sus rentas reales, pues sobre acudir con destiempo á los reparos, detenido en arbitrar medios, en echar nuevos tributos y en ajustar con exorbitantes usuras de anticipaciones las fincas de los socorros, bruma al reino y se recrecen de muchos modos los daños„.

21. "No basta que un labrador sea de buen natural y muy hombre de bien; el que sea buen labrador es lo que las tierras han menester más. Es así que sobre basas de buenas costumbres asientan bien los méritos para los oficios, mas si no fueren de talentos para los cargos, no me consultéis á nadie para los puestos, á sólo título de un proceder ajustado. Porque ¿como hallará vado la sincera ineptitud en lo que suele irse á fondo la mayor sagacidad?„

22. "Dejarnos mi padre esta corona de espigas de oro, sin guarnición de rica pedrería, no fué por falta de joyas, sino instrucción de que con el sudor y afán del gobierno se habían de cuajar las perlas; del arriesgar la sangre por los vasallos se habían de teñir los rubíes; de las esperanzas de mi aplicación y acierto se labrarían las esmeraldas, y del fondo de discursos, con que mi supremo Senado había de ahondar sus consejos, se habían de adquirir los diamantes al tope en su fineza y constancia„.

23. "En conclusión: en esa espiga fértil de granos veo aquesta respetable junta de senadores, en cuya unión de lucidas prendas y talentos se enriquece mi corona, fortalecida con su prudencia, esmaltada con su industria y

hermoseada con su fineza. Yo cuidaré de que grane, y de sus creces logre todo mi Imperio frutos copiosos„. Aquí dió fin la Emperatriz al razonamiento, y no le tuvo el aplauso de su ingenio, de su juicio y de sus palabras, que no sabían á las ásperas del Africa, ni á las muy moles del Asia, ni á las afeminadas de Atenas, ni á las arrogantes de Europa; sí tenían de la América la voz de plata y el pico de oro.

§ 4.° — *De la aplicación que esta Emperatriz tuvo á la policía del Imperio.*

24. Acreditada y aplaudida la paz con las muestras de valor y con los aprestos prontos de guerra, se aplicó la Emperatriz á pulir más y engrandecer el Imperio con suntuosas fábricas públicas. Ella dió más orden y desahogo á la Plaza Mayor de México; ella alargó las célebres calzadas del gran lago; ella dispuso las paradas de los correos volantes; los caminos que cruzan por los montes ó los allanó ahondando las brechas de las sierras ó aplanándolas á igualas de los valles, ó si las rocas y peñascos se resistían al arte y á la fuerza, como no había pólvora para volarlos con minas, consiguió con sumos gastos de oro y tiempo hacer escaleras á pico tan suaves, según los diestros cortes de las cuestas con variedad de tornos, que en los palacios y jardines no se labran más pulidas las losas para gradas.

25. La adulación, que anda de camarada con la vanidad en los cortesanos, remedando la inclinación de su Reina en magnificencia de edificios y palacios, no advertían que se enredaban en el lazo de la política, que los ceba en empleos costosos para divertirlos de novedades y amortiguarles los bríos, enflaqueciéndoles los caudales. Pero aunque condescendió con la nobleza en estas ostentaciones, prohibióselas á la plebe, poniendo coto y medida muy inferior á sus casas. Distinción discreta que notó el cronista Solís describiendo la ciudad de México, diciendo (lib. III, cap. XIII). "Los edificios públicos y casas de los nobles, de que se componía la mayor parte de la ciudad, eran de piedra y bien fabricada; las que ocupaba la gente popular, humildes y desiguales; pero unas y otras con tal disposición que hacían lugar á diferentes plazas„.

Y es bien poner tal freno á los populares que en siendo ricos aspiran á exceder en porte y lustre á los nobles; en cuya atenta consideración los magistrados de Amsterdam castigaron con una cuantiosa multa la desvergüenza de un judiazo rico que intentó poner en su casa rejas y balcones de plata, siendo así que le habían de poner un aspa.

26. Ella edificó también aquel palacio, de que hace mención Solís entre las grandezas que describe del último Motezuma, diciendo: "Tenia Motezuma diferentes casas de recreación que adornaban la ciudad á más del palacio principal„. Y tocando en éste, refiere: "Dejóse ver á larga distancia el palacio de Motezuma, que manifestaba, no sin encarecimiento, la magnificencia de aquellos reyes. Edificio tan desmesurado que se mandaba por treinta puertas á diferentes calles. La fachada principal (que ocupaba toda la frente de una plaza muy espaciosa) era de varios jaspes negros, rojos y blancos de no mal entendida colocación y pulimento. Sobre la portada se hacian reparar, en un escudo grande, las armas de los Motezumas, un grifo, media águila y medio león en ademán de volar, con un tigre feroz entre las garras„. Hasta aquí Solís, interrumpiendo la descripción por ir siguiendo á Hernán Cortés, y luego prosigue: "Pasados tres patios de la misma fábrica y materia que la fachada, llegaron al cuarto donde residía Motezuma, en cuyos salones era de igual admiración la grandeza y el adorno..... los techos de ciprés, cedro y otras maderas olorosas, con diversos follajes y relieves; en cuya contextura se reparó, que, sin haber hallado el uso de los clavos, formaban grandes artesones, afirmando el maderamen y las tablas en su misma trabazón„.

§ 5.°—*De cómo esta Emperatriz redujo á más regular orden sus rentas reales.*

27. Para más crédito é inteligencia de este punto se ha de suponer que, como refiere Acosta, tenían, entre otros Consejos, el de la Hacienda los Emperadores de México, y tocándolo también por mayor el cronista Solís, dice: "Daban grande utilidad á la corona de México las minas de oro y plata, las salinas y otros derechos de antigua introducción; pero el mayor capital de las rentas

reales se componía de las contribuciones de los vasallos, cuya imposición creció con exorbitancia en tiempo de Motezuma (el último). Todos los hombres llanos de aquel vasto y populoso dominio pagaban, de tres uno al Rey de sus labranzas ó granjerías; los oficiales, el tercio de las manufacturas; los pobres conducían sin estipendio los géneros que se remitían á la corte, ó reconocían el vasallaje con otro servicio personal. Andaban por el reino diferentes Audiencias que, con el auxilio de las justicias ordinarias, iban cobrando los tributos. Dependían estos ministros del Tribunal de Hacienda que residía en la corte„. Hasta aquí Solís, y, esto supuesto, pasaremos á referir

La consulta que hicieron los ministros de Hacienda á la Emperatriz.

28. Instaba aquel senado de Hacienda á la Emperatriz sobre que se tomasen medios, echando nuevos tributos, para suplir la disminución del patrimonio imperial, que representaban falido desde que los Emperadores padre y abuelo agotaron las tesorerías y empeñaron los impuestos con tan prolijas guerras, en que, consumida la gente á hierro y peste, quedaron casi asoladas y yermas las poblaciones, conque los pocos sobre quienes recaían de lleno las contribuciones dejaban las labores de los campos, las industrias de granjerías, los telares y tableros de los oficios, no sintiéndose con hombros para sostener las recargas. Ni dejaban de tocar, aunque con disimulación, las inmensas sumas que se habían hundido en las fábricas, digno empleo de la soberanía, pero excusado en el contratiempo. Esta era la propuesta de aquellos celosos ministros, ciegos con los ardores de su codicia; pues lo mismo que debiera ser motivo para solicitar alivios á los pueblos exhaustos, la retorcían al acabar de oprimirlos con más gravámenes, en que cebasen con el manejo sus intereses.

29. Que no era falta de diligencias (añadían) la tarda y corta cobranza, pues solían verle en los lugares más ejecutores que vecinos; los cuales, por la dificultad de la paga en gente tan pobre, sólo cuidaban de recoger sus salarios, y los percances de concederles repetidas demoratorias; siendo aquel alivio para los pobres de mayor

daño, como el agua que de presente es de refrigerio al calenturiento, y después torna con ardor crecido la calentura; volviendo luego los cobradores por mayor pella y nuevo salario, y se aumentaba la dificultad de la paga; conque se consumían en las costas los caudales de los tributarios, y no se socorrían las cajas reales. Esto pasaba en la publicidad del Senado supremo.

30. Y los colaterales del Gabinete secreto sobreponían ser una de las más fundamentales y útiles razones de Estado el abrumar la gente á tributos, para que, empobrecidos y despojados de posibles los vasallos, humillen sus espíritus altaneros y piensen más en buscar que comer que en maquinar novedades y rebeliones, que el quitarle el oro de las bolsas es quitarles las armas de las manos; que abatiéndoles la arrogancia, que influye la riqueza, se sujetarían al rendimiento que requiere el dominio para llegar á ser despótico. Así discurrían estos malsines, que, á lo bárbaro, también allá sonaban sus máximas maquiabélicas.

Resolución de la Emperatriz en esta materia.

31. La Emperatriz censuró estos ásperos dictámenes por de ministros, que, ó por interesados en tales arbitrios, ó por lograr unas propinas atropellarán por el que se pierda toda la monarquía; y constante asentó en su ánimo, que, como el licor que espontáneamente se destila del árbol de la mirra al benigno rayo del sol es más útil y precioso que el que se exprime á violencia, así son de más logros los tributos que se sacan con general acepción de los vasallos, que los que la codicia inconsiderada desentraña á fuerza de tiranía; y que de sembrar sin tiento gravámenes, no coge el Príncipe sino odios, y en vez de pechos, despechos y desesperaciones sobre los fraudes, que extendiéndose á los impuestos antiguos recae en pérdida lo que se presumió serviría de aumento, y de que le eran escarmiento sus ascendientes los reyes primitivos, que se perdieron por los atentados que cometieron en los tributos.

32. Practicó, pues, más seguros y sanos medios, desmontando los bosques de artificios y estorbos que detenían el curso de las gabelas á las arcas imperiales. En-

terada de que como con echar presas á las corrientes de los ríos sin añadir más agua, crecen sus cauces, así con cerrar los malignos y superfluos sumideros del patrimonio real, podía reducir á su abundancia y crecer con opulencia sin inquietar ni moler con nuevas contribuciones á las provincias; que la práctica de este remedio, requería mucha autoridad y valor y no poner los remedios en mano de los interesados, que así quedarían siempre en pie las dolencias; y, omitiendo la prolijidad de su ejecución, es de notar la cautela de para que no se estancasen en los gobernadores (á quienes se encargaban estas administraciones), se les ordenó que remitiesen á las tesorerías de la corte cada mes, lo que hubiese caído de las rentas en su poder. Así lo dice Acosta: "El tributo se llevaba cada mes á la corte„.

CAPÍTULO XXXI

ACCIONES DESTA EMPERATRIZ EN ESTADO DE CASADA

§ 1.°—*Cómo y por qué dilató sus bodas.*

1. Andaban vivas las negociaciones de varios príncipes minando todos los muros para introducirse al agrado y merecerle á la Emperatriz su delecto. No había de los supremos ministros quien no inclinase las conveniencias del Imperio al pretendiente que le beneficiaba con gruesas dádivas y le ofrecía sumos ascensos. Las damas de su palacio feriaban las industrias de sus agencias, metiendo en el tocador y en el camarín plática del más benemérito, escribiendo en los jardines, por los árboles, los nombres, que si la modestia en la voz se empacha, en la pintura ó retrato con más libertad se licencia. Escondiéndose, pues, entre las rosas las astucias de las sierpes, entre los claveles los dolos de los áspides y entre arrayanes y mirtos figuraban sus conceptos.

2. También laboreaban los bonzos sus impresiones, que se hallan lances de molde cuando se tratan puntos de espíritus, con quien se comunican intimidades del pecho: hasta en los claustros de sus sacerdotisas se le echaban al regio arbitrio sus redes, y entre devotas adulaciones se repulgaba por conveniencia de Estado lo que podia ser á su monasterio de más negocio, sin que escrupulizase el recelo de que propuestas de afecto ofendiesen el decoro en majestad de mujer.

3. La perplejidad é indecisión de la Emperatriz batía en una como antinomia ardua de componer: el tener ma-

rido, y quedar ella con el mando. La fruición del despótico señorío, por de superior esfera, ponía tedio á los frutos del matrimonio. Pero había ya años, que, con ansias de asegurar sucesión, repetía instancias por sus bodas todo el Imperio. Ya se había hecho bastante mercancía de esperanzas, teniendo á muchos príncipes con la expectación suspensos y oficiosos. Artificios de poca dura son á veces de algún provecho, y á veces de gran perjuicio, de que entre los próceres de aquel orbe había escarmientos muchos, y en los soberanos de Europa [ha] habido ejemplares no pocos como los gimió Nápoles con su reina Juana, Francia, con Claudia hija de Ludovico, y Flandes con María hija de Carlos *el Bravo*.

§ 2.º *Notable capricho desta Emperatriz en la elección de marido.*

4. Apurándose los pretextos de más largas, "Recia pensión, decía aquella Princesa, es esta de mi corona, un haber de rendir á su ley mi voluntad. ¡Oh! ¡si de cuantas lisonjas me aclaman Fenix en excelencias, una verdad me hiciera Fenix en el vivir, para que, sin casarme, yo á mí misma me sucediera, y gozara sin consorte por largos siglos del trono! A quien le diere como esposa la mano, le he de ceder también el Imperio, ó él se tomará el dominio en considerándose dueño. Pues, saboreada á mandar, ¿cómo me amoldaré á obedecer? ¿Cómo me he de reducir de la pluma del despacho á la broca del bastidor, del bastón á la rueca y del cetro al huso? Pero fuera borrón feo en el papel de mi historia, el desatender á lo que obliga mi dignidad por una vana ambición. Mostrárame muy seca con mis regios progenitores estancando en mi esterilidad voluntaria el curso esclarecido de sus venas, y cortando, por sólo querer mandar, el hilo tan seguido de su imperial descendencia. Cuando la pasión se atreva á la persona, no se descomida al oficio. El ser inapasionable prenda propia es de alteza de ánimo y digna propiedad del señorío; que acaso podrán ingeniarse trazas, con que, sin perjudicar á mis ansias, se satisfaga á las instancias de la república y á los respetos debidos á mis mayores„.

5. En una junta de sus ministros de Estado se vino ya á conferir los méritos y títulos de varios sujetos que le

propusieron á la Emperatriz para su delecto. Poco tiempo había que un poderoso cacique, pretextando derechos hereditarios (que no sufren prescripciones) tiranizara la provincia de Tlascala: nación amiga siempre de libertad y de propio Rey, y, con dos rotas que dió á los imperiales, se elevó á tal soberanía, que algunos ánimos ruines de aquel cónclave osaron á poner en plática el casamiento con el rebelde; y, revistiéndose de estadistas, ponderaban el bien común de la paz y la reunión de las dos coronas, con el recobro de aquella rica pieza de la monarquía. Pero, privado de puesto, mandó la Emperatriz echar de la junta al que propuso tamaña vileza, abortada ó de una estipendiada malicia ó de una torpe ignorancia.

6. Sin rubor se presentó la pretensión del Rey de Coyobazan, Príncipe de especiosas prendas y experimentado aliento en lo militar y político. Suprimióse este memorial á causa de que era un reino acensuado á continuas guerras de confinantes inquietos; y sería tomar á cuenta de México una especie de pupilo, empeñándose en más gastos, y que, respecto de todos estos reyes feudatarios y dependientes, debía el Imperio regular las armas en equilibrio, mirando siempre como árbitro sus diferencias para componerlos ó castigarlos.

7. Dieron en el Rey de Tacuba, joyen en años y anciano en sus procederes, que había en su reinado añadido muchas almenas á su corona. Mas padeció la excepción de exóticas y no clásicas ideas; Príncipe más á propósito para las islas Estrofadas, entre los que buscan la mano de la gloria, la piedra filosofal y el círculo cuadrado, destilando por un alambique mismo los metales y los discursos. Pero más le descartó la Emperatriz, porque su vanidad se maridaría mal con aquella altivez, y la desigualdad de edades sería surtidero de insuperables inconvenientes.

8. Nadie había osado de hablar del Rey de Tescuco, porque, sobre ser monstruo de muy feo y de ruin disposición, tenía gran pieza de simple y de pusilánime, y se hallaba con muchos hijos de otras mujeres. Y para que se vean que les son los delectos de las mujeres, este mismo agregado de impedimentos fué una copia de atractivos para que la Emperatriz abrazase sin réplica la propuesta; pareciéndole que, casándose con el tezcuano le tendría, por lo apocado, siempre rendido, y por lo sincero le persuadiría cuanto juzgase; haciendo correr en lo público el

pretexto loable de que la Casa Real de Tescuco era legítima rama de la imperial casa de Motezuma, y que así se continuaría en la misma sangre la sucesión del Imperio, y capituló que ella había de residir en su gran corte de México, y él estarse en la suya de Tescuco, señalando sitios en los confines y precisos plazos para avistarse á tiempos, como si imitara á las reinas de las Amazonas; y aun de tan limitada comunicación, sobreseyó luego que tuvo dos hijos; y por qué los mexicanos en la serie de su historia contaban sus reyes por los varones, aunque fué Emperador Tozocic (que este es su nombre), por marido de esta Emperatriz, le apropiaron el sexto Imperio de México.

§ 3.º—*Observaciones de cómo esta Emperatriz educó y dispuso de sus dos hijos.*

9. No le gastaban tiempo á la Emperatriz las atenciones con el marido. Este creció, no en principado, sino en más vilipendio de su poco ánimo, por contentarse con el vano carácter de Emperador sin el ejercicio de su augusta dignidad, rendido como un criado á las órdenes de su mujer; que cuando el sol se ajusta á la oposición de la luna, padece eclipses su claridad. En comparación de sus viles sujeciones, no parecerían indignidades el quitar Onfalia á Hércules la corona y coronarle con su chinela, ni que Derdameya le trocase á su Aquiles la rueca por la espada. Todo, pues, su cuidado, puso en la crianza y estado de sus hijos con raras artes.

10. No había perdonado á superstición en orden á conseguir sucesión, y sin necesidad teniendo un marido simple y con muchas muestras de fecundo, mas temiendo en sí la esterilidad, acopió votos á sus dioses, enriqueciendo sus aras, y encomendando aquel suspiro á las aves que anidaban sobre las torres de sus templos, de quienes su pía barbarie aprendía que en lo sagrado se aseguraba remedio para el fruto deseado. En ambos orbes ha sido vicio trascendental de señores el barajar lo pío con lo supersticioso, y valerse sin diferencia de todo, si dan en que conduce para su grandeza ó para sus designios. Mujer fué de quien las demás siguieron el uso de varias ceremonias en sus partos, por ser leyes en los súb-

ditos los estilos de sus príncipes. De los ritos que inventó en los recién nacidos, se apuntarán sólo los menos bárbaros.

11. "Los mexicanos—dice Acosta—tenían también sus bautismos, con esta ceremonia: y es, que á los niños recién nacidos les sacrificaban las orejas y remedaban la circuncisión de los judíos; esto con los hijos de los reyes y señores. Luego los lavaban los sacerdotes, y les ponían en la una mano una espada, y en la siniestra una rodela. A los del vulgo las insignias de sus oficios, y, á las niñas, aparejos de hilar y labrar, todo eso delante de algún ídolo„. Ofreciendo al tiempo del lavatorio incienso, papagayos y otros sacrificios, sin que se pueda negar que era devoto, á su modo, el rito de que, al sacarles á los niños los brazos, se los ponían sobre sus altares para que, poniendo las manicas en las ofrendas, consagrasen las estrenas de sus obras, á los que ellos, con ignorancia, tenían por dioses.

12. Crió sus hijos la Emperatriz más al nivel del cariño con afeminadas delicias, que á estilo de príncipes mexicanos, que los endurecían en ensayos de campaña; no con púrpuras de coral empedernido desde su flor para sufrir en el golfo los golpes de la borrasca, sino con púrpuras de rosas, que, de tiernas, se desmayaban á un soplo blando del aire ó al leve rayo del sol. Pero cuando el poder de crecido se pasa á muy soberano y la majestad ha echado ya raíz, se alarga toda la rienda á una femenil crianza, y se hace punto de señorío indultarle al rapaz toda licencia, solicitándoles con anhelo entre capullos de seda floja y viriles de cristales la salud, que suele más perderse cuantos más recatos y melindres se apuestan á guardársela.

13. Declarado el primogénito por heredero del Imperio mexicano, envió luego la Emperatriz con su padre al hijo segundo, llamado Tulucanti como su abuelo materno, para que con su asistencia asegurase la corona de Tescuco, acrescentando la de aquel Reino, como con legítima de su nuevo Príncipe, con doce ciudades en aquel siglo recias y populosas, que habían sido conquistas de Motezuma V, y quedan ya nombradas en sus memorias.

§ 4.° – *Procederes de la Emperatriz con su hijo Axaiaca, su heredero.*

14. Como iba creciendo el sucesor del Imperio, iba también la madre dándole en el gobierno mano, teniendo por mejor el que la madre se la diese que no que el hijo se la tomase. Cuando el sol más crece menos sombra hace; y quien va subiendo al cenit del mando, ni aun sombra suya quiere que en él tenga parte. Así, también desviaba la Emperatriz la ocasión de que al Príncipe le pareciese muy flemática su muerte, ó que le abreviase la vida, si le hiciese desear mucho el gozo de la corona, adjudicándose á sí todo el gobierno. Todo se puede temer entre bárbaros y aun cautelarse no menos entre políticos.

15. No le pudo tener al hijo tan en fiel la inclinación que no se la torciese la lisonja, ó que no se ladease con la simpatía y máquinas de tantos que pretendían su valimiento estudiando las artes del agrado, unos con el atractivo de áulicas habilidades, otros con adivinarle y cumplirle aun las aprensiones de sus gustos. Servir á un Rey se tiene por premio; prevenirle el cumplimiento de su antojo, eso se pone á cuenta de servicio. Algunos se les insinuaban con el talento de poderle ser en el gobierno de descanso; ni faltaban los que se valían de artificios mágicos, sin perdonar tampoco á los más ruines medios con que fuesen aptos anzuelos de su afecto.

16 Pues, como juzgase la madre, que, desaparecerle al Príncipe todos los sujetos á que mostraba cariño, sería irritarle al enfado y ármar contra sí las iras de los quejosos, tuvo por traza de mejor aire confederarse con la voluntad del hijo y ganar á quien él favoreciese, imprimiendo en el favorecido ser muy propia hechura la dicha de tal privanza, para que, persuadido de que era su apoyo, en vez de alzaprimarla totalmente del gobierno, solicitase que tuviese siempre parte en el mando. Que aun en los palacios de indios hay destas covachuelas de Estado con sus trastiendas de enredos; con tales ardides, ella se mantuvo en el solio contra el estilo de los planetas, que, cuando tienen exaltación en un signo, sienten su deslustre y menguante en otro.

CAPÍTULO XXXII

MUERTE DE LA EMPERATRIZ TITLAPEC

§ 1.º—*De un raro suceso que precedió á la muerte de la Emperatriz.*

1. Era costumbre de los mexicanos depositar con las cenizas de los difuntos que recogían de las piras, ó con los cuerpos que enterraban muchas riquezas, enterrando los cadáveres con sus más preciosos atavíos, como refiere Solórzano (lib. VI, cap. V) diciendo: "Los mayores y más ordinarios tesoros que se suelen buscar y hallar en las Indias, así de la Nueva España como del Perú, son los que se sabe y la experiencia ha mostrado que hay en los templos, adoratorios y entierros antiguos de los indios, como lo refiere Acosta, Torquemada, Herrera y Botero. Que hacían figuras de sus falsos dioses de plata y oro, y servirles con vajilla y ofrendas riquísimas de lo mismo, especialmente los mexicanos, y enterrar á los que morían, y más si eran de los principales, con muchas joyas, y piedras y atavíos, por ricos que fuesen„. Hasta aquí Solórzano, y prosigue diciendo como fué esta costumbre también de africanos, romanos y judíos, y se estiló con Siquen y con David; y pudiera aplicar este erudito el motivo que notó Saavedra (*Hist. Gót.* cap. VI) diciendo: "Pusieron en el sepulcro del rey Teodorico muchas joyas de plata y oro como en señal que con él se había sepultado lo más precioso del mundo„.

2. Fuese, pues, accidente de un pesar, como lo divulgó el vulgo, ó achaque de algún exceso que ocasionan

los regalos y sainetes de señores, ó yerro de alguna cura de que se les hace á los médicos siempre cargo, ó rebozado veneno que se juzga por dolencia propia de príncipes, sea lo que fuere ello, salteó á la Emperatriz un mortal síntoma, en cuyo largo desmayo le sobró tiempo á la buena gana que había en palacio para publicarla difunta, y de sincopar las ceremonias del entierro ni embalsamarla; vestida, sí, ricamente, al instante la ajustaron en una caja de madera muy olorosa, chapeada de hojas de oro y planchas de plata sobre precioso fondo de pluma, y la echaron su cubierta y la trasladaron al templo.

3. Había la Emperatriz erigido uno como panteón de suntuosa magnificencia en las bóvedas ó catacumbas del templo mayor de México, donde se depositase cuando se muriese. Como se acelerase, pues, la pompa del funeral, llegó presto la ocasión al bonzo superintendente del templo para practicar la aprensión de su codicia. Había él echado los ojos entre las otras joyas á las preciosas esmeraldas de las sortijas, y juzgando por superfluos los adornos en los muertos, siendo más aptos para los vivos, tomó á deshoras una hacha, baja á la bóveda, descubre la urna y comenzando por los anillos, tira á sacárselos de los dedos á la difunta; mas como se resistiesen por haberse engrosado con los humores, válese de un cuchillo, y al herir el dedo despertó con lastimeros ayes de su desmayo la que juzgaron por muerta. Sus quejidos fueron, no espuelas, sino alas al espantoso miedo del bonzo que resumió volando los pasos de la escalera con ansia de la escapada.

4. Cuando se halló en medio del templo el bonzo, recobrándose del susto, á remordimientos de su codicia, que era valiente, quiso desmentir su terror pánico, tornando intrépido por los despojos del saco. Mas al asomar á la escalera, ve que, con la hacha encendida que él dejó arrimada á la urna, trayéndola en la mano, subía la Emperatriz ó su sombra. Aquí perdió su codicia pié, y añadiendo á la fuga vuelos, á pocos brincos ya estaba el bonzo de allí muy lejas distancias, y, dejando franqueadas todas las puertas, pudo salir la Emperatriz á la calle, y hallar quien la restituyese á su palacio.

5. Fuera de menos susto su sombra, y de más sobresalto á los apoderados ya del gobierno su vida, á no quedar la Emperatriz, como de sí misma asombrada, con le-

sión del juicio, cual reloj cuando le falta la cuerda, parando aquella harmonía de sus rodados discursos en unos como embelesos. Otros pintan el desconcierto de su prudencia en lúcidos intervalos, torcidas las llaves á las fuentes de sus secretos, que solía estancar muy hondos, brotando harto curiosas especies, con lo que salpicaba recias verdades á todos. Al mismo sol le diría sus eclipses, á muchos los tenues principios, á no pocos sus ruines medios, y á algunos sus merecidos paraderos, acordándoles á los leones sus cuartanas y á los fénix sus cenizas; y así los cuerdos se retiraban de su presencia, porque suele el pueblo dar con gusto crédito á los delirios, juzgando que los cisnes de los palacios sólo al morir es cuando cantan verdades; y acaso los aúlicos interpretaron las melancolías desta señora por señas de leso juicio, y hacerla del todo loca, metiéndole con la duda á pleito el mando.

§ 2.º—*Cómo las ansias de vida la apresuraron á la Emperatriz la muerte.*

6. La más clara señal de que se aminoró el gran juicio de la Emperatriz con el suceso de la bóveda y desmayo, fué el sacar de aquel ensayo de muerte crecido anhelo de vida; y como victoriosa ya una vez del sepulcro, presumió hacer nido ó cuna, cual fénix de sus cenizas, apurando extravagancias de pruebas, para revestirse el vigor de la juventud y desnudar las calidades de la vejez.

7. Hizo juntas de los más célebres herbolarios y médicos del Imperio, convocó á los astrólogos y magos de más fama, y á las personas más ancianas, para registrar los aranceles con que reglaron largas edades. En los más no descubría otra razón que el haber vivido mucho por servir su vida al mundo de poco, muriendo por la mayor parte presto los que eran de más fruto. Atribuían otros su larga vida á que sus herederos les deseaban siempre la muerte, y se les alargaban los años al paso que crecian aquellos mortales deseos. Ni eran pocos los que, por salir de miserias y desventuras, aborrecían y execraban sus vidas, y por no darles este alivio á sus despechadas plegarias, se les hacía sorda la muerte.

8. Viéronse, pues, precisados de decretos, los médicos á observar en las sierpes y en las águilas las trazas

de sus renuevos, para remedar con experiencias sus industrias, persuadidos que no faltarían para los hombres en Naturaleza medios para renovar edades, pues se los daba á tan inferiores vivientes; y hubo noticias de dos fuentes, de cuya virtud corría rumor á este fin: una en la isla Bonica, otra en Lucaya, con cuyas aguas cejaban en los más viejos atrás los siglos, con testimonios de vivas pruebas en personas que, usando aquella bebida, habían casi de decrépitos vuelto á la estación de jóvenes.

9. Y aunque pueden ser acasos, siempre son sucesos poco creíbles y más noticiados de tan remotas regiones; sólo se puede detener la censura de incredulidad acordándose que en las historias de este nuestro orbe se lee que un viejo de cien años en Taranto de Italia, se remozó y vivió otros cincuenta años más; que una abadesa vieja se tornó moza en Murviedro, de Valencia y semejante renovación y novedad se vió en la Rioja de España. Y es caso tan auténtico como autorizado lo del indio de Cambaya, que en trescientos cuarenta años que le duró la vida, tres veces rejuveneció, no quedando señas de vejez, y gozando todas las vigorosas propiedades de la juventud.

10. Siendo, pues, estos prodigios ó tan raros ó increíbles, y asentada experiencia que no hay tretas contra los años, los exquisitos remedios acortaron á la Emperatriz la vida, empeorando los humores, que si no se movieran no empeoraran; y extravagancias de curas, si tal vez aciertan las más se yerran.

11. Murió esta Emperatriz con sobra de años para su crédito (como se nota de Pompeyo, que á tener menos vida quedara con más fama); su falta no la vió suplida la monarquía. A la medida de tan gran corona tuvo cabeza y juicio para su gobierno, excediendo la capacidad y esfera de mujer. Desde el centro de su retrete, á tenor de oráculo, dando órdenes á los generales, á sí se laureó de triunfos, y con las armas dió leyes en las paces. Los gastos exorbitantes que hizo, como se vieron empleados en magnificencias públicas, le redituaron, no sólo aprobaciones, sino también liberales donativos de sus vasallos y honoríficas memorias de los siglos. Respirando espíritus de Imperio eligió marido que sólo reconociese por hombre, mas no por dueño. Dejó dos hijos: uno con carácter de Rey de Tescuco, y al primogénito coronado Em-

perador de México. Más se pudiera decir á no desbordar de historia en panegírico, aunque no se extraviaron de cronistas, por los paréntesis de oradores, alabando Aciolo á Carlo Magno, Eusebio á Constantino, el Nebricense á Ferdinando, Jovio á Cosme de Médicis, Filostrato á Apolonio, Sandoval á Carlos V y Comines á Ludovico XI.

MOTEZUMA VII, LLAMADO AXAIACA

CAPÍTULO XXXIII

PRINCIPIOS DE SU REINADO

§ 1.º—*De su arte y de su genio.*

1. En sus efigies se deja ver este Príncipe sorteando con medianía de cuerpo, simetría de ingenuo rostro y más poblado de barba de los que suelen los americanos, blando de vista, moreno á lo demayado; otros defectos suplía con los adornos imperiales. El ingenio era de manera, que, con el pulimento de palacio, trato de sus cortesanos, manejo de negocios y ejercicio de conferir con sus consejeros frecuentes y graves materias, ya de Estado ya de Guerra, excedía la graduación de mediocridad. El juicio asentado y clásico, la condición ladeaba á la afabilidad, á no topar mucha resistencia, como los rayos que, en oposición, es donde más se suelen embravecer.

2. Inclinado más á la quietud (como criado en las faldas de mujer) que al desasosiego de las armas, excusaba las pláticas de guerra, escuchando con gusto á los que le regalaban el oído, diciéndole: ¿Que hasta cuándo había de ser el matar, y cuándo sería bien el tratar de vivir?; que hallando tanto adquirido, de maduro brindaba para lograrlo; que hartos descendientes había tenido capitanes, y era ya tiempo de pasarlo como reyes. Dictámenes muy propios de unos aúlicos, que parecen haber tenido las cunas en las afeminaciones y delicias de Chipre, ni

haber puesto jamás pie en los acerados umbrales de Itaca, solar de afamados campeones.

3. Axaiaca disimulaba esta aversión á lo militar por no malquitarse con los mexicanos, que apreciaban por la prenda más revelante en sus emperadores el espíritu guerrero, con fija máxima de que ningún Imperio subsiste si de continuo no se acrecienta. Estos anhelos bélicos supo templar Axaiaca al principio con asonadas de guerra, piezas de leva sin bala, haciendo desaparecer los aparatos cuando iban ya á tomar punto los aprestos, y entreverando festejos que produjesen olvidos.

4. Y para mantener el respeto que á sus pasados les establecían los triunfos, lo vinculó en engrandecer la majestad en palacio y la ostentación en la corte. El lo echará todo á perder y será uno de los ejemplares; que casi todos los célebres héroes que dieron esplendor á las coronas nacieron en los exordios de los reinos, y de los que las heredaron se ven tan pocos ilustres que se pueden escribir en el breve círculo de un anillo.

§ 2.°—*Calidades del sujeto que este Emperador declaró por su valido.*

5. Atentos los próceres mexicanos á la suavidad de Axaiaca cuando Príncipe, introdujeron sus hijos en palacio, filetes de oro, que, enlazándose en su agrado, le galanteasen el valimiento, estudiando las acciones de atractivo para ir llamando la inclinación de su afecto. Mas al tenor que, aunque enseñe el arte á manejar un caballo con destreza, sólo el natural es el que da el caer con aire y garbo en la silla, así, aunque muchos de los meninos solicitaron con exquisitas industrias la privanza, se la dió Naturaleza al noble joven Atetulco imprimiendo en su fisonomía aquel imán de las voluntades, que solo sabe sentirse mas no explicarse su modo de arrebatar con violencia dulce la inclinación.

6. A esta influencia de simpatía arrimó Atetulco la diligencia (que suele ser madre de la dicha) pues, sobre la suerte de adivinarle al Príncipe los afectos, era discreto y cortesano en reducirlos á gustos. Quedó aún memoria de una galantería suya garbosa: que entreteniéndose el Príncipe con sus meninos á orillas de la laguna, y, ya con el

traveseo, ya con el aire, voló el plumaje de la cabeza y dió en la flor de un hondo remanso; acudieron los meninos por canoas para sacarlo del agua, mas adelantóse Atetulco á sacarle á nado, y aplaudió el Príncipe el fino arrojo diciéndole en metáfora de pesca: "Con pluma has hecho hoy, Atetulco, un gran lance en mi gracia. Que no toma un pecho noble las medidas del agradecimiento por el bulto como por el modo del beneficio y del agasajo„.

7. Contaba el Atetulco entre los favores de su fortuna ser excedido de su Príncipe en garbo y arte, y disimulaba mucho lo que él le aventajaba en ingenio, sabiendo que es de desazón á un Rey tener al lado superior en capacidad. Aun en los deportes de los juegos se fingía no sólo perdidizo, sino aun picado; pero no siempre, porque con tales tretas políticas sólo se gana mientras que no se conocen. Si eran precisas algunas advertencias, se las insinuaba como preguntas, ó las ponía en cabezas de otros; porque los príncipes quieren que los avisos sólo tengan especie de recuerdos, no de luz, y quieren á sus ministros á tenor de astros, que á vista de su sol les compete no el resplandecer, sino sólo el influir.

8. Era Atetulco, antes del valimiento, señor de ricos estados; gran basa para sobreponer crecidas mejoras entrar luciendo con esplendor propio en palacio, no sólo porque al que tiene es á quien se da y al que no tiene aun lo poco que tiene se le quita, sino también porque ni miras de ambición ni fines de codicia hagan sospechosas sus acciones en el juicio de su Príncipe ó en la malicia de los desafectos, de que tiene copia siempre el valido.

9. Él fué siempre un muy entero ministro, y de tanta utilidad á dos Emperadores á que asistió, como lo reconoció siempre todo el Imperio y lo irá demostrando esta historia. Este fué aquel mexicano Tacaaller, cuyas proezas dieron materia de muchas fábulas á los naturales, y muchas más á las plumas extranjeras, confundiendo nombres y hechos, así de los tiempos de los emperadores como en los de los reyes primitivos, ó ya del gobierno repúblico; achaques son de que adolecen las historias más cultas y políticas.

CAPÍTULO XXXIV

CONVOCACIÓN DE CORTES GENERALES QUE HIZO EL EMPERADOR AXAIACA

§ 1.º—*Designio deste llamamiento.*

1. Dióse á la publicidad una especiosa tez de esta convocación, vertiendo voz de conquistas, cebo en que picaba mucho el brío de aquellas gentes, interesaban los capitanes, y que resucitaría el aprecio de la milicia en habiendo campaña. Esparcióse también rumor de reformas en los desórdenes del Imperio, de que resultaba en los celosos consuelos y en los escandalosos espanto; los hacendados se turbaban con los arbitrios que rugían para desangrar á los ricos más que para desentrañar minerales; los desacomodados deseaban revoluciones por ver si tendría mudanza su fortuna y el vulgo, aunque suele ser quien paga las costas, anhelaba á novedades.

2. Los fines secretos del Emperador eran una sed insaciable de sacar tesoros, ya para fomento de sus delicias, ya para la prosecución de sus magnificencias. Y es así que cuantas grandezas ponderan en el último Motezuma los cronistas de la América, las más tuvieron en Axaiaca su abuelo, ó sus esbozos, ó sus perfiles. El obró lo más de lo que Gabriel Laso de la Vega dice (Canto IV de su *Mexicana*):

> "Del un mar al otro le obedecen
> cien ciudades insignes, populosas,
> cuyas grandezas con el tiempo crecen,
> y fábricas suntuosas
> que con las sierras competir parecen.„

3. Él dió la más vistosa cultura á muchas provincias introduciendo la policía mexicana en países y regiones que, por remotas, aun estaban como si acabaran de criar, informes, sus montes incultos, sus ríos innavegables, corriendo por el primer canal que Naturaleza les diera, y sacó acequias para fertilizar páramos. Y, en conclusión, ideaba que todo el Imperio espaciado por más de ochocientas leguas, se espesase tanto en poblaciones que pareciese una ciudad continuada, que así la vieron cuando entraron los españoles.

§ 2.° —*Cómo habían degenerado estas juntas de su primitivo instituto.*

4. A los principios del Imperio mexicano solían ser formidables á sus reyes las Cortes generales; porque, cuando los reinos y provincias forman un cuerpo y conocen con la unión su gran poder, humillaban la soberanía de su Príncipe y lastreaban su despótica autoridad; que no teme el particular cuando habla por voz común, asegurando entre la muchedumbre de vocales, el que, aunque se sienta el tiro, no se conozca la mano. Como cuando concurren á un efecto los elementos, se sienten en común y ninguno se conoce en particular.

5. El Emperador Motezuma V hizo juicio de que fijaría el Imperio en su familia, ampliando á estas juntas generales los poderes para que ajustasen en los excesos y exorbitancias á sus sucesores las riendas. Enterado de que si establecía el bien común, eternizaría en el trono su Imperial casa, pues se perdían los reinos y se caían las coronas de las cabezas, que rompen los fiadores de sus estatutos y leyes. Riesgo que procuraron obviar los lacedemonios con la creación de los eforos; los romanos con los tribunos de la plebe; los alemanes con los siete electores; los ingleses con sus parlamentos; los franceses con los doce Pares; Aragón con su Justicia, á quien daban potestad de venir con su Rey á la última demostración, á no aprovechar los avisos reverentes y advertencias respetuosas. A tal grado llegaba este freno, que Demarato, rey de los espartanos, reconociendo en estas fundamentales leyes de su patria tan superior autoridad

y poder, escogió dejar su solio antes que someterse á su juicio. No hubiera él hecho por qué y no le temiera.

6. Todos aquestos diques y reparos demolió la creciente de soberanía y majestad continuada por serie hereditaria de Motezumas. No hay cautelas que no frustre la despotiquez de un Príncipe soberano, á cuya regalía milita la suma dependencia de los vasallos, la lisonja de los aúlicos y codicia de ministros, reduciendo con especiosas voces de lealtad, y con espanto de atractivos é interés todo espíritu noblemente libre á servidumbre y concesiones, oficiosamente tan indignas como injustas, como se vió en este Motezuma VII, y más se verá en el último, cuando, no ya rebosando sino repitiendo convocaciones de Cortes, los emperadores salían con cuanto se les antojaba; y los diputados y procuradores solicitaban las suertes para sus particulares conveniencias, vendiendo con publicidad los votos; porque vendían en México lo que compraban en los consistorios de sus ciudades.

§ 3.°—*Fórmula de las Cortes que se celebraban en el Imperio mexicano.*

7. Enviábase convocatoria circular á los magistrados supremos de las provincias. Cada provincia juntaba entonces los diputados de la milicia, de las ciudades, de las audiencias, de los nobles y de los templos, cinco gremios de donde se entresacaban cinco procuradores que concurrían á la corte á tiempo que pudiesen concurrir todos, y formar entre sí una nueva elección, con que se dividiesen como en dos parlamentos.

8. Porque de todos estos vocales se apuraba otra junta compuesta de sólo cinco: un prelado, un noble, un togado, un capitán y un regidor. Estos formaban una Sala alta, con quienes comunicaba el Emperador inmediatamente los artículos de las Cortes, y le asistían su primer Ministro y el Presidente de su Consejo Supremo, con cinco secretarios para las líneas, cinco de las Diputaciones. Estos cinco de la Sala alta, podían disputar mas no resolver las propuestas, hasta conferirlas con los otros muchos, que hacían una como sala de los Comunes, y se resolvía decisivamente lo que juzgaban; pero tenían ex-

cepción en sus poderes en orden á nuevas contribuciones, decisión que primitivamente se reservaban las ciudades.

9. A todos los diputados, desde el partir hasta el volver, les hacían sus provincias con liberalidad y esplendor la costa, y les intimaban indispensables y fuertes penas, á los que, á mira de su carácter ó comisión, admitiesen alguna merced del Emperador ó agasajo de algún ministro real. Y si aun estando en vigor esta ley, y latiendo el escarmiento á vista del castigo, eran sus transgresiones frecuentes, ya volando sus enterezas con minas de oro, ya enterneciéndose los pechos de diamantes á un risueño agrado del Príncipe, á una demostración cortés del valido ó á un artificioso razonamiento de un senador, en que les pintaba desesperadas para siempre sus dependencias si testareasen en renitencias, fundando censos perpetuos de premios si condescendían en tan justificados servicios. Si esto pasaba entonces, ¿qué sería, ni qué importaban las Cortes, cuando con el decurso del tiempo se habían reducido á poner los votos en almoneda, y aun rogar con ellos de balde?

§ 4.°—*Materias que se trataron en estas Cortes.*

10. En la primera sesión destas Cortes propuso á los cinco supremos diputados, en nombre del Emperador, su primer ministro Atetulco, lo muy servido que se hallaba su Majestad de vasallos tan finos y tan celosos. A que respondió también con precisión el diputado de la nobleza, á quien tocaba la prerrogativa de hablar primero, ofreciendo de nuevo á su Príncipe los corazones nunca más esmerados y adictos al imperial servicio que con un Emperador tan amante padre de la patria y propagador del Imperio.

11. La segunda propuesta hizo el Presidente del Supremo Senado, significando, cómo el Emperador deseaba ser advertido de los excesos y desórdenes que se notasen en toda su monarquía, y que se tratase, como se debía, de su reparo. Pues de observarse las leyes pendía el decoro del Príncipe y el lustre de la corona, la conservación de la república y la utilidad común de que á todos se deriva su bien particular. Que, como en los campos viciosos brotan espinas, en los reinos que por incultos se espesan

vicios, también se ensarzan desgracias. Y pues los magistrados eran los ojos de su Monarca, le representasen en lo que su Imperio iba haciendo vicio; y, pues eran también sus manos, cooperasen también en el discurrir y aplicar remedios.

12. El diputado de su brazo eclesiástico (fama es de que con acuerdo del mismo Príncipe por sus ocultas artes de Estado) respondió á esta propuesta diciendo:

13. "Gran Señor: persuadido á que os será de agrado la verdad más que la adulación, os diré lo que he observado y lo que yo siento. Dándome también mis canas, mi profesión y mi dignidad ánimo, no atrevimiento, solicitado de mi conciencia más que de alguna arrogancia envuelta en capa de celo„. Y coronando este exordio con una profundísima reverencia, añadió:

41. "Arduos son los remedios que piden, en su misma bondad, afinar sus temples. Pues siendo así que las tres felicidades de un Reino se componen de la paz, de la justicia y de la abundancia, pero en no acertando á dárseles su punto, se convierten en veneno; porque una larga y universal paz hace olvidar el valor y afeminar con el regalo y quietud; una justicia igual con los nobles y plebeyos engendra avilantez y osadías en los vulgares; y la abundancia, si es nimia, amora al ocio y cobra á las artes tedio. A este tenor unas cortes generales, si no se extravía su legal fin, son al reino de gran fruto; pero lo que en ellas de ordinario se suele tratar ó concluir es lo que menos conduce al bien çomún, aunque se afeitan con tal color. Los caciques en estas juntas sólo tiran á la ampliación de sus casas y desahogo de sus empeños. Los ministros y magistrados sólo discurren en alargar su autoridad y jurisdicción, que adelantan con el manejo de nuevas contribuciones. Nuestros bonzos sólo estudian en más exenciones y privilegios. Pues si éstos que se consultan por médicos adolecen de tan nocivos contagios, ¿cómo sanará la república de sus enfermedades con sus recetas?„

15. "Señor: el Imperio pide gran reforma; porque á la Justicia se le tiene más odio que respeto; á uno y otro dan los Tribunales causa por su falta de entereza y sobra de soberanía. Si no se ha del todo extinguido, váse resfriando el gran amor que se tenía al Príncipe, porque sus ministros, con su ambición, avaricia y soberbia, le repre-

sentan tirano. En palacio se ve mucho desperdicio. El poder se apura en gastos pródigos y generosidades superfluas. Hánse trasladado los erarios de la guerra á almacenes del deleite. El patrimonio real se halla exhausto, y mientras más penuria, más magnificencia, y los mexicanos más vanos mientras más pobres„.

16. "Como sea el palacio un reloj público, por cuyos movimientos reglan los demás sus procederes, de sus desconciertos se han derivado los desórdenes de todos los Estados, pues aun la gente ordinaria desborda con exorbitancias de porte y trato; pues, con oprimirles mucho tan desmedidos impuestos, los ahogan más sus desmesuradas vanidades, que las admite una inicua competencia con los nobles y las continúa su loco punto tan mal fundado„. Con tanta libertad habló el bonzo que no osara, á no estar convenido con el Príncipe, á un artificio político de engañar con la verdad, mostrando el Emperador que la escuchaba con gusto, y representando el bonzo que lo razonaba con celo, conque las resoluciones pareciesen haber pasado por el crisol de las verdades.

17. El que tenía la voz de la nobleza peroró en esta sustancia: "Como al sol le adornan sus rayos, á la majestad de un Rey le ilustran sus nobles: y feos eclipses sintiera aquel coronado planeta si de su corona sacudiese tales almenas. Quéjanse, gran Señor, los nobles, de que no sólo se confunden en los tributos con los villanos, pero que ni se distinguen de los plebeyos en trajes, casas y puestos, pues en juntando el más ordinario alguna pella de hacienda, pone aún más lucida casa y compra más honorífico cargo, y esto por falta de ponerle coto al vulgo. Ningún gremio da más fruto que la nobleza si se emplea á proporción de su estado, y de mucho daño si se deja sin empleo. Unos por poderosos dan celos, otros por pobres, ó malean sus bríos, ó malogran sus talentos. Si residen en la corte ociosos, se consumen con vanos gastos; si moran en sus estados, se hacen soberbios. Tantos hombres de ilustre sangre con algunos posibles, pero sin cultura de letras, ni con ejercicio de armas, ó sin ocupaciones de puestos, ¿en qué han de venir á dar?; más vale dejar en duda, que empeñarse en la respuesta. Cuando son muchos hijos de ilustre casa, y el mayor carga con la gruesa del caudal, los otros cargados de obligaciones, y sin medios para sustentarlos, ó se enclaustran de necesi-

dad, más que por virtud, con los bonzos, ó son como unos baldíos, que se enredan en mil zarzales. Todos estos inconvenientes, son dignos de muchas circunspecciones„.

18. El diputado de la guerra siguió diciendo: "Señor: las fronteras están desarmadas, las plazas sin guarniciones; siendo pocos los soldados, son menos los sueldos; con lo que se compra la paz en agravio del decoro, pensionando á ministros de otras coronas, se pudieran sustentar ejércitos para proseguir conquistas ó para mantener la paz, con seguridad y reputación. Por los límites del Imperio corren á trechos sencillas plazas, que son las únicas llaves de tan inmenso dominio, con el riesgo de que si un poderoso enemigo lo inunde todo sin más resistencia que un desprevenido y corto presidio, siendo todo el corazón una multitud afeminada en delicias, ni saber qué cosa es armas por el haber arrasado, ó dejar que se hayan caído, todas las fortalezas mediterráneas, y, celando inquietudes y deslealtades de los de adentro, no se recatan las invasiones de los de afuera„.

19. "Y en consideración de que en las últimas guerras se sintieron muchas batallas perdidas, y muchas plazas infamemente entregadas, sin que se viese castigo que escarmentase, conduciría, sin admitir pretexto ni excusas (que nunca faltan para paliar sobornos y cobardías), fuesen irremisiblemente privados de puestos, honras y vidas, ni parezca el medio rígido, que el mal no tiene otro remedio„. Hasta aquí aquel diputado, y toda sumisión pasó por alto, entreoyéndose un susurro de que los soldados viven de turbulencias, como los médicos comen de enfermedades.

20. El diputado de las audiencias razonó prolijo inculcando sobre las ordinarias desórdenes que en todas partes se acriminan á los ministros, y no acabara si el Emperador no le interrumpiera diciendo: "Hay oficios que es casi imposible el purificarlos de achaques, ni manejarlos sin quejas„.

21. El diputado de las ciudades propuso dos reparos: uno de los corregidores, y de los regidores el otro. "De los corregidores, hay unos, dijo, que sin vigor por sobra de edad, toman el oficio sólo para un descanso honorífico, más que para un laborioso desvelo. Otros, que, por jóvenes, más ocasionan que pacifican disturbios. Los más pretenden la vara para aquella tan usada maravilla, de

que siendo seca, les brote muy rico fruto. Y Señor, el cometer la residencia á sus sucesores, sólo sirve de que aprenda por compendio desde el principio el arte de encanalar sus inteligencias, y quedarse con la pauta de las precedentes industrias, sobre entablarse la práctica de hacerse buen pasaje los que entran á los que salen con la trivial multa por la falta de hacer empedrar las calles„.

22. Sobre beneficiar sus regimientos especificó las artes de ingeniarse los regidores, pero más grave ponderación hizo en lo mucho que alargaban los plazos limitados de los impuestos, de cuyos robos se indultaban cuando el supremo superintendente de hacienda les amagaba tomarles cuentas. Y nunca se las tomaba, porque destos sus amagos fundaba sobre ellos censos, pues siendo el indulto á plazos, le pagaban entonces aquellos réditos.

§ 5.°—*Conclusión de aquellas Cortes.*

23. El Emperador pretendió acreditarse de atento á los reparos de los procuradores, y, en consideración de sus avisos, se publicaron varias pragmáticas, pero como su observancia no comenzó por palacio, se aplicó en vano el remedio. Ni podía darle eficacia quien había asestado todas las artes de su política á sacar concesiones cuantiosas, que se consiguieron por aquellas minas ocultas que vuelan rocas, quebrantando con promesas y dádivas las peñas. El primer moble arrastra los demás globos; pocos hay que no dependen de su Rey, y en interesándose en particular se abandona todo respeto del bien común.

24. Todos los diputados salieron enriquecidos y honrados con prerrogativas y conveniencias, por el celo grande de haber crecido á las provincias los gravámenes, dándoles á estos nuevos tributos el especioso título del *apresto*. Así suele tomar la violencia la capa de justicia y vestirse las gabelas aquestos sobretodos transparentes ó decorosos vocablos. El bonzo diputado de sus eclesiásticos, que se mostró tan entero, se dejó ver promovido á dignidad de esplendor, dando señas de que el inclinar la cabeza á la concesión, fué para que le ciñesen en las ínfulas las sienes. O pudo ser malicia de la política, para encartarle en la minuta de los que condescendieron á los postulados de los tributos, justificándolos con aquel voto

tan notorio de justicia, que príncipes y ministros hay que solicitan que les haga lado la virtud más acreditada, para que les haga sombra á sus injustas resoluciones é inicuos atentados.

25. El empleo de infinito oro, plata, perlas, aljófares, pedrería preciosa, montes de cacao, copia inmensa de algodón y de rica plumería que se recogieron de las nuevas contribuciones, fué para suntuosidades inútiles, casas muy costosas de placer y raras invenciones de delicias, no advirtiendo aquel bárbaro Príncipe que no hay señas más ciertas de una corona cadente, como cuando se dan los reyes á tan perjudiciales exorbitancias.

CAPÍTULO XXXV

DE LOS MOVIMIENTOS QUE DIERON MUCHO EN QUÉ ENTENDER Á ESTE VII EMPERADOR

§ 1.º—*La causa de estas nuevas inquietudes.*

1. El poderoso cacique Ecatliquapoqueo, que en aquel Imperio era uno de los treinta señores de á cien mil vasallos, altivo de pensamientos, fomentado ó inducido de los que dentro de palacio le hacían sombra y le ponían á prueba, ó porque hay genios á modo de delfines que es todo su gozo fluctuar entre las borrascas, se retiró de México á sus estados, impaciente de ver todo el gobierno en manos del favorecido Atetulco, sin haber surtido efecto sus máquinas para alzaprimarle de la privanza.

2. A su ejemplo se retiraron también otros próceres á sus tierras, juzgando que eran monstruos de cometas dos soles influyendo en un dominio, aunque el color en lo público era recogerse para repararse de los empeños en que mete una corte con sus gastos; quien se alimenta de veneno, como Porro ó Mitridates, apesta con el aliento, y un espíritu revoltoso y que se cebaba con envenenadas inquietudes, imprimió en muchos las respiraciones de su soberbia y envidia; ponderándoles que les debía dar justos celos un vasallo con exaltación de dueño; que la autoridad excesiva se convierte en demasiada licencia, y ser ya contra el punto de sus relevantes casas ceder sino al Emperador en sus preeminencias. Sobre tocar á los de su esfera apuntalar el Imperio, que, con el gran desgobierno, hacía vicio y amenazaba ya su ruina. De se-

mejantes vapores se iban adensando nubes, de que se fraguó una formidable borrasca.

3. Era Atetulco ministro de sana intención y que de firme se había opuesto á su Príncipe sobre que se moderase en gastos para aliviar la monarquía de pechos, ponderándole los escándalos que causan y los escarmientos que dejan, hasta pedirle licencia de retirarse á su estado á no arreglarse á rectitud el gobierno. El Emperador deslumbrábale con ofertas y haciale cabeza de hierro, en que hiriesen las censuras de los errores y quejas de los mal contentos, confiado de que la capacidad y prudencia de tal ministro le sacaría de todo empeño.

4. Mas no cabe debajo de la mayor providencia el prevenir el tiro de un trato doble; había dispuesto Atetulco con tiempo un ejército que campease hacia las fronteras de más cuidado, con más deseo de preservar á los vasallos de heridas que de cauterizarles las llagas; que los espantase el trueno sin arruinarles el rayo, cuando otro se complaciera y aun avivara revueltas por la ocasión de levantar más su persona y casa con las ruinas de los rebeldes. Para General, pues, de esta empresa, se valió del cacique de Moquihuix, soldado de fama, y que, siendo muy de corazón su enemigo, ninguno en México se le había mostrado más oficioso: dobleces de que son muy afamadas academias las cortes y los palacios.

5. Hicieron con este General liga los caciques sublevados, dando principio á más hondos fines, con que se manejasen las armas de arte que diese el mayor peso de la guerra sobre Atetulco, precisándole á que multiplicase tributos para cebar á los ejércitos imperiales de socorros, y acabar de malquistarle con los pueblos. Peleábase á la galana, entreteníase con amago la campaña, y el mayor dolo que se consumían las mesadas en los cabos de primera plana, con que el orden inferior de la soldadesca, sintiendo, flojas las riendas de sus jefes, que los apretaba el hambre, bramando de coraje por sus pagas, rompían las leyes de la milicia saqueando sus mismas ciudades, y tan insolentes con sus paisanos como cobardes con los enemigos.

6. Sería como de diez mil soldados el trozo que amotinado se desmembró del cuerpo del campo imperial, pretextando el rompimiento con las quejas de ser desatendidos sus arriesgados servicios, atendiéndose en México

sólo á delicias y descansos; que las facciones arduas, los sangrientos choques y batallas, se ponían á cargo de la milicia, y los premios á los cortesanos que se esponjaban con seguridad en gustos. Pues, ¿y por qué para Atetulco los honores y las riquezas y para nosotros la hambre, la desnudez, las heridas y las muertes? ¿Y llamaráse rebelión á lo que nos precisa una extrema necesidad?; más breve despacho nos dispondrá en la campaña la espada, que en las secretarías de la corte las plumas en papeles. Éstos sentimientos rabiosos habían impreso los mismos cabos desleales, que se entendían con su traidor General; conque siendo de parte de los tercios amotinados muy de realidad el movimiento, los otros enderezaban á sus artificiosos designios el tumulto.

7. Y en esta suposición, dando cuenta del fracaso, envió el astuto general á consultar al Emperador si en los nuevos accidentes se procedería á fuego y sangre, ó se trataría de atajar el incendio con algún benigno y decoroso ajuste. Que para lo uno ó lo otro, se requerían gruesos socorros y numerosas reclutas; y este era el blanco de sus ficciones y maquinas.

§ 2.°—*De lo que se resolvió en México acerca de esta materia.*

8. La sagacidad de Atetulco llegó á roer las raíces del artificio y máquina de todos los rebeldes, y vino á dar con todo el tronco de la enramada política en el suelo. El procedió con redoble de disimulo, hasta madurar el hecho. Envióse orden del Emperador al aleve General de que se llegase á la corte, porque su voto, como tan práctico, sería el que enterase de lleno al senado, y en el ínterin marcharían las nuevas levas con los demás suplementos de la campaña. Esta invención de buena fachada pedía el edificio de tan grave intento.

9. El cacique picó en el cebo y cayó en el lazo, y con tal arte le tenían preso, que aun él mismo pensaba, que se detenía por ocupado en consultas de la guerra. Procedíase con arte porque ni se sintiese en el ejército, ni se entendiese su prisión en la corte, que era el cacique de mucho punto, unido con la primera sangre de México, y, sobre tener muchas hechuras en la milicia, era de los

primeros papeles en aquella representación de los príncipes sublevados.

10. En el ínterin hacía Atetulco marchar tropas á la plaza de armas, y convocando con el pendón imperial las órdenes militares de los Teuclides y Auriculares se adelantó á la frontera, y, en reduciendo con recios ataques á la soldadesca amotinada al postrer ahogo, admitió su rendición con honrosas capitulaciones, les satisfizo sus pagas, y en nombre del Emperador les dió un donativo, más celebrado mientras menos merecido. Así evitó el venir al último rompimiento de chocar con los que habían de poner la salud en los arrestos de su desesperación, y engrosó su campo desflaqueciendo el del enemigo, conque pasó á derrotarlo.

§ 3.°—*En qué forma Atetulco concluyó la guerra.*

11. Hallábanse descubiertos y casi perdidos los que habían comenzado á urdir mal la rebelión; crugían entre el martillo y la yunque muchos arrepentidos (pena de inconsiderados); dolíanse todos de haber manejado con poca destreza el motín del ejército imperial. Y en este artículo de dudosos interceptaron un volante (que había ardidosamente hecho perdidizo Atetulco), con quien se fingían órdenes apretadas del Emperador sobre que se procediese á toda blandura con los malcontentos, y con la refleja de que eran de sus más esclarecidos vasallos; y que, si tratasen de reducirse, se les concediese indulto de lo pasado, como si no hubiera sido. Con tal noticia se vertió por los rostros el gozo de los ánimos.

12. Pero el cacique de Quaximalpan, que había sido promotor de aquel disturbio, cubriendo su desesperado asombro con demostraciones de arrogante, exclamó diciendo: "¡Oh, valerosos capitanes, que os veo enternecer á los encantos de unas palabras dulces como de sirenas, y venenosas más que de ocultos áspides, no advirtiendo que los reyes encienden más el volcán de su enojo cuanto más le reconcentran en la profundidad de su pecho! Debéis de ignorar que, en puntos de deslealtad, basta haberse imaginado para haberse ya delinquido. Son las guerras civiles como los alborotos del mar, que después de amainar la borrasca sienten las aguas en los vaivenes su

influencia. Creedme que jamás viviremos sosegados de la tempestuosa ira del Emperador. No se tendrá á respiración de fidelidad el terminarse nuestro movimiento en amago, sino á que calmó por falta de espíritu y aliento. Más recabó la soldadesca amotinada con las armas en las manos que si hincaran las rodillas. Estad ciertos, que sólo el valor nos puede sacar de este empeño bien„. Dijo, pero todo en vano, porque el miedo y la esperanza les había preocupado el juicio y deslumbrándoles del acierto.

13. Y fué así, que su penitencia, por tarda, desmereció serles provechosa. Halláronse desprevenidos en manos de Atetulco, que los despojó á todos de sus estados é incorporó en la corona imperial, y á unos les dió muerte civil en destierros perpetuos; á otros les quitó con lento veneno las vidas, por excusar al esplendor de su parentela el eclipse del cadalso; pero á dos cabezas de aquellas parcialidades los llevó consigo á México, y, al lado del cómplice General, en la plaza mayor, les rompieron con mazas las cabezas. Así penan de engañados, los que pecan de presumidos.

§ 4.°—*De cómo y por qué Atetulco le pidió al Emperador le admitiese el dejamiento de primer ministro.*

14. En senado público decretó el Emperador que Atetulco diese cuenta de su victoria, ya que, tan moderado como hazañoso, se había negado al entrar en México con la debida pompa de triunfo. Fué oído con mucho aplauso porque á la bizarría de su obrar igualó la modestia y cordura en su modo de decir. E instándole el Emperador á que él mismo había de poner á su premio nombre, que nada le negaría de cuanto le pidiese, es fama de que Atetulco le dijo:

15. "Gran Señor: El tratar de premiar mis hechos, será un coronar como en imagen vuestras soberanas disposiciones y providencias, habiendo sido yo un mero instrumento de vuestra mano é idea. Pero bien es que el premio pare en las sombras, cuando faltarían colores para exprimir la gloria que os atribuye todo el Imperio, en cuyo esplendor y amplitud tanto os esmeráis, y á cuya felicidad con tal conato atendéis„.

16. „Y pues en mí fuera prolijo malogro no va-

lerme de una oferta tan sin coto, lo que suplico á vuestra Majestad, no tanto por mis servicios, que son cortos, como por mis deseos de serviros, que son más largos, me concedáis benévola licencia para retirarme á mi Estado, en que atiendo á vuestro obsequio, para que mejoréis de ministro, y cumplo las ansias del Reino, que en mudanza de gobierno vincula la expectación de su alivio. Sea yo uno de los vasallos que ponen límite á los favores que reciben de sus reyes; que tienen apurados á sus príncipes, no los premios que se piden por servicios, sino los premios que se piden por los premios recibidos, y una encadenación sin fin de pretender por lo mismo en que les premiaron cuando se lo dieron„.

17. "Desea siempre toda la Monarquía, que, pues tenéis en vuestros senados tantos y tan grandes consejeros, no tengan ociosos cargos y gajes; que se reducen sus pareceres, como muchos cabos á una lazada, á sólo el juicio y aun á la insinuación sola del que veneran por vuestro privado y primer ministro. Mucho ha que me hallo concluído deste reparo, y por más que he procurado reconcentrarme para que voten con libertad, siempre adivinan mi parecer, que son grandes adivinos la dependencia, con ambición y codicia„.

18. "No temo que se me canse, aunque suele, la fortuna, tan bien apuntalada en vuestra firme gracia y mis procederes sólidos; temo, sí, que por tan estable, reduzca las emulaciones á despechos, como hay gusanos que dan su sangre porque se haga el diamante piezas. Hágasele suelta á la envidia de lo que sigue, como hace el castor para desviar su persecución, que es andarse en muchas pruebas, volver á nuevas borrascas, pudiendo tomar con buen aire puerto. Pensión recia es de la dicha el estar siempre á tiro de tantos como la apuntan con ceño. La felicidad deste moderno suceso, el estruendo de su aplauso, no es tanto clarín para aprobación de la fama, como parche militar que toca á la envidia alarma contra mi vida y honor; bien será mojar su pólvora, contemplar las luces y no irritarla del todo encendiendo más llamas„.

19. "En materias graves de Estado no es loable en el Príncipe hacer de su agrado empeño; absténgase vuestra Majestad de su afecto particular por condescender con los suspiros del común. En regirse por un ministro siempre se arriesga el acierto á opiniones; en gobernarse por sus

senados, nunca se expone á nota de imprudente; pues más fácil es tropezar Polifemo con un ojo que con muchos ojos Argos. Un privado por varios accidentes se muda y luego todo el gobierno se altera; y el perenne tenor de los consejos no padece esos achaques; de una mano común no hay emulación como de una particular; más constante está la fe añudada con muchos vínculos que fiada á una voluntad impresionada de temores y deseos„.

20. "Pues en punto que Vos, Señor, sois servido, quedan libres los senados, contento el pueblo, y yo salgo de palacio, no arrojado de una desgracia, sino en premio y coronación de una felicidad; el hacerme esta merced será la mayor que por ahora puedo recibir de la imperial mano de vuestra Majestad„.

§ 5.°— *Consigue Atetulco la retirada y lo mucho que se extrañó la licencia.*

21. La respuesta del Emperador se dice haber sido así: "Admírome de vuesto buen juicio que no escojáis el causar envidia más que el conmover á lástima, y que vuestro magnánimo espíritu no aspire al ascender como el sol á tan sublime cenit que le pierda de vista la emulación. Quien ha continuado las loables artes de merecer mi benevolencia, ni tema accidente que le arranque de mi gracia, ni arrojo de despecho que le deslustre la gloria. Despreciarse deben injustas murmuraciones, que como silbos ocupan los oídos, mas no los prudentes ánimos. La resistencia y constancia en los embates de las calumnias son como el coraje en el cuerpo, que es el antídoto contra las landres de peste„.

22. "Doy que pidáis lo que os está bien; yo haré lo que á la razón de estado más importare; y conduce el añadir á mi cetro ojos con un amigo el más fiel y el más cabal que me ayude á registrar los procederes de mis senados, á los cuales, si es de grave perjuicio el sentirlos, como á los ojos, atravesados, no es de menor detrimento verlos, con cierta especie de monipodio, demasiadamente unidos, y que se tiranicen todo el poder pretextando mi autoridad„.

23. "Y cuando la política concluyese que no me sirviese de vos como de primer ministro, no me puede pro-

hibir el trato de amistad: ensanche virtuoso que debe darse á las melancólicas regularidades de la soberanía. Como no es contra el decoro y oficio del sol coronarse de sus rayos como de amigos, ni se disminuye la majestad del Océano con el familiarizarse á la comunicación de los ríos. Con todo eso daré un corte en esta materia, conque ni vuestra súplica salga vana, ni mi afecto quede quejoso„. Y el expediente fué darle una hija con rico dote al heredero, y al Atetulco licencia para su retirada.

24. La licencia y retirada de éste valido con su estrañeza dió largo que discurrir; juzgábase que el Emperador vino á entender que Atetulco envidaba de falso y con haber aceptado le había dejado perdido, castigándose semejantes falsías con el condescender á las súplicas, y que se enfadan mucho los reyes de los que llegan á presumir que son menester y que los han de rogar. Mas verosímil especie fué que surtió efecto la sutil malicia con que los enemigos de Atetulco envenenaron sus aplausos y aclamaciones, sugeriendo y estimulando á que vocease el pueblo ser Atetulco el heroe único de su siglo; que á él sólo se le debían todos los triunfos; que á su mano y á su juicio se debían todos los aciertos; y alargábanse á clamar para malquistarle más que era digno de un Imperio, siendo agravio ver aquella cabeza sin corona. Voz fué que impresionaría al Emperador, con celos de aquella escandalosa alabanza, más que le pudieran mover contra Atetulco cuantas calumnias y atrocidades se le pudiesen levantar, y que le derribaron con maliciosos elogios al que no podían mover del puesto con baterías de descrédito é infamias.

§ 6.°—*Muerte de Axaiaca, Motezuma VII y Emperador de México y extravagante disposición de su Monarquía.*

25. De cuatro hijas que este Emperador tuvo, la una fué premio de hazañas al hijo de Atetulco; murió la otra en profesión de sacerdotisa; las dos fueron pretensión de varios príncipes, y suertes envidiadas de los reyes de Coyobazán y Tacuba. De la que era Emperatriz y la línea principal, no se logró sucesión, fuese desgracia ó malicia por razón de su esterilidad, mas nunca se repudió mante-

niéndola en el solio la eminencia de hermosura, la majestad de la sangre y agregado precioso de excelencias.

26. De seis hijos que le dieron las reinas (que componian la segunda clase para la sucesión á la corona) el de más edad, aunque no de mal talento, era el de inferiores prendas; así lo suele estilar Naturaleza, ó para lastrear la fortuna en los primogénitos, ó para consolar á los segundos en la desgracia de atrasados. Ganas tenía el padre de barajar el título de primero, mas retirábale de este asunto los escarmientos que dejaron los que quisieron corregir estos yerros de precedencia nativa de nuevas leyes del arte, á cuya causa había terminádose en mera ceremonia aquel estatuto antiguo de que su senado escogiese Emperador de entre los hijos de la Emperatriz; y, al no haber de ésta sucesión, de los que tuviesen las reinas, con que mudó de capricho pero no de extravagancia.

27. Porque consideraba que muchos de los reinos y provincias de las incorporadas con la corona de México, cuando estaban desmembradas, mantenían á sus Reyes con esplendor de majestad, á sus ejércitos con gran número y abundancia, emprendían facciones de fama, eran emporios célebres de comercios, sus ciudades populosas y abastadas, rica y mucha la nobleza, magníficos los templos: y todo esto unido con México estaba más desmedrado, y los reinos y provincias reducidas á unos esqueletos, por descarnados de gentes, de nobleza, de caudales, de comercios, de alientos, de pulicía, no siendo ahora ni aun sombra de lo que antes eran.

28. Discurría también sobre que las monarquías, sin más oposición ni contrariedad que su basta y amplia magnitud, se vienen á desplomar; que como el demasiado alimento hace con indigestiones muy grave daño al estómago, así el inmoderado grandor llena de achaques muy peligrosos á cualquier Imperio. Un pastor logra el cuidado en gobernar cien ovejas, y se perdiera á sí y al rebaño si quisiera regir mil. Los de estatura desmedidamente largos, de ordinario son desvaídos, por no poder acudir con vigor los espíritus vitales á tan remotos extremos. Y aunque de la unión de muchos hilos se teje una muy fuerte maroma, no es así en la unión de muchos reinos, porque dado que se junten, más no se unen, dividiéndolos y contrariándolos entre sí la diversidad de lenguas, la diferencia de fueros, la oposición de genios y costumbres y

especialmente el descontento de los que se miran avasallados, y la insolencia ó arrogancia de los que se jactan y se portan como nación dominante.

29. Pagado deste dictamen trató el Emperador de dividir en seis coronas la monarquía, dejando al hijo mayor el solio de México, y á los cinco hermanos los tronos de cinco reinos, sin más reconocimiento al Imperio que concurrir á los llamamientos de cortes generales, más por fomentar el parentesco con avistarse, que á ley de reconocer en el Emperador superioridad.

30. Como lo ideó, así lo propuso en el Supremo Senado. Los senadores, teniendo por quinta esencia de sabiduría andar á veces al paso de la ignorancia, y viendo que su Príncipe los quería aprobadores y no consejeros, no quisieron, con dispendio de su estado, desviarle de aquel despeño, sino empeñarle más apoyando con apariencias sofísticas aquella fantasía exótica. Y si alguno se extravió de tal máxima, fué con tal arte de adulación, que con la frialdad de la réplica esforzaba la extravagancia. No faltó, empero, quien, abandonando miedos y lisonjas, le habló al Emperador así:

31. "La novedad, Gran Señor, para persuadirse y aceptarse, debe establecerse con fundamentos que con evidencia muestren ser las costumbres y estatutos antiguos ya de más daño que fruto, por la alteración notoria de circunstancias que atraviesan de nuevo, embarazando á las antiguas su curso. Y también es sentir muy clásico, que toca en superstición, adorar á ciegas lo antiguo y tripular á bulto todo lo nuevo. Pues la antigüedad tuvo también noviciado, y, de los yerros pasados, fundió discretos avisos para las edades siguientes. No se vinculó la puridad de la inteligencia á sólo aquellos siglos, que se descubren en todo tiempo ricas minas de noticias con la sucesión de no inferiores ingenios. Y así es plebeya ignorancia y bisoñería el condenar una máxima sólo á título de nueva. Pues, como se mudan con las edades los climas, las condiciones, los accidentes y aun las sustancias, dicta la prudencia que también se ajusten á tiempo los estilos y las leyes. Pero pide mucho tiento cualquier novedad en materias de estado, porque no sea que la aconseje el interés más que la necesidad, ó la aprensión de una vana aunque especiosa idea, más que un sólido fundamento asentado con hondo y maduro juicio„.

32. "El pensamiento, pues, de dividir en varios reinos la Monarquía mexicana, es un demoler la más célebre fábrica de la América, cimentada con gran consejo y peso de juicio sobre justificados derechos, argamasada con mares de sudor y sangre de valerosos héroes, erigida con innumerables batallas y victorias, y que se resquebraje esta famosa máquina hecha piezas al leve soplo de unas apariencias sin cuerpo, en la realidad será de tan pernicioso juicio, como manifiesto yerro„.

33. "Ni les está bien la novedad á las provincias que se hubieren de dividir, pues no habría apenas distancia en desmembrarse y perderse. Una gota de agua incorporada con el mar del Sur, apostará su duración con la eternidad, y por sí á solas, luego se seca y desaparece. Así, los reinos, unidos, son incontrastables; separados, con facilidad son despojos de sus enemigos. El sustentar el fausto y pompa de un Rey, el peso y gasto de las campañas y guerras, y más cuando los ejércitos han desbordado de la primitiva parsimonia en suma destemplanza, y que su Rey les prensará con impuestos para exprimir medios con que no ceder al lustre del Emperador, en tratándole como igual. Todas estas nuevas obligaciones reducirán á los reinos desunidos del Imperio, no á sus primitivas glorias, sino á crecidas miserias„.

34. "Los talentos eminentes en letras ó armas, que hoy gozan los inmensos espacios del Imperio, y van graduando sus lucimientos por emisferios lustrosos de varios puestos y oficios, éstos, estrechados á los rincones de un reino corto, se enmohecerán con la penuria de premios. La invención, sin duda, será muy grata á los enemigos de México; pues, desangrándose por sus venas que se le rompen el torrente de sus fuerzas, por donde perdieran pie lo pasarán á pie enjuto. El que queda con el Imperio arderá con el empeño de su recobro; los hermanos viéndose reyes, no cabiendo en ceñidos vuelos, han de anhelar á dilatar sus coronas; surtideros de interminables guerras civiles dentro, y llamando aún más peligro de afuera, y, pues, ¿qué dirá, Señor, de vos la posteridad, sino que después de haberse esponjado vuestra ambición en el dominio de más de ochocientas leguas de longitud, turbaste la fuente de tan amplia magnificencia en que no se viese más semejante gloria?„.

35. Este voto fué mal oído, mas vióse presto verifi-

cado; pues apenas se efectuó la división de los reinos, cuando sobre los confines y dependencias todo era asonadas de guerras, turbaciones de los pueblos y agencias de alianzas. Adoleció de pesar el Emperador, y, al tiempo de morir, se hizo él mismo el epitafio de su sepulcro, diciendo al Emperador futuro y á los senadores supremos, estas sentidas sentencias:

36. "Yo me hallo á la puerta de aquel misterioso caos de la eternidad. Desde que nací gocé las soberanías de Emperador; lugar da mi palidez al rubor de haberme satisfecho con lo heredado á excusas de que disfrutasen la paz y quietud mis vasallos; y no les malogra el gozo de la opulencia con ampliación de provincias, empeñándolos en los caros y dudosos sucesos de la guerra. Ahora veo muchos yerros de mis caprichos, siendo en mi pena el de más peso la división de la Monarquía en varias coronas; sólo de mi congoja es consuelo (dijo señalando al nuevo Emperador) que fué dar á tu valor mayor campo, para que recobres por armas lo que se te debía por derecho de la sangre, y se te redoblará la gloria el lograrle reintegrado por dos tan esclarecidos títulos„. Dijo, dando la última boqueada al razonamiento y á la vida. Tan tardíos suelen llegar los desengaños á los poderosos.

MOTEZUMA VIII, LLAMADO AUTZOL

CAPÍTULO XXXVI

PRINCIPIOS DE SU IMPERIO

§ 1.º—*Estado de su monarquía.*

1. Estrechado el ámbito de la imperial corona de México al corto vuelo de seis anillos; viéndose todas las riendas del destrabado gobierno en manos de seis jóvenes altivos y briosos, andando sobre la maroma de los dominios juicios de poco peso sin equilibrio, ¿qué se podía esperar sino la revolución y trágico fin de aquella América septentrional?

2. El Emperador Autzol, superior á sus hermanos en años más que en fuerzas, y en la dignidad más que en el poder sentía pesadamente la monstruosidad de una corona en seis cabezas, como si se dividiera un globo celeste entre muchos soles, mas reconcentraba el dolor hasta desfojarle en madura oportunidad; que los truenos que estallan al amanecer son de los más peligrosos, y los movimientos de guerra en las estrenas del trono muy arriesgados. El difería la solemnidad de su coronación, evitando que los que rehusaran venir á cortes se declarasen por enemigos, y no era bien descubrirlos sin poder tan presto sujetarlos.

3. El hermano segundo (que se decía Vicilotlipic) y reinaba en los países de Otulpan, Acoliman y Quaztitlan, con todo el principado de Tequirquias, era joven de ar-

diente espíritu y gran talento de captar agrados. Este, resucitaba pláticas de que el Emperador su padre pudo repartir reinos entre sus hijos, mas no violar la ley fundamental de la elección para la corona de México, señalando por su arbitrio al de más años, siendo regalía del senado elegir al hijo de más prendas. Así trataba de que reviviese aquel estatuto ya cadavérico, mas ¡como de esos milagros hace la razón de Estado en conduciendo á sus intereses!

4. Llamábase el tercer hermano Yscloati, rey de Yucatán y Guatimala. Mozo que, no admitiendo más consejero que á su apetito y el de otros caciques jóvenes que añadían óleo á la llama, perdió la recién ceñida corona por su lascivia. Pues arrebatando del tálamo en la celebridad de las bodas á una india esposa de un noble (como lo mostró el morir de pena, no pudiendo estorbar la injuria) al querer lograr su culpa el desenfrenado Rey, más acertada Lucrecia la desposada, asegurando el pulso, le clavó un puñal que, atravesándole el corazón, le abrió gran puerta á aquella ruin, más que majestosa, vida, y, cortándole la cabeza, fué aquel despojo ejecutoria de una constancia y padrón infame de una osadía.

5. Yucatán y Guatimala despacharon luego comisarios al Emperador dándole cuenta del caso, y suplicándole les reuniese á su vasallaje. El Emperador, por prenda de que estaba enterado de su inocencia, y de que en su injusto hermano se refundía toda la desgracia, por ser dél toda la culpa, les comunicó los privilegios de los mexicanos, y puso á la agresora india en clase de sus mujeres, purificando la especie de lesa majestad con tan real merced.

6. Ticozica, hermano cuarto, había sorteado el reino de Chiapa con las regiones de Yacapitlan y Contalcatán; era de elevado orgullo, como de ambicioso ánimo, que montó en máquinas relevantes, violando los más debidos respetos, por popar á la altanería de sus espíritus. El fué el más feroz enemigo del emperador Autzol su hermano; y para desamorar de raíz á sus vasallos de la afición al Imperio mexicano, inventó en puntos de sus creencias, una nueva secta de gran séquito por lo licenciosa, autorizando la nueva superstición con fingir hablas de sus ídolos, familiaridad con la luna y con el sol, y atribuía á sus oráculos al instituir solemnidades de placer.

7. Era novedad de agrado, y fué cebo en que picó el vulgo; y, aunque no captivaba tan presto el juicio, le mostraba también la nobleza afecto, infundiéndose en sus sectarios, iras y furias contra México, contra el Emperador y contra sus dioses antiguos, como sea así, que no hay más vatinios odios que los que nacen de la diversidad de la religión, y fué ardid de maliciosa arte, para que, sin escrúpulo de sacrilegio, antes como un infernal pretexto de buen celo, el rey apóstata saquease las riquezas de los templos, fundiese en barras de plata y oro las estatuas de los ídolos, eternizando el rapto con distribuirlo entre los que siempre resistirían al recobro. Todo era respirar guerras, representarse en batallas y congratularse en imaginarias victorias, como las aves de Egipto, que sólo anidan en palmas. El aspiró á la conquista de toda América, impresionando á los suyos tan altivos pensamientos, é imitando á la tortuga en apeligrar su sér, por desbordar de la esfera aunque la ciñe su concha.

8. Hacia los remotos extremos de Cinaloa, caía el principado del hijo quinto Autzoín, donde se aplicó á dar cortesana pulicia á rústicas serranías, limitando el pulimento á la línea de armas y guerras, que era lo que sólo faltaba al valor y arrojo de aquellos montañeses, tanto más aptos para las campañas militares, cuanto más endurecidos entre sus rocas, y hechos á la parsimonia por su nativa penuria. A la población capital le dió sus visos de corte, y la adornó de edificios, magnificando el palacio con remedos al de México; de aqueste Rey montaraz quedaron pocas memorias, ó porque él se contentó con poco por moderado, ó porque le dejaron por escondido, debiendo á su pobreza y retiro el sosiego de su estado.

9. El último hermano, Hocozicat, á quien había casado su padre con la heredera del gran cacique de Xuocinvilcopie, é intituládole Rey de Mechoacan, cursaba en la escuela de su suegro oráculo de políticas, y así instruía el astuto viejo al yerno en la conserva y progresos de su corona, desviándole de la llama, y cebando el fuego de las discordias entre los otros hermanos. Hombre de raza de Cadmo, originada de los dientes de la serpiente, ó viejo á lo de Aristarco, cazando crédito de comprensivo con artes de estadista pernicioso. Las demás potencias y repúblicas esperaban de las revoluciones ganan-

cias, y juntamente temían que reververasen en ellos las contingencias. Este semblante tenía aquel Imperio cuando Autzol estrenó su solio.

§ 2.°—*Del designio con que el emperador Autzol hizo juntar un conciliábulo de sus sacerdotes y bonzos.*

10. Otra vez Atetulco primer ministro, y ahora del emperador Autzol, habiendo fino cedido á su sosiego y dejado su retiro por asistir entre turbulencias á un Príncipe, cuyo padre le sublimó á la eclíptica suprema de su sangre. Era Atetulco entendido, y un discreto no puede ser ingrato. La prueba de lo que es uno se hace desnudo de oficio, como del caballo en pelo. Había ya abandonado puestos y mando, y ahora tornó á continuar su lealtad con el nuevo Emperador, que, en el destrozo y desmembramiento de su corona, necesitaba de él, como de oráculo, para su consejo, y de su valor y experiencia, respetándole como al Teseo de no inferior laberinto.

11. Y porque creciendo la novedad de creencia en Chiapa, y cundiendo la nueva secta por el Imperio, esforzaba el rey Ticozica el asunto de conquistas, haciendo ya estruendo sus armas, y ponía en cuidado la liga que ya iba tejiendo, le aconsejó Atetulco al Emperador que convocase una junta general de sus más sabios sacerdotes y bonzos, para que se desautorizasen por las decisiones de aquel cónclave los errores de los chiapenses, y se declarase su Rey por falso sectario, si pertinaz testarease en tan execrable tema; que este sería el eficaz medio para restablecer con firmeza sus ya despreciados dogmas, el aclararlos de tales nieblas, y cortar en flor tan extraviadas ramas, que, si se dejan crecer, no las podrían después las más tajantes hachas cortar.

12. Que no habría más noble motivo para armar el celo de los vasallos, ni pretexto más especioso para poner en arma á tantos poderosos caciques de su misma religión. Condujo la convocatoria á México todos los *Hipixis* (voz que significaba los ministros grandes de Dios, y equivale á obispos de sus metrópolis) las dignidades preminentes de sus templos; prelados de varios institutos de bonzos, presidiéndolos el supremo sacerdote de sus ído-

los, á quien los mexicanos en su lengua decían *Papa*, y era como cura del gran templo de México.

13. Asistió á sus sesiones, con insignias de Majestad, en elevado trono, el Emperador, corriendo en dos hileras de asientos el senado, los caciques de primera clase con los embajadores y diputados de reinos, y después de haber sacrificado copia de víctimas á sus dioses, y tomado todos, según sus etiquetas, lugares, el Emperador, con graves y breves razones, les significó: "Que, al tenor del gran celo que había heredado de sus reales ascendientes en mantener y propagar el culto de sus dioses, le era de gran pena é ira que un Príncipe de su sangre les faltase á la fe de su religión, por faltarle á él en la fidelidad al parentesco y respetosa atención; que sondasen bien el fondo de aquel gravísimo punto; que empeñaba su real palabra de aventurar la corona y vida en la ejecución del remedio, para atajar tan pestilente contagio. Y, como por la rotura de las costumbres se despeñen desalmados estadistas semejantes errores, hiciesen muy entera reflexión sobre los escándalos y desórdenes del Imperio; que comenzaría por su persona y palacio muy regular la reforma, constándole que la conservación de las monarquías pende de tener al cielo propicio, como el proceder las ruinas del indignarle con desafueros; sobre ser máxima asentada ser la extinción del Estado el permitir variedad de creencias que abortan dentro del Reino discordias, y llaman de fuera guerras sangrientas„. Esto supo decir un bárbaro con sólo luz natural y sin más norte.

14. Un bonzo entre ellos de mucho nombre, y por orden de su sumo sacerdote, respondiendo á la propuesta del Emperador, dijo: "Poderosísimo Monarca: en la fábrica del hombre retrata el cielo la idea de vuestro justo cuidado de poner sobre la imperial cabeza, como la más preciosa corona, el culto reverente de los dioses y el ardiente celo de su creencia. La república, Señor, es un compuesto místico, en que la plebe es el cuerpo y el Príncipe su espíritu. En las potencias se dibuja el conocimiento de las leyes del entendimiento; el amor de los vasallos en la voluntad; la vigilancia en la memoria; en los sentidos se figuran los ministros y magistrados, de cuyos informes el Príncipe se vale, como el sentido común se sirve de las noticias que le dan los ojos, oídos y olfato; los brazos son los dos estados, eclesiástico y seglar; los

huesos son las armas; el estómago la justicia distributiva, y la religión es la cabeza, que, como ésta yace sobre todos los miembros, así aquélla debe ser venerada y sostenida de todas sus partes, y ser corona juntamente de Príncipe, arrastrando, como la serpiente, todo el cuerpo de la república, por preservar la cabeza de la religión sin herida cuando la amenaza yerro„.

15. De aqui pasó el bonzo á los elogios del Emperador y de los mexicanos por el celo que mostraban á sus antiguas creencias, y se aplazó día para la conferencia y disputa sobre los errores del Rey y del reino de Chiapa, que era el principal designio de aquel conciliábulo.

§ 3.°—*El suceso de un bonzo que envió el rey de Chiapa á defender su secta en aquella junta.*

16. Para la sesión aplazada se le franqueó salvo conducto á un bonzo, que, por sofístico y elocuente, enviara á este Congreso el rey Ticozica, siendo en lo público el color de dar razón de su fe, y en lo secreto con fin de sembrar sus dogmas en México, y la hazaña de sublevaciones con la discordia de juicios y opiniones; pues, en dividiéndose los entendimientos, se amotinan las voluntades. Hombre también diestro en fraguar alianzas y con medios de esparcir oro para conquistar afectos. En el ínterin del cónclave, se había asentado cesación de armas, que sirvió de introducir aquella pública espía, y tomar tiempo para hacinar leña con que encender más la llama de la guerra.

17. El bonzo, ahuecando la voz, y no con temple regular, sino revestido de la arrogancia de su Rey, propuso que su príncipe Ticozica, su reino de Chiapa, y otras muchas provincias se habían separado de los ritos y ceremonias del Imperio mexicano, y negádoles el culto á tanto enjambre de ídolos, calificándolas de mal fundadas supersticiones; que, batidas las cataratas de tan fabulosas ceguedades, habían abierto los ojos á mejor luz; y sobre confesar una causa primera y universal de todas las cosas, rendían adoraciones solamente al sol, luna y las estrellas, de cuyas sensibles y continuas influencias recibían

patentes beneficios, y en cuya soberanía de resplandor miraban manifiestas divinidades. Descendió el bonzo, como ladrón doméstico, á desenvolver las abominaciones y vicios de aquella plebe de dioses mexicanos, ponderando, sobre otras enormidades, la fiera tiranía de manchar las aras tan de continuo con sangre humana, y, no sin fisga y befa, especificó varios artículos que los sacerdotes de México habían introducido, fingiendo ser dictados de sus oráculos, con perjuicio de los fueros é intereses de las provincias, siendo á civil lisonja de extender la jurisdicción imperial, rompiendo nuevos canales á inundación de tributos.

18. Interrumpiéronle, y revolvieron sobre la insolencia y como blasfemia del que detestaban por heresiarca y dogmatizante, todos los bonzos de México, y empezaron á rebosar encomios de sus ídolos, de su antigüedad y de que á su tutela debía el Imperio toda su gloria; que eran vulgares mañas políticas tomar pretextos de religión, para sublevar los vasallos, y obstinarlos en rebeliones. "Y es tan apurada verdad ésta, añadían careándose con el Emperador, que si por bien de la paz, ó por algún otro interés tratárades, vos, Señor, de profesar los errores y secta de Chiapa, por dar calor á la guerra con la oposición de creencia abrazaría entonces á nuestros dioses de México el rey de Chiapa; que ellos no adoran á otra deidad que á su conveniencia„. Unos y otros se decían lo que á su mucha barbarie y ceguedad de idolatría les cuadraba, sin que, en los vituperios, se levantasen los unos á los otros testimonios.

19. La conclusión fué que el sumo sacerdote de México hizo sacrificar en las aras de los ídolos, con fuego lento, al bonzo de Chiapa, porque, presumido y confiado en la salvaguardia, se había desmesurado tanto y perdido con descaro el respeto á tan majestuoso cónclave, y blasfemado de los dioses tan desbocado. Anatematizó también, á su modo, al rey Ticozica y á todos sus sectarios, con bien ridículas execraciones.

20. Lo que más es; ofreció al Emperador todas las riquezas de sus templos, pareciéndole al gentil que no se podían dispensar en más piadosa ocasión. Mas aquel Príncipe, aunque bárbaro, con especie de católico no aceptó la oferta, diciéndoles que se aseguraban los felices sucesos de la república, no con desnudar, sino con

vestir mejor los altares; y porque, quedando ejemplo de que con tan preciso y religioso título aun se había abstenido de entrar la mano en los tesoros de los dioses y haciendas de sus sacerdotes, no se alargarían sus descendientes á buscar pretextos, para practicar sacrílegas codicias, en ahogos aparentes.

CAPÍTULO XXXVII

DE LA GUERRA QUE LE HIZO AL EMPERADOR AUTZOL SU HERMANO EL REY DE CHIAPA

§ 1.°—*Sucesos de esta guerra.*

1. Mientras que el Emperador asistia supersticioso á su invención del conciliábulo, volaban las armas del rey Ticozica por las tierras del Imperio, laureadas de victoria y ricas de despojos. Dió aquel Rey por su mano dos rotas á los imperiales, y tomó las fortalezas de Gugualcaco, Guapaltepeque, Atepeca y Chimatán; atrajo á su campo á los zapotecas, y, de la otra banda del rio llamado el Grande, formó un Flandes de plazas sitas entre hondas canales de agua, pantanos y lagunas, amenazando desde allí á las provincias de Capelco, Cimatán y Tabasco, y braveando de no parar hasta ensangrentar la gran laguna de México, tiñéndola en sangre de los bonzos mexicanos por despique del violado salvoconducto en su bonzo chiapense. El era Príncipe que, entre estas ferocidades, mostraba insensibles cadenas en la lengua para ligar corazones, y de un género de coraje que encendía agradables luces á los que le amaban, cuando mirándole le temían.

2. Por ministro graduado ya en prudencia y capitán feliz en campaña, obligó el Emperador al anciano Atetulco saliese al opósito del orgulloso enemigo con expectación de que el ardimiento del joven se resfriaría con la nieve de aquellas canas. Presto asomó con gran poder el viejo por las sierras de Cochula, esparciendo partidas de sus tropas por los Zacatecas, Tucheapa y Cinocatan, pre-

sidiando los Quilones y los valles de Papachasta, con que acordonó á los realistas y enfrenó sus correrías.

3. Con designio de consumir ó debilitar el reciente brío del ejército imperial, se acampó el rey Ticozica en un puesto, que, con presteza, hizo plaza fuerte el arte y naturaleza, donde, haciendo un caudaloso río con su remanso media luna, servía de foso, quedando de aquel recinto sólo una estrechura á tenor de cuello, que continuaba la península con la tierra, y en que la espesura de fortificaciones á su usanza imposibilitaban casi la entrada. Para su guarnición había entresacado de sus ejércitos el Rey diez mil soldados, y dividido el resto de su campo en varias tropas, con buenos cabos; unas, que cubriesen las fronteras de sus países; otras, para convoyar los víveres; diputó un grueso volante que observase al enemigo los movimientos, y le molestase de continuo los cuarteles.

4. El Atetulco, enterado de cómo no hay acciones de fama si no se emprenden asuntos de honra, y que en la toma de aquella plaza se fundía toda la fuerza de la disputa, que sería remate decoroso de su vida coronarla con tan gran triunfo, se resolvió en poner á la península sitio.

5. Pedía el asedio tomar los puestos de la otra banda del río para cortar los pasos á la comunicación de la tierra; el enseñorearse del cauce, adonde tenía el Rey copiosa armada de sus piraguas y canoas, y cerrar después la navegación, para impedir que se cebase de gente y que no hubiese por donde introducir municiones de boca y guerra. Entre aquellos bárbaros no se vieron jamás, ni más ingeniosos ardides ejecutados, ni alientos de ambas partes más encendidos; las astucias más bien consideradas de un caudillo veterano, y los arrestos más briosos de un general bisoño.

6. Dos veces le derrotó Atetulco al Rey las armadas despicándose el Rey con iguales golpes. Por tierra, sobre el pleito de entrar socorros, á veces los realistas con resolución feliz se franquearon paso y á veces se retiraron con descalabros; en ocasiones se encendían las escaramuzas en batallas, sin que la victoria llegase á declararse por la presteza que tenían en rehacerse. Ibanse empeñando en las dos facciones todos los poderíos de aquella septentrional América. Fué aquel río afamado, espejo que representó en sus aguas cuantos hechos prudentes y

arrojados se obraron en los mares, y aquella campaña fué el más célebre teatro á las tragedias de la más porfiada guerra.

7. Consiguió, en fin, Atetulco, alcanzar al Rey de lances, ya contraminándole las disposiciones con avisos ciertos de espías que pensionaba á su mismo lado y mantenía dentro de su mismo consejo, usando con cautela de los informes, sabiendo que el Rey también, con diestros redobles de ánimo, solía consultar una cosa y ejecutar otra; ya esparciendo cizaña entre los coligados del enemigo, ó atrayéndolos á su bando con bolsicos de presente y ofertas en adelante; ya echando al aire unas voces vagas y equívocas de sucesos suyos prósperos, cuyo repentino efecto de alborozo acelerase los socorros de México á su campo, y emperezasen los que habían de acudir al del enemigo.

8. Con tales artes y esfuerzos cerró tan apretadamente el cordón por toda la línea, que enclaustró al Rey en el recinto de las murallas. Ya no osaban los cercados hacer surtidas, ni había resquicio por dónde se les introdujese socorro, y las ruines retiradas de los que repetidas veces lo intentaron, eran á los demás de desmayo y escarmiento. Había tres años que no cesaban las armas alternándose las fortunas y los azares; mas relevábanseles á los imperiales las molestias siendo señores de la campaña y con la expectación cercana de concluir la guerra con aquella victoria, y agravábanseles á los realistas las penalidades con los prenuncios de su desastrada ruina.

§ 2.°—*El notable éxito desta guerra.*

9. Encrudecióse el frío con el rigor del invierno, y asomó al rey de Chiapa el remedio por donde podía saltearle el más fatal daño, aunque dicha con gran pensión de desgracia; y fué el caso que, estando con ansia el Rey de descubrir algún lance en que con heroica temeridad arrestase su valor, supo, entre los desvelos de sus cuidados, como al cerrar de la noche y arreciarse más el cierzo se iban apretando con tan duros lazos las aguas que se cuajaba el río á lo de diamante, embarneciendo muy gruesos bordes el hielo, por donde más quedo estaba el remanso; nunca más propiamente en forma de concha que por

entonces, encarcelando con prisiones de carámbanos las embarcaciones de los imperiales que en semicírculo ceñían la península hasta tocar los dos cabos de la calzada ó puntal que corría á tierra desde la puerta de la ciudadela.

10. Logró al punto el Rey la suerte, y subiendo con sus guardias y tropas de su confianza por el río helado como á pie enjuto, se sintieron los de la armada imperial despedazados antes que acometidos. No se vió triunfo á menos costa, ni flota destrozada en tan breve tiempo, sin poder en tan inopinada invasión tener casi lugar para resistencia, ni cómo apelar á la fuga, ni por dónde esperar socorro. Porque la canal de aquel espacioso y profundo río, por donde iba impetuosa la corriente, se permitiere sólo una tez y flor del hielo, de que, engañados los que huían, al poner el pie se anegaban. Los imperiales que acampaban en la ribera de la otra banda, oían el estruendo de los choques, la herrería de las armas, la vocería confusa de la pelea, y una como batalla de Andabatas que solían pelear á oscuras; y así sólo atendían á doblar las guardas de sus cuarteles, esperando órdenes de Atetulco, prontos á ejecutarlas.

11. Hallábase Atetulco en su capitana en sosiego y con descuido de revés tan inopinado, y fué en quien dió el primer rayo de la invasión, que disparó el mismo Rey entrando en su piragua y atravesando al venerable anciano con un recio bote de lanza, golpe que parece hirió á la misma fortuna, y que, como castigando en la persona del Rey aquel abuso de su favor, se dispuso que al avanzar á otra gran canoa, pisó en plano en que falseó el hielo y se hundió con tanta infelicidad que quedó enganchado por la garganta entre las esquinas y puntas del desquebrajado carámbano. Así terminó la vida aquel joven en las estrenas de un hecho que bastara la fama de su triunfo para allanarle el dominio del Imperio.

12. Al aclarar del día, todos vieron que tenían de qué alegrarse y entristecerse; los chiapenses con disfrutar la inopinada victoria, con el despejo del sitio, con el señorío del río, oprimiendo ó aprisionando las guarniciones que en su ribera había puesto el enemigo; pero preponderaba el inconsolable llanto de haber perdido á su Rey; Príncipe, que, á no atajarle la muerte los pasos, no tuviera la América coronas bastantes para sus sienes.

13. Al Emperador, la pena de haber perdido un tan

gran capitán y un tan cabal ministro en Atetulco, con la más insigne victoria entre las manos y el considerable destrozo de su campo, le fué de sumo consuelo la espontánea reducción de los chiapenses y otras naciones á su vasallaje; aunque abandonando todos los intereses de Estado estuvo firme, con ser un bárbaro, en no sellar los artículos de las capitulaciones hasta que todo el reino de Chiapa abjurase á su modo todas las intrusas creencias y errores de su nueva secta, en que hubo poco que vencer, porque los chiapenses, en mudando de Rey, también mudaron el entendimiento y la voluntad.

§ 3.°—*Otras guerras que sobrevinieron contra el emperador Autzol.*

14. Los gastos de una guerra tan prolija habían apurado montes de plata y oro, sin dejar gremio el más privilegiado de la república que no le desangrasen á tributos, para exprimir de sus venas tan perenne torrente de socorros; que, aunque no cuñaban aquellos ricos metales, con ellos se permutaban los géneros que se requerían. Había también consumídose infinidad de gente, que no es la guerra como el juego, pues en el juego el que gana no pierde y el que pierde es quien todo lo gasta; y en la guerra si el vencido queda arruinado el vencedor sale también exhausto y consumido.

15. En esta consideración Vicilotlipic, rey de Otumban y hermano del emperador Autzol, avivando el punto de nulidad en la elección del Imperio, trató de nuevo turbarle, dando otro nudo á la liga con la voz de que, si no querían los coligados perderse, acelerasen armarse contra el enemigo común, y para malquistar más al Emperador, le imputaba la muerte de los dos hermanos, y de hecho con poderoso ejército entró por el Imperio haciendo hostilidades á fuego y sangre.

16. Y con ser la paz la que más deseaba y había menester el Emperador, para sentarla con más efecto y decoro, no se valió de embajadas y conferencias, de que se saca sólo descrédito y crece en los que se ven rogados el ánimo y la insolencia; ni que fuese el apresto poco, que es de gasto y no de fruto, como la lluvia de rocío, sino como crecido torrente que se lleva de antuvión cuan-

to le resiste; y así salió él mismo en campaña con el más numeroso ejército que había visto jamás la América; y cuando mostraba más ansia de venir con el enemigo á las manos, entonces más entendía en minar á pico de ricas dádivas y promesas á los confidentes de sus hermanos, para que, desviándoles de su arrebatado curso, los amorasen y redujesen á un buen convenio, con protesta de que tenía á mano la venganza de su protervia y arrojo.

17. A la representación de tanto poder, y la persona del Emperador, conferenciaron los tres reyes hermanos sobre poner á la empresa nueva forma por no haber hecho la planta de aquella guerra, según el Emperador la había tomado con tanto arresto.

18. Oponíanse las opiniones, porque los interesados en continuaciones de guerras instaban sobre que ahora era el tiempo de que los coligados, engrosando con la unidad de todas las fuerzas el principal ejército, chocasen con el campo imperial, sin dejarle con la lentitud adquirir reputacion y cobrar avilantez; que no les debía poner espanto aquella muchedumbre mal argamasada, nubes débiles en que no se fraguan rayos y se deshacen en truenos, ó gente rústica y sin experiencia de armas que piensa más en la fuga que en la pelea, ó cortesanos que traen en sus galas más despojos que asombros en sus aceros, por haber perdido México en los movimientos de Chiapa los capitanes y soldados veteranos; con que en lances que están haciendo señas á la victoria, es enojar la fortuna á no valerse de su favor para la batalla.

19. Contradecían este intempestivo arrojo, siendo cuerda la espera de que pasase aquel ímpetu de creciente y resolver sobre el Imperio en menguante; que era peligroso y superfluo arrestar las fuerzas en deshacer lo que por su máquina no podía subsistir. Pues toda aquella balumba de soldadesca colecticia se deshilaría á sus querencias, en sintiendo que la guerra va despacio; que la nobleza rendida al gasto, los cortesanos impacientes de incomodidades, los labradores al quejido de sus hijos y cultura de sus mieses, habían de desertar las banderas, y quedando el Emperador con sólo sus áulicos, entonces ellos, con su ejército entero, se entrarían hasta México á son de triunfo más que de guerra.

20. Los reyes escucharon con más gusto á los que había el Emperador impresionado para el ajuste, hallán-

dose ya enfadados con las quiebras de la liga, tímidos con el escarmiento de los hermanos, con tedio á guerra contra su sangre y con horror de complacer á los enemigos de su imperial familia; y escogiendo su siglo de oro con una firme concordia, y no hacérsele de hierro con una execrable y continua guerra.

§ 4.°—*De cómo extinguió el emperador Autzol el orden militar de Maguey.*

21. De las ruinas de los bonzos había el quinto emperador Motezuma fabricado el orden militar de Maguey, aludiendo con la insignia de aquel arbol, que, como él daba tan admirable variedad de frutos, era empeño de aquella caballería llenar el Imperio de insignes utilidades. Su instituto era costear los mares del Sur y del Norte y guarda de los dos lagos de México.

22. Al señuelo desta noble novedad, atractivo de encomiendas, codicia de plazas y presas, volaba la nobleza á sus banderas, labrándose en tan ilustre taller muchos capitanes de celebridad, y atropellándose las hazañas en concurso de heroicas competencias. No se daba la superintendencia ó maestrazgo á cacique poderoso, que, con el dominio de los mares, la llave de las lagunas, y regencia de muchas fortalezas, tuviese á su arbitrio dar á los emperadores sustos ó celos; teniendo por más seguro y fructuoso, la gobernase soldado de fortuna que ascendiese por los grados de los puestos, aunque desta esfera de capitanes suelen también abortarse insolentes Gainas.

23. Este emperador Autzol, no sólo se portó seco en premiar á los magueses sus esclarecidos hechos, sino que suspendió las provisiones de sus encomiendas vacas. El senado ponía en la suspensión misterio; el pueblo lo voceaba malicia de codicioso designio. Esparcíanse rumores y notas de ruines vicios, ó con verdad ó con ficción; de todo debía de haber.

24. Era Maestre por entonces un valeroso capitán mexicano, con pocas obligaciones de sangre, pero con eminentes calidades y ejecutorias de hazañas, que sintió á todo despecho el que, en su maestrazgo, experimentase su orden olvidos y desaires, cuando debiera ser más favorecida, y, sin costa de memoriales, exaltada. Notaba en

el Emperador despego, en el senado mesura de soberbia, en los ministros del despacho sequedades, por ser todo este gremio una sombra y remedo aun de los semblantes de su Príncipe. Mal sufriría estos deslices de pluma la rectitud de su hoja; tropezando, pues, en un punto de urbanidad en la antecámara estrelló contra la pared á un senador, conque salió de palacio con la prisa que pedía el riesgo; y dejando por popa á México, zarpó en su armada de piraguas, surgiendo á pocos golpes de remos en Istapalapa, el mayor recreo de México, y, por entonces, la fortaleza mayor del lago.

25. Allí asentó su plaza de armas, y concurrió el grueso de su caballería de Maguey; creciendo el número de su campo al movimiento de tan afamado caudillo con enjambres de quejosos, malcontentos y los mal acomodados que aspiran á mejorar de fortuna con las revoluciones de Estado. Y aunque esta ralea de gente suele ser número sin sustancia, ni buena para paz ni para guerra, pero un diestro caudillo, como piedra filosofal, de pajas frágiles suele hacer metales de los más duros aceros.

26. Fomentaba con ahinco el rey de Tescuco la sublevación del Maestre, ya por el punto de hacer sombra á los que se refugian á su sagrado, é imitar la naturaleza de los elementos, que, para conservación del Universo, lo que un elemento persigue otro le acoge y defiende, ya para despicar el repudio de su hermana ó por conveniencia de que el rebelde no le infestase sus costas, pues no podía sustentarse sino de sacos y robos. A cuyo respeto le acudían con largas contribuciones al Maestre los pueblos de aquel gran lago, que de su número dice Botero en sus *Relaciones* lo que se sigue: "Hay más de cincuenta pueblos en la laguna salada que tienen de cinco á diez mil casas, entre los cuales está Tescuco que no da ventajas á México„.

27. Sentíase ya en México con la penuria del abasto el disturbio; deseaba el pueblo su alivio, azuzando ya con tan continuas guerras civiles más perjudiciales que las extrañas; y todos deseaban que no se perdiese aquel Orden de caballería que era el nervio de la milicia mexicana. Pero mal se ajusta composición en un Príncipe ofendido con vasallo arrestado; éste ¿que fianza tendría de la palabra real, racimo de uvas que prende pájaros, y su juramento el velo de Parrasio que engaña hombres?; que los

señores, aunque escriben sobre arena los enfados que reciben de la plebe, esculpen en láminas de bronce los agravios que les hacen los magnates, siendo de ingenuos olvidarse de las ofensas por magnánimos, pero no por compelidos. Por otra parte, el Maestre tenía sellada su idea de pasar su vida con mayores conveniencias desposeído que recobrado, con que, aborrecido de ambas partes cualquier especie de ajuste, hacían sólo rostro á convenio por colorir sus causas en público, y, al venir á conferencias, se proponían tales partidos que se empeoraban los tratados.

28. El Emperador, para justificar su enojo ó su malicia, hizo formar proceso contra el Maestre y su Orden. Sobraron instrumentos para sustanciar la sublevación y acriminar otros desórdenes, trasluciéndose que se hacía al Príncipe lisonja. Dió el supremo senado sentencia contra el Maestre, mas salió el Emperador condenado en costas, porque creciendo el rebelde en crédito y potencia según sus elevados pensamientos, pasara de las contingencias de reo á seguridades de Soberano; pero desarmáronse todos aquellos andamios de sus máquinas con la muerte, feliz en expirar entre triunfos, como el Phenix entre aromas.

29. Sucedióle en el Maestrazgo por elección de los magueses un indio panuco, de brío y prudencia igual á su antecesor, mas no tan feliz, pues á pocos días de su exaltación un aleve confidente puso con su cabeza cortada en manos del Emperador una victoria cumplida, una quietud de todo el Imperio y un rendimiento voluntario de todos los rebeldes. Pero aunque el hecho al principio se coloreó de leal, las circunstancias feas del modo fueron tan ruines, que, en vez de imaginario premio, se ejecutó en el agresor un tan plausible como severo castigo; que hay hombres que aun en los aciertos yerran.

CAPÍTULO XXXVIII

NOTABLES SUCESOS DEL EMPERADOR AUTZOL Y DE SU MUERTE

§ 1.°—*De cómo se hubo el Emperador en una desgracia doméstica.*

1. Era estilo de los emperadores de México escoger Infanta de Tescuco para Emperatriz, y de quien se le diese á la corona sucesor, por ser la casa real tescuana, rama legítima de aquel imperial tronco de Motezumas, renovando con lazos de las bodas el tinte de la sangre. Entre otras hijas, pues, del Tescuano, sobresalía en hermosura Lacatelatic, prima del Emperador, y que, viendo su retrato, instó por ver su original, á la que estuviera mejor ser la Campespe deste Alexandro.

2. Como las flores de más fragancia y belleza (según Plinio) siempre amargan, así mujeres de especiosidad de ordinario acedan la condición. Sintióse la Infanta pretendida é hízose de rogar. La resistencia, armada con atractivos de muy soberanas gracias, empeñó el afecto del pretendiente en tan arduo pacto, como ofrecerla que repudiaría las hijas de grandes caciques, de que se componían otras inferiores clases de legítimas mujeres (según su rito gentílico) y quedarían sirviendo á la sultana de damas.

3. Recibida en la corte á toda pompa, y coronada Emperatriz con ceremonias de majestad, ardía más celosa mientras más amada, y á más fausto más altiva; como dentro de la más fina grana se engendra la polilla que la

abrasa y en las entrañas del alto cedro el gusano que le quema, así de la púrpura de la alteza y soberanía nace la presunción, la vanidad y altivez, para ruina de quienes en su pecho lo anida, pues no contenta con haber atropellado á tan principales señoras los fueros de legítimas mujeres, pasó á vedarlas al uso de concubinas; y el alcance de este entredicho, fué la última disposición que dió forma á su desdicha acensuada á la indiscreción de cerrar las puertas á las que el coraje las haría arrojarse por las ventanas. Encendióseles á las agraviadas la pólvora y había de hacer estruendo y estrago el tiro.

4. Era la más resentida, picada de más hermosa y de mayor disimulo por de más fondo en ingenio, la célebre yucatana, ya de muy probado brío desde que quitó por su mano la vida al rey Izcloatli, cuando la arrebató del tálamo de su esposo y la trasladó á palacio, suceso que queda ya referido; y como no la embraveciesen menos los celos que antes le había irritado el recato, si entonces el honor la infundió arrojo aquí la revistió de furias el desprecio. No se valió de mujercillas que hacen mercancías de hechizos y el éxito es embeleco; ni en vaso de tan mal barro se aseguran secretos de mucho peso, sobre que, contra los preservativos de la sultana, se requerían más grados de veneno; y pedía el hecho silencio y arte, como para demoler el muro la mina ha de ser oculta y quien la artificia diestro.

5. Valióse, pues, de un palaciego que, con profesión de astrólogo, era fino nigromántico, y para más enredarle empezó á favorecerle. La que se arrojaba á tan indigna malicia no se extrañaría de la más infame vileza. El primer premio que le ofreció fué su persona, y, de sus joyas, las que tasase toda su codicia. No tiró á quitar la vida á la Emperatriz, ó porque no pintase el veneno en la muerte, ó porque fuese de peor arte, trazando que en aquel grado que entonces sobresalía hermosa se convirtiese después en fea, y quedase tan aborrecible como había sido antes amable. Obró la nigromancia aquel metamorfosio. La Emperatriz se transformó en un monstruo de fealdad y obró su espanto que el Emperador la remitiese á Tescuco repudiada, donde, monstruosa y desautorizada, penó la novedad de su soberbio capricho y su presunción, mal fundada sobre la superficie movediza de la mudable hermosura.

6. La verdad, como el río Guadiana, aunque por largos trechos se esconda, ella ha de salir á luz y correr por la playa de la publicidad, y, aunque suele surtir por varias venas, aquí la descubrieron los celos en que entró la mujer del hechicero, poniéndole al Emperador en el oído todo el caso. El cual, por razón de Estado, procuró deslumbrar el hecho y dar otro color á las demostraciones del castigo. Porque del publicar las ocultas y domésticas desgracias sólo se suele lograr el dar materia de cuentos, el recrecer los desdoros y excitar en los discursos más especies de malicias.

§ 2.°—*Corónase por Emperatriz de México la reina viuda de Tlacopán, madre del último Motezuma.*

7. Hay esclarecidos héroes que parecen eclipses dentro de sus familias y palacios cuando más resplandecen afuera como soles; así le sucedió á Augusto César y lo experimentó este Emperador mexicano. Esta quiebra por entonces se reparó con nueva boda. En la viuda reina de Tlacopán se hallaba con mediocridad de años reciente fecundidad de hijos; el parecer muy en flor, y que los debates que traía con los vasallos sobre la tutoría del niño Rey trocaría gustosa con los pacíficos y festivos desposorios con el Emperador, cuya augusta protección haría sombra á sus menores en un reino tan alborotado, que habiendo desposeído del trono al padre, le ocasionaron la muerte y apoderádose la nobleza del mando; mas como en dominando los nobles por arrogantes se hacen al pueblo insufribles, éste les despojó del gobierno, de que, dando mala cuenta su behetría, reconociendo después de todos sus vuelcos que era de menos esquinas el estado monárquico, se lo restituyeron á los príncipes despojados, y, á no estorbarlo las leyes fundamentales, según era el concepto de su cordura, hubieran señalado por Regente á la reina madre.

8. Esta Princesa fué hija del Rey de Coyobazán, llamóse Vitlicobe y fué con quien la fortuna ejercitó sus variedades. Al nacer causó el parto á su madre la muerte; dando después por recreo su piragua bordos á un río, por escaparla de un riesgo se ahogó el Príncipe su hermano; casada con el rey de Tlacopán, otra desgracia la hizo

pagar la media anata de aquella dicha con tan recio temblor de tierra, que, abierta en bocas, se tragó no pocos de los que celebraban las fiestas; al estrenar las andas de Emperatriz la salteó el azar de que, amagando caída con un desliz de los que las llevaban en hombros, se arrojó el Emperador de las suyas á la galantería del socorro, y, trastornándosele la corona de la cabeza dió materia á que los agoreros presumiesen y divulgasen fatalidades; lo que se puede decir de cierto es: Que ella fué una infausta mina de azares y cuajó en su hijo el último Motezuma aquel metal de tan extravagantes tragedias.

§ 3.° — *De cómo perdió este Emperador Autzol dos hijos en el rapto de dos sacerdotisas, y de su muerte.*

9. Desde sus primitivas supersticiones dedicaban los mexicanos á sus hijas para sacerdotisas á sus templos, á tenor de las vírgenes vestales, como el padre Acosta dice: "En México tuvo también el demonio su modo de monjas; tenían abadesas que las ocupaban en hacer lienzos de muchas labores para ornato de los ídolos y templos„. Y Maluenda, dominicano, añade que imitaban las horas y distribuciones de los coros con preces de nocturnos y diurnales: *Ascetaria sev Monasteria virorum, ac mulierum habuisse mexicanos: et statis horis diurnis pariter, ac nocturnis ecclesiastica officia persolvisse„*. Ellas acudían á su hora de Prima con oblatas de pan caliente y otras menestras, incensando á sus dioses con el vaho de aquel sacrificio y dejando la ofrenda por pie de altar á los bonzos. No había prerrogativas de sangre que las eximiese de ministerios humildes; sus leyes y ordenaciones se distinguían según sus institutos las diferenciaban.

10. Mostraba la experiencia utilidad de aquellos seminarios, que se discernían después entre las señoras casadas, las que se habían pulido en aquel taller de urbanidad y virtud y varias habilidades caseras, en que se connaturalizaban, viviendo en el monasterio hasta ajustar estado de matrimonio, y entrando en parte del dote el caudal de tan fructuosa crianza. Mas, como suele, fué aquella obra con el tiempo haciendo vicio, porque la plebe, que va midiendo con la sombra de la nobleza su paso, introdujo allí sus hijas, y con la multitud entraron de ron-

dón muchos desórdenes. Trocáronse los ejemplos en escándalos, conque se retiraban los cuerdos de educar allí sus hijas; si no es los que, por descartarse de cuidado ó por atender el ahorro, no tenían, entre las hijas sacerdotisas, por deshonra, lo que en sus casas tuvieran por infamia.

11. Había el Emperador reformado estas vestales, fundando pocas casas de muchas, y barnecídolas de hacienda, quitando á sus indignidades excusa; y sobre ponerles entredicho á toda comunicación y correspondencia, agravó tan recias penas y con tal empeño, que, habiendo delinquido contra ese bando imperial el hijo de un gran señor, ni intercesiones ni intereses recabaron el que no se le diese en público garrote, y del asombro que imprimió el castigo surtió el fracaso de sus mismos hijos.

12. Porque, como en los palacios, los aventadores de chismes suelen ser también corredores de gustos, diéronles soplo á los dos hijos mayores del Emperador de dos sacerdotisas hermanas en sangre, y, como consanguíneas, en hermosura. Prendió presto en los jóvenes la llama, mas sintieron repulsa sus industrias, porque se desdeñaron las pretensas de salir para concubinas y no eran de calidad para la esfera de esposas. Los embarazos en impetuosos afectos no detienen á lo de rémoras sino despeñan como acicates.

13. Valiéronse, pues, los príncipes, de un áulico íntimo amigo del bonzo que presidía al seminario de aquellas sacerdotisas; y aunque la empresa era ardua, con reflexión á la autorizada ancianidad de aquel grave superintendente, al crédito de su virtud, á la entereza de su proceder y compostura de su persona, como á otra luz se traslucía ser ansioso pretendiente de cierta dignidad, luego que le conocieron ambicioso, se le prometieron conquistable y que toda aquella fachada de mesura era una mera máscara de hipocresía; y fué así porque, en espojándole de esperanzas, les franqueó vilmente á los príncipes las puertas.

14. Ellos entraron y saquearon las dos sacerdotisas, pero temiendo la severidad del Emperador que ni á sus hijos perdonaría aquel rapto, y trasladando el robo de las celdas á las canoas, se dieron con velas y remos al lago hasta sentir refriada la justa indignación de su padre; mas aunque huyeron las iras de éste, les interceptó el castigo

del cielo, que los sorbió á todos con una borrasca extinguiendo el fuego de la lascivia con las amargas aguas de la gran laguna; y mostrando las hermosuras que sólo suelen servir de más fatales y borrascosos fracasos; y fué resulta también de aqueste, la feroz pena de muerte que se ejecutó en el bonzo por su soez tercería, y la desolación total de aquel monasterio, quedando el montón de sus ruinas por padrón y memorial de su escándalo.

15. A la impresión del coraje por el rapto, y al peso de la pena por la muerte de los dos hijos, no pudo resistir la ancianidad del Emperador, quebrantada en el discurso largo de su vida no menos con los embates de las dichas que con los golpes de las desgracias; salteado, pues, de mortales accidentes, y asistido de los más graves personajes, puso los ojos en su hijo el último emperador Motezuma, y es fama que le dijo: "Mucho me dió que entender el Emperador mi padre y abuelo vuestro, en desmembrar las provincias del Imperio, para haberlas de reunir y reintegrar á la imperial corona; pero según, no sé con qué instinto, presiento en mi corazón, más me dais vos que temer; según me pronostica, no sólo se tornará á dividir, sino del todo á acabar„. No dijo más, porque esta espina fué su última boqueada.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

SIGUE LA SEGUNDA PARTE

QUE CONTENDRÁ LA HISTORIA TRÁGICA DEL ÚLTIMO

EMPERADOR MOTEZUMA

MOTEZUMA, ÚLTIMO EMPERADOR DE LOS MEXICANOS

CAPÍTULO XXXIX

CALIDADES DE ESTE EMPERADOR

§ 1.º—*Raras circunstancias de su nacimiento.*

1. Doy principio á la tragedia que dió fin á su Imperio y será fin de este *Corona Mexicana*, el que nació para sumo mal y para sumo bien de la América septentrional, según las diferentes inspecciones de las creces ó las menguas que ocasionó con sus ruinas, como pintura que á opuestas luces representa semblantes encontrados. La historia escribo de un Príncipe cuya espantosa grandeza de monarquía le mereció y asentó constante título y el augusto carácter de Emperador en el predicamento de la fama, en las plumas de los más graves escritos y aun en las más detenidas y remiradas fórmulas de los reyes.

2. Este, pues, es el Emperador de México á quien tienen por su principal blanco los coronistas de la América, solamente en cuanto conduce á las gloriosas operaciones de la conquista é ínclita gloria de España. Tal ó cual autor tira someras y torcidas líneas de su prosapia; los más juegan de su persona como de cualque estafermo para hacer suertes en que la pasión asieste sus yerros, la lisonja ferie agrados, la dependencia fabrique méritos, el aulicismo dedique panegíricos y la verdad, entrando aventurera, atine acaso con uno ó con otro acierto. Tales son las medidas que toman al genio, dichos y hechos de este indefenso Monarca, sin temer, en la vara con que

miden, residencia que les hagan las plumas que se siguieren.

3. Habiendo ya tenido el Imperio mexicano en el Motezuma I su principio, corriendo por el segundo, tercero y cuarto su acrecentamiento, hasta sentir pleno estado en Motezuma V, fué después por los demás emperadores declinando hasta caer del todo en Motezuma IX. Máquinas grandes se desploman agravadas de su misma pesadumbre, y monarquías, que son como relojes, pendientes de tan varios movimientos, y regidas sus ruedas por tan diferentes manos, no admiran tanto el que paren como el que duren. Edificios políticos sujetos están á las ruinas que las fábricas materiales, y, aunque dilatados imperios no suelen acabarse ó perderse de repente, tal accidente puede surtir, ó tal sucesor entrar, que baste una noche para su ocaso, como con el rey Baltasar le sucedió al Imperio asirio.

4. Cuarenta años antes de surgir Cortés en los puertos de la América septentrional, nació este Motezuma último en su palacio de la gran corte de México; de veintidos años heredó el Imperio, y había reinado dieciocho cuando aportaron los españoles. Fué hijo del emperador Autzol Motezuma VIII, y de la emperatriz Vitlicova, hermana del rey de Coyobazán. Tuvo dos hermanos mayores (en la linea legítima de la sucesión) y padeciendo, como queda referido, los dos azaroso naufragio, le dejaron en el derecho á la corona mayor ahogo.

5. Como antes de venir la cesión de la calentura preceden en el doliente indisposiciones y el corazón suele presentir la sombra de alguna fatalidad, así se le anticiparon á México indicios de su catástrofe ó vuelcos de su dominio, porque se observaron varios anuncios al tiempo de nacer éste su postrer señor. Viéronse muchos soles reducidos á una nube, y sus agoreros anunciaban, que, según los astros hacían semblante á su horóscopo, en tiempo de aquel Infante se reuniría del todo las provincias separadas al Imperio, sin faltarle una almena á la corona. Hizo por algunos días punta y alto una águila real perpendicularmente adonde caía la cuna, sobre la cabeza del niño, y pronosticaban los áulicos que la reina de las aves le coronaba ya por supremo Rey de Reyes. Fué aquel año con extravagancia fértil de todos frutos y prometíanse que había de hacer aquel niño los siglos de oro.

6. Entre tan alegres ideas, solamente los demonios mostraron su descontento en los semblantes lúgubres y melancólicos de sus oráculos, conjeturando, por lo que veían en Europa sobre el descubrir la América, que se acercaba ya el plazo en que les habían de despojar á ellos de aquel dominio, como notó Sandoval, diciendo: "Que el diablo les había dicho muchas veces que en Motezuma se había de perder el reino de México„. Espíritus tan padres de la mentira, que aunque cuando abortan una verdad mienten, pues se acercaba el tiempo de ganarse, más que de perderse, México y toda la América.

7. Porque, en católica inteligencia, aquéllos eran pronósticos, no de eclipsarse, sí de esclarecerse más el Imperio mexicano y todas las Indias Occidentales, rayándoles del Oriente de España nueva luz de la verdadera fe para aclarar la nube opaca de la idolatría que asombraba con errores á aquel gentilismo ciego; pues sobre participarles ventajosos frutos y pulimentos, en ciento sesenta años que ocupó España cuatro mil novecientas leguas de la América, se han edificado en ella al verdadero Dios, setenta mil iglesias, quinientos conventos de religiosos, y erigídose un patriarcado, seis arzobispados, tres inquisiciones y muchas universidades. Pero las glorias de Cristo Señor Nuestro y de su España Católica siempre fueron y serán de confusión y tristeza al demonio y sus sectarios. El águila imperial de Carlos V, haciendo desde entonces sombra sobre la cabeza de Motezuma, ya empezaba á trasladar á más sublimes sienes la corona mexicana, poniendo al niño debajo de sus plantas.

§ 2.° — *Del nombre del último Motezuma y advertencias para obviar equivocaciones.*

8. A los historiadores de la América llevóles el cuidado adonde le tiraba el gusto; la gloria de la conquista con sus adherentes fué toda la incumbencia de sus plumas; era esto realmente lo más, y lo menos era el explorar la antigüedad de los indios. Diéronse á la estampa los informes de los pocos que vieron las cosas de rebato, ó las oyeron al vuelo, ó las observaron del vulgo. De aquella superficie de presente se cogieron las noticias abultadas, y despreciaron el sondar barbaries; y cuando lo intenta-

ron plumas cultas con la revolución y destrozo total de aquel Imperio, de la gente granada é instrumentos de sus hieroglíficos, cogieron de entre rústicos más confusiones que puridades. De aquí nace que á este último Emperador llaman Metezuma II, y al quinto Emperador Motezuma I, sin saber por qué ni cómo; y así lo estiman en otras muchas materias de las Indias. Nosotros, á su tiempo, daremos razón de haber puesto más diligencia, y diremos con más fundamento lo que hay en este punto.

9. Desde el fundador del Imperio mexicano, á quien se le arrimó este renombre de Motezuma, al nombre propio del *Hijo del Sol*, que por haber aportado de Oriente y por su lucimiento le pusieron los mexicanos con aquella voz de Oycholobos (como dejamos referido en sus Memorias), toda aquella familia y serie de emperadores se fueron numerando por este apellido como en Roma los Césares y Augustos; de Miro los Ramiros y Teodomiros Godos; de Arsace los Arsaces; los Tolomeos y los Pharaones; y así también con otros escritores, Márquez Miqueli, varias veces dice: "Los emperadores en la India Occidental, que fueron los Motezumas„, y en otro lance, torna á decir: "Los mismos emperadores Motezumas„. Llegó este apellido como á inaugurarse de divino, desde que, con el repentino desaparecimiento del primer Emperador, le puso á éste el pueblo por su aclamación en el catálogo de los ídolos; y después los emperadores, para fomentar este alto concepto de su ascendiente, se abstenían ellos deste renombre; y el senado no tuvo más gloriosa demostración que hacer á los eminentes méritos del quinto Emperador, que recabar de su modestia el apellidarse Motezuma, con que se dijo Motezuma I, que, después de su soberano ascendiente, había merecido usar de aquel más que humano renombre, según el aprecio bárbaro.

10. El último Emperador tomó por nombre propio el apellido y renombre de Motezuma, y llamánle, en consecuencia de lo dicho, Motezuma II. La causa fué curiosa, porque habiendo, al nacer, entre el Emperador y la Emperatriz, porfía sobre la imposición del nombre, remitieron la contienda á que el niño escogiese, cuando grande, el nombre que gustase; y el Príncipe, ya crecido, viendo que no podía dar al uno agrado sin dejar sin queja al otro, se quedó con sólo el nombre de Motezuma; y pudiera ser presagio de que á su descendencia y casa no tendría otra

cosa propia, ni otra propiedad, que vincular entre las grandezas de su poderosísimo Imperio, sino sólo el nombre de Motezuma con que ennoblecerla; á no ser más de molestía que beneficio dejar un despertador de memorias, que sólo reditúan penas, cuales son, en menguante tanta de estado, los recuerdos de aquella tan creciente fortuna.

§ 3.°—*Crianza del emperador Motezuma.*

11. Mientras hizo papel de hijo tercero dió Motezuma en su palacio poca materia de historia, por apurarse las atenciones de los áulicos en observar aún los ademanes del primogénito, ya aplaudiéndole los dichos y los hechos de presente, ya tomándolos por indicios de adelante. Corría, pues, con la crianza de sus hermanos; y si Acosta se admira de la cultura con que los mexicanos cuidaban de la educación de la juventud, según la desigualdad de las esferas se graduaban en la crianza los cuidados.

12. Pues aun en el Palacio imperial era de más arte la enseñanza que tenían los hijos de los emperadores que tocaban á la eclíptica ó suprema línea de la sucesión en la corona. Había señalado cuarto aparte, adonde los trasladaban desde los seis años de su edad en poder de los ayos y maestros, y aquestos escogidos con la cautela y esmero que apuntamos en la vida de Motezuma VI. Allí dijimos: "Como no había pieza en que el adorno no les sirviese de escuela y la imaginería de las colgaduras supliesen de cartillas, porque como los libros de los mexicanos no eran formados de caracteres en imprentas, sino figuras de pincel, ó imágenes de aguja, ó composición de plumería, las lecciones que les daban eran como construirles aquellos hieroglíficos, y de éstos los que con su representación conducían á componer desde la niñez á un Príncipe tan diestro en manejar el bastón en la campaña, como advertido para regir el cetro dentro de palacio„.

13. Acordándose algunas veces Motezuma, cuando ya hombre, de aquella estación pueril, solía decir: "En aquella estatua de un sabio nos explicaba el maestro cómo era efigie de uno de sus grandes filósofos que habiendo sentido escabrosidad en la literatura, con tal ímpetu acometió á la resistencia que se franqueó con pe-

renne gloria la entrada, pudiendo tanto contra la dificultad la porfía; que como se va penetrando la aspereza se siente en la fatiga del estudio el deleite de la ciencia; que la Naturaleza engendra hombres y la laboriosidad del estudio los hace sabios; que cualquiera puede ser como el que más, si lo que le falta de aptitud lo suple con la exacta aplicación„.

14. "Pues en aquel medallón, estampa de un tirano (añadía Motezuma) me acuerdo que nos ponderaban sus crueldades y nos persuadían los maestros á que fuésemos príncipes benignos, no midiendo el poder con el antojo, sino lo que fuese justo; que un poder mal corregido no es poder sino despeño; que en las vidas de los vasallos no tiene dominio el albedrío, sino la razón de los príncipes; y que, en el principado de aquel tirano, cuyo retrato consideraban, andaba muy valida la crueldad, porque la tiranía estriba en la violencia, y como lo violento dura poco, así el tirano no puede durar mucho„.

15. Y siempre que Motezuma en aquel cuarto de los infantes veía cierto mascarón de dos caras (debían tener allá también sus Janos y sus Proteos) se acordaba de la exclamación con que les dijo un ayo: "Mirad, Príncipes: este monstruo es un feo padrón del más astuto y fingido cacique que, con los redobles de su trato, aunque ferió algunos intereses, fué á costa de más disfames; sabed disimular, que sin saber disimular no sabréis regir; mas no queráis fingir, que á la bajeza de la ficción no se ha de abatir la alteza de un Rey. Bien tenéis que aprender en esta lección, porque en los palacios se hace gala de la ficción y de la doblez, y es difícil de corregir el error de los que hacen reputación y gala de errar„. Este era el método que tenían de enseñar aquellos maestros á tales discípulos.

§ 4.°—*Persona de Motezuma.*

16. La proceridad de estatura, la ingenuidad de semblante, garbo de talle y aire de acciones, consigo traen la recomendación de la persona y atractivos que ejecutan á la benevolencia y respeto. Con los príncipes que destina para ceñirles coronas, dice Plinio que se esmera Naturaleza en la labor y hechura de sus cuerpos, tomándoles las medidas por la magnitud y especiosidad de sus

espíritus. Aunque también suelen engañar unos magníficos frontispicios, siendo unos caserones sin fondo, una fachada de gran persona y unos simples de capirote. Del emperador Motezuma las efigies verdaderas se despintaron cuando se desfiguró su Imperio y su fortuna. Imaginarios son los retratos que después les sacaron los pintores. Con las plumas le han retratado algunos cronistas, unos de lejos, otros de cerca y todos de memoria, conque sus copias se desacreditan con su misma disonancia.

17. Sandoval le pinta así: "Era Motezuma hombre de mediana estatura, flaco y muy moreno, y traía el cabello largo, unas poquitas barbas, ocho ó diez pelillos largos como un geme, pero de su condición muy apacible, cuerdo, gracioso y bien hablado„. Esta copia es de medio cuerpo; de bulto entero le copió el cronista Solís diciendo (lib. III, cap. X):

18. "Era de buena presencia Motezuma, su edad hasta cuarenta años, más delgado que robusto. El rostro aguileño, de color menos oscuro que el natural de aquellos indios. El cabello largo hasta el extremo de la oreja, los ojos vivos y el semblante majestuoso con algo de intención. Su traje, un manto de sutilísimo algodón anudado sin desaire sobre los hombros, de manera que cubría la mayor parte del cuerpo, dejando mostrar la falda. Traía sobre sí diferentes joyas de oro, perlas y piedras preciosas, en tanto número, que servían más al peso que al adorno. La corona, una mitra de oro ligero que por delante remataba en punta, y la mitad posterior se inclinaba sobre la cerviz. El calzado, unas suelas de oro macizo, cuyas correas de lo mismo ceñían al pie y abrazaban parte de la pierna, semejante á las calígulas militares de los romanos„. Así le delinea Solís á este Emperador desde la corona á los pies, y haciendo anatomía hasta la intención, diciendo del semblante que era "majestuoso con algo de intención„, que á la perspicacia de un cortesano discreto, son transparentes velos los disimulos de los semblantes.

19. Bernal Díaz del Castillo acredita más su pintura con el haber tenido el original á la vista, aunque esto de retratar no consiste sólo en ver, pues muchas cosas se ven y no se retratan como ellas son; él dice: "Sería el gran Motezuma de hasta de cuarenta años, y de buena estatura y proporcionada: é cenceño y la color no muy

moreno, sino propia color y matiz de indio; y tenía los cabellos no muy largos, sino cuanto le cubrían las orejas, é pocas barbas prietas y bien puestas, é ralas. El rostro algo largo é alegre, é los ojos de buena manera. E mostraba en su persona en el mirar por un cabo amor, é cuando era menester gran gravedad„. Así le pinta Bernal, y este soldado historiador tenía más valentía en la espada que en el pincel.

§ 5.°—*Prendas y procederes deste último Motezuma.*

20. Aun con mayor diferencia que delinearon la persona, describen los historiadores el natural, inclinaciones y prendas de este emperador Motezuma. Dice Solís: "Fué Motezuma, como dijimos, príncipe de raros dotes naturales; de agradable y majestuosa presencia; de claro y perspicaz entendimiento, falto de cultura, pero inclinado á la sustancia de las cosas. Su valor le hizo el mejor entre los suyos antes de llegar á la corona; y después le dió entre los extraños la opinión más venerable de los reyes. Tenía el genio y la inclinación militar. Entendía las artes de la guerra, y, cuando llegaba el caso de tomar las armas, era el ejército su corte. Ganó por su persona y dirección nueve batallas campales. Conquistó diferentes provincias y dilató los límites de su Imperio, dejando los resplandores del solio por los aplausos de la campaña, y teniendo por mejor cetro el que se forma del bastón. Fué, naturalmente, dadivoso y liberal. Hacía grandes mercedes sin género de ostentación, tratando las dadivas como deudas, y poniendo la magnificencia entre los oficios de majestad. Amaba la justicia y calaba su administración en los ministros con rígida severidad. Era contenido en los desórdenes de la gula, y moderado en los incentivos de la sensualidad„. Hasta aquí Solís en las excelencias de Motezuma; que no dijo mejor ni más Plinio en el panegírico de Trajano. Mas, como sea ley de historia no sólo el referir las perfecciones sino también notar los defectos, pasa Solís á los vicios de Motezuma, diciendo:

21. "Pero estas virtudes, tanto como hombre como Rey, se deslucían ó apagaban con mayores vicios de hombre ó de Rey. Su continencia le hacía más vicioso que templado; pues se introdujo en su tiempo el tributo

de las concubinas, naciendo la hermosura en todos sus reinos esclava de sus moderaciones; desordenando el antojo sin hallar disculpa en el apetito. Su justicia tocaba en el extremo contrario, y llegó á equivocarse con su crueldad, porque trataba como venganzas los castigos, haciendo muchas veces el enojo lo que pudiera la razón. Su liberalidad ocasionó muchos daños más que produjo beneficios, porque llegó á cargar sus reinos de imposiciones y tributos intolerables, y se convertía en sus profusiones y desperdicios el fruto aborrecible de su iniquidad. No daba medio ni admitía distinción entre la esclavitud y el vasallaje; y, hallando política entre la opresión de sus vasallos, se agradaba más de su temor que de su paciencia. Fué la soberbia su vicio capital y predominante: votaba por sus méritos cuando encarecía su fortuna, y pensaba de sí mejor que de sus dioses, aunque fué sumamente dado á la superstición de su idolatría„. Hasta aquí Solís.

22. En esta pintura que Solís hace de los vicios de Motezuma, los vicios hacen oficio de sombras que avivan y abultan más los colores de excelencias con que el mismo Solís le pintó, por ser común propiedad de los héroes que el mundo pone en la categoría y predicamentos de grandes, el ladearse siempre á extremos grandes en virtudes y grandes en vicios. No se ofuscó la continencia que había Solís alabado en Motezuma, entre tanto incentivo de hermosuras, que, aunque fué vicio el poner á mano tanto fomento, especie fué de loable templanza moderar el apetito á vista de tanto cebo. Y hubiera sido en Salomón alabanza si alguna pluma le pintara continente entre setecientas reinas y trescientas concubinas; y á éstas hace tributarias, no alguna violenta ley del poderoso, sino poderosas dádivas del liberal. La sombra de los nimios tributos dan luz á los reinos y provincias que, según Solís, añadió al Imperio Motezuma; y sin tributos no suelen conseguir las armas tantas conquistas. Con más arte le afeara el Bocalini las desacertadas conquistas que empobrecen y consumen al Rey y reino que las emprende; y ¿á qué reyes no les hace su pueblo este cargo de gabelas quejándose los súbditos de que llega el exceso á tiranía y que los tratan como á esclavos?

23. A la soberbia constituye Solís por vicio capital de Motezuma. Como si la fama no dispensase á los soberanos en la altivez y la vanidad, dándole más amplia li-

cencia á un Emperador gentil, á quien le batían los aires de tan inmenso poder y de tan aplaudido valor, cuando con menor ó ningún fundamento de muchos tropiezan unos con otros los vanos. Acrimínale la luciferina presunción de tenerse por mejor que sus dioses, cuando debiera Solís apoyar el elogio que poco antes había dádole á Motezuma de *entendido*, porque aquellos dioses eran tan ruines y conocía Motezuma bien que eran tan bajos, que, sin soberbia, podía decir que él era mejor que ellos. Y como si le arguyera de implicación, añade Solís: "Aunque fué sumamente dado á la superstición de su idolatría„. Y no era inconsecuencia, sino fina política á la moda de los políticos que hacen poco caso de Dios y cuidan mucho de supersticiones; porque saben que él sobreescrito de Religión, conduce mucho para poner freno al vulgo; sectarios de ateo con nomenclatura cortesana de políticos; y para uno de éstos que haya en los bárbaros de América, no caben en guarismo los que hay de ellos en Europa.

24. Aunque no en tan buen papel, pero con pluma de mejor corte, escribe las propiedades de Motezuma Bernal Díaz, habiéndole comunicado por dos años, y dice: "Vinieron á decir que Motezuma era muerto, y Cortés lloró por él, y todos nuestros capitanes y soldados; é hombres hubo entre nosotros de los que le conocimos y tratamos que tan llorado fué como si fuera nuestro padre..... E tan bién mirado era el gran Motezuma que á todos nos hacía mucha honra; que además de ser Rey desta Nueva España, su persona y condición lo merecían; y si hubiéramos de contar las cosas y condición que tenía de gran señor, es para nunca acabar. Decían que había dieciocho años que reinaba y que fué el mejor Rey que en México había habido„. Hasta aquí Bernal.

CAPÍTULO XL

ESTANCIA DE MOTEZUMA EN LA PROVINCIA DE TULA, Y DE CÓMO ALLÍ SE CASÓ

§ 1.º—*La causa de irse á Tula.*

1. Destas propiedades heroicas de Motezuma con las excepciones del gentilismo y lastres de la barbarie, se observaron en su reinado las más, y es fuerza volver algunos pasos atrás para seguirle como iba creciendo en edad. Pues como desde su niñez respirase espíritus magnánimos, satisfecho de sus ventajas en prendas, llevaba con impaciencia que, por adelantarse en edad, le precediesen sus dos hermanos en etiquetas de honor, encorvando la eminencia de sus dotes al casual exceso de años. Iba creciendo y enconándose más su sentimiento de las desigualdades que mortificaban su altivez en el trato así doméstico como público. Pasando ya, á los tres lustros, aquellos bríos á varoniles, y pasando de repelos á lances más pesados con su hermano mayor el Príncipe heredero, ó por temer á sus padres, ó por no sufrir más humillaciones, hizo fuga de palacio con algunos confidentes, y se refugió al Estado de Tula, ciudad capital entonces, y que dió nombre á una gran provincia, de que era señor casi soberano un cacique de tan alta esfera, que había casado con una hermana del rey de Tescuco, tía del mismo Motezuma.

2. Y aunque este Régulo dió cuenta al Emperador de su retraído, y se disculpó el desorden por rapazada, y aunque se acreditó de pundonorosa, el mozo, que era

vano, hizo punto de no dar á la corte torno; y supo negociar por medio de la Emperatriz su madre tuviese á bien el Emperador el que residiese en el palacio de Tula al cuidado de sus tíos; y conociendo ya su oposición y resentido orgullo, fué cordura criarle separado.

3. Dos considerables efectos produjo la estancia de Motezuma en Tula. El primero fué, que, para que no extrañase después siendo Emperador por del todo inauditas y nuevas las noticias de la ley Evangélica en el arribo inopinado de los españoles, las estrenase, aunque confusas y desfiguradas en aquel mismo paraje y sitio, donde muy de propósito puso cátedra y la predicó el apóstol Santo Tomé, como lo escribe y gravemente lo prueba el doctor D. Luis Becerra, catedrático de la lengua mexicana en el libro que intituló: *Felicidad de Mexico,* donde dice:

4. "Que el apóstol Santo Tomé predicó en la Nueva España en Tula, y que lo leyó y vido en historias pintadas de los indios con el nombre de *Didimo, Gemelo* en castellano„. Erudición que se puede restablecer con los muchos rastros de cristiandad que se traslucían en la creencia de aquellos naturales, como la adoración de la cruz, aunque ellos no discernían lo que adoraban; así los atenienses erigieron ara y dieron culto al *Dios no conocido,* según dice San Pablo. Ellos también celebraban un género de bautismo, á que atribuían nueva disposición para la virtud y salvación; tenían su remedo de confesión y penitencias que les imponían sus sacerdotes. Creían la inmortalidad del alma, y que las culpas eran la causa de sus trabajos, con otros muchos vislumbres de la profesión cristiana, que notan y ponderan en su *Historia* el P. Acosta, en su *Teatro* Gil González, y Vasconcellos en sus *Relaciones del Brasil.*

§ 2.°—*De cómo se casó Motezuma en Tula.*

5. Al segundo efecto de la estancia de Motezuma en Tula influyó con industria y eficacia el señor de aquella provincia. Porque él se hallaba con una hija que le había dado su mujer, infanta de Tescuco, heredera de su rico principado, y desde que aquel imperial joven se le vino como á la mano, se revistió de majestosa codicia de ganarle para yerno. Crecía en él esta noble ansia observan-

do en aquel mozo maduro juicio de viejo, fondo de ingenio, alteza de espíritu y muy probados bríos en las guerras que se habían ofrecido de enemigos confinantes, en tanto grado que dejan de especificarse por parecer fábulas ó consejas, mas se hubieron de fundar en algunas célebres hazañas, y la lisonja y la fama siempre las sube de punto. Fijo ya en este designio el cacique, con disimulo y sin explicarse, comenzó la batería á todo ardid para conquistarle la voluntad. Y la tía Infanta trazaba con tal arte los recatos y retiros de la hija, que la hiciese apetecida por deseada. Ayudaba sobre todo la hermosura y gracia de la doncella, que, entrando en expectación de tan alta boda, fomentaba con un cuidado modesto los atractivos del afecto.

6. Estas ocultas minas y baterías, más recias mientras más blandas, franquearon en el corazón del huésped gustosa entrada. Efectuóse muy de secreto el desposorio por no estar asegurados de si lo llevaría bien ó mal el Emperador, y el suegro atropellaba por los más arriesgados incidentes, siendo á su parecer más contrastables después de efectuado el matrimonio, y por ventura invencibles si de antemano diese parte del intento.

7. Esta desposada Princesa fué después la mujer principal de Motezuma siendo Emperador, y fué Emperatriz de México. Esta fué de las que entre otros muchos escritores, hace mención el cronista Solis, hablando de las descendencias del emperador Motezuma, donde dice así (lib. IV, cap. XV): "El principal de todos los hijos de Motezuma fué don Pedro de Motezuma, que se redujo también á la Fe Católica dentro de pocos días, y tomó este nombre en el bautismo. Concurrió en él la representación de su padre por ser habido en la señora de la provincia de Tula, una de las reinas que residieran en el Palacio real con igual dignidad. La cual se redujo también, á imitación de su hijo, y se llamó en el bautismo doña María de Niaguasuchil, acordando en estos renombres la nobleza de sus antepasados. Favoreció el Rey á don Pedro dándole estados y rentas en Nueva España, con título de Conde de Motezuma, cuya sucesión legítima se conserva hoy en los Condes de este apellido, vinculada en él dignamente la heroica recordación de tan alto principio„. Hasta aquí aquel autor.

8. Y en consecuencia destas premisas con ejecu-

torias del Consejo real de Indias, sacó la casa de los Condes de Motezuma por bienes dotales de la Emperatriz su ascendiente el señorío de la provincia de Tula, con título de Condado de Tula, adherentes y dependencias en otras exenciones y privilegios acerca de sus rentas y de sus frutos, como consta de muchas Cédulas reales.

CAPÍTULO XLI

ASCENSO DE MOTEZUMA AL TRONO DEL IMPERIO MEXICANO

§ 1.º—*De cómo recayó en Motezuma la herencia del Imperio, siendo el tercero de sus hermanos.*

1. Casado ya Motezuma vivía tan prendado de la Infanta su mujer, que afanaba en discurrir cómo daría á publicidad, con creces de su decoro, la noticia de su empleo; tropezando este cuidado, no sólo en la duda de si se darían por aprobadores sus padres, sino aun más en la falta de medios competentes y relevantes para autorizar á lo majestoso su nuevo estado; pendiendo ordinariamente de los relumbrones del porte las aprobaciones del hecho y los aprecios de la persona, más que de la esencia y sustancia, de la materia.

2. Y como desde la cuna respiraba ansias del solio y se le imprimiesen unas innatas persuasiones de haber de empuñar el cetro, ó fuese ya fantasía de su genio, ó influjo de cualquier secreto instinto, era toda su aplicación al estudio de gobernar el Imperio. A este fin hubo á las manos, y le estimaba por su tesoro, aquel como manual de políticos modelos ó hieroglíficos de Motezuma I, que venía corriendo de mano en mano por los demás emperadores, y á cuya instrucción atribuyeron muchos aciertos de que dejamos la copia en la vida de aquel primer Motezuma.

3. Entre las nieblas de cuidados y discursos, le rayó á Motezuma la luz de su más deseada felicidad con el

rumor que empezó á correr del naufragio, en que, pereciendo sus dos hermanos mayores (como referimos ya) le habían desembarazado de la mayoría para entrar en el derecho de la corona. Estuvo Motezuma muy en sí á esta voz vaga que llegó á Tula; así porque las nuevas de gusto piden seguras fianzas para su crédito, como por que suelen echarse falsas al vuelo por espías de los afectos en los hechos y en los dichos que de repente vierte el gozo á quien no asiste el recato. Conque si bien no le sonó mal la nueva á su ambición, supo darse por desentendido de su placer.

4. Ni aun se inmutó de semblante cuando tuvo auténticas noticias de aquel trágico suceso y de su inopinada fortuna. Suele poner extático lo repentino de un sumo bien ó de un extremado mal, y servido, aquel gusto, el salvilla de un infortunio funestaría con el desengaño la más funesta fortuna. Antes impidió las demostraciones populares del alborozo en que prorrumpía el pueblo para mostrar sus afectos al nuevo Príncipe, templando las alegrías con las funestidades de los lutos.

§ 2.°—*Parte Motezuma á México, asiste á la muerte del Emperador su padre, y toma posesión del Imperio.*

5. Ibase trasladando á Tula toda la corte de México, que á Tula respetaban ya los áulicos y cortesanos como Oriente del nuevo Príncipe y de sus fortunas; anticipando más la dependencia y lisonja sus prestos vuelos, para interceptar las estrenas de su gracia que los enviados y volantes del Emperador y de la Emperatriz con el pésame y el pláceme, y con tan urgentes como cordiales instancias, de que supliese al punto, con el alivio de verle, el desconsuelo extremado en que las tenía el lúgubre malogro de sus hermanos.

6. Daba el Príncipe largas á la partida, no sólo por hacerse más deseado, como por hallarse dudoso de si era ya oportunidad de hacer publicación de su boda con la Infanta; y esta perplejidad y suspensión atribuyen algunos escritores á hipócrita política de Motezuma, como quien se hacía de rogar para crecer sus méritos, y que los electores le sahumasen con súplicas la dignidad de Emperador. Estos historiadores confundieron los motivos, y

barajaron la serie de los lances por la penuria de sólidos informes, y cargar con muy someras noticias de las cosas que precedieron antes del arribo de los españoles y de la conquista de México; conque se extravían en los viales con la confusión de vulgares noticias y voces varias, desvariando en sus relaciones muchas veces en la sustancia, y las más veces en los accidentes; y esta censura les da don Antonio de Solís, diciendo: "La nueva España, ó está sin Historia que merezca este nombre, ó necesita de ponerse en defensa contra las plumas que se encargaron de su posteridad„. Dijo muy bien Solís, si él también no delinquiera muchas veces en lo que acrimina á los demás.

7. Pero vióse Motezuma precisado á acelerar la jornada con la venida de los supremos ministros y señores, que le noticiaron cómo quedaba el Emperador su padre, doliente muy de peligro, y con accidente de último riesgo, ponderándole las ansias con que suspiraba por verle, y la necesidad suma que había en tal frangente de su persona. Dejando, pues, á su esposa asegurada de su fineza y con la palabra qne cumpliría de su exaltación al solio imperial, continuándose el secreto hasta madurar el punto, montó en las andas reales sobre los hombros de mexicanos ilustres con tan numeroso como lucido aparato de majestad y comitiva de todo esplendor, llegando á México con tanta tasa de tiempo, que no le restó á su padre más espacio de vida que para despedirse de él con suspiros, y mezclar con las últimas boqueadas algunas mal trabadas puridades.

8. Celebrado á su usanza el funeral, con la magnificencia que dejamos descrito con difusión, se retiró Motezuma al palacio que llamaban de la tristeza; donde solían retirarse, dice Solís (lib. III, cap. XIV) cuando se morían sus parientes, los emperadores, y en otras ocasiones de calamidad ó sucesos que pidiese pública demostración. Era de horrible arquitectura: negras las paredes, los techos y los adornos; y tenía un genero de claraboyas, ó ventanas pequeñas, que daban penada la luz, ó permitían solamente la que bastaba para que se viese la oscuridad, formidable habitación donde se detenían lo que tardaban en despedir sus quebrantos.

9. Aquí acudieron á cumplimentar y reconocer á su nuevo Emperador los ministros de sus consejos, los reyes

feudatarios y embajadores de repúblicas, siguiéndose por su graduación de sangre y puestos todos los demás órdenes del Imperio; y como le pidiese el senado supremo que señalase su Majestad día para la celebridad de su coronación, les respondió Motezuma, que no se coronaría hasta reintegrar su corona de las almenas que le faltaba, y alargarle el vuelo con más almenas; permitió, sí, que los príncipes electores hiciesen la ceremonia de su elección; y decimos *ceremonia*, porque de siglos atrás se había reducido la elección á una etiqueta ó mera prerrogativa honorífica de aquellos á quienes tocaba antes tan alta función; y para entera noticia de punto que es de mucha consecuencia, se tratará de propósito en el capítulo que se sigue.

CAPÍTULO XLII

DE CÓMO EL IMPERIO MEXICANO ERA HEREDITARIO Y JUNTAMENTE ELECTIVO

1. En la vida del segundo Emperador de México se tocó de paso, y se aplazó para tratarse más de propósito, el grave punto de cómo era el Imperio mexicano hereditario y juntamente electivo. De esta novedad fué inventor el Emperador segundo, príncipe caprichoso, persuadido á que con esta extravagante razón de Estado, se desviarían todos los inconvenientes de poner, á solo título de herencia, el cetro en mano del que acaso nacería sin capacidad de saber cuál era su mano derecha, un sortear dueño á ciegas con las calidades que sin delecto Naturaleza les diese, la desdicha de la corona que recae en las sienes de un niño, los riesgos de la tutoría, los lances de los tutores. Y que si, por incapaz, ó flojo ó apasionado, escoge valido, en el valido reinciden los desconciertos de cuando se elige Rey; puede el privado ser Rey en la realidad. Juzgaba también que así desaparecerían todas las dificultades que hay en elegir á los reyes, y ajustaba aquesta paradoja en la forma siguiente:

2. Era la planta deste su artificio político, que persistiese y se continuase el derecho de elegir Príncipe, que tenía antes el senado supremo cuando México era república, limitando y restringiendo esta facultad á que la elección había sólo de hacerse entre los hijos de los emperadores Motezumas. En primer lugar, entre los hijos que el Emperador hubiese de la Emperatriz su principal mujer; á falta de éstos, entre los hijos de las dos reinas; después, entre los de las otras legítimas mujeres; descen-

diendo de allí á los de las concubinas; y, si quebrase del todo esta línea recta, con este mismo regular método se hiciese la elección en las líneas transversales de los más cercanos parientes, sin que se pudiese elegir de otra familia hasta que no hubiera rama alguna de aquel tronco, que lo fué el fundador del Imperio, y el primero que redujo á México de república á despótica monarquía, como con más difusión lo referimos en la vida del primer Emperador (1).

3. Desta planta esperaba su autor coger dos frutos: El primero, fijar así más el Imperio en los de su sangre y casa de Motezuma; porque, según él discurría, el vincular la corona á sólo título y derecho de primogénito, la peligraba á caer en sienes de algún inepto y de poco brío; y los mexicanos, como de genio guerrero, le degradarían del trono. Era el otro fruto, el que quedase el senado entre los grillos de monarquía con algunas sombras de las franquezas que les solía dar el estado de república; y este restablecimiento, aunque limitado, de soberanía, fué admitido de los senadores con gran aplauso; ni hubo quien no lo aprobase, que como todos penden del Monarca, aun los más abultados desatinos aclaman por aciertos, y en todas partes hacen sombra aquellos animales de la Apocalipsis que á todo dicen *Amén*.

4. Mas con brevedad se vió que esta estadista lazada no había recogido bien todos los cabos de la materia; pues como el hijo mayor de aquel Emperador saliese joven de prendas, alto espíritu y de punto, indignado y enfurecido de que su derecho natural se le pusiese á contingencia de elección, apeló á las armas, y entre sangrientas variedades de la guerra murieron en un ataque juntamente padre é hijo. Conque el horror de tan lastimera fatalidad abrogó en la sustancia aquel infausto estatuto, restituyéndose la sucesión del Imperio al derecho natural por la distinción de clases á los hijos primogénitos, y con-

(1) Solís confiesa que jamás se desvió el Imperio mexicano de la casa de Motezuma, sin que hubiese habido Emperador de otro tronco porque sucedían los hijos y hermanos, y que la elección había de ser de aquella familia; circunstancia en que acredita el derecho la clara presunción de lo hereditario, pues nace y se establece desta invariable sucesión imperial en la casa de Motezuma.

Nicolás Liburnio, Samuel Purcasio con Juan de Laet, al cap. II de la *Descripción de la India Occidental*, refiere la misma sucesión imperial de la casa de Motezuma y el modo de heredar. (Nota del Autor.)

servando por ceremoniaca y honorífica preeminencia los títulos de electores, como se ven en reinos de Europa, sin ejercicio y con los nombres, los oficios de almirantes, condestables, adelantados y condes.

5. Sobre que, como creciese en los emperadores de México la despotiquez y soberanía, con la seguida continuación del suceder en el solio imperial la Casa de Motezuma en padres á hijos, en tanto grado que alzar los ojos á verlos se castigaba en los súbditos por delito, sin más ley que por su arbitrio, los emperadores Motezumas hacían y deshacían reyes, trastocaban de unos en otros los principados, era regalía de su delecto el poner ó quitar cuando querían los electores, como dice el padre Acosta (lib. VII, cap. XXV): "Los electores eran de ordinario hermanos ó parientes muy cercanos del Rey„. Tan adherida y vinculada estaba la corona de México á la Casa de Motezuma y tan reducida aún aquella cohartada elección á ceremonia.

6. El padre Acosta, aunque no enteramente informado, hace el catálogo de los emperadores de México, y desde el primer tronco los va deduciendo, por las líneas de una misma sangre y familia, hasta el último Emperador; y que este último Emperador fué de aquella línea recta déjase ver, pues refiere Gomara que, en la oración que Motezuma hizo á sus grandes, les dijo: "Bien sabéis que ha dieciocho años que soy vuestro Rey, como lo fueron mis padres y mis abuelos„.

7. Y Georgi Horni, con otros que contestan lo mismo, en su libro del *Origen de las Américas,* refiere que el último Motezuma dijo á los españoles cómo él descendía del primer Príncipe, señor y fundador que fué del Imperio mexicano. Conque siguiendo este punto tan asentado en el de la conquista, Solís también dice: "Halló Hernán Cortés como verdad infalible aquella notable aprensión de los descendientes de Quezalcoac (así se llamaba según sus varios nombres el fundador del Imperio) y tenían á su rey Motezuma indubitablemente por uno de ellos„. Y se muestra el mismo cronista firme en que había aquella Casa imperial de los Motezumas, de donde se originaba la constante serie de emperadores, y en esa suposición añade: "El Consejo de Estado de Motezuma se formaba de los electores del Imperio, á cuya dignidad ascendían los príncipes ancianos de la Casa Real„.

8. Fuera prolijo cansancio hacinar más instrumentos y autoridades para quitar equivocaciones que ocasionaran los cronistas, por haber procedido ellos á bulto y sin distinción en ésta y otras muchas materias de las Indias; y, aunque demostraciones no piden pruebas, valdrá de adorno al asunto una cédula real del Señor rey Don Carlos II, en que, sobre suponer cómo poseían los abuelos de la Casa de Motezuma por sangre el Imperio de México, muestra en el concepto que hace de sus servicios el alto aprecio que hace de sus méritos. La data es en Madrid á veinte de Agosto de mil seiscientos ochenta y cuatro, donde dice su Majestad:

9. "Y declarando que las mercedes de la dicha Casa de Motezuma no son comprendidas en la minoración de todas las que mandé hacer por mi Real decreto de 12 de Julio de 1683, por ser exceptuadas de la regla general de todos, y por contrato oneroso y no haber caso igual, singular prerrogativa de la Casa de Motezuma, ni poder servir de ejemplar para otro nadie, respecto de no tener tan gran servicio y haber poseído los abuelos de la condesa un reino tan rico y dilatado como el de México." Hasta aquí la cédula real.

CAPÍTULO XLIII

PRINCIPIOS QUE DIÓ Á SU REINADO EL ÚLTIMO MOTEZUMA

§ 1.º—*De su aplicación á la guerra y felicidad en victorias y conquistas.*

1. El cronista Solís, cuyo asunto sólo era la conquista de Nueva España, tocando como de paso lo que no hacía aquel intento, pinta en común el valor y conquistas de Motezuma diciendo (lib. IV, cap. XV): "Su valor le hizo el mejor entre los suyos antes de llegar á la corona, y después le dió entre los extraños la opinión más venerable de los reyes. Tenía el genio y la inclinación militar, entendía las artes de la guerra, y, cuando llegaba el caso de tomar las armas, era el ejército su corte. Ganó por su persona y dirección nueve batallas campales, conquistó diferentes provincias y dilató los límites de su Imperio, dejando los resplandores del solio por los aplausos de la campaña, y teniendo por mejor cetro el que se forma del bastón„. Hasta aquí don Antonio de Solís.

2. El P. Acosta (lib. VII, cap. XXII) acerca de este punto, dice: "Demás de justiciero y grave fué Motezuma muy belicoso, y aun muy venturoso, y alcanzó muchas victorias, y llegó á aquella suma grandeza que está escrita en historias de España„.

3. El valor personal alaba en Motezuma Bernal Díaz (cap. CXXVI) con las cláusulas siguientes: "Decían que había dieciocho años que reinaba, y que fué el mejor Rey que en México había habido, y que por su persona había

vencido tres desafíos que tuvo sobre las tierras que sojuzgó„. Y como las hazañas personales de los príncipes, y más si son de suyo eminentes, las eterniza la fama, quedaron de aquestos tres desafíos personales tan fijas como célebres memorias, conque, satisfaciendo á los demás triunfos de Motezuma con lo que se ha apuntado en común, referiremos aquí sólo estos tres desafíos en particular.

§ 2.º—*De los tres desafíos personales en que mostró Motezuma su valor.*

4. Si bien con la servil sumisión á que redujo á los príncipes electores la soberanía despótica de sus emperadores mexicanos, sólo por ceremonia se había hecho la elección, y por lisonja suplicádole por llenos de su gozo se acelerare la celebridad de su coronación, hizo Motezuma punto de continuar el estilo de sus ascendientes, de que nota Acosta (lib. V, cap. XXII): "Es de advertir que ningún Rey era coronado si no vencía primero alguna provincia, de suerte que trajese gran número de cautivos para sacrificio de sus dioses„. Apenas, pues, calentó el trono, cuando rayaron sus ansias no sólo de conquistar una provincia, sino de reducir al yugo de su dominio todo aquel orbe inmenso de la América. Mucho le asistió la fortuna en tan magnánimo intento, mas encaminábalo la Divina providencia para más alto designio, como lo irá mostrando la Historia.

5. Parecía que cada marcha de su numeroso campo era conquista de un reino; y diecisiete batallas le cerraron al escudo de sus armas la orla de treinta coronas por insignia y memorial de tener treinta príncipes vasallos que ponían cada uno cien mil hombres en campaña. Entre los reyes que intentaron poner diques á este torrente de triunfos, dió más cuidado en pena de desprecio, ó por dolo de difidencia, el Rey de Otumpan, suegro del hermano menor de Motezuma, buen suegro aunque mal político, que en tal contratiempo resucitó ciertos derechos fantásticos, que eran no más que un superficial color, y la puridad ó envidia ó miedo de perder la soberanía como los demás.

6. Y como pleitos de príncipes (y más siendo esta

propiedad de bárbaros) se disputan con las armas, hubo de venir á las manos el anciano Rey con aquel ardiente joven Emperador. Afrontáronse los campos, y, estando para darse la batalla, mandó Motezuma hacer llamada y envió á decir á su tío el Rey que sobre intereses particulares no se mezclasen daños comunes; y así, que se decidiese aquella familiar controversia de persona á persona; que por venerar sus canas gustaría que se sustituyese para aquel trance más juveniles fuerzas. Salió un sobrino del Rey, mozo de muchas pruebas, con iguales armas, y á vista de los ejércitos le dió el Motezuma tal cuchillada á su combatiente, que, hendiéndole en dos trozos el escudo, le dividió en dos partes la cabeza. Y pagándose el Emperador de las aclamaciones y aplausos, indultó al Rey vencido las osadías, que, como se exacerba la ira con quien es causa de enfado, se lisonjea la clemencia con quien ocasiona gustos.

7. Procedió el segundo desafío de un antiguo agravio que enconó á los tlascaltecas con un moderno desprecio. Espina era de su punto para Tlascala aquella pública y fija máxima de los emperadores de México (como nota con otros muchos Acosta): "Que no se conquistase la provincia de Tlascala porque tuviesen allí los mexicanos donde ejercitasen las armas los mancebos de México y juntamente tuviesen copia de captivos de que hacer sacrificios á sus ídolos„, que era hacerlos estafermos de las picas y reses para las aras. Sobre esta envejecida ignominia tuvieron ahora por nueva afrenta que reservarse el triunfante Motezuma de hostilidades á sus países, haciendo tan general guerra á los demás reinos independientes, como quien no quería hacer mal al rebaño de sus dioses y juguete de sus lanzas.

8. No sufriendo tanto oprobio, cierto ejército volante de tlascaltecas, que cubría los confines de su provincia y observaba los movimientos del campo mexicano, envió uno como rey de armas que retase al ejército imperial para un desafío de doce tlascaltecas con doce mexicanos. Era de parecer el consejo de guerra que se castigase aquella canalla con reirse de su insolencia; pero Motezuma ordenó se aceptase el reto, y tan del pundonor era, que, para asegurar el que los mexicanos saliesen del lance airosos, con sumo secreto se incorporó él mismo disfrazado con los doce que salieron de su campo.

9. Los cuales, sintiendo al Emperador á su lado, recreciéndoseles el ardimiento, el coraje, la agilidad y los pulsos, eran relámpagos en los ojos, en los puños rayos, y truenos en los estallidos que hacían sus golpes. El Emperador, cuanto excedía en la dignidad se aventajaba en el valor, sobreponiéndose en el brío cuanto sobresalía en los respetos de la corona; tan fatal equívoco á los contrarios como vital espíritu á los suyos; y no pudiendo éstos aun atener á su paso, aquéllos en sólo un hombre sentían sobre sí á todo un ejército. Ellos murieron todos, mas con la celebridad de morir á manos de un tan gran Emperador.

10. Por tercer desafío, hubo de contar Bernal Díaz, el que, en los últimos trances de una batalla, viendo Motezuma que paloteaban las picas de sus tropas, cejando ya con desorden las hileras, y que el enemigo empezaba á apellidar ya victoria, entonces él, con el escuadrón de sus guardias dejándose ver por frente, hizo rostro á todo el campo enemigo con tal denuedo é influencia de su aspecto, que, reforzando su gente el coraje y como reargüída de su vileza, peleaban más por el triunfo que por la vida, con que á un tiempo salvaron la de su Monarca en tan gran arrojo, y le dieron la victoria cuando más decaída andaba la batalla; y aquestos son los tres desafíos personales de Motezuma de que hizo mención Bernal Díaz.

§ 3.°—*De la coronación Imperial deste último Motezuma.*

11. Hablando Acosta sumariamente de cómo volvió Motezuma de la campaña para celebrar la coronación en México, dice así: "Salió Motezuma en persona á la empresa que para su coronación era necesaria. Habíasele revelado á la corona Real una provincia muy remota hacia el mar Océano del Norte. Llevó consigo á ella la flor de su gente, y todos muy lucidos y bien aderezados. Hizo la guerra con tanto valor y destreza que en breve sojuzgó toda la provincia y castigó rigurosamente los culpados, y volvió con grandísimo número de cautivos para los sacrificios y con otros despojos muchos. A la vuelta le hicieron todas las ciudades solemnes recibimientos, y los señores de ellas le sirvieron aguamanos,

haciendo oficios de criados suyos, cosa que con ninguno de los pasados habían hecho; tanto era el terror y respeto que le habían cobrado. En México se hicieron las fiestas de su coronación con tanto aparato de danzas, comedias, entremeses, luminarias, invenciones, diversos fuegos y tanta riqueza de tributos traídos de todos los reinos, que concurrieron gentes extrañas y nunca vistas ni conocidas á México; y aun los mismos enemigos de mexicanos vinieron disimulados en gran número á verlas, como eran los de Tlascala y los de Mechoacan. Los cuales, entendido por Motezuma, los mandó aposentar y tratar regaladísimamente como á su misma persona, y les hizo miradores galanos, como los suyos, de donde viesen las fiestas; y de noche, así ellos como el mismo Rey, entraban en ellas y hacían sus juegos y máscaras„. Hasta aquí el P. Acosta.

12. La tela desta relación, arrollada en generalidades, la descogimos ya con individuación en la vida del Motezuma II, describiendo con difusión la fórmula, ceremonias, magnificencias y festines que estilaban los emperadores en sus coronaciones. Y, como en el decurso del tiempo creciese el fausto, levantó más alta llamarada el lucimiento cuando la antorcha del Imperio boqueaba en este Motezuma. Los ingenios (en su esfera de bárbaros) más pulidos para las trazas de sus comedias y entremeses, invenciones de máscaras y danzas, variedades de fuegos y de juegos. Las plazas y las calles con más ricos adornos. Las tres estancias en que detenía el Emperador tres días, eran ya teatros de más deliciosos festejos. Aquella gran laguna á copia de luminarias, sobre infinitas canoas y piraguas, de noche parecía toda una apacible llama, y de día un laberinto toda de florestas y jardines. En las funciones de la coronación, sus sacerdotes, á las que les tocaban, habían aligerádolas de prolijas ceremonias, y los Grandes, á las que les pertenecían, añadido más etiquetas de soberanía. Ningún otro Emperador se coronó en México con tanta majestad, ni perdió la majestad con mayor humillación.

13. Solís apunta algunas singularidades desta coronación, diciendo: "Acompañábanle á Motezuma entonces todos los nobles, ministros y sacerdotes hasta el templo del Dios de la Guerra, donde se apeaba de sus andas, y, hechos los sacrificios de aquella función, le ponían los

príncipes electores la vestidura y manto real; le armaban la mano diestra con un estoque de oro y pedernal; la siniestra con un arco y flechas, que significaban la potestad ó el arbitrio de la guerra y el rey de Tescuco le ponía la corona, prerrogativa de primer elector. Oraba después largo rato uno de los magistrados más elocuentes, dándole por todo el Imperio la enhorabuena de aquella dignidad, y algunos documentos en que le representaba los cuidados y desvelos que traía consigo la corona, lo que debía mirar por el bien público de sus reinos, y le ponía delante la imitación de sus antecesores„.

14. "Acabada esta oración, se acercaba con gran reverencia el mayor de sus sacerdotes, y en sus manos hacía un juramento de reparables circunstancias. Juraba primero: Que mantendría la religión de sus mayores; que observaría las leyes y fueros del Imperio; que trataría con benignidad á sus vasallos, y que mientras él reinase andarían concertadas las lluvias, que no habría inundaciones en los ríos, esterilidad en los campos, ni malignas influencias en el sol. Notable pacto entre Rey y vasallos, de que se ríe Justo Lypsio, y pudiéramos decir que le querían obligar, con este juramento, á que reinase con tal moderación, que no mereciese por su parte las iras del cielo; no sin algún conocimiento de que suelen caer sobre los súbditos estos castigos y calamidades públicas por los pecados y exorbitancias de los reyes„.

15. El padre Acosta con seriedad asevera que hubo á las manos el razonamiento original y con las formales palabras que se le peroraron á Motezuma en su coronación, y lo traslada así: "Asentado después Motezuma en su trono oyó las oraciones que le hicieron, que, según se usaban, eran con elegancia y artificio. La primera hizo el rey de Tescuco que por haberse conservado con fresca memoria y ser digna de oir, la porné aquí, y fué así: La gran ventura que ha alcanzado todo este reino (nobilísimo mancebo) en haberte merecido tener por cabeza de todo él, bien se deja entender por la alegría tan general que todos por ello muestran. Tienen, cierto, muy gran razón porque está ya el Imperio mexicano tan grande y tan dilatado, que, para regir un mundo como éste y llevar carga de tanto peso, no se requiría menos fortaleza y brío que el de tu firme y animoso corazón, ni menos reposo y prudencia que la tuya. Claramente veo yo que el omnipo-

tente Dios ama á esta ciudad, pues le ha dado luz para escoger lo que le convenía. Porque ¿quién duda que un Príncipe, que antes de reinar había investigado las nueve dobleces del cielo, ahora, obligándole el cargo de su reino con tan vivo sentido, no alcanzará las cosas de la tierra para acudir á su gente? ¿Quién no se persuadirá que el Imperio mexicano haya llegado á la cumbre de la autoridad, pues te comunicó el Señor de los criado tanta, que en sólo verte la pones á quien te mira? ¡Alégrate, oh tierra dichosa, que ha dado el Creador un Príncipe que será columna firme en que estribes, que no tomará ocasión con el estado para regalarse en el lecho ocupado en vicios y pasatiempos; antes el mejor sueño le saltará su corazón y le dejará desvelado el cuidado que de ti ha de tener! Y, ¡oh, tú, generosísimo mancebo y muy poderoso Señor nuestro, confia, que, pues el Creador te ha dado este oficio, también te dará esfuerzo para tenerle, del cual goces por muchos años!„ Así razonó aquel orador, según dice el padre Acosta, el cual le hubo de dar alguna ayuda de costa, según huele á su estilo y sabe á sus máximas.

16. Omitimos la respuesta de Motezuma por prolija en boca de Acosta; y porque según el mismo autor dice (lib. VII, cap XX): "Era Motezuma muy grave y muy regosado; por maravilla se oía hablar, y cuando hablaba en el Supremo Consejo ponía admiración su aviso„. Conque es lo verosímil que él haría breve exordio la respuesta, y algún ministro proseguiría en el cumplimiento al Senado.

CAPÍTULO XLIV

DE LAS IDEAS MÁS MEMORABLES QUE PRACTICÓ MOTEZUMA DESDE LOS PRINCIPIOS DE SU IMPERIO

§ 1.°—*Publica su casamiento, señala por su principal mujer y corónala por Emperatriz á la Princesa y señora de la provincia de Tula.*

1. Fué la primera acción de Motezuma publicar en el senado y supremo consejo por su principal mujer, y como por sultana, á la Princesa de Tula, rompiendo entonces la nema de aquel secreto, y participándoles sus motivos de agradecido al magnífico hospedaje en su palacio; de los méritos de su real persona en tan soberanos atractivos de sus especiosas prendas, y en el interés de reunir á sus venas aquella sangre real, que, por transversales ramas, se derivaba de la fuente de su casa; y, después de complacerse en las aprobaciones de sus consejeros, hizo un decreto y aplazó día para la coronación de la Emperatriz, en orden á que se celebrase con las mismas solemnidades que las de los emperadores. Mucho se aplaudió el verle tan atento, pero aun cayó más en gusto sentir á su Emperador con genio de agradecido.

2. Ejecutóse el decreto, y trasladada con regia pompa la Emperatriz de Tula á Ystacpalapa, ciudad que sobresale en la ribera de la gran laguna, hizo allí alto por ser señalado puesto de donde los emperadores ordenaban las entradas célebres en México con sus triunfos. Era el sitio fértil y delicioso, y sobresalía por la alteza de las torres y por el bulto de los edificios, con población de hasta diez

mil casas de segundo y tercer alto, aunque corto alojamiento para la comitiva de aquella Princesa y concurso inmenso de los dominios del mismo lago; si bien aquella confusión del gentío, desorden del bullicio y festivo estruendo del vulgo, tira todo á más demostración de celebridad. Añade Solís (lib. III, cap. X):

3. "Era aquí el palacio suntuoso y bien fabricado con separación de cuartos altos y bajos; muchas salas con artesonados de cedro y con rico adorno, por tener las más colgaduras de algodón tejido primorosamente, á finos y variados colores con dibujo y proporción y las piezas interiores, parte se vestían de preciosa plumería, parte de pinturas entreveradas con tarjetas é invenciones de jaspe y plata. Entre los muchos jardines cultivados con prolijidad, y regados con agua dulce de fuentes, traídas por diferentes conductos de las sierras vecinas, se hacía reparar una huerta de admirable grandeza y hermosura, recreación antigua del senado, y ahora con superior majestad del Emperador. Había en ella diversos géneros de árboles fructíferos, que formaban calles muy dilatadas, dejando su lugar á las plantas menores; y un espacioso vergel que tenía sus divisiones y paredes hechas de cañas entretejidas y cubiertas de hierbas olorosas, con diversos cuadros de agricultura curiosa donde hacían labor las flores. Estaba en medio un estanque de agua dulce en forma cuadrangular, fábrica de piedra y argamasa con gradas por todas partes hasta el fondo, tan grande, que tenía cada uno de sus lados cuatrocientos pasos, donde se alimentaba la pesca de mayor regalo y acudían varias especies de aves palustres, algunas conocidas en Europa, y otras de figura exquisita y pluma extraordinaria„.

4. Registrábase desde este gran recreo mucha parte de la laguna, en cuyo inmenso espacio se descubrían varias poblaciones y calzadas que la interrumpían, y la hermoseaban torres y capiteles que al parecer nadaban sobre las aguas, árboles y jardines fuera de su elemento y una infinidad de sus naturales que, navegando en adornadas piraguas y canoas, volaban apostados por adelantarse á ver la nueva Emperatriz y estrenar las primicias de su agrado, anticipando con muy ricos presentes las muestras de sus afectos.

5. Como se observase en el resto de las festivas demostraciones la misma fórmula con que se coronaban los

emperadores, sólo añadió Motezuma salir al recibimiento en persona, y el llevar á la Emperatriz en andas de oro y de pedrería sobre sus hombros señoras mexicanas, con garzotas de perlas y aljófares sobre las guirnaldas de los tocados; marchando como de guardia una florida tropa de doncellas nobles, con garbo en sus adornos, y á lo militar con arcos y aljabas á lo de gala, siendo un bosque de pluma cada penacho que ondeaba como á soplo de la lisonja, y cortejo hacia las andas y el palio. La Emperatriz, sin embarazo del manto regio y vuelo del ropaje, hacía señorear su talle, y, no sin reserva de su decoro y respeto, distribuía los agrados del rostro con tal arte que los nobles y plebeyos se miraban en sus ojos con distinción de lleno favorecidos.

§ 2.°—*Economía y estilo de su palacio.*

6. Comenzó Motezuma las nuevas disposiciones de su palacio, tripulando de la familia real toda la gente de mediana estofa y plebeya, sustituyendo nobles más ó menos ilustres según las graduaciones de los ministerios; acción que le censuran de altivez, echando menos la afable humanidad de sus pasados. Si tal descarte era entre los criados de escalera arriba, era muy real atención el que no se barajasen los nobles con los plebeyos; y los nobles, como ellos saben mandar, aciertan á servir bien; menos excusa tuvo este Príncipe en lo que Bernal Díaz le nota (cap. XCI) diciendo: "Tenía el gran Motezuma sobre doscientos príncipes en otras salas junto á las suyas; éstos no para que hablasen todos con él, sino cuál ó cuál; y cuando le iban á hablar se habían de quitar las mantas ricas y ponerse otras de poca valía, mas habían de ser limpias; y habían de entrar descalzos, y los ojos bajos, puestos en tierra, y no mirarle á la cara; y con tres reverencias que le hacían le decían en ellas: Señor, mi Señor, gran Señor„. Este es achaque trascendental de señores, ser, mientras más poderosos, más soberbios. Y esto es niñería si se ve á Sesotres poner seis reyes por tiro al tronco de su carro; á Bayaceto en una jaula para servir de escabel al Tamorlán cuando monta á caballo, y á Sapor que labró poyo de la espalda del emperador Valeriano. Pues aun es más ver á mujeres cristianas y de muy mediana talla,

hacerse servir de rodillas. No tiramos á buscar á Motezuma excusas, sino á obviar extrañezas y escandecencias.

7. Admirado de que lo que corre por encarecimiento de barbarie lo considerase con tanta grandeza y policía, el ilustrísimo Sandoval, dice: "Sería nunca acabar decir la majestad de casa y servicio de Motezuma: mudaba cada día cuatro vestidos, nunca se ponía uno dos veces, y por eso tenía qué dar tanto á todos. Comía siempre con música y con grande aparato. Servíanle veinte mujeres á la mesa, cuatrocientos pajes, todos hijos de señores. Comía y bebía ordinariamente en barro (si bien tenía riquísima vajilla de oro y plata, no se servía con ella, porque tienen por bajeza comer ni beber dos veces en un vaso); cuando se sacrificaban hombres, servíanle á la mesa uno ó dos platos de aquella carne, de otra manera jamás comía carne humana. Los regalos, riquezas, entretenimientos y fausto de este Príncipe bárbaro, son increíbles y sería largo contarlo„.

8. En vez de ponderarlo, se arroja á encarecerlo con hipérboles Fray Román, en su libro de *Repúblicas*, diciendo: "La autoridad y majestad con que los emperadores Motezumas excedía á la de los Turcos y á la del preste Juan, ó emperador de la Trapisonda ó á otro cualquier monarca; y si los otros reyes antes habían representado gran magnificencia, el último resplandeció más„. Llegó entonces aquel Imperio á lo sumo, seña de declinar á lo ínfimo, como dice Lypsio; la Luna no padece eclipse sino cuando luce llena, como nota Pinto; y la salud, como pronostica Hipócrates, cuando más cabal, está más vecina á la enfermedad; comparación de que usa Séneca para temer la adversa fortuna en los llenos de la próspera.

§ 3.º—*Corte de México en tiempo del último Motezuma.*

9. Cotejando el P. Acosta el Imperio de México con la gran Monarquía del Perú, dice: "En la India Occidental se han descubierto dos Imperios: el de los mexicanos, y peruanos; y no sabría yo decir fácilmente cuál destos haya sido más poderoso Imperio. Porque en edificios y grandezas de corte excedía el Motezuma á los del Perú„. Es útil cordura de la Historia evitar pendencias de mayo-

rías, y nosotros tratamos de seguir esa discreción huyendo comparaciones.

10. Abrahan Ortelio, habiendo tomado con su compás las medidas á la grandeza de México, dijo en su mapa: Que era la Reina de las ciudades del Nuevo Orbe. "*Mexico civitas Regalis, aut potius omnium Novi Orbis Urbium Regina*„. Y el anatomista de ciudades, midiendo por la magnitud de aquella corte á sus Emperadores, añadió: "*Mexico magnifica Regia Potentissimi illius domini Motezumae, cui Novi Orbis adeo multae Provinciae parebant, ut non esse alium in universo terrarum Orbe sui subditi crederent de rara huius domini Motezumae, magnificentia Ortelius in suo theatro descriptiones allegat*„. Más breve y más alta definición la hace Sandoval, diciendo: "Residía Motezuma en la más hermosa y fuerte ciudad que hay en el mundo„.

11. Está México sita en un plano espacioso que coronan altísimas sierras y montañas, de cuyos ríos y vertientes, rebalsadas en el valle, se forman varias lagunas, ocupando el centro los dos lagos mayores y el más célebre salobre, porque no le falte esta calidad á su semblante de mar, sobre cuyas aguas, según Ortelio, ocupaba tres leguas la circunferencia de su estancia; teniendo en México la América otra Venecia. Su situación se apartaba de la línea Equinoccial diecinueve grados, dentro aun de la Tórrida zona; y, á pesar de erradas filosofías, con un clima saludable, donde se deja conocer á su tiempo el frío y el calor moderadamente intensos, y la humedad, que pudiera ofender á la salud, se corrige con los vientos, y morigera con los soles, y en tanto grado benigno, que dice Acosta (lib. II, cap. XIV), que "cuanto los poetas fingen de los Campos Elíseos, de la famosa Tempe, y todo lo que Platón fantaseaba de su isla Atlántida, se halla realmente y con gran exceso en el delicioso y saludable temple y amena fertilidad de México„.

12. Ciento veinte mil edificios le cuenta entonces Engelgrave á México; y de la calidad de fábricas de que se componía aquella corte, da razón en su *Apologético* Hieronimo Ramírez, diciendo: "En la arquitectura mostraban tanto artificio los mexicanos que parecían haber leído á Vitubrio, edificando casas y otros edificios de tan maravillosa fábrica y de tan hermosa perspectiva, que pudieran competir con el Capitolio romano„.

13. Dividíase el cuerpo de esta gran ciudad (según la pinta Solís) en dos partes, de las cuales se llamaba una Tlatelulco, habitación de gente popular, y la otra se decía México, que, por residir en ella el Emperador y la nobleza, dió su nombre á toda la población y á todo el Imperio mexicano. Eran las calles bien niveladas y espaciosas, unas de aguas, con sus puentes para la comunicación de los vecinos; otras de tierra sola hechas á mano, y otras de agua y tierra los lados para el paso de la gente, y el medio para el uso de las embarcaciones pequeñas, cuyo número pasaría de cincuenta mil acales y canoas para el trajín y comercio del casco de la ciudad. Tirábanse estas calles con tan ordenada disposición, que hacían lugar á diferentes plazas, de las cuales, de los palacios y templos, referiremos lo más notable cuando conduzcamos por ellos en su entrada á los españoles, que, para el crédito de esas grandezas, serán testigos de vista.

§ 4.º—*De la gran laguna de México, su calidad y población.*

14. Boga la llanura de aquella concha que ciñe á México setenta leguas, abrigada y fortalecida por todo su círculo, como dice Juan Botero, de asperísimos montes cubiertos de nieve, uno de los cuales vomita de continuo espesos turbiones de humo, y, á veces, de sus arcadas, se desentrañan perjudiciales avenidas de fuego. Destas encumbradas sierras nacen y se despeñan varios ríos y manantiales, cuyas corrientes, estancadas en el valle entre otros lagos, tienen por centro la gran laguna sobre que se fundó México; y dice de esta gran laguna la *Historia Pontifical:* "Tiene de cerco al pie de treinta leguas, y hay en ellas cincuenta pueblos, alguno tan grande como México, que es Tescuco, y el que menos tiene cincuenta mil vecinos. Andan en el agua pasadas de doscientas mil barquillas„.

15. Comunícanse entre sí estos dos lagos, por un dique de piedra que los divide, reservando algunas aberturas con puentes de madera, en cuyos lados tienen sus compuertas levadizas, para cebar el lago inferior, siempre que necesitan de socorrer la mengua del uno con la redundancia del otro. Es el más alto de agua dulce y cla-

ra, donde se hallan algunos pescados de buen gusto; y el otro de agua salobre y oscura, semejante á la marítima: no por vicio del terreno (como discurrió Solís), pues no adolece de tal sabor el vecino lago, sino por la comunicación subterránea con el mar, de que se dijo con difusión, de sus inundaciones, causas, efectos y reparos, en la vida de Motezuma I; y esta salobrez es rico tesoro para la fábrica de la sal que se beneficia á sus orillas, purificándola al sol, y adelgazando con el fuego las espumas y superfluidades que despiden con ellas las resacas de las ondas.

16. Estas y otras comodidades de aquel abreviado mar, le ponen á México y á los demás pueblos la dura pensión de repentinas inundaciones, siéndole aquel lago pesado lastre de su grandeza, y continuo espejo de su inconstancia, cuando, rompiendo diques y reparos, desborda con sus crecientes, sorbiéndose las poblaciones que erigieron sus subsistencias de sus movedizas basas; y aunque los enemigos del Imperio se congratulaban con los naufragios, por otra parte se entristecían en tales infortunios con la experiencia de que se hundía México á lo feliz, pues renacía presto á más alta felicidad, sirviéndole las ruinas de sus fábricas para ensalzarse á mayores edificios, y corregir en los nuevos los defectos de los antiguos.

17. Hablando de este gran lago el P. Acosta, refiere una notable fábula ó conseja; dice que pareciéndole al emperador Autzol, padre de este último Motezuma, que sería de conveniencia introducir en esta laguna las aguas de Cuyoacan, se lo encomendó á un famoso mago, el cual propuso el inconveniente de que sería aumentarle inundaciones á México, y se puso en fuga, por no poner en tal obra mano; y que partiendo un Alcalde de corte para prenderle, hallándole transformado en una horrorosa águila, con más prisa de la que vino tornó á dar cuenta á su príncipe del prodigio; que asegundaron otros ministros, á quienes se los representó el mago en forma de fiero tigre; y á los terceros enviados, se mostró en figura de horrible sierpe. Mas no le valieron estas máscaras, para que el Emperador no le hiciese al fin matar, y conseguir que se encanalase el río, de que se siguió inundarse al instante México. En que se extraña menos la fábula y admiramos que la refiera un autor de tan buen jui-

cio, tratando de autorizarla, citando un libro de Anales mexicanos que se guarda en la librería Vaticana de Roma, como si mereciera canonización lo que se colocó por extrañez de curiosidad, ó si los intérpretes de aquellos hieroglíficos en pinturas no pudiesen haber tirado á entretener con veleidades imaginarias.

18 Si, es verdad, lo que, habiéndolo visto, dice: "Que en medio de la laguna de México, está un peñón muy gracioso, y en él baños de agua caliente, y manan allí, que para la salud lo tienen muy aprobado; que hay sementeras hechas en medio de la laguna, que están fundadas sobre la propia agua, y hechos sus camellones llenos de mil diferencias de semillas y hierbas, é infinitas flores, que, si no es viéndolo, no se puede figurar bien cómo es„.

19. De estas maravillas apenas duraron sombras; lo más acabó en acabando aquella muchedumbre de naturales que, no cabiendo en la tierra, habitaban en el agua, y se ingeniaban sobre sus ondas para sustentar las vidas. Los españoles han ido cegando con tierra todo el sitio de México, dejando algunas canales de comodidad para el acarreo de todo lo necesario; y afirma Acosta: "Que valen ahora los provechos de la laguna más de trescientos mil ducados al año„. Apuntado lo material de la corte de Motezuma, pasamos á lo formal de su gobierno en todo su Imperio.

CAPÍTULO XLV

DEL GOBIERNO POLÍTICO DE MOTEZUMA EN SU IMPERIO

§ 1.°—*Número y disposición de Consejos y Tribunales que tenía el emperador Motezuma.*

1. Hablando Acosta en general y en tiempo de este último Motezuma, sobre esta materia, dice: "Tenía Motezuma varios Consejos y Audiencias; y dicen hombres expertos de aquella tierra que eran tantos como los de España; y que había varios consistorios con sus oidores, alcaides de corte, corregidores, alcaldes mayores, tenientes, alguaciles mayores é inferiores, subordinados todos con grande orden á los cuatro supremos príncipes que asistían con el Rey„.

2. Esta minuta de Acosta (de quien es su Paraphastes) descoge Solís, diciendo: "Había Consejo de Estado, que se hacia las más veces en la presencia del Rey, donde se trataban los negocios de mayor peso. Había Consejo de Guerra, donde se cuidaba de la formación y asistencia de los ejércitos. Era Príncipe tan rico, que, no sólo podía sustentar los suntuosos gastos y delicias de su corte y palacios, sino que aun mantenía continuamente dos ó tres ejércitos en campaña para sujetar sus rebeldes ó cubrir sus fronteras; y sobraba caudal opulento de que se formaban sus tesoros„.

3. Aunque conocía que la mayor seguridad de un monarca es ser buen Príncipe, resucitó aquel dictamen y práctica de su primer ascendiente, que se preciaba de imitar á la coronada rosa, que trae consigo en su cerco de

espinas otros tantos arqueros de su guardia como se arma de candores en sus hojas. Y que así debía incumbir con incesante conato á los aprestos y al ejercicio de la guerra, aun en tiempo de la más serena paz y quietud, ya para asegurarse de enemigos que amaitinan á descuidadas desprevenciones, especialmente si quedaron malcontentos con las paces desiguales; y de los que gimen violentados en dura servidumbre y siempre aspiran á la ocasión de restituirse de su libertad, ya porque los de dentro y de fuera no osan á provocar las iras de un Rey que siempre ven armado y prevenido. Siendo esto así menos bárbaro de lo que se piensa era aquel américo príncipe.

§ 2.°—*Disposición de su Tribunal ó Consejo de Hacienda.*

4. "A manejo y cargo de su Consejo de Hacienda (dice Solís) estaban las minas de oro y plata, las salinas y otros derechos de antigua introducción; pero el mayor capital de las rentas imperiales se componía de las contribuciones de los vasallos. Todos los hombres de aquel vasto y populoso dominio, pagaban de tres, uno, al Rey de sus labranzas y granjerías, no sin distinción de los mexicanos á las demás naciones conquistadas, juzgando que la nación dominante y conquistadora merecía no padecer tantos gravámenes como las que conquistaron ellos vertiendo sangre, gastando hacienda y perdiendo vidas; y que fueran execrables las conquistas que empobrecen y consumen á los que tanto á su costa las emprendieron y lograron„.

5. "Los pobres, por gozar muchas utilidades de tan poderoso Imperio, tributaban en conducir sin estipendio los géneros que se remitían á la corte, ó reconocían el vasallaje con otro servicio personal; y siendo tanto el gentío de este gremio, se distribuía con poca penalidad esta pensión. Los lugares vecinos á esta ciudad daban gente para las obras reales, proveían de leña al Palacio y pagaban otras derramas á costa de sus comunidades, con que en los tributos del común ganaba su sustento el particular„.

6. "Los nobles contribuían con asistir á las guardias, acudían con sus vasallos á los ejércitos y hacían continuos presentes al Rey, que se recibían como dádi-

vas sin perder el nombre de obligación, y es achaque de la costumbre fundar censo en lo que se repite agasajo. Ellos formaban una guardia de hasta doscientos hombres de la primera calidad, y era la más inmediata al Emperador, y entraba también por turnos y tiraba platos de la mesa del Príncipe, con que los desacomodados vivían entretenidos; y solía Motezuma permitir que entrasen algunos en su cámara: á unos, por favorecerlos y era especie de premiarlos; á otros, por saber si asistían y tenerlos á todos en cuidado; pero su principal fin en tratarlos, era para conocer los sujetos de su Reino y tantear sus capacidades, con que ajustarlos bien á los empleos„.

7. "Andaban por toda la Monarquía diferentes Audiencias cobrando y remitiendo á México los tributos, al Tribunal de Hacienda, que residía en la corte, obligados á dar menuda cuenta de lo que producían sus distritos, y se castigaban con pena de la vida sus fraudes ó sus descuidos, de que resultaba mayor violencia en las cobranzas; porque se miraban como igual delito en el ejecutor la piedad y el ladronicio„; aunque el Príncipe tenía por peor el castigarles las piedades y permitirles los ladronicios; y en suposición que han de hurtar, por ser en todos muy pegajoso el manejo de administraciones y cobranzas, era en aquellos príncipes sumo el cuidado de ceñir á lo más forzoso, el número de estos ministros, pues, mientras la Hacienda pasare por menos manos, tendrá menos sumideros.

§ 3.°—*Consejo de justicia.*

8. Este Tribunal, sintiendo á su Príncipe justiciero, procedía severo y se pasaba de la rectitud al rigor, siendo, para los ministros, intérpretes de los textos las inclinaciones de sus reyes. "Y era Motezuma (dice Acosta, lib. VII, cap. XXII), en extremo amigo de que se guardasen sus leyes. Para saber cómo hacían su oficio los ministros, se disfrazaba muchas veces, y aun echaba quien ofreciese cohechos á sus jueces ó les provocase á cosa mal hecha, y, en cayendo en algo de esto, era luego sentencia de muerte con ellos„.

9. Entre las severidades de su justicia pareció bien una política condescendencia, con ocasión de una con-

sulta que le hizo la sala de este Consejo sobre que se quitase un antiguo abuso, con ponderaciones muchas de que surtían graves inconvenientes y que era una permisión de descrédito á su Tribunal, y era el caso:

10. Que aunque tenían los mexicanos regulado su calendario por el movimiento del sol, midiendo sus alturas y declinaciones para el ajuste del tiempo, dando el año trescientos sesenta y cinco días como nosotros, cinco días que les restaban de los dieciocho meses en que ellos le repartían como días intercalares, que añadían al fin del año para igualar el curso entero del sol, se daban á la ociosidad y trataban sólo de perder como podían aquellas sobras del año. Dejaban los tableros los oficiales, cerrábanse las tiendas, cesaba el despacho de los Tribunales y hasta los sacrificios en los templos, y procuraban todos divertirse en varios deportes, como que se prevenían con aquel descanso para entrar con denuedo en las tareas del siguiente año. Y como cesaban los intereses á los ministros de justicia acriminaban aquellas generales vacaciones por un intolerable abuso y desperdicio.

11. Movidos del mismo interés le representaron también á su Emperador otro abuso que tenía más de ridículo que de pernicioso; porque como tuviesen los pueblos aprendido que peligraba la duración del mundo siempre que terminaba el sol aquella carrera de las cuatro semanas mayores en el cómputo de sus siglos, al llegar el último día de los cincuenta y dos años, se prevenían los más para la última calamidad de aquella catástrofe. Despedíanse de la luz con lágrimas; disponíanse á morir sin enfermedad; quebraban las vasijas de sus menajes como ya trastos inútiles; apagaban los fuegos y andaban toda la noche como frenéticos, sin atreverse á descansar hasta saber si estaban en la región de tinieblas. Pero al primer crepúsculo de la mañana empezaban á respirar con la vista en el Oriente, y en saliendo el sol le saludaban con todos sus instrumentos, cantándole varios himnos y letra de alegría. Congratulábanse de que ya tenian segura la duración del mundo por otro siglo; acudían á los templos á dar gracias á los dioses y á recibir la nueva lumbre de los sacerdotes que se encendía delante de los altares. Preveníase después todo lo necesario para vivir, y este día se celebraba á la renovación del tiempo como celebraba Roma sus fiestas seculares.

12. En el despacho de la consulta que bajó al Consejo decretó el Emperador: Que en adelante no le propusiesen reformas sobre estilos asentados mientras no representasen novedades de accidentes, ni se innovasen costumbres con que se desabren los pueblos, y de su permisión más surte divertimiento á la gente entendida que daño alguno al vulgo ignorante; y que, lo que censuraban los senadores de ridículo, lo reformasen ellos portándose á lo serio, pues, no imitando á la plebe el hecho, les pondrían con eficacia entredicho.

13. Pero para que se vea que no sólo en los afectos y pasiones, sino también en las ignorancias más ó menos todo el mundo es uno: habrá dos años (y estamos en el de 1686 cuando esto escribimos) en que hubo un gran eclipse de sol, y fué su notable efecto un rumor vago por toda España de que señalado día padecería el Universo el último paroxismo. Ni bastó despreciarlo los doctos para que no se impresionase el pueblo, y aun muchedumbre de culta estofa, de un terror pánico en tanto grado, que imitaron casi las prevenciones de aquellos indios. Y la víspera del día amenazado, como en júbileo del año Santo, el concurso de los atónitos no cabía en las iglesias para disponerse á morir con los sacramentos estando sanos. Los sacerdotes, aunque advertían ser la causa de la común moción tan burlesca, pasaban por el error, que no podían disuadir, por lo que surtía de fruto y no era causa de daño.

14. Muchas particularidades omite la seriedad de la historia por no excitar golpes de risa entre los golpes de aquella pía y general contrición. Una sola por lo que tiene de religiosa, aunque festiva, especificaremos, porque la vimos, y pasó en esta insigne y cortesana ciudad de Valladolid. Había enviado la abadesa de un ilustre monasterio por confesores que preparasen para morir á su comunidad en el frangente de aquella trepidación. Monjas hubo que recibieron la Eucaristía por viático como si estuvieran desahuciadas del médico. Mas otras, que, con más seso, conocieron el delirio, trataron de mortificar el atentado de su superiora ilusa con donosa travesura; y con oculta invención de pólvora, á la media noche se excitó un repentino estampido, dejóse palpar el humo y divisar á la luz del fuego una como especie de día ó noche del Juicio, que atolondró del todo á las que el miedo tenía ya medio aturdidas, conque chocando con las paredes, y

tropezando unas con otras, ya alternaban á coros, gemidos y llantos, ya se suspendían en pausas del asombro ó del desmayo; y así pasaron el resto de la noche hasta que el sol las alumbró con el desengaño. La prelada, entonces, trocando el pasmo en enojo con las autoras de aquella pesadilla, instó con los superintendentes del convento las penitenciasen como merecían. Y ellos, á lo discreto, la dieron á la abadesa la penitencia, riéndose de su simplicidad y celebrando en las otras la discreción.

§ 4.°—*Reflexión sobre tanta policía y grandeza del Imperio mexicano, padeciendo voz de tan inculta y bárbara la América.*

15. Es precisa esta refleja para los pocos eruditos que leyeren en esta historia tanta magnificencia, cultura, policía, razón de Estado, grandeza y majestad de los emperadores de México (sobre lo que resta que decir) y oyen por otra parte la voz común de que los indios de la América andan desnudos á tenor de salvajes por los montes, sin población más que de silvestres chozas ó brutales grutas, tan sin ley ni razón, que hubo quien propuso al Papa la duda de si eran racionales, representándole que estos vivientes américos eran como una mera fundición de la más ruda barbarie. Conque las personas poco leídas, estando en esta vulgar persuasión, tendrán por imaginarias y fabulosas ideas toda esta planta que hacemos del Imperio mexicano. Y, aunque desmienten este disfame tantos historiadores, es bien sacar á los idiotas é ignorantes de su error, y dar luz en lo que pudo fundarse aquella aprensión.

16. Es el caso, que son inmensos los espacios de la América, pues como dice Argensola, y lo refiere el *Teatro de las grandezas de Madrid:* "En ciento veintinueve años ocupó España en la América cuatro mil novecientas leguas, divididas en multitud de reinos y provincias„; y resta otra infinidad de regiones que descubrir y que conquistar. Compónese, pues, y compadécese bien, que en aquella interminable máquina de un Nuevo Mundo, haya notables diferencias de gentes. Espésanse allí montañas, sierras, islas, que por silvestres anidan bruta y desnuda barbarie sin rastro de pulicia, y con basta fiereza de

costumbres. Pero regiones hay muchas ricas de metales, fértiles de frutos, con temples de bellos climas, donde se formaron monarquías cultas y poderosas, repúblicas ámplias y políticas. Con esta distinción el P. Acosta, dice: "Tres géneros hay de americanos: unos como behetría, poco cultos; otros totalmente bárbaros, los Brasiles, los de la Florida; el tercero de monarquías como México y Perú, ricas, políticas, con sus sectas, leyes, consejos, tribunales, ciudades, palacios, recreos, soberbias fábricas, y tal grandeza en todo lo repúblico que ha causado asombro„. Así Acosta.

17. En todo el universo hay destas desigualdades, aun dentro de las más pulidas y espléndidas provincias. En España (siendo toda ella como un puño de tierra respecto de la América) siendo en corte y ciudades el filis de la gala, adorno y policía, envidia en su grandeza y cultura de la Europa, padece con tanta especiosidad los lunares que se interponen en parajes harto deformes en trajes, estilos y moradas, viéndose esa disonancia en un sayago, batuecos, maragatos, y otras montañas y sierras, con mísera diferencia de gente desabrigada, descalza y casi desnuda, con chozas que son comunes albergues á fieras y hombres; tanta hambre, tanta laceria y penuria, y aun lo pintamos al temple, pues, al mismo intento, con más licencia lo describe el P. Acosta, diciendo: "Aún en España é Italia se hallan manadas de hombres que, si no es el gesto y figura, no tienen otra cosa de hombres„. Amaine, pues, en el concepto vulgar, la indiscreta persuasión, y mire con más delecto las calidades del Nuevo Orbe.

18. La desnudez no tenía lugar en el cortesano porte de los mexicanos. Las tiendas de varias telas, que refiere Solís (lib. III, cap. XIII), dan muestra de que sus trajes, aun en los plebeyos, eran decentes, y en las demás esferas vistosos. Mas, con el vuelco de los dominios y pérdida total de los caudales y haciendas, los más poderosos sienten, si no desnudeces, no pocos deslustres; y aun los ricos se hacen pobres, porque no les desnuden las reliquias de sus posibles; y en esta conformidad, tratando de la provincia de Guatemala (país pobre por serrano) refiere fray Antonio de Remesal dominicano: "Que andar los yucatanes casi desnudos, es por haber escondido sus alhajas, que se las quitaban los españoles; y que en una ocasión

que se hallaron sin este miedo, sacaron todos sus ricos vestidos, plumajes, cadenas, cintos, patenas y mil diferencias de joyas de oro, esmaltadas con piedras muy finas y de varias hechuras, que había años que no salían á ver la claridad de la luz„. Poco nos dió en qué entender esta digresión; mas no darán que pensar los prodigios que hemos de referir en el capítulo que se sigue.

CAPÍTULO XLVI

PRESAGIOS HORROROSOS QUE AMENAZARON Á MOTEZUMA ANTES DE ENTRAR LOS ESPAÑOLES Á LA CONQUISTA

§ 1.°—*Estado de aquel Imperio antes de los presagios.*

1. "Hallábase por entonces (dice Solís, lib. II, capítulo III), en su mayor aumento el Imperio mexicano, cuyo dominio reconocían todas las provincias y regiones que se habían descubierto en la América Septentrional, gobernadas entonces por Motezuma y por otros régulos ó caciques tributarios suyos. Corría su longitud de Oriente á Poniente más de ochocientas leguas, y su latitud de Norte á Sur, por algunas partes llegaba á más de trescientas, según los más clásicos cosmógrafos; tierra poblada, rica y abundante. Por el Oriente partía sus límites con el mar Atlántico, que hoy se llama del Norte, y discurría sobre sus aguas aquel largo espacio que hay desde Panuco á Yucatán. Por el Occidente tocaba con el otro mar, registrando el Océano Asiático ó golfo de Anian, desde el cabo Mendocino hasta los extremos de la Nueva Galicia. Por la parte del Mediodía se dilataba más corriendo sobre el mar del Sur, desde Acapulco á Guatemala, y llegaba á introducirse por Nicaragua en aquel istmo ó estrecho de tierra, que divide y engarza las dos Américas. Por la banda del Norte se alargaba hacia la parte de Panuco, hasta comprender aquellas provincias, y sus términos debían de extenderse más por las regiones de la Florida„.

2. Pues según Acosta dice (lib. III, cap. XXV):

"Poco ha que se ha descubierto gran tierra, que llaman el Nuevo México, donde hay mucha gente y hablan la lengua mexicana„. Entre las espesas poblaciones de tan amplia monarquía sobresalían cien ciudades capitales; y entre la infinidad de poderosos caciques treinta señores de á cien mil vasallos, como asevera el Obispo Vulturanese, definiendo las excelencias de este Imperio, con decir: "La Nueva España sin duda es lo mejor que rodea el sol, mírese por doquiera que se entre„.

3. Y el mismo autor resume todo lo dicho, diciendo: "Que así en el Perú como en la Nueva España, al tiempo que entraron los cristianos, habían llegado aquellos reinos á lo sumo y estaban en la cumbre de su pujanza; pues los ingas poseían en el Perú desde el reino de Chile hasta pasado el de Quito, que son mil leguas, y estaban tan servidos de oro y plata y todas riquezas. Y, en México, Motezuma imperaba desde el mar Océano del Norte hasta el mar del Sur, siendo temido y adorado, no como hombre, sino como dios„. Sobre lo cual, haciendo reflexión, eleva Acosta el discurso á pensar en una alta y divina Providencia, añadiendo:

4. "A este tiempo juzgó el Altísimo que aquella piedra de Daniel, que quebrantó las monarquías del mundo, quebrantase también las de este otro Mundo Nuevo. Y así como la ley de Cristo vino cuando la monarquía de Roma había llegado á su cumbre, así también fué en la América. Y verdaderamente fué suma Providencia del Señor, porque el haber en el orbe una cabeza y un señor temporal (como notan los sagrados doctores) hizo que el Evangelio se pudiese comunicar con facilidad á tantas gentes y naciones. Y lo mismo sucedió en las Indias, donde el haber llegado la noticia de Cristo á las cabezas de tantos reinos y gentes, hizo que con facilidad pasase por todos ellos; y aun hay un particular notable, que como iban los señores de México y del Cuzco, los Motezumas y los Ingas conquistando tierras, iban también introduciendo por las dos Américas, Septentrional y Meridional, su lengua, siendo así que, aunque hubo y hay gran diversidad de lenguas particulares y propias, pero la lengua cortesana de México y la del Cuzco corrieron y corren hoy día cada una más de mil leguas. Lo cual, para facilitar la predicación en tiempo que los predicadores no reciben el don de lenguas, ha importado mucho; de cuanta

ayuda haya sido para la predicación y conversión de las gentes, la grandeza de estos dos imperios, mírelo quien quisiere en la suma dificultad que se ha experimentado en reducir á Cristo los indios que no reconocen un señor, como son los que, por despreciables aun para súbditos, como fieras de caza, no participaban la cultura destas dos grandes monarquías„.

§ 2.°—*Avisos que sus astrólogos dieron á Motezuma de la ruina y fin del Imperio mexicano.*

5. Empezó á correr por todo aquel gran Imperio la voz de que llegaba su fin. Daban cuerpo al rumor sus sacerdotes, divulgándolo por los oráculos de sus ídolos. Los agoreros y magos esforzaban el anuncio; los astrólogos aseveraban su vuelco como si le vieran escrito en caracteres de las estrellas, pero nadie osaba llevar la nueva á palacio. Quería Dios que el emperador Motezuma lo supiese, y si no le envió como al rey Ecequías un profeta que le notificase su muerte, á lo menos compelió al rey de Tezcuco á que le notificase la muerte y destrucción de su Imperio. Pasóse este Tezcuano de astrólogo á judiciario y dió en mago; ni hay que extrañar que de la Astrología natural saltase á la judiciaria un gentil, cuando otros príncipes se deslizan de curiosos á judiciarios. Este le dijo lo que le anunciaban los dioses, porque no faltasen Balanes allá también en América.

6. Valióle al mago el cercano parentesco y el carácter de Rey para no sentir la ira del Emperador; sólo le mortificó con hacer burla de su ciencia, con fisga de delirio, y no sin mofa le dijo: "Rey de Tezcuco, aquesas son echadizas voces de nuestros enemigos ó desafectos, que nos procuran acedar la dulzura de las dichas ya que no pueden ofuscar las glorias„. Respuesta muy parecida á la que dió Enrique IV de Francia, cuando más festivo en los majestuosos aprestos para la coronación de la Reina, tuvo noticia de un astrólogo español que afirmaba cómo moriría en el mes de Mayo un poderoso Monarca, que había estado preso cuando mozo, á que sonriéndose el Rey, dijo: "Ese es uno de los sutiles arfificios de españoles para turbarnos la alegría de la coronación„. Así dispone el cielo que no hagan efecto estos avisos, porque si

no fueran incrédulos, no los hallara el castigo; mas como se dan para escarmiento, su presunción embaraza y desvía los remedios y reparos.

§ 3.º—*Presagios en el elemento del aire.*

7. "Por este tiempo (dice Acosta) apareció en el aire una descomunal llama de fuego, con vivo resplandor y de figura piramidal, que, comenzando á aparecer á la media noche en el Oriente, ascendiendo y dilatándose, llegaba, cuando salía el sol, al puesto del Mediodía, donde se ocultaba. Un año se continuó esta demostración celeste, y todas las veces que asomaba ponía en un grito á toda la gente con la extrañez de tan desusado signo y con el pavor del sobrevenir algún señalado mal„. Añade Solís: "Vióse después, en medio del día, salir por el Poniente á otro cometa ó exhalación, á manera de una serpiente de fuego con tres cabezas, que corría velocísimamente hasta desaparecer por el horizonte contrapuesto, arrojando infinidad de centellas que se desvanecían en el aire„.

8. No hubo de hacer mucha impresión en el Emperador gentil el uno y otro cometa, que no debía de haber llegado á la América la opinión de que los cometas pronostican fatalidades á los príncipes; y los astrólogos, como notaban que se desabría Motezuma con los pronósticos, los atribuían ya á naturales causas, sugeriéndole que no eran de más hechura que unos montones de vapores que, acercándose á los rayos del sol, se encienden en llamas y toman casuales formas, como también las varían las nubes. A este canto llano de astrología echaba el Motezuma su contrapunto político, ponderando que el pueblo, como bruto espantadizo, con cualquier novedad se impresiona de turbación é inquietud, de que reserva la prudencia á los cuerdos, como lo significaba el cometa de la sierpe con tres cabezas; que en las cabezas de la república es donde suele hacer asiento la prudencia. Así glosó también el rey don Sebastián á la medida de su inclinación aquel funesto cometa que le amenazaba su ruina en la empresa de Africa, diciendo: "Ese cometa me dice que acometa„. Punto es que pide mucha y discreta inteligencia en la práctica, pues por una parte Hieremías, dice: "Que de las señales del cielo no temamos como hacen los

gentiles„. Y hay lances en la misma sagrada escritura, que en las señales del cielo sonaron bien aquellas tímidas voces: "*Deus monstra in bonum convertat*„.

§ 4.°—*Presagios en el fuego.*

9. Dió el fuego también anuncio de su pérdida á aquel Imperio. Porque, encendiéndose uno de sus magníficos templos, sin que se hallase causa alguna de aquel incendio, se acrescentó la extrañez y espanto con unas voces horrendas, que parecían formarse entre aquellas llamas, con metal de una mujer angustiada, que decía: "¡Oh, hijos míos! ¿A dónde os llevaré que no os acabéis de perder?„. A que hacían consonancia otros vaticinios en las bocas de los ídolos, pronunciando en sus estatuas el demonio lo que podía él conjeturar de las causas naturales y sabría de los aprestos que en las islas de Varlovento se apresuraban para la entrada de los españoles y conquista de mexicanos.

10. Menos caso hicieron los palaciegos destos pronósticos, achacándolos á los artificios de los bonzos y sacerdotes, que, con semejantes espantos, cebaban en el acrecentamiento de votos y ofrendas sus codicias; sobre ser máquinas propias suyas pegar, de pensado, fuego á sus viejos y ruinosos templos, para empeñar á los piadosos pueblos en que se los reintegren suntuosos y nuevos; y, á no detenerle á Motezuma la moción universal de la gente, hubiera hecho en los bonzos un fiero estrago. Pues no se queje después de infeliz un Príncipe que tan ciegamente cierra los ojos á la luz de la verdad, que aunque no se lleguen estos avisos á creer se pudieran cautelar; y así en Francia, Brosa docto y matemático (según dice Catarino) le avisó á Enrique IV, que, si evitase un accidente que le amenazaba, viviría treinta años más; y respondiendo el rey: "Que era un loco si tal creía„; le replicó el duque de Vandoma: "Sire, el creer estas cosas es prohibido, pero no se prohibe el cautelarlas„.

§ 5.°—*Presagios en el agua.*

11. El elemento del agua para su anuncio hizo público teatro en la gran laguna de México. Porque aquel inmenso lago, sin embate de los vientos, sin avenida ni

temporal á que se pudiese atribuir, súbitamente se comenzó á emborrascar, y rompiendo con la creciente extravagante sus límites, desbordó en tierra echando por el suelo muchos y grandes edificios; y, para que no iludiesen este prodigio con achacarlo á efecto de las soterráneas y ocultas comunicaciones del mar, se autentizó con otro muy extraordinario portento de aquel lago, que refieren las historias en el tenor siguiente:

12. Como se hallase Motezuma en parte incrédulo y en parte atónito con tan monstruosas y repetidas señales, para orearse de melancolías ó sacudir la extrañez de monstruosidades, se fué por unos días á uno de sus palacios llamado de las Aves (fábrica regia la llama Solís), donde también había fieras que, con ser monstruos de la Naturaleza, no movían especies de pronósticos; porque en el segundo patio de aquella casa, estaban varias y notables fieras, que presentaban á Motezuma por extraordinarias, ó prendían sus cazadores, y se ponían en fuertes jaulas. Entre las cuales (según Solís lo describe, lib. III, cap. XIV) era de más extrañez el toro mexicano, rarísimo compuesto de varios animales. El era de jibada y corva espalda como el camello, enjuto de hijar, largo de cola, y guedejudo de cuello, como el león; hendido el pie y armada la frente, como el toro, cuya ferocidad imita con igual ligereza y ejecución; y, en su cotejo, perdía Motezuma ó el miedo ó la admiración que podía infundir la horrible deformidad de otros monstruos que le ponderaban sus agoreros.

13. Cuando entraron despavoridos en el salón real unos pescadores, á quienes los guardas franquearon puerta, con el pasmo de una espantosa pesca que traían á que la viese su Majestad. Era un pájaro que habían pescado en la laguna, de tan estupenda forma como tamaño; y, aunque Motezuma se había resuelto de no extrañar más prodigios, se dejó llevar toda la atención á una brillante plancha, que resplandecía sobre la cabeza del pájaro, y en que la luz del sol reverberaba como en un espejo. La curiosidad le movió la vista á más escrutinio; y halláronse sus ojos en los fondos de aquella lámina como si el día se hubiera trocado en noche, rayando un cielo estrellado entre oscuras sombras; conque, volviendo el rostro de presto á requerir si de repente había anochecido, halló la luz del sol como antes, clara y sin novedad. Ya de

curioso pasando á lo admirado tornó á reveer el espejo monstruoso y vió un nuevo espectáculo: porque se le representaron en terribles ejércitos armados, de gentes no conocidas que, en batalla formada, venían por la banda de Oriente hiriendo y derrotando sus tropas mexicanas.

14. Sin duda caso parecidísimo en la sustancia al que pasó al rey don Rodrigo, cuando escudriñó la fatal cueva de Toledo, y halló en un lienzo y en su inscripción pintada su pérdida y la de España, como el padre Mariana dice: "*Arca tantum extabat et in ea linteum; que explicato, insolentes hominum facies, at que habitus ineo depictae apparuerunt cum inscriptione verbis latinis, quoe Hispania excidium significabant: instare ab cagente, quam pictura demostraret Mauricis similes vestes, atque habitus visisunt*„. Y fué también muy parecido el pronóstico en lo poco que fué de fruto y sólo sirvió de daño en consternar más al pueblo. Como penó también Julio César el desprecio que hizo de otra lámina que se sacó de un sepulcro, en que se le avisaba el riesgo de su vida y la traición que le amenazaba.

§ 6.°—*Presagios en la tierra.*

15. Aunque Motezuma llegase á reputar los monstruos por acaso, por sueños de los astrólogos ó trazas de sus bonzos, atendía á no parecer insensible, y así trató de que se trajese un trozo desmedido de peñasco que sirviese también de prodigiosa ara á sus sacrificios. Era tan incomportable el peso de aquella roca, según Acosta, que quebró en hilas las más gruesas maromas y apuró los instrumentos de los artífices, inmoble á la arrestada porfía de los impulsos más fuertes. Sólo respondió á los clamores del pueblo una extraña voz, que oyeron junto á la lápida, que decía no trabajasen en vano, porque el Señor de lo criado no quería que se hiciesen aquellas cosas. Sordo á la notificación misteriosa Motezuma apeló de nuevo á las fuerzas, y no valiendo nuevas industrias ordenó que allí se sacrificasen las víctimas. Pero resonó más reciamente la peregrina voz, clamando: "¿Ya no os he dicho que no es voluntad del Señor de lo criado que se haga eso? Para que veáis es así, yo me dejaré llevar un rato, y después no podréis menearme„. Fué así que á

poco trecho que la movieron, dió un vuelco en una acequia honda, desapareciéndose, y se traspuso adonde la habían traído.

16. El Emperador, más duro que aquella peña, necesitó de más recios toques, y los sensibles á los señores son los que llegan á herirles en la persona. Deste metal es el caso que refieren Acosta, Argensola, Solorzano y Solís, con otros cronistas, dicen pues:

17. Que un labrador, aunque rústico de porte, respetable por el trato, recabó de la guardia imperial entrada en palacio, y de Motezuma audiencia, á quien con suma sumisión, si bien con grave entereza, le dijo: "Como la tarde antecedente ocupado en labor de su heredad le había aturdido un suceso, cuya noticia venía á participarle con repugnancia, pero compelido de un soberano y no conocido imperio„. Esta libertad cortés en un rústico, le movió á Motezuma á decirle con agrado que prosiguiese.

18. "Estando, pues, Gran Señor, beneficiando mi tierra, vi un águila de ventaja muy notable en bulto al cuerpo de las demás; ella se abatió impetuosamente sobre mis hombros, y, arrebatándome entre sus garras sin lastimarme, me llevó largo trecho por el aire, hasta asentarme á la boca de una gran cueva, donde se me añadió el asombro de ver un hombre con vestiduras reales durmiendo entre flores y perfumes, con un pebete encendido en la mano. Hiciéronme acercar más, aunque de despavorido no estaba yo para mover un pie; y vi un retrato tuyo ó fué tu misma persona; no lo sé, ni lo permitió discernir mi miedo. Y como el respeto, aun de una imagen y sombra de vuestra Majestad, me hiciese retroceder, entonces una voz imperiosa, venciendo mi resistencia, me compelió á que, quitándote el pebete de la mano, te le aplicase al muslo, sin que el fogoso cauterio te despertase; la insensibilidad parecía de muerte, mas la respiración de vivo„. Y la respiración al vivo agreste le iba faltando, para decir lo que restaba, á no alentarle el Emperador, que con serenidad le dijo: "Pasa adelante„.

19. "Sacóme, pues, Señor, de la duda aquella voz (no sé quién la articulaba) diciéndome: Así duerme tu Príncipe, esponjado en sus delicias y vicios, cuando dispara el cielo contra él sus iras, y encamina tantos enemigos de la otra parte de este orbe á destruir su Monarquía,

á él y á su religión. Dirásle que despierte á remediar los disturbios y calamidades que le amenazan, y que sus culpas y la de todo su reino han cumplido las medidas de sus pasados y terminado el plazo de sus castigos. Así me habló, y, prendiéndome segunda vez el águila entre sus uñas, me restituyó sin lesión á mi heredad„.

20. Apenas el villano concluyó su legacía, cuando advertido de cómo se premian las verdades desabridas en los palacios, entre las suspensiones de Motezuma y pasmos de sus áulicos, aseguró, como si tuviera todavía los vuelos de águila, la escapada; sobre enfrenársele el coraje á Motezuma con el sentir vehemente dolor en el muslo, y reconocer en la parte dolorida esculpida la señal del fuego como el labrador se la había pintado. Y aunque tan claro suceso le espoleaba el desengaño, él persistía en el desatino de que eran todas manufacturas de hechiceros. Así á lo de Faraon se cegaba y endurecía.

21. Don Antonio de Solís, discurriendo á lo político, dice: "Que no tiene por inverosímil que el demonio se valiese de semejantes artificios para tener irritado á Motezuma contra los españoles y poner estorbos á la predicación evangélica„. El padre Acosta, á lo teólogo, juzga: "Que no es increible que ordenase Dios por medio del ángel bueno, ó permitiese por medio del ángel malo, dar aquel aviso al rústico (aunque infiel) para castigo del Rey: pues semejantes apariciones se leen en la divina Escritura haberlas tenido también hombres infieles y pecadores, como Nabucodonosor, Balam y la Pitonisa de Saul„. Nosotros, considerando en esta materia la mixtura de la zizaña con el trigo, hacemos juicio: Que algunas destas señales y visiones prueba lo que el cronista Solís siente; otras lo que Acosta piensa, y que es muy del caso lo que el historiador de Marco Bruto dice: "Hablólos Dios por los agüeros que entonces oian. Aconsejóles con las aves, con los animales, con los sepulcros y con los sueños para que ni á César quedase queja de su muerte ni á los matadores excusa de sus delitos„. Y añadimos que la Providencia Divina, destos cabos así sueltos, supo después recogerlos á lazada para muy altos designios, y no haberse repetido en vano tan señalados prodigios en conducencia de la conquista.

§ 7.º—*Cómo los prodigios que amenazaron su fin á Motezuma y á su Imperio ocasionaron la subsistencia y conservación de su Casa y posteridad.*

22. Universal era la consternación en toda la monarquía mexicana, y acrecentada en las más remotas provincias del Imperio con la fama que añadía cuerpo á los monstruos y misterio á los presagios. En México sus políticos remedaban en la serenidad de semblante los disimulos de su Príncipe; pero el pueblo, que vierte el ánimo al rostro y se impresionaba mucho de tan formidables espectáculos, con descabelladas ansias acudía á sus templos, y con ofrendas, votos y sacrificios se refugiaba al sagrado de sus dioses para detener sus rayos.

23. Hacían lúgubre eco tanto clamor y gemido en los más distantes retretes de palacio, por más que los áulicos procuraban desmentir aquellos lloros con los golpes de sus risas y tropelía de sus ruidosos festejos. Las estancias y gineceo de las reinas y sus damas padecían el afán de suprimir la turbación por no desgraciarse con su Rey, y cuanto más pensaban el sobresalto, se enconaba más su congoja. Entre las legítimas mujeres, condecoradas con aparato y título de reinas, sobresalía la Princesa y señora de la provincia de Tula con el supremo carácter de emperatriz ó sultana, en cuya sucesión se vinculaba la sucesión del Imperio y se hallaba entonces con un hijo, Príncipe jurado á la corona, que después de la conquista se llamó en el bautismo don Pedro, primer conde de Motezuma, y con dos hijas que dieron el esplendor de casas reales con sus bodas á la posteridad de los conquistadores.

24. Como esta Emperatriz, pues, con la oportunidad de más íntimo trato, reparase en el Emperador, que, descuidándose en el afectado disimulo, prorrumpía á veces en ademanes de hondos sentimientos, ya con suspiros tristes, ya con exclamaciones despechadas, entró en más crédito de los fatales presagios, cual suele el navegante, al amagar la borrasca, conjeturar más de cierto su peligro observando el semblante turbado del piloto. Tenía esta señora más que capacidad de mujer, con que, sin dar muestras de su medroso motivo, le representó á Motezuma que, empeorando con remedios sus dolencias, la pre-

cisaban á pedir su beneplácito para retirarse, con sus hijos y familia á su provincia de Tula, para probar, si con aquel clima nativo y sus aires naturales, podía soldar la salud que sentía tan quebrada.

25. En esta retirada á sus Estados, halló la Emperatriz la estación pacífica, y una como ensenada serena para sí y para sus hijos, mientras que los disturbios de guerra y tempestad horrible de México se sorbió al Emperador su marido y á todo su Imperio; usando Dios con este Emperador mexicano de semejante piedad que con Nabucodonosor; que talándole con la segur de su justa indignación aquel su árbol de majestad, ordenó al ejecutor: "No tocase á la raíz; queden los renuevos de su raíz sin lesión„. Para que la legítima y precisa descendencia de aquel Monarca lograse el soberano beneficio de verse católica, y la protección de los señores reyes de España, con que les consolaba á sus hijos huérfanos, en el mísero vuelco de fortuna y pérdida de su Imperial corona, la afligida madre viuda. Con éstas y otras memorias, tuvo esta Emperatriz en qué heredar á sus descendientes, de quien tuvimos más ciertas y genuinas noticias para esta historia, como la que era archivo de los secretos y misterios más recónditos de palacio y del Emperador su marido, que las que sortearon los demás historiadores, que, en varios puntos, son unos cuerpos de historia sin alma y unas materias sin forma, por parar en la corteza de los sucesos y no penetrar la medula de los negocios, pagándose de unas vulgaridades mal fundadas, ó ya de unas lisonjas y pasiones manifiestas.

CAPÍTULO XLVII

DESCUBRIMIENTO EN GENERAL DEL IMPERIO MEXICANO

§ 1.°—*De cómo toca á la gloria de Colón el descubrimiento del Imperio mexicano.*

1. En el ínterin que Motezuma elevaba la grandeza de su Imperio á la cumbre de la gloria, y componía las materias para sujetar á su dominio todos los espacios de la América, haciéndose el olvidado ó dándose por desentendido de tan fundados anuncios acerca de su ruina; bien así como Nabuco, que, profetizándole en la destrucción de la estatua su castigo, sacó del desengaño erigir la estatua de oro. Pues ya llegaron á verse las influencias de los cometas, y á cumplirse los oráculos de sus ídolos, y á sentirse los pronósticos de aquellos fatales monstruos; ya se dejan ver por la mar del Norte armadas de gentes extrañas que vienen á degradarle de la corona y despojarle del trono; pero tomemos esta corriente de cosas en su fuente, y ya que hemos visto el estado de la América, volvamos los ojos á lo que había pasado antes, y se trataba de presente en orden al descubrimiento del Nuevo Orbe.

2. Aunque el primer descubrimiento del Nuevo Mundo no tocó con la mano más que la posesión y dominio de algunas islas, pero señaló con el dedo las sendas para descubrir la tierra firme y continente de aquel inmenso orbe, dejando fácil el añadir; y, siendo el primer descubrimiento la flor de tanta gloria, mereció el primer descubridor la corona de la celebridad. Pues como sortease México las estrenas de esta dicha, toca á su historia el celebrar en primer lugar á tan insigne héroe.

3. Noble rubor de un Octaviano Augusto (que satisfecho con el señorío, aunque no de todo el mundo, cerró el templo de Jano, colgando de su cerradura la espada); y digna confusión de un Alexandro que sólo con las ansias aspiró á dos mundos no cabiendo en un orbe; de estos primeros polos de monarcas pudo ser envidia decorosa el gran Cristóbal Colón, que, borrando de las columnas de Hércules la inscripción *Non plus ultra*, ocupó todas las plumas de la fama en la tan nueva como asombroso epígrafe de aquel *Plus ultra*, que le dictó Colón en el descubrimiento de otro mundo, ensordeciendo así las aclamaciones de Hércules, Osiris, Tirios y Cartagineses con el estruendo superior de sus hazañas.

4. Los antiguos, como navegaban sólo con remos, apenas se despegaban de las costas, y, no usando de la aguja, no se engolfaban en mar alta. Sus más largas navegaciones fueron en el Mediterráneo, y no pasaban de Gibraltar, á quien tenían por término de la tierra. Lo que se escribe de Hércules y Ulises, les mueve á risa á nuestros marineros, pues la navegación de aquél en un mes se puede concluir y en la del otro se gastan seis ó siete días. Después, la audacia del navegar corrió con acierto de unas naciones á otras. Comenzó su honor desde los egipcios, pasó á los tirios y después á los cartagineses. En la declinación del Imperio romano los sarracenos dieron la vela al viento con tal pericia que se alargaron á señorearse de Rodas, de Sicilia y de la Morea. Aventadas estas langostas, los normandos, venecianos, genoveses y turcos ganaron con la destreza de la marinería honra y hacienda. Los últimos en esta obra y primeros en la fama han sido los españoles que descubrieron mares ultramares y conquistaron nuevos orbes. Aun uno solo de sus bajeles rodeó todo el ámbito del Océano; y cuanto después sondan ingleses y holandeses, fué sólo añadir rumbos á los descubiertos, siendo el famoso Colón el primer noble de todas esas glorias.

§ 2.°—*Calidades y prendas de Colón.*

5. Nació Colón en Nervi, villaje corto del genovesado, cerca de Saona, ejecutoriando con las informaciones de sus incomparables hechos en dos orbes ser su origen

de aquel Colón, que dice Tácito trajo preso á Mitridates, y del que escribe Sabelico una victoria ilustre contra venecianos. Atemperando Dios su solar en Génova, clima que le infundiese afición al mar para destreza de la navegación, y atenuando en sus padres las riquezas de sus mayores, porque las delicias de la crianza no enervasen el designio á que aspiraría más apto, viéndose tan lastreado de descomodidades en el porte como velero de ideas espirituosas en la sangre. La gentileza de talle, la ingenuidad de rostro, el ardimiento grave de los ojos, el aire y garbo con que le representan sus efigies, vierten la magnanimidad de un corazón á la más gloriosa y extravagante empresa.

6. Con los estudios que conducen á la marinería empezó Colón á navegar todo el Levante en los bajeles de Génova, escudriñando sus senos, midiendo todas sus barras, costeando al Mediterráneo todas sus marinas, sondándole sus honduras, observando sus entradas y notando sus peligros. Aprendiendo la Geografía con la experiencia y el arte para comprensión cabal de las tierras que se contienen en el globo. Tales ensayos pedía el descubrimiento de un Nuevo Mundo, que le esperaba hasta entonces impracticable. Y es por demás hallarse un sujeto apto para designios heroicos sin preceder fuste de capacidad y ejercicio de valor.

7. Adelantóse, pues, con el ingenio y la ciencia á sacar el tanteo de los trópicos, climas, temples, lineas de la equinoccial y uso de la aguja; con que, sobreponiéndose á la astrología vulgar, brujuleó pruebas claras de que había regiones escondidas, debiendo en parte vislumbres desta novedad á la lectura de Platón y Séneca. Y fomentóle su idea el descubrimiento de las Canarias por Bethencourt frances; y con que los portugueses dieron vista á las Hespérides, dejando el Cabo Verde por popa, habiendo penetrado con la armada del infante don Enrique el postrer promontorio de Etiopía y Cabo de Buena Esperanza, sito debajo del polo Antártico adelante del círculo de Capricornio.

8. Rayóle, en fin, sobre tanta comprensión de la mar, la luz, que fué la última disposición para introducir á tantos grados de noticias forma, como advierte con otros muchos, que lo afirman, Saavedra en sus *Empresas,* el "que derrotado un vizcaíno le dejó la fortuna ver y de-

marcar aquel Nuevo Orbe, ó no conocido, ó ya olvidado de los antiguos para gloria de Colón, el cual (muerto aquel español, primer descubridor, y llegando á sus manos las demarcaciones que había hecho) se resolvió de averiguar el descubrimiento de provincias tan remotas, no acaso retiradas de la Naturaleza, con montes interpuestos de mares„.

§ 3.º—*Solicita Colón á varios príncipes para la empresa y encárganse los Reyes Católicos de la conquista.*

9. Como se desnivelasen en Colón sus cortos medios de sus crecidos designios, brindó á su nación con los tesoros que los ofrecía poner en sus manos; pero Génova no quiso el oro y plata en las minas, ni las perlas en las conchas, lográndola ya la sagaz república las Indias más cerca y con menos costa en España, y ya sus navegaciones más volaban con plumas que con velas.

10. Acudió después al rey de Portugal, y hallóle ocupado en la conquista del Africa, y en los famosos descubrimientos del Oriente, sobre juzgar como cuerdo, el rey don Alonso IV, ser su Portugal breve centro para divertir líneas para tantos Orbes; y que, en cuerpos demasiadamente grandes y destrabados, no suelen correr espíritus vigorosos, siendo un fortuito ímpetu del valor el adquirir, y acaeciendo con el tiempo las artes del conservar.

11. En el ínterin que comunicaba Colón su gran asunto con los duques de Medinaceli y de Sidonia, arribó Bartolomé Colón su hermano á Inglaterra, pues aquel rey Enrique VII era propia una facción en que su regio brío ajustaría digno empleo, sus erarios crecidos lucros, y su copioso aparato de armadas rico campo de rumbos y de mares. Pero no quiso Dios, cuando trataba de plantar su fe católica en la América, poner aquella infinidad de almas en el poder de reyes, que, bastardeando de hijos de la Iglesia, habían de inficionar su corona con las soeces herejías de Lutero y de Calvino, y ser nido de tantos pestilentes heresiarcas.

12. Los duques de Medina de Sidonia y de Medinaceli, por hacer salva á su Rey, aconsejaron á Colón que ofreciese la corona de aquel Nuevo Orbe á los Reyes

Católicos, ponderándole que la ocupación en que les veía de extirpar de España las últimas raíces de la morisma, no les era embarazo, sino disposición para merecer el dominio de más mundos, coronando Dios con nuevos Imperios á príncipes que afanaban por lanzar del Universo á los enemigos de su Iglesia, y que, á monarquía en la voz y en la realidad por antonomasia católica, tocaba en introducir en Nuevos Mundos la fe romana.

13. Habló Colón á las majestades del señor rey don Fernando y de la señora reina doña Isabel. Informó á sus mayores ministros, y hecha exacta anatomía de sus motivos y fundamentos, se reían de sus discursos con censura de delirios, y que era un idear quimeras ofrecer montes de plata y oro. La materia se ponía de mal semblante, y se redarguía de vana con la repulsa que habían ya dádole en otras Cortes; y acaso el duelo de mirarse postrer recurso, se despicaba con redobles de desprecio.

14. Sólo la católica y nunca bastantemente alabada reina la señora doña Isabel, ó con real emulación á las Indias de Portugal, ó como vaso escogido del cielo, en cuya amplitud y majestuosa capacidad cupo la inspiración de ser señora de un Nuevo Mundo, comenzó á favorecer la magnánima propuesta de Colón; y le hizo aprestar dos naves, en que con ciento veinte hombres pusiese su teoría en práctica; y, para tan alto fin, mandó empeñar sus joyas; en que al vivo se pintó aquella mujer fuerte de la escritura, que dió el precio de sus preseas para emplearlas en los fines últimos del Universo, logrando el empleo á millones, y la que mejor supo manejar con las naves la negociación, poniendo con sus manillas de oro, las más preciosas cadenas á la América.

§ 4.°—*Viaje de Colón y las estrenas del descubrimiento.*

15. El honor y el interés, más que los vientos, hinchando velas, hacían volar á las naves. Duró el gozo hasta que fué entrando el susto de verse en paraje, de que en la carta de marear faltaba aún seña. Mostraron los pilotos sobresalto y corrió por los soldados la congoja. No divirtiéndolos ya con esperanzas, pasó á entretenerlos Colón con agasajos; y, en la obstinación de sus ánimos, obraban los beneficios lo que obra un blando soplo en las

brasas. Colón, aunque leía en los semblantes los despechos y furores, disimuló los indicios hasta que se les vertieron por los labios los sentimientos.

16. "No extrañamos, le dicen, á lo feroces, de esta tu alocada navegación, sí de que no nos desengañemos de tu veleidad con tantos escarmientos como surcamos peligros en un laberinto de aguas; perdida la guía del norte, andando como á ciegas, á tientas, tentando con la sonda las honduras, ya tocando en las arenas, ya ludiendo con las rocas y batallando con las borrascas, ya consumiéndonos en las calmas, perdido el tino de dónde estamos ni saber qué rumbo tomemos„. A la violencia de las quejas, se confundían las razones y se esforzaban entre desempachos y gritería las más osadas y resueltas amenazas.

17. En movimiento tan arrestado, eran ya en vano los discursos para componer sus desconciertos, ni menos peligrosa la tolerancia, pues suele la paciencia dar más atrevimiento al insolente; y el pueblo teme más al pecho que al cerebro, y se deja más fácilmente apremiar que persuadir, con que mejor enfrena los tumultos el intrépido que el reportado. Y así fué acertado corte en Colón suponer seguridad de su ciencia y hacer demostración de su brío. Empuñó, pues, el bastón, y centelleando rayos de ira por los ojos, les señaló con las manos las antenas, adonde fulminaba que ahogaría con un cordel de las jarcias, antes que el mar con sus ondas, al ruin que desglegase otra vez sus labios contra las órdenes de sus reyes.

18. Aseguróse la eficacia deste arrojo con la dicha de descubrir luego tierra que toman alegres los españoles á los 13 de Octubre del año de 1492; y era tierra de mucho cuerpo. La isla de los Lucayos, la Española que contenía cinco reinos con 600 leguas de ámbito, cercadas de otras muchas islas grandes, la Habana, de más tramo que hay desde Madrid á Roma, la Jamaica, con otras sesenta que llaman de los Gigantes. "Eran estas islas, dice Argensola el año de 1518, cuando arribaron los castellanos en ellas las más pobladas del mundo, con tal abundancia de gente, que cada casa parecía una colmena„; y hablando de sus calidades, prosigue: "Dejan con facilidad los ritos de sus ídolos; abundan de toda fertilidad y de toda riqueza humana. Los naturales nacen dotados de ingenios, vivaces, y de fidelidad á sus mayores„.

19. Dé la coronación á este capítulo, Saavedra, diciendo: "Atropella la ambición por los confines que señala naturaleza á los Imperios. No salga de Istro el Daco. Encierre el Istmo á los demotracas. El Eufrates aprisione á los partos. El Danuvio deslinde á los romanos de los sármatas. El Rin le ponga término á Alemania. El Pirineo componga diferencias entre el español y francés. Entre éste y los italianos los Alpes. A los egipcios y etíopes dividan los vastos arsenales; mas no basta á la ambición atropellar todo esto, ni la distancia de un mundo y el foso de tantos piélagos, para que no se avancen á pisar los términos de otro mundo. Arrojóse Colón á las inciertas ondas del Océano en busca de nuevas provincias; ni le desespera la inscripción del *Non plus ultra* que dejó Hércules en las columnas de Caspe y Abila, ni le atemorizan los montes de agua interpuestos á sus intentos. Cuenta con su navegación al sol los pasos, y roba al año los días; fáltale la aguja al Polo, á la carta de marear el rumbo, y á los compañeros la paciencia; conjúranse contra él, y fuerte en tantos trabajos y dificultades, las vence con el sufrimiento y la esperanza„. Héroe digno de tal elogio.

CAPÍTULO XLVIII

DESCUBRIMIENTO EN PARTICULAR DEL IMPERIO MEXICANO

§ 1.º—*Primera expedición á este descubrimiento.*

1. Habían sido las islas descubiertas unos diseños solos, y los primeros esbozos de una obra, cuyo lienzo representaba en sus lejos el Continente del Nuevo Orbe; y sólo se poseía un retazo de tierra firme, que se había poblado en el Darien á la entrada del golfo de Uraba. Con la muerte del Rey Católico don Fernando (como Solís dice) é inquietudes de España, había calmado en aquellas islas el celo de nuevos descubrimientos y el ansia de más conquistas. Conque en aquello poco que se poseía estaba tan olvidado el valor, y tan en los ánimos la codicia, que sólo se aspiraba á enriquecer, rompiendo con la conciencia y con la reputación; y sólo venían á España de aquellas partes lamentos y querellas de injusticias y violencias que, disparadas de tan lejos, hacían las impresiones que hacen las balas cansadas.

2. Mas despertólos de este blando y flojo sueño la fama de su nuevo rey don Carlos, y el ruido de cien nobles que arribaron con anhelos de ganar honra y hacer fortuna en la América, á tiempo que en la isla de Cuba se esforzaban las noticias de otras tierras no muy distantes, de cuyas riquezas se hablaba con la misma certidumbre que pudiera aseverar la experiencia, siendo la causa que se cree lo que se imagina cuando lo que se imagina agrada. Pero si con Colón experimentaron lo

que no creían. ¿qué mucho que ya creyesen lo que imaginaban?

3. Dió la última forma á tan dispuesta materia el general don Diego de Velázquez, que gobernaba entonces la isla de Cuba, á cuyo valor se le debió su conquista y la culta población á su prudencia. Héroe de elevados pensamientos, y á cuyos altos espíritus reconoce sus principios la gran empresa de México. El propuso á los soldados el glorioso y rico descubrimiento de regiones estendidas por las costas de Veraguas y de la Florida, parajes hasta entonces ocultos aunque por Colón divisados. El eligió por capitán de esta expedición á don Francisco Hernández de Córdova, digna rama de los marqueses de Priego, y noble capa de los marqueses de Villa Mayor, que, dejando en su patria muchas conveniencias de rico, pasó á las Indias sólo para creces de honra, estrenando en la conquista los méritos más costosos, con que coronaron otros sus hechos, y siendo como las primeras balas que atormentan más los muros y se los disponen á las últimas para abrir con aplauso brechas.

4. El año, pues, de 1510, se dió Córdova á la vela con dos navíos y un bergantín que guarnecían 110 soldados, y entre tormenta y bonanza descubrieron una gran tierra, encontraron cinco canoas de indios, de quienes procuraron tomar lengua con agasajos de bujerías. Ellos llevaron á sus pueblos las noticias; y encendiéndole á su cacique tanta codicia las sartas de vidrio, como á los españoles los tejos de oro (según Argensola malicia entre dos luces) los convidó á su casa con dolo, entrando los castellanos con ánimo de saquear al pueblo; y que salteándoles el indio en un bosque, aunque los nuestros degollaron más de doscientos, fué á costa de algunas muertes y de no pocos heridos.

5. Tornándose á la mar, en que no veían más que extraños monstruos de peces, llegaron á descubrir otro pueblo de más bulto y buena estofa, con edificios de arte y templos de lustre. Tomaron aquí tierra Domingo de Lázaro, llamando á esta población Campeche, donde extrañaron ver cruces pintadas en las paredes, que adoraban los naturales, faltando el tiempo para saber el motivo; porque, sintiéndolos puestos en arma y con resolución de embestirlos, dió orden Córdova á su gente de retirarse á las naves por tener instrucciones de su general que

evitase mover armas, y de no enajenarse los indios, antes los amorase con agasajo y comercio, y el logro del trato fuese enterarse de los parajes y calidad de aquellas regiones.

6. De aquí á seis días de navegación les arrimó la borrasca á la población llamada Potanchan, donde los indios, por de más porte y de más fuste, sobresalieron en insolencia, y viendo Córdova frustradas las artes todas de agrado trató de hacerse respetar, atemorizando á los bárbaros con el desusado ruido de los mosquetes y no oídos truenos de artillería. Pero los indios, sordos al trato y estruendo, inundaron con su multitud á aquel pequeño escuadrón, admirados cuando más soberbios, de que el valeroso capitán español, entre la muchedumbre de enemigos, recogiendo las fuerzas en sí mismo, hiriendo y matando, se abrió á sí y á los demás camino hasta la marina, y como deteniendo su muerte hasta asegurar en las naves á su gente las vidas. Doce flechas y treinta y tres heridas hubieron de abrir puerta á tan gran espíritu. Al paraje de esta rota dieron por nombre la *Bahía de la mala pelea*: Que el vulgacho sólo da los nombres y las censuras por los efectos más que por las causas. Y á aquel país llamaron los descubridores Yucatán, sin más fundamento que por oir á los naturales pronunciar *Toloquitan*, cuando señalaban su población. Y es península situada á los confines de Nueva España.

§ 2.°—*Segunda expedición de don Juan de Grijalva al descubrimiento del Imperio mexicano.*

7. Más les pican que acobardan las desgracias á los valerosos ánimos. Y así, la infeliz jornada de Córdova encendió en los españoles más bríos para el despique y las ansias de conquistas. Los soldados que volvieron heridos y derrotados, mostrando intensa codicia de reiterar la empresa, influían ardimientos de participar facción que atraía y no escarmentaba con el ceño de fracasos. Las piezas de oro que trajeron por muestras de ricas tierras, piezas de leva fueron que tocaron á la codicia de nueva embarcación; y, á disponerla con más forma y más apresto, se movió el gobernador Velázquez con los evidentes informes

de aquellas grandes regiones, tardando más en ajustar la planta que en el embarcar la gente.

8. A los ocho, pues, de Abril del año siguiente de 1518, levantaron áncoras tres bajeles, ejerciendo la función de comandante Juan de Grijalva, pariente del gran gobernador Velázquez, así en valor como en sangre, con otros capitanes tan conocidos por el esfuerzo como por su nobleza, con hasta doscientos cincuenta soldados escogidos; y costeando por la isla de Cozumel, doblaron el puntal de Cotoche hasta arribar á Potanchan, donde fué Córdova desbaratado, en que la vil fuga de los indios les sirvió de venganza á los españoles.

9. Más adelante se dejó ver una dilatada costa, que la hermoseaban como la entretejían ordenadas arboledas, y varias poblaciones que, á medida del gusto y del deseo, parecían grandes ciudades con torres y capiteles; y orlando á la ribera, se fué llegando al paraje donde entra por dos bocas en la mar el río Tabasco, uno de los navegables que desaguan en el golfo mexicano. Sus dos márgenes amenas y pobladas, pedían se diese ya principio á algún progreso digno de aquel aparato.

10. Y así Grijalva, con los dos navíos menores y una bandera de infantería, empezando á vencer, no sin dificultad, la violencia de la corriente, reconoció á poca distancia gran número de canoas guarnecidas de gente armada, que amainaron en los ademanes de guerra sintiendo las señas que los navíos les hacían de paz, con que acercándose, aunque recatados, intrépidos, hasta treinta indios con cuatro canoas, cumplimentaron á su modo; y, entre agasajos y cortesías, por medio de sus intérpretes les dió Grijalva á entender ser embajador de un monarca, el más poderoso de Oriente, en cuyo nombre les ofrecía las mayores dichas y conveniencias si le reconociesen vasallaje.

11. La propuesta fué por intempestiva, por lo muy apresurada, que aun uno de aquellos bárbaros (como pondera Solís) poniendo silencio á los demás, le respondió, entre resuelto y mohíno, que no le parecía buen género de paz la que se quería introducir envuelta en la sujeción y en el vasallaje; ni podía dejar de extrañar, como despropósito el hablarlas en órden á señor nuevo, hasta saber si estaban descontentos con el que tenían, pero que en el punto de la paz y de la guerra (pues allí

no había otro en qué discurrir) hablarían con sus jefes y tornarían con la respuesta.

12. Tratando entre sí quedaron los españoles de cómo sabrían pelear indios que tan bien sabían discurrir, cuando apareció el cacique principal, desarmada su comitiva en prendas de su confianza, y, después de los saludos, le hizo á Grijalva un presente regio (según pinta Antonio de Herrera) de unas armas de oro fino con todas las piezas de que se compone un cumplido arnés. Don Antonio de Solís duda mucho de tan grandioso presente, y acortóle en su pintura, y de cosario á cosario bien podían dejarse pasar las dudas, que harto dan que dudar los dos Antonios en sus historias.

13. Grijalva, atento á la conveniencia del dejar amigos á las espaldas para cualquier accidente sobre ajustar paces, asintió á la instancia que le hacía el cacique de que se retirase; y prosiguiendo su derrota fué admitido de paz en el río, que llamaron de *las banderas*, á causa de que en sus márgenes se dejaron ver indios con banderas blancas, señas que hacían de paz á las naves. Tres de más suposición se adelantaron á recibirlos con agrado en el surgidero, añadiendo á la cortesía el agasajo de la mesa, compuesta de variedad de manjares entre las sombras de unos árboles. Era el designio de estos indios el comercio, con que se celebró allí una especie de feria, trocando piezas de oro por sartas de vidrio, peines, cuchillos y otras chucherías de Europa, igualando la novedad su poco precio al valor mucho del oro. Y como se riesen los españoles entre sí de aquella barbarie, al mismo tiempo que también los indios entre sí daban sus golpes de risa y examinasen la causa, observaron los intérpretes que los indios se reían de que aquellos extranjeros, por el oro que ellos no estimaban mucho, se arrojasen á tan arriesgadas navegaciones. Que en este mundo, con poca más razón ó con menos, todos se ríen los unos de los otros.

14. Considerando Grijalva que había cumplido ya el orden limitado de que sólo descubriese y comerciase sin empeñarse á fabricar población, trató de volver la proa á la isla de Cuba para dar cuenta á su gobernador de la jornada. Partieron, pues, sus bajeles de San Juan de Ulua, y dejándose guiar de la tierra fueron volviendo con ella hacia la parte de septentrión, llevando á la vista las dos sierras de Tuspa y de Tasta, que corren largo estrecho

entre la mar y la provincia de Tlascala; después de cuya travesía entraron en la ribera de Panuco, última región de la Nueva España por la banda que mira al golfo mexicano.

15. Aquí surgieron en el río de *las Canoas*, que sorteó entonces este nombre por un notable suceso; y fué el caso que, en poco tiempo que se detuvieron en reconocerle los marineros, fueron asaltados de dieciséis canoas de indios guerreros que, ayudados de la corriente, tuvieron osadía para embestir al navío que gobernaba Alonso Dávila, y, disparando sobre él la lluvia de sus flechas, intentaron llevárselo y tuvieron cortada una de las amarras. "Bárbara resolución (pondera Solís) que, si la hubiera favorecido el suceso, pudiera merecer el nombre de hazaña„. Como si el intentarlo no lo mereciera, y poner con tan desiguales armas la victoria en duda echase menos el suceso para ser digna llenamente de fama. Hubieron de acudir al socorro los otros dos navíos, que, á no acudir, viera Solís que el suceso les hubiera merecido á su medida el nombre de hazaña.

CAPÍTULO XLIX

TERCERA EXPEDICIÓN AL DESCUBRIMIENTO DEL IMPERIO MEXICANO

§ 1.°—*Señalan á Hernán Cortés por General desta tercera navegación.*

1. En la navegación de Grijalva se aclaró más la noticia del emperador de México, Motezuma: de la magnitud de su Monarquía, con encarecimientos de sus riquezas, según refiere Solis, y Bernal Díaz del Castillo con su estilo casero, lo cuenta así: "Ya habrán oído decir en España y la cristiandad, como México es tan gran ciudad y poblada en el agua como Venecia, y había en ella un gran señor que era Rey de muchas provincias y señor de todas aquellas tierras, que son mayores cuatro veces que nuestra España. El cual señor se decía Motezuma, é como era tan poderoso quería señorear y saber hasta lo que no era posible. E tuvo noticia de la primer vez que venimos con Córdova, lo que nos acaeció en la batalla de Cotoche y en la de Champam, y ahora de este viaje con Grijalva„. Hasta aquí Bernal.

2. Enterado bien el gobernador Velázquez de la materia, se embarazaban en sus discursos la celeridad á que le movía su codicia y el tiento á que inclinaba el peso de la empresa. No quisiera perder instante, dando lugar á contratiempos que desbaratasen este lance tan de reputación é interés, y también recelaba sentirle agrio á no esperarle maduro. Tanteaba todas las fuerzas que podía arrestar de todas aquellas islas y parecíale muy desigual

aparato para publicar la conquista de tan poderoso Imperio, en cuyas costas (aun desguarnecidas de regulares presidios, por el descuido que daba no pensar en tan extrañas hostilidades) la vez primera se perdieron los españoles, y en la segunda jornada se contaba por fortuna el haber asentado correspondencia. Con que se resolvió enviar armada cumplida, entablar comercio, fortificar algún puerto y, con color de embajada, enviar algún General de valor, no sólo diestro en ganar amigos, sino también sagaz en el espiar las más oportunas noticias, para tomar después de propósito la conquista con socorros nuevos de España, que se prometían gruesos y prontos enviando informes de tan eficaces atractivos.

3. De resolución tan considerada, pasó Velázquez activo á poner sobre las áncoras catorce bajeles, á toda providencia armados y abastecidos; y con ser armada en aquellas remotas islas de mucha hechura, fué de más obra el nombramiento del Cabo, por lucir en muchos sujetos los méritos y las pretensiones iguales. Pero Hernán Cortés, en quien no eran inferiores las fuerzas del ingenio que las del ánimo, tuvo arte para arrebatarles á todos el bastón de entre las manos, asistido de sus parciales, Armador de Leriz, contador del Rey, y de Andrés de Duero su secretario, que, entre los disimulos del acaso, le retocaron su aptitud con tal destreza, que llenaron las medidas de su juicio al Gobernador, y le dió con gusto el cargo. En que se ve cómo aún los mayores méritos en los tribunales del mundo no alcanzan puestos sin brazos, y lo que pueden los ministros de pluma en los despachos.

§ 2.°—*Calidad y prendas de Hernán Cortés.*

4. Era Hernán Cortés español, y de aquel siglo en que arrojó el valor de España por dos orbes tantos rayos al asombro como capitanes de estruendo á las campañas. No tuvo por vecina que envidiarle á la Andalucía la Extremadura; pues si á ese tiempo en Italia fué la cumbre de la fama un gran Fernández de Córdova, en el Nuevo Orbe un Hernán Cortés fué incomparable realce, acrescentando la corona de Castilla, no ya con las almenas de

un reino, sino con un medio mundo, que no es menor la medida de un imperio mexicano.

5. Nació Cortés en Medellín el año de 1485, cuando Lutero vino al mundo; éste para disminuir la Iglesia en el Norte, aquél para amplificarla en todo el Occidente. Su padre se llamó Martín Cortés de Monroy, y su madre doña Catalina Pizarro. Por la varonía de Cortés remonta dignamente Argensola el árbol genealógico que luce su alta copa con astros coronados, y se esmaltó su solar emparentando con las ilustres casas de Monroyes, Pizarros y Altamiranos, y en sus venas cambiaron bien los esmaltes.

6. Los vuelcos de los siglos habían ceñido por entonces á sus padres á estado que tenían sólo de sobra lo que necesitaba su hijo, que era una nobleza notoria sobre que fabricase hechos tan altos, que otros solares de grandeza, después, en su cotejo casi los perdiesen de vista. Pues como Saavedra dice: "El Océano recibió leyes de Colón y á un Orbe Nuevo las dió Hernán Cortés, que, aunque no nacieron grandes señores, dieron nobleza á sus sucesores para igualarse con los mayores„. Y es así, pues poco importa que el ciprés, conservando por siglos su verdor, se levante á pirámide en que asiente el sol su globo, si es sin fruto su grandeza y vana toda su altura.

7. Fué en la niñez enfermizo, y atribuyó la integridad de salud á la devoción con San Pedro, que se hacía ya cargo de su salud, anteviendo cuánto aquel niño había de dilatarle á la Iglesia su Imperio. Cúpole aqueste santo en unas piadosas suertes, con que sorteó de continuo feliz suerte con tan benéfica sombra. En el ejercicio de letras humanas empezó á componer versos de más espíritu que cultura, y no cabía en los pies del metro el que había de alargar el paso á otro orbe.

8. Enviáronle sus padres á Salamanca á que tomase un tinte de las letras, aunque le observaban más inclinado á las armas, y éstas piden, no sólo nervio en el pulso y en el ánimo ardimiento, sino también ejercicio del ingenio para entenderlas con destreza y mandarlas con buen juicio; y así le debió Córtés á aquella Universidad, Princesa de los teatros literarios, las luces y artes con que pulió su gran capacidad, y porque tuviesen parte las más ilustres letras en las más insignes armas, como se unieron en los Césares y Alejandros, conquistadores de Mundos.

9. Trasladándose, pues, de la Academia á la campaña, sintió Cortés impulsos de seguir al gran Gonzalo de Córdova en la jornada de Nápoles, mas no cabían en sólo un Mundo, dos tan grandes capitanes; y fué la causa de mudar rumbo, el que, posteando hacia Italia, le detuvieron unas cuartanas (propioa chaque de leones) y de Valencia volvió á Sevilla, dándose á la vela en Cádiz para la América en edad de diecinueve años y en el de 1504, quedando aún memorias de que, hallándose perdido su navío, le fué guiando una paloma, como si mirase aquel bajel como á otra arca de Noé en que iba un poblador católico de otro Mundo, ó su devoto San Pedro (que por lo *Bariona*, se dice hijo de la *Paloma*) le fué supliendo de Norte y conduciéndole hasta asegurarle en puerto.

10. En la isla de Santo Domingo lo condujo á su palacio el gobernador don Nicolás de Ovando, comendador mayor de Alcántara, preciándose de ser pariente de aquel joven tan bien apuesto, de tan gallarda presencia é ingenuo rostro, con las demás agraciadas prendas, que eran de más recomendaciones que las estimables cartas que traía de creencia; y presto acrescentó el crédito y común benevolencia, con pruebas de capacidad y de valor, en varias guerras al lado del valeroso Diego de Velázquez al concluir las conquistas de la isla de Cuba, en que sirvió cinco años al Rey con esplendor y celebridad.

11. Diéronle la escribanía de Arba; no sería para que la ejerciese, sino para que la beneficiase; y en la Habana le ocuparon en la tesorería con repartimiento de indios manicasas. Después, el empeño de las bodas con doña Catalina Suárez Pacheco, le arresgó mucho con los parientes, hasta que ajustó las capitulaciones el gobernador Velázquez, á quien debió la reserva de la vida y el arte de los ajustes; cómo se lo pagó después se verá. El vino á salir en la competencia más disputada con el bastón de General, en que emprendía mucho más de lo que por entonces pensaba; y experimentaba unos impulsos que no entendía, y á cuántos le impedían el efecto los comprobaba.

CAPÍTULO L

SALE CORTÉS DE LA HABANA Y ARRIBA Á LAS COSTAS DEL IMPERIO MEXICANO

§ 1.°—*Calidad de la armada y su salida.*

1. A diez de Febrero del año 1518, dejando á popa á la Habana, se dió Cortés á la vela por la banda del Sur con toda su armada, que componían catorce bajeles de alto borde, y copia de barcos luengos con aprestos y municiones de boca y guerra. Entró Cortés en la Capitana Real; Pedro de Alvarado en la nao *San Sebastián*, siendo capitanes de las demás Alonso Portocarrero, Francisco de Montejo, Cristóbal de Olid, Diego de Ordaz, Juan Velázquez de León, Juan de Escalante, Francisco de Morla, Escobar y Ginés; dignos fueran de nombrarse todos los nobles aventureros también, concurriendo todos á empresa y conquista que ha sido de tanto nombre por los siglos y por los orbes.

2. Al tiempo de la muestra se hallaron quinientos ocho soldados, ciento y diez marineros, con algunas tropas de caballos. Con tan corto número de gente se dió principio á la conquista del inmenso Imperio mexicano; porque en su pérdida también se le pareciese la Nueva España á España, de quien Saavedra dice *(Cort. got.*, segunda P., fol. 4.°): "Quinientos hombres, ni conocidos por el valor, ni acreditados por la destreza, dieron principio á la ruina de España; con que hizo Dios un manifiesto claro de su venganza„.

3. Así como se vió Hernán Cortés en la mar, se re-

vistió de soberanía, abandonando cualquier otra dependencia que la de su supremo Monarca. Entabló porte y trato de general absoluto, poniendo casa con oficios de mayordomo, maestresala, y los demás ministros de respeto, entre las cuales ideas dió con su flota bordo á la isla de Cozumel, donde, como muy católico, para fundar bien sus triunfos, erigió una ara en que se enarbolase el estandarte de la cruz y un lábaro con la imagen de la Madre de Dios, sintiendo la aceptación de aquel culto sacro; pues, la noticia que con la imagen se empeñó á dar á los indios de aquella soberana reina, le produjo allí luego á Cortés una lengua ó intérprete que le sirvió para entender á los bárbaros y para importantes informes de aquellas tierras; y el caso es raro:

4. Porque á este tiempo surgió con una canoa en los esteros de Cozumel cierto español que, del puntal de Cotoche, en pocas horas, cruzó el golfete de cuatro leguas. Llamábase Hierónimo de Aguilar, andaluz de Ecija, ordenado de evangelio, que había ocho años que se perdiera con quince españoles y dos mujeres, navegando en una piragua desde el Darien á la isla de Santo Domingo, y, arrojados de un temporal á las costas de Cotoche, los compañeros perecieron ó en las aras de los ídolos ó en las iras de los bárbaros. Sólo restara un Gonzalo Guerrero que, ajustando comodidad en aquel país, de hacienda, mujer é hijos, del aborrecer pasó á olvidar aun el nombre de español, y sólo en eso conservó honra por decoro de su patria. El Aguilar, rindiendo incesantes gracias al cielo por verse restituído á los suyos, con la práctica de las lenguas más generales, le dió á Cortés mucha luz del Imperio mexicano y sirvió de intérprete en la jornada.

§ 2.°—*De lo que le sucedió á Cortés en el arribo del puerto de Tabasco.*

5. Prosiguiendo la derrota hacia el Continente á 21 de Marzo de 1519, entró la armada española por donde desemboca el río Tabasco en la mar del Norte, y surgió en la barra, en que, aferrados los navíos de más porte, pasó en los de menos fuste toda la gente prevenida de armas por muy breve espacio ociosas; que, ajenos ya los ta-

bascos de extrañar la novedad de las naves, aun bramaban arrepentidos del comercio con Grijalva, sabiendo ya que los indios de Pantoche, en vez de permutar oro, les sacaron mucha sangre á los soldados de Córdova; como lo pondera en su *Apologético* Hierónimo Ramirez, diciendo: "Probaron el ánimo y fortaleza de los indios que habitaban en los primeros límites de la Nueva España, los cuales, sin haber contratado con los españoles ni tener aun perdido el miedo á las escopetas, artillería y caballos, hicieron rostro peleando con ellos animosamente. Tan intrépidos derrotaron á Córdova y retiraron á Grijalva. Y, ya oído el estruendo de las balas, aún más audaces cerraron con la tercera armada de Cortés„.

6. Requirióles Cortés con la paz á son de guerra; la voz decía propuesta, la espada en mano ya vibraba imperio, como quien deseaba más que se la negasen que el que la admitiesen; logró la repulsa y apeló luego á la violencia; tenía ganas de estrenarse con algún hecho de estruendo, por lo que importa á los principios de las empresas el crédito y la fama. Y así entró por el canal en forma de batalla, disponiendo los bajeles en media luna, que guarnecían por las dos puntas los barcos luengos y esquifes. Lanzándose al opósito los tabascos con su armadilla de canoas y piraguas, y, aunque émulos en los bríos, muy desiguales en armas. Hallóse Bernal Díaz en el choque, y refiere en su historia la batalla, diciendo:

7. "Comenzaron los indios tabascos muy valientemente á nos flechar, y hacer sus señas con sus atambores para que todos sus escuadrones apechugasen contra nosotros; y como esforzados hombres vinieron y nos cercaron con las canoas con tan grandes rociadas de flechas, que nos hirieron é hicieron detener en agua hasta la cintura, y en otras partes más arriba. Y, como había en aquel desembarcadero mucha lama y ciénaga, no podíamos tan presto salir de ella; y cargaron sobre nosotros tantos indios, que con lanzas á manteniente y otros á flechazos, nos hacían que no tomásemos tierra tan aprisa como quisiéramos; y también porque en aquella lama estaba Cortés peleando, y se le quedó una alpargata en el cieno, y descalzo un pie salió á tierra; y nombrando al Señor Santiago y arremetiendo á ellos, les hicimos retraer, aunque no muy lejos, por amor de las grandes cercas que tenían hechas de maderos gruesos, adonde se amparaban hasta

que se las deshicimos, y tuvimos lugar, por unos portillos, de entrar al pueblo y pelear con ellos, y los llevamos por una calle adelante, adonde tenían hechas otras albarradas, y allí tornaron á hacer cara, y pelearon muy valientemente con grande esfuerzo. Estando así envueltos con ellos vino Alonso Dávila con sus soldados, y todos juntos los tornamos á echar de sus cercas; y ciertamente que, como buenos guerreros, iban tirando grandes rociadas de flechas y nunca volvieron de hecho las espaldas„. Hasta aquí Bernal.

8. Después con los caciques de Tabasco (que sacaron de sus casas las obligaciones de sus feudos) trabó Cortés otra batalla campal, en que la caballería, la pólvora y aliento español prevaleció contra la multitud de los naturales; y, por conseguirse la victoria en la festividad de la Anunciación, logró aquel paraje el nuevo nombre de Nuestra Señora de la Victoria. Empezando aquí (según Gomara) el Apóstol Santiago á aparecer visiblemente á caballo con espada en mano en lo más dudoso de la pelea; y si tan celestial adalid influyó en los españoles ánimo, también les fué á los indios de gran crédito, el que, además del esfuerzo español, artillería, mosquetes y caballos armados, tan extrañas y ventajosas, fuese como menester la asistencia de Santiago, siendo prodigiosa excusa de los rendidos el que su rendición pusiese al cielo en costa de milagros.

9. Produjeron estas victorias de Tabasco en el pecho de Cortés la última resolución de conquistar el Imperio mexicano, viéndose asistido del cielo, que se le había ya puesto Santiago al lado; y á lo natural halagaba su juicio con las memorias de que en las heroicas empresas del mundo los menos vencieron á los más. Ya se ideaba un Alexandro con corto poderío develando la potencia inmensa de los persas é indios orientales, ya un Ecio en los campos Catalaunios, derrotándole sus infinitos hunos al gran Atila, ó un Martelo en las Galias aventando aquellos fieros enjambres de árabes y sarracenos.

10. Afianzaba estas ideas en el arresto de sus soldados, resueltos de hacer en la América fortuna, y de retocar de esplendor á su nobleza, motivos de obrar muy á lo heroico. Ni menos se prometía de sus superiores armas, pues un caballo le ponía asombro á un ejército de indios; una bala preponderaba á un bosque entero de flechas; á

los truenos desusados de la artillería ensordecían de estupor los bárbaros.

11. Y aunque atropellaron por aquestos terrores con osadía á los tabascos, sus mortales descalabros llenaron de escarmientos á los vivos; y los que huyeron de las batallas derrotados, con las bocas muchas de sus heridas, vocearían por los pueblos el castigo de su temerario arrojo; y discurría bien Cortés, y lo confirma con el éxito Saavedra, diciendo en una de sus empresas: "La excelencia es una especie de armas, ó la novedad de improviso, quita ó da los Imperios. El suyo extendieron los partos cuando se usó de las saetas. Los franceses septentrionales con los hierros de las lanzas, impelidos de la velocidad de la caballería, abrieron camino á su fortuna. La destreza de la espada ejercitada en los juegos gladiatorios, hizo á los romanos señores del Mundo; y otro Nuevo Mundo pudieron conquistar los españoles con la invención de las armas de fuego„. Hasta aquí Saavedra.

12. Fijo en su resolución, redujo Cortés la gente á la armada, por buscar puerto más apto para su asunto, dejando á los índios tabascos más amigos que sujetos; harto se había ya dado á la reputación de valeroso, y se requería también el crédito de humano; que no se conquista menos con la benevolencia que con la espada.

CAPÍTULO LI

DEL BUEN PASAJE QUE MANDÓ HACER EL EMPERADOR MOTEZUMA Á LOS ESPAÑOLES CUANDO SURGIERON EN SAN JUAN DE ULUA

§ 1.°—*Agasajos que se le hicieron á Hernán Cortés.*

1. Presto supo Motezuma, con la puntualidad de sus postas y volantes, las revueltas de Tabasco, pero tan afectada de semblante la puridad del suceso por mano de sus ministros, que le sonó sólo á diferencias de mercaderes sobre intereses de sus comercios. Y como en el informe del caso se encareciese la grosería de los naturales y se alabase de ingénuo y culto el trato y porte de los extranjeros, sobreponiendo á su general en los elogios de prendas, cayóle en gracia á Motezuma la nueva, y, sobre encargar el castigo de los tabascos, despachó órdenes á los cabos de las costas para que admitiesen de paz y agasajasen sobre el estilo común á los españoles que surgiesen en sus puertos y marinas.

2. Logró Cortés el fruto de aquel decreto, porque, aportando el Jueves Santo á San Juan de Ulua, apenas se aferraron los navíos entre la isla y la tierra, cuando salieron de la ribera vecina dos piraguas grandes con indios de buena estofa, y, abordando á nuestra armada, dieron á entender que venían de paz, y dijeron cuando llegaron á presencia de Cortés, cómo Pilpatoc y Tendile, gobernador el uno, y el otro general en las tres finítimas provincias de Cotastlan, Gualpatepeque y Tlascaltec, por orden de su gran emperador Motezuma, le ofrecían toda asis-

tencia y socorro, ó para continuar su derrota si tiraban á otro rumbo, ó para conducirlos á los puertos si trataban de negociar en sus costas.

3. Cortés acariñó mucho á los enviados, y, en teniéndolos gustosos y agradecidos con dones y víveres de Castilla, les respondió que el principal motivo de su prolijo viaje era tratar amigablemente materias de importancia á su Emperador y á todo su Imperio, para cuyo fin se vería con sus jefes y les especificaría con difusión su negociado. Esta respuesta de Cortés, con el agrado y largueza divulgada le granjeó pronta asistencia de los pueblos, que concurrieron al alivio del desembarco y manufactura de los alojamientos, suministrando con abundancia los bastimentos mejores de la tierra, no haciendo oficiosidad que no lograse retorno duplicado del español.

§ 2.°—*Propuesta de Cortés y la dificultad de su propuesta.*

4. Al día siguiente vinieron Pilpatec y Taudile con lustrosa comitiva, y Cortés los recibió con ventajas de aparato, y después de cumplimentarse y un espléndido banquete, les propuso Cortés el fin de su venida, que era dar una embajada al emperador Motezuma de parte del mayor Monarca del Oriente, en cuya consideración necesitaba de llegar á su real presencia, en que se interesarían sumas conveniencias de ambas coronas.

5. Los jefes indios, como para endulzar la repulsa ó demora de la licencia, antes de responder mandaron que se desembarazasen treinta fornidos hombres de sendas cargas con copia de regalos á su usanza: ropa sutil de algodón, ricos plumajes de varios colores y una caja, no menos pulida que grande, que contenía diferentes piezas de oro primorosamente labradas; y, ofreciéndoselo á Cortés, le dijeron: "En lo que puede ser más estimable este agasajo de parte de nuestro Príncipe es el haberle crecido con exceso á lo que se estila con otros embajadores de reyes; y, en lo que toca al avistarse con nuestro Emperador, es fija ley del Imperio que se despachen las embajadas en las fronteras, pero, siendo ésta tan remota y de tan soberano Rey, les representaremos á los consejeros de Estado se indulte dispensación en la ley„.

6. Este fué el temor del primer congreso en que Cor-

tés conferenció su pretensión con los gobernadores de las costas mexicanas. Y hay escritores que pintan en este trance á Cortés enfurecido con la repulsa, y que á fuerza de amenazas y bravuras compelió á los gobernadores á negociar el salvoconducto con fieros de que, á no franquearle el indulto, con armas se abriría camino hasta México. Estos autores, con la pasión de pintar á Cortés poco sufrido por muy magnánimo, le hacen muchas veces imprudente por temerario; pues si ellos mismos le consideran después en varios lances indeciso y perplejo en la prosecución ardua de la conquista, aun negociada alianza con infinitos y poderosos rebeldes, ¿cómo al poner el primer pie en la empresa había de proceder sin más arte que la espada?

7. Era Cortés muy cuerdo y no se valió menos del disimulo y espera que de las armas; y para beneficiar más el negociado ofrecido, les repitió á los generales dádivas especiosas más que apreciables; y después les encomendó encaminasen un presente de su parte á su soberano Príncipe. "Constaba (dice Solís) de varias curiosidades de aquel vidrio y de aquel arte con que los extranjeros sonsacan también á los españoles el oro„. Añadió una camisa de Holanda; una gorra de terciopelo, que la hacía frente; una medalla de oro con la efigie de San Jorge, y una silla, cuya singular labor de embutidos y tarascados dió que decir á los indios que era alhaja digna de su Emperador; y despidiéronse, repitiendo las ofertas de solicitar el despacho y acelerar la respuesta.

§ 3.°—*Del presente y despacho que se remitió de México al memorial de Cortés.*

8. No tuvo el presente de Cortés en el palacio de México la aceptación que se esperaba de su novedad, habiéndoles ya gastado la admiración con las estrenas de semejantes chucherías que se habían feriado en las entradas de Córdova y Grijalva. Aunque, por ser extraordinaria gala de mujeres, se remitieron á Tula unos aderezos de vidrio á la Emperatriz, que, en vez de gracias, retornó á los ministros recelos de que solían esconderse entre las flores los áspides y los dolos en los dones. Así

suple en las mujeres el instinto los defectos del discurso.

9. La pretensión de Cortés de venir á México se remitió á su Consejo de Estado y excitó varios pareceres. Unos mostraron ceño á la réplica de los extranjeros, otros no hallaban inconveniente en condescender á la súplica, y siguióse el corte con que terciaron los últimos diciendo que bastaba y se cumplía con el Rey que enviaba la embajada (á no ser embuste de mercaderes ó ardid de espías, que usan de tales trazas para comerciar en sus países las noticias íntimas de otros reinos) el que fuese á este despacho un ministro de su Consejo, retornando un rico presente por mano del gobernador Tendile, el cual previniese á los españoles de la respetuosa atención con que debían recibir al ministro que iba á recibir su embajada.

10. Llegó el Tendile al real y pabellón de Cortés, y, antes de tratar negocio, hizo que cien indios dejasen caer de los hombros cien tercios sobre esteras finas de palma, que contenían las piezas y joyas que con placer y fruición refiere Bernal Díaz, como quien las vió y aun manoseó, observando su número y su precio y dice así:

11. "Lo primero una rueda de la hechura del sol, grande como de una carreta, con muchas labores, todo de oro muy fino, gran obra de mirar; y otra mayor rueda de plata, figura de la luna, con muchos resplandores, y otras figuras con ella, y ésta era de gran peso. Mas un casco de oro en granos cresos, como lo sacan de las minas, que valía tres mil pesos. Más veinte ánades de oro, de muy prima labor y muy al natural, é unos como perros y muchas piezas de oro figuradas de hechuras de tigres, leones y monos; y diez collares hechos de una hechura muy prima, y otros pinjantes, y doce flechas é arco con su cuerda, y dos varas como de justicia, todo esto de oro muy fino y de obra vaciadiza; y penachos de oro y de otras ricas plumas verdes y otras de plata, y aventadores de lo mismo. Pues venados de oro sacados de vaciadizo. E fueron tantas cosas, que, como haya tantos años que pasó, no me acuerdo de todo. Y más treinta cargas de ropa de algodón, tan prima y de muchos géneros de labores, y de pluma, y de muchos colores, que por ser tantos, no los sabré escribir." Hasta aquí Bernal, á cuya pintura no se le pegó nada de lo rico ni de lo primo, sino de lo verídico.

12. Dispuesto ya como en aparador aqueste rico presente, le dijo á Cortés Tendile: "Esta sola es una insinuación que, de parte de nuestro Príncipe, se hace de lo que ha estimado vuestros dones, y de lo que se apreciará la correspondencia de vuestro Monarca os dará cumplida razón el ministro del Supremo Consejo mexicano que en nombre de su Majestad recibirá la embajada, singularidad y dispensación que no se hiciera con otro Rey„. Con aquel inopinado expediente de México se suspendió Cortés, dudoso si daría de mano al presente y despediría con desaire y amenazas á Tendile, ó si, con disimulo, mostrándose agradecido encaminaría con más espera el tratado. Este sesgo dió á su duda, y recibió las ricas preseas y le respondió á Tendile:

13. "Que no era su ánimo faltar á las órdenes del gran emperador Motezuma, pero que extrañaba mucho no se estilase en tan cortesano Imperio lo que practicaban en esotra banda de su Orbe los más soberanos monarcas, que aprecian, no sólo dar audiencia personal á los embajadores de otros príncipes y repúblicas, sino que aun hacen punto de soberanía el que residan en sus cortes, para ajustar dependencias que trae consigo la correspondencia de las Coronas. Que él estaba muy resuelto, por punto de su decoro, de persistir en una demanda costeada por tantos gastos y largas navegaciones, no satisfaciéndose con la presencia de otro que de la Imperial persona; favor en que su Emperador, sin ajar la soberanía, lograría el hacer ostentación de su majestad, y que llevemos al otro Orbe dignas y llenas noticias de su grandeza„.

14. Replicó entonces Tendile: "Pésame de hallarme en un embarazo implicado, que me precisa ó á perder vuestra amistad, ó á faltar en la instrucción de nuestro Consejo Supremo, en que se me ordena, que, si rehusáredes despachar vuestra Embajada con el diputado, os fuerce á dejar la tierra y aun á desaparecer de todas las costas. No obstante mi afecto ingeniará traza para dar largas al tiempo, en que de mi parte se refuercen las instancias con el Senado, y de nuevo se le representen las especiales atenciones que con razón ponderáis„. Dijo, y sin esperar á más, se fué con numeroso acompañamiento á su población, dejando el bárbaro entre los españoles reputación de horrorosamente resuelto y de bien intencio-

nado; y á Cortés en lo interior cuidadoso, aunque de frente sereno, sabiendo que por su semblante reglaba los sentimientos toda su gente, aunque una grave pena de ánimo pocas veces puede no verter señas de sí por el rostro.

CAPÍTULO LII

LANCE APRETADO DE CORTÉS Y LO EN QUE EL LANCE PARÓ

§ 1.º—*Conflicto de Cortés con el motín de su campo.*

1. Habíales sido de pasmo á los españoles el opulento y rico presente de Motezuma, cuya magnificencia á unos les elevó á soberbias esperanzas y á los más les apocó la expectación de progresos, censurando de arrojo temerario, con tan corto apresto, emprender la conquista de un Imperio tan poderoso é inmenso. Acrecentóse al día siguiente la turbación con la novedad de haberse retirado la tierra adentro los indios que poblaban la marina, sin que pareciese alma por todo aquel horizonte; y, faltando estos vivanderos, se temía más haber de pelear con la penuria de bastimentos que con la multitud armada de los indios.

2. Uno y otro amenazaba, y todo se temía, sin ocurrir más industria para el remedio que el abandonar la empresa, pues para ponerla madura se requería más aparato, más traza y forma de real ejército. Sobre que rara vez se conquistan reinos sin que en ellos hayan ó se introduzcan guerras civiles, discordias ó trato con los de adentro. Estos rumores, no mal fundados, llegando á los oídos y aun impresionando los juicios de los cabos principales, que vieron la soldadesca pasarse de quejosa á remolinada, obligaron á que en nombre común de todos el capitán Diego de Ordaz, como dice Solís, le hablase á Cortés con la siguiente resolución:

3. "Que el ejército estaba por lo desabrido, inquieto y con ademanes de pasar á amotinado por entender que se persistía la empresa por ahora impracticable; y que no se les podía negar la razón, pues ni el número de soldados, ni el estado de los bajeles, ni las municiones de boca y guerra eran á la medida de conquistar un medio orbe; siendo ya más capricho que acuerdo el pasar adelante, y que las evidencias del riesgo dispensaban en las leyes de hablar tan claro; y así, que se tratase de dar torno á la isla de Cuba para que se dispusiese la conquista con más acierto„. En tal tenor dice Solís que se hizo á Cortés aquella protesta.

4. Es vicio de estoica sensibilidad mostrarse imperturbable al golpe de un vehemente dolor, pero de mucho pecho es, en la creciente de la pena, discurrir con juicio sobre el remedio. Agradecióle Cortés á Ordaz el que hubiese, aunque sin fruto, haber ya apurado todas sus artes en restablecer alientos en los soldados, y encargóle que de nuevo divirtiese la melancolía de aquel vulgo, con verter voz de que se inclinaba á dar la vuelta á las islas, esperando le depararía el cielo camino de más reputación y utilidad en el ínterin.

5. Con tan pesado accidente quedó Cortés en el retraimiento de su tienda, como en campo de batalla, á la recia batería de melancólicas y complicadas imaginaciones que le representó la perspicacia de su entendimiento juntas á un tiempo, como la imprenta estampa varias líneas y caracteres en el papel de un golpe.

6. El miraba por de frente á un Emperador gentil, que con inmenso poder le instaba á dejar la tierra y á que repasase el mar; de espaldas veía al ofendido Velázquez, que, á bien librar, le amenazaba con un cadalso; y á sus lados sentía no sólo desasidos, sino aun resueltos á dejarle, sus confidentes y amigos. Consideraba también, que ni preminencias de sangre le fijaban el respeto, ni pruebas de valor en otras semejantes jornadas le establecían la autoridad, sino un bastón empuñado á lo precario, que los mismos que poco ha se lo dieron mostraban ya ganas de quitárselo. Que el medio de entretener los mal contentos con la espera tiene poca dura en negocios desahuciados de esperanza, y á un vulgo le alborota más la penuria de presente que le regala la promesa de abundancia en adelante; y se le agravaba el pesar conociendo él

mismo que á los amotinados les sobraba la razón: siendo su designio como bajel que toma un rumbo contra los vientos y las corrientes del mar. No obstante, sentía Cortés dentro de sí una fuerza interior y un ímpetu suavemente violento que le arrebataba y compelía á persistir constante en lo comenzado; y repitiendo reflejas, sobre si estos impulsos eran delirios, sólo sosegaba cuando se resolvía á estar fijo en proseguir su primer intento.

§ 2.º—*Cómo salió Cortés de tan gran ahogo.*

7. Así fluctuaba Cortés entre las ondas de tantas dificultades, siendo los peligros del todo ciertos y los reparos sólo misteriosos, cuando, queriendo Dios mostrar que no era de industria humana sino de Providencia divina toda aquella admirable obra de la conquista, dispuso que en tal frangente llegasen al real español unos enviados del Señor de Zempoal, provincia poco distante; y su proposición era, no sólo solicitar amigable correspondencia, sino hacer con Cortés alianza en que entrarían otros muchos y poderosos caciques, que, impacientes con el soberbio dominio de Motezuma y agravados aún más con la tiranía de sus ministros, más insolentes en el trato mientras más distantes de su corte, se prometían sacudir de sí tan violento yugo con las armas auxiliares de los españoles, cuya fama de valor y humanidad tenía llena aquélla y otras confinantes provincias de alegría y esperanza; y que si los de Zumel y Tabasco con la osada resistencia los ocasionaron sangrientos triunfos, los zampoales y sus aliados con fina liga les adelantarían sus glorias.

8. Vió el cielo abierto Cortés con tan oportuno como inopinado favor, prenda firme de su esperanza para continuar la empresa; y divulgada la noticia de aquel tan admirable socorro y tan divina asistencia, se despojaron los ánimos de las nieblas con que les obscurecieron sus desconfianzas, como el cierzo deshace los nublados en el aire, y se revistieron todos de sus primitivos y valerosos espíritus.

9. Marchó luego Cortés al río de Zampoal (en cuya vecindad se situó después la villa célebre de Vera Cruz) desde donde se descubría la principal población de her-

mosa vista, asentada entre dos ríos que fertilizaban la campiña, despeñados de las sierras poco distantes con aspereza frondosa y apacible. Causaban los edificios, muchos de piedra, suntuosos lejos; y, por cubiertos con un género de cal tan blanca como bruñida, engañó á los batidores á que creyesen que eran fábricas de plata, según con los espejuelos despedían resplandores, burla de gusto que dió de qué hacer fiesta al campo todo.

10. Con este cacique de Zampoal empezó Cortés á amasar sublevaciones contra Motezuma, porque de los cumplimientos le pasó luego á los puntos de la embajada para sondar lo que podía fiar de su indignación; y el cacique también, para descubrir si aseguraba en Cortés resolución y fuerzas para declararse en publicidad contra el poderío de su Emperador, ya encarecía sus agravios, ya ponderaba las dificultades de aventurarse al riesgo de irritar á tan poderoso Monarca; á que con prontitud ocurrió Cortés, diciéndole que uno de los fines de aquel su ejército valeroso era deshacer agravios y enfrenar violencias, y que mirase en cada uno de sus soldados la fuerza de todo un reino, cuando, para su socorro, tenía su Rey español tantos reinos como en sus tropas podían contarse soldados. Con que, asegurado el Zampoal y satisfecho Cortés, aplazaron el país de Quiabislan, que el señor de aquellas sierras era de los malcontentos, y con su asistencia y oportunidad del sitio se iría dando forma al tratado. Con que el Zampoal partió á disponer al cacique vecino y Cortés á poner su ejército en marcha.

CAPÍTULO LIII

DE CÓMO AJUSTÓ CORTÉS CONFEDERACIÓN CON ALGUNOS SEÑORES DE PROVINCIAS CONTRA MOTEZUMA

§ 1.°—*Congreso de los de la liga en Quiasbilán.*

1. Marchaba Cortés al congreso con asistencia de cuatrocientos zempoales, que, sobre abultar el cuerpo de nuestro corto campo, ayudaban con sus hombros al peso de los bagajes, y servían de lenguas y de guías para no extraviarse en la variedad de sendas. Era la región amena y hacía verse de lejos el palacio del cacique por la eminencia del sitio, en que era muy desigual el adorno al vuelo de la fachada. Capacidad sí tenía para alojar todo el campo con desahogo, y aunque sintieron en tan gran sobra de regalo mucha falta de pulicia, propio achaque de las montañas y sierras que, por remotas, no le curan los pulidos aires de las cortes.

2. Llegóse el tiempo de conferenciar Cortés con los dos caciques, formando éstos el exordio del coloquio con indignaciones, despechos y demostraciones de iras, contra la inmunidad de su Emperador y contra la codicia é insolencia de sus lados y ministros, como suspiros de rebeldes y mal contentos; y éstos en acordes gemidos, le hacían á Cortés armonía y sonora música contrapunteando con encenderles ó regalarles más la indignación, y ofreciéndoles no sólo las armas que tenía de presente, sino más ejércitos reales de su español Rey, para restauración de su libertad. Pero atendiendo á lo que más le picaba, pasó á examinar las fuerzas, número de gente, y quienes

otros caciques y provincias se incorporarían en aquella confederación; porque se debía tomar las medidas á la sustancia de la materia para disponer la forma de la guerra.

3. Estas conferencias interrumpen algunos escritores con un cuento, que más parece sutil enredo de comedia que materia digna de historia. Porque en el fervor de esta junta, pintan á los dos caciques de repente perdiendo el ánimo y el color al ver pasar seis comisarios imperiales de los que recogían los tributos para las tesorerías de México, y que, despavoridos, sin despedirse de Cortés, volaron á presentarse á la audiencia de aquellos jueces, donde les reprendieron la audacia de acoger extranjeros sin licencia; y que, informado Cortés del lance, hizo con los ministros mexicanos una severa demostración de su poder, mas con tal arte y modo equívoco, que pretendió congraciarse con Motezuma, y dar estrenas de su protección á los caciques; y, contento con tan gran sutileza, Solís concluye el cuento, diciendo: "Que así dejó Cortés confiados á los caciques, sin olvidar la satisfacción de Motezuma, cuyo poder, tan ponderado y temido entre aquellos indios, le tenía cuidadoso„. Mas un cuidado de tan gran pecho no debía sosegarse con una maraña mecánica, y que, descubierta, le granjearía en Motezuma desprecios y en los caciques merecidas desconfianzas. Más se pudiera decir, á no llamar la respuesta que le dieron á Cortés en el párrafo siguiente.

§ 2.°—*Qué gentes y qué provincias en esta ocasión se aliaron con Cortés.*

4. Ofrecieron de su parte los dos caciques para la guerra numerosas y bien armadas sus tropas, y noticiaron á Cortés como otros treinta caciques pondrían en campo muy grueso cuerpo de ejército; gente belicosa y ya tumultuada contra el dominio incomportable de México, y porque, recientemente conquistados, bramaban de mal sufridos; que se apretarían con ardimiento las inteligencias, pero sería preciso, para establecer y fijar los ajustes del tratado, el concurrir las partes á un congreso general con algún color que deslumbrase el intento y no diese que extrañar el extraordinario concurso. Aprobó Cortés

la advertencia, y, como tan pronto en discurrir expedientes, representó por medio oportuno verter fama, que en aplazado día celebraban los españoles unas fiestas de juegos militares. Ella fué especie acertada

5. Porque correspondió el efecto á medida de la idea y se logró de camino el que, con alarde de guerra, salva de la artillería, estruendo de los mosquetes y demás armas de fuego, puso el asombro á los indios en eminente respeto; y con el juego de alcancías, cañas, sortija y estafermo al peso del agrado les infundió gran afecto á la gentileza, garbo y bizarría de la nación española, que á todo tiró Cortés con la traza.

6. Y en el ínterin, con recato, se presentaron á Cortés más de treinta sátrapas ó dueños de aquellas vecinas sierras ó principales cabos de otras grandes poblaciones, entre quienes se hacía señalado aprecio de los que llamaban totonaques, nación guerrera por más bronca y más conocida en la campaña por lo endurecida desde la cuna en áspera miseria y ejercicio de armas. Y fué la conclusión desta asamblea el ofrecer cien mil combatientes para cada y cuando les avisase Cortés ser tiempo de desembozarse y á lo público hacer rostro á todo el poder de México. Establecido ya este convenio, se retiraron los caciques á sus estancias y Cortés quedó dando asiento á la población de la Vera Cruz, guarida fortificada para cualquier contratiempo y república instituída con notables legalidades que á lo difuso refieren otras plumas.

CAPÍTULO LIV

DE LA CÉLEBRE RESOLUCIÓN DE CORTÉS EN EL DESHACER SU ARMADA Y ECHAR Á FONDO SUS NAVES

§ 1.º—*Motivos de Cortés para deshacer su armada.*

1. La censura de extravagantes arrojos ordinariamente se arregló á su feliz y desgraciado éxito, pues, á surtir bien, la más loca temeridad logra panegiristas y aprobadores, aplauso y fama; pero, si sucede mal, el más heroico arresto, por más que se midiese con los compases de la prudencia, padece eterno disfame del desatino y delirio. La resolución que tomó Cortés de afondar su flota se fundó en política muy discreta, y á su determinación correspondió su felicidad, dos polos sobre que, fija, logró su fama constancia y tuvo todos los llenos que irán cumpliendo todos los siglos.

2. Porque aun después de laureado su ejército con las insignes victorias de Zumel y Tabasco, se le había amotinado su milicia con tal disturbio y descoco, que para su sosiego no sobró el propicio y bien misterioso acaso que queda dicho; pues se siguió en Veracruz saltar de aquel incendio mal apagado otra chispa de inquietud que le precisó á Cortés ponerles en escarmiento con un sangriento castigo, en dos soldados de muerte, de azotes en otros dos y cortando á otro los pies, reservando para sí la pena de no sentirse seguro de los que eran su única confianza. Y así dice Solís: "Púsole á Cortés en grande cuidado el atrevimiento de estos soldados; mirábale como resulta de las inquietudes pasadas, llegado ya el caso de

medir sus fuerzas con las de Motezuma, obra desigual para intentada con gente desunida y sospechosa„.

3. Hubo también de advertir alguna desalentada impresión en los suyos, cuando el cacique de Zocotlan, ponderándole las grandezas de su emperador Motezuma, le dijo (según refiere la *Pontifical* y Solís con otros): "Que Motezuma era el mayor Príncipe que en aquel mundo se conocía; que no cabían en la memoria ni el número de las provincias de su dominio; que tenía su corte en una ciudad incontrastable, fundada en el agua sobre grandes lagos; encareció mucho la inmensidad de sus tesoros, las fuerzas de sus ejércitos, y, sobre todo, la infelicidad de los que no le obedecían„. Así Solís, y añade: "Era verdad lo que el cacique afirmaba„. Y ¿que mucho que el recuento de tan espantoso poderío turbase el aliento de unos tan pocos soldados, cuando Cortés, si bien hizo fiesta del caso, se movió al recuerdo exótico de dar barreno á las naves?

§ 2.°—*Circunstancias del hecho.*

4. En la práctica del hecho tomó Cortés el sagaz acuerdo de conferir con sus confidentes esta materia con industria de excitarles, como al descuido, la especie, y tan sin prender en ella que algunos de la consulta se la prohijaron á sí mismos por parte de sus ideas, pues sin algún rubor Bernal Díaz en su *Historia*, dice: "Aconsejámosle á Cortés sus amigos que no dejase navío en el puerto, sino que diese al través con ellos„. Y que sería el único remedio contra los síntomas y accidentes de estas repetidas consternaciones el ver que, desaparecida la armada, no quedaba á los peligros y dificultades otra salida que el morir ó vencer; conquistar aquel riquísimo Imperio ó mirarlo como glorioso sepulcro; y que se reducía aquel su común empeño, para librarse de las horcas y los dogales, á aspirar á aquella acción que les coronaría de honores y tesoros y doraría cualquier yerro.

5. Añadió Cortés el discreto ardid de que, como de suyo, los marineros echasen voz de que, sin practicable reparo, los navíos se iban á pique, no bastando ya las bombas para sacar el agua que admitían aberturas irreparables, efectos de la demora en aquella estancia y calida-

des nocivas de aquel puerto. Logróse juntamente el engrosar el ejército con más de cien hombres que ocupaba la marinería, y sirvieron para el bagaje y otros menesteres las jarcias y tablazones. A los buques se dió barreno y se reservaron los esquifes para la pesca. No siendo en Cortés menores las providencias que los aceros.

6. El hecho fué incomparable, y, aunque ha habido ejemplares en la apariencia, fueron muy inferiores en la sustancia. Es así que los helvecios, nación briosa de Alemania, desacomodados en sus solares, antes de salir á conquistar regiones extrañas, abrasaron toda su patria, imposibilitándose á tener otra guarida que la que fabricase su espada. Agatocles, rey de Sicilia, en desembarcando en Cartago, al instante puso fuego á todos sus bajeles, empeñándose á sí y á los suyos en ganar á Cartago, ya que no tenían en qué tornar á Sicilia. Barbarroja, en el cerco de Bugia, quemó también su flota, resuelto á que Bugia había de ser su trono ó sepultura. Y el emperador Maximino dió á las llamas todas sus naves así que surgió en Inglaterra, blasonando seguridad de la victoria con sola su presencia, ó precaviendo que no tuviese el miedo ó la inconstancia adonde refugiarse.

7. Extravagancias de animosidades fueron éstas que las recubrió de heroicas la fama con sus plumas; pero fueron arrojos que tenían fiadores de refugios ó socorros con los resguardos de poderíos cercanos, propios ó de coligados. Pero la alentada temeridad de Cortés tenía de frente á todo un gran Imperio ofendido; de los lados unos serranos indios contentables y mudables. De través fulminaba el valeroso Velázquez irritados rayos de ira desde la Habana. España, un mundo de distancia y de adonde, por entonces, más se temía que se deseaba su asistencia. Y resolverse á romper los lazos de todos estos cabos tan solo y con poca gente, haciendo el ánimo á conquistar la América, aquesto fué lo máximo si las temeridades animosas de los otros héroes fueron grandes.

CAPÍTULO LV

GUERRAS Y ALIANZAS DE LOS ESPAÑOLES CON LOS INDIOS TLASCALTECAS

§ 1.°—*Por qué Cortés tentó á Tlascala antes de emprender á México.*

1. Hecha la liga de varios poderíos y deshecha la armada de los españoles, cargó Cortés la consideración por qué rumbo estrenaría las facciones de la conquista, requiriéndose, antes de convocar las naciones confederadas, fijar la mira en acertada derechura de la empresa; llamó, pues, á consejo, los cabos principales de su campo y consultó sus pareceres, deseando que la conformidad de los juicios apretase la unión de los afectos, porque obedece pronto y constante quien juzga por lo más cierto en lo que obedece, y se empeña en mantener y apoyar la resolución que fué de su parecer.

2. Fueron los más de opinión que aun no estaba madura la materia de la conquista de México con aquel bulto de futil alianza para declarar la guerra, siendo así que la turba de caciques y gentes de aquellas serranías era sólo balumba sin sustancia, despojados por Motezuma aun de sus pobres armas, y que, las mismas quejas y miedos que mostraban de aquel poderoso Emperador, argüían ser el desecho de aquella gran corona. Que se requería, pues, restablecer la recién fundada población de Vera Cruz en forma regular, como las plazas fuertes de Europa, contra todo el poder de América á la banda de

tierra, y contra las invasiones del mar que debían temer del airado gobernador Diego de Velázquez.

3. Y ponderaban con energía que este expediente produciría dos efectos muy importantes: el uno era ganar tiempo para justificar en España sus procederes y progresos, esperando de su gran rey Carlos socorros y aprobaciones; punto preciso para quedar bien así en lo próspero como en lo adverso. Y el otro fruto sería el tomar con más espacio y delecto las sublevaciones de otras naciones de más lustre y de más nervio, é ingeniarse en introducir dentro de la misma curia y palacio de México inteligencias, ya con los áulicos más validos que negociasen la benevolencia de Motezuma, ya con los malcontentos y y sediciosos, de que en todo género de cortes hay mucha copia ansiosa de inquietudes y novedades, y gustan, como los delfines, de las borrascas.

4. Otros, que pretendían deslumbrar con el nuevo brío y ardimiento de bravuras el descrédito que engendraron en Hernán Cortés sus pusilánimes tibiezas é inconstancias, instaban y bravean sobre que, sin más largas, se tomase la marcha hacia México, pues sabían lo desigual que era cualquier multitud de indios á las fuerzas de sus pulsos y al exceso de sus armas. Añadían que aquel mismo sentir mudos y quedos á los mexicanos, entre tantos movimientos de rebeliones y estruendo de guerra, era patente señal de que estaban yertos y helados ya aquellos bárbaros al eco del formidable nombre de los españoles. Así braveaban los que más temían.

5. Entre los extremos de detención y celeridad, escogió Cortés el medio de dar principio por la provincia de Tlascala que, ó confederada ó rendida, daría en el sitio de su eminencia una fuertísima plaza de armas para la conquista; y si por siglos ha sido puesto, decía, que con opulencia y constancia ha mantenido á los tlascaltecas contra la potencia imperial de México, con más denominación y poder mantendrá á los españoles para invadir y asolar la monarquía mexicana.

6. Y como sonriéndose á lo misterioso y respondiendo á lo de esperar socorros de España, dijo Cortés: "Ellos, por tardíos ó cortos, nos vinieran á destiempo, ó á ser de gran aparato y de un real ejército; compañeros y amigos míos, entonces nosotros nos redujéramos á sólo hacer número entre picas secas, ni nos contaran en la

plana de los conquistadores, usurpando los cabos de primera clase la gloria de nuestro descubrimiento y conquista„. Esto dijo Cortés como si anteviera el poco caso que hicieron de su persona, cuando, aun después de haber conquistado un medio mundo, acompañó al emperador Carlos V en la jornada infausta de Argel, en que las plumas tuvieron bien que escribir, y su tinta pudo ponerles á no pocos gran rubor.

2.°—*Primera batalla de los españoles con los tlascaltecas.*

7. Con el primer aviso que dió Cortés á los sublevados, como si al toque de su bastón la tierra produjera hombres, se plantaron en campaña más de cien mil indios; y Cortés, apreciando la prontitud de la ejecución, entresacó de aquella muchedumbre hasta diez mil de los más diestros en el ejercicio de la lanza, flecha y honda, siendo de embarazo, y aun de recelo, tanto gentío, cuya confianza era poca y su mutabilidad mucha; y remitió á los demás tercios á sus cuarteles de sus países, pretextando la reforma con que convenía dejar fuerza reservada para reclutas del campo y accidentes de la guerra. Luego formó un escuadrón selecto de los hijos y parientes de caciques principales, con cabos y oficiales españoles; y siendo así que los llevaba por rehenes de su lealtad, les dió á entender que eran muestras de más honor. Después hizo planta del ejército, dando la vanguardia á los españoles y la retaguardia á los indios, gobernados éstos por sus caciques con toda disposición militar, en que les instruían los españoles que se entreveraban; y el resto con gastadores cubrían el cuerpo del bagaje y artillería, repartidas por la guarnición de los dos costados las tropas de caballos, encaminando en forma de guerra la marcha hasta los términos de Tlascala.

8. "Era Tlascala (dice Argensola) una provincia espaciosa: tenía de circunferencia más de noventa leguas. Las sierras que la rodean amenazan con fortalezas armadas á los confinantes. Por la abundancia de lluvias crecen en lo más alto bosques de abetos, de platanos y otros árboles umbrosos y robustos, entre cuya espesura se crían osos, leones, tigres y diversas fieras. Lo llano y tratable ocupan ciudades y pueblos poderosos, que producen in-

finita muchedumbre de gentes, que, ejercitadas en la guerra, huyen el ocio, aunque no dejen de frecuentar vergeles deliciosos, estanques, fuentes y otros entretenimientos halagüeños que afeminan el valor„.

9. El capitán Oviedo, en su *Historia* describiendo la ciudad capital ó corte de esta provincia, dice: "Es mayor que Granada y muy más fuerte, y de tan buenos edificios y de mucha más gente que Granada tenía al tiempo que los Católicos Reyes la ganaron; y muy abastecida de las cosas de la tierra, así de pan, aves y caza, como de pescados de los ríos y legumbres. Hay en esta ciudad un mercado de ordinario, en que continuamente concurren más de treinta mil almas„. Y nota Argensola: "Que subiendo Hernan Cortés un montecillo hasta la cumbre, tendiendo la vista, divisó esta espantosa ciudad, tanto por la fortaleza como por el número de los edificios é infinitos pueblos que la cercaban„. Hasta aquí estos autores.

10. Es fama que esta nación (como ya dejamos dicho) fué de las primeras pobladoras de la América Septentrional, y anhelando á vida libre, dió vuelcos muchos en su variedad de gobiernos. No pudo sufrir el monárquico, y así sacudió varias veces el yugo de México. Dividióse en dominio de caciques y brumábanle incesantes guerrillas sobre las jurisdicciones. En el república tuvieron subsistencia, aunque sujetos á tolerar muchos amos por huir la tiranía despótica de un dueño. Los cronistas acopian varias causas de subsistir Tlascala en su libertad en medio de un Imperio tan poderoso como era el Mexicano.

11. Fray Román, en sus *Repúblicas*, lo motiva diciendo: "Motezuma, como fué dado á las armas, holgaba de tener continuamente guerras, y así nunca quería vencer ni acabar á los enemigos. Por eso dejaba libres á los enemigos de Tlascala; porque cierto, según era su poder grande, los pudiera haber acabado mil veces. Mas esto hacía con gran industria, porque sabía que, si le faltaban enemigos fuera del reino, necesitaría otros dentro, y también porque la gente, no teniendo guerra, se harían muy afeminados y viciosos„. Otros autores lo atribuyen á que para los sacrificios de sus ídolos eran las víctimas más preciables los cautivos en guerra viva, con que destinaban á los tlascaltecas valerosos por víctimas más estimables para sus aras.

12. Otros motivos secretos hacían estar quedos á los ministros reales, como dejarse beneficiar y estipendiar de aquella rica república para que divertiesen las armas de México á otras empresas, ó ya el entrar en recelo de que si los de esta nación, compuestos con su Príncipe, participasen las cargas militares y políticas, les volarían las mejores ocupaciones; y lo que á los grandes y próceres de México más les movía para fomentar que Tlascala se conservase siempre como república libre, era por tener á mano algún asilo ó sagrado donde refugiarse en las fatalidades y accidentes que temen nobles vasallos, justa ó injustamente á su rey airado.

13. Tal constitución de Estado tenía Tlascala cuando llegó Cortés á sus confines, y les envió embajadores (espías públicas de sus fuerzas, genios y designios) para el negociado de su alianza, representándoles la conducencia de unir las armas para reprimir en Motezuma la exorbitancia de su poder, y que de una vez les dejase de ser opresión y espanto el enemigo común, que, no sólo los consideraba despreciables, sino que los tenía marcados para sus sacrificios á tenor de reses en los rediles.

14. Controvirtióse el punto en aquel senado, y entre los halagos de conducencias con que se afeitaba la proposición de Cortés, preponderaron en el peso de sus juicios los inconvenientes de descrédito y deshonra que se envolvían en aquella alianza. Ellos hacían recuento de naciones extranjeras que se entrometen á dar socorros y suelen alzarse con el dominio de los asistidos por premio ó paga de la asistencia; arte bien conocido en los mexicanos con que ampliaron violentamente su monarquía.

15. Sobre ser malquisto error el fiar más de los que profesan contraria ley. ¿De dónde, cómo ó por qué se nos entran por las puertas estas gentes de otro mundo á prometernos socorros? Perniciosa máquina debe de encerrar su propuesta; é incurriríamos en execrable disfame si introdujésemos al centro de nuestra América la inundación armada de gentes del otro orbe, que seguirán á estas pocas huestes de españoles. Ni lograríamos medras con ruindades, pues si se aman las traiciones por provechosas, se aborrecen á los traidores por infames. Dejémoslos (concluyeron y acordaron) chocar contra los mexicanos, y los sucesos nos aconsejarán lo que después nos puede más convenir. Conque la respuesta fué categórica: *Que*

no entrarían españoles en Tlascala sino á fuerza de guerra; apretando las órdenes á sus generales de que doblasen la gente y guarnición de las fronteras.

16. Vuelto el ánimo á las armas entró por Tlascala Cortés á son de guerra. Y marchando su campo entre dos montes, de cuyas faldas se formaba un valle de mucha amenidad (según dice Solís) á poco más de dos leguas dió vista á una gran muralla, que corría de un monte á otro cerrando enteramente el camino, fábrica suntuosa y fuerte que denotaba el poder y la magnitud de su autor. Tenía veinte pies de grueso, estado y medio de alto, rematando en un parapeto al modo que se usa en las fortificaciones de Europa. Fama es que la mandó hacer un Emperador para enfrenar las correrías y pecoreas que por aquella banda solían hacer los tlascaltecas en las provincias de México, mas, con el descuido y revolución de tiempos, ya era sólo un promontorio de ruinas y aviso á los españoles de que las habían de haber con los que se les entendía de milicia regular.

§ 3.º—*El hecho de la batalla y duda de la victoria.*

17. Cortés marchaba, y el indio Xicontetal, general de los tlascaltecas, antes de dejarse ver con el grueso de su campo, fué echando á los españoles con escaramuzas, y aunque cerró con una partida de ellos un trozo de caballería que les echó encima Cortés, los indios en el choque perdieron poco terreno, y, tan diestros como denodados, con desprecio de su costa hirieron á dos españoles y cinco caballos, reconociendo con desmontarlos ser fabuleta el rumor de que era todo una pieza el caballo y el jinete, ni deidades los que gemían á sus golpes.

18. Era ardid de Xicontecal el atraer á su real al ejército español, para arrancarlos de una eminencia que los defendía las espaldas y cogerlos en medio y combatirlos por todas partes, y, saliendo con su intento, al sacarlos á lo llano, se les presentó con cuarenta mil hombres, abriéndolos en dos alas, que, corriendo impetuosamente, los sitiaron á lo largo. Fueron luego doblando, con que cerraron el sitio, y precisaron á que el escuadrón español diese cuatro frentes, y que ya cuidasen de resistir más que de

ofender, supliendo con la unión y buena ordenanza la desigualdad del número.

19. Y así en éste como en semejantes ahogos verifica Saavedra que á las ventajas de las armas de fuego y artillería deben los españoles la conquista de América. Estas superiores armas hicieron á los tlascaltecas desviarse á larga distancia, y á pelear más recatados y menos atrevidos. Porque como embestían á montón no perdían las balas tiro, y obraban horrendo estrago, abriéndoles y desordenándoles. Ellos se retiraron con buen orden, pues dentro de poco tiempo se volvieron á componer y cerrar con tan reforzado brío, que (Solís dice): "los españoles, fatigados ya de la batalla, empezaron á dudar el suceso„. Y tiene por milagro, que, sin entenderse el motivo, repentinamente Xicontecal retiró hacia Tlascala su campo; y con ponderación Solís dice: "Respiraron los españoles con esta novedad, que pareció milagrosa„; porque no se hallaba causa natural á qué atribuir el que aquel bárbaro, tan sin por qué, alzase la mano de la victoria que tenía puesta á sus plantas. Con que contó Cortés por gran triunfo el no haber sido de todo punto roto, y quedar sólo con diez soldados heridos.

20. Antes de introducir á Cortés en las demás batallas con los tlascaltecas, es menester que tuerza la pluma el vuelo para hacer reflexión sobre el silencio y quietud en que se halla el emperador Motezuma entre el disturbio de las provincias, rebelión de sus vasallos, avilantez de los españoles y batallas de tlascaltecas, materia que era de admiración en aquel tiempo y de curiosidad aún en nuestro siglo.

§ 4.°—*De la impresión que hacían en Motezuma estas novedades y movimientos.*

21. Consideran algunos escritores en esta revolución de materias al emperador Motezuma suspenso y como atónito con las memorias de los anuncios pasados, que daban claras pruebas en los peligros presentes con la entrada de los españoles, progresos de sus armas y provincias sublevadas que seguían sus banderas. Pasan á describir toda aquella gran corte mexicana, arrebatada de una general consternación, refugiándose á sus templos y

procurando aplacar las iras de sus dioses con llantos y clamores, plegarias y sacrificios, siendo un suspiro de todos el detener los rayos del castigo, que, con horrorosas señales y pronósticos, les había amenazado el cielo.

22. Así debiera de ser, y así debiera aquel bárbaro Emperador darse por entendido á tan contestes anuncios de su fatalidad y pérdida de su Imperio; mas ó testareó en el disimulo ó se inclinó al engaño de atribuir los prodigios á magias de sus astrólogos; y, si á vista de los portentos sintió impresiones de espanto, se oreó en pasando presto al asombro, como sucede á los navegantes en amainando las tempestades; y más en las curias y en los palacios, donde se hace estudio de olvidar pesares en continuas especies de placeres.

23. Ni ponían en cuidado (si es que llegaba allá su noticia) la persistencia y demora de los españoles en sus costas y en sus puertos; juzgábanlos por navíos mercantes, como los primeros de Córdova y Grijalva; y el correr por aquella corte las curiosas y pulidas bujerías de Europa asentaba más esta común opinión; y como no se les había admitido por embajadores, por sospechar ser color que toman los comerciantes para mayor seguridad de sus conveniencias, se creía ver alguna interesal condescendencia en que se detuviesen hasta que despachasen. Sobre que la mucha distancia y trabajo de una tan inmensa corte desviaba casi de todos las aprensiones de las que tenían por mecánicas novedades.

24. Ni habían inmutado las confederaciones de Cortés con los caciques de las montañas y serranías, porque en el gobierno político de aquel dilatado Imperio se permitía á los señores y caciques poderosos el pleitear, cuando muy distantes, sobre las apendencias ó dependencias de sus Estados á fuerza de armas, por no ser inquietudes que perjudicaban al dominio alto de los emperadores, antes eran de logro á los ministros de sus Consejos, pues al picar en conocido exceso la guerrilla mortificaban bien á los promotores, y quedan condenados en costas los invadidos. Bárbaro estilo, pero, á veces, aun en España practicado. Y en tal suposición, sin dar á México materia de pesquisa, y antes de publicar contra el Imperio guerra, se valieron los indios zampoales de Hernán Cortés para despicar agravios y violencias de algunos sus enemigos confinantes.

25. La empresa de Cortés contra Tlascala, que pudiera despertar más la atención por traslucirse ya designios de elevadas consecuencias, fueron en México también de poco reparo, y apenas sonó su estruendo á causa de que hacía en aquella corte más ruido la aclamada venida de su Príncipe imperial, que en la estación de doce años iba llenando la expectación que todo el Imperio tenía de sus muy floridas prendas, y le enviaba desde Tula la madre Sultana al Emperador su padre para celebrar su cumplimiento de años; y como su estancia era de plazo corto, se le sincopaban de muchos los cortejos, no dejando lugar á oir otros rumores ni cuidados.

26. Solamente en el Consejo de guerra, á quien era obligación de los ministros de las provincias dar cuenta de los accidentes en sus fronteras, se había rugido aquel punto, y como de paso tomado acuerdo de que se estuviesen las armas quedas hasta ver en qué paraban los choques de los extranjeros y tlascaltecas, no sin confianza y complacencia de que mutuamente se ensangrentasen por la resulta de que el vencido quedaría perdido y el vencedor tan debilitado, que, sin dispendio, le serviría á México de despojo. La consulta de esta resolución bajó muy aprobada de Motezuma, el cual añadió el orden de que, con color de desertores, dos mexicanos diestros en la pintura se introdujesen en aquella campaña, y como fuesen sucediendo los lances de la guerra, bien pincelados en lienzos, los remitiesen con puntualidad á México.

§ 5.º—*Cómo los pintores enviaron á Motezuma, bien pintada, la segunda batalla de españoles y tlascaltecas.*

27. Bien les dió en qué entender y en qué mostrar su primor á los dos pintores mexicanos la segunda batalla, que disputaron tan dudosa como la primera los tlascaltecas con los españoles. Ellos se sabían explicar con el pincel como pudiera un historiador con la pluma, haciendo como visibles, aun las razones y las palabras, con imágenes y puntos, sombras y colores. Y, lo que se celebra por encarecimiento de ingeniosidad en los egipcios entenderse por hieroglíficos, era en los mexicanos un estilo familiar y como lenguaje común; y arguye no menos entendimiento (como ponderó Solís) que el comunicarse por

letras y caracteres. Estos, pues, delinearon entre lienzos la planta de los ejércitos, la batalla y el dudoso éxito de la pelea.

28. La mitad de un lienzo ocupaba Xicontecal acampado con cincuenta mil tlascaltecas, expresando, no sólo el orden de los escuadrones, sino aun las divisas de los estandartes con los nombres de sus jefes. Y los apunta Argensola, diciendo: "Ocotelulco, sobre unas peñas un lobo en pie; Quitlan, un ventalle grande de plumas verdes en forma de penacho; Tizatla, una garza blanca sobre una roca; Tepesicao, sobre un peñasco un pájaro verde. Era centro de todas las insignias militares, en la que se sobreponía y elevaba una grande águila de oro, el pendón capital de aquella República, que sólo acompañaba á sus huestes en las más heroicas ó arduas empresas„.

29. Por la otra mitad del lienzo tendió el pincel al campo español, acuartelando en las puntas de sus dos alas á las naciones sus auxiliares, y formando el cuerpo de españoles, ordenados en hileras con mezcla de picas y de mosquetes, y los costados guarnecidos de artillería á regular proporción de sus medidas para ofender, y la caballería dividida en puestos aptos para acudir á todas partes á dar en los aprietos socorros. En lo que más apuraron el arte los pintores fué en copiar muy vivamente los rostros, garbo y bizarría de Cortés y sus capitanes, haciéndoles verter por los semblantes seguridades de la victoria más que exhortaciones á la pelea.

30. En el segundo lienzo que retrató los choques y ataques de la batalla, se tiraba mucha parte de la admiración que pudiesen aquellos pinceles bárbaros en exprimir con llama y humo, el oficio de la artillería, un adelantarse á significar el estruendo de las piezas y mosquetes con formas de rayos disparados de las nubes, y el gran estrago que hacían en las tropas enemigas; y cómo éstos, revestidos de más coraje, con los mismos humos de su destrozo, cerrando con los españoles, los desordenaran y derrotaran del todo, á no sobrevenir un prodigio, más que acaso, y fué, retirarse sin saberse la causa, Xicontecal, como en la primer batalla.

31. Y lo confirma Solís diciendo (lib. II, cap. XVIII): "Sucedió á este tiempo un accidente como el pasado, en que se conoció por segunda vez la especial providencia con que miraba Dios por su causa„. El motivo de esta se-

gunda retirada, fué que Xicontecal, como destemplado y altivo, trató de cobarde á uno de los principales caciques que militaba bajo su conducta con más de diez mil guerreros auxiliares, porque se detuvo cuando los demás cerraron; y él, no sufriendo la afrenta, tumultuando con los suyos, terminaron el rompimiento en retirarse, volviendo en fuga deshecha las espaldas. Con que, reconociendo Xicontecal la suma disminución de su campo, sobreseyó en el presente logro del triunfo y dejó la victoria y la campaña.

32. El tercer lienzo pintaba á los españoles, aunque recobrados á ordenanza, suspensos, fatigados y sin mover los cuerpos, los ojos fijos hacia la parte donde el enemigo se había retirado, con recelo de si era estratagema y arrestando el ánimo para si reiterase de improviso otro ataque para del todo perderlos.

33. Pues como, en los informes destas pinturas, Motezuma y sus consejeros viesen como quedaba la controversia dudosa, y que la retirada de Xicontecal no era rendición, y la persistencia del español en campaña nacía de temer otra invasión ó no poderse menear de debilitado, continuó la máxima de que sus armas no se desenvainasen hasta que el último trance desta guerra las moviese.

§ 6.° — *Tercera batalla y casual disposición de la alianza entre los españoles y tlascaltecas contra el Emperador Motezuma.*

34. Un ingenioso escritor representa esta tercer batalla á lo cómico, como si ideara un entremés ó sainete burlesco, para la tercera jornada de una comedia, introduciendo una graciosa fábula, diciendo que sus astrólogos significaron á los tlascaltecas, que, mediante la observación de sus círculos, habían descubierto la influencia que hacía invencibles é inmortales á los españoles; consistiendo aquel secreto en que eran hijos del sol en la región oriental, y que, como padre, les fomentaba la vida con su presencia de día, y careciendo de tan vital influjo en su ocaso, quedaban desanimados y marchitos, como acaece á las hierbas del campo; y que, como los tlascaltecas, asintiendo á este delirio, embistiesen á los españoles

de noche con más confianza que arte, derrotados se pusieron en fuga, dejando la campaña cubierta de cadáveres. Este autor, cuando pinta á los tlascaltecas tan simples, se olvidó de que los había antes pintado muy sagaces y republicos.

35. La puridad de la historia es que, después de tres batallas, quedaron los tlascaltecas, aunque sin perder una plaza, muy escarmentados y disminuídos de fuerzas. Toda la provincia confusa con tres rotas; muertos sus mejores cabos; á montones por los campos los esqueletos de su veterana milicia; clamando los pueblos por la paz, y su senado falto de discursos y medios para proseguir la guerra, ni para asentar paces ó treguas con honra.

36. Los españoles también se hallaban con tedio y mucha fatiga, y tan perdidos los estribos de la confianza y paciencia, como lo pondera Solís, diciendo: "Pudo tanto en algunos de los soldados españoles la novedad de haberse visto rotos y desordenados en la batalla, que volvieron al cuartel melancólicos y desalentados. Eran muchos los que decían con poco recato que no querían perderse de conocido por el antojo de Cortés, y que tratase de volver á la Vera Cruz, pues era imposible pasar delante; ó lo ejecutarían ellos, dejándole solo con su ambición y temeridad. Iba tomando cuerpo la inquietud de los mal contentos, no bastando á reducirles la diligencia de los capitanes, ni el contrario sentir de gente de obligaciones„.

37. Cortés, como tan prudente, conociendo que no con largos razonamientos, sino con breves y nerviosas palabras se corrigen las violencias de estos recientes embates, sólo les dijo: "Amigos, considerado el que no es posible ya retirarnos sin perdernos„. Y aunque advirtió en sus semblantes los entendimientos convencidos, quedó poco confiado de sus voluntades volubles, y, consiguientemente, con nueva ansia de ajustarse que de descomponerse más con los tlascaltecas, pues, así para lo de presente como para los progresos de en adelante, interesaría más en ganarlos por amigos que enconarlos más por contrarios. Sólo restaba el modo para el ajuste y la reserva del crédito.

38. Maravillosamente se compuso todo con unos rumores vagos que corrieron por el real español y por Tlascala también, de que Motezuma en persona, con dos-

cientos mil combatientes, apresuraba todo su tren de campaña con ánimo resuelto de acabar de consumir á los españoles, que estaban para expirar, y á los tlascaltecas en que había ya poco en qué entender. Suele la mentira ser hija de algo, originándose de algunas apariencias; y ahora ésta se fundaba en que, volviendo el hijo del Emperador á su provincia de Tula, además de las guardias ordinarias, se conmovían por todas partes las milicias, y tomó vuelo la voz de que se armaba todo el Imperio; que con vestirse los ejércitos de acero á veces tiene unos espíritus de vidrio según las turba y empaña cualquier soplo de noticias disparatadas.

39. Deste terror pánico, creído mutuamente con gusto, surtió el útil de acelerarse la composición entre los españoles y tlascaltecas, hallando el deseo de ambas partes fáciles medios para que, sin ceder unos ni otros de la entereza y el punto, se capitulase muy á placer la paz y confederación; viéndose practicado en este notable ajuste lo que Licurgo enseñó con el ejemplar de los dos valientes dogos, que, cuando más asidos y trabados entre sí, como les echasen encima un tigre, se unieron y se aliaron contra el enemigo común olvidando su rabia particular.

CAPÍTULO LVI

DE CÓMO LAS NOVEDADES DE TLASCALA EMPEZARON Á PONER EN CUIDADO Á MOTEZUMA

§ 1.º—*Llegan á Motezuma las nuevas de la alianza y lo que dispuso sobre el caso.*

1. Supo Motezuma cómo las diferencias del español y Tlascala se habían reducido á paces y estrechado á ligas, conmovidos unos y otros con el rumor de que se armaba el Imperio para acabar de arruinarlos sintiéndolos ya molidos; y también le noticiaron cómo habían introducido á Cortés en su país con demostraciones festivas y solemnidades de triunfo, dando expectación al vulgo de un gran progreso contra el poderío de México, y divirtiendo las interioridades del miedo con apariencias de gozo.

2. Llegó también la noticia de que se había en Tlascala turbado mucho el festejo con un accidente infausto, porque el volcán de Popocatepec empezó entonces á conmoverse, y convirtiendo en noche el día con espesas nubes de humo, le elevaba sobre el aire sin torcer á los embates fuertes del viento, interpolando las sombras con repetidos globos y espadañadas de fuego divididas en centellas, y eran las piedras que el volcán lanzaba de sus entrañas.

3. Deste monstruoso parto abortó una general consternación en los naturales, teniéndolos por presagios de de venideras fatalidades. Porque tenían una supersticiosa

persuasión los tlascaltecas que aquellas exhalaciones, cuando se vertían por el aire y no tornaban á caer dentro del volcán, eran las almas de los tiranos que salían á castigar sus países; y que sus dioses, cuando estaban indignados, se servían de tales instrumentos por vengar sus ofensas; y que los españoles, aunque no se negaban á la admiración de aquel espectáculo por lo raro, desmentían aquellos agüeros con el gusto de varias gentes que venían á alistarse bajo de su conducta para la guerra contra el Imperio.

4. Movido de tanta tropelía de novedades, Motezuma, con disimulo, llamó sucesivamente á dos consejeros de Estado, dos de Guerra y dos de sus sacerdotes más célebres, á quienes, participándoles las públicas y secretas materias de Tlascala, les dió proporcionado plazo de tiempo para discurrir el expediente que se debía tomar sobre aquellos movimientos que se pasaban ya de contentables á considerables. Que no gustaba este Príncipe, aunque bárbaro, de tomar pareceres de repente en puntos de importancia; y encomendóles el secreto porque no se trasluciese que á su potencia y soberanía podía nadie dar cuidado.

§ 2.°—*De la resolución que se tomó en esta junta.*

5. Considerada y discurrida la materia llegó el plazo de la consulta, y, tocando á uno de sus sacerdotes por su dignidad el decir primero su parecer, dicen que peroró así en presencia de Motezuma: "Desde las primeras noticias que hubo en México de españoles ó europeos, gentes de diverso orbe, dieron susto á nuestros repúblicos las profecías inmemoriales de que, con el decurso del tiempo, se ha de trasladar el Imperio mexicano á gentes extrañas que han de venir de esa otra banda del sol. Los oráculos de los dioses fomentan por ya cumplido el término del anuncio, y se extiende esta persuasión con el terror general de tan monstruosos presagios como han repetídose en todos los elementos. La codicia de los ministros, cebada con más comercio, licenció á los extranjeros poner pie en nuestros dominios. El resplandor del fuego por lo brillante engaña á la vista, ni se siente su llama hasta que se abrasa

la mariposa. Es opinión falsa de melancólicos y tímidos el dar nombre de prudencia y discreción á la morosidad. No se deben despreciar los momentos si de ellos pende el Estado„.

6. "Ardid fué y no puridad la voz de contratación que esparcía esta gente; su principal trato corre en solicitar movimientos en los súbditos y alianzas con los rebeldes. El aparato desborda de negociación y embajada á superior máquina y se trasluce algún pernicioso designio. Sus ingenios son de astucia; en cuidado deben poner sus armas de fuego, su invención de pólvora, el horror de su artillería, que miran muy desiguales á nuestras flechas y lanzas, el furor de los caballos y destreza de los jinetes. Las ansias que les arrastran de tan remotas tierras á rescatarse en las rojas mieses del oro, les dió á sus naves barreno con resolución de poblar y arraigarse en nuestro país„.

7. "Y el mal ó riesgo no pára en esta pequeña tropa de gente que ahora ha arribado: que de nuestras piñas de plata fundirán sonoras campanas que, oyéndose por dos orbes, les tocarán á rebato á muchas otras naciones que como enjambres concurrirán volando, á fuer de langostas, á dar sobre nuestras doradas espigas. Si éstos, que al mudar su pobre fortuna, siendo el deshecho de España, muestran tan arrojada animosidad, ¿con qué brios y denuedos, con qué poderíos y armadas se apostarán después los demás monarcas á empresa tan de honor y de interés?„

8. "Y si he de hablar claro, como Vuestra Majestad me ordena, á lo que veo la consistencia de nuestro amplio Imperio y de la América toda consistía y estribaba sólo en esconderse entre muros de mares y de golfos; pero si, ya descubiertos, hay de esotra banda del sol otro orbe de más grandeza y poder que el nuestro, y poblado de repúblicas y reinos que se componen de valerosas gentes y tan ventajosas armas, como lo contestan estas cortas muestras que admiramos, tarde ó temprano nos harán rendir las cervices á sus yugos crueles„.

9. "Echese tierra, pues, á su noticia, enterrando vivos todos estos europeos; no quede de ellos quien pueda tornar con la nueva de lo que vieron ni de en lo que pararon, y poner luego mano á la obra, que á nuestra multitud y valor no es bastante su poca artillería y mosque-

tería para que resistan; siendo así, que, en sufriendo su primer carga, inundaremos sus pocas tropas. No les escaparán los caballos, que sabemos ya cortarlos el cuello á cercen con las espadas; dándonos menos en qué entender la canalla de sus aliados, hechos á desamparar el campo á sólo divisar las insignias militares de México; y después aplicar más el cuidado á la guarda de las costas y fortificación de los puertos, que son los diques para detener y rechazar estas avenidas de extranjeros perjudiciales„. Así habló el consejero, y los demás pareceres iban haciendo séquito á este voto.

10. Mas como el corazón del Rey está en la mano de Dios, desde el principio de la conquista imprimió en la del emperador Motezuma una cordial benevolencia y gracia para con los españoles: pues, ni instigado de sus grandes, ni aconsejado de sus ministros, ni ocasionado muchas veces de los mismos españoles, permitió jamás que se les moviese guerra, disimulando sus excesos ó glosando á buen sentido sus derreglamientos, en tanto grado, que sus finezas desbordaron en los extremos de renunciar su Corona en los señores Reyes de España, pasando á perder la vida por defender y excusar á los españoles la muerte.

11. Habiendo, pues, este Príncipe oído á sus consejeros y revistiéndose de más templados dictámenes, razonó de este modo: "Confieso por bien fundados los recelos y peligros propuestos. Descubrir las causas de las dolencias con los remedios al lado es de clásicos ingenios y juicios; pero encarecer el mal dándole por irremediable ó dictando medicinas peores que los accidentes es apretar y no disolver la dificultad. Yo hallo indecencias y detrimentos en el expediente representado. Deshonor fuera de mi majestad, habiéndoles indultado á los españoles entrada en mi monarquía para el comercio, hacerles guerra sin justificar la causa, no faltándoles acaso, para lo que se les acrimina, excusa„.

12. "Estas gentes, como la hidra, por pocas cabezas que se les corten, se multiplicarán en ejércitos de sus naturales, irritados á la venganza, que ya tienen de nosotros larga noticia; con que no les deslumbraremos los ojos sino les encenderemos con el coraje las cuerdas para que nos abrase toda su pólvora. Un torrente que, con la pertinencia y copia de lluvia, sale con furor de su cauce con

dificultad se detiene, y si le enfrenan su corriente por una banda se hincha y transborda con más ímpetu por otra brecha. Las instancias que Hernán Cortés ha repetido para dar su embajada en mi corte, ó arguye gran candidez de intención, solicitando como protesta una amigable correspondencia y alianza, ó si despuntase en malicia, su mismo arrojo por temerario nos le trae á las manos para el suplicio, pues el encerrarse en México fuera meterse él mismo en la cárcel, sin más dispendio que cortar á la calzada del lago un puente y dejarle el paso cortado„.

13. "Si el hallarnos, pues, corrida la cortina de los mares, ya descubiertos al tiro de otro mundo, cuya codicia y ambición está ya haciendo puntería á nuestros tesoros; si este velo de golfos y aguas ya tirado nos presenta patentes á más fatales golpes, ningún otro reparo podríamos añadir más presentáneo que el acariñar estos europeos á México, y connaturalizarles en mi Imperio; siendo así que de sus patrias les arrancarían descomodidades ó ambiciones, que suelen ser los motivos de temerarios arrojos, yo los llenaré de honores y conveniencias. Los casamientos serán también vínculos y atractivos á los que vienen sin mujeres. Plantas traspuestas luego se acomodan al terreno y tempero del país, de adonde sus raíces reciben más fértiles influencias. A lo menos es prudencia mayor algunas veces entretener los males que curarlos; como la Medicina, deja pasar el estío y el hielo hasta más sazón del clima, conozco que no es bien el darles leche y miel á los que tienen llagas interiores, ni aplicar lenitivos á pechos ulcerados de malicia y políticas dobleces; pero ya se permiten exóticas experiencias en accidentes extraordinarios„.

14. "De su comunicación y familiaridad participaríamos el uso de la pólvora, el arte de la artillería, el temple del acero, y el manejo de los caballos, de que, prevenidos y municionados, podremos con seguridad resistir á cualesquier avenida de otras gentes; pues sólo la ventaja de sus armas puede prevalecer contra nuestra multitud y valor; y, en dando lugar á que otras naciones ultramarinas entren en emulación con los españoles, sobre las mismas codicias, embarazándose unas á otras, nos ofrecerán socorros, así por no ver poderosos á sus émulos, como porque les sean comunes nuestros emporios á sus comercios. Entren, pues, los españoles en México, y recíbase-

les con ostentación tanta de majestad que les infunda asombro y respeto; y con tales muestras de agrado que se les imprima cordial afecto„.

15. A este discurso de su Príncipe sin especie de lisonja, rindieron todos su juicio, pasando á conferenciar la duda de cómo sin descrédito de inconstancia se le convidaría ahora á Cortés con licencia para venir á México á dar la embajada. Mas quitóse este embarazo, porque á este tiempo Cortés solicitaba con más conato la introducción en aquella gran Corte, como se verá en lo que sigue.

§ 3.°— *Sagacidad de Hernán Cortés en negociar su entrada en México.*

16. En el ínterin que Motezuma disponía la entrada de los españoles en México, Cortés se hallaba en Tlascala, con resolución siempre de proseguir adelante, pero con el cuidado de dar á no pocas dudas corte. Instábanle á publicar la guerra contra el Imperio los tlascaltecas, presentándole á la vista para el empeño cien mil hombres en campaña, y con refleja de que recelase Cortés de incurrir también en riesgo, si es que mudase casaca. No obstante, conocía Cortés ser todo aquel aparato de poco nervio contra las fuerzas de Motezuma; sobre temer la inconstancia de los indios y que en la ocasión se le volviese de punta la guarnición de todas aquellas armadas auxiliares; pues con más eficacia podrían las artes de Motezuma reconciliarle con sus rebeldes que mantenerlos él en fidelidad cuanto la inclinación se arrima más á los naturales que á los extranjeros.

17. Volviendo los ojos á sus pocos españoles aun le sonaban al oído los susurros de sus quejas y desconfianzas. Pasaba á hacer reflexión sobre los recientes choques con los tlascaltecas, en que se vió apurado, y cuanto fué de su parte del todo perdido: con que juzgaba por pía más que por cuerda providencia apelar á nuevos y mayores milagros para salir bien de más arrestados empeños. Pues el instar de nuevo á Motezuma por la licencia para lo de la embajada era perder reputación con sus españoles y dar celos á sus aliados, y que le parecía, teniendo al Emperador con sus procederes desobligado, po-

dría temer desaires más que esperar beneplácitos. Pues se mueven muchas cosas que si no se moviesen no dañarían.

18. Su gran astucia en este frangente le excitó una sagaz traza. Traía consigo una india mexicana, que, convertida á la fe católica, se llamó doña Marina (cuyo solar, fortunas y procederes hay quien las pinta como lances de comedia, sin conducencia á la historia y con descrédito de á quien se le debía guardar decoro). A esta india, que hacía función de lengua, ingenió Cortés introducir de antemano en México, y, sobre tirar á otras conveniencias, para disimular más el principal designio la encaminó primero al palacio de Tula, donde residía, por los motivos que en otra parte apuntamos, la Emperatriz á quien antes había servido entre las ayudas de cámara, para que, entre las aventuras de sus peregrinaciones, contase á la Emperatriz la benignidad, agasajo y largueza que halló en los españoles cuando llegó cautiva á sus manos. Cargóla también de bujerías curiosas de Europa con que captar los agrados de las damas, cebo en que pican las más señoras, sin sentir el anzuelo por dorado.

19. Ella, adelantando su innata gracia con el baño de española, ganó presto la acepción de aquel palacio, y no sólo acreditó el noble trato de España, sino que tan bien supo ponderar á la Emperatriz las excelencias de la religión Católica, que la debió la primer luz para su conversión; y, despachada muy á gusto con retorno de ricos dones y recomendaciones de creencia, sintió la misma felicidad con el Emperador, llegando á México en aquella coyuntura en que discurrían los del Consejo modo decente de noticiar á Cortés la licencia y salvaguardia que para venir á México había Motezuma decretado.

20. Con el Emperador, pues, mostró más su habilidad y talento doña Marina; autorizóse con los instrumentos de honor y creencia que la dió la Emperatriz, con cuyo nombre sobrescribió un presente de buen gusto con que le subió de precio; y oíala con agrado Motezuma el gracioso modo con que le refirió los raros rumbos y vuelcos por donde la había girado su extraña estrella. Y en pasando á dar razón de cómo había parado en poder de los españoles, sobre pintar aquella nación con todos los matices de heroicas excelencias, se alargó con energía en como no era inferior el afecto á la reverencia y estima

que hacía Hernán Cortés de su Imperial persona, siendo su único deseo el presentarse á sus Reales plantas.

21. Aquí, esforzando la voz y el espíritu, añadió: "Que no fué desobediencia el haber persistido en el Imperio contra sus órdenes, sino dar tiempo para que, mejor informado su Majestad, le licenciase su audiencia, pues le sería mal contado representarse á su Rey Católico con el desaire y público agravio de no haberse admitido su embajada; y que sólo á los deméritos del embajador de México, célebre por lo cortesano y político, violase el derecho de las gentes con injuria del mayor Monarca del otro orbe; con que haber dado barreno á las naves de su armada, fué demostración de escoger el morir en regiones tan extrañas antes que volver las proas con tanta ignominia á Europa; que siendo la materia de la embajada un negociado de amigable correspondencia no merecía de tan benigno Príncipe tal despego; que en esta consideración Hernán Cortés no había tomado las armas contra los vasallos de la corona mexicana sino contra los tlascaltecas, para merecer su gracia con castigar á los rebeldes de su imperial monarquía y ponerse con todos á sus pies con las más rendidas adoraciones„.

22. Pagóse mucho el bárbaro Príncipe de las lisonjas, y eran sobrados motivos para quien tenía deseos, con reserva de su soberanía, de traer los españoles á México; y pareciole ocasión de atribuir su condescendencia al informe de la india, constituyéndola autora de aquel despacho, á cuya comitiva añadió, con el salvoconducto, cuatro mexicanos de lustre que condujesen después al embajador Cortés, sobre enviar órdenes á las ciudades sitas en la carrera del tránsito para alojarlos á toda opulencia, y enriqueciendo á la doña Marina con ricas joyas, para poder ser agradecida al noble trato que la hacían los españoles.

CAPÍTULO LVII

JORNADA DE LOS ESPAÑOLES Á LA GRAN CORTE DE MÉXICO

§ 1 °—*De cómo usó Hernán Cortés para la jornada del negociado que le trajo de México la india doña Marina*

1. Suprimió Cortés la interposición y conferencia de doña Marina con Motezuma, habiendo desde el principio pretextado el viaje desta india con el color de que iba á carearse con su familia y á reconocer su parentela después de tan prolijo paréntesis de su cariñoso trato, embozando con todo arte la máquina y artificio de haberse solicitado de su parte la gracia de Motezuma, sino que se entendiese y publicase que él era el pretendido y rogado. Con este fin á los cuatro mexicanos que venían por conductores les marcó con el carácter fingido de embajadores para pedirles amistad y confederación. Compuso también, de los ricos dones que en Tula y en México le habían dado á doña Marina, un majestuoso presente con sobrescrito falso de que se lo enviaba el Emperador como atractivo para sobornar su afecto; estratagema ingeniosa con que elevó su reputación; asombrados todos de ver trocadas tanto las suertes del que llegaba á pedir y del que se hacía rogar, y dejábanse engañar los cándidos tlascaltecas á lo de simples indios.

2. Obra fué también de aquel artificio el trocar Cortés en alborozos las melancolías de sus soldados, y resucitarles las esperanzas alegres de acrescentar sus fortunas con poderosos Estados, y fomentóles estas gloriosas ideas

con los donativos que distribuyó de las joyas, como por muestras de abrirles puertas á riquísimos tesoros, con que hizo en sus ánimos gran efecto; que un vulgo con poco se alborota, y con poco también se quieta.

3. Era de más hechura el inventar traza con que los tlascaltecas y los demás aliados no se le enajenasen, trasluciéndoseles las tretas, y brujuleando la correspondencia de alianza y de amistad que se introducía con el Emperador. Pues el gozo súbito de que se revestían los semblantes de todos los españoles, argüía en sus pechos novedades, y desmentía en Cortés todos sus disimulos, con que aflojaba toda la fuerza de razones y palabras con que les protestaba de no faltar á lo capitulado con su república.

4. Para deslumbrarlos, pues, de estas desconfianzas, Cortés les dijo (otra traza de su arte) que debían congratularse con él, de que se consiguiese, sin verter gota de sangre, lo que era arduo se efectuase con la más prolija guerra, y de que se hallasen temidos antes de verse con el enemigo afrontado; que el menor interés que podían esperar de su introducción en México, sería el añadir á sus dominios y términos las plazas del Imperio más concernientes, y obligar á Motezuma á una paz firme y decorosa de reino á reino, con vínculos seguros de constancia y comunicación de todos fueros y privilegios de México, así para los empleos militares como para los civiles, franquezas de comercios y entradas libres en todos sus emporios. Destas promesas, entonces hechas de burlas, efectuada la conquista, algunas se cumplieron de veras con esta gente.

5. A los conductores mexicanos les agasajaba Cortés con dádivas y honores, y les mimaba congratulándose de poner á los pies de México las garzotas y penacheras de sus rebeldes, y rogábales que le ponderasen á Motezuma cuán afectos y servidores de su imperial Majestad se profesaban los españoles; y que le rindiesen de su parte las más respetuosas gracias por el beneplácito é indulto para ir á su tan célebre como magnífica curia. El se hacía un Proteo variando formas, según la variedad de sus conveniencias, y sin metáforas Illescas, en su *Historia Pontifical*, le dice: "Rogaron todos á Cortés que fuese su Capitán, que ellos pondrían en campo cien mil hombres, de que no quedó él poco contento, viendo que tenía ya re-

vuelta la heria y quedaba amigo de entrambas partes con trato doble„.

6. Mas como aun rugían los tlascaltecas revueltos y desconfiados, los acabó de aquietar Cortés, dejándolos por rehenes adorables de su inviolable amistad colocada una cruz de madera en una eminencia de la ciudad y sitio descubierto, desatendiendo á que se lo contradecían fray Bartolomé de Olmedo y el capellán Juan Díaz, proponiéndole el riesgo de fiar la Santa Cruz á unos bárbaros, que, á no cometer alguna indecencia, á lo menos la tratarían como á sus ídolos si la veneraban supersticiosamente sin saber lo que veneraban.

7. Pero la pía ignorancia de Cortés la suplió el cielo con un lúcido y patente milagro; pues apenas se apartaron de la ciudad de Tlascala los españoles, cuando á vista de los indios bajó del cielo una prodigiosa nube al resguardo de su culto, y, formando de resplandores y cambiantes una columna, perseveró perpendicularmente sobre la Santa Cruz tres ó cuatro años que se dilató la conversión de aquella provincia, como significándoles á los indios que, si habían admitido aquella insignia del cielo por fianza, seguros podían estar en cualquier trance de su constante dicha y feliz suceso.

§ 2.º—*Marcha de Cortés á México, según mal informados escritores.*

8. Algunas plumas no bien cortadas y con mal tinte de informes, inventan varias dificultades que tuvo Cortés que contrarrestar en su marcha á México, emboscadas de alevosías que descubrir y muchos tratos dobles que desdoblar, infamando al emperador Motezuma por arquitecto de estas segundas intenciones; como que enviase á Cortés salvaguardia y en los pasajes le maquinase con total rota su ruina; que por su orden se habían cegado con peñas y troncos los caminos reales y sembrados de púas envenenadas los deshiladeros en las estrechuras, desde las cumbres hasta los llanos de la provincia de Chalco; que, abriendo el paso, facilitaron el principio de la cuesta por el paraje menos penetrable, donde habían aumentado los precipicios naturales con cortaduras hechas á mano, para dejar que se fuese empeñando poco á poco el ejér-

cito español en la dificultad, y cargarle de improviso cuando no pudiesen revolverse los caballos ni afirmar el pie la infantería.

9. A tan imaginarias imposturas añaden otra ridícula fábula; tal es que aquel Emperador convocó una junta de sus magos donde les encargó saliesen al camino y detuviesen con sus encantos á aquellos europeos, ofreciéndoles ricos premios si los ojeasen, y amenazándoles con toda indignación si no lo consiguiesen; que, en el ejercicio de sus círculos y conjuros, se les apareció un ídolo que les notificó por decretada en el concilio de sus dioses la fatal pérdida de su Imperio, con mezclas de otros delirios más aptos á excitar risa que dignos de hallar crédito en hombres, al parecer, de algún juicio.

10. En lo que gastan más papel estas engañadas plumas, es en lo que llaman traición de Cholula (ciudad adonde por orden de Motezuma fué alojado el campo español con toda opulencia y generosidad); allí, exclaman que se les tenía tramado á los españoles general degüello á sombras de ostentoso hospedaje, y que, á la multitud de ciudadanos y ordinaria guarnición, estaban á punto veinte mil mexicanos, para concluir la alevosía éstos que principiasen los otros; y, como lance de farsa, introducen á la intérprete doña Marina descerrajando el secreto del pecho de una india amiga con quien, en no más tiempo que una noche, había intimado tanta amistad que le participó la traición.

11. Luego pintan á Hernán Cortés furioso; la carnicería que hizo á los chulenos; cómo á fuerza de tormentos hizo jurídica información del atraidorado intento, y que todo había sido máquina de su Príncipe. Y, para que tanto enredo se pareciese en todo á maraña de comedia, en un instante se reduce todo á quietud y paz; y como si estuviese ya Cortés seguro de más traiciones (dicen) que remitió entonces muchas tropas auxiliares á sus países, satisface de su proceder al Emperador y acábase la primera jornada de la comedia. Después sacaremos á luz sus implicaciones, y ahora, en lo que sigue, mostraremos en general, que, siniestramente informados, escribieron estos autores.

§ 3.°—*Demostración de ser calumnias y fábulas las sobredichas relaciones.*

12. Ajeno de tan ruines redobles procedía el Motezuma, siendo así que (como referimos) tenía hecho el ánimo y resuelto en su consejo de connaturalizar y arraigar los españoles en México, habiendo tripulado los votos de sus mayores ministros, que le inducían al acabar de una vez con ellos; y sin tener noticia destos secretos designios y discurriendo por las operaciones públicas don Fernando Pizarro, del Consejo Real de Castilla, en su libro de *Varones ilustres del Nuevo Orbe,* dice: "Motezuma nunca hizo guerra á los españoles„. Cuya autoridad sobra para desmentir la fábula de Cholula, los cuentos de los caminos y las consejas de los nigrománticos. Añade el mismo Togado: "Tuvo nuevas Cortés que los indios de México se habían alzado y muerto algunos españoles, y no dejáran hombre á vida si Motezuma no se lo impidiera„; ¿y buscaría en Cholula las sombras de la noche, quien tantas veces pudo efectuar su degüello á medio día?

13. Es increíble cuanto disonante al alto punto de una majestad poderosa, el conseguir por términos ruines lo que puede ejecutar con nobles procederes. Así lo siente del emperador Motezuma el P. Acosta, diciendo: "Atribúyase la gloria á quien se debe, que es principalmente á Dios y á su admirable disposición; que si Motezuma en México y el Inca en el Perú se pusieran en resistencia, poca parte fueran Cortés ni Pizarro, aunque fueron excelentes capitanes, para hacer pie en la tierra„. ¿Pues de que les sirve á los zópiros quimerear alevosas resistencias en los que se conocían fuerzas tan insuperables?

14. Don Antonio de Solís, gran iluminador destas quimeras y continuo maleador de las intenciones de Motezuma, se desmiente á sí mismo diciendo: "Lo que vemos es que Motezuma cumplió puntualmente su palabra, perseverando en aquel alojamiento y en su primera benignidad, por más que se le ofrecieron grandes turbaciones que pudo remediar con volverse á su palacio; y tanto en lo que obró para defender á los españoles que le asistían, como en lo que dejó de obrar contra los demás, en

esta desunión de sus fuerzas se conoce que no hubo doblez ó novedad en su intención. Es verdad que llegó á desear que se fuesen, porque le instaba la quietud de su República; pero nunca se determinó á romper con ellos, ni dejó de conocer el vínculo de la salvaguardia real en que vivían„. Así retracta Solís cuanto malea las intenciones de Motezuma, que, con el esplendor de su estilo, solía aún deslumbrar su memoria y su pluma, dejándose deslizar á no pocas implicaciones é inconsecuencias.

15. Que inconsecuencia fué haber pintado tan dobles políticos á los indios cholulenos, en el agasajo del hospedaje con los españoles, y tan simplemente bárbaros que rompiesen á destiempo el disimulo, cesando de repente en el cortejo antes de ejecutar el designio; inconsecuencia fué inventar un campo oculto de veinte mil mexicanos para el ataque, que, á lo de duendes, sonaron y no parecieron, y aún más crasa inconsecuencia es presentar á Cortés y á sus españoles peleando como los andábatas, á oscuras, y después de referir un descomunal estrago en los indios, curarlo en un santiamén, por ensalmo todo, de modo que la ciudad queda quieta, Motezuma satisfecho y tan seguro Cortés licenciando las milicias de los rebeldes, por no necesarias; la especie de doña Marina se fraguó en el molde en que se funden los donosos expedientes en lances apretados de comedias, como los conjuros y círculos de los magos son buenas marimantas para hacer cocos á niños.

16. A la falsedad de las emboscadas y de cortar los caminos para arruinar á los españoles, responderá el autor citado, don Fernando Pizarro, diciendo: "Pasaron nuestros españoles por sitios muy ásperos y estrechos, porque los indios no les impedían por habérselo así Motezuma ordenado; que si bien le ponía en cuidado la entrada de los forasteros en su reino, la novedad de ver gente tan extraña y de cuyo trato le decían tanto bien, le incitaba á querer comunicarlos, pues á la grandeza de su poder ni millares de ejércitos le parecía podían atrever„. Así este noble jurisconsulto. Sin tropezar ya en ficciones pasemos á referir lo que en puridad pasó en esta marcha de Cortés.

§ 4.°—*La realidad de lo que pasó en la marcha de Cortés á México.*

17. Puesto Cortés en marcha con su campo español y cien mil indios auxiliares, se iba complaciendo de tenerse conciliadas las facciones más opuestas, con ánimo de dominarlos á todos, y consistía el logro en saber entablar el juego; érale de gusto el ostentoso socorro de naturales para afrontar á México con bulto de aparato que pusiese aquella inmensa corte en respeto, y que el corto número de españoles no les moviese á desprecio y aun les animase á cualquier desacato. Pero por ser todos indios, y ser los indios de genio poco constantes, no menos podía desconfiar de los coligados que recelar de aquel bárbaro y poderoso Emperador, cuyas órdenes no pocas veces había violado, y, aunque se mostraba benévolo, podía estar, no sin fundamento, ofendido.

18. Entre estas ondas de dudas, Cortés fluctuaba, y se las añadían á cada paso los tlascaltecas con cualquier imaginario susto del camino, tanto más suspicaces cuanto más tímidos, sin divertírseles los recelos con dejarse ver Cholula. Era esta ciudad (según dice Solís) de tan hermosa vista y positura, que les pareció á los españoles un parecido retrato de Valladolid, situada en un llano muy desahogado por todo su horizonte. Fama es que tendría por entonces veinte mil vecinos dentro de sus murallas, y que sobrepujaba á este número el de sus burgos. Producíase tanto gentío de ser en aquel imperio uno de los más célebres santuarios de sus ídolos, y como uno de los más frecuentados emporios de mercaderes. Las calles eran anchas y bien distribuídas, los edificios de más arquitectura que los de Tlascala, sobresaliendo su opulencia con las muchas torres y capiteles, que daban á conocer la multitud de templos y suntuosidad de palacios. La gente, poco belicosa y muy astuta, propiedades comunes en hombres de tratos y tableros.

19. Y como los magistrados de esta ciudad tenían orden de su Emperador de que solemnizasen la entrada de los españoles, y la misma novedad de tan extraños como famosos conmoviese los ánimos á festejos, se inundaba en innumerable concurso la gente, que se dejaba romper con dificultad; hasta las mujeres, como en las

fiestas de Baco, esparcían flores y ramilletes; atropellábanse los caciques y sacerdotes, menudeando reverencias y perfumes.

20. La variedad de instrumentos, aunque hacía más estruendo que harmonía, enarmonaba al general alborozo, á que correspondía la magnífica comodidad del alojamiento. La provisión de vituallas corría con abundancia y cultura, adelantándose en el cortejo los señores de Tepaca y Guaxacinco, uno y otro con presentes en que sobresalían las piezas de plata y oro, demostraciones bastantes para que se tuviesen por ligeramente creídos los rumores que habían vertido en contrario los mal intencionados.

21. Sobresaltóse el gozo con un susto que sobrevino á la noche (de donde surtieron las fábulas) y tuvo en desvelo y arma á los españoles. La casualidad fué que en una hostería, al calor de sus vinos, se repuntaron unos indios zempoales, de los que seguían el bastón de Hernán Cortés, con algunos ciudadanos, y éstos, como despreciaban á aquéllos, ya por rebeldes ya por rústicos serranos, sintiendo que se les descomidiesen á la sombra de Hernán Cortés y de su campo español, rebatieron las arrogancias de los insolentes zempoales, diciéndoles (según refiere Argensola, lib. I, cap. LXXXIV): "Que si de las fieras que Motezuma sustentaba para su deleite, mandase abrir las puertas á los tigres y á lagartos y leones, le tragarían á Cortés y á los suyos en un momento„. Pues como de las razones pasasen á las puñadas, corrió el rumor á Hernán Cortés, tan crecido ya de bulto, que de la gresca en una taberna trabada entre unos pocos plebeyos y picas secas, engrosaron la relación de que toda la ciudad había tomado las armas, la guarnición militar cogido calles y puestos, y veinte mil mexicanos introducidos para un general degüello de los españoles é indios auxiliares.

22. Nunca lució más la capacidad de Cortés, pues, sobreponiéndole su prudencia al susto de la noticia, dió orden de que su gente estuviese con las armas en las manos, sin salir de sus estancias; pues, á ser cierto el informe, estaban más defendidos en los cuarteles, que esparcidos siendo pocos, por una ciudad de tan incomprensible circunferencia, y á oscuras sin uso de sus entradas y sus salidas. Añadió con discreción el hacer sonar la mosquetería, y disparar cuatro tiros de artillería, que fué

como tocar con cuatro campanas á la queda. Hasta que al amanecer concurrieron los conductores mexicanos y gobernadores de la ciudad á Cortés; el cual, certificado del leve fundamento que ocasionó tanto sobresalto, los recibió con muestras de mucho afecto y se celebró el mismo susto.

§ 5.°—*Descomodidades de Cortés por torcer del camino real á sugestiones de los batidores.*

23. Al proseguir la marcha se despertaron nuevos recelos de los que ingeniaban disturbios sembrando cizañas; y aquí fué en donde imprimieron más arresgadas sospechas de estar impracticables las veredas usuales por cortaduras á manos, y estorbos hechos á la malicia, sirviéndose de las espesas arboladas para sus celadas; que habían sido no más que cebo los agasajos de los primeros recibimientos para meterlos más imprórvidos en los lazos. A tanta batería de sugestiones é instancias, Hernán Cortés, ó por arregladamente cuerdo, ó por condescender en parte con los que, preciados de finos, hacían méritos de poner dudas en las más patentes seguridades, y que cerraría la puerta á los avisos si no se permitía también á los engaños, dejó, pues, el camino Real, donde le tenían prevenidas las paradas, y tomó el rumbo alto de montañas, por sierras ásperas y sendas desusadas, tan estrechas como resbaladizas, hacia despeños de abismos, donde (como notó Pizarro) con facilidad, por desordenados y descompuestos, á no impedirlo las apretadas órdenes de Motezuma, hubieran podido los indios haberlos hechos pedazos con sólo dejar caer de las cumbres trozos de peñas sobre ellos.

24. Aquesta descomodidad y cansancio les duró á los españoles hasta venir á dar en la población de Amecameca, paraje de cielo y benigno temple, de amenidad mucha, como con campos vestidos de frondosas arboledas, entreverándose jardines y sementeras, y su situación en una mansa ensenada de la gran laguna, la mitad dentro del agua y sobre la ribera la otra mitad.

25. "Concurrieron aquí muchos mexicanos (dice Solís, lib. III, cap. IX) con sus armas y adornos militares; y aunque al principio se creyó que los traía la curiosidad, creció

tanto el número que dieron cuidado„. Y después de avivar este autor estos miedos y sospechas y algunas cautelas medrosas de Cortés, añade desengañado: "No se verificó que viniesen con ánimo de ofender„. Que á cada paso pinta trepidación donde no había que temer, y reconociendo tantos embustes siempre se está pintando embelecos, sin duda genio cetrino ó mal acomplexionado.

§ 6.º—*Alojamiento en Tezcuco.*

26. Continuando Cortés la marcha le ocasionaron á hacer alto cuatro diputados tezcuanos, dándole noticia de cómo venía á asistirle el Virrey de Tezcuco de parte del Rey su amo. El venía acompañado de muchos nobles, con galas á lo de paz y adornos á lo de caciques, gente de cultura y policía, y de quienes Acosta dice: "Estos de Tezcuco fueron tenidos por muy cortesanos y bien hablados, y su lengua es muy galana„. Venía el Virrey en ricas andas sobre los hombros de ciudadanos principales. Mostrábase respetable por su presencia y sus canas. El se apeó de las andas al ver que Hernán Cortés desmontaba del caballo, y á la reverencia que Cortés le hizo correspondió el indio á su usanza, tocando la tierra y despues los labios con la mano derecha.

27. Después, con el sosiego que pedía su ancianidad y su puesto, sin muestras de admiración en aquellos extraños objetos que á los demás hacía novedad, dió á Cortés la bienvenida, cumplimentando respectivamente á los jefes y cabos del ejército español, que de los indios auxiliares, con cuidadoso descuido, no se dignó aun de mirarles al rostro el altivo bárbaro.

28. Luego pasó á ponderar con cultas voces como la precisa obligación del Rey su amo, de asistir en México á Motezuma, le había privado de hacer en persona aquel cumplimiento, á que no podía igualar tan inferior sustituto; pero apelaba á los llenos que daría la imperial corte de México con la gratitud que le esperaba aquel gran Emperador; y le suplicaba que de paso diese una ojeada á la real ciudad de Tezcuco, cuya magnitud y esplendor en aquel inmenso Imperio mexicano sólo reconocía ventajas á la incomparable México, donde experimentaría, por el alborozo que los ciudadanos vertían por sus sem-

blantes y alegres demostraciones, cuanto deseaban todos la correspondencia amigable del poderosísimo Monarca español, que los enviaba desde sus tan distantes reinos de Oriente.

29. Hernán Cortés, cuya afabilidad sola excedía á su valor, aplaudiendo aquellas atenciones y echándole con los brazos al cuello unos cordones de vidrio matizados de colores, se encadenó en su benevolencia, y continuando cortesanías, volvió el Virrey á tomar las andas y á montar Cortés á caballo en derechura de Tezcuco, ciudad capital de quien participó el nombre aquel Reino; y porque en materia de referir grandezas de la América, especialmente las del Imperio de México, no me haga sospechoso la sangre, he estilado en esta *Historia*, cuando es preciso tocarlas, el encabezarlas en plumas de otros autores, no sin escrúpulo de que unos pecan de largos y otros de cortos. Describe Solís, pues, á Tezcuco, en el tenor siguiente:

30. "Era entonces Tezcuco (que ya ni su sombra es) una de las mayores ciudades de aquel Imperio, refiriendo algunos que sería como dos veces Sevilla, y otros que podía competir con México en la grandeza, y presumía, no sin razón, de mayor antigüedad. Estaba la frente principal de sus edificios sobre la orilla de aquel espacioso lago en paraje muy ameno, donde tomaba principio la calzada oriental de México. Registrábase, desde su pulido ventanaje y miradores, mucha parte de la laguna, en cuyo espacio se descubrían varias poblaciones y calzadas que la interrumpían y hermoseaban, torres y capiteles, que, al fluctuar de las ondas, no parecía sino que nadaban sobre las aguas. Arboles y jardines fuera de su elemento, y una inmensidad de indios que, navegando en canoas y piraguas, procuraban acercarse para ver á los españoles, siendo aún más la muchedumbre que se dejaban reparar en los terrados y azoteas más distantes. Hermosa vista y maravillosa novedad, de que aunque se llevaba ya noticia, fué mayor en los ojos que lo había sido en la imaginación de los españoles„.

31. El esplendor y generosidad, los festejos y agasajos con que se celebró la entrada de los españoles en Tezcuco, no admite otro retrato que haber sido una lucida sombra de cómo los trataron en México. Desde aquí se comenzó la marcha por la calzada, que tenía por esta parte veinte pies de ancho, y era de piedra y cal con al-

gunas labores por la superficie; y como sea más eficaz el informe de los ojos que el de los oídos, entró Cortés más de cerca en conocimiento mayor del peligro que corría si le rompiesen la calzada, ó le levantasen los puentes; y el mal fué que al fin le sucedió como al principio lo recelaba, pues hubo de repasarla con vil fuga y mortal estrago.

32. Había en la mitad del camino, sobre la misma calzada, otro pueblo de hasta dos mil casas, llamado de Quitlavaca, que por estar fundado en el agua le dieron los españoles el nombre de Venezuela; y como Cortés era de tan sutil inventiva, logró en este alojamiento, no sólo muchas comodidades sino una especie de suma conducencia para restablecer los bríos de sus soldados, que desmayaban con aquella variedad y multitud de objetos admirables que tenían á la vista, y de que conjeturaban el poder espantoso de Motezuma y la incontrastable grandeza de su corte. Fingió, pues, y divulgó entre su gente, cómo el gobernador de aquel lugar le había informado de que á Motezuma le tenían acobardado y sin espíritu los prodigios del cielo, las respuestas de sus oráculos y las hazañas que les referían de los españoles. Con que se alegró su ejército de lo que les podían asombrar, y se aprovecharon de las admiraciones para adelantar la materia de su fortuna. Aunque todo este discurso no tanto parece parto de Cortés como concepto de la ingeniosidad de su panegirista Solís.

§ 7.°—*Alojamiento de los españoles en Ystacpalapa.*

33. Era el último tránsito para México la amena población de Ystacpalapa, y aunque su descripción para ser obra compuesta pedía la pluma de Solís, si no de tal arte, será de mayor gusto el mirar la obra toscana de la sincera pluma de Bernal Díaz, que dice así su cuento más que historia:

34. "Íbamos camino de Ystacpalapa, y después que vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calzada tan derecha por nivel como iba á México, nos quedamos admirados y decíamos que parecía á las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís, que por las

grandes torres y templos, y edificios que tenían dentro en el agua, y todos de cal y canto. Y aun algunos de nuestros soldados decían que si aquello que veían si era entre sueños. Y no es de maravilla que yo aquí lo escribo desta manera, porque hay que ponderar mucho en ello, que no se como lo cuente ver cosas nunca oídas ni aun soñadas como vemos„. Así pondera más Bernal, no sabiendo ponderar, que otros que lo refieren á toda ponderación.

35. Prosigue Bernal, diciendo: "Pues después que llegamos á Ystacpalapa, ver la grandeza de otros caciques que nos salieron á recibir, y de cuando entramos en aquella villa, de la manera de los palacios en que nos aposentaron, de cuán grandes y bien labrados eran de cantería muy prima, y la madera de cedro y de muy buenos árboles olorosos, con grandes patios y cuartos, cosas muy de ver y entoldados con paramentos de algodón. Después de bien visto todo aquello fuimos á la huerta y jardín, que fué cosa muy admirable verlo y pasarlo, que no me hartaba de mirarlo„. Así Bernal, á cuya embelesada pluma no podemos esperar como ni á otras plumas por lo muy prestas seguir. Acabará, pues, el cuento Argensola, diciendo:

36. "Eran en Ystacpalapa los aposentos, las techumbres y las colgaduras de ellos, dignos de aquel Príncipe. Las arboledas y los frutos no tenían semejanza ni número. Pero fué muy notable un estanque, en cuya agua dulce se espejaban infinitos frutales y florestas, por espacio de mil seiscientos pasos de circuito, siendo de cuatrocientos lo estrecho de él con gradas de piedra; acudían al agua diversas garzas y labancos. De las diez mil casas que formaban aquella ciudad, estaban las cinco mil sobre el agua, y las otras cinco mil sobre la tierra firme„.

37. Por más florido exhala aquí el contrapunto Solís, diciendo: "Las recreaciones de sus muchos jardines desmentían ser cultivo de manos bárbaras, regados con diversas y artificiosas fuentes de agua dulce, encanaladas por diversos conductos de las sierras más vecinas. Lo que con más propiedad era jardín, tenía sus divisiones y paredes hechas de cañas entretejidas y cubiertas de hierbas y flores olorosas, con diferentes cuadros donde hacían labor las flores„. Porque, como el P. Acosta dice: "En la Nueva España, más que en parte del Mundo, eran los in-

dios amigos de flores; y fuera de claveles, clavellinas, rosas, azucenas, jazmines, violetas y azahar de España, hay allá otras muchas, cuyos nombres no sabré decir, coloradas, amarillas, azules, moradas y blancas, con mil diferencias„.

38. En Ystacpalapa paró Cortés hasta disponerse á la entrada en México, regalado con opulencia, asistido con pulicia, visitado de grandes personajes; y como del alcázar Imperial, nota Solís, "que era fábrica digna de un gran Monarca„, hubo en los cuartos desusados holgado buque para alojar á los españoles, porque en las estancias de la persona y familia Imperial á nadie se permitía, no sólo vivienda pero ni entrada, aun cuando no estaban en aquel recreo aquellos príncipes.

CAPÍTULO LVIII

ENTRADA Y RECIBIMIENTO DE LOS ESPAÑOLES EN LA IMPERIAL CORTE DE MÉXICO

§ 1.° — *Cómo se dispuso en México el recibimiento á los españoles.*

1. Mientras que el campo español marchaba, se controvertía en México, en su Consejo de Estado, la forma en que se había de recibir á Hernán Cortés, admitido ya con el carácter de embajador, para dar la embajada de un Monarca tan soberano y poderoso, como publicaba la fama al Rey de España; sonando también muy esforzada la voz de que este Príncipe oriental se originaba del primer fundador del Imperio mexicano y rama de aquel tronco, como la de sus emperadores Motezumas, en cuya familia regia duraba aún la tradición de que tornaría á la América algún descendiente suyo, y era como profecía de que dominaría en aquella Corona; ilusión imaginaria que dicen le había puesto á Motezuma en cuidado, y que ayudó no poco en varios lances para protección de los españoles y progreso de la conquista.

2. Como la materia no tenía, por peregrina, ejemplares, redújose la fórmula á pareceres, dividiéndose los consejeros entre sentires. Los de más graduación en puestos y años, fueron de parecer que el recibimiento se hiciese á todo aparato y magnificencia, y que saliese aún el mismo Emperador con todo el tren de su majestad, y motivaban su voto de esta forma:

3. Que la largueza y cortesía son las dos alas sobre

las que vuela la fama de los Príncipes, y que no cabiendo ya en la América la celebridad de su Imperio mexicano y la magnitud de sus emperadores Motezumas, conducía con estas artes que llenase los dos Orbes; que se cogería el logro de que estos españoles, obligados y agradecidos á tanto honor y generosidad, excitarían en otros reinos codicias de solicitar sus correspondencias, á que se les acensuarían ricos intereses. Ni daban cualesquier demostraciones con gentes tan extrañas y de tan soberanas coronas ejemplar ni consecuencia para otros embajadores de sus Indias, no habiendo en toda la América Septentrional testa coronada de monta que no fuese vasallo ó tributario de su Príncipe, sobre que ninguna soberanía pierde por desbordar en humanidad, perdiéndose á veces mucho por groseros desaires de altivez. Concluyeron, ponderando con viveza, que una tan extraordinaria embajada, trasegada por tantos mares con dispendio de tantos gastos, de tan remotas regiones y que se hacía tener respeto con su numerosa comitiva en tan ostentosa armada, no daba lugar á ordinarios recibimientos, sino que ejecutaba por singularísimas atenciones. ¿No basta que por la conocida ventaja de sus cultivadas prendas nos califiquen de bárbaros, sino que comprobemos su censura con zafios procederes? Hágaseles, pues, ostentosa reseña de nuestra policía, insuperable poder, lucida multitud y de nuestras incomparables riquezas; viértanse en su agasajo ricos dones y en su asistencia pulidas oficiosidades; que estos alardes á veces imprimen más respetuosas especies que ejércitos poderosos; y mudarán de propósitos si acaso arribaron á nuestro Imperio con revesados designios.

4. Opusiéronse á este discurso con acrimonia los que, en las otras consultas, sobre licenciarles á los españoles la entrada en México, instaron entonces en que no se dejase español con vida que llevase á España la nueva de su degüello, y los motivos de su contrario parecer fueron de aqueste tenor:

5. Que sería indecente indignidad el salir á recibir á unos pocos extranjeros un Emperador de toda América Septentrional, á una gente advenediza no conocida y sin más instrumento de creencia que los nada auténticos testimonios de sus dichos. Como si no supiésemos (exclamaban) ser treta usada de mercaderes y de piratas fingirse embajadores de grandes reyes, ó para espiar éstos las

entradas, ó para asentar aquéllos los comercios. Y mientras más distantes nos proponen sus países más fundamentos dan para creerlos menos. Fuera, pues, muy notable ligereza que, incurriéndose en tan indigno engaño, saliese un Emperador de tanta majestad á recibir en persona á un mercader ó cosario. Y según las noticias de la arrogancia que aquesta nación respira, y las condescendencias que ha obtenido, si se añadieran de nuevo tan desusados comedimientos, no les obligaría la gratitud si se les acrecentara la avilantez; y así somos de opinión que en su entrada no se inmute nada esta gran corte; aprendan los presumidos del poco caso que no se hace de ellos mucho concepto.

6. El resto de los ministros modificaban la suma sequedad de este segundo parecer, y ceñían en parte la nimia demostración del primer sentir, votando: Que se les hiciese á los españoles el agasajo que se estila con otros embajadores américos; y que, si con la comunicación y el tiempo, constase con certidumbre ser verdadera embajada de tan excelso Monarca, las ocasiones se podían hacer á manos para suplir después lo que echasen menos antes; cautelando así el engaño sin desatención al derecho.

7. El Emperador, á quien hacían fuerzas y suspendían la duda unas y otras razones, dió un muy aprobado sesgo á la controversia, haciendo con disimulo público para aquel día en que había de entrar el español unas fiestas reales, á cierto ídolo que veneraban mucho los mexicanos, en un templo pegado á los castillos que guarnecían las puertas que por aquella parte daban entrada á la corte y llamaban la puerta de Ystacpalapa, con que deslumbraba el Emperador aun de la sospecha de que salía á recibir á Cortés, y disponía coyuntura de anticipar agasajos á los españoles.

§ 2.°—*Entrada de los españoles en México hasta el sitio en que encontraron al emperador Motezuma.*

8. Amaneció el octavo día de Noviembre de 1519, en que se había de cumplir la ansia á Cortés de verse dentro de la mayor corte de la América en la afamada ciudad de México; y suele ser castigo del deseo el acelerar el antojo sin madurar el designio; siendo esta primer entrada su-

gestión de su capricho más que inspiración del cielo, que, licenciándole el arreglarse á su propia idea, le mortificó después á costa de sangre, vidas y fuga el intempestivo arrojo. Empezó á rugir la voz de que el mismo Motezuma le salía á recibir, que enarmonó su ufanía; y sucediendo á esta hablilla opuesto rumor de que la salida de Motezuma únicamente se enderezaba á la solemnidad de un ídolo, que tenía el templo en el paso, aunque con el desengaño se le acedó la primer dulzura, era tan sagaz Cortés, que, para alegrar su gente, renovó la primer voz de que les salía á recibir en persona aquel poderoso Monarca, y fuéle fácil hacerlo creer, porque donde se hablaba lo más con ademanes, gestos y señas de manos, y se entendía sólo con los ojos, cuanto se quería fingir se podía dar á entender.

9. Pues como, con cualquiera fin que fuese, el encuentro era preciso, siendo de suyo también forzoso arrestar toda ostentación para la entrada en tan soberbia ciudad, puso Cortés toda su industria para que fuese su marcha á toda pompa (sabiendo que en todo el Universo se toma la medida de la estimación por el talle del lucir siendo así la disposición).

10. El distribuyó los seiscientos españoles en hileras á seis por frente, por no dar la calzada más espacio para el manejo de las armas, y como las hileras se desahogaban á proporción, los seiscientos hacían bulto de millares. Entreverábanse algunas banderas de los indios aliados, bien instruídos, y algunos armados á lo de los españoles, y otros abrigaban y conducían la artillería y el bagaje. Los caballos unos guarnecían los costados, otros la vanguardia y la retaguardia; y todos con tal arte en sus aderezos, que con el esplendor del bruñido acero ponían asombro, y con los matices de las colonias y rosas daban agrado; y entonces, pisando más en forma de rúa que á son de marcha, adelantábanse en gala y garbo los seis montados de la primer hilera, sobresaliendo Cortés en un caballo andaluz, con insignias de General, resonaban los clarines y las cajas á que respondían con salvas los mosquetes y arcabuces.

11. "Ibamos por la calzada (dice el buen Bernal Díaz) toda llena de aquellas gentes que no cabían; unos que entraban en México, y otros que salían, que nos venían á ver, y estaban llenas las torres y las canoas, é de

todas partes. E después vimos cosas tan admirables, que no sabíamos que nos decir; que por una parte en tierra había grandes ciudades, y en la laguna otras muchas, y por adelante estaba la gran ciudad de México; y teníamos muy bien en la memoria los avisos que nos dieron; que nos guardásemos de entrar en México. Miren los curiosos lectores esto que escribo si había bien que ponderar en ello„.

12. Y aunque el tramo de Ystacpalapa á México era marcha de poco más de dos horas, se gastó más tiempo en pausas, saliendo á estilo de aquella gente á cumplimentar á Cortes, ya diputados de sus Consejos, ya cabos de la milicia, y muchos nobles con gran acompañamiento, que, entre las congratulaciones de la bien venida, no sin cuidado ó sin orden, le significaban lo que se complacían en que llegasen en día y á hora que hallarían á su Emperador asistiendo á un templo, al que le precisó salir la celebridad anual.

§ 3.°—*Sale Motezuma de su palacio con pretexto de ir á un templo y encuentra á los españoles en el camino.*

13. Según se habían tomado las medidas á la marcha de Cortés y á la salida del Emperador para el templo, la ocurrencia se ajustó al sitio en que había un baluarte con dos castillos que alargaban á los lados de la calzada los codos, cuyas puertas desembocaban sobre otro trozo de muelle, y éste terminaba en una puente levadiza que defendía la entrada con segunda fortificación. Después se extendía el terreno en forma de capaz plaza ó circo, cuya media luna ocupaba aquel su suntuario, y el otro semicírculo despejado fué el cuartel de la guarnición donde paró Cortés con su campo escuadronado, por entrar ya en aquella plaza la inmensa comitiva de Motezuma por una calle que se descubría, muy larga y espaciosa, de grandes casas edificadas con igualdad, cubiertas de gente las ventanas, terrados y miradores.

14. Fueron entrando las guardias compuestas de tres mil soldados, con diferencias de armas, en ordenadas hileras, distinguiéndose sus tercios con su variedad de insignias, y éstos pasaron la banda de los castillos para despejo del puesto. Seguíanse hasta doscientos nobles de la

casa real, vestidos de librea con ricos penachos conformes en los colores, y como llegaban al templo se iban arrimando á sus lienzos en buen orden. Dejóse después ver á lo lejos una gran tropa de superior porte, en cuyo medio venía Motezuma que, por supersticioso culto al ídolo, desde que se divisó su templo, dejó las andas riquísimas de oro bruñido, que lucían con proporción entre diferentes labores de pluma sobrepuesta con primoroso artificio, y seguían de respeto en hombros de los mayores señores.

15. Empezando á andar á pie aquel Emperador puso las manos sobre los brazos de los dos reyes de Tlacopan y de Tezcuco, adelantándose algunos ministros que alfombraban el camino porque no sentase el pie en el suelo; cubríale un vistoso palio hecho de plumas verdes entretejidas con arte y con pendientes de argentería, y le llevaban cuatro de primer suposición. Precedían tres magistrados con varas de oro en las manos, que, levantadas, eran aviso de que se acercaba su Príncipe para que se humillasen todos; y no se atrevían á mirarle, que se tenía á desacato á que se seguía castigo.

16. Hacía su consonancia con la pompa la majestad de la presencia y señoril agrado de semblante, cuyos varios retratos dejamos ya referidos, y el traje pinta el padre Andrés Pérez de Rivas, jesuíta, diciendo: "Era el manto imperial doblado de dos telas: la una transparente, que descubría las labores y flores hermosas de la interna, pendiente con mucho aire de los hombros al modo de los emperadores romanos, enlazadas las puntas al hombro derecho, y rematando en una rica joya por lazada, y arrastrando larga pieza de la falda. Los juegos de los brazos con preciosos brazaletes, y sembradas con orden y labor por todo el ropaje joyas de oro, perlas, y otras piedras muy estimables„. De la forma de la corona queda ya dicho varias veces.

17. Cerraban la comitiva los consejeros de Estado y Guerra, con los ministros de aquellos gremios, y después, en retaguardia, gran número de capitanes y oficiales reformados, reducidos en tales lances á una muy lucida y autorizada coronelía, sin que el bullicio del pueblo turbase el paso, y sólo se permitían en aquellas festividades de sus dioses que corriesen y cruzasen las damas por las hileras, de que era mucho el número y diferencias, pues

como dice el P. Acosta: "En ninguna parte hubo tanta curiosidad de juegos y bailes como en la Nueva España„. En este tenor iba Motezuma al templo, y de paso se iba acercando adonde habían hecho alto los españoles.

§ 4.°—*Particularidades de lo que pasó en este ó curso ó transitorio congreso.*

18. A competente distancia, por prevenida atención de Hernán Cortés, se le hizo á Motezuma una salva Real de artillería y mosquetería, creciendo al paso que se repetía el estruendo de los tiros, y, al estampido, los indios unos se dejaban caer en tierra otros empezaron á huir, y aun los más advertidos, como observa bien Solís, afectaban la admiración por disimular el miedo. El Emperador estaba prevenido de cómo aquél era cumplimiento de saludo militar que en Europa hacen á los reyes; y aunque perdonara cortejos que descomponían y desautorizaban su ostentosa comitiva, á lo imperturbable, dió en lo risueño demostraciones de gustoso y agradecido.

19. Hecha la salva llegó Cortés con paso, que, con reserva de su autoridad, mostraba en su apresuramiento la veneración de adelantarse á cumplimentar á tan gran Monarca, á que correspondió Motezuma con semblante alegre, tomándole la mano, humanidad que, por desusada en su altivez, les realzó la estimación á los españoles al paso que desazonó á los mexicanos; y Cortés, para demostrar la estima del favor, le echó sobre los hombros á Motezuma (según Bernal) unos cordones de diamantes en hilos de oro, banda ó cadena de vidrio (según Solís) compuesta vistosamente de clavetes y otras piedras de hechizas esmeraldas; y aunque los braceros amagaron á detener aquélla, que de llaneza juzgaban pasarse á osadía, el Motezuma los sosegó con el agrado que se entretuvo en mirar la peregrina presea, desempeñando luego su generosidad con el poner con su mano al cuello de Cortés un collar de primer estima en la recámara de sus joyas, porque se formaba de unas conchas carmesíes de sumo precio, dispuestas y enlazadas con tal arte, que de cada cual pendían cuatro gámbaros ó cangrejos de oro, imitados muy al vivo.

20. El coloquio por intérpretes, en pie y de paso, se

ciñó en significar Cortés al Emperador lo gozoso que se hallaba y la admirado de ver que su imperial persona y grandeza excedía á cuanto publicaba su fama. Y el Motezuma le dijo que ahora hacía concepto digno de su gran Rey español, advirtiendo en sus vasallos tan esclarecidos héroes. Y ordenando al General de las armas el conducir al embajador al cuartel, él pasó de largo al templo á la solemnidad de su ídolo.

21. El alojamiento prevenido era una de las casas reales que fabricó el emperador Auzol Axaiaca, padre de este último Motezuma, en forma de fortaleza, paredes gruesas de piedra con algunos torreones que servían de traveses y daban facilidad á defensa. Habíale Auzol dedicado por panteón de sus dioses, y, con lo que terminaba el adoratorio, corría un cuarto magnífico para la retirada devoción de los emperadores, y ahora se le reservó Motezuma para frecuentar varias veces aquel santuario; como Argensola dice: "Era aquel alojamiento palacio del padre de Motezuma, y servía entonces como de recámara para los ídolos. Púsole á Cortés en una sala grandísima y sobre un estrado de oro y de piedras preciosas. Eran las piezas muchas, y tan grandes que en algunas de aquéllas alojaron ciento cincuenta españoles, con tener cada una su toldo, esteras y colgaduras, y cada aposento las tenía, y sus braseros y perfumes, y gran cantidad de aquellos hombres llamados navoreas, que, arrimados á las paredes, se mostraban pronto al servicio de los españoles„.

22. De las camas, dice Solís que estaban entoldadas con colgaduras en forma de pabellones, pero los lechos se componían de esteras finas de palma, sin usar de más blandura los príncipes regalados. Y es así por ofenderles toda especie de regalo que afeminaba los ánimos, y enterneciendo los cuerpos les disminuía las fuerzas y las ganas para los ejercicios desacomodados de la guerra. Aunque para los ancianos y enfermos no se descuidaban de usar de traspontines de más blando algodón que los peinados copos de lana fina.

23. A la comida que se les dió da el nombre de *suntuosa* Bernal Díaz. *Banquete regalado y espléndido* la llama Solís; el cual se engaña no poco en decir el que aquella misma tarde vino Motezuma á visitar á Cortés. Especie de las que se les ofrecieron desnudas de fundamento y las supo bien vestir para sacarlas al tablado.

CAPITULO LIX

LA FUNCIÓN DE LA EMBAJADA

§ 1.°—*Cómo se dispuso esta función.*

1. Era inmenso el concurso en tan populosa corte que se inundaba por los atrios del palacio donde se alojaron los españoles, que procuraba despejar la Guardia imperial porque no peligrase la multitud. Común ímpetu en extrañas novedades con que todos desean verlas; y los españoles también gustaban de mirar, desde los corredores y ventanas, tan peregrinas y bárbaras naciones, y alternándose el estupor de la mutua extrañez, unos á otros se parecían monstruos y figuras, si bien á veces oían los españoles la palabra *teules*, que significaba dioses, y les sonaba bien siquiera aquella aprensión de alto concepto que hacía de ellos el vulgo, que suele ser pregonero de la fama.

2. Permitíanse las puertas de escalera arriba solamente á personajes de primera suposición que entraban á visitar á Cortés, y á los ministros del Emperador, que sucesivamente continuaban las atenciones de saber si les faltaban ó pedían algo los españoles, memorias que estimaba con urbanidad Cortés. Y fuéle de sumo agrado la noticia de aquel cuarto principal que en el mismo palacio de su alojamiento estaba reservado para las frecuentes estaciones de sus ídolos, que venía á hacer Motezuma según el supersticioso estilo de sus padres, por ofrecerle así ocasión de comunicarle más sin el cumplimiento y pompa en idas y venidas al palacio imperial.

3. Pasó Cortés su cuidado al ordenar la función de la embajada, y, ya para circunstanciarla, bien enterado de los estilos de aquel palacio, ya por ser el día de San Martín, memorial del nombre de su padre Martín Cortés, acordó el hijo que se le pidiese de su parte á Motezuma audiencia pública en aquel día. Tenía Cortés discurrido un razonamiento que, á su juicio, cogía de lleno y buen aire todos los cabos de aquel asunto, y acaso, más con confiada seguridad de aprobación que con escrúpulo de que pudiese esperar algún reparo, se le comunicó al reverendo Padre fray Bartolomé de Olmedo, en cuyo trato intimaba la confidencia, y de cuya docta cordura hacía muy alto concepto, y todo lo merecía, como diremos á lo difuso en otra ocasión.

4. El religioso y discreto varón, atendiendo más á las obligaciones de consejero que á las lisonjas de dependiente, después de escuchar todo el prolijo discurso, le respondió: "Aunque en estas materias áulicas y políticas vos podéis ser catedrático y yo aun no aspiro á discípulo, como me sacramentáis á que os diga mi parecer, os digo:

5. Que en las primeras audiencias públicas de una tan regia, como fingida embajada, es muy difusa esa plática, y toca puntos que son para conferenciar en audiencias secretas mas de propósito y con sólido fundamento. Tanta copia de períodos, peinados de máximas sentenciosas, de notables énfasis y alusiones, es desperdicio disparárselos, por intérpretes rudos y balbucientes, á un Príncipe bárbaro por más señas, que de ingenio cultivado. No obstante, defiero á vuestro gran juicio, el que sea de más acierto el razonarle en aquesa solfa„.

6. "Mas mi profesión se ha de tomar ahora licencia para censuraros el que queráis entrar tan de golpe á reprender en la primer visita con acrimonia á este Príncipe en su palacio la falsedad de su secta, sus desórdenes y abusos, y darle de improviso con toda la luz de la Religión Cristiana en sus flacos ojos. Señor Hernán Cortés: en tan católica empresa se ha de proceder con tiento y proporcionado método, conquistando antes el entendimiento; éste no se rinde con desnudas execraciones de la idolatría, sino con verdades bien fundadas y vestidas de nuestra sólida fe católica. Cuidad vos, Señor, de lo militar y político, que no descuidaré yo de lo evangélico.

Con sólo el trozo que tenéis prevenido en razón de Estado, sin extraviarse á otras líneas, llenaréis la expectación en que tenéis á este Príncipe gentil„.

7. Cortés, olvidando lo presumido, se dió por bien aconsejado, y puso en orden la gente que había de quedar de presidio en el cuartel, guarneciéndole, como lo dice el P. Pesioto, y, de los que le habían de acompañar, señaló quiénes y á qué tramos habían de tomar las bocacalles y formar cuerpo de guardia á trechos, con aplicada escucha á las señas que les daba para asistir á cualquiera novedad, haciéndole siempre lado cuatro capitanes con seis soldados, que de las perchas de pistolas formasen galas. Poco convoy si les saltease el riesgo que cautelaba, y moderada comitiva para la representación de su carácter, mas la confianza suele servir de defensa.

§ 2.°—*Entrada de Cortés en el palacio Imperial y tenor de la Embajada.*

8. En tocando grandezas del emperador Motezuma, porque la verdad no se cautele de la pasión, continuaremos el dar fiadores para su crédito, y en esta suposición, al asomar Hernán Cortés con su comitiva al palacio Imperial, dice Solís (lib. III, cap. XII): "Que se dejó ver á larga distancia el palacio en que se manifestaba, sin encarecimiento, la magnificencia de aquellos reyes. Edificio tan desmesurado, que se mandaba por treinta puertas á diferentes calles.La fachada principal, que ocupaba toda la frente de una plaza muy espaciosa, era de varios jaspes, negros, rojos y blancos, de no mal entendida colocación y pulimento. Sobre la portada se hacían reparar en un escudo grande las armas de los Motezumas: un grifo medio águila y medio león, en ademán de volar, con un tigre feroz entre las garras„.

9. "Después de la puerta principal, hubo que pasar tres patios de la misma fábrica y materia, que la fachada, con que llegaron al cuarto, donde residía Motezuma, en cuyos salones era de igual admiración la grandeza y el adorno. Los pavimentos con esteras de varias labores; las paredes con decentes colgaduras de algodón, pelo de conejo y en lo más interior de pluma, unas y otras hermoseadas con la viveza de los colores y con la diferencia de

las figuras. Los techos de ciprés, cedro y otras maderas olorosas, con diversos follajes y relieves, en cuya contextura se reparó que, sin haber hallado el uso de los clavos, formaban grandes artesones, afirmando el maderamen de las tablas en su misma tablazón„.

10. "Había en cada una de estas salas numerosas y diferentes hierarquías de criados, que tenían la entrada según su calidad y ministerio, y en la puerta de la antecámara esperaban los próceres y magistrados, que recibieron á Cortés con gran urbanidad. Todo lo reparaban los españoles, todo hacía novedad y todo infundía respeto: la grandeza del palacio, las ceremonias, el aparato y hasta el silencio de la familia. Estaba Motezuma en pie con todas sus insignias reales, y dió algunos pasos para recibir á Cortés, poniendole al llegar los brazos sobre los hombros. Agasajó después con el semblante á los españoles, y, tomando su asiento, mandó sentar á Cortés y á todos los demás, sin dejarles acción para que replicasen„. Hasta aquí Solís.

11. Asentados ya, y hecho venia, con sumisión muy reverencial rompió Cortés el silencio, y dijo: "Sobraba, mexicana Majestad, la magnitud de vuestra pasmosa curia, la suntuosidad de vuestro palacio, y este autorizado cónclave de príncipes y ministros que, arrimados como estatuas mudas á las paredes, muestran en su rendido respeto vuestra incomparable soberanía, sin lo infinito que se acrecienta con la memoria del inmenso Imperio que os obedece, para calificar el acierto de mi gran Monarca español en pretender, con tan costosos cuidados, vuestra correspondencia y amistad. Y yo nunca más feliz que cuando, después de tan prolija navegación, espero el mayor logro de mi fortuna en enlazar la comunicación de las dos mayores coronas que, como con dos círculos de dos mundos, vienen á cerrar en anillo todo el globo de la tierra y toda la circunferencia del agua. Mi Rey, Señor, no cabiendo su magnanimidad y poder en ese otro orbe, dando asombro á los más sabios cosmógrafos tan inopinada idea, descubriendo con sus naves nuevos nortes, nuevos astros y extraños rumbos por impracticables mares, ha extendido sus dominios hasta las islas adyacentes deste vuestro Nuevo Mundo. Y como la fama de vuestra suma grandeza haya volado hasta su noticia, con la recomendación misteriosa de que ambas casas reales se

originan de un principio, me envía para que, en su nombre, os represente lo que desea fomentar los respetos de la sangre con nuevos lazos y vínculos de confederados y amigos. Otras particularidades de mi embajada os participaré en secretas audiencias, y los puntos de mutuos intereses conferiré con los ministros que Vuestra Majestad diputare para los ajustes„.

12. Sonóle bien al bárbaro Príncipe la harmonía de las lisonjas por no entender los puntos de aquella solfa, y regalóse su altivez y vanidad con que la fama de su magnitud hubiese en otro mundo llegado á oídos del mayor Rey, con tal acepción que solicitase su alianza y correspondencia; con que, no fiando las muestras de su agrado á las palabras de sus intérpretes, dió la respuesta con obras, tornando á echar á Cortés los brazos, y haciendo sacar de unas pulidas petacas muy ricas joyas de oro y perlas y piedras preciosas, empezando por Cortés, repartió á los demás españoles, y sin hacer caso del beneficio se vertía más en el afecto, hasta que, restituído á su seria soberanía, le dijo con gravedad á Cortés que descansase despacio, porque la respuesta á su Rey para desempeño de tan soberana obligación requería más tiempo. Y, dejando el trono, se entró á lo interior de su cuarto, dando orden á algunos de los ministros de acompañar á los españoles hasta su cuartel.

CAPÍTULO LX

DE LA OSTENTACIÓN Y AFABILIDAD CON QUE TRATÓ MOTEZUMA EN MÉXICO Á LOS ESPAÑOLES

§ 1.º—*Audiencias particulares.*

1. Con color de que se le daba tiempo para el descanso, detuvo Motezuma á Cortés las audiencias particulares por algunos días, siendo la mira hacerlas más estimables y respetosas; motivo porque también suspendió la frecuencia estilada de salir á visitar los adoratorios que tenía en el palacio (alojamiento entonces de los españoles) por desmentir cualquier apariencia de hacer visita al embajador, mas sin perder cuidado de que se le repitiese y menudease gran copia de regalos; y, cuando juzgó exenta su soberanía de llanezas, continuó aquellas sus estaciones á los ídolos, con afecto de tener ocasión para tratar á los españoles con decoro y de más cerca.

2. En estas conferencias, con diferentes designios, Motezuma pretendía ganar la voluntad á Cortés para que con todos sus españoles hiciesen en México estable y fija mansión, y Cortés enderezaba todas sus artes de captar agrados, para apoderarse de su valimiento y privanza; rumbo por donde tiraba líneas á muy encontrado centro. Crecía en Motezuma la estima de tan excelente héroe, y á ese peso el gusto de su trato, escuchando con muestras de singular admiración las noticias relevantes de Europa, Africa y Asia, y las grandezas de España. De todo le mostraba Cortés los mapas, explicándole por mayor los imperios, monarquías y repúblicas, y, en particular, los

ricos, cultos y poderosos dominios de la corona católica, conciliando y atrayendo los ánimos de Motezuma y sus grandes á codiciar la confederación y comercio de España, como interés y honor propio de la monarquía mexicana y con segunda intención de quitarle el Imperio y la Corona.

3. Interrupíale Motezuma congratulándose con él de unas memorias, que corrían de siglo en siglo por tradiciones de sus mayores, y se esforzaba el rumor de que se cumpliría en su reinado el antiguo vaticinio de su primer ascendiente y fundador de su Imperio, de que en distintas edades vendrían á México de las regiones del Sol, otras gentes de su línea; y que las señas que se advertían en los españoles se confirmaban con aquella su profecía, con que se hallaba resuelto se hiciese toda demostración de afectuosa correspondencia con su gran Rey; de que le advertía, para que hablase sin embarazo en sus proposiciones, y atribuyese á influencia de aquel principio cualquier dispensación de humanidad que se hiciese con su embajador.

4. Con tan afable licencia la tomó Cortés para introducirse, por vía de conversación y sencilla curiosidad, á informarse por entero del Imperio mexicano, de sus provincias y términos, de sus minas muy afamadas, las distancias de ambos mares, sus calidades y surgideros, tan sincerándose en sus investigaciones, que Motezuma le hizo mostrar en lienzos semejantes á nuestros mapas, la demarcación de todos sus reinos; y gustó de que fuesen algunos españoles á ver las minas, ensenadas y puertos capaces de bajeles, complaciéndose en el pretexto de Cortés, que, como embajador, le tocaba llevar á su Rey noticia cabal del gran Emperador mexicano.

5. Donde pondera Solís diciendo (lib. IV, cap. I): "Bastante seña de que Motezuma vivía sin recelo y andaban conformes su intención y sus palabras„. Este autor, dentro de poco, mudará juicio. No pocas veces le nota á Motezuma de mal intencionado, y muchas veces le aclama fino, constante, protector de los españoles. Padecen entusiasmos los poetas, y en los remolinos de sus fantasías se barajan las especies y no guardan consecuencias.

§ 2.°—*Generosidad y afición de Motezuma con los soldados españoles*

6. Como la cultura y policía de los españoles le fuesen de tanto agrado, solía, buscando pretexto, llamar á su cuarto los más selectos y significaba que no se hallaba sin ellos; y sintiéndole perenne fuente de ricos dones, procuraban todos de agradarle, y era, para aquel Emperador, de suma lisonja los extraños estilos de respeto, con que á lo de los palacios reales de Europa le trataban; su atenta oficiosidad, el garbo de sus acciones, la discreción y oportunidad de sus dichos, y que, sin dejar de ser serios, sabían ser muy sazonados.

7. Exclamaba que hasta entonces no sabía qué era envidia, porque no había tenido á quién envidiar en toda la América, pero que ahora envidiaba al gran Monarca de España considerándole servido de tan esclarecidos vasallos. Conocía á los más por sus nombres y observábales los genios, de cuya anatomía usaba cuando le entretenían, dando al buen gusto y á la prudencia su temple, y con reserva de su Majestad en el divertimiento de la conversación: de que se le encendían más las ansias de arraigar la estancia de los españoles en México; y viendo que los filetes del oro son más recias cadenas que las prisiones de hierro para detenerlos, fraguaba grillos de dádivas y de joyas.

8. Era su juego de trucos el Totoloque, que en una mesa de grana con bolas pequeñas de oro se tiraban para derribar ciertos bolicos, también de oro, con sus leyes y condiciones para ganar y perder. Y cuando el Emperador le favorecía á Cortés de que jugasen los dos, hacíase perdidizo, por dar cortesano cebo á la codicia de la ganancia con que jugaba Cortés, el cual, cayendo en la cuenta y asistido de su pronto ingenio, se desempeñó de la nota con mucho garbo diciendo: "Señor, el juego es especie de guerra, donde también entra el punto de vencer ganando y de no salir vencido perdiendo. Débese sentir el perder como desaire de la fortuna, y estimarse la ganancia como premio de la victoria„.

9. Cuando se quedaba Motezuma á comer en aquel cuarto de palacio en que se alojaban los españoles, se le traía la comida con regia pompa, y todas las ordinarias

ceremonias de ostentación, y tanta opulencia que con los platos de sobra se les hacía á los soldados españoles un banquete espléndido, y el Emperador enviaba desde su mesa á Cortés y á los capitanes de los platos más regalados; aunque jamás se humanó á dar su mesa á ninguno. Y ponderando esta largueza de Motezuma, Bernal Díaz dice: "Y esto daba con una alegría y semblante de grande y valeroso señor„.

10. No sabía bien el engañado Príncipe que se ha de mirar á quien se franquea el favor, no le salga ingrato y se alce con la baraja, y le saque después los ojos con los mismos dones avivando sus codicias; no sea que le favorezca ingenuo y le ensanche á lo villano; y, siendo sierpe, que cobre calor en el seno para escupir después la ponzoña al que le fomenta. ¡Oh, que bien dijo el padre Causino!: "Que regiones cubiertas de oro y perlas crían muy desdichados moradores„. Sobrarán por infelices ejemplares el Inga en su Perú y el Motezuma en su México.

11. Entre estos y otros divertimientos con que los mexicanos, por llevar el aire á su Emperador, festejaban á los españoles, ya dentro de México, ya en el gran lago, introduce Solís una idea alegre de poesía, fingiendo que los españoles fabricaron dos fragatillas de remo y vela para celebrar un festín al Emperador en la laguna con embarcaciones de Europa, aunque el alma de la fiesta era para tener á su disposición el paso de la laguna, porque siempre le remordía su peligrosa audacia de haberse metido en México, donde su ruina era cierta con sólo cortar los indios los puentes á las calzadas.

12. Adelanta esta fantasía, dándola coloridos de cómo, echados al agua los bergantines, mostró Motezuma gusto de estrenarlos embarcándose con los españoles, y que previno para este fin una de sus monterías más solemnes en paraje de larga travesía porque no faltase tiempo á su observación. Y que el día señalado amanecieron sobre la laguna todas las canoas del séquito real con su familia y cazadores, reforzada en ellos la boga, no sin presunción de acreditar su ligereza con descrédito de las embarcaciones europeas que juzgaban pesadas.

13. Más que presto sintieron el desengaño, porque los bergantines partieron á remo y vela, favorecidos oportunamente del viento, y dejaron atrasadas las canoas con largo espacio y no menor asombro de los indios; que

fué día muy festivo para los españoles, tanto por la novedad de la montería como por la opulencia del banquete. Y Motezuma estaba muy entretenido con sus marineros, burlándose de lo que forcejaban vanamente en el alcance de las fragatas, y celebrando como suya la victoria de los españoles, y Cortés gustoso de adelantar su reputación.

14. Ser parábola histórica aqueste festivo cuento se convence con claridad; pues si á Cortés le hubiera entonces excitádole tal especie, ó tenido por practicable la fábrica de tales fragatas, y más con la espina clavada del riesgo de las calzadas, hubiera conservado y crecido el número de estos vasos, con que evitara la ignominia de su fuga y sangriento destrozo de su ejército.

15. Más verosímil es el festejo de la caza, pues hablando el mismo autor de los varios palacios que Motezuma tenía, dice (lib. III, cap. XIV): "Poco distante de esta casa tenía otra Motezuma de mayor grandeza y variedad, con habitación capaz de su persona y familia, donde residían sus cazadores y se criaban las aves de rapiña: unas de jaulas, que sólo servían á la observación de los ojos, y otras en alcándaras, obedientes al lazo de la pihuela y domesticadas para el ejercicio de la cetrería, cuyos primores alcanzaron, sirviéndose de algunos pájaros de razas excelentes que se hallaban en aquella tierra, parecidos á los nuestros, y nada inferiores en la docilidad con que conocen á su dueño y en la resolución con que se arrojan á la presa„.

CAPÍTULO LXI

DE OTROS VARIOS DEPORTES CON QUE MANDÓ MOTEZUMA FESTEJAR Á LOS ESPAÑOLES

§ 1.º—*La planta deste asunto.*

1. Reglaráse el método de esta materia describiendo en particular lo que refiere en común Argensola, diciendo (lib. I, cap. LXXXVII): "Para describir el hospedaje de los españoles en México, suelen referir la descripción de los palacios de Motezuma, cuales eran los de las armas, las guardias y la corte del Rey; la casa de las aves, la de los animales raros; el temple de la tierra, sus jardines, sus bosques, la majestad de México; la profundidad y extrañeza de su lago; los diversos templos, los sacerdotes, los sacrificios, las deliciosas casas donde se divertía Motezuma; las innumerables mujeres, y la magnificencia con que vivían en su palacio; las ceremonias y ritos de su casa, la de su mesa y de sus acompañamientos; sus varios juegos; la frecuencia y abundancia en sus plazas; lo uno y otro innumerable en sus mercados. En todo lo cual se entretenía Cortés con los españoles y con los indios„. Hasta aquí Argensola.

2. Ni se quietaba la solicitud del Emperador, para amorar las voluntades de los españoles en orden á que se connaturalizasen en México, con el cortejo de que se les mostrasen novedades con que pasar tiempo é infundir su estima, si no añadía al agrado de la vista muchos sainetes al gusto, con repetidos banquetes muy al punto y proporción del sitio y grandezas, que les mostraban con

largos dones, ya de sus armerías, ya de las casas de sus tesoros, que conservasen las memorias de lo que veían y alababan con diferencias de juegos, danzas y otros áulicos deportes.

3. Y porque se han tocado ya varios puntos que concernían á esta materia, se tratarán los que no se han dicho; fijos en el propósito de que, en grandezas de la América, México y Motezuma, corra nuestra historia por la pauta de otras plumas, en que lograremos dar más gusto y asegurarnos el crédito á la historia, evitando las sospechas de vanidad y de pasión.

§ 2.º—*Festejo á los españoles en el palacio de las Armerías.*

4. Quedan delineados ya el palacio principal de los emperadores mexicanos y el de su supersticioso adoratorio donde se dió á los españoles alojamiento; para más entera noticia de aquellas fábricas, y hacer concepto de las otras, trasladaremos lo que en su *Apologético* dice el historiador Ramírez, así: "En la arquitectura mostraban tanto artificio los mexicanos, que parecía haber leído á Vitubrio, edificando casas y otros edificios de maravillosa fábrica y de tan hermosa perspectiva que podían competir con los capitolios romanos„. Afiance en parte lo que se tendrá por encarecimiento en todo, Bernal Díaz, diciendo: "Los mexicanos tenían primos maestros y oficiales en varios géneros de oficios, canteros, albañiles, carpinteros, lapidarios, plateros de oro y plata y todo vaciadizo, que en nuestra España los grandes plateros tienen que mirar en ello. Oficiales de asentar pluma, entalladores, pintores, que si fueran en tiempo de aquel antiguo Apeles, de Micael Angelo ó Berruguete, los pusieran en el número de ellos„. Y la *Historia pontifical* dice: "Las casas del rey Motezuma y otras algunas de señores eran riquísimas y muy bien edificadas„.

5. Asentada la clave de esta verdad, pasa Solís á describir con su hermosa elocución, diciendo (lib. III, cap. XIV): "No se conocía menos la grandeza de Motezuma en otras dos casas que ocupaba su armería. Era la una para la fábrica y la otra para el depósito de las armas„.

6. "En la primera vivían y trabajaban todos los maes-

tros de esta facultad, distribuídos en varias oficinas según sus ministerios. En una parte se adelgazaban las varas para las flechas; en otra se labraban los pedernales para las puntas; y cada género de armas ofensivas y defensivas tenía su obrador y sus oficiales distintos, con algunos superintendentes que llevaban á su modo la cuenta y razón de lo que se trabajaba„; y entre quienes, repartiendo Hernán Cortés algunas bujerías de España, aprobaba á lo señor las hechuras y aplaudía á lo entendido los primores, con mejor retórica de la mano que de boca.

7. "La otra casa (cuyo edificio tenía más representación) servía de almacén donde se recogían las armas después de acabadas; cada género en pieza distinta; y de allí se repartían á los ejércitos y fronteras, según la ocasión y las ocurrencias. En lo alto se guardaban las armas de la persona Real, colgadas por las paredes, con buena colocación. En una pieza los arcos, flechas y aljabas, con varios embutidos y labores de oro y pedrería; en otra las espadas y montantes de madera extraordinaria con sus filos de pedernal, y con la misma riqueza en las empuñaduras; en otra sala los dardos, y así los demás géneros, tan adornados y resplandecientes, que daban que reparar hasta las hondas y las piedras„.

8. "Había diferentes hechuras de petos y celadas con láminas y follajes de oro, muchas casacas de aquellos colchados que resisten á las flechas; hermosas invenciones de rodelas y escudos, y un género de paveses ó adargas de pieles impenetrables, que cubrían todo el cuerpo, y hasta la ocasión de pelear andaban arrolladas al hombro izquierdo. Fué de admiración á los españoles esta grande armería, que pareció también alhaja de príncipe, y príncipe guerrero, en que se acreditaban igualmente su opulencia y su inclinación„.

9. "En todas estas casas tenía Motezuma grandes jardines, prolijamente cultivados. No gustaba de árboles fructíferos, ni de plantas comestibles en sus recreaciones; antes solía decir que las huertas eran posesiones de gentes ordinarias, pareciéndole más propio en los príncipes el deleite sin mezcla de utilidad. Todo era flores de rara diversidad y fragancia, y hierbas medicinales que servían á los cuadros y cenadores, de cuyo beneficio cuidaba mucho, haciendo traer á sus jardines cuantos géne-

ros produce la benignidad de aquella tierra, donde no aprendían los médicos otra facultad que la noticia de sus nombres y el conocimiento de sus virtudes„.

10. "Tenían hierbas para todas las enfermedades y dolores, de cuyos zumos y aplicaciones componían sus remedios, y lograban admirables efectos, hijos de las experiencias, que sin distinguir la causa de la dolencia, acertaban con la salud del enfermo. Repartíanse francamente de los jardines del Rey todas las hierbas que recetaban los médicos ó pedían los dolientes, y solía Motezuma preguntar si aprovechaban, mostrando la piedad en sus medicinas, y pareciéndole que cumplía con la obligación del gobierno cuidando así de la salud de sus vasallos„, y, siendo tan generoso, no le podía faltar el ser muy benigno, y es calumnia aun imaginarle tirano.

11. "En todos estos jardines ó casas reales, había muchas fuentes de agua dulce y saludable que traían de los montes vecinos, guiada por diferentes canales, hasta encontrar con las calzadas, donde se ocultaban los encañados que la introducían en la ciudad, para cuya pública provisión se dejaban muchas fuentes, y se permitía que los indios vendiesen por las calles lo que podían conducir de otros surtideros„.

12. "Creció mucho en tiempo deste último Motezuma el beneficio de las fuentes, porque fué suya la obra del gran conducto por donde vienen á México las aguas vivas que se descubrieron en la sierra de Chapultepec, distante una legua de la ciudad. Hízose primero, por su orden y traza, un estanque de piedra donde recogerlas, midiendo su altura con la declinación que pedía la corriente, y después un paredón grueso con dos canales descubiertas de fuerte argamasa, de las cuales servía la una mientras se limpiaba la otra. Fábrica de gran utilidad, cuya invención le dejó, no sin fundamento, tan vano, que mandó poner su efigie y la del Emperador su padre, con primor en las semejanzas, esculpidas en dos medallas de piedra, memorial de su beneficencia con aquella su gran corte„, y ambición que imitan otros no bárbaros con harto inferiores beneficencias á sus patrias, á las iglesias y en sus gobiernos.

§ 3.°—*De cómo se festejaron los españoles en el notable palacio de las aves.*

13. Entre los demás emperadores de México, ocasionó varias censuras de sus acciones Taudallen Motezuma III; y aunque es verdad que suele tal diferencia de juicios provenir de la pasión ó luz á que se examinan los hechos, no se niegue que suelen fundarse en los genios de complicados caprichos, como pincel de embeleco, cuando el rostro de la imagen forma representaciones equívocas. Era aquel Príncipe en lo común de su porte grave, y padecía su gravedad lúcidos intervalos de ligerezas: una de éstas ocasionó por la corte risas, y corrió por todo el Imperio el cuento de que su Emperador, ha biendo de profesar á lo mexicano ejercicios y los mismos deportes de guerrero, vivía todo ocupado en fabricar un costoso palacio en que recoger cuantas diferencias de aves hubiese en toda la América.

14. Y, aunque reparando en la indignidad de la ocupación y desdoro de su fama, hizo desaparecer toda aquella volatería (acallando semejante murmuración con más bárbaro dispendio que Bayazeto en Constantinopla, pues degolló por su mano á la más hermosa griega que sacrificó á su fama) mas no sacó Taudallen del todo la mancha de su deslustre, porque pasó aquel prolijo y perjudicial entretenimiento á sus descendientes, acrecentando excesivos gastos á costa de pobres, y queriendo desmentir la vivilidad del afecto con la magnificencia del edificio.

15. En este palacio, pues (edificio regio donde se vieron varios corredores sobre columnas de jaspe), dice Solís: "Que había cuantos géneros de aves se crían en aquel orbe, dignas de alguna estimación por la pluma ó por el canto; entre cuya diversidad se repararon muchas extraordinarias y no conocidas hasta entonces en Europa„. Y en tanto grado había subido este vano recreo, dice Acosta: "Que cuando Motezuma veía que no era posible sustentarse algún género de aves, pescado ó fieras, había de tener su semejanza labrada ricamente en piedras preciosas, ó en plata ó en oro, ó esculpidas en mármol„. Las aves marítimas se conservaban en estanque de agua salobre, y en otros de agua dulce los que se traían de ríos.

16. Refieren también que había pájaros de cinco y

seis colores, y los pelaban á su tiempo, dejándolos vivos, para que repitiesen la utilidad de su rica pluma, de que se componía el obraje asombroso de ricas imágenes, y aun de colgaduras de suma costa por entretejerse con oro y primor de las figuras. Era tanto el número de las aves que se ocupaban en su cuidado más de trescientos hombres, diestros en el conocimiento de sus enfermedades y obligados á suministrarles el cebo de que se alimentaban en su libertad.

17. Había entre las aves que tenían encerradas muchas de rara fiereza y tamaño, que parecieron entonces monstruosas, y algunas águilas reales de grandeza exquisita y voracidad peligrosa; pues no falta quien diga que una de ellas gastaba un carnero en cada comida; suena á encarecimiento, y más no habiendo carneros en aquella tierra por entonces. Más verosímil es el banquete de aves, que, después de haberlas visto vivas, les dieron á su usanza sazonadas á los españoles, tan de varios modos, que no quedase el apetito con envidia alguna á los ojos.

§ 4.° — *De otros recreos en que festejaron á los españoles fuera de Mexico.*

18. "Fuera de la ciudad (dice Solís) tenía Motezuma también grandes quintas y casas de recreación con muchas y copiosas fuentes, que daban agua para los baños y estanques para la pesca, en cuya vecindad había diferentes bosques para diversos géneros de caza, ejercicio que frecuentaba y entendía, manejando con primor el arco y la flecha. Era la montería su más recreo, y solía salir con sus nobles á un parque espacioso y ameno, cuyo distrito estaba cercado por todas partes con fosos de agua, donde le traían las reses de los montes vecinos, entre las cuales venían algunos tigres y leones. Había gente señalada que estrechaban y conducían á las fieras á aquel sitio, siguiendo en estas batidas el estilo de nuestros monteros. Tenían los mexicanos gran osadía y agilidad en perseguir y sujetar los animales más feroces„.

19. "El Motezuma gustaba de mirar el combate de sus cazadores, y lograr algunos tiros que aplaudían como acierto de pulso soberano. Mas no se apeaba de sus

andas, si no es cuando se ponía en eminencia y con trinchea de chuzos y de flechas que asegurasen su persona, no porque le faltase valor ni cediese á los demás en destreza, sino porque miraba como indignos de su majestad aquellos riesgos voluntarios, pareciéndole que sólo eran dignos para el Rey los peligros de la guerra„. Hay quien escribe, que, en una de estas cazas, cómo al apearse de las andas de improviso se tirase un tigre á embestirle, acudió pronto el capitán Alvarado, y, disparándole una carabina á la frente, arrojó muerta á la fiera á las plantas de Motezuma, que supo bien aplaudir la bizarría y mejor premiar la oportunidad de socorro.

20. En una de estas paradas de montería estaban las fieras que presentaban á Motezuma, ó prendían sus cazadores en fuertes jaulas de madera: leones, tigres, osos, y cuantos géneros de brutos produce aquel Nuevo Orbe, entre los cuales hizo por monstruoso más novedad el toro mexicano, que dejamos ya en otra parte descrito. Este anfiteatro pareció á los españoles digno de Príncipe grande. Suspendióse empero este gusto con el sobresalto de que, arrimándose con descuido el capitán Diego de Ordaz á la jaula de un león, éste, alargando la garra por un claro de las verjas, asió el cabo suelto de la banda, y al ir á emplear la otra zarpa, presto, animoso y feliz Ordaz con la daga cortándole al león la mano, le desprendió de la presa. Acción gallarda que al Motezuma y á toda su comitiva llenó de admiración y de gozo, no extrañando que á tan estupendos héroes venerasen sus indios como deidades.

21. En otra separación de este palacio, dicen algunos escritores que se criaba con cebo cotidiano una multitud horrible de animales ponzoñosos, y que anidaban en diferentes vasijas y cavernas las víboras, las culebras de cascabel, los escorpiones, y crece la ponderación hasta encontrar con caimanes. Pero también afirman estos autores, que no vieron ni alcanzaron esta venenosa grandeza nuestros españoles. No pasó su historia de la corteza de esta parábola.

22. El misterio era que el vulgo mexicano satirizaba con esta metáfora al capaz cuarto donde habitaban unas sabandijas humanas, como eran los bufones, que servían al entretenimiento de aquellos emperadores, en cuyo número entraban los monstruos, los enanos, los corcovados,

y otros con tales errores de naturaleza; cada especie tenía su habitación separada, y cada separación sus maestros de habilidades y personas diputadas para cuidar de su provisión; y lo que tenía su especie de piedad, la plebe, envidiosa de ver á éste deshecho de naturaleza con descanso y sobra de alimento, en vez de llamarle el Hospital de los Incurables, le decían la *Mansión de sabandijas ponzoñosas*. Los españoles gozaron de sus habilidades al tiempo de las mesas, y se las premiaron opíparamente con las sobras.

CAPÍTULO LXII

DEL LUCIDO FESTÍN QUE HICIERON LOS ESPAÑOLES AL EMPERADOR MOTEZUMA EN LA PLAZA MAYOR DE MÉXICO

§ 1.º—*Forma, grandeza y adorno de la Plaza Mayor de México.*

1. Agravado con tanto peso de agasajos como recibían Hernán Cortés con sus españoles de tan generoso Príncipe, se ingeniaron en corresponder con algún cortejo, si en la sustancia inferior, ventajoso por singular en la forma, que después referiremos; y porque la magnificencia y adorno del sitio acrescienta á las más reales fiestas embellecimiento, y da más campo al aplauso de éstas, fué digno teatro la Plaza Mayor de México; en cuya descripción afanan los escritores, no en retocarla con esmalte de retórica ó colores de elocuencia para adelantar la pintura con realces, que su mayor afán es que la verdad no se tenga por hipérboles y encarecimientos.

2. De su espaciosidad, dice Argensola que era dos veces como la ciudad de Salamanca; Antonio de Herrera se explicaba con que era una de las mayores del mundo; Bernal Díaz, habiéndola visto y paseado muchas veces, exclama: "Que solamente el rumor y zumbido de las voces y palabras que allí había sonaba más de una legua; y entre nosotros hubo soldados que habían estado en muchas partes del mundo, y en Constantinopla, y en toda Italia y Roma, y dijeron, que plaza tan bien compuesta y con tanto concierto y tamaño y llena de tanta

gente no la habían visto; toda cercada de portales alrededor, donde cotidianamente había setenta mil personas comprando y vendiendo„.

3. Y con ser de tan desaforada magnitud esta Plaza Mayor, dice Solís: "Se llenaba de tiendas en hileras, tan apretadas que apenas dejaban calle á los compradores. Había hileras de plateros, donde se vendían joyas y cadenas extraordinarias, diversas hechuras de animales y vasos de oro y plata, labrados con tanto primor, que algunos de ellos dieron que discurrir á nuestros artífices. Había también hileras de pintores que daban el colorido y animaban la pintura con interposición de plumas, en que admiraban los aciertos entre lo prolijo y precioso. Venían también á este mercado todo género de telas que se fabricaban en el reino, que hilaban y tejían delicadamente las mujeres en aquella tierra, enemigas de la ociosidad y aplicadas al ingenio de las manos„.

4. "Eran muy de reparar los búcaros y hechuras esquisitas de finisimo barro, diverso en el color y fragancia, de que labraban cuantas piezas son necesarias para el servicio y adorno de una casa. Hallábanse en la misma distribución y abundancia los mantenimientos, las frutas, carnes, aves y pescados, y, finalmente, cuantas cosas hizo venales el deleite y la necesidad„.

5. Más lo especifica Bernal Díaz, diciendo: "Además de joyas de oro vendían allí plata bruta y labrada, plomo, latón, cobre, estaño, piedras, huesos de exquisitos animales, como marfil, conchas, plumas, penachos, madera labrada y por labrar; gallinas que son pavos, perdices, codornices, lavancos, dorales, cercetas, tórtolas, palomas, papagayos, águilas, alcones, gavilanes, cernícalos, cueros de aves de rapiña, conejos, liebres, venados, perros castrados para comer, que no ladran„. Y prosigue Bernal:

6. "Aceras de herbolarios donde vendían raíces y hierbas medicinales, así potables como ungüentos y emplastos. Había tiendas de barberos, casas como de figones, ganapanes para llevar fardos, leña, carbón, braseros; esteras de muchas maneras, verduras, cebollas, puerros, ajos, mastuerzo, berros, borrajas, acederas, tagartunas, y otras muchas hortalizas de nosotros no conocidas„.

7. "Frutas, cerezas, ciruelas y otras infinitas de aquella tierra; miel de abejas y cera; miel de caña de maíz; miel del árbol Maguey; colores para pinturas, cuantos

son imaginables con todas las diferencias y de subidas perfecciones; infinidad de madejas de varios matices de algodón, como si fuera una alcaicería de Granada; pasteles de aves y empanadas de pescado; unos canutos de olores con líquida ámbar llenos de tabaco, y cacagoteros con cacao, que fuera prolijidad referirlas si no fueran novedades tan extrañas„. Hasta aquí Bernal. Y Solís concluye: "Ella era aparador verdaderamente maravilloso en que se venía de una vez á los ojos la grandeza y gobierno de aquella corte„.

§ 2.°—*Forma del festín español y su remate azaroso.*

8. Discurriendo, pues, Hernán Cortés, algún cortejo de garbo, que hiciese ruido y desempeñase con aire á su agradecimiento, como durasen aún los ecos plausibles de aquella celebridad que en Tlascala le logró aquella muestra de juegos militares, lo juzgó ensayo de los que, con más arte y lustre, podía representar en la imperial corte mexicana, pues que le sería á Motezuma de lisonja y á sus áulicos y magnates de agrado, restablecería la estima de las armas españolas y la fama de sus asombrosas habilidades, poniendo nuevo espanto con el diestro manejo de los caballos y formidable estruendo de los mosquetes y artillería.

9. Son algunos de opinión que lo ejecutó Cortés con feliz solemnidad, concurriendo el Emperador, no sólo con su asistencia debajo del pabellón real y majestuoso aparato en eminente y precioso trono, cuyas gradas, por orden de sus esferas, guarnecían los más supremos ministros, plantados después en forma de circunvalación sus guardias, sino también disponiendo que, sobre adornar el ventanaje y miradores de la plaza, se despejase de todo gremio mecánico y quedasen sólo las tiendas de más lustre y paradores de rumbo, que, sobre orlar los interlocutorios de los soportales, formasen vistosas vallas á trechos con dos frentes, dejando espaciosos claros entre las hileras para los tornos de los caballos y fuga de escaramuzas, y con prevención de entretejer, en los paréntesis que hiciesen aquellas variedades militares de los españoles, muchas diferencias de danzas y otros juegos festivos de los mexicanos, esparciendo el Motezuma con frecuencia

al pueblo muchas preseas, y premiando en los europeos con joyas ricas las suertes de la sortija y aciertos de las lanzas en los golpes del estafermo, y esmerándose en aplaudir con admiraciones de ademanes todos los lances de guerra que ejercieron los españoles con sus diferencias de armas, á que correspondían con salvas de mosquetes y acentos de clarines, y con los instrumentos de aquel país los naturales y tan festiva como confusa gritería de aquel innumerable gentío.

10. Otros escritores confunden estas fiestas con las que celebró Hernán Cortés en la junta general de sus primeras alianzas con las provincias sublevadas, y son no pocos los que la señalan el tiempo en que se asentó en México Cortés por el incidente de arribar entonces Pánfilo de Narváez con su armada, y se las atribuyen á su sustituto el capitán Alvarado, en que no se halló Motezuma, y tuvieron el mal éxito de aquel infamado azar que ha dado tanto que morder á las plumas extranjeras, y aun tanto dió que decir á nuestros mismos autores.

11. Entre los cuales refiere, y censura el caso con acrimonia, don Francisco Pizarro y Orellana del Consejo Real de Castilla, en su tomo de los *Varones ilustres del Nuevo Mundo*, donde dice así: "Tuvo nueva Cortés, que los indios de México se habían alzado y muerto á algunos españoles, y que no dejaran hombre á vida si Motezuma no se lo impidiera; tanto era el coraje de los indios contra los españoles, ocasionado de las muertes que don Pedro de Alvarado y otros españoles dieron á muchos principales indios mexicanos, cuando celebraban unas fiestas, por quitarles las joyas y oro que tenían. Este fué uno de los hechos que más costó á los españoles, y de los más torpes suyos que sucedieron en aquellos Reinos (originado de la raíz de todos los males) y el que les causó en el discurso desta vida tantos daños„. Hasta aquí, aquel [del] Consejo Real de Castilla.

12. Caso es este, sobre que haciendo reflexión, nos entera más de que nuestros mismos autores por mal informados, ó poco noticiosos y muy crédulos han dado muchas armas á los émulos de España para desacreditar sus conquistas. Pues, ni asistiendo Hernán Cortés le perdieran el respeto sus soldados desmandándose á tan peligrosas y ruines codicias; y, al haber quedado en su lugar, y sólo con poca gente, Alvarado, siendo tan cuerdo como

valiente, no tolerara y menos concurriera á una facción tan temeraria de presente, y de tan fija y eterna infamia en adelante.

13. Algún desorden hubo de haber, á que incita la codicia al rematarse casi de noche las grandes fiestas, y entre las sombras, la confusión y la bulla, surten con fáciles causas revueltas y encuentros, que, por comunes, en todas partes se apagan tan presto como se encienden; y con más leves fundamentos desde tan remotas regiones crecen y se abultan las noticias, siendo así que, aun sin rastro de fundamento, de muy próximas distancias corren, se escriben é imprimen descomunales y descaradas falsedades.

CAPÍTULO LXIII

DE CÓMO EL R. P. FRAY BARTOLOMÉ DE OLMEDO SOLICITÓ LA CONVERSIÓN DE MOTEZUMA Y LOS EFECTOS DE SUS PLÁTICAS

§ 1.°—*Del espíritu y prudencia con que el varón apostólico entró en esta espiritual conquista.*

1. Desde la primera conferencia del emperador Motezuma con Hernán Cortés, éste, encendido de católico celo, trató de su conversión, pero introdujo la plática con soldadesca más que con literatura; ocupábanle más los designios de quitarle la corona que los cuidados de su alma. A quien le pinta entonces su panegirista Solís mal amistado con una mexicana, no hay que considerarle con el espíritu y eficacia que requería la materia. El capitán español no tenía graduaciones de letras para este ministerio evangélico.

2. Quien por sus muchas letras, por su hábito religioso y virtud eminente se hizo encargo de esta empresa fué el V. P. Fray Bartolomé de Olmedo, hijo esclarecido de la religión real de Nuestra Señora de la Merced. De quien dice el R. P. Fray Antonio Remesal, dominicano: "Que fué el primer sacerdote del nuevo orbe y su primer apóstol„. Y el P. Pecioto, jesuíta, dió á la posteridad luz de su parecido retrato con la pintura de aqueste ceñido elogio, diciendo: "*Sublimi se vultu efferet posteritati venerandus et apostolicus vir. P. M. fr. Bartolomeus Olmedo; qui cum ceteri manu ferro que rem gererent ipse exemplo, consilio que pugnavit. Incomparabili vir ingenio, sin-*

gulari prudentia, pietate spectabili. Habuerunt sane apostolicos, conspicuos viros maiores nostri, non invideo, dum unus sit instar omnium soboles illa inclita V. Mariae Mercedis„. Digno epígrafe de grabarse en láminas de oro con caracteres de zafiros sobre todas las puertas de la imperial México, por memorial indeleble de quien le dió la primer luz del Evangelio.

3. Aunque á Motezuma, pues, le había estrenado la admiración y la voluntad el valor, cultura y genio de los españoles, nada le infundió tan alto concepto ni se apoderó tanto de su agrado como la comunicación con el padre Olmedo: aquella compostura de modestia, circunspección de palabra, el peso de sus razones por donde se vertían los rayos de sus virtudes, suma piedad en el discurrir, espera en el escuchar, oportuno en las preguntas y sutil en las respuestas, en todo tan urbano como devoto. Ofrecíasele al bárbaro que aquel hombre le habrían labrado de cualque trozo de cielo, según no tenía de tierra más que lo que pisaba la planta; observando, que, cuando en los demás de aquella nación se traslucía la ambición y el interés, las ansias de plata y oro, él era el mismo despego de tales haberes, excusándose con discreta cortesía de recibir las ricas joyas con que á veces le tentaba. Este argumento de excelencias tan generosas como cristianas, le hacían maravillosa harmonía á su buen juicio, de que le decía la verdad, cuando le hablaba sobre materias de nuestra santa Fe tan santo varón.

4. Cuando le pareció, pues, á Olmedo, que el Motezuma estaba más sazonado, con la oportunidad de hallarse á solas en un jardín, le dió un asalto general á su conversión. El empezó la batería sobornándole el afecto con alabar lo majestuoso y selecto gusto de sus recreos, dignos de tan gran Monarca, y que dieran que reparar á los mayores príncipes de Europa. De aquí se adelantó á moralizar sobre la variedad de las flores, artificios de las fuentes y adornos de los estanques, elevando los discursos al criador universal de aquesta hermosa y bien ordenada máquina del mundo.

5. Oíalo Motezuma con muestras muchas de gusto, é interrumpiéndole, dijo: "Padre, varias veces me habéis hablado de ese gran Dios, pero, con la precisión de tiempo é intercadencias de incidentes, ha sido á trozos; quisiera, pues, enterarme de propósito. Solos estamos, y á

tiempo en que despacio me delineéis por entero la planta de la Religión Católica„.

6. Olmedo entonces, dándole á Dios interiormente las gracias y pidiendo la continuación de la divina luz al Emperador, dió principio á tan gran materia con las demostraciones de que no podía haber más que un Dios, que era la causa primera de cuantos efectos hay, y siendo único origen de todas las perfecciones criadas, contenía en sí una infinidad de divinas excelencias; que con una sola palabra sacó del no ser á la gran fábrica de todo el Universo, y con la misma facilidad, si quisiera, podía criar otros infinitos mundos. Asentado como era Uno en la esencia, le declaró como era juntamente Trino en las personas, aclarando esta dificultad tan sazonadamente con razones y semejanzas, que advirtió en el buen semblante de aquel gentil, como le armaba aquel soberano ajuste, de que tal Dios gozase la soberanía de solo, por el ser Uno, con la conveniencia de sociable y acompañado, por lo de ser en personas Trino.

7. Continuó Olmedo el discurso por la creación de Adán, la desgracia del pecado, exterminio del Paraíso y Diluvio Universal de Noé; novedades que le sacaban al rostro de Motezuma muchas señas de admiraciones. Pero la Encarnación del Verbo Divino con las divinas excelencias de Cristo, le hicieron mostrar más de lleno sus asombros. Así le fué alternando en otras sesiones, la erección de la Iglesia Católica, su propagación por el orbe, sus héroes de santidad, las hazañas de los mártires, la sabiduría de sus doctores, con todo el esplendor de la cristiandad, y decíalo no á lo prolijo, sino á lo oportuno.

8. Como mezclase las enarraciones con persuasivas, tal vez sintiendo movido al Emperador, se enarmonó ponderándole el especial beneficio que el verdadero Dios le hacía, pues aunque á sus regios progenitores les había engrandecido con tan majestoso Imperio, á él le añadía el convidarle con un eterno trono de gloria, y libraba en que admitiese tan benéfica luz del cielo el sacar de sombras de idolatrías á todo aquel Nuevo Mundo, de quien sería obedecido ó imitado un tan soberano ejemplo; que este era el principal fin, y deseo de su Monarca español; "y de mí puede vuestra majestad creer una sincerísima verdad, que este puro y único intento me ha sacado de mi celda, trasegado por tantos mares, padeciendo tantos

peligros como dado pasos, y me serán del mayor aprecio, si logro veros, señor, convertido á nuestra santa fe, y con rendido conocimiento á nuestro Redentor hijo de Dios, Cristo Jesús„.

§ 2.°—*Respuesta de Motezuma al R. P. Olmedo.*

9. Esperaba entre dudas y confianzas Olmedo la respuesta de aquel Príncipe gentil, el cual le dijo: "Padre, los artículos de vuestra Doctrina Cristiana le arman mucho á mi entendimiento; no sólo por el buen orden y consecuencia que tienen, y por la soberanía y alteza que hablan de la suprema deidad, sino también por la mucha consonancia que hacen con nuestra antigua creencia„.

10. "Porque nosotros también alcanzamos que hay un solo Dios, y á los ídolos los veneramos por efigies de varones ínclitos y célebres. También tenemos una confusa noticia de esa Trinidad que me decís; adoramos la señal de la Cruz, sin saber por qué la adoramos, más que por el culto derivado de nuestros mayores. Adoramos también otras muchas especies de vuestra enseñanza, de que os he dado en otras ocasiones noticia„.

11. "Pero aquestos y otros dogmas de nuestras sectas, las mezclan nuestros sacerdotes con invenciones tan increíbles, que he llegado á despreciar sus deidades, y lo atribuyen á mi altivez, censurándome que aspiro á que me adoren por Dios. Os certifico, pues, que si me hallara persona particular, no dilatara el profesar una fe tan ajustada á razón, ni lo juzgara tanto mudanza como reforma; y que de vuestro discurso, incorporado con el mío, toma más apretado argumento, para más fija persuasión, de que mi primer ascendiente y fundador del Imperio mexicano, arribó de vuestra Europa á estas regiones de México, é introduciría el conocimiento de esos Misterios cristianos, que, con el curso y vuelcos de siglos, unos se habrán confundido y los otros alterado„.

12. "Pero en representación que estoy haciendo de la persona más pública, pide la razón de Estado que proceda con el parecer de mis bonzos y consulta de mis consejos. Hame hecho sonreir no pocas veces vuestro Hernán Cortés, que, proponiéndome estas materias sin la ciencia y arte que vos me las razonáis, debe de pensar

que el mudar de religión no es punto de más hechura que fuera el mudar de traje; con ser así que alterar el traje pide en el Príncipe tiento„.

13. "Yo he llegado á entender que este vuestro capitán llama obstinación mi demora, y censuraría con más acierto de ligereza mi apresurada credulidad; pues padeciera mi juicio gran descrédito de fácil, no sólo con mis vasallos, sino aun también con vuestros españoles, si sólo de oir (como de paso y de unas gentes, que aun de su fe saben poco y les ignoramos mucho) una religión tan extraña y nueva, desistiera yo al instante de la nuestra tan antigua, venerada entre nosotros por tantas edades, profesada por todos nuestros antepasados, reconocida con tantos templos, entablada con tan ordenada hierarquía de ministros, bonzos y sacerdotes„.

14. "No hay novedad (añadía) que más turbe los Imperios y los dominios que la de la Religión y permitir variedades de sectas y de creencias. No sé lo que pasa acerca de esta política en vuestros reinos; si sé que en nuestros países produjeron y abortaron monstruosos disturbios y fatales movimientos, de que es bastante escarmiento el error de los chiapenses. Mi corona, aunque es hereditaria con ley fundamental en mi real familia, es juntamente electiva entre los príncipes más íntimos de mi sangre, ¿pues qué más dorado pretexto podrían tomar, aun mis mismos hijos, para mover inquietudes? No suenan tan á lo sordo las quejas y las envidias, de que me alargo con exceso en hacinaros dádivas y favores, que no hagan ecos en mis oídos; hasta difamar mi gobierno con que Hernán Cortés, no sólo lo manda todo á título y sombra de mi valido, sino que aun apoderado de mi entendimiento me persuade ejecutar en esclarecidos próceres y caciques las más severas y torcidas justicias„.

15. "Si sobreviniera ahora, pues, indigestamente, la novedad de la religión, abandonar intempestivamente el culto de los ídolos, la repentina desolación de los templos y degradación del gremio sacerdotal, ¿qué turbaciones no se movieran, qué motines no se excitaran? Vámonos, Padre Olmedo, con lento paso; suframos que el tiempo y arte madure la materia; negocio es para digerido con industria más que por violencia; no lo puede un Rey todo, aunque puede mucho; aprisionar puede los cuerpos, mas no los juicios; las medidas de las especulaciones no se

ajustan siempre á las prácticas. Yo discurro asistido de experiencias, vos sólo dirigís con motivos de teóricas„.

16. "Y asentad en vuestro piadoso ánimo el que yo me juzgo el más interesado, por lo muy reconocido del engaño que por largos tiempos hemos padecido los que, retirados con tan inmensas distancias, vivíamos privados de tan importantes y verdaderas noticias.„ Y concluyó Motezuma su razonamiento dándole á Olmedo su real palabra de que mostraría en las operaciones lo que le había insinuado en sus sentimientos; y lo fué así cumpliendo, como se fué ejecutando en el proceso de la historia, comenzando en el capítulo siguiente á dar señas de su constante propósito.

CAPÍTULO LXIV

DE CÓMO EL EMPERADOR MOTEZUMA, CON OCASIÓN DE MOSTRAR SUS TEMPLOS, PERMITIÓ Á LOS ESPAÑOLES INTRODUCIR LA FE CATÓLICA EN MÉXICO

§ 1.°—*Lo adictos que eran los emperadores y mexicanos al culto y ornato de los que tenían por dioses.*

1. No bastan los ojos más linces de la Providencia humana en los príncipes más asistidos de ministros argos (como no bastaron á los monarcas egipcios los cetros sembrados de ojos) para prevenir los inopinados accidentes de una amplísima monarquía. Pues, dado que en la teórica se anteviesen, en la práctica se alteran en circunstancias extravagantes. Excusa común de los desaciertos, echando la culpa al hado, y á las fatalidades, á la fortuna, para sacar un yerro con otro yerro, y es error común á todas las gentes.

2. De donde surte que, en la cordura más corta y en la inteligencia más bárbara, si trata de asegurarse las dichas y desviar las desgracias, se refugian á la protección del cielo, á cuya soberana Providencia llegan á reconocer por primer moble de las más inapelables disposiciones. No les pareció, pues, á los emperadores de México, bastante basa para afirmarse en tan alto trono el aplicar todo estudio al gobierno, ni las consultas consideradas y repetidas de sus muchos consejeros y ministros, sino que se dieron también, con prolija y suntuosa superstición, al culto de aquellos ídolos, que, en la oscuridad de sus juicios, los imaginaban ciegamente por po-

derosos, para mantener con firmeza su corona y para adelantar los progresos felices de su Imperio.

3. En esta consideración, hablando de los templos de los ídolos que hallaron los españoles en América, dice el P. Acosta: "Que sin comparación fué mayor la superstición de los mexicanos, así en sus ceremonias, como en la grandeza de sus templos„. Y después de describir el templo mayor ó su catedral de México (de que diremos en el párrafo siguiente) añade Solís: "Había deste género y opulencia ocho templos, siendo los menores más de dos mil, donde se adoraban otros tantos ídolos, diferentes en el nombre, figura y advocación. Apenas había en México calle sin su Dios titular, ni se conocía calamidad entre las pensiones de naturaleza que no tuviese altar adonde acudir por remedio. Respectivamente imitaban en este culto á su corte mexicana todas las ciudades y poblaciones de su corona; y en tanto grado, que, en la ciudad de Cholula, poco distante de México, refiere la *Historia pontifical*: "Que tenía tantos templos, como días hay en el año„.

4. En los montes de sus ruinas, aun hay de presentes señas notables de aquellas soberbias fábricas; y así dice el P. Acosta: "Que al ídolo que llamaban *el todo poderoso y señor de todo lo criado*, le hicieron los mexicanos el más suntuoso templo de mayor altura y de más hermoso y galán edificio, cuyo sitio y fortaleza se puede conjeturar por las ruinas que quedaron en medio de la ciudad„. Erudición que puso en latín la *Historia jesuítica general*, diciendo: "*In urbe Mexicana spectanda multa superant monumenta barbariae magnifecentiae, et superstitionis, sed Arx ante omnia et Fanum*„.

5. Y, como esperando cosechas de tesoros, sembraban en los cimientos de aquellos sus templos muchas riquezas; pues refiere Bernal Díaz, como "Desde que ganamos á México y se repartieron los solares, cuando abrían los cimientos para la fábrica de Santiago en el sitio de aquel su templo mayor, hallaron mucho oro y plata, perlas, esmeraldas, aljófares y otras piedras preciosas„. Y el oidor Solorzano en su *Política indiana*, hablando de los américos, dice: "Que su costumbre era hacer figuras de sus falsos dioses de plata y oro, y servirles con vajilla de lo mismo, especialmente los mexicanos„. Siendo estos bárbaros más generosamente piadosos con sus ídolos

que son los políticos de Europa con el verdadero Dios, en cuyas sacras aras y templos no quisieran ver oro ni plata, y censuran de malogro cuanto rico se consagra al culto divino.

6. Y los que saben poco y entienden menos, con el fervor de su pía simplicidad, se airan contra tan supersticiosos idólatras, cuya devota acrimonia procura suavizar el P. Pedro Labbe, jesuíta, diciendo de nuestros antepasados, en siglos que también eran idólatras y gentiles: "*Erraverunt maiores nostri in diis, non in deo; coluerunt plures, et unus erat colendus; excessus superstitionis fuit, non defectus*„. Como si dijera: No extrañemos los errores del gentilismo, y más los que tenían, por sumamente remotos, ignorancia invencible de la verdad, ni jamás les había rayado luz de la Católica Fe. Ellos erraron en adorar muchos dioses, debiendo ser uno solo adorado. Es superstición adorar más ó menos de lo debido, conque, adorando muchos, erraron en la piedad, no por falta sino por sobra, y exciten rubor en los que lleno de luz son tan faltos y tan cortos en el servicio del verdadero Dios y en su culto.

7. De aquí procedía también el que, entre su numerosa hierarquía sacerdotal, tenían diputados ministros, que con exacción instruyesen á sus naturales en sus creencias. "Por donde le dijo bien (son cláusulas del P. Acosta) un indio viejo á un sacerdote cristíano, que se quejaba de los indios que no eran buenos cristianos ni aprendían la ley de Dios. Pongan, dijo el indio, tanto cuidado los curas en hacer los indios cristianos, como ponían los ministros de los ídolos en enseñarles sus ceremonias; que con la mitad de aquel cuidado seremos los indios muy buenos cristianos, porque la ley de Jesús Cristo es mucho mejor, y por falta de quien la enseñe non la toman los indios; (y concluye Acosta): cierto dijo verdad, y es harta confusión y vergüenza nuestra.„

§ 2.°—*Del templo mayor ó catedral adonde Motezuma llevó á Hernán Cortés y á los españoles.*

8. Entre los demás templos era el primado en suntuosidad y veneración, el dedicado al ídolo Oycholovos, voz que significaba *El Hijo del Sol,* su dios de la guerra,

tanto se apreciaba la nación mexicana de guerrera. Y tal apoteosis ó falsa inauguración le daban por ser efigie de aquel célebre varón que dió principio á su gobierno monárquico, transformando en Imperio el estado de República; y era el tronco y primer ascendiente de los emperadores Motezumas, en quienes vinculó la corona con su valor y sagacidad, siendo asentada y fija tradición en los mexicanos que había aportado á su América Septentrional de regiones hacia la banda del sol, y entrado en México por los mismos pasos casi que entraron los españoles, como en sus memorias referimos al principio de esta historia. Esto supuesto, vamos al caso.

9. El ámbito de este templo (según Solís) era de desmedido tamaño, y el frontispicio de pasmosa magnificencia. Su forma en cuadro con muralla de sillería, que labraban varios brazos de culebras encadenadas entre vistosas labores. De sus cuatro puertas principales salían las tres á las mejores calles de aquella corte, tiradas de tierra firme por tres calzadas ó muelles; la cuarta miraba inmediatamente á la gran laguna, y se frecuentaba sólo con embarcaciones. Su primer atrio era capaz (según afirman Acosta y Solís) de que sin embarazarse en su hueco danzas y bailes, en rueda de diez mil personas juntas, sobre un suelo taraceado de más que vulgares losas.

10. En el centro de tan espacioso sitio se erigía la máquina de una torre en forma de fortaleza, triangulada, con diferencias de mármoles y de jaspes. Corría de uno á otro término de los ángulos más de doscientos cincuenta pasos, y, aunque estrechándose á trechos desde los fundamentos la planta en los apretadores de las cornisas, era tan corpulenta la obra, que, sin acabar en pirámide, dejaba regular basa al plano de cuarenta pies en cuadro; edificio tan soberbio que se descollaba despejadamente sobre las torres más altas de los demás templos y palacios, dando subida á su cumbre una escalera real por ciento veintiséis gradas, en cuyos extremos comenzaba á dar orla al pavimento un pretil con almenas retorcidas, y formado por ambas haces de unas piedras que hacían visos de azabaches, y formaban muy agradables reflejos con las listas que cruzaban de primorosos betunes blancos y rojos.

11. Hacían frente dos capillas de pulida obra y preciosa materia, guarnecidas de dorados miradores y coro-

nadas de chapiteles y agujas, con que se entreveraban varias estatuas de los que celebraban por sus héroes ó bultos de sus familias primarias. Y para aludir á que sus dioses, sobre guerreros y generosos, eran muy rectos, lucían sobre las puertas grabados hieroglíficos del valor y la justicia, asiendo de las manos una corona, con que daban á entender por qué puerta habían los mexicanos de entrar á pretender de sus ídolos honores, estando su justicia atenta á no conceder corona á quien no justificase su valor. El ornato de ambas capillas (según le pinta Solís) era de precio indecible, colgadas las paredes, y cubiertos los altares de joyas y piedras preciosas, sobrepuestas en rica plumería de colores.

12. Dos ídolos ocupaban estas aras, de cuya forma y materia, habla Bernal Díaz así: "Estaban dos como altares, y en cada altar había dos bultos como dos gigantes, y el primero que estaba á mano derecha decían que era Oycholobos, su dios de la guerra, y tenía la cara muy ancha, y los ojos disformes, y en todo el cuerpo tanta de pedrería, oro, perlas y aljófar, y ceñido al cuerpo unas á manera de culebras hechas de oro y pedrería, y en una mano tenía un arco, y en otra unas flechas; y el otro ídolo que cabe él estaba, que decían era su paje, le tenía una lanza y una rodela muy rica, de oro y pedrería„.

13. Entre capilla y capilla mediaba una losa verde, que se levantaba cinco palmos del suelo, y remataba en esquina, adonde afirmaban por las espaldas al miserable que habían de sacrificar, que de tan crueles sacrificios se hizo el demonio servir en los gentilismos de los dos orbes, que ambos hay que execrar; y aun en el centro de aquel hebreo pueblo escogido de Dios iluminado con tanta luz sobrenatural, disminuyéndose la extrañez en los américos, tan enajenados de la verdadera creencia, como ciegos, por remotos en tan inmensa distancia; ellos erraban juzgando que prestaban culto al cielo, sin que imaginasen que en eso erraban, siendo menos excusables los que ofenden repetidamente á Dios sabiendo muy á las claras el que le ofenden.

§ 3.—*Cómo en este templo dió Motezuma licencia para que se diese culto público á Cristo Nuestro Señor.*

14. Habíale el Emperador insinuado á Hernán Cortés le sería de agrado el que asistiese á cierta alegre celebridad en aquel su templo mayor (no de culto de los ídolos, sino festejo de sus próceres) y sugerídole también al P. Olmedo su designio de cumplir en esta ocasión á los españoles el deseo de poder publicar su religión. Olmedo, como prudente, participó á Cortés el secreto, y previno á sus católicos que no ofendiesen á los gentiles en aquel templo, aunque execrable, con palabras ni ademanes, por más que lo mereciesen sus creencias y ridículas ceremonias, insinuándoles también que Motezuma daba muchas señas de afecto á la fe católica.

15. Y como viese el cuerdo varón emborrascado á Cortés, y que braveaba apostado á plantar en aquel día sobre los más altos homenajes de aquella idólatra máquina el estandarte sacro de la Cruz, le templó el fervor, proponiéndole la temeridad, y acordándole como no gustaba Dios de que su arca hiciese lado al ídolo Dagón, ni se le servía á Cristo emparearle con estatuas de Belial. Rindió su juicio el discreto capitán; y aun se acordó de su acierto cuando dentro de pocos años supo el admirable caso de la Cruz en el país de los colutecas.

16. Y la maravilla fué que, colocando sobre las ruinas de otro gran templo de ídolos los Padres Franciscos una cruz hermosa, cayó de repente un rayo que hizo al sacro madero trozos. Enarbolaron otra cruz, y otro rayo la hizo piezas. Iban escandalizándose los idólatras y pidiendo á Dios los católicos no castigase sus culpas con deshonor de su santa cruz. Tercera cruz elevaron, y tercer rayo la desfiguró en cenizas. Aquí fué el insultar el bárbaro gentilismo de los cristianos con algazaras, y aquí fué el fervorizar la oración los seráficos religiosos, clamando: "*Non nobis domine, non nobis; sed nomini tua da gloriam; ne quando dicant gentes; Ubi est Deus eorum*?„ Así lo hizo el Señor inspirándoles que se cavase estado y medio de tierra; hízose y topóse una sentina copiosa de ídolos, sacrificios y ofrendas gentílicas, y, purificado de tales ascos el sitio, mereció ser en adelante inconcuso y

firme trono de la señal de la Cruz, la cual no asienta bien en casa de abominación y maldad.

17. Sin tropezar, pues, los españoles en los escándalos de los idolos, tuvieran en la suntuosidad de la fábrica y magnificencia del edificio mucho campo para complacer al Emperador alabando las grandezas de su Imperio, plática que le sonaba bien á su vanagloria, y de que, saboreado, volviendo el rostro con señorío á sus sacerdotes y bonzos, les dijo: "Como es de mi pundonor imperial el agasajar á un Embajador de tan poderoso Rey, así es de vuestra hierarquía sacerdotal el venerar á su gran Dios, siendo ganancia y no pérdida el añadir número de deidades, acrescentando así á nuestro Imperio más protectores„. Discurría el bárbaro Príncipe como los ciegos romanos, que tenían á logro el señalar en sus templos aras á los ídolos de todas las naciones, porque teniéndolos por amigos, no les herían sus rayos. Común arte también de políticos que, si apunta conveniencia, adoran no pocas veces aun á los que más aborrecen.

18. Tomando entonces la voz de los demás su sumo sacerdote, con sumisión reverente significó conformarse con el decreto de su Monarca; y por mostrarse erudito, y que su condescendencia no tenía á la lisonja por fundamento, añadió lo que refiere Argensola: "Que en la ciudad de Mini (dijo) un indio sacerdote, hombre nobilísimo, llamado Chilan, tenido por profeta, dijo, que dentro de breve término acudiría á sus provincias, de hacia donde nace el sol, cierta gente blanca y barbada que llevaría delante de sí la señal de la cruz. Y él fabricó de piedra la primera cruz, y pintó otras muchas en los patios de sus templos y adoratorios para que todos los indios las viesen y reverenciasen„.

19. Adelantóse la materia, porque (según nota Solís) se consiguió también fácilmente licencia de Motezuma para que los cristianos diesen culto público á su Dios, y él mismo envió sus alarifes para que se fabricase templo á su costa, como le pidiese Cortés; y se desembarazó luego uno de los salones principales de aquel palacio donde habitaban los españoles, y, blanqueándole de nuevo, se levantó altar, y en su frontispicio se colocó una imagen de Nuestra Señora sobre algunas gradas, que se adornaron vistosamente; y fijando una Cruz grande cerca de la puerta, quedó formada una capilla muy decente, donde se cele-

braba misa, se rezaba el rosario y hacían otros actos de piedad, asistiendo algunas veces Motezuma con los príncipes y ministros que andaban á su lado, que alababan mucho la mansedumbre de aquellos sacrificios, y les salteaba al rostro el rubor de la fiereza é inhumanidad de los suyos. Esta es la puridad de lo que entonces pasó en aquel templo, y no los desvaríos de algunos autores, que, por inverosímiles y mal contrahechos, se les trasluce que son puramente imaginarios.

CAPÍTULO LXV

CÓMO AL VOLVER DEL TEMPLO SE QUEDARON Á COMER EN EL PALACIO IMPERIAL CON LOS SÁTRAPAS ALGUNOS ESPAÑOLES, Y OBSERVARON LA OSTENTACIÓN CON QUE SERVÍAN Á LA MESA AL EMPERADOR

§ 1.°—*De la pulicia y opulencia con que se trataban los emperadores mexicanos en su mesa.*

1. "Comía Motezuma solo (dice Solís) y muchas veces en público, pero siempre con igual aparato. Cubríanse los aparadores ordinariamente con más de doscientos platos de varios manjares á la condición de su paladar, y algunos de ellos tan bien sazonados, que no sólo agradaron entonces á los españoles, pero se han procurado imitar en España; que no hay tierra tan bárbara donde no se precie de ingenioso el apetito."

2. Y según el obispo Sandoval: "Comía Motezuma siempre con música y gran aparato. Servíanle veinte mujeres á la mesa y cuatrocientos pajes, todos hijos de señores. Comía y bebía ordinariamente en barro (si bien tenía riquísima vajilla de oro y plata no se servía con ella) porque tenían por bajeza comer ni beber dos veces en un vaso".

3. "La pieza donde comía, dice fray Román en sus *Repúblicas*, estaba toda esterada de esteras muy delgadas de palma. Era el asiento real un cojín, ó almohada de cuero de venado muy aderezado; y porque el manjar estuviese caliente tenían muchos braseros, sobre los cuales ponían los platos y escudillas, como lo usan los catala-

nes en España. El Rey comia poco de cada cosa, por ser aquella gente más templada que la nuestra.„

4. Bernal Díaz hubo de ser uno de los que se quedaron á comer, y el que individuó más las observaciones de aquel día, diciendo con su sazonada llaneza: "En el comer le tenían sus cocineros sobre treinta maneras de guisados; y de aquellos que el gran Motezuma había de comer guisaban más de trescientos platos, sin más de mil para la gente de guarda. Y cuando había de comer, salía Motezuma algunas veces con sus principales y mayordomos, y le señalaban cuál guisado era mejor ó de qué aves y cosas estaba guisado; y cuando lo salía á ver eran pocas veces ó como por pasatiempo„. Solís, haciendo ingenio de la malicia, contrapuntea la sencillez bien intencionada de Bernal, diciendo: "Antes de sentarse á comer Motezuma registraba los platos, saliendo á reconocer las diferencias de regalos que contenían, por satisfacer también á la gula de los ojos„.

5. Prosigue Bernal: "Oí decir que solían guisar carnes de muchachos de poca edad; y como tenían tanta diversidad de guisados y de tantas cosas no lo echábamos de ver; porque cuotidianamente le guisaban gallinas y gallos de papada, faisanes, perdices, pajaritos de caña, palomas, liebres, conejos y muchas maneras de aves y cosas de las que servían en estas tierras que son tantas, que no las acabaré de nombrar tan presto. Lo que yo sé es, que desde que nuestro capitán le afeó el sacrificio y comer de carne humana, que desde entonces mandó que no le guisasen tal manjar„.

6. Así se debe de advertir que no comía Motezuma carne humana en los guisados por fiereza bruta y de genio á lo de cafre ó caribe, sino por la superstición de su secta, que le dictaba por religiosa piedad para con sus dioses comer de aquellas reliquias de sus sacrificios, como lo notó muy bien don fray Prudencio de Sandoval, diciendo: "Cuando sacrificaban hombres, servíanle á Motezuma á la mesa uno ó dos platos de aquella carne; de otra manera jamás comía carne humana„.

7. Y era su error que tenían por cosa divina ya la carne de los que por el sacrificio en sus aras veneraban por celestiales; engaño erróneamente pío, en que cayeron también los franceses cuando gentiles, de que lastimándose, pero también excusándolos el P. Pedro Labbe,

jesuíta francés, dice: "*Inter carmina et cantus, et laudes immolabantur homines diis. Dicebantur transire in deos, qui immolabantur diis. Misereret me maiorum nostrorum, qui sic erraverunt in diis, et sacrificiis*„. Y añade el P. Acosta: "Si alguno se maravillase de algunos ritos y costumbres de los indios, mire que en los griegos y romanos que mandaban al mundo se hallan los mismos ú otros semejantes y á veces peores, como escriben Eusebio Cesariense, Clemente Alexandrino, Theodoreto, Plinio, Dionisio Alicarnaso y Plutarco„.

8. Continúa con gracia el buen Bernal su cuento diciendo: "Si hacía frío teníanle al gran Motezuma hecha mucha lumbre de ascuas de una leña de corteza de árboles, que no hacían humo y eran olorosas; y porque no le diesen demasiado calor poníanle delante un biombo labrado con oro y figuras de ídolo, y cuatro mujeres muy hermosas y limpias le daban aguamanos. E ya que comenzaba á comer ponían una antipara de oro porque no le viesen comer. Allí se les ponían á su lado cuatro grandes señores viejos en pie, con quien hablaba de cuando en cuando, y el plato que les daba el Motezuma comían en pie y con mucho acato. Mientras que comía ni por pensamiento habían de hablar alto los de su guarda„.

9. Síguese una donosa observación de Bernal, que dice: "Teníanle frutas de todas cuantas había en la tierra, mas no comía sino muy poca; y de cuando en cuando traía unas copas de oro fino con cierta bebida hecha de cacao que decían era para no tener acceso con mujeres, y entonces no mirábamos en ello. Mas lo que yo vi que traían sobre cincuenta jarros grandes hechos de buen cacao con su espuma; y algunas veces al tiempo de comer estaban unos indios corcovados muy feos, porque eran chicos de cuerpo, que entre ellos eran chocarreros, y otros que debían de ser truhanes, que les decían gracias, porque el Motezuma era aficionado á placeres„.

10. "Y más digo (añade Bernal) que se me había olvidado, que es bien de tornarlo á recitar (así se lo debía de contar á su suegra): el que le servían á Motezuma estando á la mesa tres cañutos muy pintados y dorados, y dentro tenían líquido ámbar revuelto con unas hierbas, que se dice tabaco; y cuando acababa de comer, después que le habían cantado y bailado, y alzada la mesa, tomaba el humo, y muy poco, y con ello se dormía„. Hasta

aquí Bernal, con quien tiene Solís antipatía por verle tan ajeno de la tertulia, y de que, por cuentos de soldado simple, se adelante en aprobación de verídico.

§ 2.°—*Mesas de estado y la culta urbanidad de los españoles después de comer.*

11. Corrían mesas en sucesivas salas, en que, al mismo tiempo que comía el Emperador, comían también los personajes que en sus *Repúblicas* refiere fray Román, diciendo: "En tocando el plato Motezuma, tomaban aquellos pajes el servicio primero y pasaban á otra sala, adonde había otra mesa, en la cual se sentaban cien señores, que eran como duques y condes, y comían de aquel plato. Comido lo que les bastaba, pasaban á otra pieza donde había otra mesa, en la cual se sentaban doscientos señores, no de tanta cuenta, y también comían semejante plato, y á ese tenor había otra mesa en que de aquel manjar comían en otra sala otros caballeros y continuos del Rey, en quienes se remataba el primer orden de platos. Era tan grande el orden en el servir que todos comían á un punto. Dábanseles de dos en dos platos pañizuelos de algodón blanquísimos, y de esto eran también los manteles. Hecho este primer servicio, entraba el segundo de diferentes manjares, y por el mismo orden el tercero y los demás. Para beber se guardaba el mismo tenor, porque entraban trescientos pajes con otros tantos vasos de su vino, y, en bebiendo el Rey, sacaban los demás para servir á las demás mesas„.

12. Estos personajes eran los destas mesas de Estado, después comían los que Bernal Díaz refiere así: "Cuando el gran Motezuma había comido, luego comían todos los de su guarda, y otros muchos de los serviciales de mesa y casa; y me parece que sacaban mil platos de aquellos manjares que dicho tengo. Pues jarros de cacao con su espuma, como entre mexicanos se hace, más de dos mil, y fruta infinita. Pues para sus mujeres y criadas, y panaderas y cacaoteras, era gran costa la que tenía. Dejemos de hablar de la costa y comida, y digamos de los mayordomos y tesoreros, y despenseros y botilleros; digo que había tanto que escribir, cada cosa por sí, que no se

por dónde comenzar, sino que estábamos admirados del gran concierto y abasto que en todo había„.

13. Concluyendo, pues, esta materia, fray Román dice: "Había otra magnificencia en casa destos reyes Motezumas: que en las despensas adonde estaba la comida, y en las botillerías adonde estaban los vinos, siempre estaban abiertas para cuantos quisiesen comer y beber. Esta grandeza, con lo que queda dicho, aunque en los otros reyes se guardó, todavía Motezuma el último excedió, porque ninguna cosa halló ni pensó que fuese digna de Rey que no la usase y pusiese por obra„. Hasta aquí este autor, cuya última cláusula incluye cuanto decirse puede del más esclarecido Monarca, y que de pocos se puede decir.

14. Los españoles que se quedaron aquel día en el palacio y comieron con los próceres de su primera clase, en alzando mesas, entraron á dar á Motezuma las gracias, y porque, peregrinos en la lengua reverencial de los mexicanos, no podían dárselas tan cumplidas por palabra como por obra, hicieron en su presencia las más cultas habilidades de tocar con instrumentos músicos, danzar unos, cantar otros, coronando su cortejo con presentarle un relojico de plata de sumo aprecio por la novedad del artificio, y en que juzgaban los indios que adivinaban los españoles las horas. Y como se da á cambio lo que se da á un generoso, luego lograron la ganancia en lo relevante de la correspondencia.

15. Porque estimándolo todo Motezuma con desusadas demostraciones de humanidad, amor y gratitud les llenó por su misma mano de ricas joyas y preciosas dádivas, habiendo anticipado un opulento y espléndido presente de platos de su mesa á los demás españoles que estaban en sus cuartos. Aunque se supo después que se le había sobrevenido y salteado gran melancolía de ver las incomparables ventajas que en todo hacían los europeos á los mexicanos. Ello fué achaque de envidia (á no ser especie de más hondas consecuencias) pero envidia noble y digna de Príncipe, y se consolara si supiera que los talentos y excelencias de España son eminentes aun respecto de todas las naciones; de que este Emperador se hubo de enterar, pues su gran afecto y estima le arrestó á las más pasmosas finezas, en que perdió con la vida la corona por España y por sus reyes.

CAPÍTULO LXVI

DE CÓMO SE EMPEZARON Á TURBAR EN MÉXICO LAS MATERIAS DE ESTADO Y LOS MOTIVOS DESTAS TURBACIONES

§ 1.º—*De cómo se sintió en México el desperdicio de Motezuma en franquear á Hernán Cortés un gran tesoro en vez de castigar un atrevimiento.*

1. El caso refiere á su modo Bernal Díaz, diciendo: "Estando que estábamos en aquellos aposentos, como somos de tal calidad é todo lo trascendamos, é queremos saber cuanto miramos, secretamente se abrió una puerta, é cuando fué abierta, Cortés, con ciertos capitanes, entraron primero dentro, y vieron tanto número de joyas, y planchas, y tejuelos muchos, y esmeraldas y otras grandes riquezas. Y luego lo supimos entre los demás capitanes y soldados, y lo entramos á ver muy secretamente; y, como yo lo vi, digo que me admiré, y como en aquel tiempo era mancebo y no había visto riquezas como aquéllas, tuve por cierto que en el mundo no debiera haber otras tantas. E acordóse por todos nuestros capitanes y soldados que ni por pensamiento se tocase en cosa ninguna de ellas, sino que la misma puerta se tornase luego á poner, y encalase de la misma manera que la hallamos, y que no se hablase en ello, porque no lo alcanzase á saber Motezuma hasta ver otro tiempo„.

2. Llegó á Motezuma el soplo de este escrutinio, que en todas partes, y con especialidad en los palacios, aun las paredes oyen, y por ellas se traslucen los más artifi-

ciosos recatos. Y en cierto lance que hizo Motezuma á mano en que repartió, como solía, á los españoles dádivas, vuelto á Cortés, con semblante entre risueño y mesurado, le dijo lo que añade Bernal Díaz en la forma siguiente:

3. "Lo que yo tengo aparejado para vuestro Emperador es todo el tesoro que he habido de mi padre, que está entre vuestros aposentos, que bien sé que luego que aquí vinísteis abrísteis la casa y lo mirásteis todo y lo tornásteis á cerrar. Y también yo os daré más piedras muy ricas, que le envíes en mi nombre, que no son para dar á otras personas que á vuestro Emperador, y que vale cada piedra dos cargas de oro. También quiero enviarle tres cerbatanas, que tienen tales obras de pedrería que se holgará de verlas„. Hasta aquí Bernal.

4. Esta demostración de tan extravagante largueza en tan inopinada circunstancia tuvo dos azares: el primero fué que, encaminando Cortés este tesoro á Carlos V, le apresó un corsario francés y se le puso en su mano al rey Francisco de Francia, el cual, requerido por el embajador de España sobre la restitución, respondió con áulico donaire: "Que exhibiesen y presentasen en su Parlamento de París los reyes de Castilla en qué folio del testamento de Adán se les había vinculado el mayorazgo de la América, y que, en compulsando el texto, le restituiría el tesoro„; por ser así que de ordinario legitiman por la posesión el derecho, ni hay más ley que el poseer en los reyes.

5. El otro azar fué sentir sin embozo mal y hablar peor de tan superfluas prodigalidades el pueblo y aun los áulicos y ministros, acedándose los humores de que su Príncipe repitiese desperdicios con aquellos extranjeros, cien pobretones desarrapados, sin duda finos piratas con embelecos de embajadores, que ni constaban quiénes eran ni había de quién saberlo, arquitectos de rebeliones y diestros artífices de inquietudes, y que se remunerasen con magnificencias las osadías que irritaban á venganzas del descerrajar las cerraduras de sagrado tan venerable, así por ser de palacio real como por estar allí el depósito de los adornos y joyas de sus dioses. "Bueno está, decían braveando, oprimir á las provincias con incomportables gravámenes que hacen ya gemir por siglos, y malograr tanto precio de tributos con ostentación vana en un ins-

tante. Sepa nuestro Príncipe que no tienen señorío en los sudores y afanes de sus vasallos los reyes para expenderlo á su albedrío en vicios ó vanaglorias, sino para distribuirlo con rectitud en utilidad de sus coronas é imperios„.

6. Y aun se encendían más los volcanes de sus pechos con los furores y envidias de ver que su Emperador inclinaba toda su gracia con desordenadas muestras de benevolencia á Cortés; que le consultaba en los más graves negocios, atendiendo á sus respuestas como á los oráculos de sus ídolos, con olvido y desprecio de sus consejeros y tribunales; que alababa á los españoles por de estima superior á los mexicanos, y que con sus connivencias cobraban los extranjeros avilantez cada día á más audacias; fraguándose iba un recio nublado, con añadir unos ocasiones y encenderse en los otros más los ánimos.

§ 2.º—*De otra connivencia en punto de religión con que Motezuma se enajenó los ánimos de sus sacerdotes y bonzos.*

7. Fuese ya nimia confianza en el valimiento público que sentían los españoles con Motezuma, á no ser que las condescendencias pasadas animasen á las osadías siguientes, ó la piadosa impaciencia de tener como en culto la adoración de Cristo nuestro bien, cuando en aquella corte, la superior de la América, se adoraban los falsos dioses en público con ricas aras en millones de suntuosísimos templos; á impulsos de cualquier entusiasmo, pusieron primero en práctica y pasaron al efecto, de invadir al templo mayor de México, derribar los ídolos y colocar en sus tronos las efigies de Cristo.

8. En tal frangente, añaden los que lo escriben, que los sacerdotes y bonzos se opusieron al repentino rebato, á cuyos clamores se conmovió gran gentío en defensa de sus dioses, dudando la porfía sin llegar á rompimiento, hasta que, por bien de paz, se quedaron los ídolos en sus tronos, y aliñando una capilla se levantó un altar en el mismo templo, donde se colocó la Cruz y la imagen de Nuestra Señora, se celebró misa cantada y persistió mu-

chos días cuidando de su culto y adorno los mismos bonzos. Así lo refiere Bernal Díaz y lo escribió Gomara.

9. Así lo refiere también Antonio de Herrera, y sin tropezar en muy abultada imprudencia, añade que una procesión devota y armada se ordenó entre los españoles para conducir las santas imágenes al templo, sin rubor de trasladar á la letra la oración recta que recitó Hernán Cortés delante de un crucifijo, y pondera un casi milagro de su devoción, diciendo que se inquietaron los mexicanos porque faltó el agua del cielo para sus mieses, con que acudieron al mismo Cortés en forma de sedición, clamando que no llovían sus dioses, airados de que se hubiesen introducido deidades forasteras en su templo, y que, para conseguir el que se quietasen, les ofreció de parte de su verdadero Dios copiosas lluvias dentro de pocas horas, y que correspondió el cielo puntual á su promesa con gran admiración de todos.

10. Contra esta relación de los tres citados historiadores dispara con acrimonia una inventiva don Antonio de Solís, diciendo: "El mismo hecho disuena tanto á la razón, que parece dificultoso de creer en las advertencias de Cortés, y en el ingenio y letras de fray Bartolomé de Olmedo. Pero caso que sucediese así, el caso de arruinar los ídolos de México en el tiempo y en la forma en que se supone, hallamos en ésta diferentes reparos, que nos obligan, por lo menos, á dudar el acierto de semejante determinación en una ciudad tan populosa, donde se pudo tener por imposible lo que fué dificultoso en Cozumel. Corríase bien con Motezuma; consistía en su benevolencia toda la seguridad que se gozaba. Los mexicanos, sobre la dureza con que adoraban y defendían sus errores, andaban fáciles de inquietar contra los españoles. Pues ¿qué prudencia pudo aconsejar que se intentase contra la voluntad de Motezuma semejante contratiempo? Y Antonio de Herrera califica estos atentados con título de facción memorable; júzguelo quien lo leyere, que nosotros no hallamos razón de congruencia política ó cristiana para que se perdonasen tantos inconvenientes, y dejando en duda el acierto, querríamos más que no hubiese sucedido esta irregularidad como la refieren, ó que no tuvieran lugar en la historia las verdades increíbles„. Hasta aquí Solís, que dejó pasar por alto el sermón y milagros de Cortés, ó, como la pasión ciega hace la vista gorda, y el

soborno del afecto indulta los contrabandos de los malos procederes.

11. Nosotros hacemos juicio de que tuvo su fundamento la fábula, pero que quedó en embrión el designio, sin que Cortés y Olmedo permitiesen saliese á luz, bastando el rumor del intento para encrudecer el encono de los sacerdotes idólatras en oliendo que unos pocos extranjeros en el centro de tan poderoso Imperio, y en medio de tan gran corte, aún imaginasen tan insolente desacato, volviendo más de punta las quejas contra su Príncipe, que á sombra de sus favores les diese alas con que tomasen vuelo hasta contra el cielo, é imprimiendo estas resentidas especies en todo México, para irritar más los ánimos contra su Emperador; especialmente observando, que el Motezuma, aunque supo los esbozos de la audacia, se dió por desentendido por no juzgarse obligado á proceder contra imaginaciones solas ó amagos.

§ 3.º—*De cómo Motezuma exasperó á todo su Imperio castigando á su general Qualpopoca, á sugestiones é instancias de Hernán Cortés.*

12. Había quedado el capitán Juan de Escalante por alcaide de la nueva villa Veracruz, continuando las fortificaciones regulares de aquella plaza de armas con guarnición de españoles, bocas de fuego y artillería; á cuyo abrigo y refugiándoles Escalante, muchos pueblos de por aquellos parajes, caciques de las serranías y tropas de Zempoalas, osaron, no sólo á negar los tributos, sino que se descomidieron con los cobradores de las rentas imperiales, de que, llegando la noticia al General mexicano que gobernaba las armas de aquellas costas, á un tiempo empezó á castigar la insolencia de los rebeldes, y despachó un enviado al capitán Escalante, advirtiéndole no fomentase los movimientos de los serranos, á quienes debía menos atención que á la amistad y agasajo con que su Príncipe en México trataba á los españoles, y no cabía en la ley de buena correspondencia el impedir los legítimos derechos de la regalía.

13. El Escalante, desviando la consideración á tan comedido requerimiento, y sólo atento á su intempestivo enojo, le respondió, como mandando, que el General

suspendiese luego las hostilidades que hacía á los indios, sus amigos, hasta recibir nueva orden de Motezuma, no siendo posible haberla tenido para semejante novedad, pues había permitido Motezuma pasar á su corte los embajadores de su Monarca español á introducir pláticas de paz entre las dos coronas.

14. Advirtiendo Qualpopoca que aquel alcaide español no se hacía cargo de su comedimiento, y que respondiéndole con imperio y á despropósito era un muy formal desprecio, continuando los castigos de los pueblos envió segundo legado, replicándole á Escalante, que él sabia entender y ejecutar las órdenes de su Emperador y sólo ignoraba las implicaciones de su excusa, pues no entendía cómo el tratarse de paz en México entre las dos coronas fuese justo título para estorbar las contribuciones que deben pagar al Príncipe los vasallos, y así que se diese por entendido de la razón ó que trataría de darse presto á entender.

15. La bizarría española de Escalante, viéndose desafiado del indio, encendiéndole también el empeño y punto de la protección con que se cubrían los indios sublevados, salió en campo y se tuvo á grande dicha conservarse la nueva fortaleza y haber quedado hombre á vida; siendo así que el Escalante, con otros siete españoles, dentro de tres días murieron de las heridas; y de millares muchos de los indios auxiliares apenas restó hombre para llevar la nueva de la rota á sus poblaciones. Atónita la demás guarnición de Veracruz, multiplicó volantes por varios rumbos que acelerasen á Cortés la noticia de su fracaso, con instancias por socorro á los que se hallaban en el último peligro.

Susto de Cortés y aturdimiento de los escritores.

16. Aquí es la obra y tropelía de varios desvaríos entre algunos historiadores, apretándoles tanto la novedad que anticipan á este lance la prisión de Motezuma, y no fué entonces, sino en otro mayor incidente de tan superior peligro, que despeñó á Hernán Cortés á su más infausto y fatal arrojo, como lo mostrará después con evidencia la Historia.

17. Estos escritores, pues, tan aturdidos como si

fueran los derrotados, unos pintan á Cortés comunicando á sus capitanes el desastre de su gente, encareciendo la sustancia y ponderando la consecuencia; ya instando á sus consejeros de Guerra que discurran sobre los expedientes de tan peliagudo caso; ya pidiendo al Padre Olmedo, implore de Dios con sus oraciones su pronto auxilio, y, sobre todo, encomendando á todos sobre el punto gran secreto.

18. Y cuando algunos le representan fluctuando en un tempestuoso mar, como Euripo, de encontrados pensamientos, ondas que le acrescientan el sobresalto considerándose encarcelado dentro de México, y otros reflujos que le alientan con recuerdos de su valor y felicidad, entonces pasan estos hombres despropositadamente á mostrar á Cortés divertido en abrir ó descerrajar una sala en que tenía Motezuma aquel tesoro, que á más sazón dejamos ya referido, dando destos ripios muchos á las plumas extranjeras, ó para satirizar sus consejas, ó para reirse de tan mal fraguados cuentos.

Lo más verosímil deste caso.

19. La puridad deste trance fué, que Cortés propuso el punto en Junta de Guerra, y es fama que unos, impresionados del miedo y ponderando el peligro por ver desautorizado su crédito, en que consistía más que en las fuerzas la empresa, instaban sobre que se le pidiese á Motezuma pasaporte y se refugiasen con toda celeridad á su fortaleza de Veracruz, que, guarnecida y municionada, les aseguraría en el ínterin que arribasen gruesos socorros de España, con que se proseguiría sin contraste y más regularmente la conquista que se había tomado á bulto; ni se reputa por cobardía una atenta retirada.

20. Otros dificultaban la retirada, pues con ella se añadiría avilantez á los Mexicanos, á quienes sería muy fácil cortarles y destruirles á pocas marchas, y estos mismos se inclinaban á zafarse como á cencerros tapados, sin dejar las riquezas muchas que habían atrapado; y cegábales la codicia para no ver la implicación del secreto en la escapada con el ruido de tanta gente y bagaje. Los que discurrían menos deslumbrados, juzgaban que se procediese con disimulo y sin darse por entendidos de su rota

hasta sacar algunos partidos para retirarse con seguridad y decoro, suponiendo que la persistencia en su estancia era impracticable y efecto propio de la temeridad y aceleración de haberse metido tan á destiempo en aquella cárcel de México.

21. Todos estos medios, sobre no ser seguros, eran feos, pues cualquiera retirada les perdía la reputación que mantenía á los amigos y confederados; y contra los que huyen hasta las piedras se levantan. Y dado que con repetición de milagros se redujesen ilesos, entre avenidas patentes de peligros, á la guarida de Vera Cruz, materia sería desesperada apelar á los socorros tan remotos como de suyo tardíos de España, sin que en espera tan espaciosa no les apurasen los asaltos por mar y tierra continuos de aquel vasto Imperio; sobrando el hambre para consumirlos ó con infamia entregarlos á la furia y rabia de aquellos bárbaros, si no les interceptaba antes el gobernador Velázquez que los tenía publicados por bandidos y les tenía prevenidas las horcas y los cordeles, disponiendo armada para oprimirlos.

22. El buen Bernal Díaz del Castillo se arroja á sí el extravagante voto de prender al emperador Motezuma en una de las veces que viniese al santuario que tenía en el alojamiento de los españoles, reteniéndole por prenda ó de una satisfacción muy cumplida ó de una salida de México á toda reputación y seguridad, y purificando el asunto por precisar á tanto arrojo el peligro. Fuese, pues, pensamiento de Bernal ó alentada idea de Cortés, según Solís, por entonces se sobreseyó en tan extremada temeridad, y se siguió el prudente parecer de Alvarado, que dijo así:

Voto y razonamiento del capitán Alvarado.

23. "No es bien que al primer azar de los que podíamos habernos persuadido en nuestro atentado se turbe nuestro valor, ni que nos enamoremos en tanto grado de nuestras felicidades, ni que al primer desaire de fortuna que estrenamos dentro de México, se despeñe á imposibles nuestra prudencia. Si se ahonda en la fatalidad de Escalante y se examina á desapasionada luz la ocasión que se le dió al indio General de aquella costa, apurare-

mos acaso haber tenido bastante excusa; y, entonces, fuera digna y segura política ser aprobadores del hecho antes que fiscales del delito, con que ganaremos más que perderemos crédito„.

24. "Y si le hallamos á Qualpopoca culpado, demos á Motezuma cuenta y razón del exceso. Bien merecen sus continuas demostraciones de cariño, sus repetidas generosidades y notables conveniencias en nuestras animosidades, que no rompamos ruinmente desagradecidos, sin enterarnos de que procede con redobles. Los remedios peligrosos sólo se aplican á desahuciados. Yo me prometo de la elocuencia y energía con que el señor almirante Hernán Cortés le representará la esencia y circunstancias del hecho, que negocie una satisfacción muy cabal. Y en caso de que Motezuma responda con ceño, ó que indique haber sido autor del caso influyendo con sus órdenes de secreto, entonces aun queda espacio para aventurarse en tan aventurado expediente como será el prenderle de rapto. Descabellada suerte me anuncio cuando nos precise la fortuna á valernos de un tan descomunal medio„. Consejo fué como profecía, según, en trance más peligroso, lo comprobó el tiempo.

Conferencia de Cortés con Motezuma.

25. Asintió Cortés con los demás al parecer de Alvarado, y en la propuesta supo dar tales coloridos al hecho, que notaba el suplicante irse encendiendo en ira el Motezuma contra Qualpopoca, y acrecentándola cuando Cortés pasó á ponderar que no se había de medir el tamaño de la injuria por el corto número de españoles que se dejaba ver de presente, sino por la representación de su poderoso Rey, el cual, al paso que solicitaba su amistad y confederación, en llegando á sus oídos el agravio sin descuento de una satisfacción muy entera, ocuparía todas las marinas mexicanas con sus ejércitos y bajeles, desolando y destruyendo toda aquella América Septentrional á fuego y sangre desde los mares del Norte hasta los del Sur; sobre recaer sobre Vuestra Majestad el disfame de haber violado los fueros á los embajadores del mayor Monarca, corriendo tan afrentoso descrédito por éste y por el otro orbe.

26. El bárbaro Emperador, herido en lo que más hondamente tenía considerado, como era el sentir descubierta su corona y manifiesta su monarquía á tiro ya de las armas y gentes de la Europa, de que tenía hecho tan superior y formidable concepto, atropellando por las regularidades de la justicia por atender á la razón de Estado, en que tropiezan aún reyes cristianísimos, hizo al punto traer á México al general Qualpopoca, y en plaza pública y guarnecida con tres mil soldados de sus guardias, le quitaron la vida á golpes de maza, de que se pagaron mucho Cortés y los españoles. Mas quedaban con la espina de que habían concurrido toda aquella inmensa corte al espectáculo con un género de pasmo funesto en unos, y con semblantes de aceda melancolía en otros, y en los más un desabrimiento airado y ferocidad irritada en los ademanes.

27. Y si aun según el tenor de esta genuina narrativa, de aquella preñez de afectos abortaron luego furiosos movimientos, ¿cómo no hubieran reventado antes las minas de sus represados corajes, si el ignominioso y no justificado suplicio de un prócer mejicano y con puesto de General en la guerra, se ejecutara por manos de Cortés y de los españoles, como algunos crédulos y plebeyos autores afirman, sin averiguar bien lo que escriben por más inverosímil que sea?

§ 4.°—*Las inquietudes que excitó Motezuma con el precipitado castigo del general Qualpopoca.*

28. No se resfría con el tiempo un pesar fundado en razón; hace cicatriz la herida del cuerpo sin dejarle boca á la queja, mas la del entendimiento corre siempre sangre con el agravio, imprimiéndole la sinrazón carácter indeleble. Por horas crecía en México el encono con su Príncipe por el atropellamiento de su injusticia, que hacía ecos en las más remotas distancias, embraveciéndose los ánimos con divulgarse el motivo de contemporizar con los extranjeros. Llegaban, pues, los pueblos, á olvidar á aquella casi adorable reverencia que tenían á sus emperadores, y montaban en desacatos, dando licencia á las lenguas y á las plumas para pasquines, y, con amagos de pasar á las obras, echando mano á las armas.

29. Ni es de extrañar, pues con ser nuestro emperador Carlos V tan atento, y los españoles tan lealmente veneradores de sus reyes, no pudieron tolerar que alemanes y flamencos, abusando de la privanza, los gobernasen con insolencia, y movieron las turbaciones de las imprudentes Comunidades. Los sentimientos del vulgo suenan mucho y obran poco, si de secreto ó en público no les dan alma y espíritu los grandes y poderosos. Uno y otro dieron aquí los mayores próceres del Imperio mexicano, haciendo juntas, en el palacio de un sobrino de Motezuma, rey de Tezcuco, los reyes de Coyobazán, Tacuba y Mataltingo, con otros magnates de la primer suposición en lo político y en lo militar.

30. A quienes habló el tezcuano en esta sustancia: "El príncipe de Tula, y heredero jurado del Imperio, por principal hijo de nuestro Emperador, por su poca edad y precisa asistencia á su madre nuestra Emperatriz, no puede haceros la representación, que en su nombre yo os haré á título de pariente más cercano, y por otros muchos títulos el más obligado al servicio Imperial y al pundonor del Imperio„.

31. "Uno y otro va por tierra con los desórdenes, audacias y demasías destos pocos españoles, que se alzan con el Gobierno, y por las permisiones de nuestro supremo Príncipe, que los eleva al paso que nos abate. Omito, pues las sabéis, las indignidades que les ha disimulado; corriendo sangre aun está de fresco el suplicio de un General, quitándole la vida con afrentas por mantener su bastón con honra. ¿Qué hacen en México estos advenedizos? ¿Qué urden ó qué maquinan con el carácter fingido de embajadores de un Rey imaginario? ¿Debe de esperar nuestro Príncipe, viendo ya tomado puerto de mar con su fortaleza de Vera Cruz y acuartelados dentro de México, á que sobrevengan armadas poderosas de los suyos, que teniendo llano el pasaje nos dominen dentro de nuestra misma corte? Sin duda que éste fué el blanco á que pusieron la mira cuando dieron á sus bajeles barreno. Materia es muy de reparo; no le hace el gran Motezuma, que da muestras de hechizado según le han mareado el juicio, y deseamos todos que se acelere el remedio sin faltar á su decoro; y, pues no sois los presentes menos repúblicos que soldados, asistid á la causa pública con vuestros prudentes con-

sejos como la sabéis sostener con vuestras valientes manos„.

32. Los de aquel cónclave más desfogaron en bravuras que discurrieron en expedientes. Como tenían en su mano, con el gobierno de las armas, las llaves del Imperio, resolvían en que, sin dar cuenta á Motezuma, se invadiese al punto el cuartel de los españoles y los pasasen todos á cuchillo; aunque, advirtiéndolos siempre prevenidos, y, sobre otras fortificaciones de gran ingenio, formidables con las mosqueterías y artillería, juzgaban por más acierto desviarlos de esos reparos con pretexto de algún festín y recreación en la pesca del gran lago, ó en la caza de los bosques, donde, sin valerles resistencia, sería muy practicable el degüello.

33. Y que se rescatase á todo disimulo el designio de que ni lo brujulease Motezuma hasta que el mismo suceso le diese la noticia, pues acaso gustaría de que se ejecutase antes de que lo supiese. Como si alcanzasen aquellos bárbaros lo que respondió Sexto Pompeyo á un su capitán que le dijo al oído (teniendo en la popa de su nave convidados á Octaviano Augusto y á Marco Antonio): "Que si le daba licencia de ejecutar tenía á punto la traza con qué acabar aquellos sus dos mortales enemigos„; á que respondió Sexto Pompeyo: "Eso hubiera sido bueno para hecho antes de dicho, pues sabiéndolo de antemano me precisa mi fe y pundonor á impedirlo„.

34. Aunque eran todos ya de un dictamen, dieron espacio para escuchar el juicio que hacía su sumo sacerdote, á quien habían introducido en la junta que se autorizaría con su asistencia, sujeto de prudencia, con prácticas en materia de Estado, y como oráculo del Emperador, que consultaba en sus dudas, el cual les dijo:

35. "Podéis creerme, esclarecidos príncipes, que, si no con tal coraje, á lo menos con tanto celo, me hallo sentido con las novedades de estos europeos, y con la licencia que me da mi obligación y mi edad, más á lo de quien pregunta que del que extraña, le representé á nuestro Monarca el deseo de saber los motivos que tenía para haber tolerado á estos pocos hombres la osadía de haber arribado á nuestros puertos, la obstinación de persistir y poblar en nuestras costas, la fantasía de dar á sus bajeles barreno; el arrojo de mover las provincias á rebeliones, la guerra y pública liga con los tlascaltecas y el más per-

nicioso escándalo, no sólo del indultarles la entrada en México, sino mucho más, el permiso de disfrutar los más desusados favores de palacio, tan apoderados de su gracia que, abusando de su benevolencia, le impresionan con sofisterías y enredos á fulminar decretos contra sus mayores vasallos, intitulando actos de justicia los hechos de más notoria venganza; demostración que, apurando la paciencia del Imperio, puede mover algún irreparable disturbio„.

36. "Esto le propuse á nuestro Príncipe en forma de duda, y confieso que con susto aguardaba la respuesta por entender que, aun con tanto tiento, los reyes y los señores, disgustan de los avisos que hieren sus desaciertos; pero respondióme sereno lo que os referiré maravillado„.

37. "Padre, me dijo, bien podéis conceder á mis años, hazañas y experiencias, que es superfluo excitarme esas especies; todo lo tengo observado, y sobre todo he discurrido siendo negocio más propio de mi pundonor é interés. Los vasallos á veces juzgáis por monstruosidades lo que os representan los ojos de presente, y yo tengo por más monstruoso lo que entre largos desvelos el discurso me anuncia y amenaza en adelante. Aunque espero que la resolución que tengo tomada, en dándola á la publicidad, os despejará los ánimos de inquietud„. Esto me dijo el gran Motezuma, y en esta suposición debéis amainar, señores, las iras y quejas hasta saber el corte que da el Emperador en esta materia.„

38. Suspendiéronse por entonces los movimientos de los mexicanos. Ni Motezuma hizo las demostraciones que fabulizan algunas plumas, como de prender al Rey de Tezcuco, degradarle de la corona y elevar al trono tezcuano á un hermano de aquel Rey, con otras quimeras que se extraña de dónde las toman, mal argamasadas y peor seguidas, y que, por inverosímiles, traen en su frente el sobrescrito de imaginarias. Más les dijéramos, á no llamarnos el exótico y extraordinario medio de que se valió Motezuma para dar asiento á las inquietudes del Imperio.

CAPÍTULO LXVII

DE LA EXTRAVAGANTE RENUNCIA QUE HIZO EL EMPERADOR MOTEZUMA DE SU IMPERIO EN LA CORONA REAL DE CASTILLA

§ 1.° — *Motivos y hecho desta renuncia.*

1. Esta solemne renuncia, que el último Emperador Motezuma hizo de su gran Imperio mexicano, en los señores reyes de España, ha sido, es y será, censurada de toda Europa, por tan bárbara como necia, por resolución de un Príncipe apocado y envilecido; y otros la juzgan por osada fábula ó invención política. Pues no cabe aún en la barbarie de un indio, exclaman, que tenía capacidad para regir una monarquía tan inmensa, y valor para añadir tantas almenas como provincias á su corona por armas, el hacer, con tamaña ligereza, transición de su trono y cetro en un Príncipe tan remoto, y que sólo conocía por noticias de unos pocos extranjeros y de regiones incógnitas y no oidas; y que, aun á los mismos españoles presentes á la solemnidad de aquel acto, les pareció tan extravagante como inopinada, pues no acababan de creer lo que sus oídos oían y sus ojos miraban, en tanto grado, que el cronista Solís, dice: "Quedó Cortés sumamente gustoso de haber conseguido más de lo que le pareció practicable„.

2. Y es así que á este Emperador, por más que los despreciaba su disimulo, parece que le infatuaron los asombros de prodigios en todos los elementos que, como ya referimos, habían aturdido á México, y asombrado

toda la América, traza celestial de que usó varias veces la Providencia divina en las conquistas que inspiró á su pueblo israelítico, infundiendo consternaciones y espantos en sus más poderosos enemigos, trocando á Motezuma en tan insensato y fatuo cuanto antes era reflejudo y advertido. Como cuando le pidió David á Dios, que infatuase el gran juicio de Aquitopel, para que no le fuese de perjuicio con la sagacidad de su consejo.

3. Fomentábase también su aturdimiento con los oráculos de sus ídolos, con las glosas de sus intérpretes, que le agoraban cómo en su tiempo sería la fatal cadencia del Imperio mexicano; y él asentaba estas pavorosas especies sobre el hondo fundamento de una como profecía antiquísima, y entre los mexicanos siempre conservada, y por entonces restablecida con el arribo de los españoles, y era: que el primer Emperador de México, antes de su desaparecimiento, les dejó profetizado cómo habían de volver á reinar en aquella tierra otros de sus descendientes, desposeyendo del mando á los de la línea primogénita.

4. Empero, de tal tenor se le imprimieron estas especies de manía ó fatuidad al Motezuma, que no perdió del todo la sindéresis de político. O son no pocas veces los más sutiles discursos de los políticos los que Dios convierte en fatuos, castigando presunciones con caer en fatuidades.

5. Tenía Motezuma comprensión de todo su Imperio, de sus fuerzas, de sus armas y milicia; había de lleno enterádose de este antiguo orbe, del poderío eminente de los reyes y príncipes europeos, asiáticos y africanos por los mapas que los españoles le habían interpretado, con relevante concepto de cuán supremo Monarca era el español Carlos V. Siéndole claras muestras de tan dilatada tela las excelentes prendas que se dejaban ver en aquellos embajadores, su gentileza, su gallardía, sus superiores capacidades, sus bríos, sus arrestos, las ventajas de sus armas, el ingenio de la pólvora, la invención de la artillería, el manejo de los caballos, y que si aun tan cortas tropas coligadas con sus rebeldes, á no ponerle en cuidado no debían ser de desprecio, ¿con qué aparato él de ejércitos, sin clara desigualdad, podría después resistir á la inundación de tan ventajosas gentes que sobrevendrían volando al cebo de plata y oro de América, estre-

nando en su monarquía, por más andada, sus invasiones?

6. Pasaba á considerar que la conservación de su corona hasta su tiempo, había consistido sólo en las murallas de tantos golfos y mares con que la había cubierto el Océano por tantos siglos, pero que, descubierta la presa, volarían las armadas de otro mundo á darla caza. Que sería, pues, importante razón de Estado el prevenirse, haciéndose feudatario del más poderoso Rey, para que estando á su protección subsistiese él en su solio imperial; que, en el ínterin, de la comunicación de los españoles, los mexicanos se impondrían en las artes de sus armas, se abastecerían de caballos, introduciendo también el uso de la pólvora, y dejando á las variedades del tiempo lo que no se podía prever de pronto; y en esa conformidad quitaría los desasosiegos de sus vasallos y despediría contentos á los embajadores de España, ya que la grave entereza de Hernán Cortés no le había dado lugar á poner en práctica el deseo que había tenido de connaturalizarle en México.

7. Con el peso destos motivos se resolvió Motezuma á la renuncia de su Imperio, y si lo tomado á bulto pareció poquedad é insensatez, acaso los estadistas lo calificaran de política de buen aire y dispensaran en algo de la extrañeza y barbarie. Y de todo se sirvió la Providencia divina al llegar el plazo de abrir el cielo su puerta meridional á los predestinados de América; pues, como el P. Acosta dice: "Atribuyan la gloria á quien se le debe, que es principalmente á Dios y á su admirable disposición; que si Motezuma en México y el Inga en el Perú se pusieran á resistir á los españoles, poca parte fuera Cortés ni Pizarro para hacer pie en tierra, aunque fueron excelentes capitanes„.

8. Celebróse aquel auto regio con la asistencia de los próceres del Imperio, y razonóles Motezuma con autoridad y precisión, dando muestras de su gozo y de su agrado, por haber sido dictamen de su capricho, estando presentes Hernán Cortés y sus capitanes, que le rindieron con singulares demostraciones las gracias, y dice Solís (lib. IV, cap. III): "Desde aquel día quedó reconocido Carlos V por Señor del Imperio mexicano, legítimo y hereditario en el sentir de aquella gente, y en la verdad destinado por el cielo á mejor posesión de aquella coro-

na. Sobre cuya resolución se formó público instrumento con todas las demás solemnidades que parecieron necesarias según el estilo de los homenajes que solían prestar á sus Reyes„. Hasta aquí Solís, el cual añade: "Dando este allanamiento de Príncipe y vasallos, poco más que nombre de Rey al Emperador Don Carlos„. Cláusula que induce, ó mucha sencillez, ó gran énfasis: misterios encierra la materia.

§ 2.º—*De cómo la renuncia que Motezuma hizo de su Imperio, cumple, llena y establece el derecho que la corona de Castilla tiene á la de México.*

9. Para demostración de la fuerza y eficacia que dió la referida renuncia al derecho con que los reyes de España poseen la inmensa y poderosa Monarquía de los Motezumas, se apuntarán los fundamentos jurídicos que recoge de otros y acopia de su ingenio y de su estudio el gran ministro regio, Consejero de Indias y gran jurisconsulto el señor don Juan de Solorzano, sobre este gran punto en el frontispicio de su gran obra, y tomo de *Jure indico*. Iremos, pues, discurriendo, en qué, sin este instrumento de la tal renuncia, echan menos sus cabales todos aquellos argumentos.

10. El primer título, pues, que Solorzano (lib. I, capítulo IX), alega, ensalza y blasona de que vale por todo, es: que Dios, como universal Señor de todos los reinos é imperios, se sirvió de dar este Nuevo Orbe á los Reyes de Castilla; y que manifestó, ésta su divina voluntad, con anuncios de la Escritura y con los presagios que atemorizaron y avisaron á los indios, y especialmente con los impulsos que dió á nuestros Católicos Reyes para emprender tan peregrina conquista.

11. Mas siendo así que Solorzano ilumina este fundamento con el carácter de sobresaliente á todos los demás títulos, él mismo le oscurece con las sombras que le añade, diciendo: "Pero porque nuestro docto maestro fray Francisco de Vitoria niega que en estas Indias hayan intervenido milagros, y duda de estas inspiraciones y revelaciones, las cuales yo también confieso que suelen ser fallidas y poco seguras„; pasa á valerse de otras razones deshaciéndose esta su principal como campanilla de agua,

pudiendo replicarle á Vitoria, que, cotejando y uniendo los impulsos que dió Dios á nuestros reyes para la conquista, con las especies que le infundió á Motezuma para hacer aquella tan notable renuncia, se forma una consonancia que hace gran harmonía á la persuasiva de que fué celestial aquella disposición„.

12. El segundo y tercer título que alega Solórzano no le toca al Imperio mexicano, pues sólo puede hacer fuerza en las regiones desiertas y bienes mostrencos, que son de los primeros que lo ocupan, ó en las naciones brutas y sin modo de gobierno; siendo así que el gobierno y policía del Imperio mexicano dieron tanto que admirar á los historiadores, que el P. Acosta se alargó á escribir: "Que, si lo alcanzaran á conocer, tuviera gran estimación entre los más cultos griegos y romanos„. Y añade otros encarecimientos de su alabanza.

13. De que advertido Solórzano, apela á que, por título de la idolatría, era muy justificada la conquista de toda la América, en que gasta el calor natural con pías más que eficaces ponderaciones.

14. Y habiendo amplificado este título de derecho con una turbamulta de teólogos y juristas, más á su arbitrio glosados que acaso bien construídos, desbarata él mismo toda aquella máquina con más duro golpe que el de su ligera pluma, diciendo: "Aunque es verdad que esta opinión se encuentra con otra de Inocencio, que también tiene muchos que la defienden, no teniendo por bastante sólo el título de infidelidad en aquéllos en que nunca recibieron el Evangelio, ni tuvieron quien se le predicase, ni ocupan tierras ni provincias, que antes fueron de cristianos. Lo cual, hablando de los indios, defiende nervosamente el obispo de Chiapa y otros muchos que después de él trataron de esta materia, teniendo por errónea la contraria opinión de Hostiense„. Y conténtase Solórzano con decir de su argumento que "todavía se puede tener y defender por probable„. Eche mano á la renuncia de Motezuma que con millones de pesos mexicanos le dé algún más peso á la débil probabilidad de su argumento.

15. Pues como el título de idolatría no sosegaba el gran juicio de Solórzano, recurrió á fundar derecho en la amplísima potestad de los Emperadores de Alemania, dándoles universal dominio de todo el Universo, en que dice se contienen también las provincias de los infieles,

por más remotas que sean, y cuya conquista pueden cometer á los que quisiere su voluntad, ó reservarla para sí, como en los términos del Nuevo Orbe parece que lo hizo el Emperador Carlos V, aplicando aquel Nuevo Mundo á los reyes de Castilla. Así Solórzano.

16. Y si este modo de discurrir hubiera sabido el burlesco Tribunal y ridícula Cámara de Metz, que erigió en Francia Luis XIV, citara á este jurisconsulto español para apoyar el delirio de que á su Rey de Francia le tocan los dos Orbes, y su dominio universal á título de habérselo legado el emperador de Alemania Carlo Magno. Conociendo, pues, Solórzano el descompás de su pluma, se retracta en parte, diciendo: "Este título no es tan firme, porque hay otros autores que lo repugnan ó no quieren conceder al Imperio romano tan gran latitud„. Y nosotros juzgamos que aquellos autores repugnarán menos á aquel Emperador de México que tenía latitud de potestad para transferir su derecho en los señores reyes de Castilla, que los emperadores romanos.

17. El instrumento, pues, en que, más á lo jurídico, le parece á Solórzano que afianza la justificada conquista de la América y su posesión legítima, es la bula del papa Alexandro VI, á la cual hacina textos, ponderaciones y escolios, traslada y compulsa todo el Pontificio diploma, y mete mucha obra como si fuera declaración ex-Cátedra del Sumo Pontífice.

18. Pero aquí también, picado su buen ingenio de algún escrúpulo, confiesa lo siguiente, diciendo: "Lo que se ha querido poner en duda es, qué género de dominio se quiso conceder por esta bula á los reyes católicos y sus sucesores en los reinos de Castilla y León. Y porque algunos graves autores dicen que sólo el cuidado de la predicación, conversión y protección general de los indios, y que fuesen como sus tutores y curadores, para que se conservasen en paz y buena enseñanza después de reducidos, con prohibición de que otros reyes ni príncipes no se pudiesen mezclar en esto; pero no que ellos privasen á los que tenían los indios, ni les tomasen sus provincias, haciendas ni señoríos, sino en caso de que cometiesen excesos por donde mereciesen ser debelados„. (Nótese lo que Solórzano añade): "Que otros autores católicos no tienen por muy subsistente la concesión pontificia„.

19. Nosotros, que no tratamos de anular el derecho de nuestros Reyes Católicos, sino de añadirles firmezas y llenar los vacíos de estos alegados (*Adimpleo ea quoe desunt*) decimos que pudiera Solórzano responder á la exposición de aquellos autores, cuando dicen que el Papa no quiere que les tomen á los indios los reinos, provincias y señoríos, que nuestros reyes no tomaron á Motezuma el Imperio, sino que Motezuma hizo de él renuncia.

20. Aun con la bula del Papa no echó Solórzano el sello al afán de su discurso por no sentir aún punto fijo, y torna á revolver leyes en qué brujulear más nervosos textos, viniendo á dar en lo de las armas que los españoles movieron en favor de los indios para librarlos de las tiranías de sus príncipes y señores. Este título tiene especie de caballeros andantes, que profesaban andarse por todo el mundo deshaciendo desaguisados y tuertos, y que los Colones y los Corteses, como Roldán y el *Caballero de la ardiente espada*, se trasegaron de un orbe á otro orbe, sólo para atender á las quejas que podrían acaso tener (que aun no lo sabían) los mexicanos y peruanos de sus reyes Ingas y Motezumas. Pues no tenían que ir á esa función tan remota, que más cerca hallarían muchos reinos que tienen mayores quejas de las tiranías de sus príncipes.

21. Dió el mismo autor otro vuelco y asióse del título de la *Prescripción con buena fe*, y con ser común sentir de teólogos y juristas, el que poseyéndose un reino pacíficamente por largo tiempo, nadie, sin romper los fueros de la conciencia y justicia, puede inquietar á su poseedor, especialmente dando causa de disturbios, guerras, muertes, ruina de inocentes y daños comunes.

22. Deste fundamento harían poco aprecio innumerables autores, que no dan lugar á la prescripción en la usurpación de los reinos, aunque se hayan poseído pacíficamente por muchos siglos, y poco escrúpulo hicieron de aqueste título los juristas y teólogos portugueses en la moderna sublevación de Portugal. Mejor le fuera á Solórzano asirse bien al título de la renuncia, que andar barloventeando por títulos de tal aire que le meten en semejantes ahogos.

23. Cierra Solórzano su juicio, alegado con otro fundamento del todo falso y fingido, y dice: "Que no habiendo

quedado sucesores de los príncipes y señores de la América, todo su derecho á título de devolución se termina y pára en los señores reyes de Castilla„. Proposición originada, ó de una ruda ignorancia, ó lisonja de estadista en un ministro regio; nada de esto hubo de ser, pues no cabía en ingenio tan cultivado y de tan buena conciencia.

24. Seáse como se fuere, y dejando las quejas de los demás á los interesados, se muestra la falsedad, siendo tan auténtica como pública y notoria en el Universo, la descendencia legítima y hereditaria por línea recta del emperador Motezuma en la casa de los condes de Motezuma; y así es negocio superfluo compulsar aquí instrumentos auténticos ejecutoriados en el Real Consejo de Indias, innumerables cédulas reales con esclarecidos reconocimientos de aquesta imperial sucesión, ni cansar con testimonios de infinitos escritores, de que pudiera llenar una librería, cuando por célebre anda entre manos de todos la historia de don Antonio de Solís, de que, en varias partes, traslado lo que dice acerca de esta verdad, y dice así:

25. "Dejó Motezuma algunos hijos: dos de los que le asistían á la prisión fueron muertos por los mexicanos cuando se retiró Cortés, y otras dos ó tres hijas, que se convirtieron después y casaron con españoles. Pero el hijo principal de todos fué don Pedro de Motezuma, que se redujo también á la Religión católica dentro de pocos días, y tomó este nombre en el bautismo, concurriendo en él la representación de su padre, por ser habido en la señora de la provincia de Tula, una de las reinas que residían en el Palacio Real con igual dignidad. Favoreció el Rey á don Pedro, dándole estado y rentas en Nueva España con título de conde de Motezuma, cuya sucesión legítima se conserva hoy en los condes de este apellido, vinculada en él dignamente la heroica recordación de tan alto principio„. Son formales cláusulas de Solís.

26. Y ha sido sobre todos los demás, de tan superior aprecio el título de su derecho por la renuncia del Emperador Motezuma, que, para restablecerle y más fijarle, á instancia del señor rey don Felipe IV y de su Real Consejo de Indias, hizo nueva renuncia de todo su derecho á la corona mexicana en la real casa de Castilla el conde de Motezuma, tercer nieto de aquel Emperador. De que le

congratularon varios ministros de aquel Real Consejo, diciéndole: "Que esculpiese aquella nueva escritura de transacción en láminas de oro con letras de zafiros, por ser como el más firme testimonio de que aun le había quedado á su gran casa derecho á aquel Imperio, y de ser á sus reyes un servicio incomparable y sin ejemplar en toda la monarquía española„.

27. Y en el mismo tenor lo declara y confiesa el señor rey don Carlos II, en una cédula real, su data en Madrid á 20 de Agosto año 1684, diciendo que hace á esta casa ciertas mercedes: "Por haber cedido el conde don Pedro, abuelo de la condesa (era la suplicante) todos los derechos que tenía al Reino de México, como biznieto del emperador Motezuma, y por haber incorporado en mi corona real un Reino tan rico y dilatado como el de México, vertiendo su sangre y perdiendo la vida en su defensa; los cuales son de tal calidad y graduación, que no pueden hacer ejemplar y consecuencia á otro ninguno„. Tan regia ejecutoria le da un Rey de España á la casa de Motezuma, declarando de quién viene y lo que es.

CAPÍTULO LXVIII

DE CÓMO HECHA LA RENUNCIA DESPIDIÓ MOTEZUMA LA EMBAJADA, Y LOS INCIDENTES CON QUE SE SUSPENDIÓ AQUEL DECRETO

§ 1.°—*De cómo se le intimó á Hernán Cortés de parte de Motezuma la vuelta á España, y de sus ingeniosas réplicas.*

1. Puesto en obra el pensamiento de renuncia sin tope y aun demostraciones de crédito, pasó Motezuma á descartarse de Cortés, con el buen color de que deseaba lograr cuanto antes los frutos de su fineza con la alianza, comercio y comunicación mutua de ambas coronas; y sobre la sinceridad deste deseo, se movía también á que se abreviase la jornada para restablecer en su Imperio la quietud de sus vasallos y veneración de su soberanía, que habían turbado los españoles, con licenciarse sus puertos, larga residencia en su corte, desmanes de sus arrogancias, abusos de sus continuos favores, y celos bien fundados de sus naturales.

2. Con que al punto se puso en práctica la despedida, intimándosela á Cortés un Consejero de Estado, vastamente instruído de razones para reprochar excusas, y ofreciendo con largueza costear todos los gastos del viaje, á que se siguió un Real presente. Píntale Solís con aquella liberalidad que los poetas, siendo pobres, á cada paso franquean oro, plata y preciosas piedras. El le compone aquí de varias curiosidades de oro, cantidad de piedras parecidas á diamantes y algunas pinturas ricas de

pluma, cuyos colores naturales, ó imitaban mejor ó tenían menos que fingir en la imitación de la naturaleza. Dádiva muy imperial; mas semejantes halagos era dar música á tigres.

3. Pudo esta inopinada y presurosa proposición inquietar á Hernán Cortés, por intimársela á tiempo en que menos pensaba apartarse de su empresa, y en que discurría por seguro y practicable el mantenerse dentro de México hasta que, informado Carlos V, por boca de sus enviados, del estado que tenía aquella conquista, le remitiese las órdenes que había de ejecutar, y los socorros con que se hubiese de promover, asegurándose en el interin con el intimarse más en la gracia y valimiento de Motezuma, con los amigos que iba ganando, y con la felicidad que experimentaba en cuanto emprendía. Y añade Solís: "Y por alguna causa de origen superior, que le dilataba el espíritu para que, á vista de cuanto se podía recelar, lo compusiese con la confianza que crecía en su pecho, cuando más le amenazaban los peligros„.

4. Al oir, pues, la novedad, y socorrido de su pronta discreción para la respuesta, condescendió entonces con el decreto de Motezuma, y, fingiendo que era puesto en razón lo que se le ordenaba, le dijo al ministro mexicano que trataría al instante de abreviar su viaje, y que, deseando ejecutarle sin demora, había discurrido pedir á Motezuma facultad para que se fabricasen bajeles capaces de su larga navegación, por haber perdido, como era público, los que le apartaron á las costas de aquel Imperio.

5. Interceptóle aquella excusa el enviado, replicándole que su Emperador había tenido noticia de que andaban por las riberas de Ulua dieciocho navíos extranjeros, y que los cabos de aquel paraje se los habían enviado pintados en lienzos, con que se ofrecía ocasión más breve y menos costosa para ajustar la vuelta á la patria; pues, á lo que parecía, era sin duda armada de su Oriente, y enseñóle la pintura. Miróla Cortés con disimulo de su nuevo susto, y aunque no entendió los caracteres que la especificaban, conoció en el traje de la gente y fábrica de las naves claras señas de que eran españoles, y añadió á la primera respuesta que se partiría al momento si aquellos vasos estuviesen en disposición y á punto de tornar á los dominios de su Rey. Fué la excusa bien discurrida y así no fué mal aceptada.

§ 2.°—*De la animosa prudencia con que se portó Cortés en este apretado lance.*

6. Quedó Cortés al primer movimiento de su juicio muy alegre, persuadido á que habian vuelto de España ya sus procuradores, con la conducta de medios y órdenes que requerían sus designios; así se imagina lo que se desea; y torciósele el contento al más agrio desengaño con la nueva que un volante le trajo de Vera Cruz, avisándole su alcaide Gonzalo de Sandoval cómo aquella armada era del gobernador Velázquez, su más fatal enemigo, en que venían ochocientos españoles al mando de Pánfilo de Narváez, con resuelto orden y empeño de prenderle ó matarle.

7. Fué este golpe uno de los de más peso que sintió Cortés entre los recios trances de su empresa. Cercábanle zozobras con los riesgos de dos bandas; mirábase de México despedido, y que aquel Emperador, por más que se mostrase benévolo, disimulaba estar dél muy acedado, con que concebía desconfianza de su benevolencia y de todo su Imperio vatinios odios que había excitado con sus agravios. Por la banda del mar consideraba una rabiosa sed de su sangre con que respiraban muertes los españoles adversos. Dábanle que padecer mucho sus discursos, variando medios que se ajustaban á tan implicadas dificultades, sin discurrir partido en que sosegase su cuidado.

8. Pues esperar á Narváez en México era prensarse entre dos poderíos, ambos muy superiores á sus fuerzas, y, si se coligasen, él quedaba por despojo á sus enconadas injurias. Bien conocía que el connatural expediente fuera componerse con Narváez, representándole proposiciones de paz, intereses de su unión, nuevos progresos de la conquista, la causa de la Religión Cristiana y el servicio de sus Católicos Reyes, y, para no quedar unos y otros por víctimas, que sacrificaría México á sus venganzas; pero él tenía con sus procederes tan ofendido y enconado al gobernador Velázquez, que desesperaba de que diese el almirante Narváez oídos á sus tratados.

9. Entre estas estrechuras discurrió por un deshiladero notable. Careóse con Motezuma, llevando en el rostro todo sosiego, y en el pecho la más deshecha borrasca,

como río que en la superficie sereno por lo helado y corre en lo interior con despeño; y dióle Cortés noticia de cómo era de su Rey aquella nueva flota, por ser costumbre de España cubrir sus costas con sus bajeles; y que corriendo los mares y alargándose á proveer las islas de barlovento, surgieron en los puertos mexicanos para tomar lengua de sus embajadores, y por el rumor del fracaso que sucedió en sus escuadras, cuando por maltratadas le precisaron á darlas barreno; y con éstas dispondría su viaje, pues tenía ya su despacho.

10. Motezuma mostró que lo tenía á bien, y de nuevo le repitió dones con que agasajar á los huéspedes; quedando con complacencia de haber hecho la renuncia de su Imperio en tan poderoso Príncipe que espaciaba sus dominios por tan remotas regiones, y que poblaba los mares todos de flotas. Y, divertido en esta manía, no hizo reparo ó disimulo en que dejase Cortés, en el propio cuartel que antes, al capitán Alvarado por guarda de las apropiadas riquezas con hasta ochenta españoles; y aquel sincero bárbaro lo atribuía á que eran rehenes de su afecto y de su vuelta. Mas, ¡ay!, otros visos discurrían en la materia los mexicanos, anteviendo nuevos disturbios de aquella máquina; que es corto el disimulo para cubrir del todo un embeleco.

§ 3.º—*De cómo Cortés fué, vió y venció á Narváez.*

11. No toca á nuestro propósito hacer juicio de la justificación con que Velázquez envió armada contra un súbdito que, haciéndose de su mano General y conquistador, tenía puesta la empresa en tan elevada altura, ni dar censura sobre los fundamentos y títulos con que, á lo de dueño absoluto é independiente, emprendió aquella conquista Cortés contra la instrucción de su General. Pleito fué que á los desórdenes de las Indias les descubrió el rumbo para ejecutoriarse de rectitudes y servicios reales en España, y en que ocupados los mayores ministros de los Consejos le terminaron en declarar por gran servidor del Rey al gobernador Velázquez; y siendo los abogados de Cortés su heroico arrojo y su feliz suceso, ejecutoriaron todos sus afamadas operaciones con muy relevantes premios.

12. Las plumas de los historiadores que, como las aguas, toman el sabor de las canales por donde corren, así delinearon aqueste encuentro civil de español contra español, según les movió la contrariedad de pasiones, revoloteando las plumas al menor soplo del miedo ó de la esperanza, y dando larga licencia la suma distancia de los sucesos para abatir ó sublimar las acciones.

13. La suma llana del caso fué que hallándose don Diego de Velázquez, por patente real, con nombramiento de Adelantado, no sólo de la Habana, sino también de todas las tierras que se descubriesen y conquistasen por su mano ó inteligencia, y entrando en el nuevo dictado con ánimo de adelantar más sus méritos, estrenó sus altos pensamientos en enfrenar las (que él llamaba) alevosías é insolencia de Hernán Cortés, que, siendo hechura suya en todo, con todo se le había alzado, con que le disparó su indignación una armada, que guarneció con ochocientos españoles, ochenta caballos, doce piezas de artillería en dieciocho naves de buen porte, y municiones copiosas de boca y guerra, bajo del bastón de Pánfilo de Narváez, caballero natural de Valladolid, y, en aquellas islas, sujeto de primera suposición. Así le componía su felicidad á Cortés el mayor socorro de mano de su mayor enemigo.

14. Salió á su opósito Hernán Cortés (dejando en México las disposiciones que referimos) con quinientos veinte españoles, y con gran número de indios sus aliados, aunque discorden en los millares los autores. Era el campo de Narváez en cantidad de españoles y de aprestos de más bulto, y el de Cortés de más nervio, por tener soldados más hechos y endurecidos, y ser él un capitán comprensivo del país, que tenía como asalariada la fortuna, y le hacía gente la fama de suma destreza y artificio, manejando á todo logro las dádivas y promesas; y con estas armas, asistido su valor, pudo prender á Narváez, y ponerle al lado todo su ejército, y engrosar el suyo con el tren de su contrario, bajeles, oficiales y municiones, y todo tan breve, que más parecía haber salido á recibir la conducta que esperaba de Europa, que á deshacer la tempestad que temía de las islas. Con que dió la vuelta ufano y más poderoso á México.

§ 4.°—*Demostraciones altivas con que Cortés volvió á México.*

15. Pintale Bernal Díaz á Cortés de vuelta inmutado con la dicha, y altivo con la victoria, y dice: "Que, por tener tantos españoles, hablaba airado y descomedido„. Tales achaques influyen climas felices. El fué con nueva ostentación al Palacio imperial, para dar cuenta del suceso al Emperador, que, sobre recibirle con nimios agasajos, le dió su forma de quejas de su encogimiento ó desconfianza, en no haberse valido de sus armas, con que se le hubiera asistido y desviado la menor duda de la batalla, á que Cortés, en agradeciendo el favor, respondió que en disputas, no de nación á nación, sino de uno á otro particular, ni el lance por impensado diera tiempo, no fuera bien recurrir á tan superior potestad; y cortó la plática con algunos despropósitos apostados, y no pocas arrogancias cuidadosas.

16. Concluyóse el cumplimiento, y quedó Motezuma con la espina, de que, habiendo sido no corta la conferencia, no hubiese Cortés tocado la tecla de su viaje en orden de dar á España la proa; siendo así que, sin estorbo ya de enemigo, y recayendo en su arbitrio la disposición y mando de los bajeles, tenía en su mano pronto el apresto para darse luego á la vela; sobre extrañar que había Cortés hablado con entono, y no con el estilo reverencial y oficioso que solía; y notó Antonio de Herrera en Cortés falta de puntualidad y sobra de detención en visitar á Motezuma, y añade: "Muchos han dicho haber oído decir á Hernán Cortés, que, si en llegando visitara á Motezuma, sus cosas pasaran bien; y que lo dejó estimándole en poco por hallarse tan poderoso„. Deslumbróle el esplendor de la prosperidad, y mortificóse su vanidad cuando poco después, en su desastre y la fuga, pagaron sus agigolados pies lo que pecó la desvanecida cabeza.

17. De aquí pasó Motezuma á persuadirse que no era sin fundamento lo que había entreoído de que algunos de sus grandes y ministros habían sentido muy mal de la nueva avenida de los españoles, y que se renovaban sus juntas con resolución arrestada de no esperar más á las embelesadas contenencias de su Emperador, sino obrar de

hecho y cerrar á fuego y sangre con el cuartel español, para quitar aquella afrenta y escándalo de su vista, y aun borrar la memoria de tal gente.

18. No le parecía al Motezuma que les desasistía del todo la razón á los suyos, en cuanto á lo que les movía de presente; mas él, que con discursos de más fondo, según le parecía, proveía las materias para los sucesos de en adelante, con los motivos que había considerado para la renuncia que hizo de su Imperio, quisiera componer el estado de la materia sin disturbios y proseguir en la dirección según aquellas fijas máximas. Y errólo, pues con más desembarazo, quitando aquel estorbo, pudiera ejecutar sus dictámenes y mostrar con los Reyes de España su fineza, cuanto más espontáneamente y con mayor decoro restableciese su renuncia y mereciese su correspondencia. Y guardando aquel fino tenor perdió á su Imperio, y perdió la vida con indignidad en prisión, adonde va ya tocando nuestra historia.

CAPÍTULO LXIX

DE LA NOTABLE PRISIÓN DEL ÚLTIMO EMPERADOR MOTEZUMA

§ 1.º—*Advertencias previas para apurar la verdad de tan increíble como espantoso suceso.*

Advertencia 1.ª

1. Vémonos precisados á oponernos á una vulgar persuasión, no en la esencia, sino en el modo y circunstancia del cuándo se ejecutó la prisión extraña del emperador Motezuma; y como suena á osada violencia bracear contra la corriente de un río caudaloso, se califica también de temerario arrojo [ir] contra un sentir común, pero es máxima que sufre excepciones en muchas materias, y padece nulidades en las historias, descubriéndose, con el curso de los tiempos y prolijidad de estudios, fundamentos que dan por imaginarias á narraciones que corrieron muchos siglos por verdaderas, y aun opiniones asentadas por comunes de gravísimos autores por largas edades se censuran y se tienen hoy por falsas; sujetándose á estas contingencias mucho más los casos particulares que los inventó un rumor: se fueron asentando porque sonaron bien, y todos los dejaron sin resistencia pasar.

2. Sucede así en nuestra era, sacando á luz y al digno aplauso su historia don Antonio de Solís, que entra desde su principio echando por el suelo á todos los historiadores de la Nueva España con pública censura, "de que la Nueva España, ó está sin historia que merezca este

nombre, ó necesita de que se ponga en defensa contra las plumas que se encargaron de su posteridad„.

3. Y adelanta la inventiva con acrimonia, añadiendo: "Hemos leído lo que antes y después de las *Décadas* de Antonio de Herrera escribieron de aquellos descubrimientos y conquistas diferentes plumas naturales y extranjeras; pero, como las regiones de aquel Nuevo Mundo son tan distantes de nuestro hemisferio, hallamos en los autores extranjeros grande osadía y no menor malignidad, y en los naturales discordia en la narración, conociéndose, en esta variedad de noticias, aquel peligro ordinario de la verdad que suele desfigurarse cuando viene de lejos„. Y concluye Solís diciendo: "Nuestro intento es sacar de este laberinto y oscuridad á la historia de la Nueva España„.

4. Según esta calificación y censura de Solís, no será temeridad el sentir contra los historiadores de la Nueva España en las circunstancias increíbles que refieren en la prisión del emperador Motezuma, y se reduce todo el crédito de las historias de México á la autoridad y razón de don Antonio de Solís, que resta sólo en la tela, y á uno solo no será temeridad el no seguirle y el impugnarle, no siendo su juicio el peso del santuario, ó cualque contraste real á que irrefragablemente nos hayamos de atener.

5. Y el mismo don Antonio de Solis, reconociendo en este punto la dificultad (que después ponderaremos) no hallando con su gran ingenio una congrua solución, se ve precisado á recurrir á divinas Providencias, diciendo acerca de esta materia así: "No parecería sobrada credulidad ni sería nueva en su Providencia, que ya le vió el mundo á Dios facilitar las empresas de su pueblo quitando el espíritu á sus enemigos„. Y esto de dar solución á una dificultad recurriendo á milagros, bien puede ser de un ánimo pío, empero no de filósofo. Es rendirse al argumento y refugiar su cortedad á sagrado.

Advertencia 2.ª

6. Es increíble la circunstancia del *cuándo* fué la prisión según la ponen estos escritores. Ellos le fingen preso á Motezuma antes de arribar Narváez con su armada á

las costas de México. Y la razón es urgente; porque si aun con los despojos de la victoria, con la recluta de ochocientos españoles, con las creces de tan copiosos apresto é incremento de tanta reputación y fama se halló Cortés desesperado de poder resistir la invasión de los mexicanos y apeló á la fuga á sombra de la noche, y salió tan del todo destrozado, ¿cómo podía, antes de los nuevos refuerzos, su gran capacidad y prudencia intentar con la prisión sin que le invadiesen y le acabasen? Si tan armado se perdió con destrozo é ignominia, cuando menos prevenido su capacidad y cordura lo evitara.

7. Ellos ponen la prisión antes que Motezuma hiciese aquella tan importante transacción de su corona en la de Castilla; siendo así que (como dejamos probado) dicha renuncia llena y cumple los demás títulos que asisten para la posesión á nuestros reyes, y flaqueara este instrumento como fabricado sin libertad en prisión.

8. Ni es menos increíble aquella burlesca farsa de dar larga duración á tal apariencia y cómica tramoya, representándole preso y que hacía papel de libre, continuando en la prisión el Motezuma por su persona el gobierno del Imperio, el despacho universal de las provincias, la presidencia á sus Consejos; salir en público, visitar sus templos, asistir á la celebridad de fiestas y de fuegos, recreos de pescas y monterías: tropelía de consejas de viejas son éstas para libros de caballerías en que fabulizasen á un Emperador y vasallos encantados; y que considerándolos extranjeros, los satirizan malignos, sino que dan tan recios golpes de risa que los ecos de su mofa suenan en uno y en otro orbe. Y en implicación de menos fe, dice Solís: "Querríamos que no tuvieran lugar en historias las verdades increíbles„, y menos las falsedades palpables.

Advertencia 3.ª

9. Sobre todo es increíble el lugar de la prisión que ponen estas mal informadas plumas, pues dicen que prendieron á Motezuma en su palacio imperial. Quien viere cómo á ese palacio lo describe Solís, extrañará mucho que haya cabido en capacidad de hombres serios tan burlesca y ridícula persuasión. Este era un palacio, cuya cir-

cunferencia se espaciaba por treinta y seis puertas á treinta y seis diferentes calles principales, poblado, más que populosa ciudad, de tantas clases de ministros, criados y oficiales. Sólo la majestad del frontispicio, la máquina sola de magnificencia, á los más osados mudara en despavoridos; el gentío de los atrios, la muchedumbre de pueblo en aquellos espaciosos patios, la guarnición continua de tres mil soldados, tantas salas sucesivamente asistidas de la nobleza, la antecámara real con tantos grandes, que á un grito de su Príncipe se desenvainaran cien mil espadas y se cubriera el aire de lanzas y de flechas, debieran poner rubor á los que imaginaron que era posible la prisión de Motezuma en su palacio.

10. Y la idea más loca no puede dar ascenso á que, rompiendo una docena de españoles por estos imposibles, saquen de su palacio preso al Emperador de México por medio de su corte, que en una plaza sola se refieren comerciando de continuo setenta mil personas, y siendo, según estos autores dicen, la ciudad de Tescuco dos veces como Sevilla, era, respecto de México, una aldea. Los que tal creyeron, más pensaron en una mojiganga que en historia. Empáchase la pluma en gastar su corte redarguyendo tan crasas imaginaciones.

11. Equivocáronse estos hombres señalándole á Motezuma por sitio de la prisión su palacio real, habiendo sido en el alojamiento y cuartel de los españoles. Y en el caso de que este cuartel ó alojamiento era también palacio real, como notaron Bernal Díaz y Solís, por haber sido obra magnífica del emperador Auzol, padre de este último Motezuma, que con supersticiosa frecuencia visitaba allí un adoratorio que había dedicado á sus ídolos; y menudeó más después de haber alojado allí á Cortés, tomando el pretexto de su devoción para lograr sin reparo el gusto que sentía en tratar á los españoles, de cuya pulicia, garbo, ingenio y peregrinas habilidades estaba muy prendado.

Advertencia 4.ª

12. Y es fuerza que se paralogicen de muchos modos por no haber distinguido en sus escritos dos especies de prisiones que padeció el emperador Motezuma, una polí-

tica ó metafórica, y otra física ó propia. Los mismos escritores las trataron y no las discernieron; la discreción pide espera y hubieron sus plumas de ir de prisa.

13. La prisión política fué haberse Motezuma aficionado tanto á las eminentes prendas y especiosos talentos de Hernán Cortés, que, olvidado de su ingenio y estilo soberano y de su impracticable trato, se humanó á las más familiares intimidades, y cómo rindió su entendimiento y voluntad al querer y arbitrio de tan relevante héroe, reglando todos los órdenes, decretos y despachos del gobierno universal por el juicio y consejo de Hernán Cortés.

14. De aquí nació correr por México, y todas las provincias del Imperio, la voz de que Hernán Cortés tenía aprisionado á Motezuma y echádole grillos y cadenas, que son los vulgares términos con que de ordinario en todo el mundo se explica, se pondera y se murmura aquella total entrega que suelen hacer de sí los príncipes á sus privados y amigos íntimos, á que llaman prisión, cadenas, esposas, cautiverios y esclavitud; porque dejan á los reyes con una mera representación de la corona y cetro, á tenor de estatuas, y los validos suelen alzarse con el alma y realidad del gobierno.

15. Y pasó tan de hecho así entre este Emperador y Cortés, que don Antonio de Solís dice: "Llegóse á mirar entre los mexicanos la perseverancia de Motezuma como favor de los españoles, tanto, que llegaban á visitar á Cortés los ministros y los nobles de la ciudad, valiéndose de su intercesión para encaminar sus pretensiones. Y todos los españoles que tenían algún lugar en su gracia se hallaron asistidos y contemporizados; achaque ordinario de las cortes adorar á los favorecidos, fabricando con los ruegos estos ídolos humanos„. Y pone Solís á la margen: "Entra Cortés en crédito de su valido„. Con que de los extranjeros, que tienen por fábula española la prisión de Motezuma, á duras penas algunos admiten aquesta prisión política.

16. Mas ella fué también realmente prisión propia y verdadera, y la referimos purificada de tan impracticables é increíbles circunstancias, como fingieron los autores solicitando el crédito de su narrativa, no sólo á título de más verosímil, como se verá, sino con el fundamento (que es siempre muy recibido) de la tradición de padres á hi-

jos en la casa de los condes de Motezuma, y con los papeles de sus archivos, donde quedaron las que llaman *Memorias* de la Emperatriz de México, la principal mujer del último Emperador, que observó con más esmero los infaustos lances de su marido é Imperio, y de que nos hemos valido para aclarar otras dudas de que los escritores no podían tener noticias por muy internas en su palacio.

§ 2.° — *De cómo hubo también propia y verdadera prisión de Motezuma, sus causas y verdaderas circunstancias.*

17. A la noticla de haber arribado á los puertos de sus dominios nuevo ejército y armada de los españoles, retoñecieron los discursos políticos de ministros y próceres, caciques y provincias del Imperio mexicano, entrando en nuevos recelos con las avenidas de tan extrañas naciones. Y si les acedaba la arrogancia de aquellos europeos cuando pocos, la discurrían insufrible cuando muchos, con sospechas de alguna máquina nociva, por ser gente de relevante ingenio é industria. Mas en vez de acobardarse sus ánimos con la reflexión de sus notorias ventajas, montaron en más odios y en más iras; y sabiendo los encuentros viriles entre españoles, y que Hernán Cortés en la última batalla quedara victorioso y su ejército engrosado, aceleraban la resolución de acabar con ellos antes que sobrevinieran más. Así lo confiesa Solís, diciendo: "Y no podían ignorar los mexicanos que venía Cortés, ni que había crecido su ejército; pero estuvieron tan lejos de temerle, que hicieron ademán de retirarse para dejarle franca la entrada y acabar con todos los españoles después de tenerlos juntos en la ciudad„.

18. También supieron cómo Hernán Cortés, mareado en la altura de su felicidad, tornaba á México desvanecido, respirando vanaglorias y vertiendo altivas soberanías, como lo testifica Bernal Díaz, diciendo: "Parece ser haber dicho Cortés en el camino á sus capitanes, alabándose de sí mismo, el gran acato y mando que tenía. E que por los pueblos y caminos le saldrían á recibir y hacer fiestas, y que en México mandaba tan absolutamente al gran Motezuma como á todos sus capitanes; y estaba muy soberbio con la mucha gente de españoles que tenía, y como

Cortés tenía en México tantos españoles, así de los nuestros como de los de Narváez, no se le daba de cosa ninguna nada, y hablaba tan airado y descomedido„.

19. Este rumor encendió más el coraje en los mexicanos, por enfurecerse más los ánimos nobles é ingenuos con las arrogancias que con las heridas ó malas intenciones de sus contrarios, y hubieran luego arrebatado las armas á todo rompimiento, si no les detuviera Motezuma que, avisado del disturbio, por más que corría en silencio, les convocó á los promotores á palacio y les templó con semejante discurso.

Razonamiento de Motezuma á sus grandes.

20. "Segunda vez (les dijo) me obligáis á tratar de una materia que, si no á fuerza de mi razón, siquiera por respeto á mi autoridad, debiera estar, de muy obedecida, ya olvidada, y la veo ahora en vuestros juicios más crespa y borrascosa. La novedad que os altera, es nuevo y poderoso motivo para dar más crédito á la especie que os tengo comunicada, después de muy discurrida. Esta multiplicación de españoles os acrescienta sospechas, y debiera de conducir más, para acabar de persuadiros, que no se han de obviar los inconvenientes que amaga á fuerza de armas, sino con la política de ganar por aliados á los que no podremos resistir como á enemigos; blanco á que tiró mi industria con aquella tan censurada resolución de la renuncia„.

21. "Siempre tuve, y ahora tengo, por muy fácil el pasar á cuchillo á este enjambre de extranjeros, que son pocos; y ellos mismos se han encarcelado en el intrincado laberinto de mi corte, ó precipitados de su temeridad, ó fiados de mi palabra real y favor. Pero no es medio sano á mi persona ni al bien público de todo el Imperio, pues sería irritar á todos los poderíos de la Europa, y especialmente á las formidables fuerzas de España, para que con sus espantosas armadas y artillería nos abrasen; y aun se unirían nuestros mismos dioses en tropas auxiliares á sus banderas para castigar en nosotros los violados fueros de una embajada, la mentida fe de los salvoconductos, y la ley natural del hospedaje„.

22. "Veo también que os hiere y pica á vuestra alta-

nería, aquel engreimiento y arrogancia española. Yo que los trato de cerca, conozco que lo que imagináis insolencia, es un airoso garbo de genio y gallardía de su ánimo, con que juntan ser á maravilla humanos y afables. Sosegáos, pues, y no sea necesario otro aviso, debiendo vuestra leal obediencia rendirse más á mis ruegos que á mis imperiales bandos„; dijo, y como los indios de su natural son dóciles, y con sus príncipes se hacen de su culto idólatras, prometieron su quietud con un silencio reverencial; y estos oficios de afecto estaba haciendo Motezuma con los españoles, cuando los españoles estaban tratando de prender á Motezuma.

Inquietud y resolución de los españoles de prender á Motezuma.

23. Muy encontrados efectos influyeron en los españoles los espías, exagerando los rayos y tempestades que México les fraguaba. Con que calmando el viento de la bravura, comenzaron á zozobrar con el aire opuesto de sobresalto. Turbóse Cortés, y turbóse todo su ejército con él; sobrevino tardío el desengaño de que era corto el aumento de la gente de Narváez para asegurar la vida, cuanto menos para adelantar la empresa, pues amenazaba siempre su rota á la fácil diligencia de que los mexicanos les cortasen los puentes de las calzadas, y hacerles perecer de hambre á no consumirles antes á repetidos ataques.

24. La inmoderación de sus procederes les sugería que no debían tener á Motezuma por tan sincero ó por de tan corazón fino, que no reconcentrase acaso en el volcán de su pecho muchos indigestos agravios, que, cuando el disimulo los recocía, habían al cabo de reventar con espantosas venganzas; con que haciendo una larga reflexión sobre aquel recio frangente, discurrían sobre hallar rumbo de expediente, que no hubiese incertádole ya aquella nueva borrasca. Ni era el menor desconsuelo el no sentir ni conocer en esta su expedición punto fijo de asunto determinado; siendo aún más desesperación que el mismo Cortés iba fabricando obra tan grande sin planta ni más norte que lo que le fuese regulando la fortuna.

25. Viendo, pues, que este cuidado y el susto cundía

por los demás, juntó consejo de guerra Cortés; y los de su confianza, por más encartados en sus arrestos y sugeridos de antemano, como de antuvión, votaron que se tratase de prender al Emperador, y se labrase en la prisión de su persona escudo, para odviar todos los tiros ó torcedor, para darles á los mexicanos leyes arrancándoles los partidos que más juzgasen á cuento para su interés, seguridad y decoro, y que ya no había otro corte en tan anudado trance.

26. Opúsose á este parecer, con ademanes de admiración, el capitán Diego de Ordaz, diciendo: "Desacertados consejos suelen ser el arrojo y el temor, y del miedo más que del valor suelen surtir los abortos de la temeridad. La propuesta de la prisión, sobre que nos acelerará nuestra ruina, por traidora nos manchará feamente el honor y publicaría por todo el Universo nuestra vil ingratitud. Nuestra seguridad, desde que tan sin consejo nos encarcelamos en México, estriba en la benevolencia y gracia de Motezuma, calificada con muchas pruebas de su constancia y generosas demostraciones de su fineza, que han movido celos en sus vasallos„.

27. "Y ¿podrá la nobleza de nuestra sangre y el punto de nuestra noble nación degenerar en tan ruin, como ofender traidoramente á un Emperador que nos hospeda con magnificencia, que nos asiste con opulento agasajo, que nos enriquece con regios dones y se malquista con los suyos por el exceso con que nos favorece á los españoles?„

28. "No dudo que si nos cortamos tan fuerte amarra, esa tempestad que insta, sin quedarnos resistencia, nos echará luego á fondo. Pues cuanto el Emperador es bueno para amigo, le sentiremos mayor contrario al sentir su soberanía ajada con tal desmesura; desbordaría aún de los encarecimientos é hipérboles el coraje de toda su corona, y hasta las piedras se levantarían con tan ingrato y monstruoso atentado; el presente siglo y la posteridad de los que se siguen nos juzgará por de tan cortas capacidades, que, ya que desconfiamos de nuestras fuerzas, no supimos ingeniarnos en expedientes más decorosos„.

29. "Con que últimamente juzgo que nos despidamos en buena paz del Emperador, pues hemos ya conducido tan á provecho y honra nuestra jornada, siendo así que sólo la propuesta de nuestra despedida desarmará

todo aquel nublado de armas que ha levantado la terquedad de la estancia. Y dejando así á Motezuma más obligado, adelantará con más finezas los progresos de la renuncia„.

30. Hallóse en este cónclave forzado á explicar el juicio que hacía de esta materia el R. P. M. Fray Bartolomé Olmedo, y compelido se halló, sintiendo que se buscaban aprobadores más que consejeros de la duda que se había de proponer, trayendo hecha á manos la resolución; no obstante dijo:

31. "A mí me suena bien lo que acaba de decir el capitán Ordaz. Mas tocándome á mí solo el punto de la conciencia, pierdo de vista el vuelo de este propuesto designio; pues cesa el título de conquista, no haciendo este gentilismo resistencia á la predicación del Evangelio. Su Emperador Motezuma, aun sobrándole políticos pretextos, jamás nos intimó guerra; y, sobre dispensar en los fueros de no admitir extranjeros en su corte, condescendió con nuestra venida á México. Oyó atentó los misterios de la Religión Católica, y no son oscuras señas de que la aprueba, ni pocas esperanzas de que la abrace, en madurando las disposiciones que pide en un Monarca y tan dilatado Imperio la mudanza de su tan antigua creencia, haber tan presto franqueado indulto de que, á su costa y á manos de sus mismos alarifes y maestros de obras, se nos fabricase iglesia„.

32. "A quien así procede, la bula de Alexandro VI no concede se le haga guerra ni que se le degrade de su real corona. Y saca de toda especie de duda la inopinada fineza de haber hecho en nuestros Reyes Católicos la renuncia de su Imperio, solicitando su protección, alianza y correspondencia con rendidas sumisiones de feudatario. Amainen, pues, nuestras ideas, ni confiemos tanto de nuestra fortuna que sintamos los vuelcos de su rueda. En eminente estado queda tan gloriosa jornada, tan á gloria de Dios, tan á servicio de nuestro rey, y con tanto honor y logro de los que con relevantes hazañas dan la vuelta á llenar á toda Europa de asombros; y lo que de mí siento, es, que me fuera de gran gloria morir en la demanda por católico, pero de gran desconsuelo morir sólo á título de político„.

33. Hernán Cortés, que escuchaba con sobrecejo aquestos discursos, prorrumpiendo en demostraciones de

enfado, exclamó: "No es ya tiempo de darnos á partidos después de tan arrestados empeños, ni tan suaves temperamentos serán poderosos para abocar las duras calumnias que se han armado contra nuestros procederes, que las acriminan en los tribunales de España por locas temeridades y claras alevosías. Precisados ya nos vemos á dar la vida en la empresa, ó coronarla con algún tan famoso hecho que, con su asombro y aplauso, desfigure y desvanezca todas esas monstruosidades que acabáis de proponernos y ponderarnos. Pues en la censura del mundo siempre se dió sentencia en favor á los sucesos felices, sin hacerse cargo de otras formalidades„. Siguióse al dicho la aprobación de los demás y enmudecieron los menos; y conviénele á Cortés, lo que de Julio César dijo Séneca: "*Cui pro virtute fuit summa temeritas*„; y resuelta la prisión, se ejecutó con el método que diré.

El arte con que se ejecutó la prisión.

34. Como fuesen regulares los días y las horas en que Motezuma iba á frecuentar la estación de sus ídolos, que tenía en el adoratorio de aquel palacio donde estaban alojados los españoles, y él se retiraba á solas en el retrete de una capilla; en tal coyuntura, indultada de las guardas por su introducción notoria, entró doña Marina, la mexicana intérprete de Cortés, y después de las reverencias y saludar al Emperador, le notició la inquietud de los españoles con los movimientos de las armas de los mexicanos, riesgo que amenazaba también á su real persona, como ofendidos los amotinados de sus extremadas finezas con aquellos extranjeros; y añadió demudada la mujer, y tropezando en el escándalo que iba á pronunciar:

35. Y que en tan grave consideración le intimaba á su Majestad de parte de Hernán Cortés y de su campo español, el de estar todos resueltos á no dejarle salir de su cuartel hasta ver sereno aquel nublado, en que lo menos era atender los españoles á su propio peligro, y era lo más mirar por el decoro y vida de su Majestad.

36. Quedó aquel Emperador más suspenso que inmutado, por hallarse socorrido con comprensión del intento, y de la urbanidad con que se le había representa-

do; fijo también, y constante siempre en llevar adelante la máxima de la renuncia que tenía por suma conveniencia de su Imperio con la protección de España, respondióle con entereza á la embajatriz: "Id, y decid á los españoles que yo me doy por entendido de la respuesta, pero que han tomado un medio tan desproporcionado para el designio, que me perderán á mí y se perderán á ellos también„.

37. Respuesta fué que pareció vaticinio, pues la comprobó momentáneamente el suceso; porque al instante, vertiéndose el secreto, y corriendo de boca en boca el caso, toda aquella inmensa corte, pasando de atónita á enfurecida, se convirtió en un anfiteatro, en que las furias de los hombres representaban los corajes de las fieras; como fanáticos unos chocaban con otros; no admitían sus imaginaciones otras especies que las que el furor y rabia les imprimía de los españoles. Todo estado, todo sexo echaba sin tiento mano al primer instrumento de armas que el despecho y furor les ofrecía; y con el desorden que la confusión popular suele tener, marchaban, sin más compás de tambor y cajas que al son de gritos, clamores y amenazas, oprobios y execraciones, hacia el alojamiento de los extranjeros.

38. Con más orden y disposición regular, y así con más eficacia, se armaron luego para destruirlos y arruinarlos los príncipes, señores y capitanes que residían en México, con innumerables que concurrieron de fuera á los primeros ecos de tan espantoso estruendo. Llegó en México á desconocerse la ciudad por transformarse sus barrios todos en cuarteles de campaña, y en cada barrio un ejército, siendo menos el cuidado de hacer pedazos á sus enemigos, sino ardiendo en mayor ansia en que no se escapase uno.

CAPÍTULO LXX

EFECTOS DE LA PRISIÓN DEL EMPERADOR MOTEZUMA

§ 1.°— *Valor con que se defendían los españoles asediados.*

1. Por tierra y agua se vieron asediados y combatidos los españoles en aquel su alojamiento, que habían fortificado con regularidad de castillo fuerte; por agua les acordonaba el inmenso lago, por tierra les cernía, no sólo un ejército, sino un Imperio todo. El primer papel de esta relación se debe á Bernal Díaz, que, refiriendo los lances con términos y voces de aquel tiempo, los dará mejor á entender que con los nuevos y pulidos modos de las modernas guerras se pueden explicar.

2. "Un soldado mal herido (dice Bernal) le llevó á Cortés la nueva del movimiento antes de que se la diese la gritería del tumulto. Y luego mandó Cortés á un capitán, que se decía Diego de Ordaz, que fuese con cuatrocientos soldados, y entre ellos los más ballesteros y escopeteros, y algunos de á caballo. E que mirase qué era aquello que decía el soldado que había venido herido é trajo las nuevas. E que si viese que sin guerra y ruido se pudiese apaciguar lo pacificase„.

3. "Y como fué el Diego de Ordaz de la manera que le fué mandado, con sus cuatrocientos soldados, aun no hubo llegado á media calle por donde iba, cuando le salen tantos escuadrones mexicanos de guerra y otros muchos que estaban en las azoteas, y les dieron tan grandes combates que les mataron, á las primeras arremetidas,

ocho soldados, y á todos los más hirieron; y al mismo Diego de Ordaz le dieron tres heridas. Por manera que no pudo pasar un paso adelante, sino volverse poco á poco al aposento„.

4. "Y en aquel instante, si muchos escuadrones salieron á Diego de Ordaz, más vinieron á nuestros aposentos, y tiran tanta piedra con ondas, y flechas, que nos hirieron de aquella vez sobre cuarenta y seis de los nuestros. Que el Diego de Ordaz, que se venía retrayendo, no podía llegar á los aposentos por la mucha guerra que le daban, unos por detrás y otros por delante, y otros desde las azoteas; pues quizás aprovechaban mucho nuestros tiros y escopetas, y ballestas y lanzas, ni estocadas que les dábamos y heríamos muchos de ellos, por las puntas de las lanzas se nos metían. Con todo esto cerraban sus escuadrones y no perdían punto de buen pelear, ni los podíamos apartar de nosotros. Y aun no ha sido nada todo lo dicho para el daño que después nos hicieron: y es que tuvieron tanto atrevimiento que, unos dándonos guerra por una parte y otros por otra, entraron á ponernos fuego en nuestros aposentos, que no nos podíamos valer con el humo y fuego„

5. "Y acordó nuestro capitán Cortés que con todos los nuestros y los de Narváez saliésemos á pelear con ellos, y que llevásemos tiros y escopetas, y procurásemos de los vencer, á lo menos que sintiesen más nuestras fuerzas y esfuerzo mejor que el día pasado„. Hasta aquí Bernal, que mientras toma las armas puede descansar su pluma, y en el ínterin diremos lo que pasaba por Hernán Cortés.

6. Y es fama que gran pieza de la noche gastó Hernán Cortés en exhortaciones, y á unos en particular, y á todos en común, diciéndoles estas ó semejantes razones:

7. "¡Ea, valerosos españoles! Que en la guerra no vence la multitud sino el valor, y con el valor hemos triunfado ya muchas veces de la multitud. El acero, el hierro, el bronce, la artillería, los mosquetes y caballos, nos dan superior ventaja contra esta infinita canalla de indios desarmados, y los más casi desnudos. De un español el rostro airado, sobra para aterrar á toda la América; pues que infamia vuestra ha sido el poneros, si no en fuga en cobarde retirada, unos apocados bárbaros, siendo

así que no hay más distancia en la retirada y la fuga que el huir despacio ó el huir de prisa„.

8. "Somos ya nosotros muchos con los ochocientos y más de Narváez que engrosaron nuestro ejército, y millares de valientes tlascaltecas y otras naciones que nos hacen lado y bulto. En la estrechura de las calles se embaraza el enemigo con su misma muchedumbre, no se pierde tiro á la pólvora, y es una avenida de muerte cada bala. Si vísteis ya á nuestro Patrón Santiago en la frente de nuestras hileras, el seguir su celestial estandarte, no tanto es acompañarle en la batalla como en ir ya dando coronación á su victoria y alcance al enemigo„.

9. Ponderábales también, lanzando rayos de bríos por los ojos y espíritus ardientes por todos los ademanes, cómo en aqueste último esfuerzo se vinculaban las vidas, el honor y las riquezas, sin quedar otra guarida á retiradas que inmensos mares y golfos, donde la fuga infame se castigaría con más ahogo, en vez de ofrecer refugio, y "cuando escapásemos con la vida, nos entregaría el Océano en manos de nuestro mortal enemigo el gobernador Velázquez, cuyas ansias de venganza nos trasladarán del naufragio á la afrenta del patíbulo„.

10. Dando otro vuelo al discurso con excitativos alegres, les añadía: "¡Ea, dilectísimos y fieles amigos! No desfiguremos tan de repente las mejoras de nuestro estado. Ya trocamos las miserias de las cunas en magníficos palacios; por unos cortos solares los más ricos y poderosos países. Seréis dignísima envidia á los que en los ocios de Europa padecen indignidades de pobreza. En los extremos aprietos, el consejo más arriscado suele ser el más seguro; pues manos á la batalla para coronar tantas glorias„. Esto y mucho más les dijo; y embebiendo su espíritu y su valor, le ofrecieron todos una apostada resolución de morir ó de vencer en tan interesada ocasión.

11. Esto pasaba en el ejército español, y cómo se esforzaba el enemigo mexicano también es tiempo ya que Bernal Díaz lo continúe, diciendo:

12. "Y yo digo que si nosotros teníamos hecho aquel concierto, que los mexicanos tenían concertado lo mismo, y peleábamos muy bien, mas ellos estaban tan fuertes y tenían tantos escuadrones, que se mudaban de rato en rato, que aunque estuvieran allí diez mil Héctores Troya-

nos, y otros tantos Roldanes, no les pudiéramos entrar (erudición de un viejo soldado). Porque saberlo yo aquí decir, como pasó y vimos este tesón en el pelear, digo que no lo sé escribir. Porque ni aprovechaban tiros, ni escopetas, ni ballestas, ni apechugar con ellos, ni matarle treinta ni cuarenta cada vez que arremetimos, que tan enteros y con más vigor peleaban que al principio. E no sé yo por qué lo escribo así, tan tibiamente, porque uno, tres ó cuatro soldados que se habían hallado en Italia, que allí estaban con nosotros, juraron muchas veces á Dios que guerras tan bravosas jamás habían visto en algunas que habían hallado entre cristianos, y contra la artillería del rey de Francia ni del gran turco, ni gente como aquellos indios con tanto ánimo cerrar los escuadrones vieron. Aquel día mataron los enemigos diez ó doce soldados, y todos volvimos bien heridos„.

13. Así Bernal, y no es bien interrumpirle, pues acaso da más gusto con su llaneza que otros con su cultura, y suele la verdad parecer mejor desnuda que ricamente vestida con galas de retórica y elocuencia; y Bernal iba observando como un César, y apuntando en la hoja de su espada aquellos lances, para dar después materia mucha á su pluma. Pase, pues, á decir la tercer surtida.

14. Dice pues: "Lo que pasó de la noche, fué en concertar, para que de ahí en dos días saliésemos todos los soldados, cuantos sanos había en todo el Real, y con cuatro ingenios á manera de torres, que se hicieron de madera bien recios, en que pudiesen ir debajo de cualquiera de ellos veinticinco hombres, y llevaban sus ventanillas en ellos para ir los tiros; y también iban escopeteros y ballesteros, y juntos con ellos habíamos de ir otros soldados escopeteros y ballesteros, y otros tiros de artillería, y todos los demás de á caballo á hacer algunas arremetidas; y cuando amaneció, después de nos encomendar á Dios, salimos de nuestros aposentos con nuestras torres (que me parece á mí que en otras partes donde me he hallado las llaman buros ó mantas). E como he dicho, aunque les matábamos muchos de ellos, no aprovechaba cosa para los hacer volver las espaldas, sino que siempre, si muy bravamente habían peleado los días pasados, muy más fuertes y con mayores fuerzas y escuadrones estaban este día. Entonces nos ayudaron muy bien los tlascaltecas„.

15. "Pues hecho esto, estando que estábamos unos peleando y otros poniendo fuego, ver los papas que estaban en el gran templo, y sobre tres ó cuatro mil indios principales, y que nos bajábamos cual nos hicieron venir rodando seis gradas, y aun diez abajo, tirándonos tantas varas y flechas, que así á unos escuadrones como á otros, no podíamos hacer cara, ni sustentarnos. Acordamos, con mucho trabajo y riesgo de nuestras personas, de no volver á nuestros aposentos, los castillos deshechos y todos heridos, y muertos cuarenta y seis. Pues también quiero decir las maldiciones que los de Narváez echaban á Cortés, y las palabras que decían, que renegaban de él y de la tierra, y aun de Diego de Velázquez„. Todo esto es de Bernal Díaz.

CAPÍTULO LXXI

SALEN LOS ESPAÑOLES DE MÉXICO; SU INFELIZ ROTA Y FELIZ ESCAPADA

§ 1.º—*Cómo se dispuso la fuga ó retirada.*

1. Nunca se vieron aquellos heroicos españoles en mayor aprieto ni experimentaron tan gran desastre. Fluctuaban en sus pechos el valor nativo, el desaire del empeño, el incentivo de la honra, el eclipse de sus triunfos y la conservación de sus tesoros: flujos y reflujos eran estos de un muy implicado Euripo. Para mantener la vida, el honor y el oro era el único resguardo el pelear á todo arresto y arrojo; con que el despecho les revestía de espíritus tan ardientes que, sin lisonja, cada español era un rayo, cada bala un fatal granizo y cada respiración una tempestad de muertes.

2. Pero los mexicanos (de quien dice Illescas): "Valientes y ejercitados en las armas, y lo que más hace al caso para pelear; generalmente son los indios gentes que no estiman mucho la muerte„, sin ceder á las cargas de los mosquetes, ni á los botes de las picas, ni al tropel de los caballos y estrago horrendo que obraba en ellos la artillería, se avanzaban á las trincheras que hacían los españoles de sus mismos indios muertos á despicar sus iras en los vivos, con tal coraje y esfuerzo, que, según afirma la *Historia Pontifical*: "Uno de los indios, de una cuchillada, cortó á un caballo á cercen la cabeza con riendas y todo„.

3. Hernán Cortés, á quien le hería el corazón la ex-

periencia de que por su intempestiva ansia de entrar en México tenía á sus españoles metidos en tan desahuciado trance, fundiendo el riesgo y quejas de todos en su espada y en sus pulsos, él por todos obraba maravillas, tan empeñados sus bríos, como se lee en el *Apologético* de Ramírez, en que dice: "Y si Cortés no fuera socorrido en una refriega, sin duda se lo llevaran y sacrificaran á sus dioses„. Pero él llevaba salvoconducto divino, como instrumento escogido de superior Providencia para tan gloriosa conquista.

4. Apelóse en la extremada desconfianza de industrias y de fuerzas al arbitrio de poner á Motezuma, mostrando á los sitiadores su persona, para resguardo y escudo de los sitiados; pues con su imperiosa voz y autoridad los aplacaría ya que del todo no los enfrenase; mas fué diligencia en vano, como se dirá más de propósito en el siguiente capítulo. Reforzáronse reparos militares, repitiéronse surtidas, sin más logro que más daño. Humilláronse á parlamentar sobre la salida, mas en ningún partido venían los mexicanos, creciendo, al verles flaquear, su avilantez y furor.

5. Con que se redujo Hernán Cortés á que se ingeniasen medios, con que á lo menos su fuga en la salida de México mereciese la voz de bella retirada; propuso, pues, en junta de guerra, la duda de si saldrían de noche á cencerros tapados, ó en día claro en ordenada marcha, y esto propuso con discreta astucia de que no le hiciesen cargo en la funestidad del suceso; y si no dió del todo crédito, por lo menos Cortés dió oído á la predicción ó embeleco de cierto astrólogo que le aconsejó marchase aquella misma noche, porque se perdía totalmente su ejército si dejaba pasar una constelación favorable que andaba cerca de terminar en otro aspecto crítico y adverso; y con dolor de su afecto, su panegirista Solís le afea este caso á Cortés, diciendo: "Incurrió en la culpa de oirle, poco menos que la de consultarle; y cuando necesitaba de prudencia para elegir lo mejor, se le llevó tras sí el vaticinio despreciado„. Pero los astros que el astrólogo consultó, fué, que aun los ciegos vieran que fuera más fatal la fuga de día.

6. Prevaleciendo por común la opinión de que hiciesen de noche la retirada, y que se apresurase la salida, como con la prisa y el susto todo se yerra, entre otros

desaciertos que agravaron sus infortunios, fué pernicioso el permitir Cortés á los soldados de cargar con el oro, plata y preseas, muy abultado tesoro que tenían amontonado, dándoles á entender que no sería gran desorden de milicia; y, dejándolo al arbitrio de la codicia, cargaron con tan desmedida ansia, que, acusando la estrechez de las mochilas, se sirvieron de los hombros contra la voluntad de sus fuerzas. Dispensación en que al parecer dormitaron las advertencias militares de Cortés (dice Solís) porque no pudo ignorar que la riqueza en el soldado no sólo embaraza las manos, sino también los bríos„.

§ 2.º—*El suceso de la salida.*

7. En el silencio, pues, de la media noche, salieron los españoles de su real, y toda su cautela y recato tropezó en un accidente de que surtió su infausto desastre. Ellos llevaban un puente levadizo, sobre que pasó la vanguardia, que se acomodó á la canal. Pero aferrándole tanto en las piedras que le sostenían, fijándole aún más con el peso de los caballos, artillería y bagaje, que se halló incapaz de servir á los demás canales de aquel gran lago. De suerte que antes de pasar el ejército el primer tramo de la calzada, y estando dividido, se hubo de acudir á las armas, porque observándoles los movimientos con vigilante y ardidoso disimulo los mexicanos, lograron la ocasión más oportuna de atacarlos por todas partes, cuando los imaginaban dormidos y descuidados.

8. Es inefable lo que obró el valor de los españoles en tamaño conflicto; y lo que padeció el espíritu de Cortés en tan descabellado frangente, pues, como pondera bien Solís, le traía el aire á los oídos, envueltas en el horror de la oscuridad, las voces de los que llamaban á Dios en el último trance de la vida; las quejas de los que clamaban al cielo por castigo de su arrojo, cuyos lamentos, mezclados con los gritos y amenazas de los indios, le traían al corazón otra batalla, y entre los incentivos de la ira y afectos de su pena, le herían más hondamente los remordimientos de su culpa. Era un infierno, todo horror, desorden, confusión, llantos y penas, tentando sombras y tropezando en muertes y en heridas.

9. Y eran tan osados como recios los ataques de los mexicanos, despreciadores, ó por furiosos ó por valientes, de los destrozos y estragos que hacían en ellos la artillería, los mosquetes y las espadas de los españoles, mas como manejadas de tan diestros y denodados pulsos, que es común sentir que sin patente milagro no hubieran quedado reliquias de ellos; y es muy recibida fama que los asistió la soberana Reina de los Ángeles, y el gran patrón de España Santiago, como lo notó Argensola diciendo: "En los movimientos de México, cuando echaron á Cortés, decían los mexicanos á gritos que la imagen de Nuestra Señora (llevábanla los españoles por guión real) desde muy alto, les echaba tierra en los ojos y los cegaba; y que también un combatiente, vestido de blanco, peleaba en favor de los españoles„. El éxito deste fracaso nos referirá Bernal Díaz.

10. Dice pues: "Tengan atención los curiosos letores que esto leyeren, que quiero traer á la memoria que cuando entramos al socorro de Alvarado en México, fuimos por todos sobre más de mil trescientos soldados, con los de á caballo que fueron noventa y siete, y ochenta ballesteros y otros tantos escopeteros y más de dos mil tlascaltecas, y metimos mucha artillería; y fué nuestra entrada en México día del señor San Juan de Junio de 1520 años, y fué nuestra salida huyendo á las diez del mes de Julio del año siguiente. Quiero dar otra cuenta: que tantos mataron así en México en puentes y calzadas, como en todos los encuentros; digo que, en obra de cinco días, fueron muertos y sacrificados sobre ochocientos setenta soldados, con setenta y dos que mataron en un pueblo que se dice Tutepeque, y mataron sobre mil doscientos tlascaltecas, y así de los de Narváez murieron muchos más que de los de Cortés, por salir cargados de oro, que con el peso de ello no podían salir ni nadar„. Hasta aquí Bernal.

11. Siguióse una incomparable hazaña de Cortés, á que se debió no perderse todo, y lo refiere la *Historia Pontifical*, diciendo: "No había remedio aún de huir ya, cuando lo quisiera hacer; y cuando se vió ya Cortés en lo último de la desesperación, como quien quería morir con algún consuelo, apretó las piernas al caballo, llamando á Dios y á San Pedro, su abogado, y rompió por todos los enemigos hasta llegar al estandarte Real de

México, dió dos lanzadas al Capitán general, comenzando los suyos á huir, que tolera la costumbre de aquella gente no pelear más en viendo caído el estandarte. Este fué el hecho más notable que de ningún capitán creo yo jamás se puede contar, ni jamás aconteció„. Con que se desahogó aquel aprieto, para poderse poner en salvo el poco resto de aquel derrotado campo.

12. Era todo un milagro continuado; entre el castigo de algunas culpas se traslucían asistencias de favores, como lo pondera Acosta, y el *Apologético* de Ramírez dice: "Las saetas del infante don Pelayo vueltas á los enemigos; Santiago, patrón de España, visto tantas veces pelear por los cristianos, nos declara el cuidado que Dios tuvo de favorecer á los suyos. Cualquiera de los indios que Cortés venció pudiera mantener campo al más estirado español y darle bien en qué entender; pero como miraba Dios con piedad á aquellos idólatras, ayudó milagrosamente á los nuestros para que sostuviesen, siendo tan pocos, un número infinito de infieles que se habían de reducir á Cristo„.

13. Y así, después de haber lastreado Dios con tan grave peso de humillaciones en los nuestros las veleras temeridades, algunas injusticias y no pocas arrogancias, refundió en los ánimos de aquellos heroicos conquistadores el conocimiento claro de que no era tan suya como divina la empresa de la América y la conquista del gran Imperio mexicano, asistiendo á sus progresos, reforzándoles sus espíritus primitivos con nuevos ardimientos. Concilió los confederados, dispúsoles socorros, inspiróles ardides: con tan soberanas providencias se rehicieron de la rota. La infinidad de choques y batallas no dan lugar á enumerar sus triunfos. Y, revolviendo á más sazón y con más tren sobre México, se apoderaron de aquella opulentisima y poderosa corte que, como corazón de todo aquel Imperio, así como rindieron su fuerza, se señorearon de toda su corona. Glorioso acrescentamiento fué de la Iglesia Católica Romana; desaforado vuelo de la Monarquía española; nuevo timbre de la augusta Casa de Austria.

14. Pero no logró México de su pérdida inferior ganancia, pues sobre los nunca bastantemente ponderados frutos que, con la comunicación de Europa, añadió á sus fértiles países, con que blasona hoy de la parte más feliz

del Universo, se vió también honrada con el esclarecido nombre de Nueva España, nombre, no acaso sorteado, como soñó no sé qué cétrica pluma, sino á méritos de lo mucho que se le parece á España en ser la región de más sustancia y de mejor semblante que hay en ambos Orbes. Así lo prueba, así lo afirma el P. Acosta, diciendo: "La Nueva España es, sin duda, lo mejor que rodea el Orbe, mírese por doquiera que se entre„.

15. Y parécese también en las facciones, pues mirando sus ciudades se les excitaban á sus conquistadores ya las memorias de Valladolid, ya de Sevilla y Granada. Y aun se ajusta en las mismas sombras el retrato en que, como los africanos emprendieron con poca gente la conquista de España, así les sucedió al Imperio mexicano en la entrada de pocos españoles. Concluye la *Historia General Jesuítica,* diciendo: "*Nova Hispania quam quanti inventores fecerint, significare videntur, cum Hispaniae communi nomine nobilitaverunt eam: regiones alias; non nisi mirorum Provinciarum dignati vocabulis*„.

CAPÍTULO LXXII

MUERTE DEL EMPERADOR ÚLTIMO MOTEZUMA

§ 1.º—*De cómo los gravísimos pesares le fueron á Motezuma la principal causa de su muerte.*

1. Aunque la osadía y desacato de su prisión en el centro de su corte, y por unos pocos extranjeros, era pena de tamaño que podía sofocar á la amplitud del más magnánimo aliento, agravando el accidente con lo inopinado y repentino del caso, serenóse Motezuma asistido del afecto con que amaba á los españoles, comprendiendo que se hallaban en tan inminente peligro, que asían de su real persona, en que ponían y vinculaban su único resguardo. Así discurría aquel infausto barón Sancho de Monreal en su trágico suceso, que hizo tanto estruendo en Navarra, y aun en toda España le hizo, cuando dos franceses, presos en la cárcel de Pamplona y desesperados de la vida, se apoderaron de la persona de Sancho, protestando á la justicia de dar á aquel barón muerte, si los jueces no les daban á ellos fianzas seguras y prendas que asegurasen sus vidas; hasta en el éxito tiene no poco de semejanza el suceso; adelante; no es bien aplicarlo todo.

2. Fué, pues, de más pesadumbre, y mortal fué para un tan adorado y obedecido monarca, el que á sus ojos y á sus oídos le perdiesen el respeto sus mismos vasallos, le degradasen á público pregón de la corona imperial, y le llenasen de baldones á título de infatuado, y de Príncipe que había del todo sido embaucado de unos magos

extranjeros (así la rabia de los indios llamaba á los españoles); fué el lance, pues:

3. Que hallándose en las últimas boqueadas los españoles, ó por acuerdo é instancia de Hernán Cortés, ó como es más cierto, por la advertida fineza de Motezuma, juzgando que á la representación de su presencia y á la sólita adoración de su Majestad, no sólo obligaría á amainar las armas, sino también á componer á sus mexicanos, dando á las dificultades pacíficos expedientes, se ofreció luego á ejecutar esta diligencia; y, adornado de sus vestiduras é insignias reales, salió á un mirador que despejaba la plaza, donde mostrándose al gentío armado, y hecho al punto un general silencio, les propuso, no las sutilezas de su política, que había participado á sus grandes y más capaces ministros, sino abultados y corpulentos motivos de que solamente es capaz un vulgo y confuso pueblo.

4. "Hijos míos, más que vasallos, les dice; vuestro celo de fino se pasa á supersticioso en imaginarme preso; muralla y escudo sí que me ha hecho de los españoles mi imperial obligación de observar el derecho de las gentes y su inmunidad á los embajadores de repúblicas y reyes. Muy olvidados estáis de mi valor y de mi gran punto, si presumís que yo he procedido contra mi decoro y en descrédito de mi Imperio con la renuncia que hice de mi corona en el mayor Monarca de Oriente. Mis Consejos y ministros, con cuya consulta se obró, saben bien la utilidad de aquella resolución, de que anticiparon sus aprobaciones nuestras profecías antiguas, los oráculos de nuestros dioses, tan espantosas como patentes demostraciones que con asombro y consternación general hicieron todos los elementos„.

5. Aquí con desmesura y voz como de trompeta uno de los más principales mexicanos le interrumpió el razonamiento que iba moviendo los ánimos, y revestido de furias, revolviendo contra su Emperador, le dijo:

6. "No desvaríes más, engañado Príncipe, que sin duda la lesión del juicio te ha borrado las especies de tu valerosa prosapia y aun de tus heroicos hechos. Sólo el delirio que te ha embarazado los ojos pudiera atar tus valientes manos. El sufrir á estos europeos sus arrogancias, el colorir y paliar sus insolencias, el autentizar con imprudencia renuncias, el haberles dado tiempo para que,

habiendo hecho señas á sus regiones, enjambren más y más gentes en nuestros reinos, ¿tiene otra excusa que una clara falta de juicio? Los oráculos, las profecías, las tradiciones y los portentos de tierra y cielo que vimos, voceaban que desviásemos los peligros, no que nos rindiésemos á los riesgos„.

7. "No puede ser más perjudicial manía que el esperar conveniencias de donde amagan las más lastimeras ruinas. Si siendo aquestos tan pocos se han insolentado á tan impensada osadía como la de tu prisión en el centro de tu corte, y abusando de tus mismos decretos han cometido monstruosidades, ¿qué no harán en cargando la multitud del otro Orbe? (Cómo en gran parte anunciaba la verdad este indio, veráse en lo que, de sólo una colonia de portugueses en el Brasil, dice el Padre Viera, *Sermón de Epifanía*, § 3: "¿Quién había de creer que en una colonia de portugueses se viese la Iglesia sin obediencia, las censuras sin temor, el sacerdocio sin respeto y las personas y lugares sagrados sin inmunidad? ¿Quién había de creer que hubiesen de arrancar violentamente á los religiosos y llevarlos presos entre velleguines y espadas, desnudos por las calles públicas, y tenerlos aherrojados con guardas hasta desterrarlos? Pero, ¿qué será de los pobres indios, que son la presa y los despojos? Los lobos hambrientos, hartos ahora de sangre sin resistencia, la libertad trocada por mil modos en cautiverio, y sólo la codicia, la tiranía y sensualidad, y el infierno contentos„. Así este autor; y es horror lo que ha pasado y pasa por el cuerpo todo de la América, lo que se ve y se cuenta de malos hombres que pasan á estas regiones.) "¡Quita allá tú y tus hijos, degradado Rey, que ya hemos coronado otro Príncipe, cuyo valor convertirá los melancólicos anuncios en fatalidad y perdición de aquestos advenedizos, y en la más ejemplar venganza de tan enormes como atrevidos insultos!„

8. Así braveaba aquel bárbaro, y, como se enfureciesen también los demás, prorrumpieron con feroz ímpetu en tempestad de armas arrojadizas de que participó Motezuma, pues como Bernal Díaz dice: "No hubieron bien acabado el razonamiento cuando en aquella sazón tiran tanta piedra y vara, que los nuestros rodearon al gran Motezuma. Y como vieron que entretanto que hablaba con ellos no daban guerra, se descuidaron un momento

de rodelar, y le dieron tres pedradas y un flechazo, una en la cabeza, otra en un brazo y otra en una pierna„. Y aunque sobraron las dos causas para una muerte, la pesadumbre de su deshonra y las heridas de las piedras, como subsisten aún opiniones de que la muerte del emperador Motezuma fué por mano, ó á lo menos por impulso de Hernán Cortés, nos vemos obligados á librar de tan fea y ruin calumnia é infamia á tan esclarecido varón y valeroso Capitán.

§ 2.°—*De cómo fué falsa voz el atribuir la muerte de Motezuma á Cortés.*

9. El P. Acosta, acaso mal informado sobre este punto, se dejó decir, sin afirmarlo ni redargüirlo: "Al rey Motezuma hallaron los mexicanos muerto y pasado, según dicen, de puñaladas, y es su opinión que aquella noche le mataron los españoles„. De que, no sin razón, enfadado Solís, dice: "No faltaron plumas que atribuyeron á Cortés la muerte de Motezuma, ó lo intentaron por lo menos, afirmando que le hizo matar para desembarazarse de su persona. Y alguno de los nuestros dice: que se dijo, y no lo defiende ni lo niega, descuido que, sin culpa de la intención, se hizo semejante á la calumnia„. Hasta aquí Solís, y prosigue defendiendo á Cortés con tal tibieza que recarga sobre su pluma floja su fulminada censura, rehusando de hacerse cargo á los fundamentos que se le pueden ofrecer á cualquier de inferior ingenio.

10. Porque á Cortés le ofrecía considerables conveniencias la muerte de Motezuma; para que, divertidos los mexicanos en señalar Gobernador del Imperio (pues aun no podía en esta constitución de disturbios regirle el Príncipe heredero, que apenas sus años habían tocado en dos lustros) le diesen algún lugar para hacer sin lesión la fuga, que hizo después con tan grande rota; ó para que, envueltos los indios en discordias civiles sobre la tutoría del Príncipe, se valiese de alguna parcialidad con que tomase nuevo semblante su infortunio. Y si Motezuma superviviera, mudaría de afectos y máximas con el incentivo de tan indignos agravios, con que, resucitando sus bríos, infundiera más espíritus vitales al cuerpo de su corona, que le faltaron por verse sin tal cabeza.

11. O si continuase con la vida sus finezas con los españoles empeñaría á los justísimos y católicos Reyes de España en castigar la ingratitud y maldad de su prisión; pues decía Jacobo, primer Rey de Inglaterra: "Que hay poca distancia de la prisión de un Príncipe á su sepulcro„. Y así se lo acordó á los ingleses su nieto Jacobo II, cuando después de la corona se lo escribió á los de su Consejo.

12. Sobre que podía picarle al hecho una especie política de soberano servicio á su Rey, de que con aquella muerte pasaría el instrumento de la renuncia á posesión actual de aquel Imperio, ó porque á veces, al acreedor de enormes agravios, no se le puede satisfacer ni pagar por entero sino con quitarle la vida; sobre que lo que se obra á oscuras y á solas, en aclarando la luz se puede reducir á sospecha y á opinión, y desaparècer el delito, con acriminar de calumnia falsa el proceso. Estos y otros argumentos deja Solís que pasen por alto. "Descuido que, sin culpa de la intención, se hizo semejante á la calumnia„.

13. Más irrefragable defensa es, que siendo las tres pedradas de Motezuma públicas agresoras de tres inmortales heridas, es suma malignidad hacer pesquisa de otro secreto agresor; y cuando aun de las piedras quisieran producir sospechas y malicias, á toda malignidad se satisface, y la más suspicaz aprensión se desvanece por no poder descomedírsele tan ruin hecho en tan insigne varón, tan ajeno de su generoso espíritu, de su esclarecida sangre. Un corazón de tanta heroicidad, que aspiró á tan elevados asuntos, no se abatiría á tan infames bajezas; de donde habiendo de tomarse las medidas, no ajustan, por apocadas, tan viles especies en pensamientos tan nobles; y con censurar Solís á Bernal Díaz de desafecto á Cortés, da Bernal un honorífico testimonio, que libra á Cortés y á los españoles de tal calumnia, diciendo: "Cuando no nos acatamos, vinieron á decir que era muerto Motezuma, y Cortés lloró por él, y todos nuestros capitanes y soldados. E hombres hubo entre nosotros de los que le conocieron y tratábamos, que llorado fué como si fuera nuestro padre„.

§ 3.°—*De cómo el emperador Motezuma, á la hora de la muerte, se cristianó convertido.*

14. Mal herido é indignamente tratado volvió Motezuma á su cuarto, agravándose su pena con los alaridos y llantos de su familia; y como los españoles que alojaban en aquel mismo palacio ó regio adoratorio de los ídolos, entre su mayor peligro ocupasen entonces todos sus manos y mentes en la defensa de las vidas y en la escapada de las personas, sólo el apostólico barón P. Fray Bartolomé de Olmedo, arriesgándose á la muerte por solicitar la vida eterna de aquel Príncipe gentil, pudo acudirle con católica codicia de ganarle á Dios aquella alma, siendo blasón de su celo evangélico cuando los demás entendían á escapar sus tesoros, aquel apostólico mote: "*Da mihi animas cetera tolle tibi*„.

15. Fué grande logro de Olmedo, y mayor dicha de Motezuma, hallarse de antemano bien instruído, catequizado y dispuesto con las pláticas de tan docto y espiritual predicador, y como en este último artículo le hablase con más instancia, y no quedase ya esperanza (como la había tenido bien fundada) de que con su dilación iría madurando la conversión de toda su monarquía, le pidió al devoto Padre que luego le bautizase, como lo hizo con júbilo y alegría de su corazón, reputando esta conquista, en la estimación del cielo, más que la que se consiguió después del Imperio mexicano, en cuanto al bien temporal.

16. En confirmación desta verdad refiere en la *Crónica de Sagrada Religión de Nuestra Señora de la Merced* el P. M. Fray Alonso Ramón: "Que Diego Martínez Camargo dice, en su *Memorial de la descripción de Tlascala*, que oyó á muchos de los conquistadores que él conoció y comunicó, que, estando ya para morir el emperador Motezuma, pidió el agua del bautismo, y que fué bautizado y murió cristiano„.

17. Y de ser así hay también fija tradición en los descendientes de este Emperador, á que alude el seguido estilo en la Casa de los condes de Motezuma del alternar en los condes los nombres de Diego y Pedro. Porque el Emperador tomó por nombre el de Diego, en honor del Apóstol Santiago, que tanto apellidaban por su único Patrón los españoles; y su hijo el príncipe don Pedro, pri-

mer Conde de Tula, escogió el nombre de Pedro por mostrarse y ser hijo de la Iglesia Católica Romana, fundada sobre esta inconcusa piedra.

18. Y aunque son más los que esto niegan que los que lo afirman, como no sean concluyentes las razones de unos y otros, debe inclinarse el crédito más á los que lo afirmaron contestando que lo vieron, que á los que sin haberlo visto lo negaron. Pleito es éste de piedad sin relación á político interés. Y si se atiende á las piadosas demostraciones de Motezuma servirán de congruencias á la persuasiva de que alcanzó del cielo tan feliz gracia. La primera fué cuando los bonzos se opusieron á las instancias de Cortés sobre que en el templo mayor de México se colocasen las imágenes católicas; Motezuma, afecto á la Religión Cristiana, aplacó á sus sacerdotes, diciéndoles que, mientras más dioses, tendría más protectores México; expediente cortesano con que, á lo bárbaro, miró por el culto de Cristo, y redujo en sus bonzos la resistencia á codicia.

19. La segunda fué cuando arrebatados de furias los sacerdotes de los ídolos, á sombra de tener revuelto el vulgo, hicieron un endemoniado destrozo en las sagradas imágenes que los españoles, más piadosos que advertidos, habían introducido en el templo de los ídolos; y sobre multarlos con severidad Motezuma en sabiendo aquel sacrílego desacato, decretó so graves [penas] que nadie tocase á un cuadro de la Sacratísima Virgen, que sólo había quedado ileso. Y no sin asombroso prodigio se había hecho innoble á todos los apostados esfuerzos de los furiosos gentiles que habían acezado para arrancarle del ara, como lo refiere y afirma Bernal Díaz. Y con inferiores títulos de su culto y su servicio se ha mostrado la Madre de Dios, como obligada á conseguir de su divino hijo soberanos beneficios que llenan las historias, ni hay libro que no se esmalte con sus maravillosos ejemplos.

§ 4.°—*Funeral del emperador Motezuma.*

20. En muriendo Motezuma hicieron desde sus muros llamada los españoles y entregaron el cadáver regio á los mexicanos, y lo llevaron sobre hombros con sus vestiduras é insignias de Emperador al salón real del Palacio

mayor. Aspecto tan espantoso á toda aquella gran corte, en que, los que menos mostraron el sentimiento, le desfojaban en ademanes descabellados con llantos y alaridos, y más hondamente lo sentían los que soltaban las riendas á suspiros y exclamaciones, después de haberles tenido mucha pieza de tiempo como estáticos, siendo no poco que algunos, rendidos al pesar, no siguiesen á la otra vida á su Emperador. Y aunque algunos autores opinan de otro modo, como después diremos: "Lo cierto es (dice Solís) que sus vasallos respetaron el cadáver de su Rey con aquella adoración que le veneraban cuando vivo; significando en su adorno y pompa funeral, que lloraban su muerte como desgracia de su fatalidad y no como culpa de su sincera intención„.

21. Trasladáronle luego de palacio á la montaña de Chapultepeque, donde á su modo se hacían las exequias, y guardaban las cenizas de sus emperadores, reforzando al mismo tiempo los clamores y lamentos, así del vulgo como de todos los Estados. Por el ansia de la guerra, y por acelerar la venganza que produjese víctimas y sacrificios al difunto con el degüello de los españoles, sincoparon las ceremonias de sus ritos y el prolijo aparato de las honras, juzgando, embravecidos y bárbaros, que la más débil atención de aquel funeral sería desagraviar á su Emperador de sus atraidorados é ingratos enemigos, común voz y suspiro de todos aquellos bárbaros.

22. Las plumas melancólicas, por mal complexionadas, suelen inclinarse á creer lo más acedo y cétrico y asentir á lo peor, que es lo que el vulgo más gusta de creer. Deste metal son los escritores que imaginan haberse expuesto el cadáver de Motezuma á la irrisión del pueblo, en que hicieron los escarnios que se cuentan de los griegos con el emperador Andrónico. No discurre así Solís, antes pondera el desconsuelo general de todo el Imperio mexicano por haber perdido al que habían siempre aclamado por el mejor Emperador de México, y reduce su sentir á este epígrafe: "Su valor le hizo el mejor entre los suyos antes de llegar á la Corona, y después le dió entre los extraños la opinión más venerable de los reyes„. Que nunca faltan honores á heroicos procederes.

23. Y si miden aquellos melancólicos autores las honras por las desgracias, también les negaron los honores á los más esclarecidos conquistadores de la América;

pues observa el P. Presentado fray Antonio Remesal, dominicano, en su *Historia de la provincia de San Vicente*, y refiere: "Que los más famosos hombres de las Indias, los descubridores, conquistadores, gobernadores y casi todos los que al principio anduvieron en ellas, ó tuvieron desastradas muertes, ó muchos y muy grandes trabajos en vida si acabaron naturalmente„.

24. En la fuga de México murieron á fuego é hierro, ó en las aras de los ídolos, ochocientos setenta españoles, con millares de indios auxiliares, como afirma Bernal Díaz; en riesgo de verse sacrificado se vió Cortés, como escribe en su *Apologético* Ramírez. Después le saltearon graves trabajos, y los indignos desaires acompañando á Carlos V en la infeliz jornada de Argel, donde malogró las más ricas preseas que había logrado en México; su gran casa se hundió en la de los duques de Terranova, cuando, al pasar el último Marqués del Valle en Madrid una noche por la calle de la Amargura, un plebeyo le mató á estocadas, con general dolor de todo Madrid.

25. Particulariza aquel autor estas funestidades, empezando por Colón, y dice: "El comendador Francisco de Bobadilla le prendió en la Isla Española; y tuvo Colón á dicha le sacasen de la cárcel para embarcarle á España con unos grillos echados por mano de un cocinero suyo, que se llamaba Espinosa; y mandó en su testamento que los enterrasen con su cuerpo para testimonio de lo que son casos de fortuna. Su teniente, Francisco Roldán, se levantó contra él y contra su hermano Bartolomé Colón. Los Porras le amotinaron la gente en la isla de Jamaica. El rey don Fernando le quitó las rentas y el uso de los grandes privilegios; y así, medio despojado y tullido de gota, melancólico y apesarado del mal pago, murió pobre en Valladolid, á 20 de Mayo de 1506„.

26. "Su hijo, don Diego Colón, toda su vida fué llena de desgracias, como lo representa el epitafio de su sepultura, en que se lee: "*Hic maris Indorum Praefectus conditur: ille, quem pro meritis sors inimica iuvit Munera percepit vivo concessa Parenti at cum divitiss tristia fata simul*„.

27. "La gente que Colón dejó fortificada en el puerto de Navidad, año de 1492, para que lo esperasen hasta que volviese de Castilla, perecieron todos, de suerte que, cuando volvió el año siguiente, ni uno sólo halló vivo„.

28. "El comendador don Francisco de Bobadilla (que prendió á Colón) se ahogó en la mar en una tormenta y mucha gente principal que se volvía á Castilla, con más de cien mil pesos de oro y otros tantos del Rey, y el famoso grano de oro que pesaba tres mil seiscientos pesos; y aquí pereció también Roldán, el primer alcalde de Indias„.

29. "Alonso de Ojeda, primer gobernador de la Nueva Andalucía, después que en cierta jornada padecieron él y su gente, que eran seiscientos soldados, los mayores trabajos que hombres han padecido, hasta revolverse en treinta, el año de 1510 murió tan pobre en la Isla Española que los Padres de San Francisco le enterraron de limosna á la puerta de la iglesia„.

30. "Su compañero Diego de Nicuesa, primer gobernador de Castilla del Oro, no menos trabajado que él, saliendo de Tierra Firme para la Isla Española, con juramento de presentarse en Castilla ante el Rey para dar cuenta de los gravísimos cargos en que le hallaron culpado, se perdió él y su gente, que ni vivo ni muerto pareció„.

31. "Vasco Núñez de Balboa, capitán de gran valor, fué degollado el año 1517 por Pedro Arias de Avila, hermano del conde de Puñoenrostro, teniéndole concertado casar con doña María de Peñalosa su hija, á título de traidor, con información tan insuficiente que aun hoy se remite el caso al día grande del juicio„.

32. "Cristóbal de Olid, capitán famoso en la Nueva España, año de 1524 fué muerto en Honduras por Francisco de las Casas y por Gil González Dávila, sus prisioneros, con los cuchillos de la escribanía, y después de muerto le cortaron la cabeza en la plaza con título de traidor„.

33. "El capitán Francisco de Medina, hombre famoso en Nueva España, yendo el año 1524 en busca de Cortés para darle noticias de las revueltas de México, le prendieron los indios en Xicalanco, é hincándole por el cuerpo mucha cantidad de rajuelas de tea le quemaron, haciéndole andar mientras pudo alrededor de un hoyo, ceremonia que usaban con los sacrificados„.

34. "Juan de Grijalva, el segundo que hizo viaje á México y descubrió la provincia de Yucatán y Tabasco, fué muerto en Olancho, sin poderse valer, de unos indios que dieron con él y con el capitán Benito Hurtado, y los

acabaron miserablemente con veinte caballos y quince castellanos que estaban en su compañía„.

35. "Cuando el año 1524 echaron voz los enemigos de Cortés que era muerto en la jornada de Honduras, los pueblos y provincias sujetas á México mataron muchos castellanos que por la tierra estaban derramados, por orden de Cortés, buscando minas de oro y plata„

36. "En Tutepec, gran cantidad de indios dieron contra los castellanos de repente, que iban descubriendo la costa, y, presos, los desnudaron y metieron en un patio cerrado de un pretil almenado, donde, como á toros, con varas tostadas los agarrocharon; y como andaban sedientos de su sangre, pensaban con qué tormentos los acabarían„.

37. "Pedro de Alvarado, que hizo tan gran papel en la conquista de México, como viniese rumbando en su despeño un caballo de muy alto, dando un golpe en una peña revolvió hacia donde estaba Alvarado, dando sobre él, y llevóle tras sí la cuesta abajo, despedazándole y moliéndole los huesos como si le hubieran metido en una tahona, año de 1541; al mismo día y hora que en la ciudad de los Reyes en el Perú, mató don Diego de Almagro, mestizo, al marqués don Francisco Pizarro. Lloró muchos yerros y crueldades pasadas, y los agravios é injusticias que había hecho, así á los españoles como á los indios; mató infinitas gentes en hacer navíos„.

38. "En el Perú, de cuantos españoles le gobernaron hasta el año de 1547, no se ha escapado ninguno (sino el licenciado Pedro de la Gasca) de ser por ello muerto ó preso. Sería hacer una digresión muy larga si esta consideración se hubiera de proseguir, contando todos los capitanes y valerosos soldados que murieron desastradamente en estas empresas, por ser muy pocos los que escaparon de acabar la vida en la mar con tormentas, ó en la tierra anegados en los ríos, sumidos en los pantanos, despedazados de tigres, comidos de lagartos, consumidos del hambre, asaeteados de los indios, muertos con ponzoña, sacrificados á los ídolos, y ejercitados en ellos mil géneros de tormentos; y cuando no acabaron con muerte violenta, fueron tantos los trabajos que padecieron de pobreza, hambre, sed, cansancio, peligros, envidias, calumnias y otros desastres, que pagaron bien la vanagloria que tuvieron de sus victorias y prósperos sucesos„.

39. Ese es el catálogo de infortunios, que escribió aquel autor religioso de Santo Domingo, y como aquellos desastres no privan de los honores que se les deban á tan insignes conquistadores, así no eclipsarían las honras y exequias que sus vasallos hicieron á su emperador Motezuma, por el terminar la vida en tan desgraciada muerte. O imaginen los lúgubres Aristarcos que los desastres de los que agraviaron á tan benemérito Príncipe de más nobles correspondencias, los dedicó la fortuna por honras al funeral de aquel tan agraviado Emperador.

40. En esta, pues, estupenda catástrofe, ó éxito espantoso de las conquistas de México y de la América toda, se representa el emperador Motezuma en público teatro, tan eminente en los vuelcos del real Estado, cuanto relevante en los méritos y servicios que hizo á los señores reyes de España; y entre otros de singular magnitud, lo de renunciar su Imperio en la corona católica, y por el blasón de feudatario leal y constante protector de los españoles, hasta los últimos riesgos, haber perdido en este empeño de su fineza y constancia la vida, el trono y la corona, como lo confiesan los mismos reyes de continuo en los motivos de sus cédulas reales, como lo testifican todas las historias, como lo aclaman y admiran todas las naciones.

§ 5.°—*Sucesión y descendencia legítima del emperador Motezuma, en la casa de los condes de Motezuma.*

41. Los sofies reyes de Persia, los otomanos emperadores de Oriente, los prestejuanes, y aun los monarcas de los israelitas, acostumbraron tener pluralidad de mujeres, pero pocas y selectas las que, elevando al trono y predicamento de reinas, emperatrices ó sultanas, destinaban para la legítima sucesión de sus coronas. A este tenor, aunque los emperadores mexicanos tenían también multitud de mujeres, á tres solas se les daba el caracter de reinas, y entre estas tres, á la más selecta y siempre de sangre real, la graduación suprema de Emperatriz; como en la que se vinculaba en primer lugar la sucesión legítima del Imperio; y así se lo declaró este último Motezuma á los españoles, diciéndoles los hijos legítimos que tenía,

según su fundamental ley, para la sucesión de su corona, de que da fe Bernal Díaz, oyendo al mismo Emperador decir: "Yo tengo un hijo y dos hijas legítimas„.

42. Este hijo, único varón legítimo del Motezuma último, fué tan reconocido en México, y tan notorio en España, que á voz común fué llamado el príncipe don Pedro Motezuma, y con ese título de príncipe don Pedro yace sepultado en México en una capilla de la iglesia de Santo Domingo.

43. Tocó este punto el R. P. Fray Alonso Ramón, cronista de su Real Orden de la Merced, diciendo: "La sucesión del emperador Motezuma ha continuado de varón en varón, como consta por tantas informaciones hechas en la Real cancillería de México sobre ello. Y así, supuesta la dicha verdad, la majestad de Filipo II hizo merced al príncipe don Pedro Motezuma, hijo del emperador Motezuma y de doña María Niaguachicil, mujer de dicho Emperador, á cumplimiento de tres mil pesos de oro de minas, sobre lo que tenía en aquella tierra heredado de su padre y madre, como consta por una cédula suya, su data en 2 de Marzo de 1587, adonde dice su Majestad: Que atendiendo á que Motezuma, Señor de la Nueva España, se puso debajo del dominio y corona real de su Majestad Católica, le hizo aquella merced á su hijo y heredero don Pedro de Motezuma„. Hasta aquí este cronista.

44. Especifica más las circunstancias desta sucesión don Antonio de Solís, con que es preciso repetir lo que de él se citó en otra ocasión; dice, pues: "Dejó Motezuma algunos hijos; dos de los que le asistieron en la prisión fueron muertos por los mexicanos cuando se retiró Cortés, y otras dos ó tres hijas que se convirtieron después y casaron con españoles. Pero el hijo principal de todos fué don Pedro de Motezuma, que se redujo también á la fe católica dentro de pocos días y tomó este nombre en el bautismo. Concurrió en él la representación de su padre por habido en la señora de la provincia de Tula una de las reinas que residían en el palacio real con igual dignidad. Favoreció el Rey á don Pedro dándole estado y rentas en Nueva España, con título de Conde de Motezuma, cuya sucesión legítima se conserva hoy en los Condes de este apellido, vinculando en él dignamente la heroica recordación de tan alto principio„. Hasta aquí este autor.

45. Era general expectación en México, y á cada flota ó navío de aviso aguardaba este príncipe don Pedro, le vendría de España la merced de grandeza con cien mil pesos de renta para mantenerla con decente lustre. Cortas ideas entre las recientes memorias de aquel riquísimo solio, y largas veleidades en tan caída de Estado y mudanza de fortuna. Trocóse la esperanza en desconsuelo cuando el Virrey, de parte de su Majestad, le entregó el título de Conde con pocas creces de hacienda (pues ¿qué sentiría si anteviese la vulgaridad á que los títulos habían de descender?) El tomó el diploma real, y, después de besarle y ponerle sobre su cabeza, le suprimió en el secreto de un escritorio. Y entretenía la alteza de su pensamiento con aquella voz vaga de Príncipe con que corrió hasta morir en México como Príncipe de anillo y carácter impreso por el pueblo.

46. Su hijo y heredero don Diego Luis de Motezuma, en quien sólo duraban los humos de aquella ya apagada Majestad y se había extinguido en su padre la nomenclatura de Príncipe, no le sonaba bien la señoría de Conde, como solía para su vana altivez de bajo punto, usando sólo del título en los memoriales que dió á los reyes, y en aprecio de sus favores. Entre las sombras de sus melancolías le esclareció un relámpago de alegres esperanzas al intimársele un decreto del Rey, en que le mandaba se partiese de México para España, mas presto anocheció aqueste relumbrón, á que se relucían especies de altas medras; pues en llegando á España; entendió cómo sólo había sido disposición de político recato para cautelar el que tal vez no se conmoviesen los indios teniendo tan á la vista á un nieto heredero de su emperador Motezuma. Sea, pues, á fuerza del desengaño, ó por la penuria de los medios para asistir en la corte con la debida representación de su sangre, y desgracia de su venida, en que los despachos se estancaban en las revueltas de Flandes y conquistas de Portugal, él le dió al señor rey Filipo II un memorial en que le suplicaba ó se le diese licencia para tornar á México, ó posibles decentes para seguir la corte en España, de que se pondrá un traslado, que suplirá el epílogo prolijo que suele darse á la historia.

§ 6.º—*Memorial de la casa de Motezuma sobre la pretensión de la grandeza de España al señor rey Don Felipe II.*

"Señor:

El conde don Diego Luis de Motezuma, hijo de don Pedro Motezuma y nieto del Emperador de México IX y último Motezuma, dice: que obedeciendo á la Real orden de V. M. ha venido de México, y viéndose hoy á los reales pies de V. M., espera que no estorbe ya la separada distancia á las generosas influencias de su real presencia; pues sólo la relación de nieto y legítimo heredero de tan célebre Monarca, aun cuando le hubiesen quitado de la corona ó violencia ó derechos de otros príncipes, si en tal frangente se refugiase á España, y se valiera del real amparo de V. M., fuera estilada benignidad de tan augusto ánimo el conservarle algún lustre respectivo á su perdido solio, de que da V. M. cada día magníficos ejemplares, enriqueciendo con rentas y honrando con altos puestos á muchos que, caídos de menor cumbre, logran de su caída considerables medras, sin más méritos que del recurso el favor de V. M., y le experimentan pronto, por más que insten los empeños de la corona y del real palacio.

Resplandecen dignamente los descubridores y conquistadores de la América con grandezas y Estados, logrando sus descendientes incesantes mercedes con que adelantan el esplendor de sus casas. No debe, pues, el suplicante, verse en presencia de V. M. y de su corte con menos lucimiento, teniendo aún tan fresca en sus venas la sangre real de aquel Emperador, y siendo tan reciente aquel incomparable servicio con que su abuelo puso á los pies de la real casa de V. M. su corona, y cuanto era de valor en toda la América septentrional.

Nunca envejecerá, Señor, tan eminente mérito; siempre subsiste. Hoy está gozando V. M. del Imperio de Motezuma innumerables millones de oro y plata, con ser como increíbles los que se han divertido hacia el Oriente para mantener las islas Filipinas, los que constan por los registros de Sevilla, y más los que se extraviarán por alto, y sin haber nación que no atesore barras, piñas y pesos

mexicanos. Poco, pues, puede pedir un nieto de quien sirvió á V. M. con tanto.

Hoy es México, sus reinos y sus provincias, de las joyas más ricas y estimables que resplandecen de la inmensa Monarquía de V. M. Sustenta, con singular esplendor, cancillerías, audiencias reales, arzobispados, obispados, universidades, colegios, suntuosas obras pías, estados de grandes y de títulos, rentas de gruesos mayorazgos, caudales de poderosos mercaderes, opulentas casas de muchas y varias religiones, y lo infinito que se transporta á España, de que se vierte tanto por dos Orbes. Pues, Señor, entre tantas grandezas de México, ponga V. M. en consideración, que se echa menos que no le quepa á la casa del Emperador de México siquiera una grandeza.

Y si tuviera otros Nuevos Mundos el emperador Motezuma, con igual fineza, generosidad de ánimo y demostración de afecto, los hubiera renunciado todos en la real corona de V. M., dejando á su descendencia, por la más preciosa y única herencia, sola la gloria de ser los más mínimos vasallos de V. M. y la segunda finca de que, viviendo bajo su real protección, jamás echarían de menos los haberes que con tanta Majestad poseyeron los nueve reyes, sus progenitores por tantos siglos en su corona mexicana.

Motivos, Señor, son éstos, que, siendo tan relevantes, indican ser muy infeliz estrella la de esta casa en no haber conseguido, si no aumentos, á lo menos proporcionadas conveniencias. No sólo dice esto el vulgo á voces, así lo sienten generalmente todos los Estados, y los extrañan todas las naciones. Siendo así que V. M. suele hacer, por muy inferiores títulos, muy superiores mercedes. Y cuando haya quien avasallase en servicio de V. M. muchos y grandes reinos, no hay ni ha habido Rey que, como Motezuma, por servir á V. M., hiciese una renuncia auténtica de su Imperio, padeciese prisión, derramase su sangre y perdiese la vida. Sin parecerle, pues, al suplicante, que pisa la raya de la moderación ni los grados de los méritos, suplica á V. M. honre su casa con primera grandeza de Castilla, la llave de la Cámara y cien mil pesos de renta.

Y cuando no mereciere estas mercedes, se le dé licencia para dar vuelta á la América, donde en un rincón de

México pase, con la poquedad que hallá tiene, lamentando la continuación de su infeliz suerte, y de no poder emplear su persona y vida en servicio de V. M. Si bien espera recibir estas y otras muchas mercedes de la generosa y real mano de V. M.„.

FIN

ÍNDICE DE PERSONAS

Abacú, págs. 6.
Acamapich, VI, VII, 56, 57, 68, 78, 81, 85, 86, 90-4, 111 y 134.
Aciolo, 202.
Acosta (P. José de), VI, 13, 17, 29, 52, 68, 71, 72, 100, 114, 157-8, 179 183, 188, 196, 198, 247, 257, 264, 273, 275-81, 286, 288-90, 292, 296, 298-9, 301, 305-6, 377, 380, 388, 404, 420-2, 429, 447, 449, 482-3 y 487.
Adam, 6 y 7
Agamenón, 96.
Agatocles, 346.
Aguilar (Hierónimo de), 327.
Alejandro VI, 450 y 470.
Alejandro Magno, 10, 30, 36, 65, 244, 310 y 329.
Alencastre (Ricardo de), 179.
Almagro (Diego de), 494.
Alonso IV, rey de Portugal, 312.
Alvarado (Pedro de), 326, 406, 411, 457, 481 y 494.
Amulio, 26.
Angélica (Juana), 99.
Anicot, 116, 118, 119, 121 y 126-8.
Anon, 10.
Antioco, 10,
Antonio (Marco), 443.
Apeles, 401.
Apolonio, 202.
Aquiles, 96 y 195.
Arco (Conde del), VI.
Areta, 99.
Argensola (Bartolomé Leonardo de), 42, 74, 108, 131, 144, 160. 295, 305, 314, 317, 324, 349-50, 356, 375, 380, 400, 408, 425 y 481.
Arias de Avila (Pedro), págs. 493.
Aristarco, 229.
Aristóteles, 88.
Aspasia, 99.
Atetulco, 204-5, 209, 216-19, 221-2, 230 y 235-8.
Atila, 30 y 329.
Augusto, 18, 75, 310 y 443.
Autzoin, hermano del emperador Autzol, 229.
Autzol, VII, VIII, 227-8, 230, 235, 239, 241, 244, 247, 254 y 288.
Avila (Alonso de), 178.
Axaiaca, VII, VIII, 197, 203, 204, 206 y 222.
Axaiaca (La emperatriz), 57.
Axayacaci, 129.
Barbarroja, 346.
Bartamo, 75.
Bayaceto, 284 y 408.
Berruguete, 401.
Bethencourt (Juan de), 311.
Bobadilla (Francisco de), 492-3.
Botero (Juan), 198, 242 y 287.
Brosa, 302.
Bruto (Marco), 31 y 306.
Burro, 118.
Calígula, 182.
Calvino, 312.
Cano de Cascaes (Juan), V.
Carlos II, 274 y 453.
Carlos V, 10, 37, 178-9, 202, 255, 316, 348-9, 433, 442, 446-8, 450 y 455.
Carlos "el Bravo", 193.

Carlos Magno, págs. 202 y 450.
Casas (Francisco de las), 493.
Caterino, 302.
Caton, 31.
César (Julio), 18, 30, 37, 38, 65, 117, 304, 306, 471 y 476.
Chiapa (El Obispo de), F. Bartolomé de las Casas, 449.
Chilan, 425.
Chimalpopoca, VII.
Cicerón, 88.
Ciro, 65.
Claudia, hija de Ludovico, rey de Francia, 193.
Cleobulina, 99.
Colón (Bartolomé), 312 y 492.
Colón (Cristóbal), 8, 9, 10, 309-16 y 492.
Colón (Diego), 492.
Comines (Felipe de), 202.
Córdoba (Gonzalo de), 325.
Córdoba. Véase Fernández de Córdoba.
Cortés (Hernán), V, 37, 42, 74-5, 131, 157, 179, 188, 254, 262, 273, 322-56, 358, 360, 364-79, 381-2, 384-6, 388-99, 400, 402, 408, 410-1, 413, 416-7, 421, 424-5, 432-40, 445, 447, 452, 454-9, 465-71, 473-4, 477-82, 485, 487-8, 490 y 492.
Cortés de Monroy (Martín), 324 y 391.
Constantino, 202.
Crisóstomo (San), 4.
Cronwell, 37.
Cuetlavac, V.
Cueva (Doña Francisca de la), VI.
Cyselo, 38.
Dávila (Alonso), 321 y 329.
Demóstenes, 88.
Derdameya, 195.
Dezabalo, 75.
Díaz del Castillo (Bernal), 46, 50, 66, 158-9, 178-9, 259, 260, 262, 275, 278, 284, 322, 328, 334, 345, 379, 380, 385, 388-9, 398, 401, 408-10, 420, 423, 428-30, 432-3, 435, 439, 459, 464, 466, 473-7, 481, 486, 488, 490, 492 y 496.
Díaz (El capellán Juan), 370.
Dionisio de Alicarnaso, 38 y 429.
Domiciano, 75.
Duero (Andrés de), págs. 323.
Ecatepeca (La emperatriz), 80 y 92-4.
Ecatliquapoqueo, 215.
Eduardo, rey de Inglaterra, 26.
Engelgrave, 286.
Enrique IV de Francia, 300 y 302.
Enrique IV, 117.
Enrique VII, 312.
Eraso (Antonio de), V.
Escalante (Juan de), 326, 436-7 y 439.
Escobar, 326.
Espinosa, cocinero de C. Colón, 492.
Falaris, 38.
Felipe II, V, 12, 452 y 496-8.
Fernández de Córdoba (D. Francisco), 317-9, 322, 328, 333 y 354.
Fernández de Oviedo (Gonzalo), 68, 72 y 350.
Fernando "el Católico", 9, 151, 202, 313, 316 y 492.
Fidias, 67.
Fidón, 38.
Filipo, duque de Borgoña, 26.
Filipo, rey de Francia, 26.
Filostrato, 202.
Florín (Juan), 178.
Francisco I, 178 y 433.
Gaybacín, hermano del emperador Taudallen, 95-6 y 103.
Gallego (Pedro), V.
Gasca (El licenciado Pedro de la), 494.
Ginés, 326.
Gofredo, 96.
Gomara. Véase López de Gomara.
González Dávila (Gil), 493.
Grado (Alonso de), V.
Grijalva (Juan de), 318-20, 322, 328, 333, 354 y 493.
Guegue (El emperador), VII, 149, 152, 154, 161, 169, 176-9, 196, 207, 254 y 256.
Guidon, 26.
Heliogábalo, 113.
Heráclito, 110.
Hércules, 8, 10, 195 y 310.
Herodes, 75.
Herrera (Antonio de), 43, 198, 320, 408, 435, 459 y 462.
Hipócrates, 285.

Hococicat, hermano del emperador Autzol, págs. 229.
Homero, 65.
Horacio, 88.
Horni (Georgi), 273.
Huitzilihuitl, VII.
Hurtado (Benito), 493.
Hypatia, 99.
Ihuitlemoctzin (Diego Luis), VI. Véase Motezuma (Diego Luis de).
Illancucitl, VI.
Illescas (Gonzalo de), 369 y 478,
Isabel, hija de Motezuma, V.
Isabel la Católica, 9 y 313.
Iscloati, hermano del emperador Autzol, 228.
Isidoro (San), 10.
Izcoal, VII.
Jacobo I, 488.
Jacobo II, 488.
Jacian, 10.
Jofre Loaisa y Carrillo (Doña Luisa María), VI.
Jovio, 202.
Juan, rey de Francia, 26.
Juana de Nápoles (La reina), 193.
Justiniano, 86.
Labbe (P. Pedro), jesuíta, 421 y 428.
Lacatelatic (La emperatriz), 244.
Lactancio, 4.
Laet (Juan de), 272.
Land (Guillermo), 80.
Laso de la Vega (Gabriel), 46 y 206.
Lázaro (Domingo de), 317.
Leriz (Armador de), 323.
Liburnio (Nicolás), 272.
Licurgo, 88 y 359.
Lipsio (Justo), 280 y 285.
López de Gomara (Francisco), V, VII, VIII, 273, 329 y 435.
Ludovico XI, 202
Ludovico, rey de Francia, 193.
Luis XIV, 450.
Lutero, 312.
Maluenda, 67, 75, 161 y 247.
Maquiavelo, 123.
Marcial, 88.
Marla, hija de Carlos *el Bravo*, 193.
Mariana (El P. Juan de), 304.
Marina (Doña), 366-8 y 471.
Márquez Miqueli (D. José), páginas 29 y 256.
Martínez Camargo (Diego), 489.
Matlalalatzin, VII.
Maximino (El emperador), 346.
Médicis (Cosme de), 202.
Medina (Francisco de), 493.
Mendo (El Padre), 77.
Mexi, 14.
Miguel Angel, 401.
Mitridates, 215 y 311.
Miyahuascochitl, V.
Monreal (El barón Sancho de), 484.
Montejo (Francisco de), 326.
Morla (Francisco de), 326.
Motezuma I, 14, 20-1, 23-4, 27-8, 30-4, 36-8, 40, 42, 45-50, 53, 55-6, 64, 80, 111, 254, 256, 267 y 421.
Motezuma II. Véase Acamapich.
Motezuma III. Véase Taudellan.
Motezuma IV. Véase Otoy.
Motezuma V. Véase Guegue.
Motezuma VI. Véase Tlotapec.
Motezuma VII. Véase Axaiaca.
Motezuma VIII. Véase Autzol.
Motezuma IX, V, VII, VIII, 14, 19, 37, 91, 188-9, 191, 247, 249, 253-65, 267-70, 273, 275-82, 284-6, 288-90, 292, 298-307, 309, 322, 331-2, 337, 339, 342, 345, 347, 353, 355, 357-8, 360-1, 365-6, 368-73, 375, 377, 379, 382, 384-93, 395-405, 408, 410-1, 413-5, 418-9, 421, 425-49, 451-6, 459-71, 473, 484-91, 495-6 y 498-9.
Motezuma (Doña Jerónima María de), VI.
Motezuma (D. Diego Luis de), VI y 497-8.
Motezuma (El P. Diego Luis de), VI y VIII.
Motezuma (D. Pedro), V, VI, 265, 307, 452, 496-7 y 489.
Nabucodonosor, 306 y 309.
Narváez (Pánfilo de), 411, 456-8, 462. 467-8, 475, 477 y 481.
Nebrija (Antonio de), 202.
Nerón, 75 y 113.
Niaguachicil (Doña María), mujer de Motezuma IX, 496.
Nicostrata, 98.

Nicuesa (Diego de), págs. 493.
Núñez de Balboa (Vasco), 493.
Ojeda (Alonso de), 11 y 493.
Olid (Cristóbal de), 326 y 493.
Olmedo (Fray Bartolomé de), 370, 391, 413-8, 424, 435-6, 438, 470 y 489.
Ordaz (Diego de), 131, 326, 337-8, 406, 469-70 y 473-4.
Orlandino (El Padre), cronista de la Compañía de Jesús, 156.
Ortelio (Abraham), 286.
Otoy, VII, 103-5, 111-5, 117-9, 121, 125, 129-30, 135-6, 139, 142-8 y 166.
Otulpan, 141, 145-6, 148, 162, 164 y 166.
Ovando (D. Nicolás de), 325.
Ovidio, 88.
Oviedo. Véase Fernández de Oviedo.
Oychilovos. Véase Motezuma I.
Pablo (San), 264.
Pedro I de Castilla, 117.
Peñalosa (María de), 493.
Pérez de Rivas (El P. Andrés), jesuíta, 387.
Pesioto (El Padre), 392 y 413.
Pilpator, gobernador indio, 331-2.
Pinoia, india, 49.
Pinto, 285.
Pisistrato, 38.
Pizarro (Catalina), 324.
Pizarro (D. Fernando), 276 y 372-3.
Pizarro y Orellana (D. Fernando), 411.
Pizarro (D. Francisco), 372 y 494.
Platón, 5, 49, 88, 286 y 311.
Plinio, 111, 244, 258, 260 y 429.
Plutarco, 429.
Policreto, 67.
Pompeyo, 117, 201 y 443.
Popocac, 116, 118-9, 121, 123 y 127-8.
Porro, 215.
Portocarrero (Alonso), 326.
Purcasio (Samuel), 272.
Puxia, india, 98.
Qualpopoca, 437 y 440-1.
Quezalcoac, 273,
Quilan, 160.
Quilón, hermano del emperador Taudállen, 94.
Ramírez (El P. Jerónimo), páginas 286, 401, 479, 482 y 492.
Remesal (Fray Antonio de), 296, 413 y 492.
Renato, duque de Anjou, 26.
Rivas (El P. Andrés), 114.
Rodrigo (El rey Don), 19 y 304.
Roldán, primer alcalde de las Indias, 493.
Roldán (Francisco), 492.
Román (Fray Alonso), 489 y 496.
Román (Fray Jerónimo), 13, 285, 350, 427 y 430-1.
Saavedra Fajardo (D. Diego), 20, 49, 77, 198, 311, 315, 324, 326, 330 y 353.
Sabélico, 311.
Salomón, 18-9.
Sandoval (Gonzalo de), 456.
Sandoval (Fray Prudencio de), 202, 255, 285-6 y 427-8.
Sapor, 284.
Sardanápalo, 113.
Sarmiento de Valladares (Don José), VI.
Saúl, 306.
Scipión, 65.
Sebastián (el rey Don), 301.
Selin, 65.
Séneca, 118, 285, 311 y 471.
Sesosmo, 10.
Sesotres, 284.
Soab, 119.
Sócrates, 88.
Solís (D. Antonio de), 13, 43-4, 68, 71, 85, 156-7, 187-8, 259-62, 269, 272-3, 275, 279, 283, 287-8, 290-1, 296, 298, 301, 303, 305-6, 319-22, 333, 337-8, 344-5, 353, 355-6, 358, 372-4, 376, 378-81, 388-9, 392, 396, 398, 401, 404-5, 409-10, 420, 422-3, 425, 427-8, 435, 439, 445, 447-8, 452, 454-5, 461-6, 479-80, 487-8, 491 y 496.
Solón, 88.
Solórzano Pereira (D. Juan), 198, 305, 420 y 448-51.
Suárez Pacheco (Catalina), mujer de Hernán Cortés, 325.
Tacaaller, 205.
Tácito, 311.
Tamorlan, 30 y 284.
Taudellan. VII, VIII, 80, 94-8, 100, 102, 104, 108, 111 y 404.

Tesifón Motezuma (D. Pedro), págs. VI. Véase Motezuma (don Pedro).
Tezcatlamiahuatl, VI.
Tezozomoctli, VII.
Tendile, gobernador indio, 331-2 y 334-5.
Theodoreto, 429.
Tiberio, 75.
Ticocic, VII.
Ticocica, VIII.
Ticozica, hermano del emperador Autzol, 228, 230 y 232-3.
Tidatres, 75.
Tigranes, rey de Armenia, 75.
Titlapec. Véase Tlotapec.
Tlacaellel, VII.
Tlacahuetpautzin. Véase Motezuma (D. Pedro).
Tlatolzaca, VII.
Tlotapec, VII, VIII, 180, 198 y 257.
Torquemada, 198.
Tozocic, VII.
Tozozic, marido de la emperatriz Tlotapec, 195.
Trajano, 75 y 260.
Tulucanti, hijo de la emperatriz Tlotapec, 196.
Tulucanti, págs. 127, 129, 131-5, 138-40, 142-7 y 166.
Ulises, 310.
Urias, 119.
Valeriano, 284.
Valladares (Marqués de), VI.
Varo, 31.
Vandoma (El duque de), 302.
Vasconcellos, 264.
Velázquez (El gobernador Diego), 317-9, 322-3, 325, 338, 346, 348, 456-8, 475 y 477.
Velázquez de León (Juan), 326.
Vespucio (Américo), 11.
Vetancurt (Fray Agustín de), VI y VII.
Vicilotlipic, hermano del emperador Autzol, 227 y 239.
Viera (El Padre), 486.
Virgilio, 88.
Vitcilipuztli, VI y 17.
Vitlicobe, mujer del emperador Autzol, 246 y 254.
Vitoria (Fray Francisco de), 448.
Vitrubio, 286 y 401.
Wamba, 49.
Xicontecal, general de los tlascaltecas, 352-3 y 356-7.
Xicotenga, 129 y 132.

ÍNDICE GENERAL

Páginas.

PRÓLOGO..... V

Capítulo I.—Noticias de la América que conducen para la Historia del Imperio mexicano..... 3

Capítulo II.—De la erección del Imperio mexicano y de su primer emperador Motezuma I..... 15

Capítulo III.—Cómo este primer Motezuma estrenó el trono del Imperio mexicano..... 36

Capítulo IV.—De cómo se sirvió este Motezuma del azar de la inundación para sus razones de Estado..... 42

Capítulo V.—De otras acciones memorables de este Motezuma I. 45

Capítulo VI.—Del dudoso fin de Motezuma I y notables consecuencias del suceso..... 53

MOTEZUMA II, LLAMADO ACAMAPICH.

Capítulo VII.—Gobierna el Imperio la emperatriz Axaiaca en la minoridad de su hijo..... 57

Capítulo VIII.—La coronación de Motezuma II, Acamapich.... 68

Capítulo IX.—Particularidades curiosas en las bodas deste Motezuma II..... 78

Capítulo X.—Estrenas del gobierno de Motezuma II..... 81

Capítulo XI.—De cómo Motezuma II adelantó el progreso de sus letras y sus libros..... 85

Capítulo XII.—Cómo ajustó este Motezuma que el Imperio mexicano juntamente fuese electivo y hereditario..... 90

Capítulo XIII.—De los funestos efectos que causó la novedad de la sucesión..... 92

MOTEZUMA III, LLAMADO TAUDELLAN.

Capítulo XIV.—Particularidades de su elección..... 94
Capítulo XV.—Hechos memorables de Motezuma III..... 97
Capítulo XVI.—Vicios de Motezuma III..... 100
Capítulo XVII.—De una fatal tragedia, mudanza de Estado y muerte de Motezuma III..... 102
Capítulo XVIII.—De la fórmula que se instituyó para los funerales de los demás emperadores en el de Motezuma III..... 108

MOTEZUMA IV, LLAMADO EL EMPERADOR OTOY.

Capítulo XIX.—Principios de su Imperio..... 111
Capítulo XX.—Desgracias del emperador Otoy, Motezuma IV. 115
Capítulo XXI.—De la casual ocasión con que despertó de su letargo el emperador Otoy..... 121
Capítulo XXII.—Sucesos de Motezuma IV en la reforma de su monarquía..... 125
Capítulo XXIII.—De cómo fué Tulucanti aclamado por Emperador de México..... 129
Capítulo XXIV.—Entrada de Tulucanti en México..... 133
Capítulo XXV.—De tres facciones que disputaron la posesión del Imperio mexicano..... 139

MOTEZUMA V, LLAMADO EL EMPERADOR GUEGUE

Capítulo XXVI.—Principios de su reinado..... 149
Capítulo XXVII.—De la magnificencia con que adelantó el culto de su idolatría el presente Emperador..... 156
Capítulo XXVIII.—Del modo con que Motezuma V se hubo en la persecución de sus bonzos..... 161
Capítulo XXIX.—Guerras civiles que inquietaron á Guegue, Motezuma V, emperador de México..... 169

MOTEZUMA VI. LA EMPERATRIZ DE LOS MEXICANOS, LLAMADA TLOTAPEC.

Capítulo XXX.—Coronación de la Emperatriz y estrenas de su gobierno..... 180
Capítulo XXXI.—Acciones desta Emperatriz en estado de casada..... 192
Capítulo XXXII.—Muerte de la emperatriz Titlapec..... 198

MOTEZUMA VII, LLAMADO AXAIACA.

Capítulo XXXIII.—Principios de su reinado 203
Capítulo XXXIV.—Convocación de Cortes generales que hizo el emperador Axaiaca 206
Capítulo XXXV.—De los movimientos que dieron mucho que entender á este VII Emperador 215

MOTEZUMA VIII, LLAMADO AUTZOL.

Capítulo XXXVI.—Principios de su imperio 227
Capítulo XXXVII.—De la guerra que le hizo al emperador Autzol su hermano el Rey de Chiapa 235
Capítulo XXXVIII.—Notables sucesos del emperador Autzol y de su muerte 244

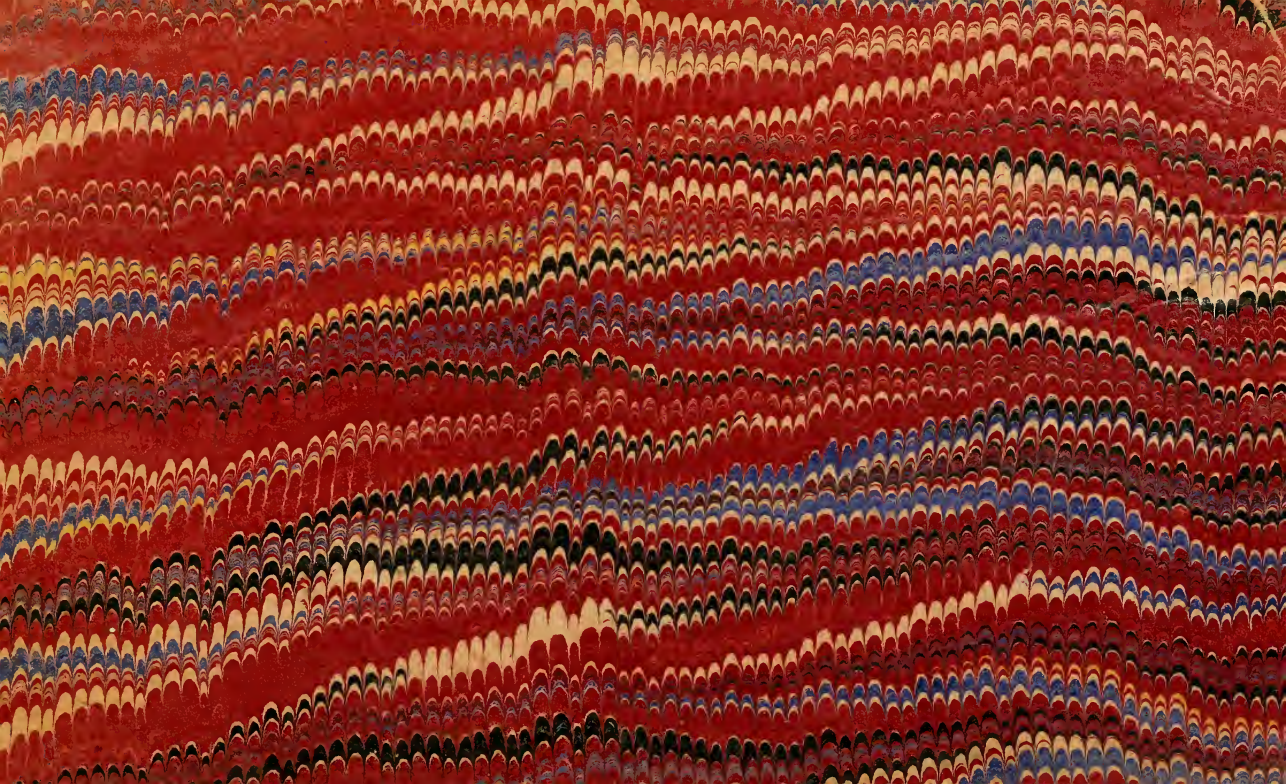
MOTEZUMA, ÚLTIMO EMPERADOR DE LOS MEXICANOS.

Capítulo XXXIX.—Calidades de este Emperador 253
Capítulo XL.—Estancia de Motezuma en la provincia de Tula, y de cómo allí le casó 263
Capítulo XLI.—Ascenso de Motezuma al trono del Imperio mexicano 267
Capítulo XLII.—De cómo el Imperio mexicano era hereditario y juntamente electivo 271
Capítulo XLIII.—Principios que dió á su reinado el último Motezuma 275
Capítulo XLIV.—De las ideas más memorables que practicó Motezuma desde los principios de su Imperio 282
Capítulo XLV.—Del Gobierno político de Motezuma en su Imperio 290
Capítulo XLVI.—Presagios horrorosos que amenazaron á Motezuma antes de entrar los españoles á la conquista 298
Capítulo XLVII.—Descubrimiento en general del Imperio Mexicano 309
Capítulo XLVIII.—Descubrimiento en particular del Imperio mexicano 316
Capítulo XLIX.—Tercera expedición al descubrimiento del Imperio mexicano 322
Capítulo L.—Sale Cortés de la Habana y arriba á las costas del Imperio mexicano 326

Páginas.

Capítulo LI.—Del buen pasaje que mandó hacer el emperador Motezuma á los españoles cuando surgieron en San Juan de Ulúa 331
Capítulo LII.—Lance apretado de Cortés y lo en que el lance paró 337
Capítulo LIII.—De cómo ajustó Cortés confederación con algunos señores de provincias contra Motezuma 341
Capítulo LIV.—De la célebre resolución de Cortés en el deshacer su armada y echar á fondo sus naves 344
Capítulo LV.—Guerras y alianzas de los españoles con los indios tlascaltecas 347
Capítulo LVI.—De cómo las novedades de Tlascala empezaron á poner en cuidado á Motezuma 360
Capítulo LVII.—Jornada de los españoles á la gran corte de México 368
Capítulo LVIII.—Entrada y recibimiento de los españoles en la imperial corte de México 382
Capítulo LIX.—La función de la embajada 390
Capítulo LX.—De la ostentación y afabilidad con que trató Motezuma en México á los españoles 395
Capítulo LXI.—De otros varios deportes con que mandó Motezuma festejar á los españoles 400
Capítulo LXII.—Del lucido festín que hicieron los españoles al emperador Motezuma en la Plaza Mayor de México 408
Capítulo LXIII.—De cómo el R. P. Fray Bartolomé de Olmedo solicitó la conversión de Motezuma y los efectos de sus pláticas 413
Capítulo LXIV.—De cómo el emperador Motezuma, con ocasión de mostrar sus templos, permitió á los españoles introducir la fe católica en México 419
Capítulo LXV.—Cómo al volver del templo se quedaron á comer en el palacio imperial con los sátrapas algunos españoles, y observaron la ostentación con que servían á la mesa al Emperador 427
Capítulo LXVI.—De cómo se empezaron á turbar en México las materias de Estado y los motivos destas turbaciones 432
Capítulo LXVII.—De la extravagante renuncia que hizo el emperador Motezuma de su Imperio en la corona real de Castilla 445
Capítulo LXVIII.—De cómo hecha la renuncia despidió Motezuma la embajada, y los incidentes con que se suspendió aquel decreto 454

Páginas.

Capítulo LXIX.—De la notable prisión del último emperador Motezuma..... 461
Capítulo LXX.—Efectos de la prisión del emperador Motezuma. 473
Capítulo LXXI.—Salen los españoles de México; su infeliz rota y feliz escapada..... 478
Capítulo LXXII.—Muerte del emperador último Motezuma.... 484
Indice de personas..... 501
Indice general..... 507

Esta obra se acabó de imprimir en la imprenta de Prudencio Pérez de Velasco, Campomanes, 4, á dieciséis días del mes de Marzo del año de MCMXIV